

Las Representaciones Figurativas como Materialidad Social

**P r o d u c c i o n y u s o d e l a s
Cabezas Clavas de Chavín de Huántar**

(Volumen I)



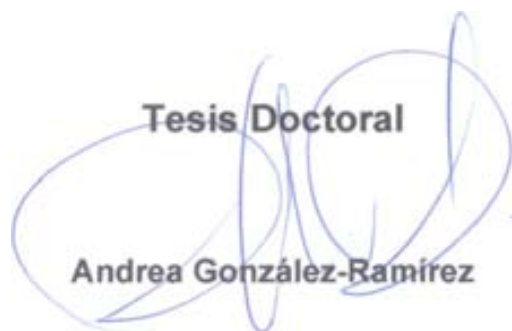
**Andrea Gonzalez-Ramirez
TESIS DOCTORAL**

**Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Prehistòria
2014**

LAS REPRESENTACIONES FIGURATIVAS COMO MATERIALIDAD SOCIAL

Producción y uso de las cabezas clavadas
del sitio Chavín de Huántar, Perú

Volumen I

Tesis Doctoral

Andrea González-Ramírez



Director
Dr. Pedro Castro Martínez



Co-director
Dr. Joan Anton Barceló Alvarez

Departament de Prehistòria
Universitat Autònoma de Barcelona

Departament de Prehistòria
Universitat Autònoma de Barcelona

2014

Programa de Doctorat en Arqueologia Prehistòrica
Departament de Prehistòria



Universitat Autònoma de Barcelona

Para Amancay, mi más bella flor

LAS REPRESENTACIONES FIGURATIVAS COMO MATERIALIDAD SOCIAL

PRODUCCIÓN Y USO DE LAS CABEZAS CLAVAS DEL SITIO CHAVÍN DE HUÁNTAR, PERÚ.

RESUMEN

La presente tesis doctoral expone los resultados de una investigación cuya base empírica es un conjunto de esculturas de piedra con forma de cabezas del yacimiento arqueológico de Chavín de Huántar. Una porción apical tallada conjuntamente con la litoescultura, indica un contexto de uso original exclusivo en la mampostería megalítica externa, algunos de cuyos representantes in situ muestran un empleo estandarizado en el tercio superior de los principales edificios de un complejo arquitectónico monumental, ubicado en un estrecho valle intermontano de los Andes Centrales, con una vigencia temporal que ha sido datada entre los 1200/500-400 cal ANE. Este conjunto de objetos, proveniente de una colección museográfica y de una dimensión temporo-espacial arqueológicamente muy compleja, permite problematizar algunos aspectos teórico-metodológicos medulares empleados tradicionalmente en el estudio arqueológico de las representaciones figurativas. Desde un punto de vista teórico general, se considera que el interés en el estudio de las representaciones figurativas arqueológicas, no reside en su singularidad, sino en que, como toda materialidad social, en primera instancia deriva de la concreción del trabajo humano. Luego, a nivel sustantivo, se argumenta que su interés específico refiere a que su existencia deriva de necesidades sociales de carácter político-ideológico o, simplemente, idiosincrático, cuyos factores explicativos no se encuentran en un plano de identidad con tipologías de organización social, sino que ésta debe ser entendida caso a caso, toda vez que las evidencias disponibles de la producción y reproducción de la vida social que las solicita, permita poner en relación la producción y uso de las representaciones figurativas en una situación histórica concreta.

El desarrollo de dichos puntos de partida teóricos condujo a tres preguntas principales: ¿Cuál fue el nivel de la estandarización de la producción de las esculturas? ¿Permite la existencia de estandarización, si es que la hubiese, identificar un trabajo especializado? Si es que se trata de un trabajo especializado ¿admite compatibilidad con otras actividades de subsistencia o tiende a la exclusividad? La integración de los resultados arrojados por distintos análisis sobre las propiedades físicas y figurativas de las litoesculturas, muestran un alto grado de estandarización que se ve reforzado por la presencia de dos principales grupos de representación excluyentes. Una revisión de los antecedentes de algunas técnicas de talla directa en piedra escultórica, los resultados obtenidos de los análisis sobre el conjunto de objetos y su integración en distintas fases constructivas de un nuevo proceso de producción arquitectónica, sugiere que dicha estandarización derivaría de una producción especializada, posiblemente acompañada de una institucionalización de los sistemas de transmisión de conocimientos lo que, sumado a las evidencias arqueológicas disponibles de la producción y reproducción de la vida social, podrían reforzar la hipótesis relativa a una concentración de la dominación de la producción intelectual por parte de grupos minoritarios, cuyo compás de beneficio económico aún requiere de mayores pruebas empíricas.

FIGURATIVE REPRESENTATIONS AS SOCIAL MATERIALITY

PRODUCTION AND USE OF TENON HEADS AT THE SITE CHAVIN DE HUANTAR, PERU

ABSTRACT

This Doctoral Thesis presents the results of an investigation which has an empirical basis/research on the Ancient Chavin civilisation who had an archaeological site with a set of stone sculptures shaped heads. An apical portion together with carved stone sculpture and a unique context indicates original use in megalithic masonry, some of these representatives in situ show a standardised form in the upper third of the main buildings of monumental architectural complex jobs. These monoliths are located in a narrow inter mountain valley in the Central Andes dating back to between 1200/500-400 BC. This doctoral's research is based on a set of objects from a museum collection and on an archaeologically complex temporospatial dimensions. Therefore this aims to question some core theoretical and methodological aspects traditionally used in the archaeological study found in the figurative representations.

From a general theoretical point of view, it is argued/hypothesised that the interest in the study of archaeological figurative representations stems from all social materiality. In the first instance it is believed that this is derived from the realisation of human labour. Then at a substantive level it is argued that their specific interest concerns which derives its existence from the social needs of political-ideological or simply idiosyncratic, whose explanatory factors are not in a plane of identifying types of social organisation but it must be understood on a case by case basis. Since the available evidence of the production and reproduction of social life is symbolised/reflected in the productions and use of the figurative representations in a particular historical situation in a relationship. The development of these theoretical starting points lead to three main questions: 1) What was the level of standardisation of production of the sculptures? 2) Does the existence of standardisation would allow it to identify it as a skilled job? 3) If this is a specialised job would that be considered as compatible with other subsistence activities or be considered as exclusive? The integration of the results obtained from different analysis of the physical and figurative stone sculptures of properties indicates a high degree of standardisation that is reinforced by the presence of two main groups of exclusive representations. A review of the history of some techniques of direct carving in stone sculptures. The results of the analysis on the set of objects and their integration in different constructions phases of a new process of architectural production, suggests that such standardisation result from a specialised production possibly accompanied by the institutionalisation of knowledge transfer systems. In addition with further archaeological evidence found for the production and reproduction of social life available, could further strengthen the hypothesis of a concentration of the domination of intellectual production by minority groups, whose economic benefit would still require empirical evidence.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRIMER VOLUMEN

Antecedentes, Teoría y Metodologías

Dedicatoria	1
Resumen	2
Abstract	3
Índice de Contenidos	4
Índice de Figuras	13
Índice de Tablas	18
Agradecimientos	19
INTRODUCCION	27
SECCIONES DE LA TESIS	32
PROBLEMAS, PREGUNTAS, HIPÓTESIS Y OBJETIVOS DE LA TESIS	36

PARTE I

EL PROBLEMA ARQUEOLÓGICO EN EL MARCO DE LA ARQUEOLOGÍA REGIONAL

Capítulo 1. La problemática Chavín	44
1.1. Introducción	46
1.2. Chavín y su situación histórica	49
1.3. Historia de las intervenciones en Chavín	63
1.4. Descripción del yacimiento	74
1.4.1. Introducción	76
1.4.2. El marco geoambiental	76
1.4.3. Geomorfología	80
1.4.4. Cronología	83
1.4.5. El Núcleo Monumental	85
1.4.5.1. Las Galerías	86
1.4.5.2. Secuencia constructiva del Núcleo Monumental	92
1.4.6. Zona del Campo Oeste	95
1.4.7. Área Sur y Sector Wacheqsa	97
1.4.8. La Banda	99
1.5. Las comunidades del valle de los Conchucos durante el Formativo	102
1.5.1. Área Arqueológica del drenaje del Mosna (AADM)	105
1.5.2. Área Arqueológica de Huari (AAH)	114
Capítulo 2. La litoescultura de Chavín	122
2.1. Introducción	123
2.2. La variabilidad litoescultórica en el yacimiento	124
2.2.1. La dependencia arquitectónica	126
2.2.2. Los contextos de uso arquitectónico de la litoescultura	133
a) Plaza Circular	134
b) Fachada y Área Este del Edificio A	140
c) Fachada Oeste del Edificio A	151
2.2.3. La singularidad de las cabezas clavos (CC)	153
2.3. La variabilidad litoescultórica en el AADM	155
2.4. La variabilidad iconográfica	163
2.5. Limitaciones y alcances empíricos para el estudio de las CC	168
Capítulo 3. Modelos explicativos de Chavín	171
3.1. Entonces ¿De qué hablamos cuando hablamos de Chavín?	172
3.2. Chavín: Cultura Matriz	172
3.3. Chavín: Horizonte estilístico Religioso	177

3.4. Chavín: Centro Oracular del primer Estado Teocrático Andino	180
3.4.1. La primera hipótesis de Chavín como Estado Teocrático	181
3.4.2. La reedición de la hipótesis del Estado Teocrático Andino	184
3.5. Chavín: Ciudad-estado o Jefatura Compleja	188
3.5.1. El tamaño y variabilidad del asentamiento antiguo de Chavín como indicador de organización social	190
3.6. Chavín: Escenario de la evolución del poder y la autoridad	196
3.7. Chavín: entre el estilo y el significado	201
3.8. Chavín: hacia el entendimiento de las formas de producción y reproducción social	210

PARTE II

HACIA UNA TEORIA ARQUEOLÓGICA DE LAS REPRESENTACIONES FIGURATIVAS

Capítulo 4. Bases teóricas para el estudio arqueológico de la materialidad social	219
4.1. Introducción	220
4.2. El objeto de estudio arqueológico y la materialidad social	221
4.3. El trabajo como condición para la producción de la vida social	222
4.4. Las producciones de la vida social	225
4.5. Las prácticas sociales	226
4.6. El circuito producción/consumo-uso	229
4.7. Explotación y reciprocidad social	230
4.8. Organización social del trabajo y especialización	236
4.9. La especialización del trabajo y los alcances de su reconocimiento para la explicación histórica	238
4.10. La especialización del trabajo y los indicadores arqueológicos para su reconocimiento	243
4.11. Recapitulación	250
Capítulo 5. Hacia una teoría arqueológica de las Representaciones Figurativas (TARRFF)	251
5.1. Introducción	251
5.2. Problemas del estudio Arqueológico de las RRFF	253
5.2.1. Las arqueologías y el estudio de las RRFF	254
5.2.2. Arqueología e historia del arte	256
5.2.3. Representación y simbolismo en arqueología	259
5.2.3.1. Arqueología Cognitiva	260
5.2.3.2. Arqueología Contextual	265
5.2.3.3. Arqueología Pragmática	272
5.2.3.4. Símbolo, poder e ideología	276
5.2.4. Un último problema: la categoría de estilo	281
5.3. Hacia una teoría arqueológica de las RRFF	290
5.3.1. Representación y Figura	291
5.3.2. Acerca de la ideología	294
5.3.3. Aspectos centrales para una TARRFF	301
Capítulo 6. Teoría de la Observación Arqueológica de RRFF	305
6.1. Introducción	306
6.2. Lo aparente y lo oculto del hecho: la metáfora del iceberg	307
6.3. Observación selectiva: objetivación	309
6.4. Indicadores significativos para la observación arqueológica de RRFF	312
6.5. Definición de propiedades y tipo de datos	317
6.5.1. Tamaño	317
6.5.2. Forma	318
6.5.2.1. Aspectos conceptuales para el registro y cuantificación de la forma	318
6.5.2.2. Observación de la forma	319
6.5.2.3. Tipo de datos en el registro de la forma	320
6.5.3. Composición	320

6.5.4. Textura	321
6.5.5. Localización	321
6.6. Mecanismos de la Observación: conceptos, medición y descripción	321
6.6.1. Formulación de conceptos	322
6.6.2. Medir y describir	324
6.6.3. Cantidad y Calidad en las RRFF	324

PARTE III

METODOLOGÍAS PARA EL ESTUDIO DE LAS CABEZAS CLAVAS

Capítulo 7. Antecedentes metodológicos para el estudio de la escultura lítica	330
7.1. Entrenando el ojo: aprender a observar	331
7.2. Antecedentes del estudio de la escultura en piedra	332
7.3. Clasificaciones generales de la escultura en piedra	338
7.4. La talla directa en piedra como proceso de trabajo	346
7.4.1. Rocas	347
7.4.2. El trabajo de abastecimiento: Búsqueda, selección, cantería y transporte	349
7.4.3. Etapas básicas de la talla directa multifacial	352
7.5. Recapitulación	361
Capítulo 8. Métodos y Técnicas	362
8.1. Introducción	363
8.2. Aspectos metodológicos generales	367
8.3. Registro de la Información: descripción y cuantificación	369
8.4. Métodos y técnicas para el registro y análisis de datos	370
8.4.1. Análisis del desgaste	370
8.4.1.1. Diagnóstico de las huellas de alteración	370
8.4.1.2. Diagnóstico del estado de fragmentación	373
8.4.2. Análisis composicional	374
8.4.3. Análisis morfofigurativo	375
8.4.3.1. Selección y estructuración de los atributos morfofigurativos	376
8.4.3.2. La construcción de la BDMF	378
8.4.3.3. La selección de las variables y sus valores	379
8.4.3.4. El análisis estadístico multivariado de BDMF	381
8.4.4. Tamaño y Forma: Análisis de Morfometría-lineal	382
8.4.4.1. Aspectos generales del estudio morfométrico	382
8.4.4.2. Morfometría lineal	382
8.4.4.3. Procesamiento y análisis estadístico en morfometría lineal	383
8.4.5. Morfometría geométrica	385
8.4.5.1. Métodos de medición o codificación de la forma	385
8.4.5.2. La morfometría tradicional y la morfometría geométrica	387
8.4.5.3. La morfometría geométrica	389
8.4.5.3.1. El tratamiento de los datos primarios	389
8.4.5.3.2. Estimación geométrica del tamaño	390
8.4.5.3.3. Deformación de las grillas cartesianas	390
8.4.5.3.4. Sobreposición de los datos y los espacios morfométricos multidimensionales	391
8.4.5.3.5. Análisis exploratorios	392
8.4.5.3.6. Análisis confirmatorios	392
8.4.6. Análisis de las huellas de trabajo	395
8.4.6.1. Procedimientos para la descripción y análisis de las huellas de trabajo	396
8.4.7. Análisis del uso y la función social	398
8.4.7.1. Análisis del uso arquitectónico	399
8.4.7.2. Consideraciones en torno a la funcionalidad de los espacios sociales	402
8.5. Procesamiento estadístico	403

8.5.1. Análisis exploratorios de datos multivariados	403
8.5.1.1. Análisis de componentes principales	404
8.5.1.2. Análisis de correspondencias múltiples	405
8.5.2. Análisis confirmatorios	406
Capítulo 9. Caracterización y registro de campo de las Cabezas Clavas de la Colección Chavín	408
9.1. Introducción	409
9.2. Historia de los registros y hallazgos de cabezas clavav	409
9.3. Caracterización del conjunto de cabezas clavav de la colección Chavín	430
9.4. Condiciones de Registro de Datos	433
9.4.1. Museo Nacional Chavín	436
9.4.2. Antigua Sala de Exposición	437
9.4.3. Almacén 4	438
9.5. Registro Fotográfico	441
9.6. Registro Métrico y Observaciones Morfo-figurativas	443
9.7. Registro de oquedades de Inserción Arquitectónica	444

SEGUNDO VOLUMEN

Resultados

PARTE IV

ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN Y EL USO

Capítulo 10. Análisis del desgaste	449
10.1. Preguntas y objetivos	450
10.2. Resultados Diagnóstico del estado de fragmentación	450
10.3. Resultado Diagnóstico de alteraciones macroscópicas	453
10.3.1. Fisuras y Deformación	453
10.3.2. Desprendimiento	454
10.3.3. Características provocadas por pérdida de material	457
10.3.4. Alteración cromática y depósito	459
10.3.5. Colonización Biológica	462
10.4. Principales asociaciones entre las alteraciones registradas	466
Capítulo 11. Análisis de las propiedades composicionales	473
11.1. Objetivos del Análisis petrológico macroscópico preliminar	474
11.2. Litología del área	475
11.3. Resultados de la identificación macroscópica	478
11.4. Estimación de proveniencias	479
11.5. Propiedades físico-mecánicas de las rocas identificadas	486
11.5.1. Peso específico y densidad	487
11.5.2. Porosidad	492
11.5.3. Dureza y resistencia a la abrasión	494
11.6. Conclusiones de los resultados petrológicos macroscópicos preliminares	496
Capítulo 12. Análisis Morfo-figurativo	499
12.1. Hipótesis, preguntas y objetivos	500
12.2. Análisis de valores perdidos	500
12.3. Criterios y Objetivos de cada ACM	502
12.4. Análisis exploratorio de AAB	504
12.4.1. Discusión ACM exploratorio AAB	507
12.5. ACM1. Variables de atributos morfo-figurativos integradas	509
12.6. ACM2. Análisis con las variables cualitativas de atributos exclusivamente anatómicos	518
12.7. ACM3. Análisis con las variables de aditivos cráneo-faciales (ACF)	522
12.8. ACM4. Análisis con las variables de tratamiento escultórico (TE) de los atributos anatómicos.	526
12.9. ACM5. Análisis con las variables de mayores valores discriminantes arrojadas por ACM1	530

12.10. Discusión de los resultados de los análisis morfo-figurativos	536
12.11. Los grupos morfo-figurativos (GMF) de cabezas clavas	541
12.12. Los Esquemas de Representación	544
12.13. Principales conclusiones del capítulo	547
Capítulo 13. Morfometría lineal	551
13.1. Preguntas, hipótesis y objetivos	552
13.2. Selección de las variables métricas	553
13.2.1. Medidas lineales	553
13.2.2. Índices y estimadores de tamaño o magnitud	556
13.3. Variabilidad del tamaño	559
13.3.1. Tamaño en Piezas completas	559
13.3.2. Tamaño de las cabezas	562
13.3.3. Tamaño de las clavas	564
13.3.4. Discusión de los resultados	567
13.4. Análisis de la forma	568
13.4.1. Exploración de la forma de la cabeza	568
13.4.2. La forma en norma frontal	571
13.4.3. La forma en norma lateral	574
13.4.4. Discusión de los resultados	579
13.5. Análisis de proporcionalidad	580
13.5.1. Variabilidad del bloque mínimo	580
13.5.2. Relación de las porciones escultóricas	585
13.5.3. Variabilidad del volumen inscrito de las cabezas	591
13.6. Principales conclusiones de los resultados	593
Capítulo 14. Morfometría Geométrica	595
14.1. Preguntas, hipótesis y objetivos	596
14.2. Morfometría geométrica de la vista frontal de las cabezas clavas	596
14.2.1. Criterios de la muestra	597
14.2.2. Obtención y tratamiento de imágenes digitales	598
14.2.3. Registro de los hitos de morfocoordenadas	598
14.2.4. Herramientas Análisis exploratorios	599
14.2.5. Herramientas Análisis Confirmatorios	600
14.2.6. Resultados Análisis de la vista frontal completa	600
14.2.7. Análisis del contorno frontal (CF)	607
14.2.8. Análisis de la hemicara (HC)	611
14.2.9. Análisis de los atributos anatómicos básicos del frontal (ABF)	617
14.3. Morfometría geométrica de la vista lateral de las cabezas clavas	622
14.3.1. Criterios de la muestra	623
14.3.2. Registro de los hitos de morfo-coordenadas	623
14.3.3. MG de los Atributos anatómicos básicos del lateral (ABL)	624
14.3.4. MG de la Inflexión cabeza/clava (ICC)	628
14.3.5. MG Inflexión C/C en especímenes de apariencia Chavín ICCh	631
14.4. Principales conclusiones de los análisis de morfometría geométrica	635
Capítulo 15. Análisis de las huellas de trabajo	637
15.1. Introducción	638
15.2. Materiales y métodos para el estudio del proceso de trabajo	639
15.3. Resultados	646
15.3.1. Principales huellas de trabajo conservadas	646
15.3.2. Estimación de la variabilidad del estado de producción de las CC	652
15.4. El registro arqueológico y los medios de trabajo	655
15.4.1. Percutores	657
15.4.2. Herramientas puntiformes	658

15.4.3. Herramientas de filo pulido lineal transversal	661
15.4.4. Pulidores e Insumos	663
15.5. Un modelo para las etapas del ciclo de producción de las cabezas clavadas	663
15.5.1. Búsqueda, selección, obtención y traslado de la roca	664
15.5.2. Proceso de talla	668
15.5.3. ¿Necesitaron ser exclusivos los espacios de producción?	672
15.6. Principales conclusiones del capítulo	674
Capítulo 16. Análisis del uso arquitectónico	677
16.1. Introducción	678
16.2. Hacia la caracterización de la localización espacial	679
16.2.1. Los datos directos: Las oquedades de inserción y las asociaciones arquitectónicas	679
16.2.2. Los datos indirectos: derrumbes y hallazgos imprecisos	696
16.3. Hacia la caracterización de la temporalidad	703
16.3.1. Vigencia temporal de la producción y uso de las CC	703
16.3.2. La variabilidad de las clavadas y la temporalidad arquitectónica	705
16.4. Consideraciones en torno a la funcionalidad de los espacios sociales	708
16.4.1. Las prácticas sociales (análisis espacial actividades que tolera el espacio construido)	708
16.4.2. La visualización de las cabezas clavadas	713
16.5. Principales conclusiones del capítulo	714

PARTE V REPRESENTACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LA PRODUCCIÓN Y USO DE LAS CC

Capítulo 17. Conclusiones: El trabajo escultórico en el contexto de las prácticas político-ideológicas de Chavín.	721
17.1. Introducción	722
17.2. Síntesis de los principales resultados de los análisis de la producción y uso de las CC	725
17.2.1. Características del desgaste	725
17.2.2. Características composicionales	726
17.2.3. Características morfo-figurativas	727
17.2.4. Características del tamaño	728
17.2.5. Características morfológicas	729
17.2.6. Características de las huellas de trabajo	730
17.2.7. Características del uso arquitectónico	732
17.2.8. Características de la funcionalidad de los espacios sociales	735
17.3. Respecto a los esquemas de representación	736
17.3.1. Cuestiones de regularidad	736
17.3.2. Cuestiones de contenido figurativo	738
17.3.3. Posibilidades de acceso al contenido	742
17.4. Respecto a la especialización del trabajo litoescultórico	744
17.4.1. Regularidad técnica y teórica	744
17.4.2. Desarrollo y transmisión de conocimientos	745
17.5. El trabajo litoescultórico en el contexto de la producción y reproducción de la vida social	750
17.8. Conclusiones	755

PARTE VI APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA	757
ANEXOS	759
1. Base de Datos Información general	791
2. Proyecto de extracción de muestras petrográficas	793
3. Comparación con Registro de Julio C. Tello	799
	833

4.	Cabezas clavos no-Chavinoides	869
5.	Petrografía preliminar (tabla de observaciones)	880
6.	Base de Datos métricas (BDMET)	889
7.	Definición, justificación e ilustración de las variables y categorías morfo-figurativas	895
8.	Base de Datos morfo-figurativa (BDMF)	829
9.	Traducción al castellano del Glosario de alteraciones de la piedra	839
10.	Base de Datos fragmentación y alteraciones (BDFA)	953
11.	Ilustración huellas de trabajo identificadas	975
12.	Base de Datos huellas de trabajo (BDHT)	985
13.	Catálogo de las cabezas clavos de la Colección Chavín	995

ÍNDICE DE FIGURAS

Capítulo 1		Pág.
Figura 1.1.	Ubicación geográfica del sitio Chavín de Huántar	48
Figura 1.2.	Principales sitios del Arcaico y Formativo Andino	55
Figura 1.3.	Plano de Chavín según Tello	64
Figura 1.4.	Historia de las principales excavaciones en el sitio	68
Figura 1.5.A	Vista aérea de los principales sectores del sitio Chavín de Huántar	74
Figura 1.5.B	Vista tridimensional de los principales sectores del sitio Chavín de Huántar	75
Figura 1.6.	Callejón de Conchucos. Panorámica del sitio y pueblo actual	78
Figura 1.7.	Sección transversal oeste-este de las principales zonas ambientales de los Andes Centrales	79
Figura 1.8.	Esquema de sección longitudinal del valle de río Mosna	81
Figura 1.9.	Plaza Cuadrangular de Chavín de Huántar	87
Figura 1.10.	Plano arquitectura externa del Núcleo Monumental de Chavín de Huántar	88
Figura 1.11.	Vista interior de algunas galerías	89
Figura 1.12.	Plano de localización de las Galerías en los edificios A, B, C y en el Atrio de la Plaza Circular	91
Figura 1.13.	Secuencia constructiva de Chavín de Huántar según Kembel	94
Figura 1.14.	Excavaciones de la Universidad de Stanford en la Zona Campo Oeste	97
Figura 1.15.	Plano de estructuras excavadas en La Banda	101
Figura 1.16.	Relación de sitios mencionados en la literatura como Formativos en el drenaje del Mosna.	107
Figura 1.17.	Isocronas de distancia de recorrido a pie en la AADM	112
Figura 1.18.	Sitios de la provincia de Huari con las subcuencas Puksha	118
Capítulo 2		
Figura 2.1.	Cornisa de los Jaguares, relocada en la Esquina SW Edificio A	129
Figura 2.2.	Dibujo desplegado del frontal, Cornisa de los Jaguares	129
Figura 2.3.	Obelisco Tello	130
Figura 2.4.	Estela Raimondi	131
Figura 2.5.	Conjunto de lápidas Chavín que emplean grabado y relieve hundido	131
Figura 2.6.	Lanzón monolítico o Gran Imagen	132
Figura 2.7.	Mortero Escultórico	132
Figura 2.8.	Cabeza ornitomorfa en bulto	132
Figura 2.9.	Aspecto de las primeras excavaciones en el atrio de la Plaza Circular	134
Figura 2.10.	Cuadrante NW de la Plaza Circular	135
Figura 2.11.	Nuevas excavaciones en la Plaza Circular en la última década por el equipo de la Universidad de Stanford	136
Figura 2.12.	Piso original de la Plaza Circular y muro sur con lápidas de felino que miran a la escalinata oeste	136
Figura 2.13.	Esquemización vertical del enchape o revestimiento de la disposición de las lajas labradas y pulidas y la localización de las lápidas en la Plaza Circular	137
Figura 2.14.	Reconstrucción del cuadrante NW de la Plaza Circular con lajas, lápidas y sillares.	138
Figura 2.15.	Muestra de personajes de las lápidas de la Plaza Circular	140
Figura 2.16.	Portal Negro y Blanco o de las Falcónidas	142
Figura 2.17.	Croquis de la distribución del hallazgo de los elementos del Pórtico.	145
Figura 2.18.	Loza Voladiza, Piedra de las aves o de los cóndores	145
Figura 2.19.	Detalle de las aves únicas y de las que forman pares en la losa voladiza.	146
Figura 2.20.	Lápidas halladas en el escombramiento de la terraza de la fachada oriental del edificio A	148
Figura 2.21.	Dintel de los Jaguares	149
Figura 2.22.	Cornisa de los cóndores	150
Figura 2.23.	Cornisa del muro oeste del edificio A.	152
Figura 2.24.	Ilustración de la inserción constructiva de una cabeza clava	153
Figura 2.25.	Cabezas clavadas de la esquina SO del edificio A	154
Figura 2.26.	Conjunto de relieves líticos provenientes del yacimiento Wamanwain.	157
Figura 2.27.	Fragmentos de relieves provenientes del yacimiento Wamanwain.	158
Figura 2.28.	Relieves provenientes del yacimiento de Pojoc.	159
Figura 2.29.	Lápidas que se dice que provienen del yacimiento Yurac yacu	161
Figura 2.30.	Fragmento de obelisco que se dice que fue recuperado del yacimiento de Runtu	162

Figura 2.31.	Fragmento de cornisa de Shikip	162
Figura 2.32.	Lápida recuperada de los faldeos del cerro WarampuPatac	167
Capítulo 3		
Figura 3.1	Crecimiento del asentamiento antiguo de Chavín de Huántar	194
Figura 3.2	Entendiendo a la arqueología lección #1: tonterías	201
Capítulo 4		
Capítulo 5		
Figura 5.1.	Relaciones entre el objeto y el signo en los modelos de Pierce y Saussure	274
Capítulo 6		
Figura 6.1.	Esquema hipótesis-hecho. Relaciones de lo observable con lo in-observable.	308
Figura 6.2.	Cuadro de relaciones causales entre acciones sociales y efectos observados en los materiales arqueológicos.	313
Figura 6.3.	Cuadro ciclo del proceso de observación, registro y generación de información	324
Capítulo 7		
Figura 7.1.	Grupo de réplicas escultóricas mesoamericanas del Parque Hundido de Ciudad de México	341
Figura 7.2.	Ejemplos de escultura exenta realizada mediante talla directa multifacial	343
Figura 7.3.	Ejemplo de proceso de desbaste en talla directa frontal	344
Figura 7.4	Escorzo izquierdo y derecho de un proceso de trabajo de talla directa multifacial para la réplica de una cabeza clava	345
Figura 7.5.	El dibujo como guía de talla	354
Figura 7.6.	Desbaste primario	355
Figura 7.7.	Desbaste secundario	356
Figura 7.8.	Realización de los detalles escultóricos	357
Figura 7.9.	Acabados de superficie	358
Capítulo 8		
Figura 8.1	Modelo hipotético de producción y uso de las cabezas clavav	364
Capítulo 9		
Figura 9.1	Ilustración del puente sobre el río Mariash (Wacheqsa) según Wiener	411
Figura 9.2	Aspecto del puente en torno a 1895-96 durante la visita de Middendorf	412
Figura 9.3	Puente fotografiado por Enock 1907	412
Figura 9.4	Dibujo del puente según fotografía de Kinzl en 1932	414
Figura 9.5	Dibujo del puente según fotografía de Palacios en 1934	414
Figura 9.6	Dibujo del puente según fotografía de Kinzl en 1936	414
Figura 9.7	Cabezas clavav ilustradas por Bennett	418
Figura 9.8	Cabeza felínica del Tipo D, Recuay	419
Figura 9.9	Bennett 1944: Pl. 7D. Escultura E67 de Tello	419
Figura 9.10	10 Cabeza Clava MACHML00011 fotografiada en 1955.	422
Figura 9.11	Plano del Atrio de la Plaza Circular con CC registradas por el equipo de la UNMSM	424
Figura 9.12	Vista hallazgo cabeza clava pasaje oeste – Edificio A	426
Figura 9.13	Vista detalle cabeza clava sobre muro Recuay Pasaje oeste Edificio A	426
Figura 9.14	Dibujo de perfil. Muro tardío Recuay y hallazgo de cabeza clava.	426
Figura 9.15	Cabeza Clava ID92 al momento de su hallazgo en 2004	428
Figura 9.16	Cabeza Clava MACHML00091, correspondiente al hallazgo H13-9 de la campaña 2005	429
Figura 9.17	Planta Excavaciones del Atrio Este de la Plaza Circular	429
Figura 9.18	Reconstrucción de la panorámica de la fachada oeste del Edificio A según Tello	433
Figura 9.19	Condiciones de musealización de parte de las CC en el MNCH	436
Figura 9.20	Condiciones de almacenaje en la Antigua Sala de Exposición del MACH	437
Figura 9.21	Parte del aspecto del Almacén 4 en el registro de 2009	439
Figura 9.22	Principio de distorsión óptica en objetos de tendencia esférica	442
Figura 9.23	Ilustración de toma a distancia efectiva de 5 m, con distancia focal 6	443
Figura 9.24	Ilustración de toma a distancia efectiva de 5 m, con distancia focal 23	443
Figura 9.25	Ilustración de una toma macro del lateral izquierdo de la pieza ID11	443
Figura 9.26	Ilustración de una toma súper macro de la porción de la mejilla de ID11	443
Figura 9.27	<i>Actividades de registro de oquedades de inserción de CC conservadas. Edificio A, esquina SW.</i>	446
Capítulo 10		
Figura 10.1.	Gráfico de distribución porcentual del Estado de Fragmentación de las CC de la	452

	Colección Chavín.	
Figura 10.2	Ilustración de microfisuras en pieza ID16	453
Figura 10.3	Ilustración de las alteraciones de la familia “Desprendimiento”	455
		456
Figura 10.4	Ilustración de las características provocadas por pérdida de partes	458
Figura 10.5	Ejemplos de alteración cromática y depósito.	460
Figura 10.6	Biodeterioro de origen liquénico	463
Figura 10.7	Ilustración de diferentes formas de colonización biológica en una muestra de CC	464
Figura 10.8	Porcentajes de ocurrencia de alteración según su pertenencia a las familias propuestas por ICOMOS-ISCS	467
Figura 10.9	Gráfico de categorías conjuntas de las alteraciones más relevantes según las mayores medidas de discriminación	469
Capítulo 11		
Figura 11.1	Mapa geológico del sureste de la Cordillera Blanca y del valle del río Mosna	476
Figura 11.2	Sección del Mapa geológico del Cuadrángulo de Huari, subcuadrángulo Recuay- hoja 20i	477
Figura 11.3	Distribución de frecuencia y porcentaje de la identificación macroscópica preliminar del tipo de roca.	478
Figura 11.4	Estimación de distancias a fuentes líticas	482
Figura 11.5	Vista al oeste de la base y las laderas medias del macizo YuracMachay	483
Figura 11.6	Relación en escala volumétrica de las variaciones según el promedio de PE la densidad de la matriz y la densidad de la porosidad para la Toba volcánica, la arenisca y la caliza	490
Figura 11.7	Relaciones en escala ascendente entre PE y D de distintas series según su estado de fragmentación.	491
Figura 11.8	Test de absorción de agua por capilaridad de diferentes rocas después de 60 min y 12 horas	493
Figura 11.9	Test Böhme de valores de abrasión para diferentes tipos de roca	496
Capítulo 12		
Figura 12.1	Frecuencias de datos perdidos en las variables de atributos morfo-figurativos	502
Figura 12.2	Gráfico diagrama de conjunto de puntos de valores en ACM	505
Figura 12.3	Gráfico de las Medidas de discriminación en ACM-AAB	505
Figura 12.4	Cuadro clasificatorio según las categorías de grupos, subgrupos e infra-grupos propuesto por la distribución de los valores para los AAB en ACM.	506
Figura 12.5	Diagrama de los puntos de categoría en ACM1	510
Figura 12.6	Diagrama de los puntos de categoría en ACM1b	511
Figura 12.7	Proyección gráfica de las medidas de discriminación en ambas dimensiones.	512
Figura 12.8	Piezas etiquetadas por las variables con mayores medidas discriminantes en la primera dimensión de ACM1	514
Figura 12.9	Gráfico de distribución de las cabezas clavos en ACM1 según su centroide	516
Figura 12.10	Gráfico de las categorías conjuntas en ACM2	519
Figura 12.11	Representación gráfica de las medidas discriminantes en ACM2	521
Figura 12.12	Gráfico de distribución de las cabezas clavos en ACM2 según su ID	521
Figura 12.13	Gráfico de categorías conjuntas en ACM3	524
Figura 12.14	Proyección gráfica de las medidas de discriminación en ACM3	524
Figura 12.15	Distribución de las piezas según ACM3	525
Figura 12.16	Gráfico del conjunto de categorías en ACM4	52
		8
Figura 12.17	Proyección gráfica de las medidas de discriminación de ACM4	529
Figura 12.18	Distribución de las piezas según ACM4	529
Figura 12.19	Gráfico de categorías conjuntas en ACM5	532
Figura 12.20	Proyección gráfica de las medidas de discriminación en ACM5	533
Figura 12.21	Gráfico de distribución de las cabezas clavos en ACM5	533
Figura 12.22	Proyección gráfica de las medidas de discriminación en ACM5 excluyendo las piezas no Chavín.	534
Figura 12.23	Gráfico de distribución de las cabezas clavos sólo Chavín en ACM5	535
Figura 12.24	Distribución de las cabezas clavos según grupo morfo-figurativo en la muestra de estudio.	545
Capítulo 13		
Figura 13.1	Vista de las distancias métricas en norma frontal	553

Figura 13.2	Vista de las distancias en norma lateral	554
Figura 13.3	Puntos craneométricos en norma lateral	557
Figura 13.4	Registro de los puntos ns, pg, go y ángulo mentoniano de gnasis, en tpsDig2.15	557
Figura 13.5	Componentes principales de las medidas brutas de todas las cabezas clavas completas	560
Figura 13.6A	Gráfico de dispersión de los dos primeros componentes del análisis de CP sobre medidas brutas de las cabezas Chavín completas	563
Figura 13.6B	BoxPlot y outliers para puntajes de CP1 sobre las medidas brutas de las cabezas completas	564
Figura 13.7	Gráfico de dispersión de los dos primeros componentes del análisis de CP sobre las medidas lineales brutas de las clavas Chavín completas	566
Figura 13.8	Gráfico de dispersión de los dos PC del análisis de morfología lineal de las cabezas Chavín	568
Figura 13.9	Gráficos de correlaciones de las variables métricas estandarizadas de la cabeza	570
Figura 13.10	Gráfico de dispersión de los dos primeros componentes del análisis de morfometría lineal del frontal de las cabezas Chavín	572
Figura 13.11	Gráficos de correlaciones de las variables métricas estandarizadas en los tres primeros componentes para el estudio de la morfometría lineal del frontal de las cabezas	573
Figura 13.12	Gráfico de dispersión de los dos primeros CP de la norma lateral de las cabezas	576
Figura 13.13	Gráficos de correlaciones de las variables estandarizadas en los dos primeros CP para el estudio de la forma en norma lateral	577
Figura 13.14	Gráfico de dispersión de los dos primeros CP del análisis de forma en norma lateral de las CC Chavín, sin considerar largo de la clava	578
Figura 13.15	Gráficos de correlaciones de las variables métricas estandarizadas en los dos primeros componentes sin considerar el largo de la clava	579
Figura 13.16	Gráfico de correlación entre el peso del bloque y la volumetría de éste	582
Figura 13.17	BoxPlot de la distribución de peso según la roca empleada	584
Figura 13.18	Rectas de regresión lineal o máximo ajuste para la relación entre el volumen de la cabeza y la clava de la serie GMF1	589
Figura 13.19	Rectas de regresión lineal o máximo ajuste para la relación entre el volumen de la cabeza y la clava de la serie GMF2	589
Figura 13.20	Rectas de regresión lineal o máximo ajuste para la relación entre el volumen de la cabeza y la clava de la serie completa	589
Figura 13.21	BoxPot de las tres series para el volumen de la cabeza	592
Capítulo 14		
Figura 14.1	Ubicación y numeración de landmarks y semilandmarks	599
Figura 14.2	Visualización de la configuración de consenso en TpsRW	600
Figura 14.3	Agrupaciones según el RW1 y RW2	603
Figura 14.4	Visualización del efecto de los factores independientes sobre la forma frontal	605
Figura 14.5	Clúster mediante Ward'sMethod, del frontal completo	605
Figura 14.6	Neighbor-joining del frontal completo	605
Figura 14.7	Visualización de la configuración de consenso del contorno frontal (CF)	607
Figura 14.8	Distribución de los especímenes según los grupos propuestos por el 1 ^{er} análisis de MG en RW1 y RW2 para el CF	608
Figura 14.9	Neighbor-joining del contorno	610
Figura 14.10	Presencia y tipo de elementos tallados en la “barbilla” de las CC	610
Figura 14.11	Visualización de la configuración de consenso de la Hemicara (HC) en TpsRW	612
Figura 14.12	Distribución de los especímenes según los grupos definidos por la MG en RW1 y RW2 para la hemicara	612
Figura 14.13	Configuración de consenso para ambos grupos de MG en HC	614
Figura 14.14	Visualización del efecto de las variables independientes sobre la forma de la HC	615
Figura 14.15	Dendograma Clúster de la HC realizado con las distancias de Procrustes	616
Figura 14.16	Neighbor-joining de la HC calculado con las distancias de Procrustes	616
Figura 14.17	Visualización de la configuración de consenso de ABF	617
Figura 14.18	Distribución de los especímenes según los grupos de la MG en RW1 y RW2 para los ABF	618
Figura 14.19	Visualización del efecto de las variables independientes sobre la forma de los ABF	620
Figura 14.20	Dendograma Clúster de los ABF	621
Figura 14.21	Neighbor-joining de los ABF	621

Figura 14.22	Localización de los LM y semilandmark de la MG del Lateral de las CC	623
Figura 14.23	Visualización de la configuración de consenso de ABL en TpsRW	624
Figura 14.24	Distribución de los especímenes según los grupos por la MG en RW1 y RW2 en el análisis ABL	625
Figura 14.25	Visualización del efecto de las variables independientes sobre la forma de los ABL	626
Figura 14.26	Dendograma Clúster de los ABL	627
Figura 14.27	Neighbor-joining de los ABL	627
Figura 14.28	Visualización de la configuración de consenso de la ICC	628
Figura 14.29	Distribución de los especímenes según los grupos MG en RW1 y RW2 en la ICC	629
Figura 14.30	Dendograma Clúster de la ICC	630
Figura 14.31	Neighbor-joining de la ICC	630
Figura 14.32	Visualización de la configuración de consenso de ICC sólo Chavín (ICCh)	631
Figura 14.33	Distribución de los especímenes según los grupos por la MG del ICCh en RW1 y RW2	631
Figura 14.34	Visualización del efecto de las variables independientes sobre la forma de la ICCh	633
Figura 14.35	Dendograma Clúster de la ICCh	634
Figura 14.36	Neighbor-joining de la ICCh	634
Capítulo 15		
Figura 15.1	Reconstrucción de la división de un bloque de piedra mediante cuñas con percusión aplicada con percutor	641
Figura 15.2	Percusiones aplicadas con percutor	641
Figura 15.3	Formas de percusión circular	641
Figura 15.4	Ejemplo de porciones activas de taladros etnográficos	644
Figura 15.5	Ejemplo de herramientas con porciones activas lineales transversales rectas y curvas	644
Figura 15.6	Conjunto instrumental básico conocido para la escultura en piedra griega arcaica	644
Figura 15.7	Puntos de objeto de ACM en el plano frontal etiquetados según Grupo Morfo-figurativo	649
Figura 15.8	Diagrama conjunto de puntos de categorías de las huellas de trabajo en el plano frontal	651
Figura 15.9	Ilustración de formas de percutores registrados en Chavín de Huántar	658
Figura 15.10	Artefactos cortantes y punzantes de hueso recuperados de La Galería de las Ofrendas	661
Figura 15.11	Cuchillos puntiformes y de filos biselados sobre pizarra gris, registrados por Tello	661
Capítulo 16		
Figura 16.1	Edificios A y B durante la Etapa Expansiva	682
Figura 16.2	Acercamiento a la fachada este de los edificios A y B durante la Etapa Expansiva	682
Figura 16.3	Fila de estacas líticas en la porción superior de los muros de la galería de Los Laberintos	683
Figura 16.4	Fachada oeste del Edificio A, con la junta entre MA y SA	685
Figura 16.5	Plano de las galerías de los edificios A, B y C.	685
Figura 16.6	Fotografía de la entrada a la galería Portada	686
Figura 16.7	Fachada este de Edificio A con ilustración del alineamiento de CC	689
Figura 16.8	Levantamiento de SA y sus relaciones con la arquitectura interna y externa	690
Figura 16.9	Plan arquitectónico del perfil este durante la Etapa Negro y Blanco	690
Figura 16.10	Panorámica muro oeste del Edificio E Tardío y norte del Edificio E Temprano	691
Figura 16.11	Conjunto de oquedades conservadas en SA	694
Figura 16.12	Plano ilustrativo de localización de todas las CC con contexto conocido o referencia imprecisa de hallazgos	702
Capítulo 17		
Figura 17.1.	Botella escultórica de Tumba 4, fase Shillacoto-Kotosh	740
Figura 17.2.	<i>Vessel of Shillacoto-Kotosh period</i>	740
Figura 17.3.	Cabeza Clava ID10	740

ÍNDICE DE TABLAS

Índice de Tablas

Capítulo 1		Pág.
Tabla 1.1.	Periodificación del Arcaico Final y el Formativo en los Andes Centrales	51
Tabla 1.2.	Secuencia relativa de Rowe	66
Tabla 1.3.	Secuencia Cerámica de Burger	70
Tabla 1.4.	Síntesis de las principales intervenciones de la US en Chavín	71
Tabla 1.5.	Síntesis de la historia de las intervenciones arqueológicas en Chavín de Huántar	73
Tabla 1.6.	Síntesis de la unidades geomorfológicas de Chavín de Huántar	82
Tabla 1.7.	Síntesis de las principales características de los sitios arqueológicos adscritos al Período Formativo en el drenaje del río Mosna	108
Tabla 1.8.	Sitios arqueológicos de las subcuencas Huaritambo, Puchka y algunos del Mosna	115
Tabla 1.9.	Principales características de los asentamientos de la cuenca sur del río Yanamayo durante el Formativo Medio/Horizonte Temprano	119
Capítulo 2		
Tabla 2.1.	Resumen de la relación de variabilidad litoescultórica respecto a su dependencia arquitectónica.	127
Tabla 2.2.	Distribución de piezas conocidas en estructuras o sus derrumbes según edificio o sector arquitectónico y etapas de construcción monumental.	133
Tabla 2.3.	Síntesis del repertorio temático de las RRFF de Chavín de Huántar	165
Capítulo 3		
Tabla 3.1.	Principales indicadores arqueológicos para el reconocimiento del Estado Teocrático Andino	187
Tabla 3.2.	Caracterización material de la variación temporal del asentamiento antiguo de Chavín de Huántar	195
Tabla 3.3.	Convenciones de la Iconografía Chavín según Rowe	204
Capítulo 4		
Tabla 4.1.	Esquema de las Producciones de la Vida Social y de la Posición del Trabajo (T) en las prácticas sociales	224
Capítulo 5		
Tabla 5.1.	Comparación entre la semiología de Saussure y la semiótica de Pierce.	273
Tabla 5.2.	Significados de las hachas de jade de los entierros de la estepa de Eurasia	275
Capítulo 6		
Tabla 6.1.	Proceso de ‘ingeniería inversa’ de la observación y la descripción de datos	314
Tabla 6.2.	Clase de conceptos no-formales	323
Capítulo 7		
Tabla 7.1.	Propiedades escultóricas de las rocas	347
Tabla 7.2.	Aptitudes de algunos grupos de roca para la talla	348
Tabla 7.3.	Aptitudes de las rocas para la talla escultóricas según su génesis	348
Capítulo 8		
Tabla 8.1.	Relación propiedad física v/s indicadores de producción y uso de las CC	368
Tabla 8.2.	Objetivos particulares de la diagnosis de las alteraciones de la piedra	372
Tabla 8.3.	Estructuración de los datos morfofigurativos	378
Capítulo 9		
Tabla 9.1.	Recuento de piezas recuperadas por Tello según año de campaña	415
Tabla 9.2.	Clasificación de las CC según Kroeber	420
Tabla 9.3.	Resumen de las CC detectadas por el equipo de la UNMSM	423
Tabla 9.4.	Resumen estimativo de la totalidad de CC procedentes de Chavín	432
Tabla 9.5.	a) Longitud aproximada de muros ABC; b) Cuantificación promedio inter e intra inserción de la clava	432
Tabla 9.6.	Ubicación de las CC de Chavín de Huántar durante las campañas 2004 y 2009	435
Tabla 9.7.	Ficha de registro de oquedades de inserción campaña 2009	445
Capítulo 10		
Tabla 10.1.	Definición de los valores del diagnóstico del Estado de Fragmentación del conjunto total de CC de la Colección Chavín	451
Tabla 10.2.	Frecuencias y distribución porcentual del Estado de Fragmentación de las CC de la Colección Chavín	452
Tabla 10.3.	Medidas discriminantes y porcentaje de explicación de la varianza de todas las alteraciones agrupadas según su familia clasificatoria mediante ACM.	468

Tabla 10.4.	Medidas discriminantes del ACM conjunto.	468
Capítulo 11		
Tabla 11.1.	Recuento litológico a partir de las unidades litoestratigráficas cartografiadas en un radio de 20 km desde el yacimiento arqueológico de Chavín de Huántar	485
Tabla 11.2.	Principales propiedades físico-mecánicas de las rocas	486
Tabla 11.3.	Valores de referencia de PE y D	488
Capítulo 12		
Tabla 12.1	AAB y sus correspondientes categorías	504
Tabla 12.2	Frecuencias de los valores de atributos AAB	505
Tabla 12.3	Matriz de correlaciones entre los atributos ACM-AAB	505
Tabla 12.4	Medidas de discriminación ACM-AAB	505
Tabla 12.5	Frecuencias y porcentajes por agrupaciones según AAB	507
Tabla 12.6	Resumen del procesamiento de los casos en ACM1	510
Tabla 12.7	Resumen del modelo en ACM1	510
Tabla 12.8	Medidas de discriminación para ACM1	512
Tabla 12.9	Categorías por Grupo en ACM1	517
Tabla 12.10	Resumen del procesamiento de los casos ACM2	519
Tabla 12.11	Resumen del modelo ACM2	519
Tabla 12.12	Medidas de discriminación ACM2	521
Tabla 12.13	Resumen del procesamiento de los casos en ACM3	523
Tabla 12.14	Resumen del modelo en ACM3	523
Tabla 12.15	Medidas discriminantes en ACM3	524
Tabla 12.16	Resumen del procesamiento de los casos en ACM4	528
Tabla 12.17	Resumen del modelo en ACM4	528
Tabla 12.18	Medidas de discriminación en ACM4	529
Tabla 12.19	Resumen del procesamiento de los casos en ACM5	532
Tabla 12.20	Resumen del modelo en ACM5	532
Tabla 12.21	Medidas de discriminación en ACM5.	533
Tabla 12.22	Medidas de discriminación en ACM5 sólo de cabezas clavas Chavín	534
Tabla 12.23	Distribución de las cabezas clavas según grupo morfo-figurativo en la muestra de estudio.	545
Capítulo 13		
Tabla 13.1	Descripción de variables métricas	555
Tabla 13.2	Valores y puntajes del análisis de CP de medidas brutas de piezas completas y análisis confirmatorios	559
Tabla 13.3	Valores de ANOVA para los puntajes del CP1 entre los niveles GMF1, GMF2, Indeterminado y No Chavín.	561
Tabla 13.4	Valores de relación y p entre los factores empleados a partir de los puntajes de CP1.	561
Tabla 13.5	Valores y puntajes del análisis de CP sobre medidas brutas de las cabezas Chavín completas	562
Tabla 13.6	Valores del tamaño muestral, medias, test normalidad, simetría y t de Student para los puntajes de CP1 de las medidas lineales de las cabezas según GMF.	564
Tabla 13.7	Valores y puntajes del análisis de CP sobre medidas lineales brutas de las clavav Chavín completas.	565
Tabla 13.8	Valores de MANOVA para las 6 variables de medidas lineales brutas de la clava según GMF	567
Tabla 13.9A	Puntajes y valores del análisis de CP sobre medidas estandarizadas de variables de distancia de las cabezas	568
Tabla 13.9B	<i>Valores de MANOVA para las variables antero-posteriores de la cabeza según el rango de ángulo Mentoniano</i>	571
Tabla 13.9C	Valores de MANOVA para las todas las variables estandarizadas de la cabeza según GMF	571
Tabla 13.10	Puntajes y valores del análisis de componentes principales sobre medidas estandarizadas de variables de distancia en norma frontal	572
Tabla 13.11	Puntajes y valores del análisis de CP sobre medidas estandarizadas norma lateral	576
Tabla 13.11C	Valores de MANOVA para las todas las medidas estandarizadas de máximos anteroposteriores de clava y cabeza según GMF	577
Tabla 13.12	Puntajes y valores del análisis de CP sobre medidas originales estandarizadas en norma lateral, sólo altos y anchos	578

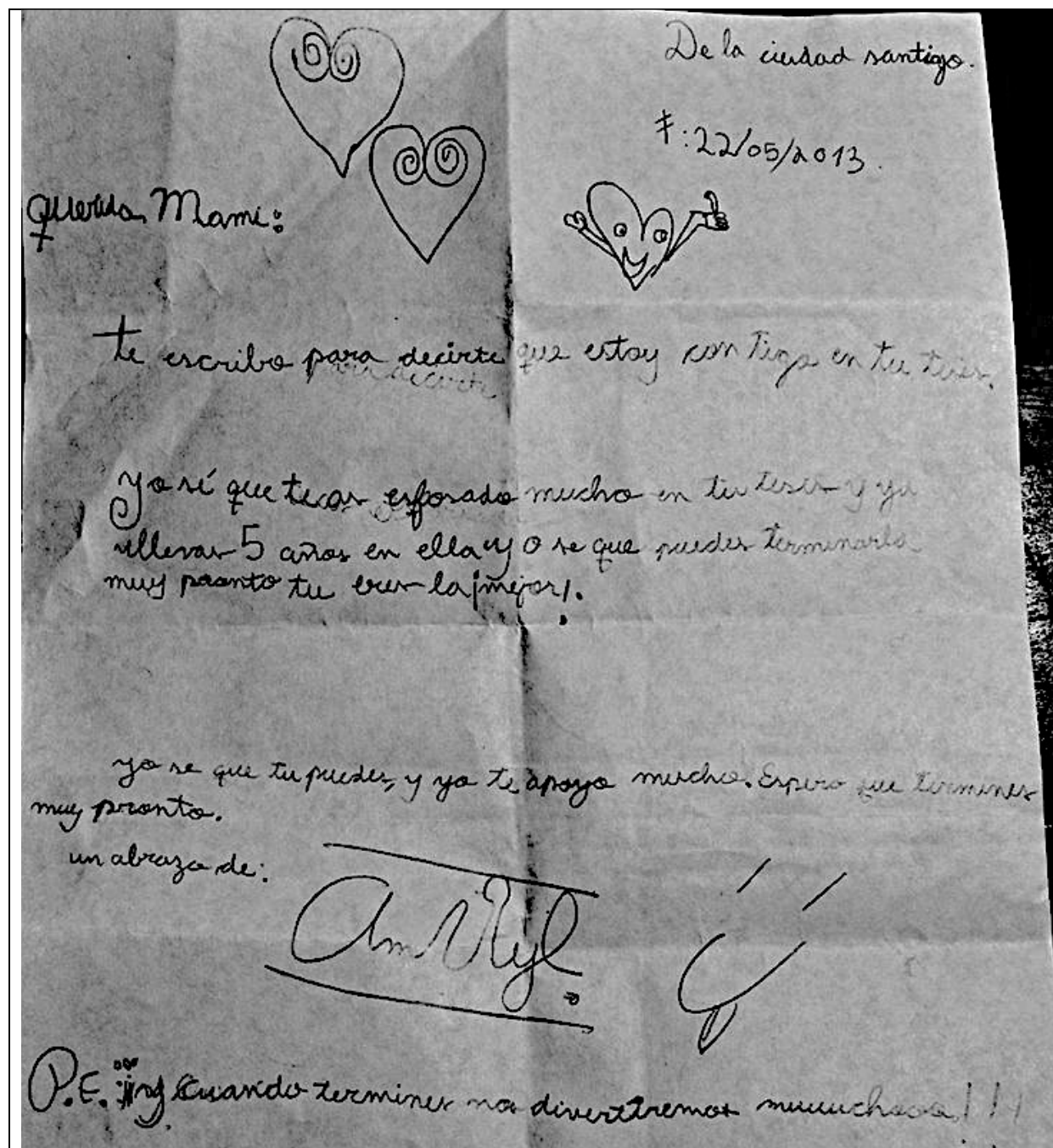
Tabla 13.13	ANOVA del peso/volumen según el tipo de roca	582
Tabla 13.14	Test de Coeficiente de Variación del bloque mínimo en cada grupo de representación para piezas completas	584
Tabla 13.15	Esquema de los principales factores involucrados en el sector de tensión de las CC y una ecuación de la relación potencial entre ellos	587
Tabla 13.16	Estadística descriptiva, test de normalidad, Coeficiente de Variación y comparación de medias para 3 series de volumen inscrito en el muro de las CC.	592
Tabla 13.17	Piezas con contexto conocido según grupo de representación	593
Capítulo 14		
Tabla 14.1	Singular values and percent explained for relative warps	600
Tabla 14.2	Pesos estandarizados para cada landmark en RW1, RW2 y RW3	602
Tabla 14.3	Efecto de 3 factores independientes sobre los componentes de la forma de la vista frontal completa	605
Tabla 14.4	Singular values and percent explained for relative warps CF	607
Tabla 14.5	Pesos estandarizados para cada landmark del CF	608
Tabla 14.6	Efecto de 3 variables independientes sobre los componentes de la forma del contorno.	610
Tabla 14.7	Singular values and percent explained for relative warps HC	612
Tabla 14.8	Pesos estandarizados para cada landmark de la HC	613
Tabla 14.9	Efecto de 3 variables independientes sobre los componentes de la forma de la HC	615
Tabla 14.10	Singular values and percent explained for relative warps ABF	617
Tabla 14.11	Pesos estandarizados para cada landmark de los ABF	619
Tabla 14.12	Efecto de 3 variables independientes sobre los componentes de la forma en ABF	620
Tabla 14.13	Comparación del % explicado por las variables introducidas a tpsRegr en cada análisis del frontal.	622
Tabla 14.14	Singular values and percent explained for relative warps para ABL	624
Tabla 14.15	Pesos estandarizados para cada landmark de los ABL.	625
Tabla 14.16	Efecto de 3 variables independientes sobre los componentes de la forma en ABL	626
Tabla 14.17	Singular values and percent explained for relative warps for ICC	628
Tabla 14.18	Pesos estandarizados para cada landmark de la ICC	630
Tabla 14.19	Singular values and percent explained for relative warp for I CCh.	631
Tabla 14.20	Pesos estandarizados para cada landmark de la ICCh	633
Capítulo 15		
Tabla 15.1	Dirección, forma e instrumento empleado en la acción sobre la materia mediante percusiones	640
Tabla 15.2	Medidas discriminantes de huellas de trabajo conservadas según plano escultórico	648
Tabla 15.3	Presencia de marcas de “autoría-taller” en la clava	651
Tabla 15.4	Distribución de los estados de producción identificados en la muestra	653
Tabla 15.5	Conjunto de posibles instrumentos e insumos para la realización de las marcas observadas	656
Tabla 15.6	Juego instrumental mínimo y variabilidad funcional esperada	657
Capítulo 16		
Tabla 16.1	Resumen de CC conocidas y oquedades de inserción asociadas, registradas y/o conservadas	693
Tabla 16.2	Resumen de las CC recuperadas de excavaciones sistemáticas publicadas	700
Tabla 16.3	Estimación de producción de CC por etapa constructiva en los Edificios A, B y C	704
Tabla 16.4	Resumen resultados de los análisis de las clavas	706
Capítulo 17		
Tabla 17.1	Estimación de eventos de producción de CC por fase constructiva y área	733

AGRADECIMIENTOS

Y por fin llegó el día en que pude escribir estas líneas. Tantos momentos en que tenía la impresión que nunca acabaría. Escucho Ukelele Songs de Eddie Vedder tranquila en un pueblo rural, es invierno en el hemisferio sur, ha llovido y la cadena de la cordillera de la costa aparece nevada, clara, nítida con esos bosques relictos de *Nothopagus* que me llevan a imaginar cómo era el canto de los pajaritos 1000 años atrás en este mismo valle verde y frío. Creo que esto me ayuda por fin a tomar una pausa, un respiro muy hondo; a repasar rostros, momentos, alegrías, penas, angustias y esfuerzos compartidos que siempre quedan en la trastienda de la investigación, ese espacio en el que dejamos a un costado nuestras emociones y que con el tiempo nos vamos dando cuenta que, precisamente, ese territorio escrito de la tesis dedicado al agradecer, constituye al fin la posibilidad de dejar fluir lo que por tanto tiempo tuvo que permanecer en segundo plano. Pues vaya este preludio para mi dejar fluir de *agradecerles* a todas y todos quienes estuvieron acompañándome en ese camino, que partió como una loca idea hace más de 10 años y que por fin se engendra como un cuerpo consistente, incompleto y lleno de preguntas, pero repleto de energía.

Decir más de 10 años en mi vida, es decir Amancay. Mi pequeña que aún no estaba ni en mi vientre cuando tenía el primer rapport con estas cabezas de piedra en la Sierra Central de los Andes. A ella le debo todo. La comprensión eterna por esta mujer que insistió en querer investigar en un mundo científico hecho a la medida masculina, aquella alejada de los cuidados. En estar siempre acompañando en este proceso revolucionario en nuestras vidas de cambiar de continente para ir a aprender de todo y de tod@s, por abrir nuestros horizontes cerrados por los altos Andes y por el interminable Pacífico. A entender los recurrentes “ahora no puedo”, “la mamá tiene que trabajar”, “guarda silencio, es una conferencia”. A esperar pacientemente la respuesta a su pregunta “cuándo vas a terminar la tesis?”, y las últimas “cuántas páginas te quedan?”. Todas y cada unas de estas letras y números, todas las fotografías, analíticas y tablas, son tiempo tuyo, mi pequeña Amancay, y cuando leas estas líneas sabrás que la mamá también te entiende y que por fin, terminó la tesis!!! Dejo para la posteridad una carta en que me dabas todo tu apoyo, y que me permitió tomar el último gran impulso de energía para acabar de una vez por todas. Como he escrito en la dedicatoria, esta tesis es para ti, Amancay, mi más bella flor.

Pero hablar de la vida, de vida que se arrastra con la vorágine del tiempo que arrebató la investigación, es hablar de nuestra vida, la que llegó a compartir con nosotras Arturo, mi compañero de existencia, de pensamiento, de lucha, de amor, de tristezas, alegrías y sueños. Con quien todos estos años, hemos sido unos convencidos que la investigación científica no es otra cosa que un instrumento para la transformación social. Agradecer, todos los momentos, los procesos difíciles, el cuidarme la salud deteriorada por tanto encierro tesístico, el tolerar mis agudos ánimos. Pero también, por ser maestro, el artífice de tanta analítica multivariada y registro cuantitativo que me parecía en un principio más complicado que entender la materia oscura. Las gracias infinitas por la paciencia en enseñarme, en contestar todas mis preguntas bobas, por escuchar mis mil quinientas hipótesis ante un nuevo resultado a las 2 de la madrugada o en medio de la noche. Por revisar este tedio de escrito, anotar comentarios y lecturas críticas. En fin, por estar siempre, por escuchar todo, por discutir mis certezas y disipar mis dudas. Por ser un apoyo en todo momento, por la ternura, el amor, por darme energías y levantarme cada vez que sentía que el sentido se había extraviado.



Estar aquí, llegar hasta aquí, haber intentado comenzar a transitar el camino de la investigación científica, supone agradecer a quienes me han acompañado siempre, a quienes les debo la vida y ser quien soy. A mi madre, Gloria, por darme la vida, los cuidados, por darme el ejemplo y el convencimiento de que romperemos todas las barreras injustas que sean necesarias: ¡ni bruja, ni virgen, ni madre, ni esposa: sólo mujer! A mi padre, Waldo, por darme la ternura de su enseñanza, por el ejemplo de la lucha política desde las bases, por enseñarme que los sueños y las utopías sirven precisamente para movilizarnos, para caminar y andar todos los caminos posibles, y por entregarme la convicción de que, aún en los momentos más oscuros, la esperanza en un mundo mejor reside en el hecho de hacerlo posible. A mi abuelo Julio, que me acompañará siempre con su paso pausado, sabio y reflexivo. Por haber estimulado en mí la curiosidad por el conocimiento, por las preguntas, por intentar responderlas y por avanzar en el cuestionamiento de todo lo que nos presentan como natural. A él, le debo la pasión por la ciencia, por la poesía, y sobre todo, por la

docencia como un arma de liberación popular. Que esta tesis sea en su memoria. Imagino lo orgulloso y feliz que se sentiría, y percibo aún su abrazo en la memoria que se le extravió. A mi abuela, Martha, por la serenidad, por la mujer de vanguardia que siempre ha sido, por su sabiduría y su amor infinito. Por la confianza eterna en esta nieta, por el apoyo y la complicidad intelectual en una lucha feminista que con distintas claves compartimos desde la práctica cotidiana. A mi hermano, por entenderme y tolerar mi exigencia de silencio para mis lecturas que nunca acababan. Por estar siempre. A toda mi familia que está fuera, a toda aquella que nos separó la dictadura oscura. A Mauri, a Bety, Sol, Vivi, Rubén y toda la prole de Bordeaux, a Lorna y los lapones chilenos. Y por supuesto a mis amigas de la existencia Pilar, Francisca y Karime, por ser mis hermanas de vida, por la confianza, el amor, el apoyo y la amistad eterna.

Otras arenas son las que me llevan a agradecer a todas aquellas personas que me acompañaron en el camino de esta tesis. A mi profesora de pregrado Victoria Castro de la Universidad de Chile, por aquella clase iluminadora que me hizo no poder dejar de soñar en investigar en ese sitio arqueológico tan grande y en esas imágenes tan imponentes. Por estimularme en hacer mi práctica profesional en el Monumento Nacional de Chavín (MACH), con el primer registro de Cabezas Clavas, después del realizado en los años 40 por Julio C. Tello, por realizar los contactos necesarios, por aportarme todo el material bibliográfico de Chavín de su propia biblioteca, y por comprometerse en que aceptaran una práctica que no se realizaba con materiales chilenos. Por eso mismo, un agradecimiento a Donald Jackson que creyó posible que estudiantes latinoamericanos intercambiásemos experiencias y saberes, más allá de las fronteras irreales de los estados-nacionales, aprobando el diseño e informe final de mi práctica profesional con la máxima nota. Por supuesto, un reconocimiento especial al Dr. Luis Guillermo Lumbreras, por permitirme trabajar en el Monumento de Chavín, por darse el tiempo de conocer y valorar mis primeros y tímidos resultados, por estar siempre disponible ante cualquier duda, por interesarse por la línea de investigación que propició las preguntas de esta investigación, por reconocer mi pequeño aporte en su último trabajo sintético de Chavín del 2007 y por hacerme llegar la primera edición de los cuadernos de Marino Gonzáles.

Quiero agradecer también todas las facilidades prestadas durante las dos campañas de trabajo de campo en el Monumento Nacional Chavín. En la temporada 2004 al Dr. Benjamín Morales entonces Director del INC de Ancash, al Lic. Juan López entonces Director del MACH, a Martín Justiniano y Víctor quienes me prestaron todas las facilidades para el trabajo de campo. En la temporada 2009, al Dr. Cristián Mesía y al Lic. Iván Falconí Director del MACH de entonces, por propiciar las mejores condiciones para el desarrollo de las actividades de registro métrico y fotográfico de toda la colección de cabezas clavav, incluyendo las dependencias del recién inaugurado Museo Nacional de Chavín. A mis asistentes de campo, los entonces bachilleres en arqueología de la Universidad Nacional de San Marcos Ana Díaz y Arturo Suarez, por su enorme ayuda y compromiso en las labores de registro y por intentar una y otra vez digitalizar los cuadernos de campo del Dr. Hernán Amat.

De la Universidad de Stanford, quienes llevan un intenso y prolífico trabajo en Chavín desde mediados de los años 90', quiero agradecer muy especialmente la siempre disponible atención de John Rick, por su interés en esta investigación, y por responder permanentemente a todas mis dudas. A Daniel Contreras por su amabilidad en la autorización de uso de varias figuras de su tesis doctoral, por su interés y siempre disponibilidad. A Silvana Rosenfeld por atender mis dudas, a Carolina Orsini por su interés, y por el intercambio bibliográfico. A Christine Hernández (Curator of Special Collections the Latin American Library at Tulane University), Rachel Robinson (Administrative/Bibliographic Assistant the Latin American Library,

Howard-Tilton Memorial Library, Tulane University) por la amabilidad, la asistencia y la facilitación de acceso y reproducción para esta tesis doctoral de algunas de las fotografías de la "Gorin, Abbye A., photographer (1927-...) Collection".

Para el proyecto de extracción de muestras petrográficas a Roberto Risch del Departament de Prehistoria de la UAB, por su asistencia, comentarios e indicaciones. A mis amigos y colegas del Proyecto La Puntilla-Nasca, el Lic. Víctor Salazar Ibáñez y el Bch. Samy Yrazabal Valencia, ambos de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, por su enorme ayuda en el desarrollo de tomas de muestras experimentales con disco diamantado sobre rocas duras, y por el apoyo, asistencia y tramitación del Proyecto ante el Ministerio de Cultura de Perú. A la Dra. Silvia Rosas Lizárraga (Sección Ingeniería de Minas Pontificia Universidad Católica del Perú, PUCP) por comprometer el análisis petrográfico de láminas delgadas, a la Lic. Paula Olivera (División de Materiales-INDE, Instituto Peruano de Energía Nuclear, IPEN) por comprometer los análisis de Difracción por Rayos X, y muy especialmente a la Dra. Miriam Mamani (Departamento de Geoquímica, Universität Göttingen, Alemania, INGEMMET, Instituto Geológico, Minero y Metalúrgico del Perú) por comprometer el análisis comparativo de los resultados petrológicos físico-químicos con la base de datos geoquímica del INGEMMET.

Por el enorme entusiasmo en la colaboración del diagnóstico de alteraciones macroscópicas de la piedra, a Gloria Ramírez, fundamental con sus observaciones comprometidas y su enorme responsabilidad. Por el diseño y edición del Catálogo de Cabezas Clavas de la colección Chavín, a la fotógrafa Francisca Insunza Canales, por el tiempo, la paciencia y su gran trabajo. Por el entusiasmo y la disponibilidad a Cristóbal Anjel por la traducción del resumen.

De la Universitat Autònoma de Barcelona, a todas y todos mis profesores del Máster Oficial y Doctorado en Arqueología Prehistórica, por sus enseñanzas, disponibilidades y compromisos. A Xavi Clop, que acogió y tramitó mi aceptación en el Programa de Doctorado. A María Encarna Sanahuja Yll, ahora y siempre en nuestra memoria, por su sabiduría y ejemplo. Por haber tenido el privilegio de asistir a sus cátedras Arqueología de las Mujeres, a sus conferencias y a conversar a su despacho. A Rafa Micó por su módulo de Prácticas Funerarias, a María Saña por zooarqueología, a Raquel Piqué por su siempre disponibilidad como directora de departamento y por su módulo de arqueobotánica; a Roberto Risch por su módulo de Prácticas Económicas en la Prehistoria, a Vicente Lull por su conversadas clases de Teoría Arqueológica, a Ermengol Gassiot por sus interesantes clases de territorio, a Pedro Castro, por sus polémicas clases de Arqueología de América y a Joan Anton Barceló por abrirnos el mundo de la cuantificación.

Por supuesto, a todas y todos mis compañeras y compañeros de camino en esto de la tesis, especialmente a mis cuates latinoamericanas Florencia Del Castillo y Ana María Posadas; a mis queridísim@s colegas nativos, Oriol López y Mireia Ache y a la inmigrante andaluza Elena Molina. A Laura Mameli y Vera Moitinho, por esos maravillosos cafés de pausa o esos almuerzos parloteados en Educación o en Lletres. A Ifigenia Quintanilla e Anabel Villalonga, por compartir sus impresiones y sabidurías en torno al trabajo litoescultórico en nuestra América Precolonial.

Imposible no mencionar a quienes fueron nuestra familia durante nuestros maravillosos cuatro años de estadía en Barcelona. A nuestras queridas amigas Isabel Aguilera, Nora Reyes, a Teresa Ramírez, a Andrés Rodríguez, Gabriela Urizar, Xavier González, Sandra Vera, Oliver

Carrasco y Florencia Del Castillo (que se repite el plato). Y por el gran placer de haber encontrado amistades infinitas de tantas latitudes, a mi antropóloga Sarda favorita y amada Francesca Bayre, a nuestro dibujante estrella Mario Trigo, y a mi querida amiga, inclaudicable y maravillosa gaditana Manuela Pérez. A tod@s ell@s, todo nuestro agradecer, por el apoyo, el cariño, la ayuda permanente, por recibir con tanto amor a Amancay a este grupo de locas y locos buenos, por los asados, les calçotades, los bailes, los viajes, las conversas eternas y maravillosas, por el milcao y el curanto, por las shipas, por los manjares de la casa Bayre-Trigo. En fin, por la vida, por compartirla, amasarla, aliñarla y hornearla.

No quiero dejar de mencionar a las y los compañeras y compañeros de la Asamblea de becarios y becarias chilenos en Barcelona, por la amistad, la asistencia mutua, los cuidados, el compañerismo lejos de nuestra tierra, las discusiones y por el trabajo político en ciencia. Por la convicción de que investigar es trabajar y por la necesidad de dignificar la carrera investigativa. Especialmente, un agradecimiento a Carlos Aguirre, Rodrigo y Tania Faúndez, a Nico Rojas, a Teresa Ramírez (que también se repite el plato), Horacio Solar, a la Coca, y tantas y tantos otros amig@s y compañer@s.

Finalmente, una mención muy especial para agradecer a mi profesor director Pedro Castro. Por su asistencia permanente, por su visión crítica y formadora, por ser un maestro agudo y siempre presente, por su amistad, por su confianza y por abrirme el camino y la visión de las preguntas y la hipótesis alternativas a la normatividad imperante. Por entender el curso de los procesos y los tiempos de la investigación, y no apurarlos, en fin, por ser el gran maestro y amigo que es. A mi co-director Joan Anton Barceló, por su guía metodológica persistente, por derribarme capítulo tras capítulo, y por acompañarme a superar mis propias deficiencias. Por exigir rigurosidad a mi retórico castellano, por ayudarme a ver el desorden y a intentar la estructuración de los argumentos de una manera sintética y sencilla. Al respecto, debo decir, que todos los errores, reiteraciones o falencias de esta tesis, son de mi exclusiva responsabilidad.

Agradecer a Trini Escoriza-Mateu, por su amistad y, recuerdo aún, por haber sentido que se me abrían un mundo de sentidos y razones robustas cuando leí sus escritos de teoría arqueológica de las representaciones figurativas. Esta tesis, le debe muchas de sus reflexiones y desarrollos teóricos, y sobre todo metodológicos, a la inspiración a la que me llevó muchos de sus planteos.

Esta tesis ha sido realizada con el financiamiento de la Beca MAEC-AECID para estudios de Doctorado en España. Quiero agradecer el acompañamiento y asistencia en todo momento de Teresa María de Manuel de Casa América Catalunya, encargada de acoger a los y las extranjeros becarios en Barcelona. Adicionalmente, se contó con la Beca Presidente de la República para estudios de doctorado en el extranjero, fondos administrados en un primer momento por el Ministerio de Planificación (MIDEPLAN) del Gobierno de Chile, y posteriormente, por la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT). Agradecer, a la comisión de evaluación para la convocatoria 2007, quien mediante un currículo ciego consideró que ameritaba mi selección, para el período 2007-2011.

Por último, a la Claude C. Albritton, Jr. Award Fund, of the Archaeological Geology Division of the Geological Society of America, por considerar admisible mi investigación para el concurso de fondos para el financiamiento de análisis predoctorales.

A.G.R.
Santiago de Chile, Agosto de 2014



Forges, El País, 9 de abril de 2014

INTRODUCCION

Los resultados materiales de la producción de representaciones que hacemos las y los seres humanos se presentan arqueológicamente como segmentos físicos de su (s) contextos de producción, uso o abandono. El trabajo arqueológico consiste, en gran medida, en caracterizar y explicar las causas de la alteración que el tiempo ha provocado sobre esos segmentos físicos y sus relaciones para llegar a responder preguntas de orden sociológico e histórico.

A pesar de que esta condición fragmentaria del registro arqueológico, y alterada de la materialidad social, es un problema transversal y característico de toda la base empírica de la disciplina, distintas razones teóricas, metodológicas, políticas e históricas han confluído para establecer una suerte de tradición de *jerarquías materiales* en las que, implícitamente, se asumen registros de primer y segundo orden. En muchas ocasiones estas preferencias se han hecho ver como el resultado de la mejor conservación de unas materialidades frente a otras, pero afortunadamente cada vez parece menos convincente que su predominancia se deba a razones neutras o inocentes. Un buen ejemplo de ello puede ser ilustrado en la preferencia por los estudios tecnológicos sobre materiales líticos tallados en relación a una apreciable desconsideración por el registro vegetal, incluso en forma de microrrestos en los mismos materiales líticos. Varias investigadoras han llamado la atención respecto a esta relación desafortunada, denunciando que es no es otra cosa que el resultado histórico de preguntas derivadas de visiones androcéntricas, que han sobrevalorado a la caza o a las prácticas pastoriles, naturalizadas como dominio de lo masculino, como actividades de primer orden, incluso imprescindibles para la reproducción social, frente a las de recolección, procesado de alimentos y mantenimiento doméstico, naturalizadas como femeninas, como actividades secundarias y, en general, poco determinantes en la reproducción y evolución social, y por tanto, poco informativas de las “culturas” y sus transformaciones.

Pareciera ser, entonces, que tras la tendencia en el establecimiento de estas *jerarquías materiales* no sólo se localizan razones relativas a la preservación, sino filtros no explicitados que definen lo que es útil interrogar del registro arqueológico y lo que no lo es o lo es en un sentido restringido. Precisamente, los espacios o soportes que contienen representaciones, sean figurativas o abstractas, si bien han recibido una atención relevante, en especial desde el estudio de los estilos decorativos o desde los análisis iconográficos, no parecen haberse integrado como aportes de información lo suficientemente útil a preguntas relativas a la producción y la reproducción social; esto en definitiva los ha relegado al lugar de *los materiales secundarios* pero, paradójicamente, aún útiles como anclas de delimitaciones temporales y espaciales. ¿Por qué? En términos generales, pienso que esta condición se debe en parte a que se escinde lo representado de su soporte material: es como si los sistemas de comunicación, simbólica o no, a las que refieren las representaciones, aludieran unívocamente a un sistema independiente al de su concreción material. Al separarse, su estudio deriva en dominios de investigación bifurcados que no vuelven jamás a intersectarse: lo representado suele ser reclamado sólo por los estudios iconográficos, estilísticos o simbólicos, mientras que su soporte suele ser terreno de los estudios tecnológicos o arqueométricos. Frecuentemente, los primeros insisten en la búsqueda de significados, mientras que los segundo muchas veces se han reducido a lo tecno-económico. De alguna manera, como intentaré mostrar en esta tesis, esta dicotomía es un reflejo tardío de las viejas distinciones ilustradas entre materia e idea; distinciones que la arqueología, a groso modo, reprodujo en la Nueva Arqueología para la primera, mientras que la multivocalidad post-procesual levantó el alegato acerca del olvido y marginación respecto a la segunda. Sin aceptar esta reedición tardía entre materialismo

mecanicista e idealismo relativista, y sin querer convertirme en una inquisidora reduccionista, lo cierto es que el resultado de todo ello fue que la primera consideró a la representación como la manifestación marginal de la cultura en tanto mecanismo de adaptación extra-somática, mientras que las segundas llegaron a considerar importante, ya no necesariamente el acceso a los significados de los símbolos, como lo había reclamado el estructuralismo, sino a considerar que únicamente en el factor político e ideológico se encuentra el motor del movimiento histórico.

Al contrario, en esta investigación se intenta sistematizar unos mecanismos teóricos y metodológicos que permitan situar la concreción material, es decir la producción y uso, de un cuerpo de representaciones figurativas finitas como una producción más, pero singular, de la vida social. Para ello, empleamos el término *representación* en su sentido etimológico estricto de *volver a presentar*, y filosófico pragmático wittgensteiniano (Tractatus: 2.171) en el sentido de sustitución, mimesis o reflejo no necesariamente isomórfico, de lo que se piensa o percibe de la realidad, es decir, como algo distinto de ellas mismas. La anterior definición pone freno a la consideración de las representaciones, ya sean verbales, corporales o en imágenes, como algo con vida propia e inmanencia histórica, y al contrario refleja el sentido de su estudio como práctica social, concretada material e históricamente, y fuera de cuyas fronteras, aunque dinámicas y permeables, pierde sustancialidad.

En consecuencia en esta investigación se considera que la variabilidad material de las representaciones que percibimos en una situación histórica concreta, sólo puede ver separada la representación de su soporte físico como resultado de una operación analítica, debiendo su interpretación restituir la unidad material de la cual deriva su concreción. De ello se desprende que su estudio deba intentar acceder al ciclo de la producción, distribución y consumo del cual forma parte, como instancias indisolubles de un mismo proceso, para llegar a identificar el sentido social que le dio existencia. Aquí se encuentra la razón explicativa del título de esta tesis. En *Las Representaciones Figurativas como Materialidad Social* se busca restituir el lugar común que éstas comparten con el resto de materiales del registro arqueológico, considerando que el punto de arranque de toda materia humanizada es el trabajo. Por elemental que pueda parecer, pienso que sólo desde este reconocimiento es posible acceder a la singularidad de la producción y uso de materiales que no ingresan a nuevos ciclos productivos, sino que son usados en contextos de prácticas extra-económicas.

La arqueología de los últimos 30 años, ha insistido bastante en lo absurdo que resulta la distinción entre materia e idea y es difícil desconocer a estas alturas la relación dialéctica que mantienen. A pesar de ello, el estudio de la representación mediante imágenes materiales, especialmente en sociedades ágrafas, suele contentarse con la especulación acerca del rol de la “idea”, insistiendo especialmente en la búsqueda del “desciframiento” de sus significados. Si bien el reconocimiento de la naturaleza física del signo, ha sido destacada en aportaciones desde otras disciplinas, es preciso contar para la arqueología con una teoría de las representaciones: una teoría que ha comenzado a proponerse con aportes previos a este trabajo, y a los cual intentaré contribuir brevemente.

Ahora bien, la necesidad teórica y metodológica de esta restitución no surge exclusivamente de disquisiciones teóricas, sino también de la historia concreta de esta investigación que se encuentra señalada por el caso de estudio en el subtítulo de esta tesis: *la producción y uso de las cabezas clavadas del sitio arqueológico Chavín de Huántar*. Efectivamente, la reflexión en torno a cómo abordar una clase de materialidad escasamente estudiada por la arqueología prehistórica en el marco de un complejo debate arqueológico en la región, fue el punto de

arranque para requerir un cuerpo de alternativas teóricas y epistemológicas que admitieran integrar preguntas formuladas desde una teoría arqueológica ya definida, con metodologías que llegaran a respuestas no sólo coherentes, sino también replicables más allá de las premisas de partida.

Esta investigación surge como resultado de un trabajo de “registro sistemático” de un conjunto de litoesculturas de una colección arqueológica elaborado entre 2004-2005: las cabezas clavas, esculturas en bulto semi-redondo de cabezas de animales, de humanos y seres híbridos de ambos que mediante una porción apical en forma paralelepípeda de clavo se usaron como un elemento “decorativo” de la porción superior de los edificios monumentales de piedra. El objetivo de este primer trabajo fue el de consignar en fichas de registro una descripción básica de cada pieza que permitiera contar con una herramienta ordenadora para el manejo del resto de los materiales depositados, y cuya información fuera útil para su consulta. Además de la ficha de registro se avanzó en un primer registro fotográfico vinculado con cada ficha. De forma exploratoria se realizaron algunas pruebas estadísticas bivariadas que incluyeron algunos datos métricos y descriptivas iconográficas, con el objetivo de obtener una impresión acerca de la ocurrencia o ausencia de patrones en las representaciones.

Esta primera aproximación sentó las bases para una caracterización preliminar del conjunto litoescultórico pero, fundamentalmente, permitió identificar los problemas metodológicos vinculados al estudio arqueológico sobre colecciones que contienen representaciones que provienen de contextos arqueológicos problemáticos, inexistentes o indirectos. A principios de 2007, cuando decidí dedicar mi tesis de máster como base para el desarrollo de mi investigación doctoral, el estado del conocimiento arqueológico de este conjunto de objetos era fundamentalmente el que se había recogido en este primer registro sistemático. Datos indirectos de los contextos de recuperación de algunas piezas habían sido descritos anteriormente y un número que superaba a las 30 piezas había sido descrito en la primera mitad del siglo XX, pero sólo una de esas piezas se encontraba en la colección actual. De esta manera, cerca de un total de 70 piezas de la colección carecían de cualquier indicio contextual sistemático.

¿De qué servía, entonces, estudiar un conjunto de litoesculturas con información muy deficiente de sus contextos de uso? En general, la interpretación más aceptada acerca del significado de la representación de las cabezas clavas de Chavín, era que constituían una expresión de la transformación chamánica debido a la ingesta de sustancias psicoactivas; serían, por lo tanto, la representación de estados alucinógenos desde lo más antropomorfo a lo más zoomorfo, pasando por distintas fases o formas de hibridación entre los extremos de la secuencia. Sin embargo, tanto esta, como otras explicaciones menos sensatas, no habían sido formuladas de manera formalizada en el marco de una investigación concreta, eran más bien ideas surgidas de la observación y la experiencia del trabajo arqueológico de campo. Como tales, tampoco existía un cuerpo de hipótesis que hubieran sido contrastadas, ni menos una teoría subyacente que pudiera ser evaluada. Pero esta era sólo la punta del iceberg. A pesar de la enorme cantidad de estas litoesculturas, sólo habían sido empleadas de forma marginal e indirecta en las seriaciones estilísticas que se habían propuesto para la iconografía vinculada con las primeras proposiciones de fases constructivas. Incluso la única propuesta sistemática de la secuencia de estilos iconográficos había sido realizada previamente a la primera excavación científica y, después de tres grandes proyectos de excavaciones en 40 años, nunca fue evaluada de manera completa ni a la luz de los nuevos hallazgos, ni desde su consistencia teórica.

El comienzo de la investigación, por lo tanto, se focalizó en reunir aquella información del yacimiento que permitiera alcanzar un conocimiento suficiente del estado de la cuestión, en especial atención a la interpretación basada en evidencias empíricas con suficientes condiciones asociativas. Al mismo tiempo, se trabajó en el estudio y formalización de una teoría arqueológica para las representaciones figurativas, que permitiera superar la mirada estilística, con el objetivo de poder integrar este tipo de materiales en preguntas sociológicas e históricas. El resultado de todo ello fue la formulación de un conjunto de hipótesis preliminares acerca de la organización social en Chavín y la función social de sus representaciones. A partir de ese momento fue posible delimitar los dos grandes objetivos que permitirían caracterizar la principal dimensión social de la existencia de las cabezas clavadas: su producción y su uso. Como producción entendíamos no sólo los mecanismos técnicos del proceso de trabajo de la talla escultórica, sino también el dominio de los contenidos de la representación, es decir, no sólo la habilidad manual entrenada, sino además la preparación y desarrollo del conocimiento de los saberes, ideas o conceptos que serían representados. Como uso se entendió el empleo de estas esculturas como elementos de la construcción y, en consecuencia, su participación como materia humanizada en las relaciones que definen los espacios sociales provocados desde el diseño arquitectónico.

La pregunta planteada más arriba, basada en la escasez de datos contextuales, podía ser abordada entonces con los objetivos propuestos: el sentido y utilidad de una investigación de piezas de colecciones o fondos museográficos con datos indirectos, podía ser enfrentada desde los propios objetos toda vez que se procurara superar la caracterización de sus propiedades con información de contextos arqueológicos estructurados temporal y espacialmente. ¿Era eso posible? Pues, es lo que se intentó desarrollar a lo largo de este trabajo: desde los análisis de las propiedades de los propios objetos, como conjunto pero también como entidades materiales finitas, hasta su vinculación con los datos contextuales existentes, buscando relacionar el estudio de las propiedades con dichos contextos conocidos.

Si bien el conjunto de CC conforma sólo una porción de la diversificación de la producción simbólica realizada durante la vigencia funcional del yacimiento, expone una regularidad muestral singular donde poder poner en marcha metodologías para el estudio no arbitrario de la estandarización en la producción y uso de representaciones figurativas, como mecanismo y manifestación de la institucionalización y apropiación de la producción simbólica y sus consecuencias para la organización de la producción material subsistencial, ya que cumplen con una serie de requisitos o factores conocidos y uniformes:

- 1º Constituyen un conglomerado litoescultórico cuyo resultado volumétrico es el mismo y único, esto es, esculturas en bulto, por lo tanto, tridimensionales;
- 2º Todas fueron empleadas para una misma función: ser integradas a la arquitectura;
- 3º Todas ocuparon espacios exteriores;
- 4º Todas son representaciones de rostros;

El primero de ellos, se refiere al manejo de las técnicas, el segundo a su función como elemento de un nuevo proceso de producción, el tercero a su uso social, y el cuarto, al manejo de los contenidos de la representación, tanto en la elaboración como en la comunicación (Habermas, 1999 [1981]).

Como cualquier otra investigación arqueológica sobre una serie de materiales específicos, el conjunto de CC constituye el cuerpo empírico, cuyo estudio permite responder un problema arqueológico que busca explicar alguna porción de la realidad social de la que deriva su

producción y uso. En atención a eso, puede considerárseles como el plano evidente o percibido del fragmento de existencia física producido y usado por personas de la sociedad Chavín que llega hasta nuestras manos. Dicha existencia física sólo puede ser interrogada mediante un conjunto de herramientas teórico-metodológicas que permitan responder a las preguntas que se sintetizan en el problema arqueológico. Éste último, en consecuencia, debiera ser consistente con lo que dicha porción de la realidad nos puede llegar informar. Para ello, se requería de una teoría capaz de ofrecer ámbitos de interés en los que delimitar el uso arqueológico del material con representaciones para la investigación social.

En resumen, esta tesis doctoral puede ser definida como una investigación arqueológica que reúne en una misma problemática tres dificultades para el estudio de segmentos físicos con representaciones figurativas: en primer término, dificultades teórico-metodológicas para su conocimiento, segundo, un caso de estudio involucrado en una problemática arqueológica compleja y de larga data, y tercero, la dificultad del estudio de un soporte material con escasos antecedentes en la arqueología científica: la escultura en piedra. El aporte de esta investigación es precisamente aunar en un estudio de caso algunos aportes concretos que pueden servir para superar ciertas carencias teóricas en el estudio de las representaciones figurativas en arqueología, para la formulación de metodologías pertinentes para el estudio científico de la escultura en piedra y para la contrastación de hipótesis en materiales que suelen ser parte de interpretaciones especulativas, particularmente, en un tiempo y en una región sumamente complejos.

Es necesario apuntar que este aporte no es en ningún caso definitivo y resta aún mucho por analizar del mismo material para poder contar con un cuerpo de información robusto para la explicación histórica de su producción y uso. En esta investigación se han dado sólo los primeros pasos de muchos más que se requieren para llegar a la formulación de una teoría arqueológica de las representaciones figurativas sólida epistemológicamente y, por supuesto, para la representación arqueológica de los dispositivos político-ideológicos que sustentan la justificación para la producción social de un voluminoso cuerpo material de representaciones sobre piedra cuyo trasfondo de organización social aún se desconoce, pero del cual es posible llegar a sospechar ciertas características que deberán ser evaluadas y sistematizadas con los datos ya existentes y con futura evidencia de nuevos contextos.

SECCIONES DE LA TESIS

Esta tesis es un cuerpo voluminoso, a ratos tedioso y pido mis disculpas por ello, pero al menos se ofrecen y explicitan discusiones, procedimientos y datos completamente nuevos. Se encuentra organizada en *dos volúmenes, seis partes y 17 capítulos*. En la primera parte, **EL PROBLEMA ARQUEOLÓGICO EN EL MARCO DE LA PREHISTORIA REGIONAL**, se reúnen los antecedentes que describen los distintos ámbitos del problema arqueológico particular del cual se deriva el estudio de la materialidad social de esta investigación.

En el *Capítulo 1* se ofrece una contextualización general de la situación histórica de Chavín en el marco de los debates de la arqueología regional, con el objetivo de hacer comprensible el tenor de los problemas en los que se inscribe actualmente el estado de conocimiento del yacimiento. Asimismo, se realiza una descripción pormenorizada de las características del sitio, con el fin de hacer entendible las relaciones espaciales y temporales conocidas de la materialidad social en general y de las cabezas clavas en particular, así como las nomenclaturas empleadas en los siguientes capítulos; finalmente, se ofrece una relación de dicha materialidad con el ámbito micro-regional, como primera escala donde buscar la realidad social que sustentó el desarrollo y mantenimiento del yacimiento.

El *Capítulo 2*, se ocupa de una revisión pormenorizada de la variabilidad litoescultórica, fundamentalmente, en relación a su contexto de uso arquitectónico, a la variabilidad iconográfica y a su dispersión micro-regional. El objetivo, es mostrar el lugar que ocupa el conjunto de cabezas clavas en el marco de la evidencia disponible del trabajo litoescultórico como base para la formulación de los problemas e hipótesis de esta investigación.

El *Capítulo 3* constituye una revisión crítica de los principales modelos explicativos de Chavín de Huántar, que muestra la diversidad de propuestas interpretativas y la envergadura de la historia de la investigación. El objetivo es ponderar la correspondencia de las interpretaciones con la base empírica ofrecida en los anteriores capítulos, para contar con nociones propias que sustenten la coherencia de las preguntas e hipótesis planteadas.

La segunda parte, **HACIA UNA TEORÍA ARQUEOLÓGICA DE LAS REPRESENTACIONES FIGURATIVAS**, expone y desarrolla los fundamentos sobre los que se han formulado las preguntas y las interpretaciones en esta investigación. El *Capítulo 4* presenta los aspectos generales de la teoría cobradora de la cual forma parte, permitiendo hacer comprensible las bases teórico-ontológicas sobre las que se desarrollan las críticas y las propuestas para la exposición de una teoría arqueológica de las representaciones figurativas.

El *Capítulo 5* presenta una revisión y problematización de los variados enfoques arqueológicos para el estudio de las representaciones figurativas. Sobre la base de las debilidades y carencias observadas, se recogen elementos disciplinarios, filosóficos y epistemológicos para la formulación de una teoría sustantiva de las representaciones figurativas arqueológicas.

Por su parte, el *Capítulo 6* ofrece una delimitación de los principales indicadores físicos que se consideran de interés para el estudio arqueológico de las representaciones figurativas. Ofrece, por lo tanto, los aspectos centrales de la teoría de la observación empleada en esta investigación, que orientó la planificación metodológica, y consecuentemente la extracción y registro de datos primarios y su procesamiento.

La tercera parte, **METODOLOGÍAS PARA EL ESTUDIO DE LAS CABEZAS CLAVAS**, expone el proceso de recopilación de antecedentes para la determinación de posibles relaciones causales de los datos registrados, el diseño metodológico, técnicas analíticas y caracterización de la colección, que en conjunto permiten comprender las estrategias operativas para la observación, registro, y análisis de los datos.

El *Capítulo 7* expone una recopilación de los principales antecedentes metodológicos para el estudio arqueológico de la escultura en piedra, siendo su objetivo principal la identificación de relaciones determinantes o condicionantes para la asignación de factores subyacentes causantes de la apariencia de modificaciones físicas susceptibles de ser registradas como efectos de acciones de producción, uso o desgaste. Constituye, en ese sentido buena parte de trabajo de entrenamiento del sistema observador. El *Capítulo 8* describe las estrategias metodológicas diseñadas para esta investigación, sobre la base de la formulación de modelos hipotéticos de producción y uso, empleados para detectar los ámbitos analíticos con potencial empírico para la recuperación de datos. En otras palabras, esquematizaciones teóricas que, dadas las características de las evidencias existentes, servían para detectar donde buscar información y dónde no. A partir de dicha estructuración se describen los cuerpos de análisis, los procedimientos de registro de datos y las técnicas analíticas consideradas más idóneas en atención a las preguntas planteadas, el tipo de datos y los medios de esta investigación.

Finalmente, el *Capítulo 9* ofrece una caracterización completa de la colección de cabezas clavos de Chavín, desde los hallazgos y registros históricos de la colección, enfatizando en las técnicas y procedimientos de extracción de datos empleados, hasta su situación actual; además, se detallan las condiciones de las actividades de registro de datos tanto en campo como en gabinete, señalando los potenciales y limitaciones de ambos. Con la presentación de este Capítulo es posible contar con una información pormenorizada de la historia, condiciones de hallazgo y almacenaje, calidad y cantidad de las piezas que componen la base empírica directa sobre la que aplicaron las técnicas analíticas propuestas por el diseño metodológico y los resultados expuestos en los capítulos subsiguientes.

La cuarta parte, **ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN Y EL USO**, presenta los resultados de las distintas analíticas aplicadas a las diferentes propiedades consideradas informativas de la producción y uso de las cabezas clavos. El *Capítulo 10* reúne los resultados de lo que se definió como Análisis del Desgaste, esto es, los procesos de la historia de vida de los objetos cabezas clavos que han provocado la condición actual de la colección, lo que incluye un diagnóstico del estado de fragmentación y de las alteraciones macroscópicas de la piedra. Los resultados aquí ofrecidos hacen entendible decisiones y nomenclaturas empleadas en análisis posteriores, referidos a los patrones de pérdida de partes, las alteraciones más frecuentes y cómo el aspecto de éstas últimas puede alterar la observación y registro de las marcas de las herramientas empleadas durante la talla.

El *Capítulo 11*, ofrece los resultados de los análisis composicionales realizados en forma macroscópica. A partir de estos resultados es posible proyectar las potenciales áreas de abastecimiento de la materia base que sirven para establecer un modelo de la humanización de la materia disponible en el espacio físico en relación al trabajo invertido a partir de la distribución local de las rocas empleadas, poniendo especial atención en las distancias y las propiedades de las rocas para el trabajo de talla escultórica.

El *Capítulo 12*, presenta los resultados de los análisis morfo-figurativos de las cabezas clavos. Corresponde al núcleo analítico de la tesis, cuyos resultados son empleados en posteriores

análisis como factores explicativos o causales. Es considerado como núcleo analítico, pues constituye el soporte del estudio de las representaciones figurativas propiamente tal, ya que permitió la identificación de clases disjuntas de representación ancladas en recurrencias estadísticamente significativas, que sirven para el uso de dicha variación como fuente no aleatoria de factores causales independientes y no apriorísticos, esto es, no arbitrarios. Con ello, pensamos, que se puede llegar a superar el tipologismo de las clasificaciones estilísticas propias de los estudios iconográficos de corte objetual.

El *Capítulo 13* expone el resultado de los análisis morfolineales realizados sobre las propiedades métricas de las cabezas clavas. Éstos permitieron contar con un estudio acabado de la variabilidad del tamaño tanto de las medidas brutas como estandarizadas, y su correspondencia con las recurrencias de la representación. El *Capítulo 14*, corresponde a los resultados obtenidos del estudio de la forma y de las relaciones locacionales de los principales atributos anatómicos de la representación mediante *morfometría geométrica*. Esta técnica analítica permitió el registro, visualización y comparación de la variabilidad morfológica relacionada con factores explicativos independientes como los grupos de representación y el tamaño, entre otros, incorporando mayor robusticidad explicativa a las tendencias observadas en la producción de las representaciones.

El *Capítulo 15* da cuenta de los resultados obtenidos en los análisis de huellas macroscópicas de fabricación, incluyendo a la variabilidad de las marcas de potenciales herramientas empleadas. Con este análisis, junto a los antecedentes del registro de herramientas eventualmente utilizables en la talla directa escultórica del yacimiento, se ofrece un modelo hipotético de las etapas del ciclo de producción de las cabezas clavas, integrando los resultados de los anteriores análisis.

En el *Capítulo 16* se integra la evidencia arquitectónica sobre la que se proponen estimaciones acerca del volumen necesario de producción de cabezas clavas para cada una de las etapas de la secuencia arquitectónica actualmente vigente. El objetivo es la restitución espacial y temporal del uso de este conjunto de esculturas, intentando definir claves que orienten futuros trabajos temporo-espaciales. En este sentido, se agregan ciertas consideraciones acerca de la funcionalidad de los espacios sociales relacionados con la presencia de cabezas clavas, incluyendo una estimación de la diversidad de prácticas sociales posible que tolera el espacio construido, y la visibilidad de los distintos grupos de cabezas clavas desde diferentes lugares del área monumental.

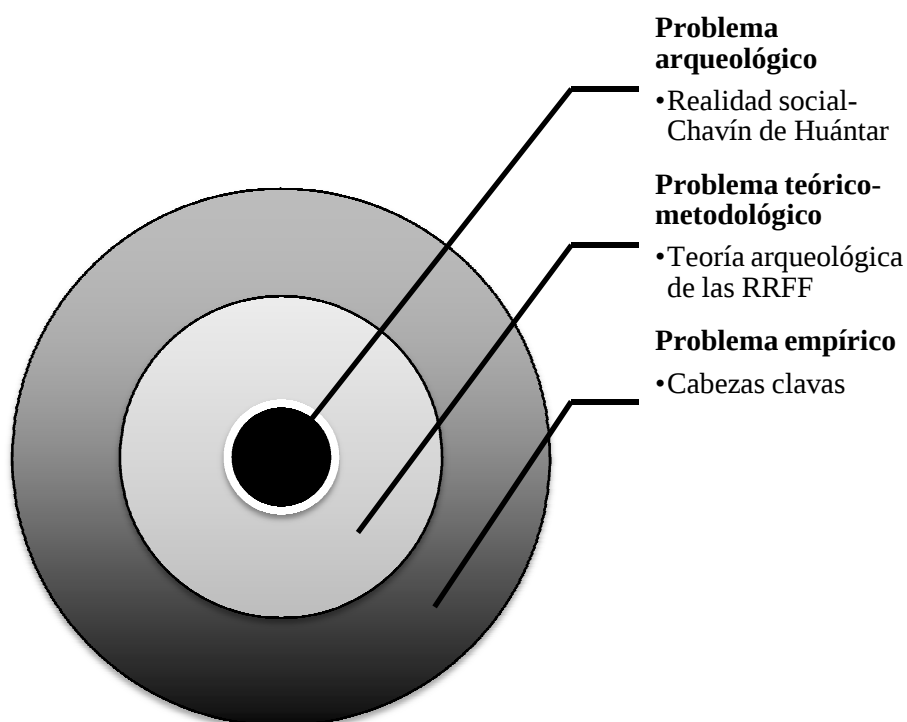
La quinta parte, **REPRESENTACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LA PRODUCCIÓN Y USO DE LAS CC**, incluye un único capítulo, el *Capítulo 17* que sintetiza los resultados obtenidos, discute la contrastación de las hipótesis planteadas y problematiza su proyección a las posibles hipótesis que la evidencia actual permite proponer en torno a la producción y reproducción de la vida social entre el 1200 cal ANE y el 500-400 cal ANE en el Drenaje del Río Mosna. Finalmente, se puntualizan las principales tesis que se desprenden de esta investigación.

Finalmente, la parte seis **APÉNDICES**, incorpora las referencias bibliográficas, además de una sección de 13 anexos que ofrecen distinto tipo de información para el entendimiento de varios análisis de esta investigación y que pueden ser empleados para futuras investigaciones. El *Anexo 1*, reúne una base de datos de la información general de la colección a modo de inventario actualizado, que incluye nombres, códigos, lugar de almacenamiento, otras publicaciones, datos de proveniencia, etc. El *Anexo 2* es *El Proyecto de extracción de*

muestras Petrográficas que fue presentado ante el Ministerio de Cultura de Perú y rechazado por el mismo. Sirve de evidencia del gran trabajo invertido en gestionar las alianzas institucionales necesarias para las analíticas petrológicas que lamentablemente no fueron suficientes para acceder al permiso de toma de muestras. Justifica, asimismo, el alcance a nivel de hipótesis del análisis petrológico macroscópico preliminar. El *Anexo 3* reúne una comparación pormenorizada con el registro de cabezas clavas de Julio C. Tello, con comentarios y adscripción a los grupos morfo-figurativos arrojados por los resultados del análisis expuestos en el Capítulo 12. El *Anexo 4*, es una recopilación de cabezas clavas no chavinoides, que permite hacerse una idea de la unidad técnica y temática que presenta la colección aquí investigada en comparación con las que han aparecido en los Andes Centrales para momentos posteriores. El *Anexo 5* es una tabla que integra las observaciones realizada en la identificación petrológica preliminar. El *Anexo 6* es la base de datos de medidas lineales. El *Anexo 7* es una guía para la definición e ilustración de las variables y valores de los atributos morfo-figurativos empleados. El *Anexo 8* es la base de datos morfo-figurativa con las observaciones por pieza y por variable. El *Anexo 9* es la traducción al castellano del Glosario de Alteraciones de la Piedra (ICOMOS-ISCS 2008) que originalmente se encuentra en inglés y francés, permitiendo la correlación de la nomenclatura traducida empleada en esta tesis. El *Anexo 10* es la base de datos de observaciones para el diagnóstico del estado de fragmentación y alteraciones superficiales de la piedra. El *Anexo 11* es una guía que ilustra las huellas de fabricación registradas, mientras que el *Anexo 12* es la base de datos de observaciones de huellas de fabricación. Finalmente, el *Anexo 13* es el *Catálogo de las Cabezas Clavas de la Colección Chavín* en el que se incorporan información gráfica y descriptiva, mediante fotografías de distintos planos, y una ficha de la información que consideramos de más relevancia para su consulta.

PROBLEMAS, PREGUNTAS, HIPÓTESIS Y OBJETIVOS DE LA TESIS

Como he comentado en la introducción, esta investigación posee tres grandes problemas. Éstos podrían ser mejor entendidos si los representamos como los anillos de un árbol que se comunican con problemáticas menores, como si éstas fueran capilares que nutren al anillo central o médula. Dicha médula, que puede ser considerada el problema nuclear de esta tesis, encuentra estrecha relación con la teoría cobertora que aquí se emplea, la cual, entre otras cosas, explica la razón de ser de la arqueología. En consecuencia, da cuenta del lugar que queremos llegar a conocer y representar. Un segundo problema intermedia entre ese lugar que queremos llegar a conocer y una capa superficial, descrita como tal, porque constituye lo aparente, es decir, a lo que tenemos acceso físico. Este segmento intermedio, podría ser considerado como el problema teórico-metodológico y dice relación con la búsqueda de soluciones para el estudio no arbitrario de una determinada materialidad social: la representación, que en nuestro caso constituye la tercera y primera capa, definida como el problema empírico, porque no es otra cosa que su manifestación física percibida. Estos tres problemas poseen sus propias preguntas y objetivos, pero sólo el problema arqueológico y empírico conllevan a la formulación de hipótesis. El siguiente esquema ilustra la relación propuesta:



Esta imagen, básicamente, da cuenta de que las cabezas clavos, como todo material arqueológico, son sólo los medios para llegar a responder preguntas que nos permitan acceder al conocimiento, sino de la realidad social de la que proceden, al menos de una porción de ella. ¿Cuál realidad social? Pues la de la gente que trabajó, comió, disfrutó, padeció, murió, nació, bailó, cantó, peleó... durante los 800 años de funcionamiento de Chavín de Huántar. Al menos algo de eso podemos recuperar del registro arqueológico, y “eso” no es otra cosa que un residuo de la vida social.

Esta capa, la de lo más visible, la del material empírico que como arqueólogas y arqueólogos, ‘gente del presente’, llegamos a percibir, sólo es la cáscara que nos permite ir a buscar la semilla que nos interesa comer. Para quitarla, nos hará falta una cajita con herramientas que hay que saber usar: nuestro dispositivo teórico-metodológico. Si es que tenemos suerte, y hacemos las cosas relativamente bien, podremos llegar a sentir la semilla, a ver una porción de ella, y a estimar cómo es su forma e incluso su sabor. Obviamente la semilla es mucho más de lo que podemos llegar a conocer en esta tesis, incluso con todos los estudios arqueológicos posibles: es lo inconmensurable de la complejidad de la realidad. Por ello es necesario acotar el problema del conocimiento de la semilla. Esto es, no podemos conocerla completamente, de hecho no nos importa conocerla completamente, es irrelevante, pero sí podemos sugerir aspectos que consideramos relevantes.

Esencialmente, lo que intento decir es que el estudio de las cabezas clavas es muy bonito y apasionante, de hecho son muy guapas (tanto así que hice una para esta tesis y ahora está en el jardín de mi casa), pero lo que nos interesa es saber qué podemos preguntarles para conocer, al menos, una porción de la realidad social de la que derivan. Para saber qué preguntarles y cómo, y en qué tono hacerlo, tenemos que recurrir a la cajita de herramientas teórico metodológicas. No se trata de una apología acerca de que la materialidad social es un texto que nos habla! Esas son cosas que se dijeron en broma en los 80’. Si no de que hay que tener medianamente claro qué queremos conocer, para saber qué preguntar. En consecuencia, si lo que sabemos que queremos conocer es la realidad social, es decir, cómo vivió, murió y se relacionó la gente en un determinado pasado, en síntesis los tres grandes problemas se podrían traducir en las tres principales preguntas que siguen:

1. Problema arqueológico: ¿de qué porción de la realidad social de Chavín de Huántar nos pueden llegar a informar el estudio de las cabezas clavav?
2. Problema teórico-metodológico: ¿Qué porción de la realidad social es la que produce, requiere o usa (para bien o para mal) representaciones figurativas, en este caso, esculturas de piedra? ¿Cómo se pueden llegar a estudiar a las representaciones figurativas para que nos den ideas de esa porción de realidad?
3. Problema empírico: ¿qué cosa son estas cosas?

Partiré por la última. Plantearse “qué cosa son estas cosas” es fundamental. Sólo sobre esa base se puede recurrir a una teoría que nos ayude medianamente a contar con conceptos y metodologías para conocer a la cosa o a “las cosas” y la realidad que les dio existencia. He aquí la primera delimitación: las cosas son objetos producto del trabajo humano. Eso quiere decir, que no serían lo que son si alguien o “alguienes” no las hubiesen hecho. ¿Muy elemental aún? Pues, en esa elementalidad reside el sustrato teórico que moviliza esta investigación: en que las cosas que nos interesan en arqueología, lo son por efecto de acciones humanas, intencionales o no. Cuando el objetivo de su realización es social, aunque sea para la sobrevivencia individual, son un efecto del trabajo. Y ¿quiénes trabajan y como lo hacen? Las personas dependiendo de su organización social. En el caso de las cabezas clavav, su existencia claramente no se deriva de acciones no intencionales. Por ello es posible afirmar, que su existencia física, antes que todo, es producto de un trabajo humano intencional. Volviendo a la pregunta, es posible afirmar que se trata de productos del trabajo humano, esto es lo que se denomina *materialidad social*: estas cosas son materialidad social.

Como materialidad social, en consecuencia, son lo mismo que una puerta y un zapato: fruto del trabajo humano. ¿Qué las hace especiales? Como diría mi hija, muy sabiamente: “que son

monos¹”, es decir, imágenes de caras talladas en la roca en tres dimensiones y con una porción dispuesta para ser “clavada” en muros muy grandes. A estas alturas reconocemos: a) que son objetos de piedra derivados del trabajo humano, b) que poseen imágenes, c) que tienen una parte para ser ocupada en un lugar específico. Hemos acabado de responder a la pregunta ¿qué cosa son estas cosas? Claramente, no. Pero hemos avanzado enormemente. Lo que hemos hecho es delimitar, en parte, el interés de su estudio arqueológico. Nos interesan porque son productos del trabajo, de modo que queremos conocer las condiciones en las que ese trabajo fue necesario y posible. Lo que hace falta es problematizar esa particularidad a la que se refiere mi hija: a su condición de cabezas de piedra insertadas en un muro. La pregunta se restringe, entonces, a ¿qué porción de la realidad nos pueden informar estas cabezas de piedra que iban insertadas en los muro? Que es lo mismo que decir ¿qué clase de intencionalidad elaboró estas esculturas? ¿Es una única intencionalidad la que se encuentra detrás de este grupo de objetos? O ¿se derivan de intenciones diferentes?

Aquí entramos en problemáticas que caracterizan la textura y composición de cada una de las capas o anillos de nuestro árbol:

1. Para el problema empírico se cuenta con muy poca información respecto a sus contextos de producción y uso que nos permitiera ir directamente al estudio de la intencionalidad del trabajo y sus condiciones de existencia. El estudio de la intencionalidad debía, en principio partir del conjunto de objetos, pero sin ser objetualista.
2. Para el problema teórico-metodológico, si bien existen herramientas conceptuales que podían sernos útiles, se carecía de una metodología para la arqueología que permitiera el estudio de este tipo de “cosas”. Había que crearla: y ésta debía cumplir con la condición de no ser arbitraria, para que la información fuera útil y replicable.
3. Para el problema arqueológico existen muy reducidos datos acerca de la vida social en la situación histórica que se vincula con la existencia de estas “cosas”. Había, entonces, que intentar llegar a formular nociones relativamente más concretas acerca de ésta con la evidencia disponible, y con ello, delimitar lo que definitivamente no era posible de responder y lo que podía ser propuesto como futuras líneas de investigación.

Sobre la base de esta tesitura se derivan, en consecuencia, una cadena de preguntas que se encuentran justificadas por dos teorías complementarias respecto a lo que nos interesa de la realidad social que queremos llegar a conocer mediante el registro arqueológico, por una parte y, por otra, que explica, porqué las personas hacen representaciones de sus ideas o sus ideologías, en nuestro caso cabezas de piedra.

Junto con esas teorías y la recopilación de los antecedentes arqueológicos, fue posible formular las siguientes hipótesis:

1. Respecto al problema empírico:
El conjunto de cabezas clavadas constituye la manifestación de una producción especializada, derivada del entrenamiento técnico en la talla de la piedra y teórico en los contenidos de un sistema de comunicación basado en el dominio de la producción intelectual por un colectivo particular, que empleó a la representación, entre otras

¹Entiéndase dibujos, representaciones. En español de Chile, por ejemplo, en vez de decirse “dibujos animados”, se dice “monos animados”.

cosas, como un dispositivo ideológico para la reproducción social de contradicciones sociales reales durante aproximadamente 800 años.

2. Respecto al problema arqueológico

La producción especializada en litoescultura, junto con la diversificación de otras producciones especializadas, fueron mecanismos para incrementar y a la larga consolidar el control económico, político e ideológico, sobre el beneficio de un sistema tributario basado en servicios intelectuales a una amplia región, sostenida directamente en el trabajo subsistencial de la población asentada en el drenaje del río Mosna, e indirectamente en el trabajo contenido en forma de productos finales tributados.

Para la contrastación de estas hipótesis esta investigación se concentró, fundamentalmente, en el problema empírico. Si el conjunto de cabezas clavas fue una manifestación de una producción especializada, entonces, ¿qué indicadores podrían emplearse para detectarla si no contamos con información respecto a los lugares de producción, ni de los medios de trabajo?

Para responder a esa pregunta, y contar con indicadores cuantificados se recurrió a la medición de la *estandarización de los objetos*, que señala que su incremento depende, del nivel de entrenamiento y de la tasa de producción. O sea, qué tanto sabes y has practicado, y cuánto lo has practicado. Un máximo nivel de estandarización, en el que todos los objetos son idénticos, se ha logrado en la mecanización industrial. Pero si los objetos no son idénticos, entonces para que sean “estandarizados” requieren ser parecidos, pero ¿parecidos en qué? Y además, ¿cómo medimos que se parecen? Pues ahí entran en escena nuestro problema empírico y nuestra caja de herramientas teórico-metodológicas. El objetivo principal, como le llaman los metodólogos de la formulación de proyectos, era precisamente medir la semejanza entre las cabezas clavav, asumiendo que mientras más se parezcan, mayor probabilidad existe que esa semejanza se derive de una producción especializada.

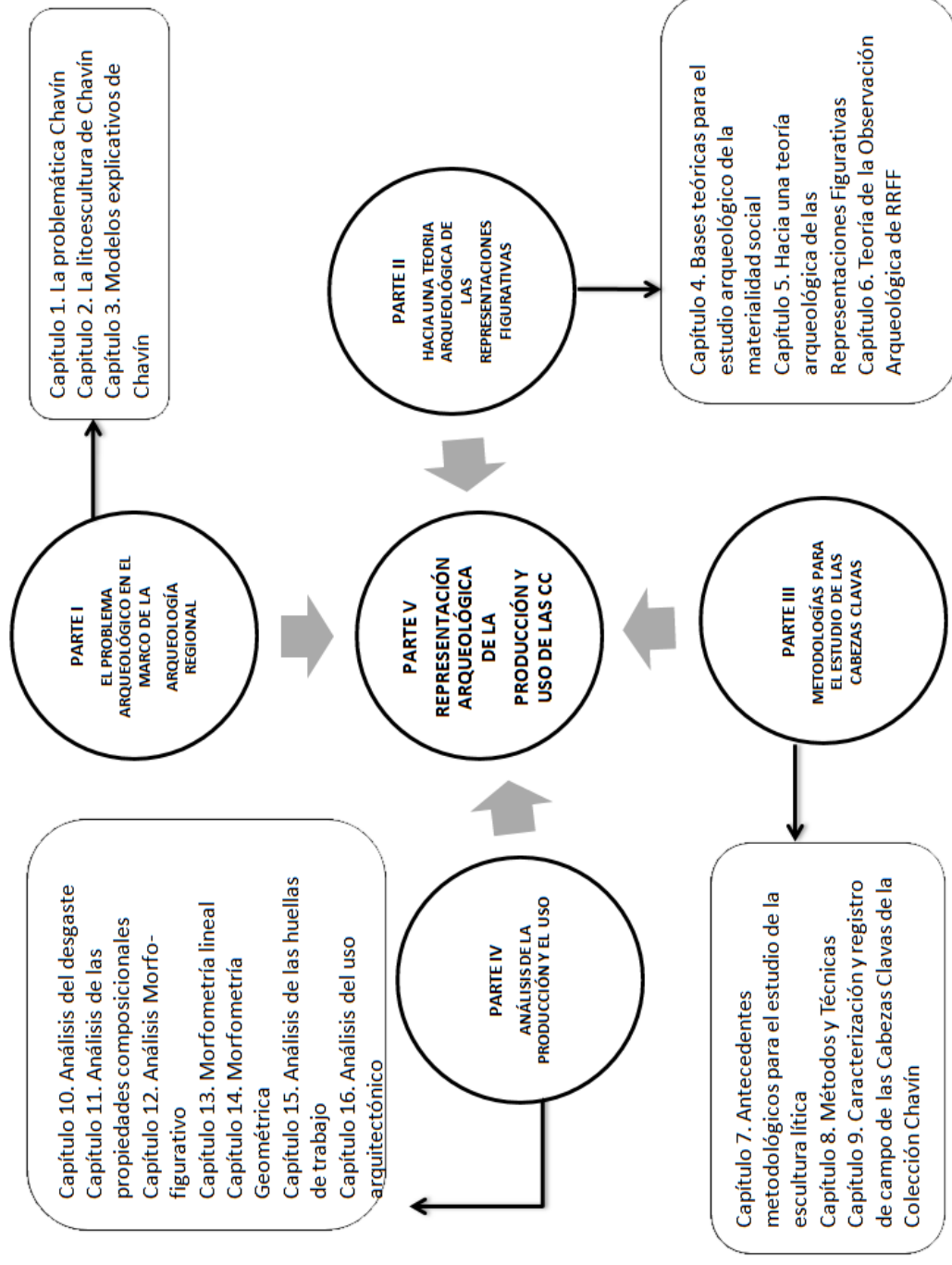
Pero todavía quedaban dos cabos sueltos:

1º definir lo que es exactamente una producción especializada.

2º definir cuáles indicadores se emplearían para cuantificar la semejanza.

Para lo primero nos enfrentamos con la tradición de trabajos de especialización artesanal, que se discuten en el Capítulo 4, y para lo segundo, empleamos conjuntamente la teoría de la observación basada en las propiedades de la materia (Capítulo 6), las especificidades de la talla en piedra multifacial (Capítulo 7) y el tratamiento estadístico de datos multivariados para el estudio de la variabilidad cualitativa de la representación.

Para no complejizar más la presentación de este trabajo, las preguntas, hipótesis y objetivos específicos de cada análisis son presentados al comienzo de cada capítulo. De esa manera se hace comprensible cada uno de los procesos de análisis y los alcances de los resultados obtenidos. Con todo, lo importante es retener que cada uno de los capítulos y análisis colaboran al objetivo principal de esta investigación como se ilustra en el siguiente esquema.



PARTE I

EL PROBLEMA ARQUEOLÓGICO EN EL MARCO DE LA ARQUEOLOGÍA REGIONAL

CAPÍTULO 1

LA PROBLEMÁTICA CHAVIN

1.1. Introducción

El sitio arqueológico Chavín de Huántar es un conjunto de edificios que presenta lo que se ha definido como arquitectura monumental, es decir, edificios de una gran envergadura cuya producción superaría los esfuerzos de una unidad doméstica, requiriendo de una gran inversión de fuerza de trabajo sustentada en una o varias comunidades. Se encuentra localizado en un estrecho valle intermontano que corre de sur a norte a 3180 msnm, en lo que actualmente corresponde al municipio de Chavín de Huántar, Distrito de Huari, Departamento de Ancash, Perú (fig. 1.1). Cuenta con una profunda secuencia ocupacional, desde el tercer milenio y la segunda mitad del cuarto milenio *ane*¹ (Rick, et al. 2009: 112) con contextos que se han asociado al Precerámico Tardío y al Formativo Temprano, hasta ocupaciones con cerámica afín a la denominada Kotosh-Kotosh del sitio homónimo, con fechas que se han situado en un rango de 1200-800 *ane*. La investigación arqueológica, sin embargo, se ha concentrado en lo mayormente visible y popular que corresponde a las construcciones monumentales fechadas actualmente en un rango que comienza durante el denominado Período Formativo Medio (*sensu* Kaulicke 2010) hacia el 1350/1200 cal ANE, y que concluye con su abandono a mediados del primer milenio antes de nuestra era (400/500 cal ANE). No obstante, el inicio de las construcciones monumentales no han podido documentarse de manera fehaciente debido a que las últimas fases de modificación constructiva se encuentran superpuestas a las iniciales (Kembel 2001, 2008). Posteriores ocupaciones fueron de menor envergadura arquitectónica, aunque no por ello de menor densidad, pero han recibido una muy escasa atención arqueológica.

Así como en otros yacimientos del área andina que presentan arquitectura monumental, y muy probablemente como ha sucedido en otras partes del mundo, la mayor preocupación de las arqueólogas, arqueólogos y público en general se ha centrado en definir el tipo de sociedad que llevó adelante esfuerzos de esta índole material, especialmente en lo relativo a la religión que se supone motivó la construcción de monumentos vistos exclusivamente como ceremoniales. Lo curioso es que las intervenciones arqueológicas, a pesar de contar con casi 100 años de investigación, han sido realizadas en áreas y mediante metodologías muy restringidas. Hasta la década de los años noventa eran sólo estas intervenciones las que sustentaban la idea de Chavín de Huántar como la simiente de donde habría emanado el *quid* andino, o “La Cultura Matriz de la Civilización Andina”. Esta noción fue la mayormente difundida en la primera época de la investigación y se le debe a quien es considerado como el padre de la arqueología peruana: el médico Julio C. Tello. A pesar de la discrepancia que suscitó tempranamente la idea de irradiación del fenómeno civilizatorio

¹ En esta investigación se emplea la siguiente terminología (Castro 1992: 32; Casro & Micó 1995: 6):

- *ane/dne*: fecha “antes de nuestra era/de nuestra era” según la cronología radiométrica convencional basada en la vida media del C14 y establecida en 5568 años (valor Libby).
- *cal ANE/DNE*: fecha “antes de nuestra era/de nuestra era” según la cronología radiométrica calibrada dendrocronológicamente u otros procedimientos físico-químicos como la termoluminiscencia, que proporcionan directamente valores en años solares.
- *arq ANE/DNE*: fecha “antes de nuestra era/de nuestra era” según la metodología arqueológica convencional fundada en paralelos tipológicos.
- *ANE/DNE*: fecha “antes de nuestra era/de nuestra era” según las fechas historiográficas de los textos antiguos que han sido adaptadas a nuestro calendario.

que Tello veía en Chavín, fue paradójicamente muy empleada desde un comienzo, ya que tanto arqueólogos/as norteamericanos/as como peruanos/as aceptaron la idea difusionista según la cual el sitio de Chavín ejercía una suerte de fuerza de atracción para el resto de las “culturas” de su época, cuyos miembros habrían “peregrinado” hasta ahí, llevando con ellos de vuelta, a modo de fuerza centrífuga, un culto religioso expresado en estilos iconográficos que se constatarían en los parecidos observados en la “cultura material” de un amplio territorio.

Pero ¿a qué se debe esta fuerza gravitacional que ha ejercido Chavín de Huántar como yacimiento explica-lo-todo para el surgimiento de la civilización en el Formativo andino? Básicamente a la asociación entre arte lítico y arquitectura monumental. Estos elementos constituyeron la diada fundamental para designar, caracterizar y ubicar al resto del mundo de un momento difuso, en referencia a su condición de pre, post o coetáneo con Chavín. Asimismo, los contenidos temáticos que suelen interpretarse en las representaciones figurativas, han sido el sostén que ha permitido anclar su origen amazónico, costero o serrano. Chavín ha nacido de todos los puntos cardinales en los últimos cien años, pasando de ser el centro desde donde emerge una religión pan-andina, hasta la periferia sincrética que todo lo copia.

En el presente capítulo se presenta una contextualización espacial y cronológica de la situación histórica de Chavín de Huántar a partir de las secuencias mejormente definidas. Se busca explicitar los problemas, pero también los yacimientos de relevancia que permiten situar las principales relaciones que definen el espacio arqueológico de Chavín de Huántar en la arqueología regional. Posteriormente, una síntesis de la vasta historia de las intervenciones arqueológicas en el sitio, permite referirse a las metodologías empleadas y a los aportes en materia de conocimiento o propuestas de sistematización como secuencias cerámicas o seriaciones estilísticas para la definición de cronologías relativas. Se ha dejado para un capítulo especial una revisión de las interpretaciones más relevantes del yacimiento, con el objetivo de distinguir lo que es el aporte empírico de lo que es propiamente interpretativo.

Con esos antecedentes sobre la mesa, se presenta una descripción pormenorizada del yacimiento, lo cual posee una doble dificultad: para quien desconoce la arqueología del sitio, debe aportar una descripción enriquecedora que haga posible un entendimiento general de los sectores mencionados y de la nomenclatura empleada en las siguientes páginas de este trabajo. Pero para quien se encuentra especializada/o en la materia, puede ser una sección tediosa y, eventualmente, incompleta ya que los criterios de selección de los sectores o áreas que revisten mayor relevancia, suelen no ser siempre los mismos. Intentaré resolver esta doble dificultad, haciendo hincapié en lo que para los propósitos de esta tesis resulta más relevante. Aún así, por razones de pertinencia, no se mencionarán ni todos los sitios con los que se ha planteado que mantiene afinidades, ni todas las publicaciones que se refieren a Chavín.

Finalmente, se vuelve la mirada al nivel del espacio micro-regional, con el objeto de contextualizar el conocimiento que se posee de la comunidad local implicada en el desarrollo y mantenimiento de la historia social de Chavín de Huántar, como base donde

buscar las evidencias de la porción de la vida social que pueden ser explicativas de la producción y uso de las cabezas clavos que estudia esta tesis.



Figura 1.1. Ubicación geográfica del sitio Chavín de Huántar y su potencial área de interacción, incluyendo los sitios arqueológicos con los que mantuvo intercambio y las fuentes de algunas materias primas detectadas en el yacimiento (Cortesía de Daniel Contreras 2011: 381. Fig. 1).

Para la descripción del sitio me he basado en las publicaciones de quienes han intervenido directamente en él, mientras que para la contextualización de la situación histórica de

Chavín, he recurrido a documentos clave de los/as principales investigadores, así como a algunos trabajos de síntesis críticas recientemente publicadas para el Formativo. En consecuencia, la lectura de este capítulo debe concebirse como una contextualización general, que permite entender (i) la prehistoria regional y sus principales debates; y (ii) el estado actual del conocimiento arqueológico del yacimiento y sus áreas inmediatas, como antesala para el entendimiento de las explicaciones arqueológicas que se han ofrecido durante la historia de la investigación del yacimiento, y el marco general que explica el problema arqueológico de esta investigación.

1.2. Chavín y su situación histórica

Es necesario destacar que me referiré a lo largo de este trabajo a Chavín como referente principal debido a que el material de estudio pertenece a este sitio. Ello no quiere decir que se considere a Chavín como el lugar desde donde debe referenciarse la discusión en torno a las relaciones sociales que, a distintas escalas, se sucedieron en la geografía de los Andes Centrales. Sólo por ello se hace entendible que nuestra mirada a este amplio territorio surja desde Chavín, pues es en este lugar desde donde se establece la delimitación temporal previa y posterior a la producción litoescultórica.

Ya he mencionado en la introducción de este Capítulo que la popularidad y centralismo de Chavín de Huántar se debe a la asociación entre monumentalidad y arte lítico, que en el resto del mundo se conoce como escultura ornamental, es decir, escultura modelada o tallada que es requerida por el diseño arquitectónico y utilizada en alguna parte del proceso constructivo. No se trata de una producción independiente, sino del aprovechamiento de la arquitectura como mecanismo de soporte para la producción de la representación.

El fenómeno del monumentalismo en Chavín es lítico, una característica que comparte con los sitios coetáneos de la sierra, mientras que en la costa prevalecen las construcciones y modelados en barro. Si bien en la costa existen períodos en los que se emplea la litoescultura y la arquitectura en piedra, a lo largo de su secuencia monumental ha primado el empleo del barro, posiblemente debido a razones ambientales y tecnológicas. Esta diada, monumentalidad/representaciones, ha sido la base para la definición del surgimiento de la civilización. Desde los primeros trabajos arqueológicos, la suma de estas materialidades supuso la constatación andina para su homologación con procesos foráneos, mejor conocidos (especialmente con los del Medio Oriente), sirviendo como refuerzo de múltiples teorías: neolitización, estado teocrático, poder coercitivo, urbanismo, formación de clases y procesos de complejización, han desfilado como alternativas explicativas durante los últimos 100 años. Simples prospecciones y pozos de sondeo han sido la norma para construir una escueta base empírica que sustenta los meta-relatos del surgimiento de la civilización en los Andes. Chavín de Huántar es un ejemplo de ello, y está a la cabeza de lo mucho que se puede llegar a decir y a aceptar, en un yacimiento en el que se desconocen las relaciones materiales no sólo de su parte monumental, sino también de los sectores domésticos y de producción.

De ahí se desprende el primer problema: el escaso conocimiento de contextos transcendentales para la interpretación de la vida social, como sectores de producción, de áreas funerarias o de contextos domésticos. Efectivamente, como han resaltado varios/as

investigadores en el último tiempo, el reconocimiento superficial de la monumentalidad mediante prospecciones, hizo que la mayor cantidad de las comparaciones se realizaran sobre la base de patrones arquitectónicos y su arte asociado, desconociendo la historia constructiva como base para la comprensión de secuencias de transformación realistas y su relación con las áreas domésticas, la mayor parte de las veces enterradas pero existentes y asociadas a estos edificios (Fuchs, et al. 2009; Kaulicke 2009; Makowski 2012; Quilter 1991; Tantaleán and Leyva 2011). Por ejemplo, la documentación detallada de las secuencias constructivas de sitios emblemáticos en la sierra como Kotosh (Izumi and Terada 1972) y Shillacoto (Izumi, et al. 1972) en Huánuco, o en la costa como Cerro Lampay (Vega-Centeno 2008) o Bandurria (Chu 2008), incluso en Caral (Makowski 2012), muestra que la arquitectura monumental es más bien el resultado acumulativo de esfuerzos de construcción acotados pero reiterados en el tiempo y, por lo tanto, no se trataría de una gran movilización de fuerza de trabajo. Esto es relevante, porque como señala Makowski:

“... [se ha] supuesto y esperado [un] vínculo causa-efecto entre el surgimiento de sistemas políticos de carácter jerárquico y coercitivo, por un lado, y la inversión del tiempo social en la construcción de edificios públicos, por el otro. Se suele asumir que la ideología de élites emergentes o ya establecidas se materializa de manera preferente en la arquitectura (...). Por ende, la presencia/ausencia de esta clase de arquitectura pública es considerada como un indicador de intereses antagónicos, de mecanismos de dominación en las relaciones entre actores sociales y, en particular, de la presencia/ausencia de la estratificación, de la ciudad y del estado.” (Makowski 2012: ix).

Un segundo gran problema son las cronologías. Durante la mayor parte del tiempo no se ha sabido qué es antes y qué es después; un principio esencial para las explicaciones en arqueología. Frecuentemente, se han empleado seriaciones y secuencias cerámicas como fósiles directores del tiempo, lo cual no es esencialmente negativo; el problema es 1° que dichas secuencias y seriaciones se basan en superposiciones estratigráficas muy restringidas que se han generalizado no sólo a los sitios estudiados, sino a toda una región; 2° que los criterios de agrupación se basan en semejanzas englobadas bajo un concepto de estilo pobremente definido, y carentes de herramientas metodológicas para la cuantificación y formalización de la recurrencia de la semejanza; 3° que las semejanzas se han establecido sobre principios objetocéntricos, esto es, se establecen parecidos formales entre objetos o unidades de análisis arbitrarias de ellos, y no entre objetos en contextos arqueológicamente estructurados, es decir, no se logra una definición significativa de semejanza, que no sólo debería ser formal, sino también relacional; y 4° que las series radiométricas son deficientes tanto intra como inter-sitio, teniéndose poco resguardo de los contextos y de los tipos de muestra; de hecho, comúnmente sólo se publica el nombre de la muestra y no sobre qué material fue realizada.

Con los problemas descritos, no quiero dar la impresión de un panorama oscuro y sin salida. Es necesario ponerlos en evidencia porque son dificultades muy características de la región y a las que se enfrenta cualquier trabajo que trate este período de tiempo. Ello no quiere decir, por lo tanto, que no existan proyectos de investigación que hayan atendido a la necesidad de superar estas dificultades, y de hecho durante las dos últimas décadas numerosos investigadores e investigadoras se han hecho cargo de alguno de estos problemas presentando trabajos monográficos en los que se sistematizan los principios empíricos básicos sobre los que se pueden realizar algunas contrastaciones de hipótesis o

interpretaciones arqueológicas medianamente válidas. Ello es quizá especialmente cierto para el trabajo sostenido que ha llevado a cabo la Misión Japonesa durante 50 años en Perú, quienes más allá de las interpretaciones, han ofrecido periodificaciones ancladas en documentación pormenorizada de fases constructivas, superposiciones estratigráficas y fechados bien contextualizados (Kaulicke 2010b).

Es precisamente sobre dichas secuencias mejormente definidas que Peter Kaulicke (1994, 2010) ha propuesto una periodificación que, sin ser demasiado distinta de otras anteriormente formuladas (p.e. Lumbreras), se encuentra justificada por delimitaciones temporales algo más controladas, aunque no exenta de secuelas especulativas. Si bien la mayor parte de investigadores e investigadoras norteamericanos/as, sigue la terminología originalmente planteada por Rowe (1958) de Precerámico, Período Inicial y Horizonte Temprano o Chavín, para los objetivos de esta tesis se presenta con mayor coherencia la propuesta de Kaulicke, ya que integra los últimos datos y debates cronológicos. Además, independientemente de las nomenclaturas para cada período propuesto, que constituyen un problema en sí mismo, parece encontrar asidero en realidades materiales relativamente conocidas y en un manejo conceptual acabado. Remito en este lugar a los trabajos especialmente dedicados a este tema que exponen más extensamente el largo debate cronológico de los Andes Centrales (Bazán 2010; Bennett 1943; Burger 1989a; Burger and Burger 2008; Collier 1955; Haas and Kumbel 2005; Jofré 2005; Kaulicke 2009; Kaulicke 2010a; Kaulicke 1994; Kaulicke 2010b; Ledergerber-Crespo 2002 [1999]; Lumbreras 1977b; Lumbreras 1989; Mendoza 1996; Menzel, et al. 1964; Moseley 1975; Pozorski and Pozorski 2002; Quilter 1991; Rick, et al. 2009; Rowe 1958; Stumer 1961; Willey 1951a; Willey 1962; Willey 1945; Willey 1951b; Ziolkowski 1994; Ziolkowski, et al. 1994).

<i>Tabla 1.1. Periodificación del Arcaico Final y el Formativo en los Andes Centrales, según Kaulicke(2010a: 127) adaptado a la nomenclatura empleada en esta tesis (supra).</i>	
0.	
500 ANE	Formativo Final
	Formativo Tardío
1000 ANE	Formativo Medio
1500 ANE	Formativo Temprano
	Arcaico Final C
2000 ANE	Arcaico Final B
2500 ANE	Arcaico Final A

En consecuencia, el empleo de la propuesta de periodificación de Kaulicke (tabla 1.1) tiene por único objetivo proporcionar un ordenamiento espacio-tiempo general para la presentación de la situación histórica en la que se inserta Chavín, siendo relevante destacar

que se trata de un objetivo operativo y en ningún caso de una consideración temporal definitiva basada en bloques estáticos definidos por una sumatoria de rasgos.

Arcaico Final

Para comprender el marco de emergencia de las llamadas sociedades complejas, dentro de las que se ha integrado a Chavín de Huántar, inevitablemente debemos referirnos al Período Arcaico, especialmente a lo que se ha definido como Arcaico Final (tabla 1.1.), que corresponde a una enorme cantidad de tiempo definido por cierta consolidación de la vida social en asentamientos permanentes, principalmente en la costa, así como por la aparición de la cerámica que marca su fin y el inicio de lo que se entiende como Período Formativo. En este gran período de tiempo, que va desde ca. el 2500 ANE hasta ca. del 1500 ANE, se observa cierto nucleamiento en algunos valles y el desarrollo de arquitectura monumental. Si bien últimamente el fenómeno Caral ha hecho ver a éste como un hecho abrupto (Shady Solís 1997a; Shady Solís 1997b), evidencias en el valle de Zaña muestran un proceso de sedentarismo y domesticación que comienza a gestarse entre el 7000 al 5000 ANE, con transformaciones en la configuración de los diseños de las construcciones en los asentamientos del 5000 al 2500 ANE y por el empleo de construcciones de uso público/monumental desde el 4500 ANE (Dillehay 2008; Kaulicke 2010b); es decir, un proceso de transformaciones no necesariamente abruptas y con una gran profundidad temporal.

Sitios relevantes para la definición de este Período en la costa son Cerro Sechín y Sechín Bajo, en Casma (Bischof 2009; Fuchs, et al. 2009), Cerro Lampay, en el valle Fortaleza (Vega-Centeno 2005; Vega-Centeno 2008), La Galgada (Grieder, et al. 1988), Cerro Ventarrón en Chiclayo (Alva Meneses 2010) y Caral en el valle de Supe (Shady Solís 1997) (fig. 1.2). Las características fundamentales que han servido para definir este Período han sido, como he comentado, el patrón arquitectónico y su asociación con el arte lítico. En base a ello, en la Costa Norte, entre el valle de Jequetepeque y Casma, se detecta arquitectura monumental más temprana sin conocerse representaciones figurativas asociadas, pero hacia el Arcaico Final A y B, se observa cierta estandarización reflejada en un patrón constructivo de patios circulares hundidos. Hacia el Arcaico Final B y C, el patrón anterior es reemplazado por la construcción de plataformas superpuestas, cuyas paredes fueron utilizadas para la realización de murales polícromos y sobrerrelieves líticos y de barro, que junto con las representaciones figurativas en artefactos recuperados de contextos funerarios, han servido para la definición de lo que se denomina “Tradición Sechín”. Afinidades iconográficas con esta tradición han sido descritas en Caral y Kotosh, y en contextos funerarios de La Galgada. Bischof (2009) ha definido dos estilos para esta tradición, Sechín y Punkurí, cuyos elementos en la arquitectura, textilería y morteros líticos, presentarían ciertos rasgos que posteriormente serán empleados por el “estilo Cupisnique” (*infra*), en especial, motivos felinoides y aligátores. Por otra parte, para la Costa Norcentral, entre Casma y el valle del Rímac, Vega-Centeno (2005) ha propuesto el término *Tradición de la Costa Norcentral*, que definiría un conjunto de yacimientos con vínculos con la Tradición Mito de la sierra (*infra*), pero con elementos propios concentrados en los valles de Supe y Fortaleza. A juicio de Kaulicke (2010a) esta tradición se “caracteriza por una producción muy limitada de arte, con la excepción de figurinas en barro crudo” (Ibíd.: 129).

Por último, en la Sierra Norcentral, se ha definido la “tradición Mito”(Bonnier 1997) o “tradición religiosa Kotosh”(Burger and Burger 1980). Si bien ambas se basan esencialmente en los mismos sitios de la cuenca del Huallaga (Kotosh, Huaricoto, La Galgada y Piruru), la primera emplea a Kotosh como modelo para la definición de comparaciones cronológicas y formales de la arquitectura; mientras que la segunda se concentra en una tipología de estructuras ceremoniales. Sin embargo, los propios investigadores que excavaron Kotosh y definieron la fase Kotosh Mito (2500-1600 calANE) señalan que se requieren más fechados que permitan definir el inicio y final de esta fase, es decir, hasta el momento correspondería a una temporalidad difusa, básicamente definida por estructuras ortogonales de barro con sólo una entrada, hornacinas interiores y un pozocuatrangular en el centro con un fogón circular (Templo Blanco, Templo de las Manos Cruzadas y Templo de los Nichitos en Kotosh) (Izumi, et al. 1972; Izumi and Terada 1972). El hallazgo de dos estructuras de estas características en Chavín de Huántar ha sido la base para proponer a la sierra como una de las principales influencias para el desarrollo monumental en el yacimiento, ya sea como antecedente o como arcaísmo (Contreras 2010; Sayre 2010).

No existe un consenso respecto a la forma de la organización social que se encuentra detrás de la proliferación de arquitectura monumental para este período. Durante algún tiempo ha circulado la idea del surgimiento del estado y del urbanismo en Caral (Shady Solís 1997), especialmente vinculada a la noción de monumentalidad como sinónimo de “centro ceremonial”, pero como ya he comentado, aún son muy limitadas las evidencias de las áreas residenciales y de las relaciones efectivas entre las comunidades que construyeron y ocuparon los sitios, más allá de los parecidos estilísticos, como para sostener cualquier tipo de modelo. Con todo, no se pueden desconocer cuestiones relevantes, como una red de interacción a larga distancia de bienes y un manejo relativamente estandarizado de conocimientos técnico-constructivos. Respecto a cuestiones económicas, para la costa se ha enfatizado en la relevancia del uso intensivo que los recursos marinos supondrían para la consolidación de asentamientos permanentes, aunque existen razones para sospechar que incluso a nivel local no hubo una estrategia de producción exclusivamente centrada en la pesca o en la recolección de mariscos, sino también en prácticas de cultivos de cereales, leguminosas y árboles frutales, que se complementó, tempranamente, con un intenso intercambio de bienes tanto altitudinal como longitudinalmente, cuya naturaleza y propósito para este período no resulta lo suficientemente clara.

Formativo Temprano

Como he mencionado, el Período Formativo Temprano se encuentra definido por la aparición de la cerámica. Este fenómeno, evidentemente no es sincrónico, lo que explica el solapamiento entre el Arcaico Final C y el Formativo Temprano (Kaulicke 2010b: 394). Las primeras evidencias cerámicas se concentran en el norte, tanto en la sierra como en la costa; se trata de cerámica sencilla, pero variada a nivel regional. A pesar de ello, se considera que existe una “general uniformidad” que involucraría contactos interregionales a lo largo de la cuenca del Casma y el Huallaga, en sitios como Sechín Bajo y Wairajirca, respectivamente (*ibíd.*). Respecto al Norte Chico, la Tradición de la Costa Norcentral propuesta para el Arcaico Final parece diluirse: todas las evidencias indican una reducción

de las ocupaciones (Bischof 2009; Burger and Burger 2008; Fuchs, et al. 2009; Kaulicke and Ōnuki 2010; Kaulicke 2010b; Tantaleán and Leyva 2011), que contrasta con el auge de sendos yacimientos con arquitectura monumental en el valle de Casma. En sitios como Moxeque, por ejemplo, se realizaron relieves en barro multicolores, mascarones y esculturas de bulto, que muestran afinidades iconográficas con elementos de Cerro Sechín y Punkurí. En Sechín Bajo, Fuchs et al. (2008) documentaron la presencia de lo que definieron como “grafitis” en los que destaca una figura teriomorfa (Divinidad del cocodrilo, *ibíd.*: fig. 13) que se ha planteado como un antecedente del Obelisco Tello de Chavín (*cfr.* Capítulo 3).

Otro sector de importante desarrollo monumental se ha documentado en la costa central, entre los valles de Chancay y el valle bajo de Lurín (Burger 2009; Burger and Burger 2008). En esta región se popularizan sitios con arquitectura monumental en forma de “U” abierta al este, esto es, un edificio central con dos plataformas laterales que generan una gran explanada central o plaza. Existe un amplio debate respecto al inicio de esta “tradición arquitectónica”. En base a fechas no calibradas, Burger (2008) sitúa el comienzo de este patrón en el Período Inicial (2000 ANE), que se corresponde con el Arcaico Final. Sin embargo, su calibración lo ubica en un rango entre 3100 y 2730 AP (Kaulicke 2010b: 395), es decir, en el Formativo Medio, por lo que investigadores como Kaulicke (*Ibíd.*) han rechazado un origen en la Costa Central para este tipo de complejos monumentales. Por otra parte, en el valle de Zaña, Dillehay(2008) señala la existencia de estructuras monumentales con forma de U que de acuerdo a las fechas mencionadas, lo ubicarían como el antecedente más temprano.

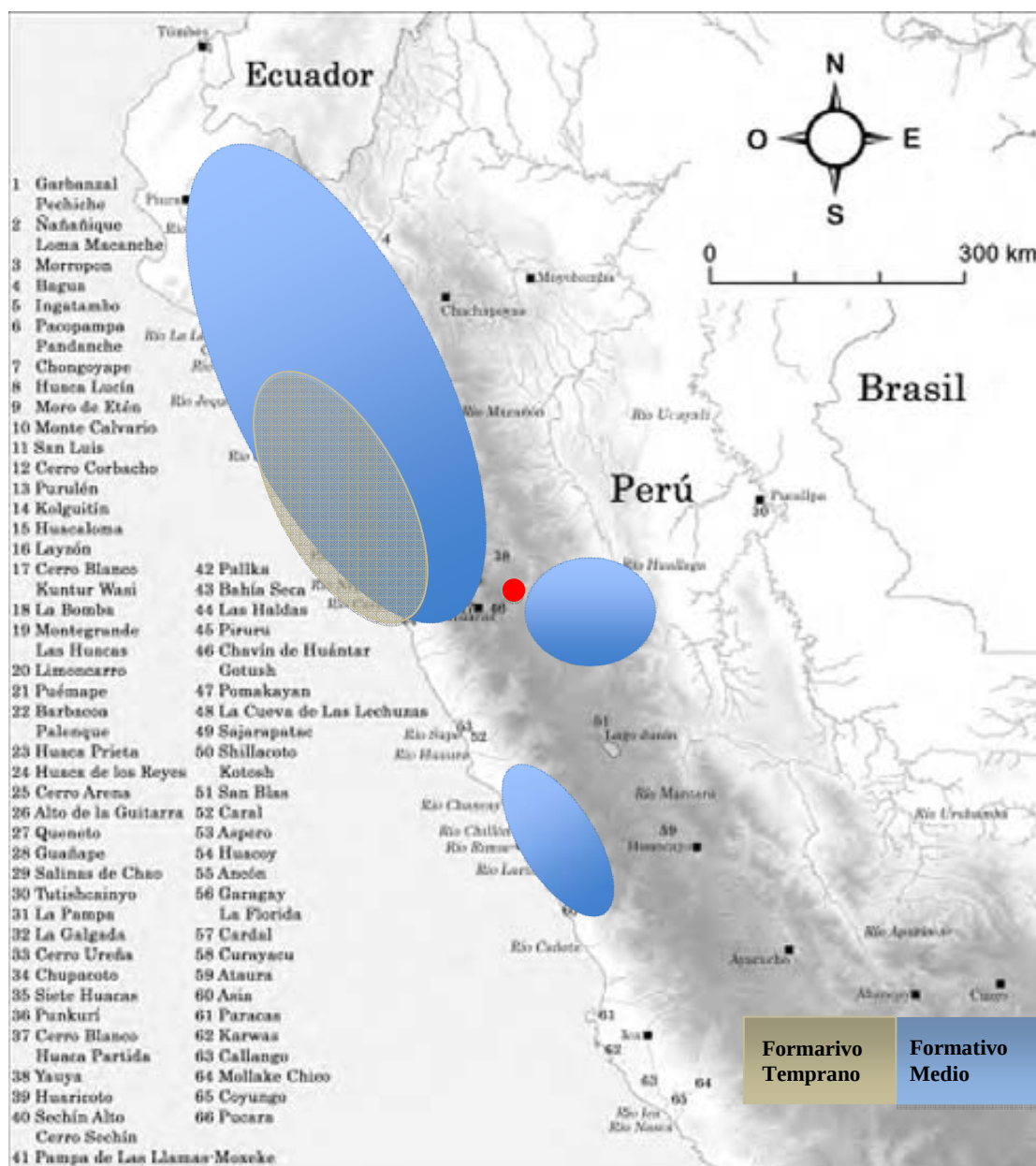


Figura 1.2. Principales sitios del Arcaico y Formativo Andino. Las áreas celestes muestran las posibles áreas de interacción durante el Formativo Temprano y Medio (elaboración del mapa de sitios: Eisei Tsurumi; imágenes tomadas y modificadas de Kaulicke 2010a; Kaulicke 2010b: fig. 1 y fig. 3)

Respecto a lo que ocurría en la sierra, especialmente en el sector de Huánuco, la tradición Mito es reemplazada por una arquitectura funeraria muy compleja, vinculada a cerámica policroma y escultórica (Izumi and Terada 1972), aunque parece conservarse en sitios de Ancash. Para nuestro caso de estudio resulta de especial interés sitios como La Pampa en el que se registraron esculturas líticas y morteros zoomorfos de piedra con elementos parecidos a los de Cerro Sechín del Arcaico Final (Terada 1979). Asimismo, tanto en la

Costa Norcentral desde Casma hasta Jequetepeque, como en la sierra, desde Ancash hasta Cajamarca, se aprecian notables afinidades en las representaciones figurativas, en forma de iconografía asociada a la arquitectura (Moxeque, Garagay, Pacopampa) o como arte rupestre, especialmente documentada en los nacimientos del valle de Moche y Virú (p.e. Alto de las Guitarras)(Van Hoek 2011). A juicio del principal promotor de la periodificación aquí empleada: *“Se trata, sobre todo, de un grupo con motivos complejos de un estilo bastante uniforme que es de gran importancia para la definición de una variante estilística temprana del ámbito Cupisnique”* (Kaulicke 2010a: 130).

Aún sin ser demasiado claro si el fenómeno de concentración de sitios en el área entre Casma y Jequetepeque, que presenta rasgos arquitectónicos e iconográficos del periodo previo, se debe a una mayor atención arqueológica que en otros sectores, lo cierto es que al menos parece consolidarse una cierta unidad de representación que sugiere el fortalecimiento de un determinado sistema ideológico; no por ello necesariamente compartido por todas las comunidades de la región, pero tampoco necesariamente impuesto o fruto de una política coercitiva elitista. Al respecto, la diversidad de concentraciones, escalas, formas y cualidades de los yacimientos de distintas áreas, favorece la imagen de un mapa social heterogéneo, algunos de ellos muy integrados mediante redes de interacción de bienes, y otros segregados en la periferia de los sistemas políticos-territoriales de intercambio. Ello es sintomático en sitios documentados en la costa sur, como Pernil Alto, Hacha en Palpa-Acarí o el Trigal, en Nasca, que parecen estructurar comunidades locales sedentarias mucho más modestas y relativamente ajenas al impacto de las concentraciones más norteñas y serranas, al menos en lo que respecta a la arquitectura a gran escala (Bardales, et al. 2008; Castro Martínez, et al. 2007; Reindel, et al. 1999; Reindel and Wagner 2008).

Formativo Medio

Este Período, delimitado para fines del segundo milenio ANE, se ha propuesto fundamentalmente porque se han observado transformaciones importantes en los sistemas de producción cerámica, los cuales se complejizan en las técnicas, las formas, los temas de la decoración y la distribución territorial de dichas características. Aparece con frecuencia una forma de botella conocida como “asa estribo”, que de alguna manera representa con especial fuerza la producción alfarera de la Costa Norte. Esta misma diversificación se observa en otro tipo de materiales. No se trata propiamente de innovaciones, sino de un incremento en la escala y variedad de la producción de artefactos, gran parte de los cuales son empleados como soporte para representaciones. Es decir, un aparente aumento en el tiempo y energías utilizadas para bienes de uso político-ideológico. Entre ellos, se suman a los antiguos morteros, todo tipo de recipientes líticos, espátulas y otros objetos hechos en hueso, conchas de moluscos marinos singulares tallados con representaciones o empleados como materia prima para la elaboración de placas o cuentas de collar, como *Strombus*, *Spondylus Oliva peruviana*. Gran parte de este traspaso de la iconografía de la arquitectura a soportes artefactuales muebles, se encuentra vinculado a su uso en el contexto de prácticas funerarias, actividades político-ideológicas, comúnmente reducidas a lo ritual- y de intercambio económico.

Respecto a la ocupación de los sitios monumentales del período previo, el valle de Casma es abandonado, restringiéndose la monumentalidad exclusivamente al sitio de Pallka. En su reemplazo se ha observado una mayor hegemonía en los valles norteños como Moche (Complejo Caballo Muerto) y Nepeña (Cerro Blanco y Huaca Partida). En Caballo Muerto, en particular, se construye un complejo de edificios que incluyen estructuras en distintos niveles, plazas, patios, recintos con columnas y nichos con mascarones de barro en altorrelieve. Si bien se conservan elementos arquitectónicos del Formativo Temprano, se trata de un diseño y una configuración completamente novedosa. Éste, junto con otros sitios, constituyen la principal evidencia que sirvió, tempranamente, para la definición de lo que se conoce como *Cultura Cupisnique*, de reconocida relación con Chavín (Larco-Hoyle 1941). Actualmente, se ha propuesto denominar “Gran Cupisnique” a un enorme territorio que compartiría importantes afinidades en el diseño arquitectónico, en las representaciones figurativas y en la producción de artefactos, incluyendo en el “área nuclear” a sitios como Cerro Blanco y Huaca Partida en Nepeña, Limoncarro en Jequetepeque, Collud y Huaca Lucía en Lambayeque, hasta el Alto Piura en sitios como Nañañique, Jaén y Bagua, así como Pacopampa, KunturWasi y Huacaloma en la sierra de Cajamarca (fig. 1.2).

Esta área de aparentes relaciones a larga distancia es muy relevante para comprender el lugar de Chavín. Por una parte, porque ha sido una de las anclas para sostener su origen costero (Moseley 1975) pero, sobre todo, porque bienes aparentemente elaborados en esta región se encuentran en lugares tan relevantes como la Galería de las Ofrendas de Chavín (Lumbreras 1993) (*infra*) y, además, porque las representaciones figurativas presentan un gran repertorio de atributos compartidos en momentos de eventual sincronía histórica con la escultura lítica de Chavín. Ocurre algo relativamente semejante con el área de Huánuco. En sitios como Wairajirca, a pesar de mantenerse una continuidad con el Formativo Temprano, se aprecian contextos funerarios con artefactos importados de distintos sectores costeros. Sin embargo, constituye una zona que mantiene una importante autonomía, manifestada en lo que se ha definido como fase Kotosh-Kotosh, cuya producción cerámica es de una variedad notable, incluso en los repertorios cerámicos del mismo Chavín.

Una tercera zona de concentración, se manifiesta en los sitios de la Costa Central entre los valles de Chancay y Lurín ya mencionados (Burger and Makowski 2009). En cada uno de dichos valles se documentan enormes sitios con el patrón arquitectónico en “U” descrito, que aparentemente llevaron relieves policromos y una producción cerámica propia que se ha encontrado tanto en el contexto de la Galería de las Ofrendas en Chavín de Huántar, como en sitios de la Costa Norte.

Chavín de Huántar aparece en escena durante este período, inicialmente con una modesta plataforma que prontamente albergará a una representación lítica que concentrará la atención del sitio durante toda su historia monumental: el Lanzón (*infra*). A diferencia de las otras áreas de concentración de asentamientos con arquitectura monumental y costosas representaciones asociadas, Chavín de Huántar parece en cierta medida aislado, ya que en el estrecho valle en el que se encuentra, los asentamientos coetáneos, si bien no se conocen en profundidad, parecen corresponder a pequeñas aldeas de personas dedicadas a la agricultura y al pastoreo. En este sentido, constituye un yacimiento singular ya que sus redes de relaciones más potentes se establecen precisamente con estos tres sectores, y posiblemente hacia el Formativo Tardío también con otro núcleo de asentamientos en la

costa sur. Este hecho no se ha tratado en profundidad, no porque no haya existido interés, sino porque los asentamientos de pequeña escala han sido constantemente desatendidos.

De esta manera, el panorama general que se conoce para el Formativo Medio es esencialmente el de las relaciones de los grupos hegemónicos, que intercambian bienes singulares con un alto valor ideológico. Si bien durante largo tiempo se ha promovido la idea según la cual durante este Período se popularizó una ideología religiosa *del convencimiento*, es decir, sin grandes conflictos ni violencia, lo cierto es que las representaciones figurativas asociadas a la arquitectura monumental muestran frecuentemente figuras antropomorfas involucradas en escenas de notable violencia. Dentro de ellas la imagen de lo que se ha denominado como “el sacrificador”, un personaje antropomorfo que porta una cabeza humana decapitada (conocida bajo el eufemismo de “cabeza trofeo”), prolifera en todo tipo de soportes y durante un gran lapso de tiempo. Si bien esta representación proviene de sitios de períodos previos como Cerro Sechín, se hace notablemente más frecuente y menos naturalista. Por otra parte, en toda el área pareciera reforzarse la imagen de un híbrido antro-po-zoomorfo con grandes fauces y colmillos, considerado como la consolidación del culto andino al felino. Sin que ello sea incorrecto, no dice nada respecto a lo que no se representa o se hace en muy baja frecuencia, como por ejemplo, escenas de mujeres o animales domésticos, como camélidos o roedores. En cualquier caso, el repertorio zoomorfo de la costa parece ser mucho más diverso que el de la sierra, aunque aún resta por explorarse todas las representaciones de las comunidades que no responden a los cánones institucionales, o al menos, ideológicamente dominantes.

Formativo Tardío

Siguiendo la descripción por áreas, en lo que se ha denominado “Gran Cupisnique”, disminuye la información de su arquitectura monumental, pero se incrementan los datos de contextos funerarios (Kaulicke 2010b: 400). Sin embargo, en las descripciones prolifera una mayor atención a inhumaciones de personas privilegiadas sepultadas con artefactos de oro, conchas de *Spondylus* y *Strombus*, cerámica fina y/o escultórica. Además, es escasa o prácticamente inexistente la información referente a las variaciones en los patrones de dieta y de actividad, y de cómo ello se manifestaría según las diferencias etarias, sociales y sexuales. Informaciones que serían de enorme relevancia para conocer la situación de las comunidades, sobre todo cuando se sostiene la existencia de estratificación social, parece siempre quedar relegada a un segundo plano, importando sólo el conocimiento del despliegue de riqueza de los grupos dominantes, lo que deriva en algo así como una arqueología de la aristocracia andina.

Respecto a Chavín, todos los datos indican que parece ser su momento de mayor popularidad regional, ya que atributos definidos para su cerámica *janabarroide* (Rick, et al. 2009) de producción local (Druc 1998c), se ven dispersos en una gran área integrada por la Costa y Sierra Norte, la Costa Norcentral y Central, así como también por la Costa Sur, en la textilería de algodón pintado Karwa y Callango (Cordy-Collins 1976; Cordy-Collins 1977). Sería este momento el que admitiría la aplicación del concepto de Horizonte estilístico Chavín en un lapso temporal problemático, pero que abarcaría básicamente unos

300 a 200 años entre el 800 ANE al 600/500 cal ANE², con unas vagas o nulas definiciones tanto del concepto de estilo, como de los elementos y las relaciones que lo caracterizarían.

Aún así, atributos característicos de esta cerámica (especialmente círculos concéntricos estampados) se presentan en Kotosh, siendo sustancial como evidencia para la definición de la fase Kotosh-Chavín. Por otra parte, elementos Cupisnique se ven representados en Chavín, tanto en áreas residenciales, singulares, como de descarte (La Banda, Galería de las Ofrendas y Canal Rocas, respectivamente) (Lumbreras 1993; Sayre 2010), lo que supone un mantenimiento de las relaciones con las áreas del Gran Cupisnique (sierra y costa) que se habían establecido durante el Formativo Medio.

Sin embargo, junto con la integración de la Costa Sur, parece darse un cambio de dirección en la importancia de algunos personajes. Durante este período se hace muy frecuente una figura que ha sido llamada el Señor o Deidad de los Báculos (StaffGod), anteponiéndose una nomenclatura neutra masculina y religiosa, a pesar que en algunos casos se ha asignado un estatus femenino a varias de dichas imágenes (González-Ramírez 2003; González-Ramírez 2007; Lyon 1978). Su presencia se encuentra documentada en sitios de la Sierra y la Costa Norte y, especialmente, en los textiles de la Costa Sur. Este fenómeno “*podría deberse al afán de elites [sic] de convertirse en ancestros divinizados*” (Kaulicke 2010b: 401), lo cual estaría en concordancia con la incorporación y desarrollo de nuevas técnicas vinculadas con la metalurgia, la cerámica, el mejoramiento de especies agropecuarias y de los medios para su producción (como canales de irrigación), como estrategias para la consolidación de poderes políticos.

Con todo, a pesar de la aparente popularidad de Chavín de Huántar, son mejormente conocidos los contextos de KunturWasi en la sierra (Inokuchi 1998), cuya secuencia en base a la arquitectura, las representaciones líticas y la cerámica se encuentra documentada en dos subfases que lo vinculan con la denominada tradición Cupisnique. Además, a diferencia de Chavín, posee contextos funerarios en los que ha sido posible identificar la presencia de individuos con objetos de oro, piedras semipreciosas, entre otros, muchos de los cuales provienen de grandes distancias. Este tipo de contextos, son frecuentes entre Piura y Chicama, lo que plantearía importantes cambios sociales catalizados por la etapa tardía de Cupisnique. Por ello los vínculos de la iconografía de los textiles de la Costa Sur, más que asociarlos a Chavín, deberían ser relacionados con esta zona de interacción (Kaulicke 2010a: 132).

En términos generales, parece ser ésta una época de transformaciones relevantes en la que antiguos sitios son abandonados, pero los que se conservan ven transformada su organización y su materialidad. Es evidente la popularidad de artefactos con representaciones figurativas muy semejantes, lo que sugiere la circulación de contenidos

²Es importante destacar que los fechados radiocarbónicos durante este lapso de tiempo se encuentran afectados por la denominada “Meseta de Hallstatt” (Becker and Kromer 1993) que problematiza la contemporaneidad entre el 800 y el 600/500/400 cal. ANE debido a que impide “ordenar los fechados en un orden secuencial ya que suelen mostrar valores muy parecidos aún cuando queda claro que debería haber diferencias cronológicas entre ellas debido a sus ubicaciones estratigráficas respectivas.” (Kaulicke 2010b: 370).

políticos-ideológicos en una gran área. Sin embargo, el formato religioso o cultico de esos contenidos carecen de definiciones claras. Por lo pronto, parece ser que dichos contenidos poseen una importante carga ideológica y política que permite el establecimiento de una gestión de la producción y reproducción social por un sector restringido de la población que se beneficia y mantiene la hegemonía política de los centros con arquitectura monumental, que en todo caso siguen siendo principalmente aglutinadores de actividades comunales festivas. A pesar de ello, es muy poco lo que se conoce de los grupos de especialistas y de las comunidades que sostienen la enorme producción de objetos que se ve reflejada en los contextos arqueológicos, ni cómo se benefician o ven retribuida su participación en dicha producción, y qué tan separados e independientes están respecto a los grupos dominantes.

Formativo Final

Aproximadamente entre el 500/400 y el 200 ANE se observa un fenómeno generalizado de aparente desarticulación de la organización social Formativa. Muchos sitios son abandonados, aunque parece conservarse la suntuosidad de los contextos funerarios de las clases dominantes, tal como se ha documentado para la fase La Copa de KunturWasi (Inokuchi 1998). Desde el principio de este lapso de tiempo, hasta lo que se ha denominado “Epiformativo” (Kaulicke 2010b:404) que concluye hacia los primeros siglos DNE, se aprecia con diferentes ritmos una desintegración de la forma de uso de los sitios de arquitectura monumental, caracterizados por las actividades de tipo comunal o temporalmente masivas, hacia sitios o aldeas con mayor nucleamiento y territorios mejor definidos. Si bien se conserva la arquitectura monumental, ésta parece tener un uso más restringido, mientras que las áreas que les circundan suelen ser amuralladas. Sin embargo, ello no parece ser del todo aplicable a los asentamientos de menor envergadura. Por ejemplo, los sitios asignados a este Período en la actual Provincia de Huari, correspondiente a un perímetro de aproximadamente 10 km desde Chavín de Huántar, muestran una continuidad en sus contextos, a diferencia de los cambios abruptos manifestados en Chavín (Ibarra Asencios 2009).

Se observa, además, un clima de violencia institucionalizada e incluso de resistencia. En sitios como La Puntilla en Nasca, en una modesta aldea se ha documentado amurallamiento y pozos con cientos proyectiles de honda en un contexto regional de consolidación estatal (Bardales, et al. 2008; Castro Martínez, et al. 2007). Sin embargo, no puede descartarse fenómenos semejantes para tiempos previos, debido al escaso conocimiento que se tiene de los asentamientos comunales vinculados o marginales a los yacimientos con arquitectura monumental.

En cualquier caso, se trata de una época pobremente conocida, pero que debería ser la base sobre la que se fraguan las condiciones que sostienen a los posteriores desarrollos estatales urbanos como Moche, Lima, Cajamarca, Nasca y Tiawanaku.

En síntesis, Chavín de Huántar se localiza en una situación histórica compleja. Geográficamente se ubicaría en el núcleo de las tres principales áreas de interacción social, política y económica que se establece, al menos, entre los grupos dominantes que parecen

beneficiarse de los acontecimientos que ocurren al amparo de lo materialmente más visible: la arquitectura monumental. El primero de ellos se concentraría en la Costa y Sierra Norte, incluyendo el valle de Casma y Cajamarca. El segundo en la Costa Central y Norcentral, mientras que el tercero convergería en los sitios de la cuenca del Huallaga. Chavín de Huántar aparece desde un comienzo, hacia el Formativo Medio, como un lugar que aglutina materialmente las formas y los contenidos político-ideológicos de las principales áreas de interacción, precisamente en esa suerte de “nudo de caminos” que plantea Lumbreras (1989). A pesar de ello, no resulta del todo claro si es esa singularidad del espacio social lo que predispone al aparente sincretismo ideológico que favorece la consolidación de Chavín de Huántar como un importante integrador regional, o si son otro tipo de factores los que propician el desarrollo de las condiciones materiales y de la configuración de un sistema de gestión político-ideológica dinámico pero duradero, que permite a la comunidad local o inmigrada(o a una porción de cualquiera de ellas) engendrar un proyecto monumental y productivo de la envergadura de Chavín. En estricto rigor, el estrecho valle de los Conchucos no presenta evidencia como para pensar que localmente se fueron gestando las condiciones para el posterior desarrollo de Chavín.

Al menos en lo que respecta a la especialización técnica, la evidencia disponible sugiere que habrían dos cuestiones relevantes que son desarrolladas de alguna manera en Chavín. La primera es una arquitectura megalítica no sólo externa sino también interna, de una complejidad no comparable que, dentro de otras intenciones, parecería haber buscado el manejo de las experiencias perceptivas de quienes no conocían o no podían acceder al interior de los edificios. Esta característica si bien podría verse en otros yacimientos, lo es mediante unos recursos materiales singulares y propios. La segunda es la escultura lítica. A pesar de que su desarrollo y uso en forma de bajo relieves líticos o en barro, encuentra profundos antecedentes en el Arcaico Final, no es hasta Chavín cuando comienza y acaba la práctica recurrente de elaborar esculturas de bulto. Al respecto, las únicas expresiones materiales comparables se encuentran en objetos que no están vinculados a la arquitectura, me refiero a los morteros líticos empleados en prácticas descritas como rituales también desde el Arcaico. Con ello se puede establecer la existencia de experiencias previas que deben haber propiciado el interés generalizado por la decoración arquitectónica o por la consideración del volumen en la arquitectura, por una parte, y la existencia de los conocimientos técnicos necesarios para producir un objeto litoescultórico, en el caso de los morteros, por otra. En Chavín, en consecuencia, podría pensarse que se reúne el interés, el conocimiento y las condiciones materiales que permiten el despliegue de una especialización técnica sin precedentes directos. Dicha especialización, no puede traducirse sólo en la formulación de una hipótesis, sino que requiere ser formalizada para la contrastación de la probabilidad de su existencia en el contexto de las relaciones sociales que la solicita y la mantiene como necesaria.

Curiosamente el llamado arte lítico de Chavín ha sido una de las anclas fundamentales sobre las que se han establecido las comparaciones temporales y estilísticas del yacimiento con otros de la región, con los subsecuentes problemas que ya he detallado. Pero, además, dichas comparaciones no se han establecido sobre un conocimiento científico, es decir, no arbitrario ni de las técnicas, ni tampoco de la variabilidad de las representaciones; un principio esencial para establecer que una cosa es parecida a otra.

Con todo, el conocimiento actual del panorama regional plantea que Chavín de Huántar no es un fenómeno en sí mismo, sino que forma parte de complicados procesos sociales de gran profundidad histórica, que sientan las bases para el surgimiento de la disimetría social y el camino para una división social de la producción de forma estatal. Sin embargo, dicho conocimiento carece aún de las bases empíricas suficientes para responder a las preguntas más básicas acerca de la vida social bajo el contexto de la aparente gestación institucionalizada de disimetrías (¿sociales? ¿sexuales? ¿étnicas?). Ya he comentado los problemas generales de los debates de la arqueología regional, pero es necesario acentuar la desatención permanente por el estudio de los contextos domésticos, que es el lugar donde acontece la mayor parte de la vida social y su reproducción. Dicho en otros términos, el desconocimiento o la ausencia de preguntas de investigación que incentiven el hallazgo de los contextos de la vida doméstica vinculada o no con los sitios con arquitectura monumental, se condice con una tradicional mirada de corte androcéntrico que desestima a los espacios domésticos, naturalizados por el pensamiento patriarcal, -característico de la *ciencia normal* blanca y occidental- como femeninos y, por lo tanto, carentes de interés para la esfera de lo político, lo económico y lo religioso, que es naturalizado a su vez como dominio de lo masculino, es decir, de lo realmente importante para el devenir histórico. Evidentemente, este sesgo no es ni explícito ni tal vez consciente en la práctica arqueológica. Tampoco es un fenómeno particular de la arqueología de los Andes Centrales. Sin embargo, es curioso que la mayor parte de los pocos sitios domésticos documentados, lo hayan sido en el contexto de la arqueología japonesa, si bien no por ello exentas de miradas androcéntricas. Por el contrario, la mayor parte de la práctica arqueológica nacional y norteamericana ha privilegiado lo que ya he calificado como *arqueología de la aristocracia andina*, donde parece que únicamente importa investigar a los contextos monumentales, las tumbas reales y los bienes de prestigio, pero no a quienes producen, comparten o padecen dichos contextos monumentales, tumbas reales y bienes de prestigio. La misma crítica que en su momento, hace ya bastante tiempo, se le hizo a la historia conservadora, que exaltaba las grandes batallas y los sucesos heroicos, desatendiendo la historia social o cotidiana, puede hacerse al interés y a las narrativas de la mayor parte de la arqueología andina.

A pesar de que hacia el Formativo Medio se advierte un aumento de la productividad agropecuaria, lo que necesariamente supone un aumento de la carga de trabajo o una mejora en las capacidades técnicas de los medios de producción, no se sabe cómo se distribuye el producto de ese incremento. Existe la sospecha de que los contextos de grandes banquetes y fiestas detectadas en los espacios abiertos de los sitios monumentales, podría suponer una redistribución puntual por parte de las elites, que mediante esa vía compensaría el trabajo invertido por la comunidad. En otras ocasiones, se ha sugerido que es la misma comunidad la que se permite eventos de abundancia colectiva luego de trabajos cooperativos. Sin embargo, comúnmente los modelos de interpretación carecen de evidencias de excedentes, que sería la condición necesaria para comenzar a detectar quien o quienes se benefician del trabajo del resto. Por otra parte, cuando se habla de comunidad cooperativa, se hace en referencia al concepto de “sociedades igualitarias”, en el que se entiende que no existe un poder arbitrario ni coercitivo. Dicho concepto hace referencia, precisamente, a comunidades internamente indistintas, principio que justifica el desinterés arqueológico por detectar las diferencias que pueden ocurrir, por ejemplo, en función del sexo.

Ello justifica, también, el punto anteriormente comentado en torno a cómo se interroga a los contextos funerarios: la espectacularidad de los ajuares de la gente que se supone poderosa es la que parece relevante, mientras que el resto de los sujetos sociales no se muestran, salvo cuando acompañan a alguien “importante”. Por lo común, se desconocen las proyecciones paleodemográficas, la mortalidad, las diferencias en el acceso a la dieta, las paleopatologías o la variabilidad sexual de los marcadores de actividad en la población adulta. Todo ello es sintomático de la escasa atención que han recibido los restos osteológicos humanos con marcas de corte y asado, que han planteado la existencia prácticas de antropofagia como acciones posteriores a eventos de sacrificio, siempre ritual y, por tanto, presentados como inocentes. Al respecto, no tenemos idea de la variabilidad etaria y sexual de los restos arrojados a los basurales junto con los desechos de los banquetes o en los rellenos de construcciones monumentales, especialmente en Chavín y su área circundante.

En todo este contexto, no debe sorprender que lo aparentemente propio de Chavín sea, justamente, la diáda material que lo catapultó a la fama. Sólo que, a pesar de todo, el estado de conocimiento actual permite sostener que dicha singularidad no es la razón del origen de la civilización andina ni mucho menos, sino sólo un segmento de la expresión material de su desarrollo histórico, en especial, de la especialización de ciertos trabajos que hicieron posible el despliegue de la arquitectura monumental y de la escultura en piedra: ambas íntimamente relacionadas. Por el momento, no es posible saber si esa especialización supuso la explotación de unos colectivos sobre otros. Tampoco se sabe cómo fue gestionado el desarrollo de unas determinadas fuerzas productivas. Entonces, considerando la evidencia disponible, una de las hipótesis básicas que a nuestro juicio debería formularse es que *la arquitectura y la litoescultura de Chavín supusieron una especialización técnica del trabajo lo cual implica, necesariamente, tiempo, energía, trabajo y personas dispuestas u obligadas para ello, así como el refuerzo de las actividades económicas de subsistencia que estas personas dejan de hacer*. Cómo puede llegar a contrastarse este tipo de enunciado y cuáles son las hipótesis derivadas, son las materias centrales que aborda esta tesis (cfr. Parte II en adelante).

1.3. Historia de las intervenciones arqueológicas en Chavín

Se podría decir que Chavín se resistió a ser “descubierto” por la ciencia. Que no pudo sino hacerse eco de las innumerables crónicas, documentos administrativos y observaciones de naturalistas y viajeros, que en realidad no hicieron otra cosa que dejar por escrito su admiración por las ruinas de un monumento que la historia oral andina ya se había encargado de mitificar desde hacía por lo menos un par de milenios³. Sin embargo, el mito y el estereotipo no son mecanismos descriptivos exclusivos de las crónicas o de las historias locales, sino que han formado parte también de los programas que en nombre de la ciencia han intervenido el yacimiento, lo que explica en gran medida la marginación de contextos de la vida social que se conciben como irrelevantes, provocando que hasta el día de hoy

³Para una revisión pormenorizada de la etapa “pre-científica en Chavín de Huántar” véase: (Kauffmann-Doig 1964)

sigamos hablando de Chavín casi exclusivamente en lo referido a su monumentalidad o a sus objetos valorados por su dimensión estética.

Con ese reconocimiento, puede situarse el inicio del estudio de Chavín con fines científicos institucionales, a partir de las intervenciones de Julio C. Tello desde 1919, quien en varias temporadas de excavaciones y reconocimiento logró recuperar un importante cuerpo de datos que consolidó el ingreso del yacimiento a los debates de la prehistoria andina. Tello realizó 4 temporadas de campo en Chavín, con pequeñas intervenciones que incluyeron la exploración arqueológica de la región de Ancash, excavaciones restringidas, recuperación de material en superficie y disperso por el pueblo de Chavín, documentación de lapidaria y litoescultura (calcos y moldes), planimetrías y algunas labores de mantenimiento.

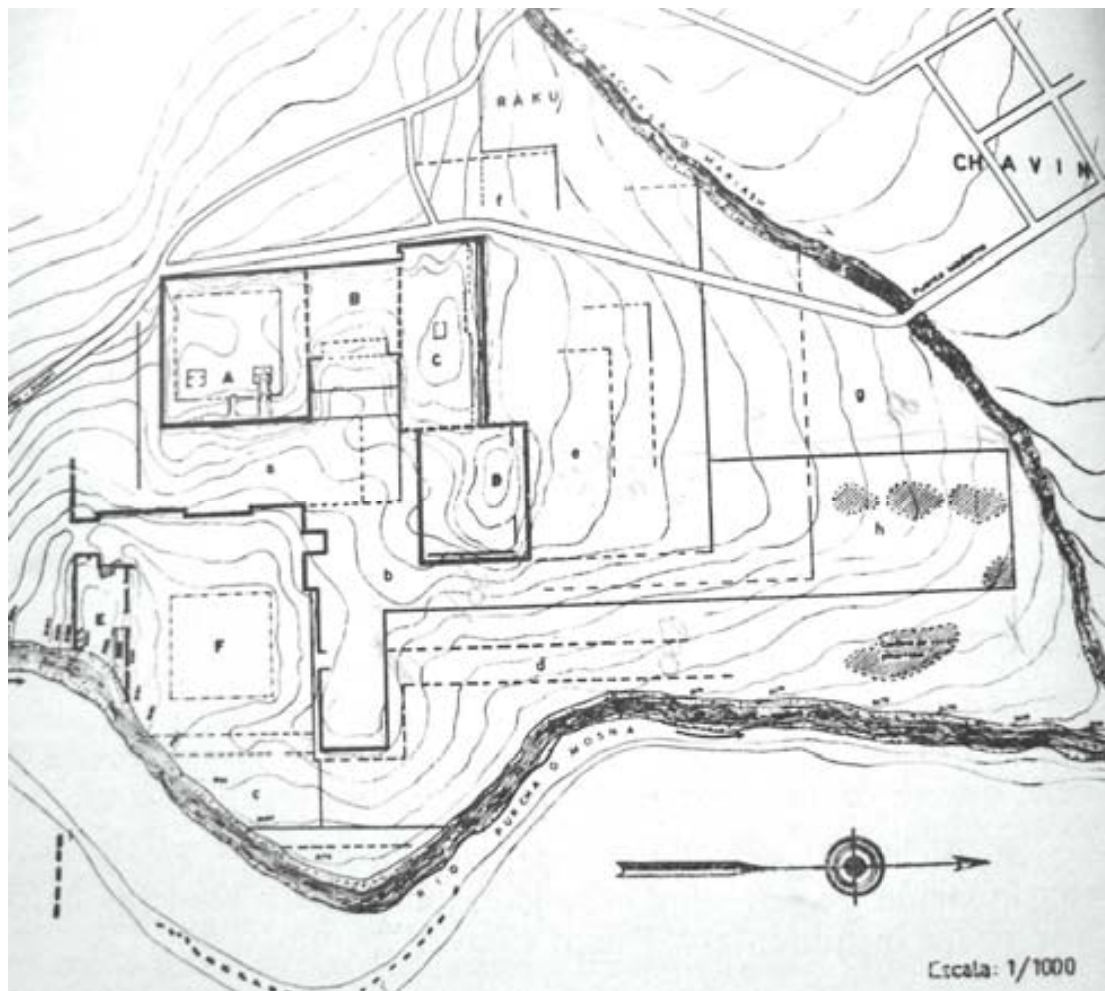


Figura 1.3. Plano de Chavín según Tello (1960: fig. 5).

En la primera campaña, los trabajos de excavación se restringieron a unos pozos de sondeo en la fachada este del edificio A (fig. 1.3), se reconocieron algunas galerías y se registraron (dibujo, medidas y moldes) algunas litoesculturas derruidas (Tello 1960: 62). La segunda campaña, en 1934, tuvo un carácter de urgencia, ya que mientras se hacían los trabajos para la construcción del camino que iba inmediatamente al oeste del edificio principal (A, B, C)

se reconocieron cabezas clavadas (CC) y cornisas in situ en la esquina SO de del edificio A (fig. 1.3). A parte de este reconocimiento, se realizaron muchas fotografías, que actualmente forman parte del archivo de Cornelius Van Roosevelt en el DumbartonOaks, y se siguió estudiando la arquitectura. La tercera campaña, en 1940, fue probablemente la más significativa en cuanto a material recuperado. Se hicieron excavaciones en la fachada oeste, sur y este del Edificio A, encontrándose “4 CC in situ”, fragmentos de estelas, hachas y cuchillos de sílex de formas “típicas”, fragmentos de cerámica “incisa y utilitaria, tumbas intrusivas, trozos de columnas de arcilla quemada, y un gran zócalo formado por planchas líticas (...) talladas”, además “de un cateo en la plataforma N (...) del que se extrajo más de un millar de fragmentos de cerámica negra fina y utilitaria...”. La última campaña, en 1941, se dedicó al estudio de los sitios de “origen Chavín” en los márgenes del río Pukcha (Mosna): Gotush, Pikutu, Challwa-yako, Katayok, Poqoq, Waman-wain y Qaucha (Tello 1960: 63-65).

Este tipo de intervenciones es muy frecuente durante este primer período. Se trata de trabajos que por lo común tienen que hacer frente a enormes depósitos aluvionales y derrumbes arquitectónicos que complejizan enormemente los trabajos de excavación. Son trabajos generosos en material, pero que no logran proporcionar una imagen coherente de las relaciones horizontales que sea generalizable a todo el sitio. Por lo demás, las nociones que se tienen de la envergadura de la extensión son especulativas, de modo que tanto ésta como otras intervenciones se concentran principalmente en documentar la arquitectura, las representaciones sobre piedra y las características cerámicas “diagnósticas”. Sin embargo, es sobre esta modesta base de conocimiento mediante la cual se realizan las principales propuestas explicativas del yacimiento (*cfr.* Capítulo 2).

Con el afán de contrastar las propuestas de Tello, especialmente en torno a la caracterización crono-espacial de la cerámica incisa, Wendell Bennett decidió llevar a cabo en 1938 un proyecto de excavación en Chavín de Huántar (1942; 1944; 1946). En 26 días excavó 16 pozos en distintos sectores del sitio (fig. 1.4). En todos ellos ubicó la presencia de restos arquitectónicos, rellenos, ruinas de edificaciones post-Chavín y, en contadas ocasiones, depósitos que definió como “basura chaviniense”. Con esas excavaciones realizó la primera secuencia estratigráfica del sitio, confirmando las propuestas de gran antigüedad que Tello atribuía a Chavín. Las excavaciones de Bennett se efectuaron con la técnica de excavación del momento, que consistía en recuperar objetos superpuestos dentro de capas arbitrarias: los niveles artificiales de Chavín fueron de 50 cm de espesor y la gran mayoría de ellos se realizaron sobre los edificios del complejo monumental. Sin embargo, Bennett se limitó a la realización de una descripción del conjunto recuperado, sin hacer una segregación de éstos por unidades de excavación.

Es durante la década de los años 50, cuando Chavín se consolida en el debate como un sitio protagonista de los procesos civilizatorios de la prehistoria andina. Hubo pocas intervenciones en el sitio (debido al desastre provocado por un aluvión en 1945), entre ellas se pueden mencionar las llevadas a cabo en el atrio de la Plaza Cuadrangular, bajo la dirección de Jorge Muelle de la UNMSM y las labores de escombramiento realizadas por Marino Gonzáles y Julio Espejo Núñez (Espejo Núñez 1955). A fines de 1950 y fundamentalmente durante la primera mitad de la siguiente década, se realizan

investigaciones a cargo de John H. Rowe(1967; 1977; 1962), orientadas a clarificar las fases constructivas del sitio con la litoescultura asociada a la arquitectura.

Las excavaciones de Rowe fueron pequeñas; se limitaron a pozos de sondeo en la base de los edificios mayores y a una descripción de la asociación de las representaciones figurativas sobre piedra con dichos edificios: así fue como propuso una secuencia relativa de cuatro fases que vinculaba los estilos litoescultóricos con la construcción de los principales edificios. Respecto a la arquitectura, el planteamiento se sustentaba en el crecimiento horizontal que se infería a partir de "juntas" las cuales mostraban interfaces o adiciones constructivas en la fachada del edificio principal. La litoescultura realmente asociada, es decir, en su contexto de uso arquitectónico original, era prácticamente inexistente ya que salvo el Lanzón (*infra*) el resto lo constituían un par de lápidas y una cornisa en la esquina SW del Edificio A. A partir del Lanzón, entonces, se ancló la secuencia estilística, cuyas fases siguientes fueron definidas sobre la base de la secuencia maestra que él, Menzel y Dawson habían realizado con la cerámica del valle de Ica, 500 Km al suroeste de Chavín de Huántar(Menzel, et al. 1964).A pesar del escaso apoyo empírico que la sostenía, esta secuencia se siguió considerando válida hasta los trabajos del equipo de Stanford, que evidenciaron la necesidad de una revisión, actualización y cuestionamiento de la validez temporal, no sólo de las fases arquitectónicas (*infra*), sino de su relación cronológica con las representaciones litoescultóricas. La tabla 1.2 resume la propuesta de Rowe y su relación con las fases de la secuencia maestra de Ica.

Tabla 1.2. Secuencia relativa de Rowe					
Fase	Litoescultura principal	Representaciones asociadas	Estructura arquitectónica o sector	Periodos constructivos	Fase en Ica
AB	Lanzón Monolítico (en contexto)	Jaguares y serpientes grabadas en una cornisa	Galería del Lanzón	Templo Antiguo	1-2 Ocucaje
C	Obelisco Tello (sin contexto)	Personajes antropomorfos en lapidaria del Atrio	Plaza Circular, Atrio del Templo Antiguo (?)	Templo Antiguo y plataformas adosadas (?)	2-3 Ocucaje
D	Columnas Portal Blanco y Negro (contexto dudoso)	Aves rapaces antropomorfas	Portal Blanco y Negro	Templo Nuevo (?)	4-5 Ocucaje
EF	Estela Raimondi (sin contexto)	StaffGod	?	Templo Nuevo (?)	6-8 Ocucaje

No es hasta finales de la década de los años 60' cuando se llevarán a cabo excavaciones sistemáticas orientadas a resolver problemas arqueológicos concretos. A partir de 1966 un equipo de la UNMSM, bajo la dirección de Luis Guillermo Lumbreras y Hernán Amat⁴(Lumbreras 1983 [1977]; Lumbreras 1977a; Lumbreras, et al. 2003; Lumbreras 1974; Lumbreras 1993; Lumbreras 2007; Lumbreras 1989; Lumbreras and Amat Olazábal 1969; Lumbreras, et al. 1976; Lumbreras 1969), llevará a cabo excavaciones en el Atrio de lo que se conocía desde las intervenciones de Rowe como Templo Antiguo (Edificio B). En

⁴Lumbreras fue el director del proyecto y Hernán Amat el arqueólogo residente.

ese mismo espacio fue posible dar con una Plaza Circular, que hasta ese momento se encontraba sepultada. Se reconocieron también varias galerías, entre ellas la mayormente estudiada fue la de la Galería de las Ofrendas (Lumbreras, et al. 2003; Lumbreras 1993), un contexto de arquitectura interna con un copioso depósito de material arqueológico que incluía cerámica, artefactos de aspecto suntuario y numerosos residuos de alimentos en un ordenamiento singular interpretado como de “ofrendas rituales”.

Precisamente, uno de los objetivos principales del proyecto era el desarrollo de la historia de la ocupación del sitio, mediante una subdivisión en unidades absolutas y secuenciales de tiempo. Ello parecía urgente después de la propuesta de Rowe, que si bien había delineado un primer enfoque diacrónico para el entendimiento del sitio, no se sustentaba en excavaciones extensivas. Esa situación impedía, a juicio de este equipo de investigación, la elaboración de una secuencia cerámica que pudiera ser comparada con la realizada sobre la base de las evidencias arquitectónicas y litoescultóricas. De ahí que los abundantes conjuntos cerámicos arrojados por las excavaciones especialmente de contextos que se consideraban relativamente cerrados, como la Galería de las Ofrendas y la Galería Rocas – con variaciones importantes- fueran el primer gran sostén material para una secuencia cerámica del propio yacimiento que, según avanzaba el tiempo y la evidencia disponible, llegó a contar con cerca de una decena de variantes.

Respecto a los resultados de las excavaciones en el Atrio del Templo Viejo, resulta de especial interés el hallazgo de varias litoesculturas, ya que hasta ahora constituye el único registro estratigráfico que atestigua que dicha localización sería producto del desprendimiento de las litoesculturas de los muros de los edificios colapsados que rodeaban el Atrio (actuales A, B y C):

“En este segmento semicircular o plazoleta [se refiere al sector de uso público de la capa F y G en la esquina SE del atrio correspondiente a la ocupación Huarás, post-Chavín] ubicaron una cabeza-clava [sic] de estilo Chavín, recogida de cualquier lugar del sitio, incrustándola en uno de los muros del lado sur. Es interesante anotar que varias cabezas-clava [sic] cayeron junto con el derrumbe del templo, que fragmentos de ellas fueron usados en los rellenos del derrumbe y, finalmente, algunas cabezas-clava [sic] aparecen en la capa G caídas al lado de las casas o, como en este caso, utilizadas en el ornamento de un lugar al parecer público. Hernán Amat al excavar la plaza hundida cuadrangular del Templo Nuevo, encontró también un muro tardío en donde habían sido ubicadas dos cabezas-clava [sic]. (...) En esta época se reutilizaron también lozas labradas y grabadas de estilo Chavín en la construcción de los muros (que es costumbre también más tarde); el detalle interesante de tres casos verificados es que la imagen grabada es puesta siempre de cabeza, con la figura invertida. Son raras las piedras enteras usadas de este modo, pero ocurre con todos los casos conocidos” (Lumbreras 1977a: 8).

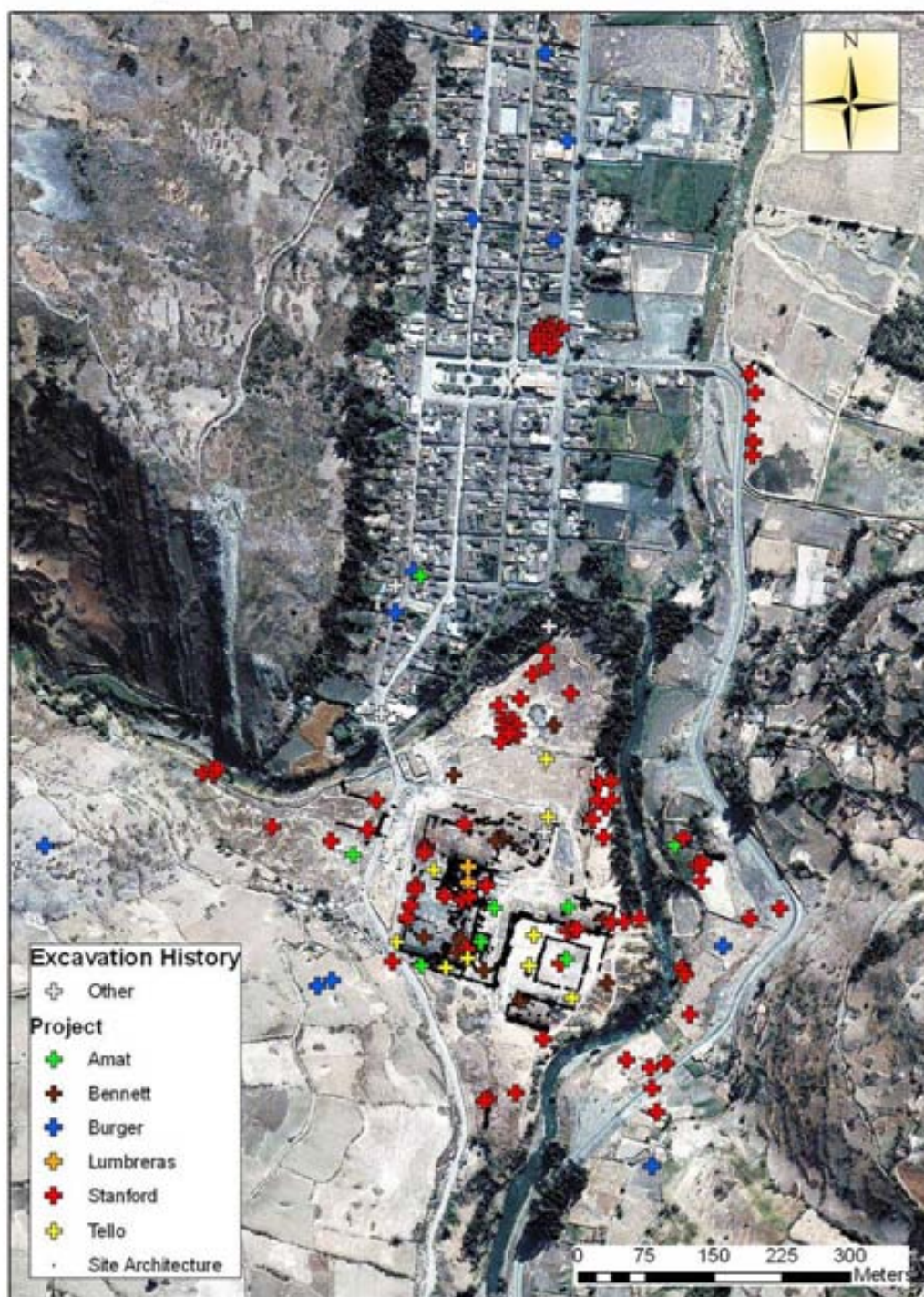


Figura 1.4: Historia de las principales excavaciones en el sitio. Cortesía de Daniel Contreras (2007: Fig. 1.5). Desde la elaboración de este mapa hasta la fecha, deben añadirse excavaciones del proyecto de Stanford en el atrio de la Plaza Circular, La Banda y el Edificio C.

La proyección de las excavaciones dirigidas por Lumbreras entre 1966 y 1972, así como algunas intervenciones posteriores, configuran un grueso cuerpo de datos que son un

referente central para cualquier investigación de Chavín. Sin embargo, muchas de las intervenciones de Amat, como las realizadas en el Campo Oeste o en la Plaza Cuadrangular, no fueron nunca publicadas. Al respecto, se sabe que se llevaron a cabo excavaciones en el frontis del entonces Templo Nuevo (Edificio A). En esa oportunidad, las excavaciones dieron a conocer parte de un dintel voladizo que se supuso parte integrante del Portal de las Falcónidas, la cual fue reconstruida en esa ocasión⁵. Durante las intervenciones en este sector, también se hicieron visibles varias galerías que a decir verdad constituían desagües de grandes dimensiones, cuya funcionalidad fue asignada al propósito de evacuar las aguas lluvia del monumento. Este sistema de desagües y ductos de ventilación haría proponer a Lumbreras que Chavín tuvo una “función hidráulica”, esto es, que existió una planificación del manejo de las aguas para el desagüe, pero también para provocar una “atmosfera sonora”(Lumbreras, et al. 1976). Esta hipótesis sería retomada y profundizada posteriormente por John Rick (*infra*) para reforzar el modelo político manipulativo que actualmente se concibe para Chavín, basado en la alteración y manejo de las experiencias perceptivas a través de técnicas lumínicas, hídricas y acústicas (Abel, et al. 2008; Collecchia, et al. 2012; Cook, et al. 2010).

A finales de la década de los 70' y principio de los años 80', por fin se concretará un reclamo evidente: la necesidad de contar con excavaciones que dieran cuenta de la envergadura y características del asentamiento antiguo vinculado con la zona monumental de Chavín de Huántar. En esa dirección un equipo de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), bajo la dirección de Richard Burger de la Universidad de California, llevarán a cabo intervenciones, especialmente en forma de pozos de sondeo, tanto en el pueblo actual, como en otras aldeas cercanas (Burger 1978; Burger 1981; Burger 1982; Burger 1984; Burger 1989a; Burger 1989b; Burger 1993; Burger 1995; Burger 1998).

El resultado, fue un interesante pero restringido y poco generalizable cuerpo de evidencias que mostraban la presencia de espacios domésticos (viviendas), otras obras públicas (muros megalíticos), gran variabilidad artefactual y áreas de actividad (talleres). Sobre la base de la cerámica recuperada en algunas unidades de excavación, cuya estratigrafía era en parte semejante, y con algunos fechados radiocarbónicos, Burger propuso una secuencia cerámica (tabla 1.3) de tres fases que asoció a tres grandes momentos en que la ocupación del asentamiento antiguo varió en tamaño y naturaleza, desde una pequeña aldea concentrada en la porción norte de Chavín, hacia un asentamiento nucleado (*cfr.* Cap. 3). Si bien con variaciones, éste será el ordenamiento que tendrá mayor vigencia hasta el día de hoy. A pesar que la fase intermedia Chakinani tiene poco sustento y ha sido prácticamente eliminada, y que la ubicación cronológica que Burger atribuyó al desarrollo histórico de Chavín aparece hoy muy tardía y cuestionada por numerosas evidencias, la superposición de la cerámica *janabarroide* (sensu Rick et al. 2009) sobre la Urabarriu es reiterativa tanto en el sector del asentamiento antiguo, como en el Núcleo Monumental.

⁵Dicha reconstrucción permanece hasta la actualidad y no ha estado exenta de cuestionamientos.

Tabla 1.3. Secuencia Cerámica de Burger(1998)

FASES DE ESTILO CHAVIN	FORMAS	TÉCNICAS DECORATIVAS	TECNOLOGÍA	CERÁMICAS FORÁNEAS	ESPECIFICACIONES ESTRATIGRÁFICAS
Urabarriu (ca. 900-500 a.C.) TEMPRANA	Cuencos, vasos, botellas (1 gollete, estribo), cántaros, ollas sin cuello, discos cerámicos.	Incisos, punteados, cortes, modelado, texturado, pulimento/pintura (pintura con engobes de color, pintura post-cocción).	Pastas con inclusiones antiplásticas (99%) Arcillas locales Presencia núcleos oscuros (oxidación incompleta) Uso de redes como recurso para levantar la vasija	Cerámica Curayacu (Costa Central) Kotosh (Sierra Central) Barbacoa/Cupisnique (Costa Norte)	Solo fue posible segregarla estratigráficamente en las excavaciones del asentamiento.
Chakinani (ca. 500-400 a.C.) MEDIA	Se agregan o desaparecen formas a las ya existentes. Ingres a categoría plato.	Engobes rojos Cerámica negra, ahumada y muy pulida. Énfasis de la decoración en cuencos abiertos Punteado Más y variados modelados "Peinado" Escisión o impresión de sellos	Mejoramiento y estandarización en las condiciones de cocción. Alta frecuencia de engobe rojo, ahumado, pulido, bruñido, engobe grafito y engobe grafito sobre rojo total.	Los estilos parecidos al Mosna, definido por Lumbreras (1993) Algunos parecidos a los de la Sierra Norte.	Escasa segregación. Baja representatividad de la muestra.
Janabarriu (ca. 400-250 a.C.) TARDÍA	Existe continuidad en formas y decoración con Chakinani, pero una gran diferencia con la fase siguiente Huarás	Se complementan decoraciones previas con: Labios decorados Incisiones post-cocción o grabado. Proliferan estampados y sellos Acanalado Tiras aplicadas Hemisferios aplicados y hundidos Bandas aplicadas Modelado tridimensional	Se mantienen buenas condiciones en la cocción. Las pastas son fundamentalmente locales. Gran esfuerzo en el mejoramiento técnico de la decoración (actividad especializada)	Recurrentes ollas sin cuello parecidas al estilo Torrecitas de la sierra norte. Vasijas engobadas rojo con grabado post-cocción, se adscriben a tradiciones de la Sierra Norte Piezas afines a tradiciones de Huancavelica (Paturpampa), Ayacucho (Wichqana), Casma (Pallka), entre otras, con paralelos de pasta o estilístico no conocidos, pero claramente no locales	Superpuesta en niveles con Chakinani. Superpuesta en niveles con Urabarriu. Muestra procedentes de excavaciones en el sitio, en el asentamiento y de otras aldeas cercanas a Chavín

Después de las excavaciones de Burger no habrán intervenciones en Chavín hasta mediados de la década de 1990, en la que se inaugura una nueva etapa para el yacimiento: primero por la declaración en 1985 como Patrimonio Cultural de la Humanidad y, luego, por el empleo de nuevas técnicas documentales para el relevamiento de información básica pero inexistente, como la planimetría pormenorizada de los edificios monumentales (Rick et al. 1998). Esta última se concretará desde 1994, con un proyecto iniciado por un equipo de la Universidad de Stanford bajo la dirección de John Rick y L.G. Lumbreras, que ha venido realizando trabajos desde entonces, cumpliéndose casi 20 años de investigación sostenida. Durante este período, se han emprendido excavaciones que han diversificado en extensión e intensidad el conocimiento de la materialidad del yacimiento y sus relaciones (fig. 1.4). Por ello debe ser considerado más que un proyecto, un programa de investigación orientado a relevar información arquitectónica, en depósito y en áreas no monumentales.

Una síntesis de los principales objetivos puede ser ilustrativa del carácter y fruto de la intervención de la Universidad de Stanford en Chavín:

Tabla 1.4. Síntesis de las principales intervenciones de la US en Chavín

Excavación	Ubicación	Objetivos
Sector Wacheqsa	Extremo norte del sitio	Identificar la presencia de talleres y viviendas asociadas a Chavín
Sector oeste del sitio (Campo Oeste)	Ladera adyacente al Parque Huascarán	Clarificación de la extensión y naturaleza del sitio
Sector este del sitio	Ribera oeste del río Mosna	Detectar arquitectura de contención y encausamiento prehistórico del agua, evaluar los riesgos geológicos y entender los procesos que se originan a partir de dichos riesgos
Atrio Este	Plaza Circular y la entrada a la Galería del Lanzón	Caracterizar la cronología del atrio y la naturaleza de las ocupaciones posteriores
Vivienda de Marino Gonzáles	NE del sitio	Encontrar nuevos accesos a galerías subterráneas
Sector La Banda	Este del sitio	Comprender los asentamientos no monumentales ya conocidos a raíz de la construcción de la carretera alterna al oeste del pueblo de Chavín
Sector sur	Sur del área monumental	Comprender los sucesivos aludes de tierra y lodo que azotaron el monumento
Canal subterráneo Rocas	Ala sur del complejo monumental	Limpiar los sedimentos acumulados por aluviones consecutivos, drenar futuras inundaciones.

Uno de los mayores aportes de estos trabajos ha sido la definición de una nueva secuencia arquitectónica, mediante un estudio de levantamiento tridimensional que definió 15 fases de construcción y no sólo dos (Kembel 2001, 2008). Además, se han llevado cabo excavaciones extensivas en la Plaza Circular, en la Galería de las Caracolas, en la Plaza Cuadrangular, en la Galería Rocas, en la terraza sur del río Wacheqsa, casi en la confluencia con el Mosna y en un sector conocido como La Banda, correspondiente a la terraza oriental del Mosna, justo frente al monumento (fig. 1.4). Al mismo tiempo, se han hecho excavaciones en el pueblo de Chavín y, junto con el equipo permanente del sitio, han supervisado diversas obras civiles en las que se han detectado distintas ocupaciones, algunas de las cuales han sido adscritas al tiempo de Chavín.

En la última década las intervenciones en el sitio de Chavín coinciden con la inauguración en julio de 2008 de un museo de sitio que, mediante fondos públicos japoneses, hizo posible la

materialización de un proyecto que venía modelándose desde finales de los años 90'. Hasta entonces, habían existido dos museos de sitio o salas de exposiciones: el primero, era una capilla en desuso que se encontraba en la cima del Edificio E, aprovechada por Julio Tello como depósito para exhibir temporalmente las piezas que iba recuperando en sus campañas. Este espontáneo museo sucumbió con el aluvión de 1945. Años de trabajo de despeje y las excavaciones de la UNMSM y de la PUCP, hicieron posible un segundo museo de sitio de pequeña envergadura, destinado a la exhibición de algunas piezas y cuadros explicativos para el turismo que desde 1990 visita el complejo arqueológico. Por otra parte, varios depósitos de materiales, satisfacían hasta hace unos pocos años los requerimientos de almacenaje de un sinnúmero de piezas, sin un mínimo estándar para la conservación, clasificación y rotulación de los materiales. En ese contexto, fue cuando se realizó el primer *registro sistemático de Cabezas Clavas* (González-Ramírez 2005; González-Ramírez 2009).

Actualmente, luego de más de 100 años de investigaciones más o menos continuas, se ha logrado un entendimiento básico del patrón arquitectónico del sitio y su modificación a través del tiempo (Kauffmann-Doig and Gonzáles 1993; Kembel 2001; Lumbreras 1989; Tello 1960). Si bien la mayor parte de las investigaciones se han focalizado en el Núcleo Monumental, existen excepciones que permiten tener una noción básica de la potencial amplitud y diversidad de la ocupación. Las excavaciones de Burger constituyen el primer esfuerzo en esa dirección. En lo que actualmente se conoce como la “periferia del Núcleo Monumental” (fig. 1.5) Mesía excavó en la ribera sur del Wacheqsa, un sector carente de arquitectura superficial (Mesía 2007), pero que arrojó una notable diversidad de conjuntos arqueológicos estructurados (*infra*). Sayre ha publicado los resultados de los trabajos más sistemáticos realizados en el sector de La Banda (Sayre 2010), donde se han localizado estructuras con abundantes de actividad doméstica que sugieren que esta “periferia” no estuvo conformada sólo por desechos de actividades político-ideológicas, sino que hubo un amplio espacio construido, habitado y mantenido, cuyo conocimiento actualmente corresponde a un ínfimo porcentaje de la superficie total estimada. En el Área Sur y el Campo Oeste, se han documentado terrazas megalíticas que, entre otras funciones, sirvieron para controlar los deslizamientos de las pendientes occidentales al yacimiento (Contreras 2007), pero las intervenciones aún son muy restringidas.

Con todo, considerando las afirmaciones de Contreras (2008), sobre la base del estudio de las dinámicas geomorfológicas de Chavín, sólo en el Núcleo Monumental existiría una enorme porción *invisible*, consistente en rasgos arquitectónicos sepultados y en modificaciones del medio ambiente, como las terrazas que actuaron como barrera de los deslizamientos, muros de contención para la crecida de los ríos Wacheqsa y Mosna y enormes obras que desviaron el curso de éste último (Kembel 2001; Rick 2008; Rick 2005).

TABLA 1.5. SÍNTESIS DE LA HISTORIA DE LAS INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS EN CHAVIN DE HUÁNTAR

PERIODO (intervención en el sitio)	PRINCIPALES AUTORES/INVESTIGADORES (AS)	AREA DE INTERVENCION EN EL SITIO	PRINCIPALES MATERIALES TRABAJADOS	METODOLOGÍAS	CONCEPTOS CENTRALES
S XVII-XIX	<ul style="list-style-type: none"> - Fray Antonio Vásquez de Espinoza - Eduardo de Rivera y Ustariz - Antonio Raimondi - Charles Wiener - Ernst Middendorf 	Ninguna	<ul style="list-style-type: none"> - Arquitectura, - Litoescultura 	Descripción visual, crónicas	<ul style="list-style-type: none"> - Centro Peregrinaje (Meca) - Alta Cultura - Incaica - Centro de un reino
1900-1940	<ul style="list-style-type: none"> - Max Uhle - Julio C. Tello - Wendell Bennett - Alfred Kroeber - Gordon Willey 	<ul style="list-style-type: none"> - El Castillo - Plataformas - Plaza cuadrangular 	<ul style="list-style-type: none"> - Arquitectura - Litoescultura 	<ul style="list-style-type: none"> - Tipologías estilísticas - Excavación por niveles artificiales 	<ul style="list-style-type: none"> - Cultura Matriz de la civilización andina - Estilo de Horizonte Chavín.
1950-1970	<ul style="list-style-type: none"> - John Rowe - Donald Lathrap 	<ul style="list-style-type: none"> - Nuevo y viejo Templo. - Plaza cuadrangular - Galería del Lanzón 	<ul style="list-style-type: none"> - Arquitectura - Litoescultura 	<ul style="list-style-type: none"> - Seriación tipológica - Cronologías relativas - Analogías etnográficas 	<ul style="list-style-type: none"> - Estado expansionista - Ciudad
1960-1970	<ul style="list-style-type: none"> - Luis Guillermo Lumbreras - Hernán Amat 	<ul style="list-style-type: none"> - Atrio del Templo Antiguo - Plaza Circular - Galería de Las Ofrendas - Galería de Las Rocas - Otras Galerías - Plaza cuadrangular 	<ul style="list-style-type: none"> - Arquitectura - Cerámica - Litoescultura 	<ul style="list-style-type: none"> - Excavaciones sistemáticas - Fechados radiocarbónicos - Seriaciones tipológicas - Análisis iconográfico 	<ul style="list-style-type: none"> - Centro Ceremonial Oracular - Religión de Estado - Estado teocrático andino
1970-1980	<ul style="list-style-type: none"> - Richard Burger - Federico Kauffmann 	<ul style="list-style-type: none"> - Depósitos del Pueblo actual - Sondeos en cercanías del sitio - Terrazas superiores del sitio - Monumental, superficie 	<ul style="list-style-type: none"> - Arquitectura residencial - Cerámica - Hueso - Lítico tallado - Arquitectura (planimetrías) 	<ul style="list-style-type: none"> - Excavaciones sistemáticas - Fechados radiocarbónicos - Análisis composicionales - Analogías etnográficas 	<ul style="list-style-type: none"> - Centro Ceremonial - Urbanismo Incipiente - Jefatura compleja
1994-hasta la actualidad	<ul style="list-style-type: none"> - John Rick - Silvia Rodríguez Kembel - Daniel Contreras - Christian Mesía - Mathew Sayre 	<ul style="list-style-type: none"> - Atrio del Templo Antiguo - Galería Las Rocas - Plaza cuadrangular - Asentamiento - La Banda - Ribera Wacheqsa 	<ul style="list-style-type: none"> - Arquitectura - Depósitos estratigráficos - Fechados radiocarbónicos 	<ul style="list-style-type: none"> - Excavaciones sistemáticas - Reconstrucción 3D - Geomorfología (GIS) - Flotación, zooarqueología 	<ul style="list-style-type: none"> - Evolución de la autoridad y el poder.

1.4. Descripción del Yacimiento



A/b Structural Designations (after Tello 1960:Fig. 4)

Figura 1.5.A. Vista aérea de los principales sectores del sitio Chavín de Huántar (Cortesía del autor, en Contreras 2007: 11, fig. 1.4)

Parte I

El problema arqueológico en el marco de la arqueología regional



Figura 1.5.B. Vista tridimensional de los principales sectores del sitio Chavín de Huántar

1.4.1. Introducción

Chavín de Huántar configura un complejo de edificios monumentales con numerosas galerías y ductos subterráneos, además de uno o varios sectores residenciales en una extensión aún no completamente delimitada, pero que actualmente se calcula en ca. de 20 hectáreas (Contreras 2007). Tomando en consideración que esta investigación se ha realizado sobre un fondo museográfico, los antecedentes que aquí se ofrecen se remiten exclusivamente a la literatura publicada.

La terminología que se emplea en esta tesis corresponde a la propuesta por el Proyecto de Investigaciones Arqueológicas de la Universidad de Stanford actualmente vigente: Núcleo Monumental (con los edificios nominados por letras mayúsculas), Campo Oeste, La Banda, Área Sur y Sector Wacheqsa (estos dos últimos configuran lo que comúnmente se denomina como la periferia cercana a Chavín; véase fotografía aérea con los principales sectores en fig. 1.5).

1.4.2. El marco geoambiental

Chavín se encuentra emplazado al inicio del Callejón de Conchucos, un estrecho valle formado por el río Mosna que de sur a norte recibe los deshielos de la Cordillera Blanca, que flanquea la parte oeste del Callejón, desembocando en el río Marañón, un importante tributario del Amazonas (fig. 1.1). Aun cuando forma parte del sistema de drenaje del Pukcha, formados por los ríos Mosna y Huari, su destino último en el Amazonas no se vislumbra en la cota del sitio, el que constituye un emplazamiento característicamente serrano.

A 3.180 m.s.n.m. el sitio se ubica en la terraza aluvial formada por el Mosna y por un tributario menor pero muy turbulento que baja desde la puna de la Cordillera Blanca, en el actual Parque Nacional Huascarán: el río *Wacheqsa*. A su vez, el Callejón de Conchucos corre de manera paralela al Callejón de Huaylas, siendo separado por dos cadenas montañosas del mar, la Cordillera Negra y la Cordillera Blanca; en tanto que dos cadenas también lo separan de la selva amazónica: la Cordillera Central (que se levanta entre las cuencas del Marañón y el Huallaga) y la Cordillera Oriental, que flanquea la saliente en el Callejón, estableciendo la división entre el Huallaga y el Ucayali. La barrera natural que presenta este cordón montañoso no llega a impedir que la humedad proveniente de las tierras bajas de la Amazonía influya hacia el occidente. De esta manera, la región que circunda a Chavín de Huántar cuenta con una pluviosidad estacional generosa, que ronda los 800 mm, un factor que la posiciona como un lugar propicio para el cultivo de secano.

Sin embargo, el área inmediata a Chavín de Huántar constituye un sector escasamente apropiado para la irrigación, de hecho sólo un 5% de la tierra cultivable se encuentra actualmente vinculada con sistemas de control de agua (Burger 1998). Esto ocurre porque los sectores que pueden beneficiarse de este sistema son escasos: sólo es posible en el fondo del valle y en la parte baja de las laderas, ya que en las partes altas las heladas ponen en riesgo una potencial segunda cosecha anual. A pesar de las limitaciones a la irrigación artificial, se ha calculado en un 12% la tierra cultivable (sumando las zonas ambientales Suni y Quechua, fig. 1.7), aunque dicha estimación posee sólo un valor teórico ya que no considera los innumerables pedregales, rocas y otros suelos no productivos (Diessl 2004: 22).

El fondo del valle del río Mosna, espacio en el que se emplaza el sitio, es muy angosto (fig. 1.6). Aun cuando la terraza sobre la que se ubica el sitio podría ser considerada una de las

secciones más amplias del valle –pero con mayor riesgo geomorfológico (Contreras 2007)-, ésta no supera los 500 m de anchura. Actualmente en esta parte se pueden encontrar campos con sistemas de irrigación que albergan cultivos de maíz, alfalfa y huertas de uso doméstico. Si bien la mayor parte de las tierras cultivables se encuentran actualmente en la parte baja de las laderas, éstas no son usadas para el maíz puesto que esta planta tolera escasamente las heladas. Por lo tanto, gran parte de la tierra de uso agrícola que se encuentra en las inmediaciones del sitio de Chavín de Huántar es apropiada para los cultivos oriundos de los Andes como los tubérculos papa (*Solanumtuberosum*), oca (*Oxalis tuberosa*), olluco (*Ullucustuberosus*), mashua o isaño (*Tropaeolumtuberosum*), cereales altoandinos como la quínoa (*Chenopodiumquinoa*) o la Kiwicha⁶ (*AmaranthuscaudatusLinnaeus*), y leguminosas como el Tarwi (*Lupinusmutabilis*)⁷.

Entre los 3900-4000 y hasta los 5000 m.s.n.m. existen amplias extensiones de pastos sobre el nivel agrícola actual, tanto en las elevaciones de la Cordillera Blanca como en la Cordillera Oriental. A diferencia de los sistemas de pastizales de los Andes Centro-Sur, los pastos de la región del Conchucos y Huaylas se encuentran húmedos todo el año, aun en temporada de sequía (mayo a diciembre), siendo capaces de sostener rebaños sin necesidad de trashumancia. Si bien en la actualidad dichos rebaños corresponden a bovinos y ovicápridos, los registros arqueológicos de los depósitos de la zona no monumental indican un alta presencia en el consumo de camélidos (Burger 1998; Miller and Burger 1995).

En términos demográficos, la abundancia de buena tierra agrícola y el adecuado suministro de agua, sostiene actualmente a una abundante población. En los distritos de Chavín, San Marcos y Huántar contaba hasta hace poco con una población de 21.030 habitantes, cuyo mayor porcentaje (84%) residía fuera de los poblados que hacen las veces de capitales distritales. La mayor parte de la producción realizada por esa población rural, se exporta a Huaraz (Callejón de Huaylas, capital Departamental) y a la costa. Esta situación constituye para investigadores como Burger, una evidencia para sostener que el área que circunda a Chavín de Huántar podría mantener a una población mucho más numerosa que la actual, exclusivamente con su propia producción (Burger 1998). No obstante, no existen estudios que hayan realizado una estimación del volumen de producción alimentaria y su variación en el tiempo ni en el Núcleo Monumental, ni en las aldeas adscritas al tiempo de Chavín.

⁶ Puede encontrarse en la literatura relacionada con el nombre aymara de *achis*.

⁷ Para una completa referencia de los cultivos locales actuales en Chavín de Huántar véase (Sayre 2010: 50-51).



Figura 1.6. Callejón de Conchucos (valle). Panorámica del sitio (explanada verde) y pueblo actual a la derecha de la foto. Visión desde el este.
*Fotografía: José Luis Cruzado Coronel. En **Chavín de Huántar Archaeological Acoustics Project***
(<https://ccrma.stanford.edu/groups/chavin/index.html>)

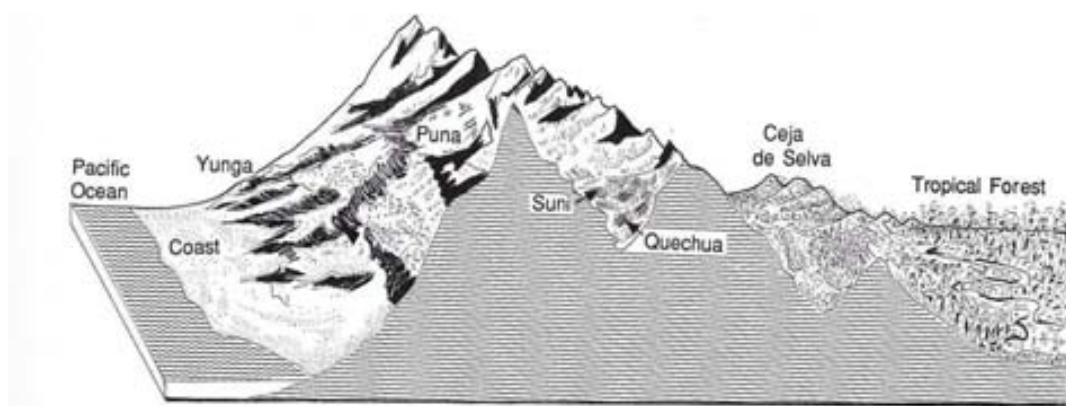


Figura 1.7. Sección transversal oeste-este de las principales zonas ambientales de los Andes Centrales, Chavín se localiza en la zona Quechua. En Burger (1995: 21)

Otro rasgo característico de la geografía de Chavín de Huántar es la proximidad a sus zonas de producción. Un campesino o campesina puede caminar desde el fondo irrigado del valle (zona Quechua), cruzar sus campos de papa en las laderas superiores (zona Suni) y alcanzar el sector donde se encuentran los rebaños en el pastizal alto (zona Puna) en tan sólo dos o tres horas de camino. A pesar de eso, Chavín no tiene acceso conveniente a las áreas que se localizan hacia el oriente por debajo de la zona Quechua (fig. 1.7). Para alcanzar los ambientes cálidos del valle, en los que se cultivan frutos tropicales, se precisa recorrer al menos siete horas a lo largo del Mosna, hasta llegar a la comunidad de Huaytuna (2500 m.s.n.m.). Así, los sectores más bajos del bosque tropical están aún más distantes, con travesías que pueden alcanzar entre 6 y 8 días a pie. A pesar de ello, la ubicación intermedia de Chavín de Huántar a medio camino entre la costa y la selva tropical del Amazonas, y la existencia de un sinfín de caminos prehispánicos que unían ambas regiones, sugirió a Lumbreras que el sitio se encontraba en una suerte de “nudo de caminos” de “una muy extensa región, que cubre fundamentalmente los [actuales] departamentos de Ancash, Huánuco y Lima” (Lumbreras 1989: 13).

Finalmente, es necesario destacar que la distribución de las zonas ambientales que circundan Chavín de Huántar difiere tanto de la forma “extendida” en la que se presenta más al sur en la puna de Junín o en el altiplano de Puno, como también de la forma “comprimida” descrita para Uchucmarca en Cajamarca o Q’eros en Cuzco. Según la tipología de Brush (Brush 1977: 9-17) la región de Chavín es una zona que poseería una disposición de tipo “archipiélago”, esto es, una región con una amplia separación entre la sierra, estrechamente espaciada, y las zonas de montaña, yunga y templada. A pesar de ello, estas áreas más bajas pero distantes parecen haber estado completamente integradas a lo que se ha considerado como “sistema agrícola tradicional” andino (Murra 1972). Sin embargo, lo “tradicional” debería restringirse a la situación temporo-espacial que describen las fuentes etnohistóricas y etnográficas, de modo que no sería correcto asumir a priori la existencia de un sistema de circulación de productos de esas características para tiempos prehistóricos. Mientras no se desarrollen estudios regionales de diversidad, volumen y circulación de la producción que puedan emplear como hipótesis dicho modelo, su funcionamiento real debe asumirse desconocido. Asimismo, el actual aislamiento de regiones como Chavín⁸ debería entenderse en el marco de la sociedad tardo-

⁸Situación que se ha visto transformada por el ingreso de mineras transnacionales que han revalorizado la región por la rentabilidad del suelo minero y su valor de cambio.

capitalista latinoamericana que provoca fenómenos de marginalización de áreas consideradas como no rentables: las cuales suelen coincidir con sectores históricamente pauperizados por la sociedad oligárquica criolla debido a su condición indígena, campesina y distante de los centros de producción (rurales y urbanos).

Ello contrasta con la información etnohistórica para tiempos del incario, que describe la presencia de un camino “real” que pasaba sobre el lado oriental de la Cordillera Blanca, es decir, sobre el Callejón de Conchucos (Kauffmann-Doig 1964). Al respecto, Burger (*Óp. cit.*) sostiene que el área de Chavín de Huántar habría sido más importante aún durante el llamado Horizonte Temprano (Formativo Medio/Tardío), debido al gran número de sitios arqueológicos que se han documentado en el drenaje del Puckcha o Mosna (Diessl 2004: Fig. INT 55, pág. 56) y, por la supuesta influencia del propio sitio de Chavín de Huántar sobre una zona muy extensa de los Andes Centrales. Sin embargo, la situación de influencia o complementariedad económica de la que se habría beneficiado Chavín es, por el momento, resultado de inferencias que se basan en parecidos estilísticos, es decir, semejanzas que no reflejan necesariamente ni la globalidad de la circulación de los productos, ni los mecanismos involucrados en ello, por lo que la relevancia regional del sitio, menos aún puede sostenerse por la recurrencia de sitios vecinos adscritos a un período sin series cronométricas claras.

1.4.3. Geomorfología

Es necesario referirse brevemente a la geomorfología del espacio físico que ocupó Chavín, pues su alto dinamismo tuvo consecuencias para la planificación del yacimiento modelando la variabilidad de los depósitos que han formado el registro arqueológico existente. Esta alta actividad se traduce en una larga historia de deslizamientos de las laderas circundantes, inundaciones y modificaciones en los lechos de los ríos (Contreras 2008). En términos arqueológicos, el reciente estudio de la geomorfología de Chavín (Contreras 2007) ha sido clave para comenzar a comprender, por una parte, la mezcla de contextos y, por otra, la complejidad que supone la segregación de las asociaciones materiales que históricamente ha dificultado el posicionamiento temporal y estratigráfico de numerosos espacios y objetos.

Los elementos principales de la geomorfología de los alrededores del complejo monumental son: pendientes fuertes levemente cubiertas por depósitos coluviales; abanicos aluviales formados por pequeñas cuencas de drenaje perpendiculares al eje del valle; y complejos deslizamientos de tierra que se extienden desde las partes más altas del valle hasta el fondo de éste. Además, se han detectado afloramientos de roca madre en varias elevaciones del valle, pertenecientes a la formación Oyón y al Grupo Gollarisquizga (fig. 1.8) (Contreras 2008; Contreras 2007).

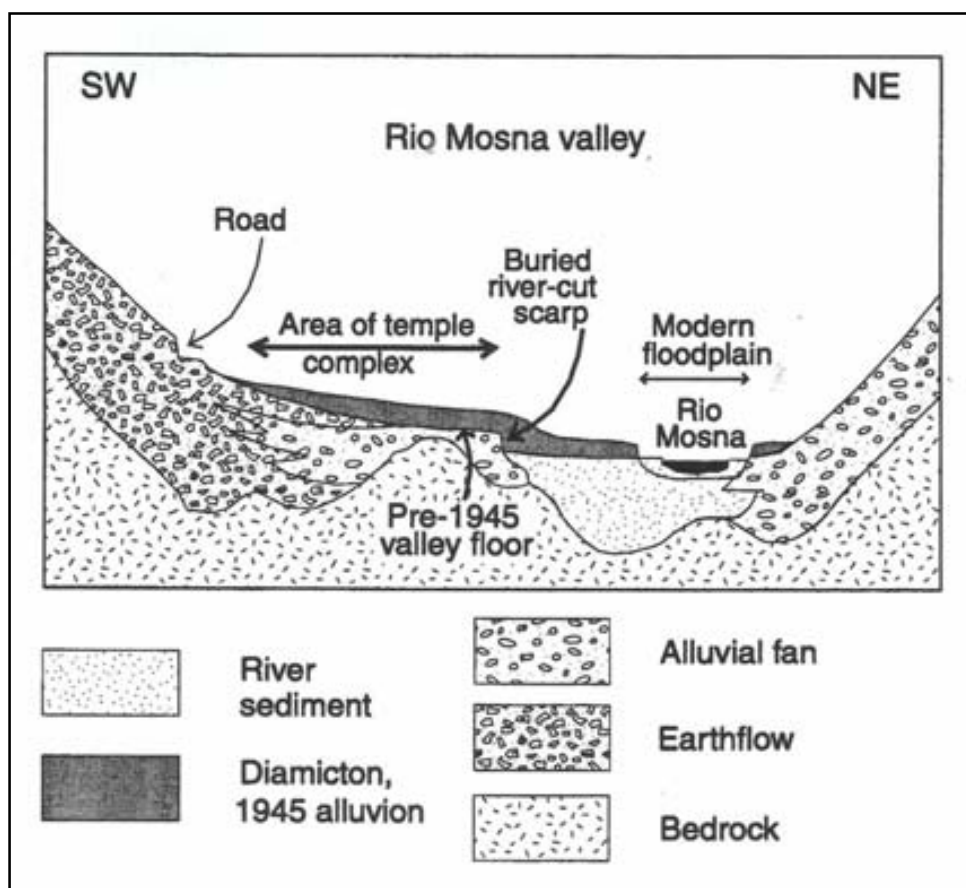


Figura 1.8. Esquema de sección longitudinal del valle orientada desde el SE al NE del sitio Chavín de Huántar, ilustrando posibles relaciones entre las unidades geológicas subsuperficiales presentes en superficie. Tomado de Turner et al. (1999: 49, fig. 3).

Si bien el interés para la industria minera ha favorecido que desde el siglo XIX se realicen prospecciones para la caracterización de la geología y la composición litológica del área de Ancash, ha sido el reciente trabajo de Cobbing et al. (1996), por encargo del Instituto Geológico Minero Metalúrgico (INGEMMET), el que ha aportado una sistematización definitiva. A pesar de ello, la geomorfología específica de Chavín y su área circundante sólo ha recibido la atención en los trabajos realizados por Contreras y Keefer (Contreras 2008; Contreras 2007; Contreras 2009a; Contreras 2009b; Contreras and Keefer 2009), después de los reconocimientos preliminares llevados a cabo por Turner et al. (1999). Si bien varios investigadores habían manifestado su preocupación en torno a las implicancias del alto dinamismo de la cuenca del Mosna y el Wacheqsa en la formación de los depósitos post-ocupacionales de Chavín (Burger 1984; Lumbreras 1989; Tello 1960), no es hasta la publicación de la tesis doctoral de Contreras, cuando se comienza a dimensionar en profundidad la envergadura de las evidencias no visibles en la superficie. Hasta esa fecha se desconocía cuánto era lo que permanecía enterrado, y aún hoy se trata sólo de estimaciones. Esta situación para Contreras se traduce en tres problemas: 1) dificultades en la interpretación arqueológica; 2) necesidad de incorporar esa realidad dinámica a la comprensión de los procesos sociopolíticos ocurridos y derivados de Chavín de Huántar, y 3) desafíos en el campo de la conservación que enfrenta permanentemente el sitio, debido a la amenaza de nuevos aluviones (Contreras 2008: 51). Dicho en otros términos, el dinamismo de la

geomorfología sobre la que asentó Chavín afecta a lo que vemos de él, a cómo se enfrentó en la prehistoria esta característica, y a las estrategias actuales para su mitigación.

Tabla 1.6. Síntesis de la unidades geomorfológicas de Chavín de Huántar

Geología superficial	Localización	Características/componentes	Aspectos asociados
Base rocosa con coluvios delgados	Laderas altas y medias del Valle Río Mosna y Wacheqsa	<ul style="list-style-type: none"> - Bases rocosas con cubierta discontinua de finos escombros de roca y suelo o coluvio. - Topografía de surcos y crestas de limolita más suave y capas de esquistos recesivos con manto de coluvio. - Los depósitos coliviales son una mezcla de limo mixto, arena y fragmentos de rocas gruesas. 	<ul style="list-style-type: none"> - No aptas para el cultivo (laderas empinadas y rocosas) - pastos y vegetación arbustiva
Depósitos de aluviones Mayores depósitos aluviales: Cochas, Calvario, Cancho (Turner, et al. 1999)	Laderas altas hasta el piso del valle. Chavín se habría construido sobre la punta de los depósitos del aluvión Cochas.	<ul style="list-style-type: none"> - Formaciones lobulares (lobe-like) - Depósitos de deslizamientos o flujos de tierra con cuerpos de roca y restos de suelo desplazado ladera abajo por procesos de arrastres lentos. - Alta movilidad debido a la base rocosa de limolita negra orgánica y partículas de esquistos. 	<ul style="list-style-type: none"> - La descomposición de esta litología aporta buenos suelos agrícolas. - Superficies aluviales intensamente cultivadas.
Fondo del Valle	Suaves laderas donde se emplaza Chavín (pueblo actual y complejo monumental). Norte y Este del piso del valle cortados por los ríos Mosna y Wacheqsa	<ul style="list-style-type: none"> - Varios metros de derribo. - Aluvión de enero de 1945: capa de sedimentos aluviales cubren elementos geomorfológicos del piso del valle previos a 1945 (Contreras 2008; Contreras 2007) - Depósitos de 1 a 5 m de diamicton - Depósitos de avances del aluvión Cochas. 	Los montículos del edificio A y la Plaza Cuadrangular se construyeron total o parcialmente en la superficie de la terraza de inundación del Río Mosna.
Terrazas fluviales modernas	Superficies planas de ribera, algunas quedan sumergidas en temporada de lluvia.	<ul style="list-style-type: none"> - Cortes de escarpes provocados por el Río en el relleno aluvial de 1945 y capas de sedimento sub-estratigráficas. 	Vegetación con pasto y árboles de eucaliptus

Sólo en el último siglo se conocen dos grandes eventos que han modificado fuertemente la geomorfología del sector, sepultando el sitio arqueológico y el pueblo de Chavín (aluvión de 1945) o dañando las estructuras de éste (desborde del río Mosna en 1930). Junto con los deslizamientos, que se repiten anualmente para la temporada de lluvias (diciembre-marzo), estos eventos hacen suponer que el sitio se ha enfrentado durante 3000 años a este tipo de riesgos, en una sumatoria de deposiciones y erosiones permanentes (Contreras 2008). El estudio de la ingeniería del paisaje ha aportado información suficiente para entender la relación entre el sitio y la geomorfología del entorno, sugiriendo que éste es mucho más extenso de lo que se pensaba, por tanto, las explicaciones y caracterizaciones que se hacen arqueológicamente son siempre enormemente parciales.

Por otra parte, el conocimiento que actualmente se posee del dinamismo geomorfológico de Chavín necesariamente lleva a preguntarse cómo es que se abordó en la prehistoria este tipo

de riesgos. Y es que, efectivamente, el sitio arqueológico es el resultado de una gran planificación arquitectónica, no sólo por la implementación monumental, sino porque se logró controlar la erosión de la terraza oeste del Mosna mediante rellenos de cantos rodados megalíticos que lograron modificar el curso de éste. Asimismo, una red de ductos de drenaje y de ventilación aseguraba que el Núcleo Monumental, con grandes plazas, no se inundara, y que las galerías interiores de los edificios permanecieran secas y aireadas.

Para una comprensión del dinamismo descrito, la tabla 1.6 resume las principales características de las unidades geomorfológicas del estrecho valle de Chavín de Huántar.

1.4.4. Cronología

En un anterior trabajo (González-Ramírez 2008: 37) se resumieron las fechas disponibles en la literatura arqueológica de ese momento que correspondían a las excavaciones hechas por Lumbreras, Burger y las publicadas por el equipo de Stanford. Tres publicaciones de este último han aparecido posteriormente (Feathers, et al. 2008; Kembel 2008; Rick, et al. 2009), con nuevas fechas calibradas de contextos con un mejor control asociativo y muestral. En síntesis, estos trabajos han cambiado el marco cronológico considerado tradicionalmente como válido, modificando substancialmente el entendimiento del desarrollo del sitio y de su situación a escala regional.

Un detallado cuestionamiento a los problemas de contaminación, calibración y contexto de los fechados de Lumbreras y Amat (Burger 1981; Burger 1989a; Lumbreras 1993; Lumbreras 1989) puede consultarse en estas últimas publicaciones (especialmente, Rick et al. 2009: 95-111). Efectivamente, los primeros conjuntos de fechas, algunos muy problemáticos, reforzaron la idea de dos grandes momentos de ocupación monumental: el Templo Viejo y el Templo Nuevo, relacionados con tipologías cerámicas y/o litoescultóricas. Estas propuestas se han visto cuestionadas no sólo por las nuevas series de fechados asociados a la secuencia arquitectónica vigente, sino porque muchas de ellas provenían de muestras de vida larga (carbón vegetal), con problemas de contexto, o de vida corta (p.e. hueso) pero del Canal de Rocas, un lugar en que el agua provoca un efecto reservorio en el ^{14}C óseo. Además, las adscripciones a las fases estilísticas de la cerámica mantenían problemas de contextualización o de seriación crono-tipológica⁹.

Con la necesidad de establecer una prioridad cronológica para Chavín de Huántar, el actual panorama temporal del sitio ha sido transformado completamente. A pesar que la mayor parte de las muestras son de carbón vegetal leñoso, es decir, de vida larga, el equipo de Stanford defiende su validez, debido a que provienen de excavaciones controladas, con claras asociaciones estratigráficas y materiales, y con contextos delimitados “...*apropiados para fechar (y no de contextos obviamente mezclados o expuestos a contaminación)*” (Rick et al. 2009: 112), así como carbones del mortero arquitectónico. En conjunto, las muestras del equipo de la Universidad de Stanford suman 83 fechados entre ambos tipos de contexto. 14 fechados provienen de muestras del mortero de la arquitectura que han sido datadas mediante OSL (Optically Stimulated Luminescence Dating)¹⁰ arrojando fechas que rondan la primera mitad del primer milenio ANE. Sin embargo, esta técnica es aún muy preliminar y su

⁹Una pormenorizada crítica a la ubicuidad de la secuencia Urabarriu-Chakinani-Janabarriu propuesta por Burger, puede verse en Rick et al. 2009: 99-105.

¹⁰Teóricamente, este método sería capaz de medir el tiempo transcurrido desde que los materiales fueron expuestos por última vez a la luz, de modo que se han propuesto como “aptos” para datar el mortero empleado entre las piedras de las construcciones (Feathers, et al. 2008).

correlación con fechados por ^{14}C hace aún experimental su uso (Feathers, et al. 2008). 33 fechados del mortero de los muros de galerías, han sido datadas mediante AMS, debido a la presencia de inclusiones de carbón, arrojando 32 fechas pre cal 500 ANE, 27 de ellas se sitúan en un rango de 1200-800 cal ANE y 5 se extienden hacia el 500 cal ANE. De ahí que actualmente se proponga que los edificios monumentales de Chavín de Huántar se habrían construido aproximadamente en 700 años, entre el 1200 y 500 cal ANE; sin embargo, la mayor proporción construida se habría acabado en los primeros 400 años (Kembel 2008:72).

Cuarenta y dos fechados radiocarbónicos proceden de distintos sectores del sitio: del sector Monumental, del interior o de las cercanías de los edificios monumentales; del Campo Oeste; de la Zona Wacheqsa y de La Banda. Estos 42 fechados se han calibrado con la curva para el hemisferio norte (09 *OxCal*), en vista que para el hemisferio sur, según los autores, las curvas son aún muy preliminares, además que para zonas tropicales, como Chavín de Huántar, la diferencia con la curva del hemisferio norte no sería mayor que 40-45 años, reduciéndose incluso de 0-8 años para el caso de los Andes Centrales (Rick et al. 2009: 90-95).

El resultado de este conjunto de fechados arroja un panorama no exento de problemas ni fechas anómalas, pero coherente con la estratigrafía y con los datos de los fechados del mortero arquitectónico, aunque éste se muestra levemente más temprano (ca. 100 a), debido, señalan, a que se fecha la construcción y no la ocupación. La evidencia de época más temprana es la más escasa, pero se encuentra presente en casi todos los sectores intervenidos. Esta primera ocupación (considerada exclusivamente Chavín, ya que existen varias fechas para el precerámico, correspondientes al tercer y cuarto milenio ANE) rondaría un rango de 1250-800 cal ANE, con ausencia de cerámica de aspecto *janabarroide*(*infra*). El contexto de este primer período se caracteriza por tener depósitos con materiales poco abundantes, donde las asociaciones cerámicas suelen ser problemáticas. Se ha manifestado, que esta aparente “escasez” del Chavín Temprano pueda relacionarse con un menor tamaño de la población que la que hubo durante el período siguiente (800-500/400 cal ANE), a una distribución de la población diferente, o una serie de procesos de formación diferencial del registro arqueológico (Rick et al. 2009: 121).

La correspondencia de la secuencia arquitectónica actualmente vigente (Kembel 2001, 2008) en asociación con las muestras radiocarbónicas (Kembel 2008, Rick et al. 2009) sugieren que la etapa monumental final de Chavín de Huántar, es decir, la Etapa Negro y Blanco (*infra*) habría sido construida alrededor del 900 al 780 cal ANE.

El término de la ocupación rondaría el 400 cal ANE, pero muy probablemente ésta concluyó hacia el 500 cal ANE. Es interesante notar que esta fase coincidiría o sería la última expresión de la etapa de Soporte de Kembel, es decir, cuando se construyeron muros que sostenían u ocultaban el colapso de los muros construidos durante las etapas monumentales. Esta especie de decadencia arquitectónica, que quizá refleje un evento de cataclismo que aceleró procesos de desintegración de las relaciones sociales previas, rondaría los 550-500 cal ANE. Finalmente, hacia el 400 cal ANE hubo posiblemente cierta continuidad en el uso de alguna materialidad social chavinoide, pero las actividades principales previas habían concluido. Poco tiempo después el complejo monumental habría entrado en desuso, colapsaría físicamente y ya no funcionaría como lo había hecho durante los períodos posteriores a la construcción monumental (Kembel 2008: 71). Posteriormente, el sitio fue reocupado por comunidades campesinas que construyeron sus casas encima de los escombros Chavín, primero por grupos portadores de la cerámica Huarás, más tarde por los que usaban la

cerámica Mariash (Recuay) y, finalmente, durante varios siglos hasta la época Colonial, por grupos portadores de las varias fases de la cerámica llamada Callejón (Lumbreras 1989).

Como señalan Rick et al. (2009: 121), a pesar de que todas las excavaciones han dado con estratos terminales Chavín y de la época Huarás, aún no se entiende bien la transición drástica de material y de actividades realizadas. No sobrevive ninguna decoración cerámica ni litoescultórica, ni tampoco la mayoría de las formas y técnicas cerámicas Chavín.

En suma, los nuevos fechados radiocarbónicos en conjunto con la secuencia arquitectónica del Núcleo Monumental, han cambiado notoriamente el panorama cronológico, situando el fin de la construcción monumental de Chavín de Huántar mucho más temprano que los 390-200 a.e. propuestos previamente por Burger (1995). Esto supone consecuencias interesantes para los correlatos entre litoescultura y secuencia constructiva.

Respecto a la situación cronológica de la secuencia litoescultórica de Rowe (1962), las actuales propuestas tienden a confirmar dicho ordenamiento (Bischof 2008; Kembel 2008; Kembel 2001). Es decir, las fases AB y D relacionadas con el Templo Viejo y el Templo Nuevo, respectivamente, quedan sin el anclaje arquitectónico tradicional, pero validadas en su ordenamiento cronológico-estilístico. De esta manera, El Lanzón mantendría su asociación temprana, aunque se le retrocedería al menos a la Etapa Expansiva; como tal, opera como el fósil director de los materiales iconográficamente parecidos. Por su parte, las columnas del Portal de las Falcónidas quedan en una situación problemática, ya que aparentemente habrían sido trasladadas desde el Patio de las Columnas al Portal Negro y Blanco durante la Etapa homónima (*infra*). El único material litoescultórico que parece contar con suficiente evidencia para plantear una producción/uso sincrónica, sería el conjunto de lápidas de la Plaza Circular.

Las CC, por tanto, se encuentran en una situación cronológica de producción muy problemática. Debido a la reutilización de algunos bloques de piedra en las nuevas fases de construcción monumental, se ha propuesto que varias de ellas podrían haber sido dismanteladas y vueltas a ser utilizadas en algunas ampliaciones (Kembel 2001, 2008; Rowe 1962). En ese caso, las oquedades de inserción conservadas y las CC conocidas in situ serían sólo el testimonio de su último uso. Sin embargo, una parte del refuerzo de la hipótesis de reciclaje, se ha hecho desde los parecidos estilísticos, sin que exista una correlación entre la secuencia arquitectónica, la estimación de CC producidas por perímetro de construcción, y la variabilidad de la representación fruto de un análisis cuantitativo de la semejanza.

1.4.5. El Núcleo Monumental

El Núcleo o Zona Monumental está integrado por diversos edificios de tendencia trapezoidal, plazas, portadas, plataformas y escalinatas que comunican distintos sectores y niveles (figs. 1.5, 1.6, 1.9). En apariencia formal, rememora la tradición arquitectónica de patrón en U, pero integrando recursos arquitectónicos que no tienen mayores antecedentes, fundamentalmente en lo referido a la técnica constructiva que permite la inserción de espacios internos. Los edificios están contruidos con grandes rellenos de piedra y tierra; rellenos que eran depositados entre los muros que cumplían una función medianera de contención. Estos muros eran de mampostería irregular hechos con piedras muy parecidas a la de los rellenos unidos por una arcilla que también se usó para el mortero de los rellenos. Los muros de contención se contruían dentro de un régimen regular, en retículas de dimensión variable.

1.4.5.1. Las Galerías

Algunos espacios por rellenar eran dejados libres, colocando grandes piedras sobre los muros vecinos, a modo de vigas, técnica con la que se formaron recintos angostos, de dimensión variable de acuerdo a los requerimientos de la construcción: ductos de ventilación, pasadizos y galerías fueron contruidos de esta manera (fig. 1.11). Las paredes de estos espacios eran revestidas con piedras seleccionadas o cubiertas con una gruesa capa de revoque, que otorgó la apariencia de una superficie suave y homogénea. Las vigas, por su parte, eran hechas con piedras anchas y gruesas, generalmente de 80 o más cm, más largas que el ancho del pasaje. Según los restos de estuco identificado en varias excavaciones, todo parece indicar que estas vigas también estuvieron revestidas. De esta manera, las galerías formadas se convirtieron en un elemento relevante de los edificios, logrando con ellas responder a varias funciones: canales de drenaje para evacuar las aguas lluvia, escondrijos, ductos con usos acústicos (Lumbreras, et al. 1976), respiraderos/ventiladores y, almacenes y depósitos de objetos amortizados. No existe ninguna evidencia para suponer que estos espacios fueron empleados como lugares de uso doméstico.

Su altura (más que su anchura) varió de acuerdo a su función: en algunos casos es de un alto superior a 1,80 m, pero en otros es menos que 50 cm. Para Lumbreras (1993; 1989) el ancho de las galerías obedece a la técnica con la que fueron contruidas, más que a la funcionalidad buscada.

Resulta importante destacar que en el diseño arquitectónico andino el recurso “galería” es un rasgo poco frecuente. Si bien algunas formas espaciales similares se aprecian en unos pocos edificios de este mismo período en la sierra y en la costa norte, cuando aparecen lo hacen de forma extraordinaria y aislada. En algunos momentos históricos posteriores, como en la denominada cultura Recuay, se aprecian “soterrados” parecidos, pero empleados como cámaras mortuorias (mausoleos) o pequeños depósitos para almacenaje de granos.

En relación a los materiales recuperados de los contextos de la arquitectura interna, los ejemplos más productivos en variabilidad artefactual y potencial cronológico son las ya comentadas galerías de Las Ofrendas y de Las Caracolas (fig. 1.12). En la primera, se recuperó una gran cantidad de material, representado por vasijas completas y fragmentadas, desechos de alimentos, vegetales y animales (tanto arqueofaunísticos como antropológicos), material malacológico y artefactos líticos, óseos y minerales (Lumbreras 1989, 1993). Mediante una segregación del grado de fragmentación de los materiales, más completos hacia los bordes de la galería y más fragmentados en el centro, fue posible identificar un espacio de circulación y otro de deposición (en los extremos y cámaras adyacentes) que se han interpretado, básicamente, en dos versiones: la de Burger, como la sucesión de diferentes eventos de ofrendas (Burger 1998: 166-167) y la de Lumbreras (1989, 1993), como perteneciente a un único evento deposicional.



Figura 1.9. Plaza Cuadrangular de Chavín de Huántar. Vista Noreste de los principales edificios del Núcleo Monumental. Foto original: Jose Luis Cruzado Coronel. En <https://ccrma.stanford.edu/groups/chavin/team.html>

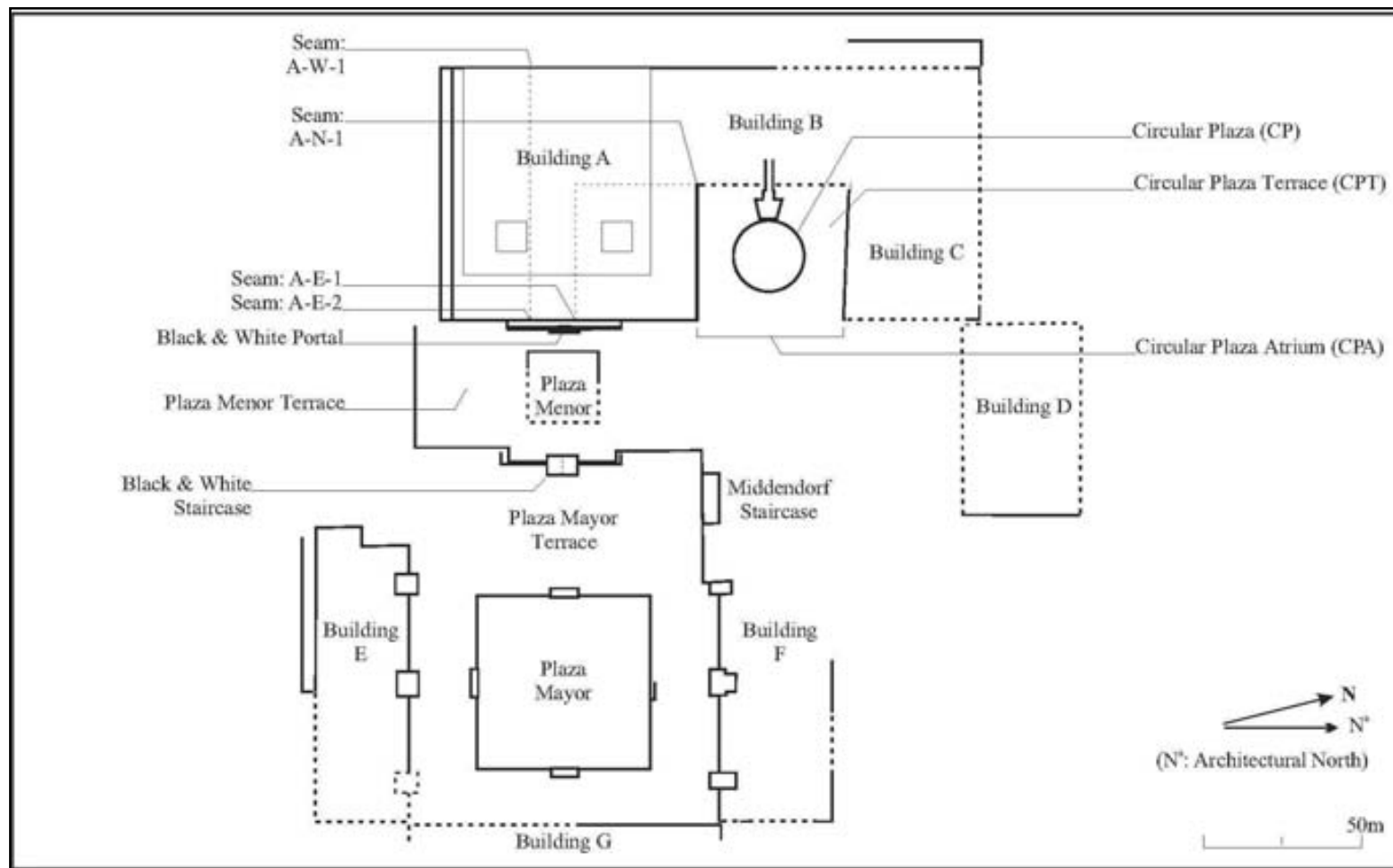
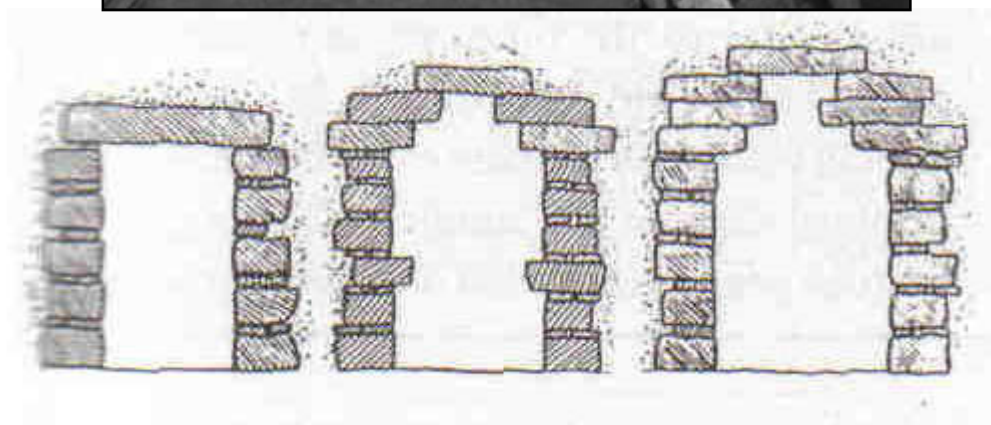


Figura 1.10. Plano arquitectura externa del Núcleo Monumental de Chavín de Huántar (en Kembel 2001: Figura 1.3. pág. 263)



A

B



C

Figura 1.11: Vista interior de algunas galerías. A: Galería de los Laberintos.; B: galería de la Doble Ménsula, Fotos: Juan López y Andrea González-Ramírez; C: formas constructivas de techumbre de galerías, según Kauffman 1993: figura 20.

Mención especial merece la presencia de restos óseos humanos correspondiente a un NMI de 30. Estos restos encontrados junto con los desperdicios de otros animales, presentan trazas de cortes y signos de exposición al fuego¹¹. Esta evidencia ha hecho postular a Lumbreras que estos restos se habrían depositado en la Galería de Las Ofrendas como resultado de prácticas de antropofagia. Documentada para tiempos prehispánicos en algunas fuentes etnohistóricas, se dice que la antropofagia habría sido una práctica relativamente frecuente, pero fuertemente reprimida por el Tawantinsuyu. Para Lumbreras la antropofagia en *stricto sensu* no conformaría una práctica cotidiana de consumo alimenticio, sino que junto con los desechos de otros animales, constituiría un patrón de consumo ritual. De esta forma, el *consumo ritual de carne humana*, sería en conjunto con los camélidos jóvenes, incluida en eventos “especiales” y extradomésticos, sin lograr protagonizar el espectro de proteínas animales eventualmente ingeridas.

Este patrón sería opuesto al documentado en el consumo cárnico de los espacios domésticos. En un estudio de los restos de camélidos, se detectó que la mayor parte del consumo de camélidos correspondía a especímenes adultos y/o seniles. Una práctica, que sería coherente con el aprovechamiento actual, en la que se privilegia el consumo de individuos de edad avanzada para la producción de *charqui* (carne seca y salada), mientras que los individuos juveniles son conservados para la reproducción del grupo, para el transporte y la extracción de lana, siendo sacrificados exclusivamente para su consumo en eventos especiales y esporádicos (Miller and Burger 1995; Miller and Burger 2000). Para época Chavín, este patrón de consumo “ritual” se acrecentaría durante la fase Janabarriu (Burger 1998), momento en el que se observan notables oposiciones en la edad y partes de los camélidos consumidos entre el asentamiento y el Núcleo Monumental.

¹¹Los análisis bioantropológicos de estos restos muestran que “los huesos fueron desarticulados y fragmentados deliberadamente con el uso de instrumentos contundentes y con evidencias de cortes y aserruchado y que los efectos visibles de contacto con el fuego señalan que fueron afectados cuando tenían tejidos blandos cubriéndolos, de modo que eran cocidos o asados para cocinar las partes blandas y no para convertir los huesos en cenizas” (Lumbreras 1993: 281).

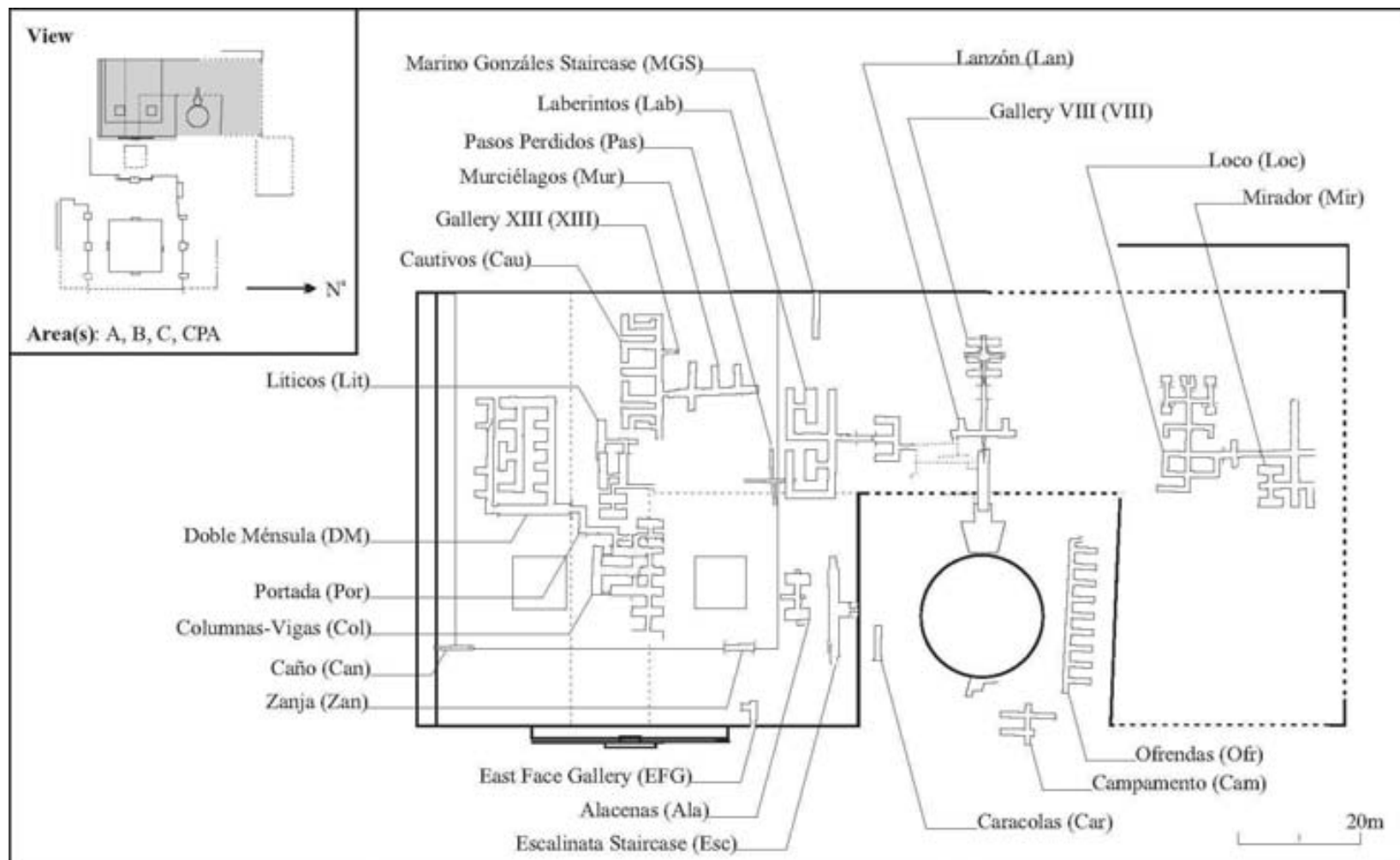


Figura 1.12. Plano de localización de las Galerías en los edificios A, B, C y en el Atrio de la Plaza Circular. En Kembel 2001: figura 1.11, pág. 265.

1.4.5.2. Secuencia constructiva del Núcleo Monumental

La evidencia actual sugiere que el Núcleo Monumental fue construido en una compleja secuencia de 15 fases, con 39 episodios conocidos de construcción de galerías (Kembel 2008). Estas fases y episodios han sido agrupados en 5 grandes etapas de acuerdo a los patrones globales del sitio: *Etapa del Montículo Separado*, *la Etapa Expansiva*, *la Etapa de Consolidación*, *la Etapa Negro y Blanco* y *la Etapa de Apoyo o Soporte Constructivo* (Kembel 2001: 256). El estudio de Kembel fue capaz de discriminar no sólo las modificaciones y adiciones de las construcciones externas (edificios, plataformas y plazas), sino las diferencias en el patrón de construcción de las galerías. Así, uno de los resultados más interesantes es la constatación que sectores que tradicionalmente fueron considerados tempranos (Burger 1984; Burger 1998; Lumbreras 2007; Lumbreras 1989; Rowe 1967) son en realidad tardíos, o mantuvieron una vigencia mucho más larga de lo que se había contemplado. Por ejemplo, sectores del llamado Templo Viejo (Atrio de la Plaza Circular y la tercera fase del Edificio B), ahora forman parte de la última etapa de construcción monumental (Kembel 2008). Esto se debe a que asociaciones de fechas radiocarbónicas de estos sectores dan como resultado momentos considerados tardíos para la secuencia del complejo monumental (750 ANE). Asimismo, las evidencias que testifican un mayor esfuerzo en el mantenimiento estructural de la arquitectura existente, rondarían los 700-500 cal ANE, y el desuso y colapso físico del Atrio de la Plaza Circular se encontraría en la tardía fecha (para la plaza circular, temprana para el sitio en general) de 500-400 cal ANE. (Kembel 2001). Sectores, previamente considerados parte del Templo Nuevo, como la porción sur del Edificio A -en la que se documentan oquedades de inserción de -, consisten en realidad en la superposición de múltiples fases, conteniendo más tiempo que el propuesto en las anteriores secuencias, lo que proyecta su construcción hacia la *Etapa Expansiva* (Kembel 2008: 52).

Junto con otras asociaciones arquitectónicas y fechados radio-carbónicos, Kembel propone la secuencia de construcción monumental fue completada hacia el 900-800 cal ANE: todo lo que vino después fue mantenimiento estructural, uso, desuso y colapso. Las siguientes construcciones no pertenecerán a un proyecto de construcción monumental, cambiando completamente la función y uso del sitio. Un resumen de las principales etapas (Kembel 2001) aclara la situación actual de las fases crono-constructivas del núcleo Monumental (fig. 1.13), las cuales tienen implicancias directas en la producción de las fachadas en las que se insertaron las :

a) Etapa del Montículo Separado (Separate Mound Stage)

Consiste en edificios aislados conteniendo galerías y al menos una estructura rectangular independiente.

b) Etapa Expansiva (Expansion Stage)

Consiste en sucesivas plataformas integradas que cubren un mayor volumen y área. Contiene galerías que, en forma y características se extienden al Edificio A, conectándose con las fases tempranas de los Edificios A, B y, posiblemente C. Es en este momento, donde se forma un complejo arquitectónico de patrón en U (que lo vincula con influencias costeras).

c) Etapa de Consolidación (Consolidation Stage)

Incluye bloques adicionales que rellenan las bases de la plataforma del Edificio A, convirtiéndose en una larga plataforma rectangular, que contiene galerías cuyas formas y características son elaboradas de una manera cada vez más estandarizada.

d) Etapa Negro y Blanco (Black and White Stage)

Se realizan amplias adiciones que incluyen plazas, terrazas y escalinatas abiertas, con un alto nivel de simetría, finos trabajos en piedra decorada y galerías muy estandarizadas. Al mismo tiempo, galerías abiertas de construcciones previas son cerradas y reemplazadas con nuevos segmentos de galerías.

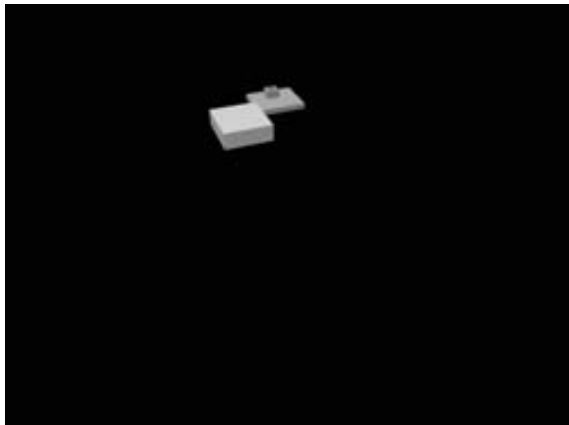
e) Etapa de mantenimiento o soporte constructivo (SupportConstructionStage)

Momento posterior a la Etapa Negro y Blanco que no desarrolla arquitectura monumental. Se trata de construcciones de mantenimiento documentada en diferentes áreas a través del sitio.

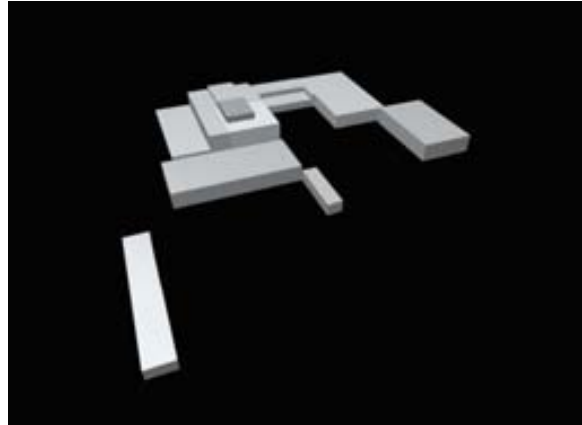
La secuencia propuesta por Kembel permite distinguir patrones de transformación en los principios constructivos, principios que anteriormente se veían como un solo bloque. La investigadora sostiene que quienes diseñaron y construyeron la arquitectura del Núcleo Monumental de Chavín de Huántar integraron en un mismo diseño la arquitectura externa e interna. Modificando y adaptando la arquitectura existente, diseñaron y construyeron nuevas fases, ampliaron el sitio no sólo horizontalmente sino que también verticalmente, haciendo coincidir con un gran sentido de centralidad, las escaleras, entradas de galerías y patios de fases anteriores. En muchos casos esto permitió el mantenimiento del uso de los espacios y la continuidad del tipo de actividades allí realizadas (Kembel 2008; Kembel 2001).

Lo anterior sugiere que cada fase de construcción fue una organización cuidadosamente planificada, conformada intencionalmente por los/as planificadores/as y/o constructores/as del sitio. Este colectivo hizo que las características arquitectónicas de las nuevas fases estuvieran articuladas con las fases previas, adaptando de manera selectiva las antiguas fases, a los nuevos patrones y principios arquitectónicos.

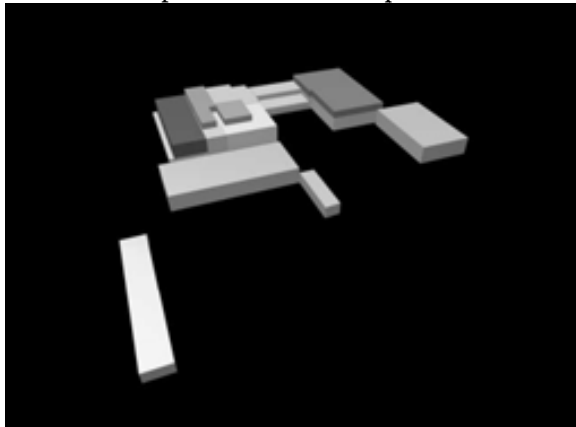
Desde el punto de vista de la tecnología y los patrones constructivos, la arquitectura de Chavín de Huántar constituye una innovación y una transformación, pero también una síntesis (Kembel 2008; Rick 2008). Desde Tello (1960) hasta Moseley(1975), incluyendo un sin fin de investigadores y líneas de debate, el patrón constructivo de Chavín había sido entendido como un producto de las tradiciones Mito-Kotosh y por el patrón en U de la costa. El origen costero, serrano o amazónico fue un debate constante, y cada proponente encontraba nuevas evidencias para sustentar el propio modelo. Con la secuencia propuesta por Kembel, sin embargo, el panorama adquiere otra dimensión.



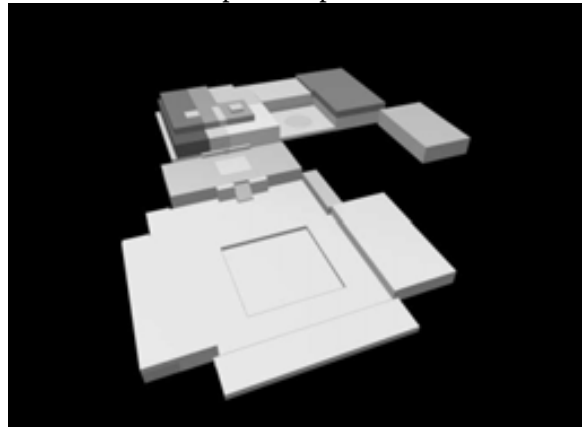
Etapa 1. Montículo Separado



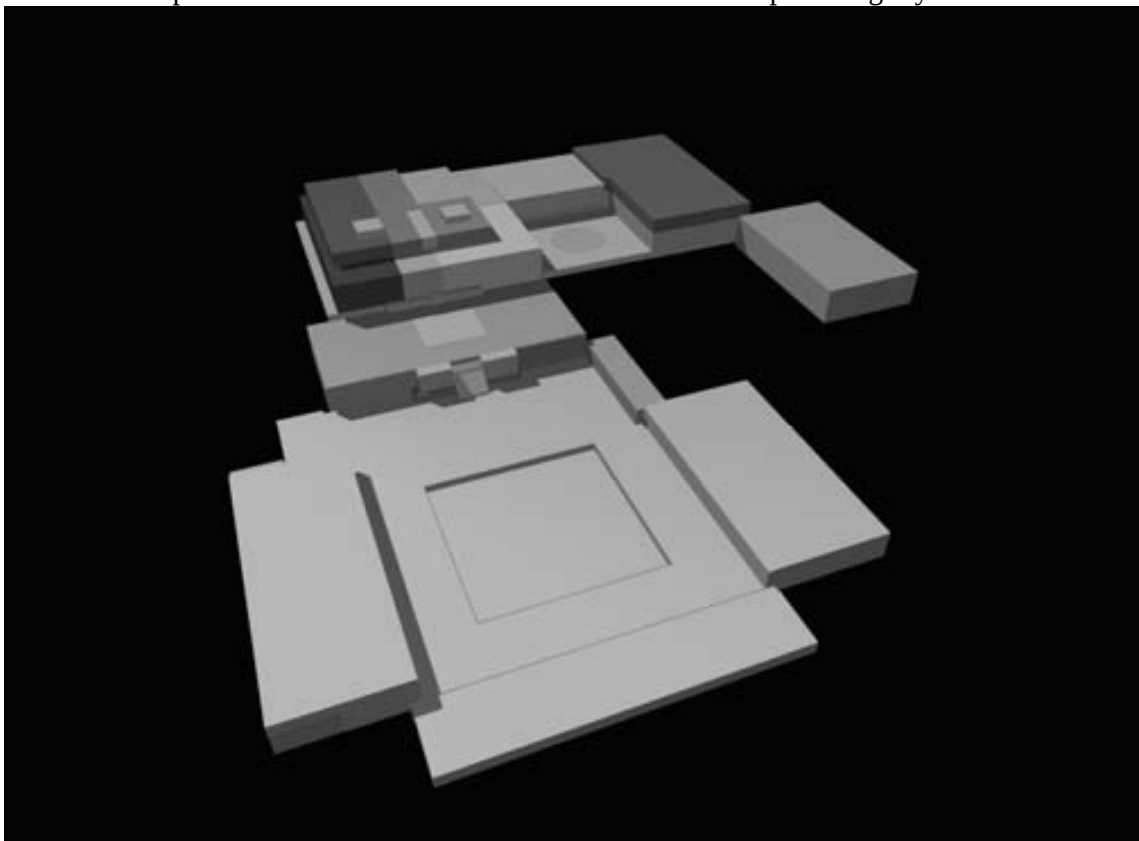
Etapa 2. Expansiva



Etapa 3. Consolidación



Etapa 4. Negro y Blanco



Etapa 5. Apoyo Constructivo o Soporte

En la etapa del *Montículo Separado*¹², hacia el 1200 cal ANE, se inicia la etapa monumental con un trabajo en piedra local, característico de tierras altas, consistente en formas elevadas (montículos) independientes, así como de estructuras rectangulares aisladas basadas/inspiradas/parecidas a la tradición Mito-Kotosh. Estas estructuras integraron desde su inicio arquitectura interna, que hasta el momento es una innovación de Chavín de Huántar. Las estructuras rectangulares aisladas, características de tierras altas, siguieron siendo construidas a través de la secuencia y muchas veces fueron transformadas en galerías con la construcción de aditamentos verticales en fases posteriores. Las formas de montículos independientes son transformadas en la *Etapa Expansiva*, que incorpora orientaciones y formas costeras, como plataformas escalonadas y conjuntos de edificios en forma de U. Estas “formas costeras” (Kembel 2008) se consolidan en la *Etapa Negro y Blanco*, mediante la construcción de la Plaza Circular, la Plaza Menor y la Plaza Mayor. Para Kembel, la secuencia arquitectónica de Chavín de Huántar demuestra que quienes lo construyeron integraron tradiciones propias de tierras altas y de la costa pero con innovaciones que lo convirtieron en un complejo monumental único.

Evidentemente el trabajo de Kembel tiene importantes consecuencias para la interpretación de las relaciones históricas en cada una de las etapas propuestas. Por ejemplo, los indicadores cronológicos que se habían establecido tradicionalmente en la investigación arqueológica de Chavín, en lo referido a la ampliación de la esfera de interacción, con la nueva secuencia serían contemporáneos con el desuso y colapso físico del complejo monumental, momento que coincide o se solapa con nuevas construcciones y con una funcionalidad de otro tipo. La importancia de esta situación, tiene serias implicancias en aquellos lugares que presentan estrechas relaciones económicas e iconográficas con Chavín, como Paracas en la costa sur de Perú, Lambayeque en la costa norte, o Cajamarca.

Dado el nuevo panorama temporal que se desprende del trabajo de Kembel y el equipo de Stanford, se ha tomado conciencia de la necesidad de revisar y posiblemente actualizar algunas secuencias cronológicas absolutas que se dieron como verdaderas y que han sido la base para establecer las relaciones más significativas de Chavín, a pesar que existen explícitas reticencias para aceptar la validez, especialmente del principio de la secuencia (Burger 2008). Sin embargo, como he intentado exponer en la contextualización histórico-regional de Chavín al comienzo de este Capítulo, existe actualmente una tendencia a reconocer que Chavín fue uno más de muchos sitios con arquitectura monumental que se desarrollaron durante el Formativo Medio y Tardío y que, aun cuando singular, participó y eventualmente disputó, como muchos otros, en una amplia esfera de influencia pan-regional que tiende a disgregarse a ritmos desiguales favoreciendo desarrollos locales independientes. La naturaleza, causas e implicancias sociales de esa “influencia”, siguen constituyendo el foco de los principales debates.

1.4.6. Zona del Campo Oeste

El Campo Oeste (fig. 1.5) conforma la porción inferior del aluvión Cochas, un área profundamente afectada por los depósitos del aluvión de 1945. A pesar de ello, aún son visibles restos de muros megalíticos de cuarcita (Contreras 2007: 118), probablemente pertenecientes a la fachada de terrazas que corren de manera perpendicular a la antigua

¹²La posibilidad de existencia de una etapa *Montículo Separado*, así como su cronología temprana, ha sido criticada por Burger y Salazar, quienes siguen defendiendo una fecha más tardía para el inicio de la etapa monumental de Chavín, la cual, a su juicio, se habría inspirado fundamentalmente en los desarrollos arquitectónicos costeros (Burger and Burger 2008).

carretera (Diessl 2004: 513, Fig. Cha 245)¹³. Esta zona resulta de especial interés porque algunas informaciones señalan (Martín Justiniano *com. pers.*), que la recuperación de la cabeza clava MACHML00001 ocurrió en este sector (*cfr.* Catálogo en anexos). Esta pieza se ha definido como un esbozo de cabeza clava, razón que sugeriría que en algún lugar de este sector pueden haberse localizado espacios de producción litoescultórica. Ello sería coherente con la pendiente que baja desde el Campo Oeste hacia el núcleo Monumental, de mayor inclinación en tiempos chavinoides -según las excavaciones realizadas en la unidad WF-07A (Rick and Mesia 2006: 111)-, lo que habría facilitado el traslado de piezas pesadas y voluminosas. Además, en la ribera norte del Wacheqsa, al noroeste del sitio, se tiene acceso a los afloramientos de vetas de cuarcita blanco-amarillenta, conocidos localmente como *Shallapa* (Contreras 2007: 104), pertenecientes a la Formación Chimú (Cobbing, et al. 1996: 81) y documentada en la producción de algunos bloques Núcleo Monumental.

La zona del Campo Oeste, ha recibido una atención fragmentaria en la historia de la investigación del yacimiento, y sólo con las excavaciones del Equipo de la Universidad de Stanford (campañas en 2000-2001 y de Contreras en 2004-2006) se ha logrado conocer parcialmente sus componentes y la relación espacial con la Zona Monumental (Contreras 2007; Lumbreras, et al. 2000; Lumbreras, et al. 2001; Rick and Mesia 2006) (fig. 1.4.). Anteriormente habían sido documentadas estructuras en profundidad por H. Amat, que fueron luego reconocidas como parte de una galería de época Chavín (Diessl 2004: 512-515).

Los trabajos de excavación (fig. 1.14) muestran que los muros megalíticos, que previamente eran observables en superficie, no son sólo paredes de terrazas de contención de sedimentos de la pendiente, sino las fachadas de plataformas rellenas de depósitos de materiales. Dentro de otras estructuras, con material Chavín especialmente de estilo *Janabarroides*, se detectó la presencia de una estructura con las características descritas para la tradición Mito (Contreras 2010) pero sellada por un relleno intencional.

Contreras ha logrado reconstruir la secuencia estratigráfica en la que se mezclan eventos geomorfológicos y arqueológicos:

“The earliest stratum documented is unlikely to predate 1500 BC, while the uppermost of the Chavín-period strata —~2 m higher— predates 500 BC. The remainder of the strata —post-Chavín fills, colluvium, the diamicton of the 1945 debris flow, modern soil horizons— fall within the span of the last 2500 years. The single radiocarbon date available suggests the time span may be even more compressed: a sample from the colluvial strata in CdH-WF-11 (...) yielded a date of ~900 cal BC. In other words, the 5 m of stratigraphy visible represents only approximately 3500 years of geologic history.” (Contreras 2007: 133)

Posteriormente fechados radiocarbónicos del centro de la estructura Mito (Contreras 2010; Rick, et al. 2009) y de muestras estratigráficas con asociaciones cerámicas y arquitectónicas, sitúan la ocupación del Campo Oeste en un rango de 900-650/550 a 840-760 cal ANE. Contreras ha señalado la presencia de construcciones por debajo de las muestras de las fechas más tempranas, lo que sugiere que éstas representarían el último uso de la estructura. Por el momento, las fechas suponen contemporaneidad con la última etapa de construcción monumental del sitio (*Etapa Negro y Blanco*).

¹³ Durante la construcción de la nueva carretera Chavín-Catac después de 1945, fue destruido un muro N-S que hizo sugerir a Diessl que los dos muros megalíticos E-O más un testigo del muro destruido N-S eran realidad un “Templo Oeste” (Diessl 2004: 510-511).

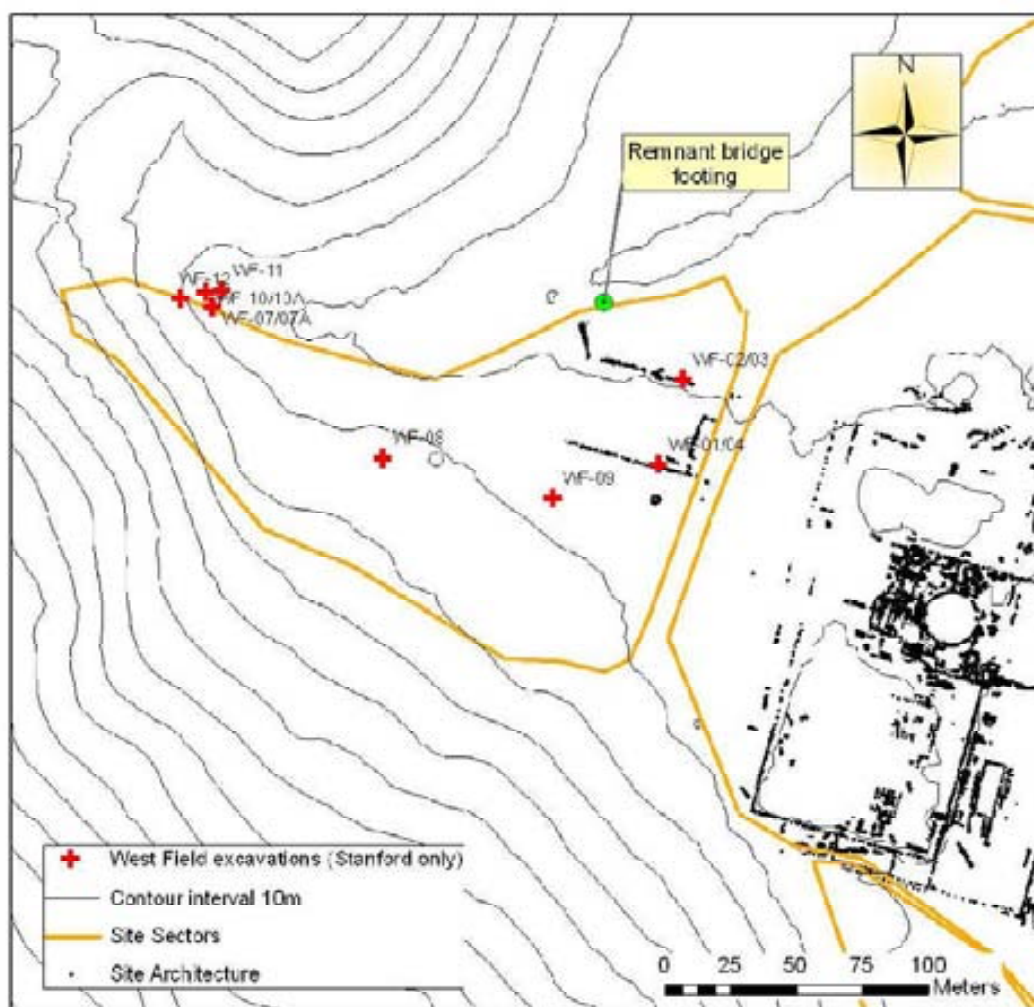


Figura 1.14. Excavaciones de la Universidad de Stanford en la Zona Campo Oeste. Cortesía de Daniel Contreras. En Contreras 2007: Fig. 2.11.

En relación al uso de este sector, los trabajos no han sido concluyentes, salvo para la interpretación ritual como principal uso funcional de la estructura Mito. Para el resto de las estructuras y terrazas, se ha sugerido también una función ritual, con actividades interpretadas como “anexas” o “subsidiarias” al Núcleo Monumental (Lumbreras, et al. 2000). Sin embargo, la presencia de la estructura Mito supone una diversificación de los focos de actividad inicialmente propuestos para el sitio. Los densos depósitos de los tiempos de Chavín corresponderían, aparentemente, aparte de rellenos intencionales, pero no resulta del todo claro que se hayan ubicado áreas de actividad bien diferenciadas. Aún así, las mismas terrazas y ciertos apisonamientos descritos podrían eventualmente haber contenido espacios con pisos preparados para el desarrollo de actividades domésticas o de producción extra-doméstica, no necesariamente exclusiva.

1.4.7. Área Sur y Sector Wacheqsa

Constituyen las áreas periféricas al Núcleo Monumental al sur y norte, respectivamente (fig. 1.5). El Sector Wacheqsa ha sido excavado recientemente por Christian Mesía (2007), quien reconoció los siguientes espacios: Plataformas Tempranas, Canal, Plataformas Tardías, Estructuras de Piedra y Basural.

a) Basural:

En el sur del sector Wacheqsa se ubicaron los depósitos de un basural de 320 m³ compuesto por desechos asociados a cerámica *janabarroide*¹⁴. Según Mesía, los restos indican que se trataría de desechos rituales descartados como residuos de banquetes ceremoniales, en los que se habría ingerido grandes cantidades de carne de camélidos, líquidos y sustancias psicoactivas. Tres fechas de esta unidad se encuentran en un rango de 800-500/400 cal ANE (Rick, et al. 2009).

b) Plataformas Tardías:

Ubicadas al norte del basural, se trata de un conjunto de plataformas superpuestas sin mayores evidencias en su superficie. Se ha propuesto que podrían haber servido de intermediarias entre el basural y unas estructuras que se localizan más al norte. El material recuperado es escaso: se compone de restos de huesos de animales y fragmentería de cerámica de estilo *janabarroide*. De este depósito compacto se recuperaron muestras para fechados que se han considerado como anómalas, al presentar fechas tempranas en un rango de 1000-800 cal ANE, tiempo que no se condeciría con su posición estratigráfica superior.

c) Estructuras de piedra canteada:

Ubicadas en extremo norte del Sector Wacheqsa, estratigráficamente sobre la unidad Plataformas Tempranas, se trata de habitaciones construidas con piedras canteadas, en cuyo interior han sido recuperadas fragmentos de cobre nativo, así como también fragmentos de lajas de piedra. La cerámica detectada corresponde a fragmentos *janabarroides*. Una fecha proveniente de un piso arcilloso otorgó un rango de 800-500 cal ANE.

d) Plataformas Tempranas:

Corresponden a estructuras de uso doméstico, probablemente las más tempranas registradas en la periferia del Núcleo Monumental. Un fogón ubicado sobre el suelo estéril arrojó fechas en un rango de 1200-900/950 cal ANE. Fechados de niveles levemente superiores arrojan fechas en un rango de 1000-750/650 cal ANE. La ausencia de cerámica *janabarroide* y la posición estratigráfica inferior, ha sugerido a los autores que el uso de este espacio se vincula con una fase de ocupación contemporánea con la Urabarriu de Burger (Rick, et al. 2009).

e) Canal:

Se trata de un escurrimiento de agua acontecido en tres grandes momentos. Se ubica estratigráficamente debajo del basural hacia el extremo sur del Sector Wacheqsa. Un fechado de la capa que se asienta sobre el suelo estéril, brindó fechas de 900-800 cal ANE sin detectarse componentes *janabarroides* entre la cerámica recuperada.

El sector Wacheqsa ha sido dividido en dos grandes fases. La primera denominada por Mesía (2007) la Fase Antigua o Urabarriu, con un rango de fechas de 1200-800 cal ANE representada por la ocupación doméstica de la Plataforma Temprana y por el Canal. La segunda, la Ocupación Tardía o Janabarriu (800-500 cal ANE) representada por las Estructuras Tardías, el Basural y las Estructuras de Piedra Canteada, sería contemporánea con la Etapa Negro y Blanco del Núcleo Monumental.

¹⁴Se utiliza el término *janabarroide* para distinguir un tipo de cerámica con estampados de diverso tipo, que no se encuentra en las capas más tempranas. Esta nomenclatura se distingue de la fase Janabarriu de Burger (1998). Para una pormenorización crítica de la secuencia cerámica propuesta por Burger véase Rick et al. 2009: 99-105.

El Sector Sur (ver fig. 1.5) no ha recibido mayor atención arqueológica, a pesar que excavaciones arqueológicas se atribuyen a intervenciones realizadas por H. Amat, que dejaron expuestas partes de muros megalíticos (Contreras 2007: 148, fig. 5.4). Burger (1984) realizó recolecciones superficiales en un área levemente al sur de este sector, denominado *Ultapuquio*, y excavó en la parte superior del Sector Sur, sobre las laderas del deslizamiento Cochas.

El muro expuesto tiene una orientación N-S, está construido con la tradicional técnica de *pachilla* con bloques rectangulares de cuarcita de tamaño mediano (~80x50 cm). En 2005, Contreras excavó 5 unidades (AS/01-05) que mostraron que la apariencia de muros de contención que se suponían para el muro expuesto en las excavaciones arqueológicas previas no publicadas, correspondían en realidad a arquitectura sepultada, similares a las fachadas de plataformas detectadas en el Campo Oeste (Contreras 2007:191). Para ambos casos, se piensa que las plataformas sirvieron para contener el desplazamiento o la movilidad de las laderas del depósito Cochas, aunque evidentemente ello no excluye que se hayan prestado para otros usos. Las áreas excavadas dieron con sendos rellenos (o estabilizados) sin materialidad social, pero el depósito inmediatamente superior a ellos, que puede haber coincidido con el uso efectivo de los rellenos, contenía cerámica *janabarroide* y una placa lítica tallada con iconografía Chavín (Contreras 2007: fig. 6.13).

1.4.8. La Banda

La Banda es un sector de la terraza este del Río Mosna, que se encuentra inmediatamente al frente de la Zona Monumental (fig. 1.5). Resulta de especial interés, pues Turner et al.(1999) describen la presencia de cantos rodados de toba volcánica como posible fuente de extracción de materias primas para la elaboración de (p.e. pieza D52 en Turner et al. 1999, CC CR9 en Lumbreras 1989, y MACHML00082 en esta investigación); esta información ha sido ratificada por Daniel Contreras (*com. pers.* 2012). Además de una potencial y cercana fuente de aprovisionamiento de materias primas líticas para la escultura, el lugar podría haber sido utilizado como espacio de producción (Sayre 2010). Sin embargo, excavaciones realizadas durante la temporada de campo de 2003 indicaron que el “*nivel de ocupación arqueológica es mínimo además de no presentar evidencias de extracción o uso de esta [como] cantera*” (Rick and Mesia 2003: 56).

El sector ha recibido especial atención por parte del Equipo de la Universidad de Stanford, reflejado en el trabajo realizado por Matthew Sayre (2010). Como he señalado, uno de los grandes vacíos arqueológicos de Chavín de Huántar es el desconocimiento de las características de la vida social en lo referido a los espacios de uso doméstico y a la producción de bienes de subsistencia que pudieran arrojar indicadores de distancia social. Aunque los trabajos de Burger (Burger 1982; Burger 1984; Burger 1998) en el actual pueblito en las aldeas cercanas de Pojoc y WamanWain, aportaron una primera noción de la envergadura de la ocupación durante la época Chavín, éstas intervenciones fueron aisladas y muy restringidas, de modo que no era posible realizar generalizaciones, especialmente para los sectores adyacentes al Núcleo Monumental.

Con las intervenciones en La Banda, se ha logrado suplir en parte la imagen de monumento vacío que ha padecido el yacimiento, adquiriendo una visión levemente más realista de los espacios domésticos registrados horizontalmente y vecinos inmediatos al Núcleo Monumental. La porción excavada con unidades “residenciales”, configura un espacio

reducido en relación a la potencial área de ocupación original (Sayre 2010: Figura 6.3), de manera que las actividades documentadas, pueden ser consideradas aún minoritarias respecto a su variabilidad potencial.

Los principales resultados de los análisis de los materiales y residuos recuperados (fig 1.15), pueden resumirse en los siguientes puntos:

- Los análisis macrobotánicos de La Banda indican la práctica de una agricultura característica de tierras altas basada en tubérculos, quínoa y maíz (Sayre 2010: 146), lo que cuestionaría que el sistema de producción alimentaria se haya originado en las selvas orientales (Lathrap 1973).
- Las densidades de madera recuperada muestran que ésta se utilizó en una proporción semejante a lo largo de la secuencia ocupacional, demostrando que las poblaciones de época Chavín no sobreexplotaron la cubierta arbórea, aún cuando hubo una alta demanda para los requerimientos de procesamiento alimenticio y producción de bienes.
- Los análisis arqueofaunísticos proporcionan evidencia de una producción local de camélidos y cuyes. Estos animales se habrían utilizados no sólo como la principal fuente de ingesta de proteínas, sino también como materias primas para la fertilización de los campos, para el transporte y para el abrigo.
- Los estudios cerámicos muestran un consumo doméstico de pequeña escala. Por ello Sayre (2010: 147) propone que los eventos de consumo alimenticio comunal de gran envergadura (festivo?) podrían haberse restringido sólo al Núcleo Monumental.
- Las marcas de corte detectadas en los restos faunísticos indican un procesamiento doméstico que aprovechó prácticamente todas las porciones comestibles (Rosenfeld, Apéndice N, en Sayre 2010).
- El estudio de fitolitos no sustenta la presencia de almacenamiento.
- Un alto porcentaje de gramíneas identificadas sugiere un eventual uso de techumbres de paja.
- En relación al uso, mantenimiento y producción de objetos se detectó una gran variabilidad artefactual que, en principio, habría sido almacenada, trabajada y transformada en La Banda.
- Numerosas cuentas hechas en huesos largos de camélidos en distintas etapas de elaboración así como diáfisis talladas fueron recuperadas en un sector identificado con un uso “ceremonial” (Sayre 2010:150).
- Destacó, también, la presencia de macrolíticos pulidos (Sayre 2010: figs. 8.3-8.4) en caliza y otras materias primas no identificadas. Se trata de piezas terminadas, de una funcionalidad no reconocida, pero que darían cuenta de un trabajo especializado de pulimento y formatización.
- Piezas trabajadas en concha, cerámicas afines al llamado estilo *Cupisnique*, puntas de proyectil de obsidiana, fragmentos de corales y fósiles, entre otros, evidenciarían la presencia de contactos a larga distancia.
- En cuanto a la ausencia de evidencia, como contraparte de lo observado en el Núcleo Monumental, La Banda no arrojó presencia ni de huesos de caimán ni de serpientes, dos de los animales más representados en la iconografía chaviniense (*cfr.* Capítulo 3). Tampoco se encontraron objetos de oro; y, lo que es de mayor interés para nuestros propósitos, no fueron detectados talleres de producción escultórica ni objetos eventualmente asociados a ella.

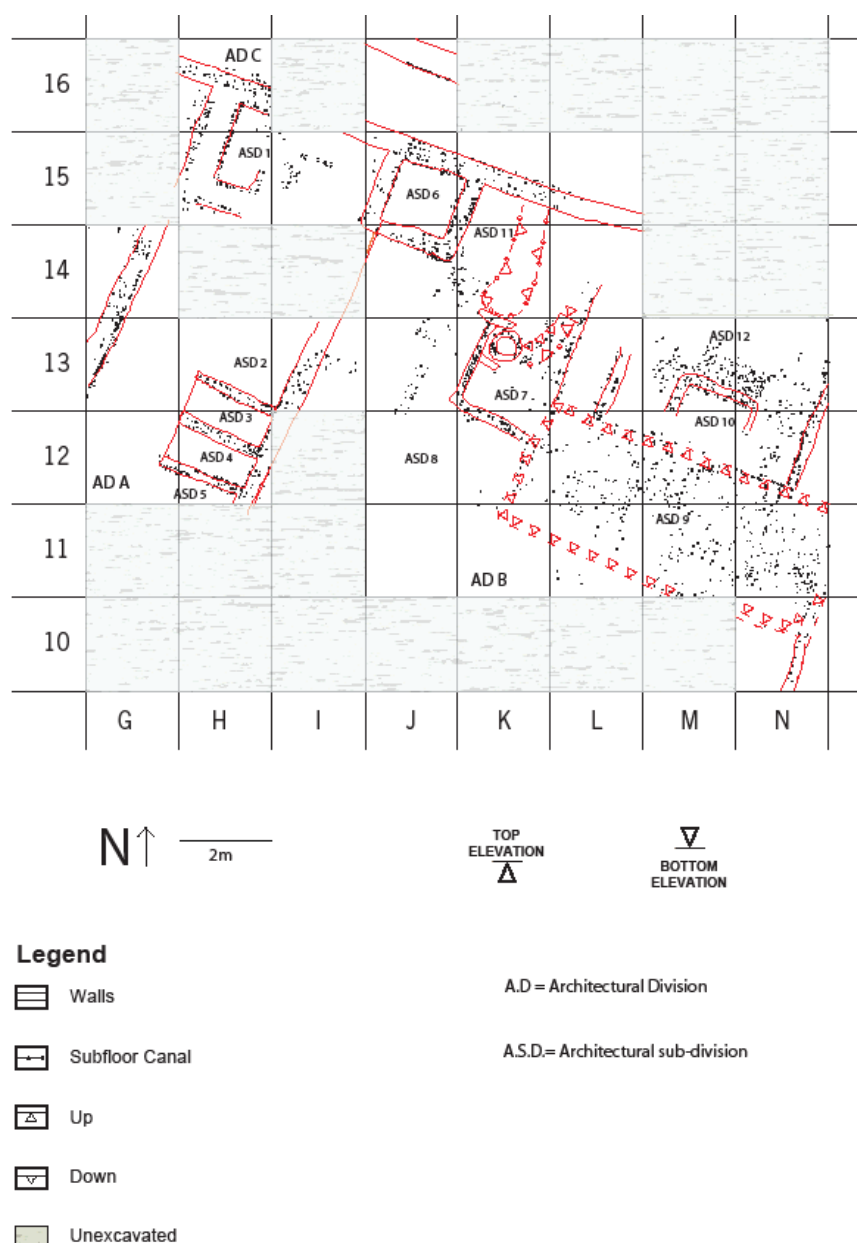


Figura 1.15: Plano de estructuras excavadas en La Banda. En Sayre, 2010: Figure 6.10.

La funcionalidad del sector excavado de La Banda ha sido descrita como espacios de uso doméstico: habitación, preparación de alimentos, producción y mantenimiento de objetos¹⁵. Sin embargo, la presencia de dos estructuras de estilo Mito, semejantes a la registrada por Contreras en el Campo Oeste (2007, 2010), sugieren según Sayre la existencia de prácticas rituales. Estas estructuras, no obstante, no serían de un uso político-ideológico exclusivo, sino que formarían parte de las actividades cotidianas, mezclándose con las acciones productivas:

“This hearth is a place that may have provided room for the small daily acts of gratitude, praise, and negotiation that are common elements of religious practice” (Sayre 2010: 170).

Del sector hasta ahora excavado en La Banda no se desprenden diferencias explícitas en el acceso al consumo del producto registrado, aunque la ausencia de restos esqueléticos humanos impide cualquier inferencia definitiva acerca de la distancia social. En cualquier

¹⁵ Podría suponerse también de sujetos, si bien el autor no lo menciona.

caso, siguiendo la propuesta de Sayre, esta evidencia podría ser un buen punto de partida para considerar la existencia de asentamientos con complejos monumentales en el marco de sociedades que mantengan relaciones sociales simétricas

1.5. Las comunidades del valle de los Conchucos durante el Formativo

Si bien es muy escasa la investigación que se ha llevado a cabo en el drenaje del río Mosna, me ha parecido relevante presentar una breve síntesis que integre los fragmentos de conocimiento empírico actual, los modelos de su interpretación y los factores que explican la insuficiencia de estudios en el área, como una contextualización básica de la realidad social a nivel de la escala local.

No han sido pocos quienes han destacado la necesidad de investigar las características de las comunidades coetáneas que ocuparon el mismo espacio geográfico de Chavín de Huántar. Si bien tras ese interés se encuentran diversas motivaciones, se puede considerar como factor común la importancia que se le asigna al rol político-económico que la población vecina al complejo monumental debería haber jugado en su auge y desarrollo. Las escalas espaciales y los enfoques han sido variados. Desde aquellas exploraciones descriptivas que buscaron catastrar la densidad y variabilidad de sitios arqueológicos en el drenaje del Mosna (Amat Olazábal 1976; Diessl 2004; Espejo Núñez 1959) o la identificación sociopolítica de los asentamientos cercanos a Chavín (Burger 1982), hasta las que se han concentrado en determinar las relaciones entre territorio e identidad en un área que supera a la inmediatamente adyacente a Chavín (Herrera 2005; Herrera 2006; Herrera 2003b), pero que aún podría asumirse como local. No obstante esa diversidad de tiempos e intereses, ha existido una característica metodológica común: se trata de prospecciones o excavaciones restringidas, que no han logrado proyectar la investigación en el tiempo. El resultado de todo ello es un panorama muy fragmentado que proporciona una base muy superficial para entender las relaciones sociales en un territorio que no ha sido explícitamente delimitado, ni discutido. La existencia de estos fragmentos de pobre calidad empírica, se explican por los problemas propios de la geomorfología y distribución del territorio político-administrativo actual, pero antes, por la ausencia de criterios explícitamente justificados para la demarcación de la (s) escala (s) espacial (es) que definiría (n) el (los) territorio (s) local (es) involucrado(s) con Chavín.

Partiré refiriéndome a la última para comentar posteriormente las dificultades propias del área que han impedido históricamente un trabajo más sistemático, con el objeto de que dicha área se encuentre mínimamente justificada. Me he referido al drenaje del Mosna como el espacio que parece “naturalmente” óptimo para delimitar el territorio inmediato a Chavín de Huántar. Esta demarcación se basa, especialmente, en la zona que los investigadores que han estudiado el problema refieren como de interés, y a una especie de ‘sentido común’ arqueológico que sugiere el empleo de las cuencas hidrográficas como el primer espacio donde buscar las relaciones de un tiempo determinado. Quizá la definición más explícitamente razonada sea la ofrecida por Richard Burger en la publicación de sus excavaciones en Waman Wain y Pojoc (1982), donde muestra una orientación cercana a la planteada por los *análisis de captación de recursos* (Site Catchment Analysis) (Vita-Finzi and Higgs 1970), si bien no con toda la rigurosidad de la delimitación del área¹⁶ y cuantificación de recursos que éstos exigen. Efectivamente, el enfoque ecológico cultural que empleó Burger, lo llevó a considerar que las

¹⁶ Por ejemplo mediante *círculos concéntricos de radio fijo*, *Líneas de Isocronas de topografía*, *Cartografía topográfica o GIS* de acuerdo a criterios de tiempo/distancia estandarizados para comunidades sedentarias pre o a-capitalistas de base agropecuaria.

relaciones entre el antiguo asentamiento de Chavín de Huántar y pequeñas comunidades como las mencionadas, podrían ser mejormente entendidas en el contexto del sistema de subsistencia indígena tradicional del área, el que, basado en los estudios de domesticación de animales y cultígenos de los Andes Centrales, sostiene un consolidado sistema de agricultura alto-andina antes del Horizonte Temprano (Burger 1982: 3-4). Junto con la consideración de algunas variables ambientales como altitud, temperatura, pluviosidad y potencialidad agropecuaria de los suelos, su modelo territorial sostiene que quienes habitaron el “centro ceremonial” no podrían haber sobrevivido sin el comercio o intercambio con las comunidades rurales. Se trata de un modelo que busca confirmar relaciones rurales-metrópoli entre las aldeas y el asentamiento urbano de Chavín considerado sincrítico (*cfr. Capítulo 3*).

Así, la escala espacial que definiría el territorio, dadas las características de complementariedad económica alto-andina, se basaría fundamentalmente en lacasuística etnográfica y etnohistórica, donde las aldeas arqueológicas investigadas se muestran como una ilustración intuitiva del fenómeno de interacción sociopolítica, pero no como resultado de un análisis de la jerarquía de los asentamientos o del tejido de unas relaciones económicas históricamente bien situadas.

A una escala mayor de espacio y complejidad teórica, se sitúan las propuestas de Alexander Herrera (2003, 2005, 2006), que sostiene para la cuenca sur del río Yanamayo, 50 km al norte de Chavín, un modelo basado en la estructura heterárquica propuesta por Crumley (1995). Siguiendo este modelo, Herrera plantea que la realidad social de la interacción alto-andina no puede considerarse delimitando un único territorio, ya que éste se expresaría en distintos niveles que, pudiendo solaparse, no coinciden necesariamente en toda su área. Dicho en otros términos, la complejidad de los procesos sociales, dadas las características de la variabilidad funcional de los sitios prospectados en este sector de la cuenca, expresaría territorios definidos a escala étnica, sub-étnica (comunidad), ceremonial y mortuoria. El territorio, entonces, no sería un espacio físico único, sino que variaría de acuerdo a lo que podríamos convenir como prácticas sociales.

Mucho más lejos que las anteriores propuestas respecto a criterios explícitos para la definición de un territorio socialmente significativo, se encuentran las exploraciones de la cuenca del Mosna que han buscado catastrar los sitios arqueológicos de esta porción al sur del Callejón de los Conchucos (Amat Olazábal 1976; Diessl 2004; Espejo Núñez 1959). Se trata de iniciativas exploratorias, cuyos resultados pueden ser considerados como inventarios preliminares para la planificación de investigaciones científicas. Por ello, el uso de sus datos debe ser considerado con cautela, ya que las principales adscripciones temporales realizadas se basan en criterios estilísticos y tipológicos.

Considerando esas limitaciones, esto es, la carencia de información empírica de calidad y la debilidad de las propuestas conceptuales para el estudio de la territorialidad teórica de Chavín de Huántar, la definición de un territorio socialmente significativo, es decir, donde se pueda situar la existencia de relaciones inter e intracomunitarias efectivas, ha de ser por el momento una decisión arbitraria. Para ello se considera como *territorio* al área de acción colectiva de un grupo humano, cuyos límites estarán definidos por la relación geográfica (física y social) y la naturaleza del grupo de agentes que realiza dicha acción (Maximiano Castillejo 2008: 70). En un sentido más amplio, puede definirse como “una determinada organización del espacio generada por la reproducción económica, social e ideológica de un grupo humano” (Gili Suriñach 1995: 10). Si la primera definición se destaca por la consideración de la “acción” de las y los sujetos sociales, la segunda ofrece un reconocimiento a que la apropiación humana

del medio (económica, social e ideológica) se encuentra condicionada por la disimetría social y sexual. En otros términos, existen *como mínimo* dos territorialidades que se desprenden de la diferencia sexual y que, eventualmente, participan de un mismo espacio social.

Sobre la base de ambas definiciones, esto es, sobre la consideración de la acción y las disimetrías sociales y sexuales que actúan sobre la organización de la territorialidad de los grupos sociales, se puede proponer un espacio teóricamente significativo donde observar la clase de relaciones sociales de las comunidades vecinas a Chavín de Huántar. Si bien lo más interesante sería situar el rol del complejo monumental en la vida social de dichas comunidades, como un elemento ponderado del espacio social, la evidencia disponible, fuerza a que aún sea Chavín desde donde deba ponerse el centro de atención para proyectar las relaciones que mantuvo con el resto de las comunidades. Ello asume implícitamente que el yacimiento operó como un “lugar central de máximo nivel” (Clarke 1977: 26), es decir, que ofreció bienes y servicios exclusivos que el resto de los asentamientos no pudieron ofrecer. Sin ser necesariamente incorrecto, ya que no existe ninguna evidencia de un yacimiento de la envergadura de Chavín de Huántar en cientos de kilómetros a la redonda, el desconocimiento de la cantidad, tamaño y localización de los diversos asentamientos vinculados directamente con Chavín de Huántar, refuerza las tradicionales críticas a este tipo de supuestos que destacan, además de sus consecuencias formalistas, la imposibilidad de aseverar o proyectar territorialidades teóricas toda vez que no se posean (i) prospecciones intensivas y sistemáticas de una región, (ii) se cuente con principios de coetaneidad basados en dataciones de contextos excavados, y (iii) se conozcan los diferentes niveles funcionales y jerárquicos de los asentamientos (García Sanjuán 2005: 211).

Para salvar preliminarmente dicha dificultad, la escala hipotéticamente significativa ha de pensarse desde el espacio que soportó directamente¹⁷ la subsistencia económica de Chavín, padeciendo o beneficiándose de sus funciones político-ideológicas. Debido a que la historia del sitio arqueológico durante el Formativo posee una potente secuencia de tiempo, dichos requerimientos deben haber sufrido variaciones relevantes durante las temporadas de construcción, mantenimiento y fechas festivas. Como puede observarse, lo que se ha denominado como *escala hipotéticamente significativa*, se refiere a la interacción básicamente económica, eludiendo por el momento las diferencias sexuales y sociales de un gran espectro de relaciones posibles. Ello, obviamente, no descarta su existencia, sino que reconoce que, dadas las actuales evidencias disponibles, se hace absolutamente imposible considerar las diferencias sexuales y sociales entre distintos colectivos a nivel inter e intracomunitario. Principalmente, como se ha indicado más arriba, la carencia de estudios sistemáticos respecto a las características bioantropológicas de la población, así como estimaciones de los volúmenes de producción y consumo alimentario, y no sólo de su variabilidad, hacen que cualquier afirmación respecto a la distancia social y sexual, sea por el momento especulativa.

En consecuencia, considerando por una parte las definiciones conceptuales que sirven para una delimitación preliminar de la territorialidad teórica hipotéticamente significativa y, por otra, las evidencias disponibles, se proponen dos escalas espaciales para describir la interacción que mantuvo Chavín de Huántar con las comunidades del Callejón de los Conchucos. Una primera escala, estaría definida por un radio de aproximadamente 10 km, incluyendo los sitios arqueológicos adscritos al Formativo de la cuenca o drenaje del río Mosna, lo que según isócronas aproximadas contemplaría alrededor de un máximo de 4 horas

¹⁷ Entiendo por “directamente” al volumen de producción necesario y su fuerza de trabajo, para el mantenimiento subsistencial (comida, abrigo y cuidados) de las personas residentes en el “templo” y su área adyacente, así como de eventuales especialistas que lo visitaron temporal o permanentemente.

de recorrido a pie (fig. 1.17). A esta escala la he denominado *Área arqueológica del drenaje del Mosna* (fig. 1.16). La segunda escala, abarcaría un área mayor definida por las subcuencas del drenaje del Alto Marañón (tributario directo del Amazonas), correspondientes a la ya mencionada Mosna, Huaritambo y Pukcha (fig. 1.18). Este espacio se corresponde con el área actualmente ocupada por la Provincia de Huari, de modo que se la ha denominado como *Área Arqueológica de Huari*. En ambas escalas espaciales, puede considerarse que la escasa disponibilidad de evidencia empírica de calidad se debe a los dos factores antes enunciados (geomorfología y distribución político-administrativa), además de otro que se ha asignado a la historia de la investigación. Una breve caracterización de dichos problemas aclara la situación de la evidencia disponible:

- a) Problemas geomorfológicos: se refieren a la invisibilización de las evidencias arqueológicas de superficie provocadas por el alto dinamismo de las laderas y los desbordes o crecidas de los ríos durante la temporada de lluvias que provocan derrumbes de estructuras, arrastre, redepositación y deposición de capas de material coluvial o socave de secciones de las riberas de los ríos en el fondo del valle.
- b) Problemas político-administrativos: se refiere a la ocupación urbana, semi-urbana y rural que provoca alteraciones o imposibilidad de detectar ocupaciones prehistóricas, tanto de manera vertical, como en extensión. A ello debe sumarse el deterioro de los sitios arqueológicos que provocan las intensas actividades de *huaquería*.
- c) Énfasis de la arqueología en la costa peruana: un factor histórico en la desatención de gran parte de la arqueología de la Sierra de Ancash, a pesar que se cuente con datos de exploraciones antiguas realizadas por algunos viajeros del siglo XIX y los primeros investigadores en el siglo XX, es el énfasis en la arqueología de la costa peruana fruto de la orientación del Perú contemporáneo, que concentra en ciudades costeras el poder político y económico, incrementada en la década de los 80 y los inicios de los 90 por los conflictos sociopolíticos en la Sierra (Burger 2003: 8).

En conclusión, estos tres factores explican en buena medida la ausencia de suficientes datos para la caracterización de la vida social en la que estuvo inmersa la construcción, funcionamiento y abandono del sitio de Chavín, pero no justifican que la mayor parte de las generalizaciones se hayan realizado sobre reconocimientos de materiales arqueológicos fruto de exploraciones de superficie y/o excavaciones muy restringidas. Considerando estas limitaciones, se presentan a continuación una síntesis de las evidencias disponibles y los modelos interpretativos que intentan explicarlas en el marco de la delimitación de territorialidad teórica arriba justificada.

1.5.1 Área Arqueológica del drenaje del Mosna (AADM)

La figura 1.16 es una ilustración de la ubicación aproximada de aquellos sitios arqueológicos que se han adscrito al Período Formativo, considerados como coetáneos con el funcionamiento de Chavín de Huántar. Las fuentes disponibles se refieren a las exploraciones realizadas por Espejo Núñez publicadas en su tesis (1959), a algunos datos aportados por Hernán Amat (1976; 2003), a las excavaciones realizadas por Richard Burger en 1974 (Burger 1982) y al inventario de sitios arqueológicos de los actuales distritos de Huántar, San Marcos y Chavín de Huántar recopilado por Wilhelm Diessl (2004). La tabla 1.7 es un resumen de las principales características descritas en la literatura consultada. Como puede apreciarse, salvo para el asentamiento antiguo de Chavín de Huántar, no se cuenta con fechados absolutos, y de los 19 sitios mencionados sólo se han realizado excavaciones en 8 de

ellos. Sin embargo, dichas intervenciones han sido muy limitadas si se considera la extensión total estimada de los sitios.

Se trata, en general, de yacimientos de ladera, es decir, que no se encuentran en el fondo del valle como el asentamiento antiguo de Chavín de Huántar. Su reconocimiento se basa, por lo común, en la presencia de plataformas o muros de contención de éstas o de aterrazamientos para la generación de espacios horizontales de cultivo (andenerías). La adscripción al Período Formativo se sostiene, a su vez, en la presencia de uno o varios rasgos considerados como “diagnósticos” de este rango de tiempo:

- a) muros de piedra canteada en escuadra, a veces megalíticos;
- b) cerámica de los estilos urabarriu o janabarriu (véase Burger 1984, 1998);
- c) lápidas líticas con bajo relieves de estilo Chavín, en cualquiera de las fases propuestas por Rowe.

Demás está advertir la racionalidad histórico-cultural que se encuentra detrás del tratamiento que se le ha proporcionado a la evidencia existente, máxime cuando no se cuentan ni con excavaciones en extensión, ni con fechados absolutos. Aún así, es probable que mediante las excavaciones en el asentamiento antiguo, así como las realizadas en las aldeas de Pojoc y WamanWain, Burger haya adquirido una mayor familiaridad con el problema de las comunidades vecinas a Chavín, siendo hasta el momento, el único que ha proporcionado una interpretación de las probables interacciones que se desprenden de esos trabajos.

Como puede observarse en la tabla 1.7, son los sitios de Pojoc y WamanWain, los mejormente conocidos, a pesar que su excavación no supera el 0,03% del área arqueológica total estimada. En ambos yacimientos, se detectó la presencia de estructuras monumentales en el formato de plataformas, y abundantes restos materiales de actividades domésticas, que documentan un acceso a bienes de intercambio de larga distancia, manifestado en la presencia de contactos con la costa por la existencia de restos de peces y conchas, así como con la sierra sur por la presencia de instrumentos y desechos de obsidiana, cuya fuente de origen se encuentra a 470 km al sur en los depósitos de Quisipisisa, en la región de Huancavelica (Burger, et al. 1998; Burger, et al. 2000). Ambos sitios también se encuentran sobre promontorios que permiten una perfecta panorámica del piso del valle; especialmente Pojoc que domina una visión despejada al sur, oeste y este de Chavín de Huántar.

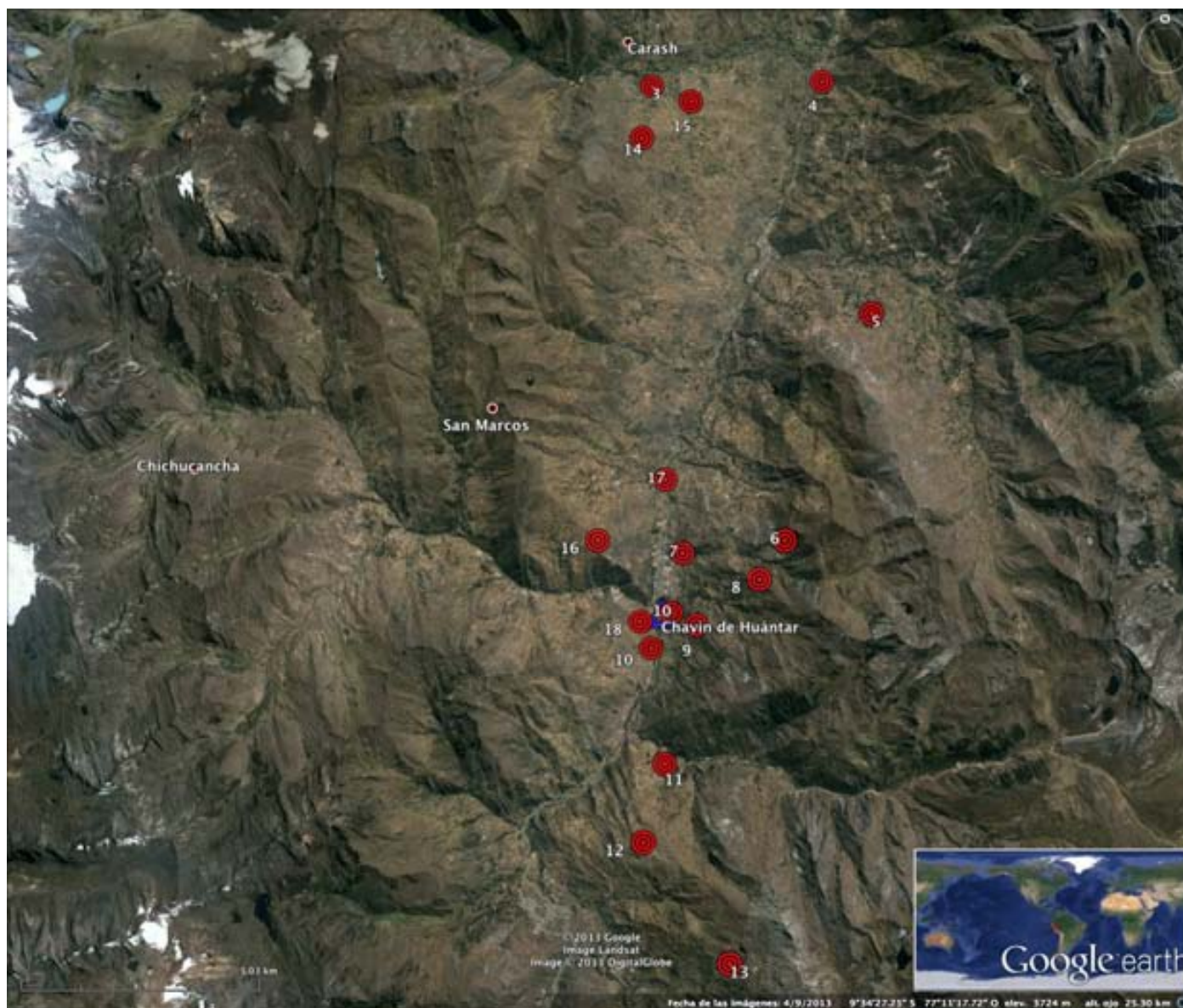


Figura 1.16.
Relación de sitios mencionados en la literatura como Formativos en un radio aproximado de hasta 10 km a la redonda desde Chavín. Valle del Mosna.

5 km

1	WariJircan	11	Gotush
2	Succha	12	Cerro Pikutu
3	Yurac Yacu	13	YuracMachay
4	Shikip	14	R. Salitre
5	Runtu	15	R. Rahua
6	WamanWain	16	Pojoc
7	Milchu	17	Machcas
8	WarampuPatac	18	Chakinani
9	Piruru	19	Ultapuquio
10	Gaicho		

Tabla 1.7. Síntesis de las principales características de los sitios arqueológicos adscritos al Período Formativo en el drenaje del río Mosna							
Sitio	distrito	referencia	ubicación relativa	excavado	estructuras	Extensión excavación	Material
WariJircan	San Gregorio de Huántar	Diessl 2004:118-125. Amat 1976	Terraza oeste Mosna	si	Piramidales compuesta de tres plataformas superpuestas	0?	Cerámica de estilo Toril (ca. 1800 a.e)/época Huántar-Kotosh, sensu Amat
Succha , hallazgo aislado	Huántar	Diessl 2004: 105, Tello 1950	Terraza oeste del Mosna. Haciendas GuesaliaUranchacra	no	Mortero escultórico, semejante al de Pensilvania (véase Tello 1960)		
Yurac Yacu	Huántar	Tello 1960: Esculturas 52, 53 y Lám. XLIVB	Caserío de Yurac Yacu, ribera sur del río Carhuascanha	no	Construcciones megalíticas, galerías subterráneas piedras labradas (sensu Tello 1960)		Dos lápidas y procedencia posible de mortero de Pensilvania
Shikip	San Marcos	Tello 1960, Diessl 2004: 197	Ribera este Mosna, norte San Marcos	no	Muros Megalíticos (ya no existen)		Fragmento de relieve, de figura alas mitológicas (Diessl 2004: fig. Sma 5)
Runtu	San Marcos	Diessl 2004: 210	Quebrada Carash, este San Marcos pueblo actual	no	Muros megalíticos y construcciones en piedra rústica (sensu Tello)		Relieves en lápidas: calcos en MNHAAP (personaje antropomorfo de perfil, StaffGod, y rapaz fase D de Rowe) Diessl:figs. Sma 25, Sma 26A, B y C
WamanWain	San Marcos	Tello 1960, Espejo Núñez 1959, Burger 1982, Diessl 2004	2 km al NE de Chavín. Terraza Este Mosna, Qda. Huamanhuay	si	Plataformas, muros (andenes de contención),	12 m2/de ca 4 há (ca 0,03%)	Piedras rectangulares labradas, 8 fragmentos de lápidas de granito blanco, cerámica, restos animales y plantas, placasde oro, restos bioantropológicos
Milchu	San Marcos	Diessl 2004: 241	1,5 km NE Chavín. Terraza Este Mosna, Qda. Huamanhuay	no	Plataforma central planta rectangular en espolón rocoso, estructura con piedras labradas de granito blanco. Posición estratégica (sensu Diessl)		Relieve, depósitoMuseoChavín Staff God (Diessl 2004: fig. Sma64, 65)
WarampuPatak	San Marcos	Diessl 2004:247	1,8 km NE Chavín, Terraza Este Mosna, sur Qda. Huamanhuay	no	Plataformas, andenerías hasta el fondo del valle		Cerámica (blanco sobre rojo, Huarás), hacha lítica en T (Cuarcita?), Lápida con relieve (granito o andesita) ornitomorfo

Piruru	San Marcos	Diessl 2004: 250	1 km, cerro terraza este río Mosna	no	Plataforma planta pentagonal asimétrica, cámara subterránea tapada con lajas, plataforma "mirador" (vista a Chavín), plataforma amurallada.	Fragmentos cerámicos, un diseño chavinoide
---------------	------------	------------------	------------------------------------	----	---	--

Sitio	distrito	referencia	ubicación relativa	excavada	estructuras	Extensión excavación	Material
Gaucha, La Banda	San Marcos	Diessl 2004: 255	Terraza este mosna, frente a Chavín	si	Ver descripción en apartado 1.4.8		
Gotush	San Marcos	Diessl 2004: 271; Espejo Núñez 1959; Tello 1960	Terraza Este Mosna, inicio Qda.Chapollhuayacu	si	Plataformas	Total: 8m2 (% estimado:?)	5 relieves de colecciones privadas (perdidos en aluvión de 1945). En excavación: Cerámica utilitaria, quema huesos humanos y fauna, cerámica negra y roja, incisiones y relieve (formativa), hacha de cobre, punta de proyectil, herramientas de hueso
Cerro Pikutu	San Marcos	Diessl 2004: 279; Espejo Núñez 1959	Terraza este Mosna, sur Gotush	no	Asentamiento amurallado, con plataformas y recintos de planta circular		
YuracMachay	San Marcos	Diessl 2004: 296; Diessl 2003: 353; Amat 2003:	Terraza este Mosna, adyacente al poblado de Conin	si	plataformas, plazas, otros recintos de piedra, alero pircado	1x1m (% estimado:?)	Puntas lanceoladas de estilo lauricochense II (Amat 2003). Incluida por sector que cuenta con brecha volcánica (véase capítulo 12)
Pojoc	Chavín de Huántar	Espejo Núñez 1959, Tello 1960, Burger 1982, Diessl 2003 y 2004	Terraza oeste mosna, sobre afloramiento de cuarcita Shallapa	si	Terrazas, plataformas	8,25 m2 (ca 0,033%)	Cerámica Urabarriu, Cerámica Janabarriu (respetando secuencia de superposición estratigráfica), 2 lápidas de granito blanco, artefactos de oro, cobre, conchas, peces, etc.
Pueblo de Chavín	Chavín de Huántar	AAVV	Terraza oeste Mosna	si	19 intervenciones con videncias de plataformas, muros megalíticos, espacios residenciales, canales, entre otros	?	multiplicidad de materiales: contextos domésticos, rituales y de producción
Machcas	Chavín de Huántar	Diessl 2004: 443	Terraza oeste río Mosna	si	4 bocas de canales	?	Cerámica Urabarriu

Chakinani	Chavín de Huántar	Burger 1984, 1992, 1998, Diessl 2004: 526	100 m al SO desde la esquina SO Edificio A	si	Muros, plataformas	10 m2 (% estimado:?)	huesos humanos (entierro secundario de un lactante), cerámica, artefactos de oro, obsidiana, conchas y peces marinos, cerámica importada, etc.
Ultapuquio	Chavín de Huántar	Burger 1984, 1998, Diessl 2004: 536	Terraza oeste del río Mosna	si	Muro de contención de plataforma	?	Cerámica janabarroide

Respecto a la estratigrafía de los sectores excavados, tanto en WamanWain como en Pójoc, se observan sellos entre las ocupaciones del Horizonte Temprano y las posteriores que sugieren una clara fase de abandono. A juicio de Burger, los materiales recuperados plantearían una estrecha vinculación con el Núcleo Monumental, la cual habría estado basada en una potencial complementariedad económica entre los residentes de los asentamientos de altura y los del fondo del valle, cuyos suelos permiten cultivos diferenciados. Tanto la presencia de obsidiana como de los otros materiales exóticos, así como las lápidas líticas con bajo relieves, sugerirían que el Núcleo Monumental, en su versión templaria, habría cumplido un rol redistributivo, tal como una metrópoli abastece a las comunidades rurales de bienes y servicios que ellas no producen (Burger 1982:21).

En relación a la presencia de las lápidas con relieves de estilo Chavín en ambos sitios, Burger sostiene, sin justificar la razón, que habrían sido trasladadas desde el Núcleo Monumental a estas aldeas, estableciendo con ello “santuarios” menores; argumento que se vería reforzado por la presencia de las plataformas, conchas y huesos de peces marinos que serían indicadores, a su juicio, de actividades “rituales”. De esta manera, la comunidad local que vivía cerca del templo, no sólo estaría “autorizada”, sino que habría prestado asistencia en el establecimiento y construcción de las ramificaciones de actividad cultica. La presencia de este tipo de relieves en sitios como Runtu, Gotush y Yurac Yacu (fig. 1.15) demostraría, que este patrón se reiteraría a una escala espacial mayor.

A nivel de las relaciones sociopolíticas, los restos de estos pequeños sitios permitirían el acceso a la experticia y recursos que sobrepasan los medios de una pequeña comunidad agrícola. Chavín de Huántar, entonces, integraría a las comunidades rurales transformándolas en grupos de soporte, sin necesidad de recurrir a la coerción física. El modelo de funcionamiento se basaría en el abastecimiento a caseríos y aldeas, de esculturas de calidad, parafernalia ritual y bienes exóticos, con el objetivo de establecer las bases de obligaciones recíprocas, sentando sistemas de deuda permanente con la administración del templo. A su vez, las aldeas como Pójoc y WamanWain, podrían haber sido incorporadas dentro de un ciclo ritual regional de procesiones y festividades las cuales girarían en función de lo establecido en el calendario religioso de Chavín de Huántar.

Una de las principales consideraciones que llevó a Burger a excavar en Pójoc y WamanWain, fue la de conocer el rol de esos pequeños sitios en la fundación de Chavín. Sin embargo, ninguno de los dos muestra ocupaciones durante el Formativo Medio como para sostener que podrían haber aportado población para apoyar o iniciar la construcción original de Chavín. Si bien algunos fragmentos cerámicos fueron adscritos a la fase temprana de Burger, Urabarriu, y dos esculturas de WamanWain datan, tentativamente a decir del investigador, de la fase AB de Rowe, la mayoría de los elementos son de aspecto janabarriu o post-Chavín, de modo que aún en los lugares mínimamente excavados, se carece de evidencias como para sostener un origen local del proyecto monumental.

Si se observa la isócrona de 1 hora de camino desde Chavín de Huántar (fig. 1.17A), es posible advertir que la máxima concentración de sitios formativos del AADM quedan incorporados en esta relación tiempo/distancia. Sólo estarían fuera, sitios como Yurac Yacu (con sus eventuales aldeas Rahua y Salitre), Shikip y Runtu, por el norte, y YuracManchay por el sur. En este primer ámbito, se aprecia además una mayor densidad de sitios, aunque eso podría deberse a un sesgo de la investigación provocado por la mayor atención que se le ha prestado al sector monumental. Salvo éste último, el asentamiento antiguo y evidencias

aisladas como las bocas de canales de Machcas, el resto de los yacimientos se ubican en las laderas y en promontorios que destacan por su excelente visibilidad.

Respecto a este último aspecto, destaca cerro Pikutu al sur, con una panorámica que integra una vista despejada al norte del fondo del valle del Mosna, incluyendo el sector monumental de Chavín de Huántar, al sur, siguiendo el drenaje del Mosna, al este, dominando todo el acceso oriente provocado por la quebrada Challhuayacu, y al poniente, de norte a sur, las quebradas de Pirish, Huallpish y Pucavado, siendo ésta última, uno de los principales abras que comunica con el Callejón de Huaylas.

Sitios como WamanWain y Pojoc poseen una visibilidad importante, especialmente del fondo del valle del río Mosna y directamente del sector monumental de Chavín de Huántar, pero también entre ellos. El resto de los sitios en las laderas, parecen privilegiar un uso agrícola, lo que en formato de andenerías permitiría propiciar cultivos que Herrera integra en la ecozona Kichwa-Suni (2500-3500 y 3500-4200 msnm, respectivamente), es decir, tanto de maíz y frutales, como de tubérculos, raíces, granos de altura y leguminosas (Herrera 2003: 226). Se trata, en consecuencia, de asentamientos que si bien no se emplazan sobre los ricos suelos del fondo del valle, pueden implementar un sistema de cultivo abundante y diverso, eventualmente complementario con los del fondo del valle. Finalmente, en éste último, junto al Núcleo Monumental pareciera que se ubicó una población relativamente abundante con una extensión continua que podría haber superado los actuales límites del pueblo moderno. Si bien Burger ha propuesto la existencia de una variación en la extensión del asentamiento antiguo, con una primera fase, Urabarriu, más restringida que la última, Janabarriu (Burger 1984, 1998) que covariaría positivamente con la densidad demográfica y la variabilidad de actividades, podría considerarse que el fondo del valle del río Mosna donde se instaló el Núcleo Monumental estuvo rodeado por un asentamiento aldeano permanente, en el que se desarrollaron actividades domésticas y de producción especializadas de variedad e intensidad no comparables con los asentamientos de altura y de ladera.

No resulta del todo claro si este asentamiento tuvo límites demarcados con controles de acceso, o si la dispersión del asentamiento daba paso a sectores de cultivo de forma paulatina e irregular. Lo cierto es que, en lo que parecen ser los márgenes al norte y al sur de la distribución aldeana, existen estructuras monumentales de las cuales no hay certeza si correspondan a muros de delimitación espacial o a contenciones de plataformas; pero, en cualquier caso, parecen formar parte de un sistema constructivo que distingue el espacio del asentamiento de Chavín de Huántar (Burger 1998, Diessl 2004).

Figura 1.17. Isocronas de distancia de recorrido a pie aproximado proyectado mediante el algoritmo ofrecido por *IsochronousApplication V0.8* (<http://cartoo.dyndns.org/>) sobre información GoogleMaps

5 km




Figura 1.17A. Isocronas de 1 h



Figura 1.17B. Isocronas de 2 h



Figura 1.17C. Isocronas de 3 h



Figura 1.17D. Isocronas de 4 h

En síntesis, la relación tiempo/distancia de hasta aproximadamente 1 hora de desplazamiento a pie, integraría al menos tres formas de emplazamiento vinculadas estrechamente con el funcionamiento del Núcleo Monumental:

- a) Asentamientos de altura: correspondiente a pequeñas aldeas, cuya característica distintiva sería la visibilidad de las rutas que llevan hacia el fondo del valle del río Mosna desde todas las direcciones cardinales. Estas pequeñas aldeas, podrían haber contado con un abastecimiento propio de alimento complementado con otros asentamientos en las laderas y en el fondo del valle.
- b) Asentamientos de ladera: especialmente destinados a la producción agrícola de andenería, y eventualmente pecuaria.
- c) Asentamiento del fondo del valle: vinculado con producciones especializadas de bienes y servicios (económicos y político-ideológicas), y alimentos, basados en un sistema agrícola en suelos con un excelente potencial.

En términos de jerarquías de asentamientos, esta primera isócrona sugiere que si bien todos los asentamientos podrían haberse beneficiado de los bienes y servicios ofrecidos por el Núcleo Monumental, serían los ubicados en sectores de alta visibilidad quienes muestran un mayor número de objetos importados y bienes de alto valor simbólico como las lápidas de iconografía estandarizada, aunque han sido dos de esos tres, los únicos excavados de forma sistemática. Si las litoesculturas fueron trasladadas desde Chavín, o si su producción fue local, es materia de investigación, cuyos resultados plantearían consecuencias relevantes para el conocimiento de una parte de la distribución del trabajo especializado.

Las dos siguientes isócronas (figs. 1.17B y 1.17C), de 2 y 3 horas de caminata desde el Núcleo Monumental, integrarían los sitios arqueológicos ubicados en las grandes quebradas de Carash¹⁸ (Runtu) y Carhuascancha (Yurac Yacu, Salitre y Rahua) (fig. 1.16). En esta porción, el fondo del valle de río Mosna se estrecha a tal punto que no deja llano para el cultivo. Al contrario, estas dos quebradas, con cursos de agua permanente, poseen amplios espacios para el cultivo en el fondo del valle y en las laderas. Si pudieran considerarse escalas de autosuficiencia alimentaria, estas grandes quebradas eventualmente lo permitirían. Efectivamente, si bien tanto Runtu como Yurac Yacu se adscriben al Período Formativo debido a la presencia de lápidas con iconografía Chavín, no presentan ninguna otra característica, además de una posible productividad agrícola, que las particularice como a los asentamientos de la primera isócrona. A diferencia de ésta última, en la segunda y tercera se accedería a la ecozona Puna (4200-4800 msnm), un área en la que se hace imposible la agricultura, pero que favorece el pastoreo. En consecuencia, si quisiéramos ubicar a las poblaciones o los lugares a los que se tuvo que acceder para la producción pecuaria, deberíamos considerar que los asentamientos probablemente temporales de los ciclos de pastoreo que proveyeron directamente de proteína camélida, de animales y de materia base ósea y lanífera para la producción de objetos especializados, deberían encontrarse especialmente a partir de la tercera isócrona. Los modelos etnográficos y etnohistóricos, sostienen que son las poblaciones ubicadas en pequeños caseríos dispersos ubicados en las laderas quienes sostienen de forma complementaria un sistema agropecuario (Lane 2006), de modo que las poblaciones que practicaron el pastoralismo podrían ser todas aquellas ubicadas en las laderas, o bien, en asentamientos de mayores alturas aún no detectados.

¹⁸ GoogleEarth ubica erróneamente la quebrada de Carash en la de Carhuascancha.

Cercanas a la confluencia del río Huaritambo y el Puchka (fig. 1.18) las escasas evidencias formativas encontradas en los sitios de WariJircan y Succha, podrían inscribirse en la isócrona de 4 horas de distancia, cuyas características podrían considerarse semejantes a las de asentamientos de ladera de la primera isócrona, pero probablemente integrando interacciones territoriales más amplias que pueden ser mejormente descritas en el marco del *Área Arqueológica de Huari*.

1.5.2. Área Arqueológica de Huari(AAH)

Únicamente el *Proyecto Arqueológico Huari-Ancash*, dirigido por Bebel Ibarra, ha prospectado sistemáticamente este sector, empleando el material cerámico recuperado en superficie o analogías arquitectónicas para realizar adscripciones cronoculturales (Ibarra Asencios, et al. 2010; Ibarra Asencios 2009; Ibarra Asencios 2003b). Al igual que en el río Mosna, los asentamientos identificados se distinguen por su localización, morfología y funcionalidad hipotética. La tabla 1.8 resume las principales características de los sitios detectados para las subcuencas del río Huaritambo, Puchka y algunos del Mosna, no incluidos en la fig. 1.16, adscritos al Horizonte Temprano (900-300 a.n.e.), según la periodificación empleada por el equipo de investigación a cargo. El ordenamiento empleado en la tabla 1.8, e ilustrado en la figura 1.18, corresponde a algunos datos aportados por este proyecto, pero han sido reorganizados de acuerdo a los términos empleados en esta tesis¹⁹.

A juicio de las y los investigadores, la existencia de un montículo en cada una de las subcuencas, sugeriría que habría existido al menos un centro principal en cada una de ellas. En ese sistema, los asentamientos de cumbre apoyarían la tesis de Burger (1982), respecto a la presencia de ocupaciones satélites alrededor de uno principal (montículos). Por su parte, la distribución entre los asentamientos emplazados en las laderas y el fondo del valle, mostrarían una interacción entre ambos caracterizada por la “cohesión”: los del fondo del valle son más grandes, aprovechan suelos más fértiles y siguen siendo reutilizados en los períodos siguientes, de modo que habrían actuado, al igual que Chavín de Huántar, como centros integradores o de atracción para la población instalada en las laderas. Finalmente, la presencia de sitios con arte rupestre en el fondo del valle, con representaciones figurativas de animales amazónicos, como monos, mostrarían al valle del Pukcha como una ruta de tránsito entre la sierra la selva.

Respecto a la relación con Chavín, el Proyecto de Investigación Huari-Ancash, sostiene:

“En el Formativo Medio u Horizonte Temprano (...), las secuencias estilísticas obtenidas (Burger 1998, Lumbreras 1989, 1993), provienen del Templo de Chavín y sus alrededores, nuestras prospecciones en las micro cuencas del Huaritambo, Rurichinchay, y Pushka, revelan la casi total ausencia de material netamente Chavín, lo que significaría que correlacionar secuencias en una misma microregión no es posible. Ya que la secuencia estilística que se maneja, se cumple sólo para Chavín y sus alrededores, pues 10 Km fuera de esa área el panorama es diferente, es necesario trabajos de secuencia estilística correlacionadas con fechados radiocarbónicos para poder establecer secuencias a nivel regional o micro regional. Más aún con los problemas de cronología que presenta el templo de Chavín de Huántar, Rick manifiesta no existir evidencia confiable para esta cronología (1998:208). En resumen ¿podremos

¹⁹Por ejemplo, *Estructura Ceremonial* definida por Ibarra Asencios como “edificación de ubicación central o aislada, cuya magnitud la hace marcadamente diferenciada al resto de estructuras menores. Sus características arquitectónicas especiales indican una función religiosa, astronómica o comunitaria. Mayormente son circulares y ocupan la parte alta de un sitio.” (Ibarra Asencios 2003b: 261), se ha reemplazado por “Estructura Singular”, porque la ausencia de excavaciones sistemáticas impiden una adscripción funcional como la que propone a priori el autor.

considerar la secuencia estilística cerámica de Chavín de Huántar como un reflejo en la cuenca del Pushka?”(Ibarra Asencios 2003a: 12).

Tabla 1.8. Sitios arqueológicos de las subcuencas Huaritambo, Puchka y algunos del Mosna. Los números indican el nombre y posición de los yacimientos ilustrados en la figura 1.18. Información recuperada y modificada de la proporcionada por el Cuadro 1 en Ibarra Asencios 2003b:267.

Nº	Nombre	Localización	Morfología	Funcionalidad (?)*
28	Ushcumachay	Ladera	Abrigo Rocoso	Habitacional
39	Llapajmarca	Cumbre	Estructuras aglutinadas	Habitacional/Defensiva
40	Caullumachay	Fondo de Valle	Arte Rupestre	Simbólica
42	Purunmarca	Fondo de Valle	Estructuras (?)	Aldea
46	Pirurojirca	Fondo de Valle	Montículo	Político-ideológica
52	Matibamba	Fondo de Valle	Montículo	Político-ideológica
55	Pan de Azúcar	Cumbre	Montículo	Político-ideológica
75	Yamllipitec	Fondo de Valle	Montículo	Político-Ideológica doméstica/económica
76	Cashapallan	Fondo de Valle	Montículo	Político-ideológica
80	Mashuanco	Ladera	Tumba en plataforma	Cementerio
87	Onga	Ladera	Montículo	Político-Ideológica
88	Warjircan	Ladera	Montículo	Político-ideológica
89	Piruroloc	Ladera	Estructura Singular	Político-Ideológica
91	Caunín	Ladera	Montículo	Político-Ideológica
92	Rucu-Cruz	Ladera	Montículo	Político-Ideológica
106	Reparin	Laguna	Montículo	Político-Ideológica
107	Pirushtu	Ladera	Montículo	Político-Ideológica
111	Chuncayajirca I	Fondo de Valle	Estructura Singular	Político-Ideológica
112	Chuncayajirca II	Fondo de Valle	Estructura Singular	Político-Ideológica

* El signo de interrogación pone en duda el planteo de una adscripción funcional, debido a la ausencia de excavaciones, por lo que se desconoce la variabilidad de actividades ahí llevadas a cabo.

La respuesta a la pregunta formulada parece ser negativa, ya que sobre los 10 km de distancia de Chavín, al menos al norte, parecen existir circuitos y formas de producción cerámica, y eventualmente de otros productos, que poseen características distintas para el mismo período.

Otro aspecto relevante que ha detectado este Proyecto, es que durante el siguiente período sólo un asentamiento incrementa su tamaño respecto al anterior, lo que, a juicio de Ibarra, indicaría que la densidad poblacional se mantendría relativamente constante (2009: 12). Ello podría ser el reflejo de que la desintegración Chavín no afectó significativamente a los pueblos más allá de la confluencia del Mosna y el Huaritambo, precisamente porque habrían mantenido una marcada independencia de Chavín. Al respecto señala:

“Podríamos suponer, en relación a la elevada importancia de Chavín, que la atención a sus centros cercanos fue mínima (ubicados en el mismo valle), en razón a que las esculturas de tipo Chavín y Recuay son inexistentes (algunos monolitos han sido identificados en Huántar). (...)no se presentan asentamientos de carácter defensivo; las tradiciones locales anteriores (por ejemplo la reocupación de los montículos) estarían dando señales de la independencia de los asentamientos del Horizonte Temprano frente a Chavín de Huántar.” (Ibarra Asencios: Ibíd.)

En parte ello podría ser la explicación a la transformación de las funciones que se observan en las estructuras post-chavinas ubicadas en la Plaza Circular del Núcleo Monumental; una subversión que sólo se observa en Chavín, ya que en el resto de los sitios del fondo de valle, los montículos formativos serán “funcionalmente” respetados, siendo una y otra vez reutilizados ceremonialmente, al contrario de la total transformación de las funciones rituales de Chavín de Huántar y de la aparición de grandes centros post-chavinos en el Callejón de Huaylas (Ibarra Asencios 2009:14).

En síntesis, la evidencia de las prospecciones realizadas en las subcuencas del río Huaritambo, Mosna y Pukcha, muestra una distribución, tamaño y morfologías de asentamientos muy semejante a la del río Mosna en la que se inserta Chavín de Huántar. A pesar de ello, el material recuperado no se condice con la influencia ideológica, política y económica que cabría esperar para un lugar de la envergadura que la historia de la investigación le ha atribuido a Chavín de Huántar. Al menos en lo que respecta al material cerámico, lo planteado por Ibarra Asencios (2003a) sugiere que la popular cerámica de círculos estampados *janabarroides*, que aparece profusamente en Chavín de Huántar y sus inmediaciones, tendría una presencia marginal en las subcuencas prospectadas.

Al respecto, los análisis de procedencia de pastas realizados por Isabelle Druc (Druc 1998a; Druc 1998b; Druc 2004; Druc and Gwyn 1998), son los más sugerentes por el momento. De la muestra analizada, no se observaron diferencias significativas entre las fases cronostilísticas Urabarriu, Chakinani y Janabarriu²⁰, lo que plantea que las mismas fuentes de arcillas y temperantes fueron empleadas durante un largo tiempo, siendo sólo uno de los petrogrupos identificados para Janabarriu, proveniente de un mismo lugar para la elaboración de ciertas formas. El 70% de las muestras analizadas corresponde a una cerámica de producción local, con una gran variabilidad mineral y química, de modo que no habrían existido talleres centralizados de producción; a diferencia de la cerámica Janabarriu de origen foráneo (Ancón, Garagay y Huaricoto), no se conocen alfares de pasta Chavín en otros sitios (Druc 1998a). Por tanto, el estilo cerámico que se considera propiamente “Chavín” correspondería a la replicación de diseños de representación y formas, dualidad que suele coincidir con la definición más difundida de “estilo”.

En consecuencia, se podría decir que la cerámica de aspecto Chavín, por sus formas y su decoración, es la que “se lleva” a Chavín de Huántar, y en ningún caso la que se produce en Chavín para ser exportada. La que se produce en Chavín se queda ahí, mientras que la detectada en otros sitios, es producida localmente para ser exportada. ¿Qué es lo que ocurre entonces con la producción cerámica de aspecto Chavín en los sitios de las subcuencas Huaritambo y Pukcha que muestran una frecuencia marginal de ésta? Una hipótesis alternativa a la de Ibarra, en relación a la total autonomía de las comunidades, es que efectivamente, la producción de cerámica Chavín se haya restringido exclusivamente a la que se llevaría al sitio epónimo. Para ello se hace urgentemente necesario realizar análisis comparativos de la procedencia y escala de la producción de otros bienes, así como la de cerámica doméstica en un marco temporal absoluto, que permita, entre otras cosas, comprender el rol de las comunidades de las subcuencas vecinas en el sistema económico de intercambio y sostenimiento económico tanto de Chavín de Huántar, como de las propias comunidades.

En conclusión, las evidencias de las subcuencas vecinas al Mosna, muestran una distribución, morfología y eventual funcionalidad, semejante a la observada en el valle de Chavín, pero con unas relaciones que parecen estructurarse a una escala muy local, es decir, a nivel del valle, cuyos vínculos con el sitio de Chavín de Huántar no parecen lo suficientemente fuertes como para sostener una dependencia permanente en términos económicos, ni político-ideológicos. La ausencia de iconografía, en formato de lápidas líticas y bienes cerámicos característicos de la producción e importación vista en Chavín y sus alrededores, plantea una posibilidad cierta,

²⁰ Para una revisión crítica del alcance y validez de la secuencia estilística propuesta por Burger, véase Rick et al. 2009.

si no a la propuesta de independencia del poder e influencias de Chavín, al menos, a una negociación y eventual resistencia a los intereses del yacimiento mayor, quizás estimulados por la situación de bisagra en las que se encontraban algunas de estas poblaciones al estar localizadas en una de las más importantes rutas a la selva.

Por último, si se observa el escenario espacial 50 km al norte de Chavín de Huántar, especialmente en la cuenca sur del río Yanamayo, otro tributario del Marañón, donde se han realizado prospecciones sistemáticas desde hace algún tiempo, el panorama “archipielágico” de relaciones político-económicas que parece haber sostenido Chavín, muestra ciertas evidencias interesantes.

Efectivamente, la distribución singular de los asentamientos y la presencia de “arte lítico” durante el Formativo Medio, estimuló la investigación del “significado especial de sitios específicos en el pasado” (Herrera 2006: 5), mediante una prospección desde el Valle de Nepeña en la costa, hasta la desembocadura del río Yanamayo en el Marañón, cuya porción en la sierra recibió el nombre de Proyecto de Exploración Arqueológica Conchucos (PEAC) (Herrera 2003b). El objetivo de este último fue el de estudiar la variación en los patrones de asentamiento y los cambios evolutivos en las estrategias económicas en la región central del Callejón de los Conchucos. Esta zona, posee prácticamente las mismas características geoambientales que la porción sur, donde se encuentra Chavín de Huántar, esto es, (i) escalonamientos comprimidos de pisos ecológicos (cortas distancias entre las diferentes franjas altitudinales); (ii) un actual predominio de la modalidad microvertical; y (iii) cuatro principales zonas de producción (*sensu* Brush 1977: Puna, Suni, Kichwa y Yunga. *Supra*). Al igual que en las prospecciones realizadas en las subcuencas de Huari, se emplearon como metodologías para la adscripción cronológica de los asentamientos la seriación cerámica, pero se agregaron algunas variables, entre ellas:

- Asentamiento: definido como lugar de residencia sedentaria con recintos habitacionales.
- Grupos de asentamiento: a) por su localización: cima, ladera y orilla de río o laguna; o b) por su tamaño: menos de 5 ha, 5 ha, más de 5 ha.

Los principales resultados de esta prospección para el Horizonte Temprano se resumen en la tabla 1.9.

Para Herrera, la presencia de grandes asentamientos en el fondo del valle (ecozonas) y pequeños en las laderas en sectores transicionales (ecotonos), confirma que las estrategias de complementariedad económica mediante una explotación microvertical de los recursos agrícolas descritos por las fuentes etnohistóricas y etnográficas, se encontraban plenamente desarrolladas hacia el primer milenio ANE. Dicha estrategia, se vería reforzada por: (i) la correlación positiva entre la extensión de los sitios y las áreas cultivables a su alrededor; y (ii) el emplazamiento de sitios mayores en el fondo de valle cerca de la confluencia de ríos: situación que se vincularía a rutas de tránsito interregionales. De esta manera, el suelo, el clima y las rutas de tránsito serían los factores económicos determinantes para la ubicación de los sitios tempranos. El siguiente período enfatizaría y consolidaría las estrategias microverticales, mediante la diversificación de la producción agrícola y el incremento de la densidad poblacional reflejado en el aumento del tamaño de los asentamientos.

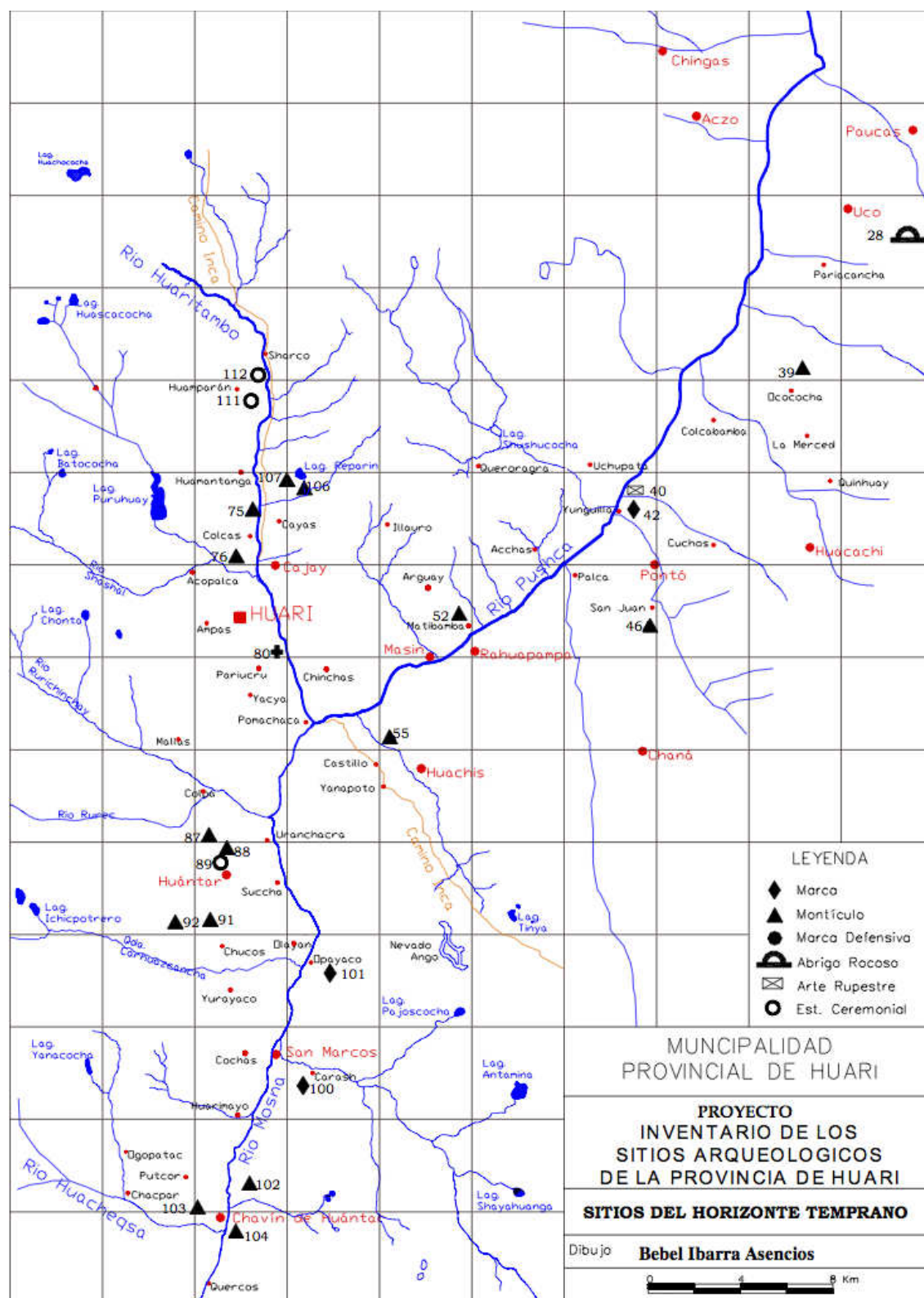


Figura 1.18. Sitios de la provincia de Huari con las subcuencas Pushca (también Pukcha, Pushka, Puccha), Mosna y Huaritambo. Mapa elaborado por Bebel Ibarra en Ibarra 2003: fig 5.

Tabla 1.9. Principales características de los asentamientos de la cuenca sur del río Yanamayo durante el Formativo Medio/Horizonte Temprano (según datos aportados por Herrera 2003, 2005, 2006)

N /distribución	10 asentamientos; 3 con ocupaciones previas/mayor densidad mitad oeste de la cuenca
Rango altitudinal	3100-3500 msnm
Localización	a) zonas bajas: asentamientos alrededor de pequeños montículos (fondo de valle o media ladera) b) zonas altas: sobre elevaciones prominentes (p.e. Gatinjirca) y dominando la confluencia de dos ríos.
Aspectos económicos	- Predominio de uso de zona Kichwa - Interacción entre asentamientos: ecozonas complementarias (distancias de pocas horas entre asentamientos)
Tamaño/ubicación	- Sitios más grandes: ubicados cerca de amplias extensiones de suelo de alta calidad en ecozona Kichwa. Se incluyen montículos y plataformas escalonadas. - Asentamientos en zonas transicionales (econotono): empleo de zonas complementarias sin necesidad de recorrer grandes distancias (posibilidad de producción autárquica, mediante una estrategia microvertical de aprovechamiento de recursos), asentamientos más pequeños que los de fondo de valle. - Asentamientos ubicados en zonas estratégicas en relación a rutas de tránsito

Al parecer, el modelo de emplazamiento/morfología y funcionalidad hipotética, es reiterativo de valle a valle en esta porción de los Andes centrales, cuya estructura se articularía en una organización socio-espacial de forma heterárquica (sensu Crumley 1995), antes que jerárquica, como lo sería, por ejemplo, el modelo incaico. Según Herrera²¹ (Herrera 2003a), la estructura heterárquica de organización social, se reflejaría en un patrón de población disperso, configurado por peregrinaciones y prácticas rituales de cultos a los ancestros que harían converger a distintas poblaciones en lugares sagrados de distinta relevancia o temática, dentro del calendario ritual. De esta manera, los asentamientos ubicados en el fondo del valle, aglutinarían una población no necesariamente en oposición a la que convocaría centros de mayor envergadura como Chavín de Huántar. A diferencia de un modelo jerárquico, en el que atributos como la estandarización en los patrones arquitectónicos evidenciaría un control centralizado asentado en una única formación social que ejerce algún dominio sobre un territorio discontinuo, el modelo heterárquico se caracterizaría por su oposición a la centralización de la gestión político-administrativa del territorio, estableciéndose negociaciones y tensiones permanentes entre los sectores sociales dominantes, determinada, eventualmente por la jerarquía de asentamientos aglutinadores.

En resumen, la limitada evidencia disponible sugiere que la porción del valle del Mosna ocupada por Chavín de Huántar, área monumental y asentamiento, se estructuraría en una distribución de emplazamientos de características semejantes a las registradas en las sub-cuencas vecinas. Ello plantea que el primer nivel de organización social comunitaria se estructuraría a nivel de valle, con tres formas de uso del espacio determinadas por la altura, el suelo y su cercanía a rutas de intercambio. De lo que se conoce en Chavín, los sitios emplazados en el fondo del valle y en la cima de elevaciones con panorámicas de visibilidad privilegiada, serían quienes se beneficiarían en mayor medida de los frutos del intercambio económico. Mientras que los sitios emplazados a media ladera y sobre los 3500 msnm, albergarían a una población que trabajó en labores subsistenciales agropecuarias. Evidencias

²¹ Para una propuesta de organización social heterárquica desde la propia estructura de distribución de algunos espacios monumentales de Chavín de Huántar, consúltese algunos trabajos de Daniel Contreras (v.g. Contreras 2010).

de producción especializada de bienes, sólo se ha detectado en el fondo del valle, que es a su vez, el lugar que posee la mayor jerarquía respecto a la envergadura monumental.

Este modelo se reiteraría en los valles vecinos, probablemente a una menor escala respecto a la monumentalidad y al alcance de las interacciones a larga distancia. Aún así, la estructura de producción sería básicamente la misma, esto es, el fondo del valle siendo utilizado exclusivamente por estructuras monumentales y una población destinada a la producción de bienes especializados asentada sobre los mejores suelos agrícolas, conectada con los asentamientos en la cima de los lugares con mejor proyección visual para el control de la confluencia de rutas de tránsito, y la mayor parte de la población ubicada a media ladera, concentrada en la producción agropecuaria en andenerías.

Ahora bien, la relación entre las sub-cuencas resulta aún muy problemática de definir. La ausencia de excavaciones extensivas y la carencia de fechados absolutos en contextos bien estructurados, hace absolutamente desacertado concluir relaciones de sincronía histórica y, en consecuencia, el establecimiento de modelos explicativos de interacción micro-regional carece de rigor. A pesar que lo anterior se reitera en la sub-cuenca del Mosna, especialmente en lo referido a los fechados absolutos, la existencia de excavaciones pequeñas, pero metodológicamente aceptables -al menos en lo referido al cuidado estratigráfico- hace que sea la escala de las isócronas 1 a 3, el espacio hipotético donde es posible situar a la comunidad que sostuvo directamente la construcción y mantenimiento subsistencial de Chavín de Huántar, considerando como tal al Núcleo Monumental y al asentamiento emplazado en el fondo del valle, esto es, a las mujeres y hombres que se dedicaron, al menos en parte de su tiempo, a labores de producción especializada de bienes y de servicios o gestión política-ideológica.

En ese contexto, es posible que parte de quienes habitaron el fondo del valle, hayan sido las personas que se beneficiaron del producto agrícola de las tierras de mejor calidad, mientras que la población residente en las laderas fuera quien mantenía las labores de mayor volumen de producción agropastoril. Eventualmente, parte de esa población puede haber sido empleada temporalmente como fuerza de trabajo, no necesariamente especializada, en actividades de construcción y mantenimiento arquitectónico del Núcleo Monumental. Cualquiera sea el caso, hasta ahora el conocimiento de la variabilidad de materialidad social del sistema de asentamiento del valle de Chavín de Huántar, sugiere que quienes no se beneficiaron, o se beneficiaron menos, del producto del intercambio inter-regional serían las personas que habitaron los sitios de media ladera; que son quienes, curiosamente, deberían invertir mayor fuerza de trabajo en la preparación de suelos horizontales de cultivo (andenerías y canales). El nivel de reciprocidad efectiva o de disimetrías sociales debidas a un sistema de explotación, escapa absolutamente a lo que la actual evidencia disponible permite inferir. Ello, principalmente, porque los sitios de media ladera no han sido excavados, de modo que la existencia de bienes de intercambio de larga distancia existentes en los sitios de cima y de fondo de valle son sólo un reflejo de lo que se conoce arqueológicamente, pero no una confirmación de la evidencia negativa de lugares que no han sido aún investigados en profundidad.

En conclusión, la contextualización del nivel micro-regional de la historia social de Chavín de Huántar, sugiere que el sistema que operó en su propio valle, fue muy semejante a la distribución de los asentamientos en las sub-cuencas vecinas. Ello plantea la posibilidad de que:

- a) La escala del espacio social de cada sub-cuenca fue eventualmente autárquica económica y políticamente.
- b) La fuerza de trabajo suficiente para el levantamiento y mantenimiento de los complejos arquitectónicos monumentales se localizó en cada sub-cuenca.
- c) Quienes se beneficiaron del intercambio económico propiciado por el centro monumental fueron, al menos, las personas que habitaron los sitios emplazados en el fondo del valle y en la cima de elevaciones con excelentes condiciones de visibilidad, eventualmente asociados a lugares de control de rutas de tránsito.
- d) Que quienes habitaron el fondo del valle tuvieron a su alcance las mejores tierras de cultivo, y dedicaron parte de su tiempo a actividades especializadas no subsistenciales.
- e) Que la dedicación a actividades especializadas de producción de objetos y funciones político-ideológicas, puede haber estado sostenida por parte de la población del mismo fondo del valle, o por quienes habitaron las laderas y alturas superiores a los 3500 msnm.

Por lo tanto, las evidencias disponibles en la actualidad, sugieren que la población que elaboró, mantuvo y posteriormente abandonó el sitio monumental de Chavín de Huántar, con todas sus producciones asociadas, fue la que se asentó en el fondo del valle, a media ladera y en los sitios de altura del drenaje del Mosna, en un radio que no superaría, aproximadamente los 10 km desde Chavín como centro.

CAPÍTULO 2

LA LITOESCULTURA DE CHAVIN

2.1. Introducción

En el anterior capítulo se ha ofrecido una contextualización general del marco regional, micro-regional y del propio yacimiento con el objetivo de hacer entendible la evidencia arqueológica disponible que eventualmente puede ser explicativa de la realidad social en la que fueron producidas y usadas las cabezas clavas. Se dijo que uno de los factores de popularidad e interpretación arqueológica de muchos de los sitios del Período Formativo ha sido la diada compuesta por los aspectos más visibles y atendidos del registro arqueológico, esto es, la asociación entre monumentalidad y representaciones líticas. Debido a que esta investigación problematiza la producción y uso de un conjunto de representaciones hechas sobre piedra que son solicitadas por una parte del proceso de producción de la arquitectura monumental, ahora hace falta ofrecer una caracterización del repertorio de representaciones existentes, atendiendo a la posibilidad de su localización espacial y temporal.

Con ese objetivo en mente, el presente capítulo reúne la variabilidad del repertorio físico (soportes) y temático (representaciones/iconografía) existente en Chavín para hacer comprensible el conocimiento que se tiene del lugar de las cabezas clavas en dicha diversidad. Lo anterior permite retener la posición que ocupa este conjunto de objetos en relación a los resultados obtenidos en esta tesis y al alcance de las comparaciones que puedan llegar a formularse dado el actual estado de conocimiento tanto en el sitio, como en su área de influencia regional, incluyendo el factor de diacronía.

Debido a la amplitud y diversidad espacial, temporal y de enfoques que han abordado el estudio de las representaciones chavinas, el presente capítulo recoge exclusivamente la diversidad existente en el sitio y su área inmediata. Considerando que el espacio social en el que se relacionó el colectivo que elaboró las representaciones en piedra, muy probablemente fue el mismo que el que habitó la comunidad del antiguo asentamiento, esto es, el espacio físico correspondiente al valle del río Mosna (particularmente el fondo del valle), se justifica que la mirada a la variabilidad del repertorio de representaciones comience caracterizando su presencia a nivel micro-regional.

Por otra parte, ya que uno de los problemas que posee la arqueología de los Andes centrales del Período Formativo, es la falta de definiciones explícitas de escalas espaciales significativas de análisis y de metodologías para medir la semejanza que supuestamente recoge el concepto de estilo, se hace necesario anclar el estudio de las representaciones a contextos arqueológicos estructurados. Ello no quiere decir que la proliferación de representaciones durante el Formativo Medio y Tardío en el Callejón de Conchucos no deba estudiarse temporalmente en lo relativo a sus antecedentes e influencias, o espacialmente respecto a su dispersión o singularidades locales, sino que antes deben establecerse categorías descriptivas y metodológicas que permitan cuantificar la semejanza aparente. Eso es precisamente a lo que intenta contribuir esta tesis: a una formalización del análisis de la semejanza entre representaciones, que partiendo de unidades de análisis discretas, como las cabezas clavas, permita establecer comparaciones mayores pero sobre bases empíricas que sean reflejo de acciones humanas concretas.

Dicho eso, puede hacerse entendible que el foco de la recopilación de la evidencia existente, así como de su interpretación, se concentre especialmente en Chavín de Huántar y su micro-región, no porque sea auto-explicativa, sino porque es necesario primero conocer en profundidad lo que se compara.

Finalmente, decir que la recopilación de la variabilidad empírica de las representaciones tiene varias dificultades que deben al menos apuntarse. La primera de ellas es que las descripciones ofrecidas en la literatura son en su mayoría intuitivas, esto es, no existen criterios reflexionados para la descripción de los atributos. Cada cual describe como le parece mejor, por lo que las comparaciones suelen ser arbitrarias. De ahí que cada nuevo trabajo deba describir prácticamente de nuevo todo el repertorio de representación: no existe un catálogo unificado de referencia. La segunda, es la propia variabilidad de las representaciones. Por variabilidad me refiero tanto a la diversidad material como temática o iconográfica. De ello se deriva que la presentación de una clasificación sea siempre arbitraria a nivel de conjunto. La tercera, es la desigual calidad de las reproducciones. Muchas son calcos de piezas actualmente extraviadas, cuya fidelidad debe considerarse con cautela. Cuarto, existe una sobrerrepresentación de las piezas completas, especialmente por el valor estético actualista que se le atribuye al estudio de esta materialidad y por las características metodológicas propias de la primera época de investigación arqueológica. Y por último, existen dificultades de acceso a las fuentes. Debido al interés mundial por el problema especialmente iconográfico de Chavín, muchos estudios no se encuentran publicados, o sus reproducciones son de deficiente calidad¹.

Atendiendo a esas dificultades, para la descripción de la variabilidad de las representaciones figurativas de Chavín de Huántar he organizado este capítulo en dos secciones. La primera de ellas recoge los antecedentes propiamente empíricos de publicaciones o parte de ellas que describen piezas y cuando es posible contextos de procedencia. No describiré nuevamente todas las piezas, sino que las he ordenado según criterios generales que se justifican más adelante². La segunda ofrece una sistematización de las principales características del repertorio iconográfico de Chavín, en una mirada micro-regional. Para finalizar, presento los alcances y límites que el actual registro empírico impone al estudio arqueológico de la producción y uso de las cabezas clavadas.

2.2. La variabilidad litoescultórica en el yacimiento

“At Chavín, cut stone appeared in the upper courses of the platform walls; in columnar portals and terrace fronts, lintels, and cornices; in three-dimensional tenon heads and obelisks; in staircases; and in planar plaques that formed the walls of the most formal plazas (...). At this time in the Andes, and even in the New World as a whole, there were few locations with this development of high-cost stone surfaces and decoration.”
(Rick 2005: 80)

La cita de Rick sintetiza correctamente la fenomenología de las representaciones figurativas líticas en Chavín de Huántar: un uso especialmente arquitectónico, una innovación respecto de su producción en los Andes Centrales y unas determinadas consecuencias en cuanto a la cantidad de trabajo destinado. Como punto de partida, entonces, es necesario destacar que no es posible referirse a la litoescultura de Chavín sin reconocer el proceso de producción mayor del cual forma parte: la arquitectura. La litoescultura de Chavín no puede ser concebida en sí misma, no sólo por una cuestión de enfoque, sino porque no constituye un conjunto mueble; y aún si lo fuera, haría falta para comprender su estructura, producción y uso, los contextos arqueológicos estructurados en los que participa. Salvo casos muy populares, que pueden

¹ Un buen ejemplo de ello es la tesis doctoral de M. Goetzke *“L'iconographie de Chavin: étude analytique du premier des grands style péruviens”* presentada en la ANRT Université de Lille III en 1989, cuya microforma digitalicé personalmente página por página, pero aún con la mejor resolución posible, es prácticamente ilegible.

² Una completa descripción de cada cabeza clava, completa o fragmentos de ellas, puede consultarse en el catálogo que se ofrece en los anexos.

definirse como *escultura exenta*, el mayor volumen de producción litoescultórica de Chavín de Huántar, fue requerido para formar parte de los aparejos externos de los edificios monumentales, lo que se conoce en la arquitectura occidental como “escultura ornamental”. Si bien la precisión de este término puede ser puesta en entredicho, debido a la connotación estética y a-estructural que supone –que quizás puede ser atribuida a la hegemonía de la arquitectura sobre otras disciplinas implicadas en el estudio, diseño y construcción de edificios-, sirve para ilustrar el factor más evidente en la puesta en marcha de la mayor cantidad de trabajo invertido en la producción escultórica en el yacimiento. En términos más sencillos puede decirse que la producción litoescultórica de Chavín, deriva de la demanda establecida a nivel del diseño arquitectónico movilizado por unas determinadas condiciones materiales e históricas que soportaron los principios del proyecto político-ideológico. En ese entendido, se relaciona: a) con otros materiales requeridos (selección de áridos, preparación de morteros y piedras de relleno arquitectónico, preparación de bloques labrados), es decir, con los colectivos de trabajo que debieron diversificar actividades exclusivamente destinadas a la construcción de grandes edificios; y b) con los saberes necesarios para su producción.

Lo anterior pone de relevancia que la descripción y estudio de la variabilidad litoescultórica deba atender a las relaciones y acciones sociales que se vinculan con su producción, no sólo como objetos finales, sino como elementos empleados en una producción mayor altamente diversificada. Ello permite un primer resguardo a la tradicional forma de análisis objetual que padece este tipo de materialidad.

He hablado de litoescultura de manera genérica, término que se refiere a cualquier pieza de piedra con alguna representación, esto es válido hasta que se defina de manera más restringida lo que constituye una litoescultura. Si nos ceñimos al logro volumétrico que se describe detenidamente en el Capítulo 7, habría que decir que gran parte de las piezas trabajadas sobre piedra y asociadas a la arquitectura de Chavín corresponden a distintos manejos técnicos del nivel de relieve, razón por la cual no podrían considerarse propiamente esculturas. Sin embargo, si se excluyen las piezas en relieve sobre caras planas, debería dejarse fuera todo el universo conocido de representaciones sobre piedra que se emplearon en la arquitectura que no sea cabeza clava. Por lo tanto, un primer reconocimiento operativo de la variabilidad *litoescultórica*, dadas las características específicas del material de estudio, debería incluir a toda representación en piedra realizada mediante la extracción de material, sea ésta bi o tridimensional. De esta manera, cuando se habla de litoescultura se incluye tanto a relieves como a bultos.

Un segundo problema que es necesario considerar para el estudio y presentación de la variabilidad litoescultórica de Chavín de Huántar, es la condición de los hallazgos, para lo cual debería tenerse en cuenta fundamentalmente tres factores que determinan la calidad de la evidencia disponible:

- a) *Métodos desiguales de recuperación y registro*: la condición en ruinas y la larga historia de la investigación en el sitio, proporciona un registro de calidad desigual. La primera tiene como consecuencia que muchas piezas recuperadas provengan de contextos poco controlados horizontal, vertical y asociativamente. La segunda, se refiere a los criterios metodológicos, muchas veces no justificados, como técnicas de excavación, recuperación y registro.
- b) *Recuperación de colecciones privadas*: una gran proporción de las piezas litoescultóricas se conocen por los registros que realizó Julio Tello, compilados en la obra póstuma de 1960. De ellos, un número cercano al 90% proviene de

recuperaciones que se realizaron de colecciones privadas sin contexto conocido más que su proveniencia de algún lugar indeterminado del yacimiento u otros sectores vecinos no precisados. Prácticamente todas estas piezas se extraviaron con el aluvión de 1945. Si bien entre 1919 y 1940, Tello y sus colaboradores realizaron calcos y moldes de la mayoría de la muestra que fueron trasladados a Lima para su resguardo en el Museo Nacional de Historia, Antropología y Arqueología (MNHAA), por una parte, no se han encontrado disponibles para su estudio y, por otra, no se ha realizado una evaluación del nivel de fidelidad de las reproducciones para su empleo en investigaciones científicas.

- c) *Dificultades para la adscripción temporal*: Los anteriores factores, sumados a las porciones restringidas donde existe control de los contextos arqueológicos de recuperación, y el bajo porcentaje de los lugares excavados en relación a la superficie total estimada del área de ocupación de Chavín de Huántar, explican que existan serias dificultades para una adscripción temporal confiable. Los intentos de seriación estilística poseen, en el estado actual de conocimiento de la secuencia arquitectónica, un problemático valor de hipótesis.

En consecuencia, cuando se habla de variabilidad litoescultórica deben considerarse los problemas de asociación crono-espacial que, concretamente, se traducen en una enorme dificultad de contextualización de la realidad social de la que deriva la producción, porque, convengamos, que los aproximadamente 800 años estimados de duración que se atribuye a la secuencia arquitectónica de construcciones, mantenimiento y ampliaciones, no describen una, sino muchas generaciones implicadas en ello (ca. de 60!³). Por eso en esta sección se presenta la evidencia disponible como un conjunto indistinto, cuya resolución supera los objetivos y posibilidades de esta tesis, salvo para el subconjunto de cabezas clavas, que es nuestro material de análisis concreto. Respecto a estas últimas, se ha incluido en un capítulo especial toda la investigación y actividades de registro que permiten contar con nociones más detalladas para una propuesta de ubicación crono-espacial relativa (véase Capítulo 10).

La presentación de la variabilidad del conjunto litoescultórico se ha estructurado a partir de tres criterios:

- a) Variaciones respecto a la relación del manejo de su *dimensionalidad* con su condición de dependencia de la arquitectura;
- b) Principales hallazgos en contextos relativamente estructurados;
- c) Variabilidad iconográfica.

2.2.1. La dependencia arquitectónica

La tabla 2.1 permite visualizar el lugar de la diversidad de los objetos litoescultóricos en relación a su condición de dependencia de la arquitectura. Se define como piezas dependientes de la arquitectura a aquellas que fueron empleadas en alguna etapa del proceso de construcción de un edificio. En general, no se trata de elementos estructurales, es decir, que comprometan el sostén mecánico de la construcción, sino más bien de aditivos que, en la nomenclatura constructiva actual, podrían ser considerados como *terminaciones*. Si bien podría reclamarse que en el estudio de la arquitectura debería incluirse todo aquel elemento que participa de los espacios que ésta provoca, como la escultura exenta, -ya que deberían haber sido contemplados desde el diseño-, la atribución de intencionalidad desde la arqueología resulta problemática para este tipo de elementos, y su adscripción al diseño

³Considerando un promedio de una generación cada 20 años.

arquitectónico podría ser arbitraria, fundamentalmente, porque todas las piezas exentas se han hallado en contextos no estructurados. Por el contrario, las piezas asociadas a la arquitectura desde un punto de vista arqueológico, son todas aquellas que son parte de la construcción, toda vez que es posible atribuir una intencionalidad de ponerlas ahí al constatar su presencia física en el edificio o en su derrumbe, de modo que se pueden inferir las operaciones lógicas de planificación previa que ello comporta, como el cálculo de las dimensiones y la etapa del proceso constructivo en la que se insertaron, o, al menos, el muro y/o edificio al que pertenecieron.

Tabla 2.1. Resumen de la relación de variabilidad litoescultórica respecto a su dependencia arquitectónica.

Dimensionalidad		Arquitectónica	Exenta
Bidimensional	Grabado	Columnas Dinteles Cornisas	Monolitos (obeliscos)
	Bajo relieve	Lápidas Escaleras	No
	Relieve hundido	Lápidas	Estelas
Tridimensional	Semi-bulto	Cabezas Clavas	No
	Bulto	Lanzón (estatuaría)	Morteros

Respecto a la distinción de acuerdo a la dimensionalidad que alcanzan, se distinguen entre aquellas piezas bidimensionales, es decir, que pueden ser vistas sólo frontalmente, y aquellas que pueden ser observadas desde tres o más vistas (inferior y/o superior, laterales, delante y/o atrás). Por definición, una escultura que se vea por su vista trasera no estará inserta en un muro, y sólo podrá considerarse asociada a la arquitectura si es que forma parte de una habitación o recinto de la arquitectura interna, pero asociada a su edificación. Al contrario, las piezas bidimensionales corresponden a los relieves que han sido tallados por una de sus caras, siendo su porción trasera la que se inserta en el muro, o simplemente reviste una superficie. Así, la dimensionalidad es una propiedad que se encuentra directamente relacionada con la visibilidad que ofrece la litoescultura a quien la observa, es decir, refiere a la posibilidad de su percepción visual que, como se verá más adelante, es un indicador que permite caracterizar la proyección de las representaciones en los espacios de uso social.

En relación a la diversidad técnica y morfológica general que integra el cruce de los aspectos “dependencia arquitectónica” y “dimensionalidad” (tabla 2.1), en Chavín de Huántar se han identificado piezas con las siguientes características⁴:

- *Grabado*: se trata de incisos hechos sobre un plano previamente pulido. El resultado es una representación plana, cuyos delineamientos bien definidos de un ancho variable pero mínimo (ca. 1 a 3 mm), permiten una distinción nítida de la figura, siempre y cuando quien observe se encuentre cercano a la pieza. Este tipo de técnica se aprecia tanto en la litoescultura arquitectónica como exenta, en forma de columnas de sección circular, dinteles y cornisas para la primera; y de monolitos, como el Obelisco Tello (fig. 2.3), en la segunda.
- *Bajo relieve*: la extracción de la roca genera que la figura sobresalga levemente del plano. Este es un tratamiento que se logra más en ciertos atributos, antes que en la figura completa, como en ojos o colmillos. Su presencia se ha observado en una

⁴Una definición pormenorizada para la escultura en piedra en términos genéricos puede consultarse en el Capítulo 7.

escalera en la esquina SE del edificio A, en el Lanzón (fig. 2.6), en algunos atributos del Obelisco Tello (fig. 2.3) y en algunas lápidas de la Plaza Circular.

- *Relieve hundido* (fig. 2.5): la extracción de material provoca un nuevo plano que hace parecer a la figura en relieve, pero en realidad ésta resalta porque se ha rebajado el plano original dejando la imagen en positivo, pero sin llegar a sobresalir del plano original.
- *Semi-bulto*: la extracción de material se aborda por varias caras del bloque de piedra generando una imagen tridimensional. Se refiere como “semi-bulto” porque una de sus caras no ha sido tallada como figura. Es el caso de las cabezas clavas que son talladas por sus 5 caras dejando la posterior para la clava (véase imágenes en catálogo).
- *Bulto*: se refiere a la talla que extrae la figura por todas las caras de un bloque paralelepípedo (fig. 2.7 y 2.8). Los morteros líticos con forma de jaguares y el propio Lanzón, aunque con reservas, pueden ser incluidos en esta categoría.

En general, el grabado o inciso que delinea la imagen o los atributos internos de ella, suele estar presente en todos los formatos litoescultóricos, empleándose en bajorelieves, en relieves hundidos, en semi-bulto y en bulto. El relieve hundido, por su parte, suele ser una estrategia para delinear el contorno de la figura para provocar un falso-relieve, especialmente en el formato lapidario. El bajo relieve, pocas veces se presenta como una alternativa volumétrica que abarque toda la representación, y suele ser empleado para destacar ciertos atributos. El semi-bulto se ocupa exclusivamente en las cabezas clavas, mientras que el bulto propiamente tal puede considerarse empleado en litoesculturas exentas y muebles, ya que la condición tridimensional del Lanzón se obtiene de una talla mediante bajo relieve y grabado sobre un bloque de piedra en forma de quilla; en ese caso la volumetría la otorga la forma de la roca antes que la talla misma, que aprovecha los planos existentes sin generar que la propia representación sea volumétrica. La siguiente muestra de algunas piezas, ilustra el ordenamiento propuesto.



Figura 2.1. Cornisa de los Jaguares, relocada en la Esquina SW edificio A, se presume que ésta puede haber sido su ubicación original. Granito blanco. Etapa constructiva Negro y Blanco, probable reciclaje de etapas previas (sensu Rowe 1967, Kembel 2001). El contorno de la figura se logra mediante relieve hundido, mientras que los atributos se han delineado a través de grabado. Fotografía: Andrea González-Ramírez 2009.

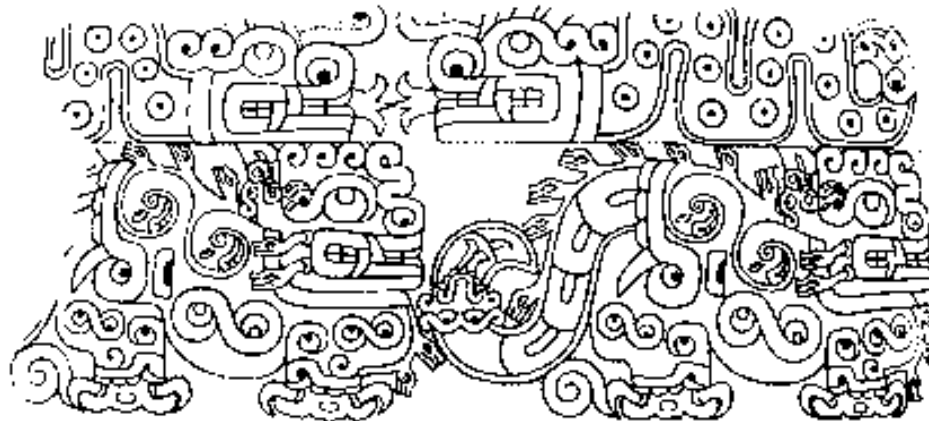


Figura 2.2. Dibujo desplegado del frontal (superior, serpientes) e inferior (felinos) de la cornisa. Tomada de Burger 1995: fig. 142.



Figura 2.3. Obelisco Tello. Escultura Exenta. Plaza Mayor. Tomada del redibujo y cromatización del catálogo de la exposición “Chavín-Peru’s Mysterious Temple in the Andes”, Museum Rietberg, Zurich 2012-2013. La mayor parte de las representaciones se han obtenido mediante el grabado de las figuras, empleando ocasionalmente el relieve hundido que resalta algunos atributos (p.e. achira)

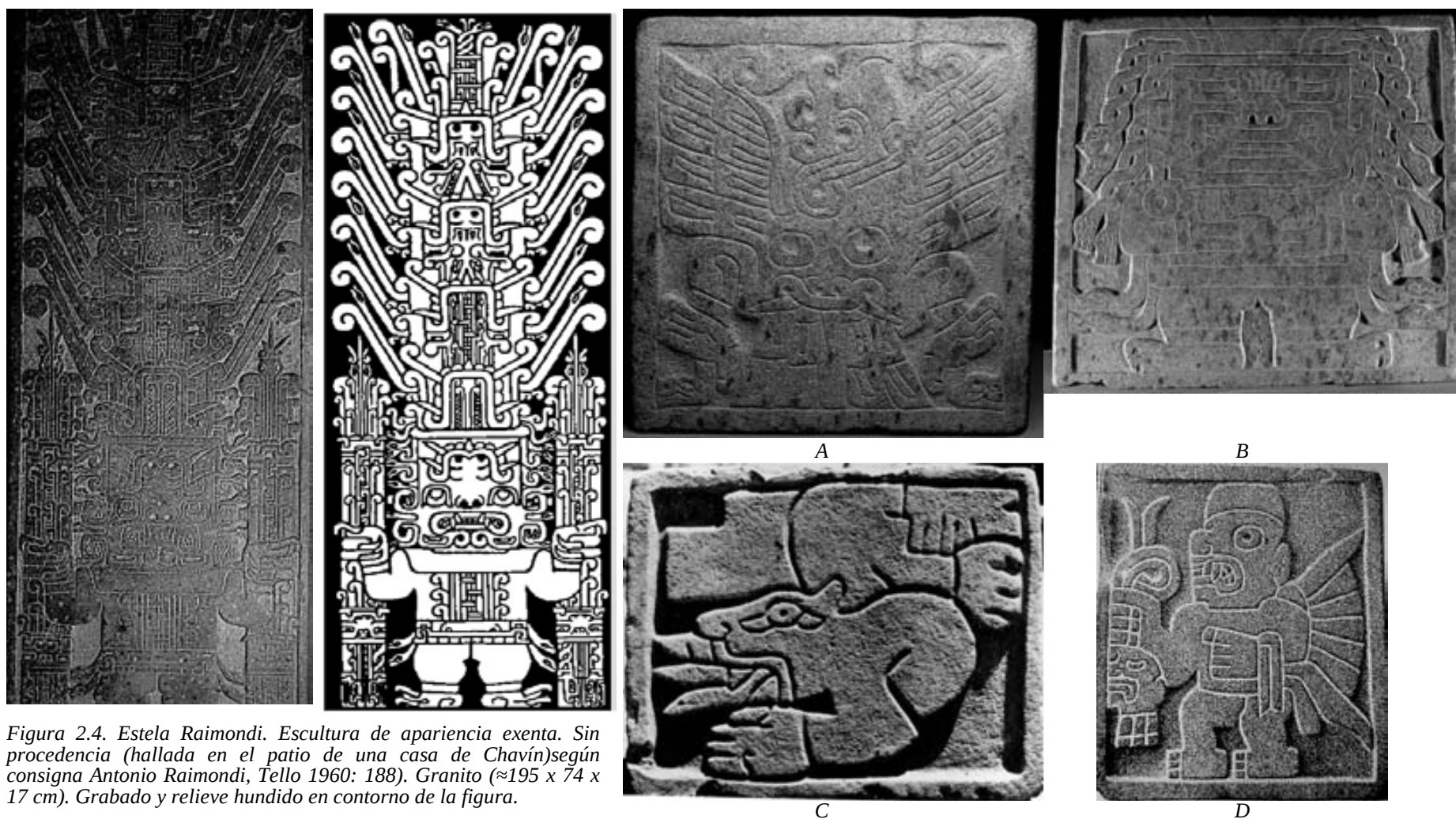


Figura 2.4. Estela Raimondi. Escultura de apariencia exenta. Sin procedencia (hallada en el patio de una casa de Chavín) según consigna Antonio Raimondi, Tello 1960: 188). Granito (≈195 x 74 x 17 cm). Grabado y relieve hundido en contorno de la figura.

Figura 2.5. Conjunto de lápidas de uso arquitectónico en las que se empleó grabado y relieve hundido en distinta magnitud de profundidad. A y B: lápidas halladas entre los derrumbes de la terraza del Portal Negro y Blanco (Marino González, A cf. Lumbreras 2012); C: Lápida ubicada en el desmonte de la galería de los Cautivos (Ibíd. 154); D: yacimiento Yurak-Yacu, Tello 1960: fig. 81.

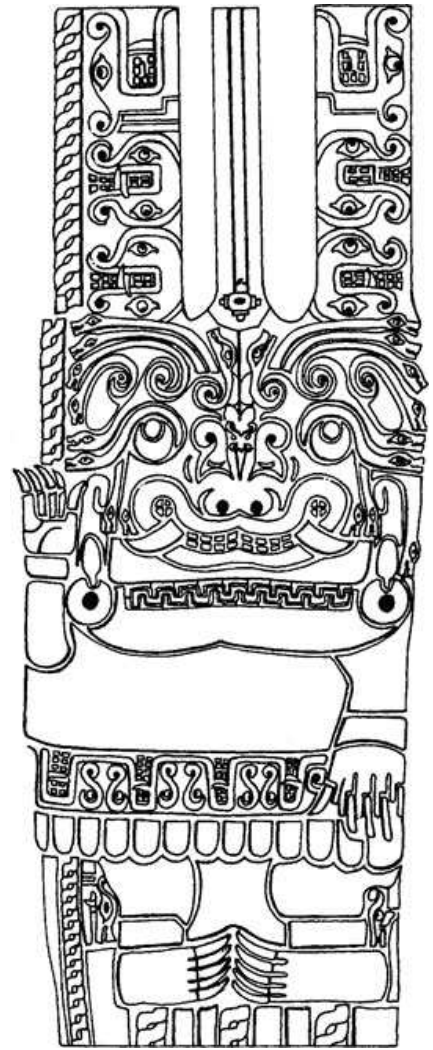


Figura 2.6. Lanzón monolítico o Gran Imagen. Nótese algunos atributos, como cuenca ocular, orejeras y dientes que se han realizado con un tenue sobre relieve. El resto ha sido fundamentalmente grabado con diferentes anchos y profundidades. Figura izquierda: tomada y modificada de digitalización tridimensional del Rietberg Museum; figura derecha: despliegue frontal de la imagen que permite comprender mejor la iconografía; considérese que ésta no es, ni fue, la percepción visual real de la escultura.



Figura 2.7. Litoescultura de bulto: los atributos más relevantes y el contorno se logran mediante talla multifacial, mientras que los atributos secundarios son grabados. Mortero lítico Colección Pennsylvania University (Tello 1960: fig. 128). 33x16,5 cm. Este tipo de objetos es frecuente en contextos singulares.



Figura 2.8. MACH-0553. Cabeza de ave en bulto. Hallada en los derrumbes del edificio A, por MGM (Lumbreras 2012: 168). No se han resuelto las aristas del bloque original, pero ha sido esculpida por todos sus flancos. Es posible que sea la porción apical de una escultura mayor de un ave en vuelo (compárese con escultura 94 de Tello 1960).

2.2.2. Los contextos de uso arquitectónico de la litoescultura

Como se ha pormenorizado en el Capítulo 1, lo mayormente visible en la actualidad del Núcleo Monumental, es resultado de la última etapa de construcción monumental Negro y Blanco, cuyas fases previas se encuentran, en buena parte, subsumidas por las modificaciones posteriores, salvo la esquina NE del edificio A (NEA). Debido ello la litoescultura recuperada de contextos estructurados corresponden, mayormente, al uso durante esa época, lo que no asegura sincronía con su producción. Además, los hallazgos se encuentran condicionados por la calidad de las excavaciones y los contextos de recuperación ya descritos en el anterior apartado. Con todo, es posible distinguir dos grandes contextos relativamente bien conocidos en los que se empleó profusamente la litoescultura como parte indiscutible de alguna etapa del proceso de construcción.

Tabla 2.2. Distribución de piezas conocidas en estructuras o sus derrumbes según edificio o sector arquitectónico y etapas de construcción monumental.

Grandes Etapas de Construcción		Edificio A	Edificio B Atrio y Plaza Circular	Edificio C	Área Este
Etapas del Montículo Separado	AE	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Cabezas clavos NEA (?) ▪ Cornisas (?) 			
	AI		Lanzón (?)		
Etapas Expansiva	AE	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Cabezas clavos NEA-MA ▪ Inicio patrón ABB 			
	AI		Lanzón+crucero		
Etapas de consolidación	AE	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Columnas Portal Negro y Blanco en Patio de las columnas (?) ▪ Cornisa de los Jaguares y Cabezas Clavos en SA ▪ Cornisa personajes antropomorfos 			
	AI	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Grabados en Galería Vigas Ornamentales 	Lanzón		
Etapas Negro y Blanco	AE	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Columnas Portal Negro y Blanco ▪ Losa Voladiza 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Lápidas y sillares Plaza Circular ▪ Cabezas clavos fachada este (?) 	Cabezas clavos (fachada este ⁵)	<ul style="list-style-type: none"> • Lápidas Plaza Menor • Cornisa de los Cóndores • Cornisa de los cocodrilos Plaza Mayor
	AI		Lanzón		
Etapas de Soporte	AE				
	AI		Lanzón		

AE: Arquitectura Externa; AI: Arquitectura Interna. Información basada en la documentación ofrecida por Tello 1960, Burger 1995, Kembel 2001, 2008 y Lumbreras 2012.

El primer contexto corresponde a la Plaza Circular del complejo de edificios ABC, mientras que el segundo está integrado por la fachada este del edificio A, incluyendo al

⁵Com. Pers. John Rick 2014.

Portal Negro y Blanco y a la mampostería asociada en sus laterales, a la terraza del mismo, y a las dos plazas al este (Menor y Mayor), es decir, al sector que Kembel denomina “Área Este” (véase figura 1.10 en Capítulo 1). La mayoría del resto de las piezas que no son cabezas clavas, se han recuperado de contextos poco estructurados, alterados subactual o arqueológicamente, de modo que su estudio sólo es posible desde un punto de partida objetual, toda vez que se compare con las piezas cuyas asociaciones sí son conocidas.

En consecuencia, la diversidad casuística de recuperación de piezas litoescultóricas, hace que sea recomendable considerar de las centenares de esculturas publicadas, las que se han hallado en los contextos mencionados, ya que únicamente sobre esa base es posible anclar un entendimiento arqueológicamente significativo del sentido técnico e ideológico del universo restante.

a) *Plaza Circular*

Este espacio fue localizado a partir de la quinta campaña de excavación en 1970 del equipo de la UNMSM (Lumbreras 1977; Lumbreras 2007), cuando se detectaron algunos peldaños de una escalinata que en dirección W-E se disponía justo en el frontis del edificio B. Sin embargo, no fue hasta la sexta campaña, en 1972, cuando se obtuvo un nuevo financiamiento que hizo posible una excavación más extensa donde se ubicó el contorno circular de la plaza, porciones de la estratigrafía hasta el piso de ocupación Chavín y la composición de algunos de los depósitos post-Chavinos (fig. 2.9). Si bien durante esta campaña fue posible comenzar a entender la envergadura y variabilidad de los componentes corológicos, no se excavó en su totalidad, e hicieron falta casi 30 años para que un nuevo proyecto se hiciera cargo de completar la excavación en su conjunto (Lumbreras, et al. 2001).



Figura 2.9. Aspecto de las primeras excavaciones en el atrio de la Plaza Circular (ca. 1972). Tomada de Lumbreras 1993: Lám. 94A. La flecha indica norte arqueológico.

La historia de la ocupación post-Chavín es muy compleja, pero consiste básicamente en numerosas estructuras de habitaciones y patios cuya función parece doméstica, aún cuando no han sido estudiados en profundidad. Existe un depósito de transición que documenta el abandono Chavín definitivo y el inicio de un uso completamente nuevo del mismo espacio; este depósito (Capa 4 en la actual nomenclatura; E-F y G en la primera denominación de Lumbreras) está caracterizado por una mezcla de materiales Chavín tardío como cerámica *janabarroide*, que parece corresponder a acumulación de basuras de actividades realizadas en otro lugar (Lumbreras, et al. 2001: 12). La capa de uso Chavín corresponde a la capa H (en Lumbreras 1977) o 5 (en Lumbreras et al. 2001). Se trata de un depósito limpio respecto a los superiores, de sedimentos finos de aspecto rojizo, que se ha interpretado como resultado de la pulverización de los pigmentos del enlucido de barro que se ha registrado en algunas porciones de los muros. Posee, además, piedras pequeñas resultado de la disgregación del emplantillado de piedras del piso original de la plaza (fig. 2.12). Este último, fue detectado en buen estado de conservación en 7 unidades de excavación, caracterizándose por la disposición de una capa de lajas muy planas amarillentas (quizás diatomita), poligonales “con esquinas redondeadas, perfectamente acomodadas en forma de mosaico y, nivelados para formar un piso plano” (Lumbreras et al. 2001: 13).



2.10. Cuadrante NW de la Plaza Circular. Parte de su piso mezclado con la capa 5 o H, las lápidas rectangulares de felinos y personajes antropomorfos que miran a la escalinata oeste. Tomado de Lumbreras 1993: Lám. 94B.





Figura 2.11. Nuevas excavaciones en la Plaza Circular durante la última década realizadas por el equipo de la Universidad de Stanford.



Figura 2.12. Piso original de la Plaza Circular y muro sur con lápidas de felino que miran a la escalinata oeste. (Tomada de Rick 2005: fig. 5.12)

El piso de piedras descrito define una profundidad de 2,5 m, generando un espacio semi-subterráneo circular y una terraza superior inmediatamente bajo los paramentos sur del edificio C (en cuya porción subterránea se encuentra la Galería de las Ofrendas), este del edificio B (y entrada a la Galería del Crucero del Lanzón) y norte del edificio A (en cuyo subsuelo se ubica la Galería de las Caracolas). Se trata, en consecuencia, de un diseño complejo cuya planificación parece ser sincrónica, al menos en lo que respecta al resguardo de espacios previos (como porciones de plataformas del complejo ABC; véase Kembel 2001) y a la consideración de un espacio circular con dos accesos muy bien definidos y orientados al este y al oeste. Según Burger (1995: 133), el diámetro de 21 m que alcanza la Plaza podría haber albergado cómodamente unas 550 personas, aunque su diseño deber haber sido pensado para mucho menos (p.e. véase estimación propuesta por Moore 1996: table 4.8, según m²/p).

La porción que posee litoescultura lapidaria hizo de revestimiento a un relleno muy robusto de mortero de barro y piedra canteada que sostenía la forma y estructura de la plaza y la terraza superior (figs. 2.9, 2.10, 2.12). La sincronía de producción y uso de esta lapidaria parece incuestionable, ya que las dimensiones y simetría se corresponden perfectamente en el diseño de la mampostería y orientación de la plaza y sus elementos de acceso. En otras palabras, el diseño y el proceso constructivo de revestimiento de la Plaza Circular habrían demandado la producción de dichos relieves.

Disposición Vertical Nº de hilada	Dimensión Aprox. (+/-1 a 2 cm)	<i>Figura 2.13. Esquematzación vertical del enchape o revestimiento de la disposición de las lajas labradas y pulidas y la localización de las lápidas en la Plaza Circular (Sensu Lumbreras 2007:169). Las imágenes seleccionadas son ilustrativas, ya que el sillar no le corresponde al personaje de la lápida.</i>																																																			
I	15x69 cm	<table><tr><th colspan="4">Hemiciclo Occidental</th></tr><tr><th colspan="2">Cuadrante SW</th><th colspan="2">Cuadrante NW</th></tr><tr><td>Lápidas registradas</td><td>0</td><td>Lápidas registradas</td><td>5</td></tr><tr><td>Sillares registrados</td><td>17</td><td>Sillares registrados</td><td>13</td></tr><tr><td>Lápidas estimadas</td><td>14</td><td>Lápidas estimadas</td><td>14</td></tr><tr><td>Sillares estimados</td><td>18</td><td>Sillares estimados</td><td>14</td></tr><tr><th colspan="4">Hemiciclo Oriental</th></tr><tr><th colspan="2">Cuadrante SE</th><th colspan="2">Cuadrante NE</th></tr><tr><td>Lápidas registradas</td><td>1?</td><td>Lápidas registradas</td><td></td></tr><tr><td>Sillares registrados</td><td>1</td><td>Sillares registrados</td><td>1</td></tr><tr><td>Lápidas estimadas</td><td>1</td><td>Lápidas estimadas</td><td></td></tr><tr><td>Sillares estimados</td><td>1</td><td>Sillares estimados</td><td>1</td></tr></table>				Hemiciclo Occidental				Cuadrante SW		Cuadrante NW		Lápidas registradas	0	Lápidas registradas	5	Sillares registrados	17	Sillares registrados	13	Lápidas estimadas	14	Lápidas estimadas	14	Sillares estimados	18	Sillares estimados	14	Hemiciclo Oriental				Cuadrante SE		Cuadrante NE		Lápidas registradas	1?	Lápidas registradas		Sillares registrados	1	Sillares registrados	1	Lápidas estimadas	1	Lápidas estimadas		Sillares estimados	1	Sillares estimados	1
Hemiciclo Occidental																																																					
Cuadrante SW						Cuadrante NW																																															
Lápidas registradas	0					Lápidas registradas	5																																														
Sillares registrados	17					Sillares registrados	13																																														
Lápidas estimadas	14					Lápidas estimadas	14																																														
Sillares estimados	18	Sillares estimados	14																																																		
Hemiciclo Oriental																																																					
Cuadrante SE		Cuadrante NE																																																			
Lápidas registradas	1?	Lápidas registradas																																																			
Sillares registrados	1	Sillares registrados	1																																																		
Lápidas estimadas	1	Lápidas estimadas																																																			
Sillares estimados	1	Sillares estimados	1																																																		
II	15x69 cm																																																				
III	36x69 cm																																																				
IV	15x69 cm																																																				
V	15x69 cm																																																				
VI	 80x70 cm (lápidas)																																																				
VII		15x69 cm																																																			
VIII		15x69 cm																																																			
	36x69 cm (sillares)																																																				
	IX	10x69 cm																																																			

El revestimiento fue implementado con un patrón característico de Chavín que consiste en la disposición de una hilera de piedras labradas doble por dos más angostas (véase Cap. 17, descripción de patrón ABB), lo que lo relaciona con el uso de este tipo de patrón en otros edificios y la proliferación de cabezas clavadas a partir de la Etapa Expansiva (tabla 2.2) (Kembel 2001). Por ello, la existencia de este patrón en la Plaza Circular constituye la continuación de una técnica y diseño arquitectónico que se había iniciado un par de siglo antes. En consecuencia, lo especialmente novedoso en la construcción de la Plaza Circular y los espacios que propicia, es la introducción de piedras labradas con una temática y distribución particular en un espacio circular.

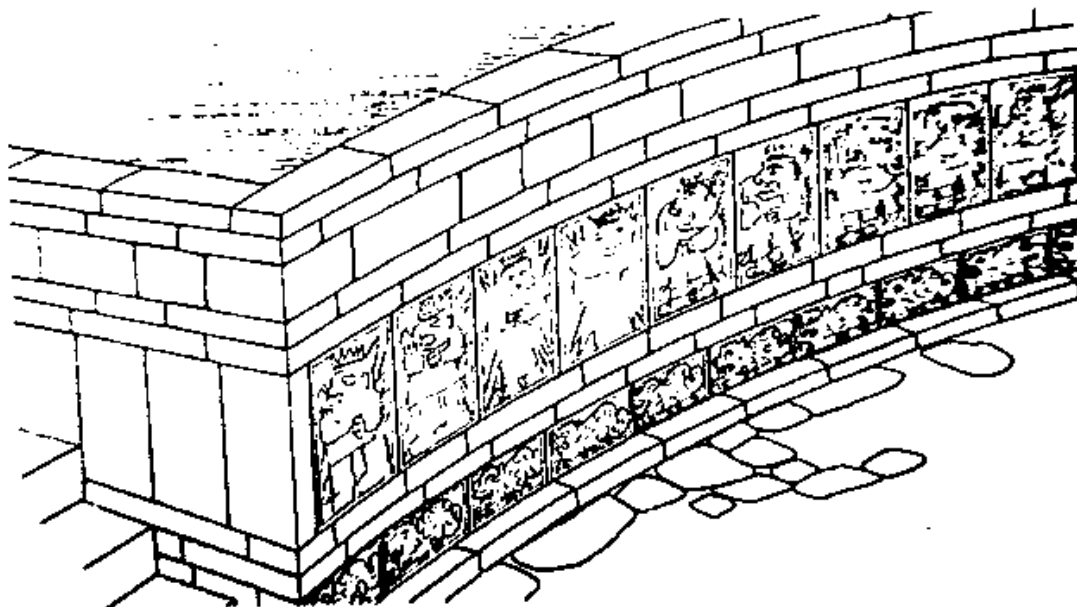


Figura 2.14. Reconstrucción del cuadrante NW de la Plaza Circular con lajas, lápidas y sillares. Según Lumbreras 1977: fig. 18; 2007: fig. 129.

En relación a la variabilidad temática, las lápidas son las únicas representaciones figurativas que presentan personajes antropomorfos o híbridos (personajes antropomorfos con características zoomorfas) de cuerpo entero, en una composición que en conjunto da la impresión de una escenificación que se ha interpretado como una procesión. De los relieves mejormente conservados⁶, se aprecian principalmente de perfil, como si caminasen a la escalinata oeste que conduce a la Galería del Lanzón, aunque algunos de ellos, aparentemente, los que se encuentran en las esquinas, parecen estar frontalmente. Todos los personajes portan algún objeto en sus manos, que comúnmente son representadas con garras. Una buena parte de estos objetos pueden ser reconocidos como *pututus*, caracolas *Strombus galeatus* que hasta el día de hoy se emplean como trompetas en actividades de carácter político-ideológico. Quienes llevan *pututus*, parecen estar tocándolos, mientras que otros sólo los portan. Además de la caracola *Strombus*, se distinguen conchas *Spondylus*, de gran relevancia simbólica en toda la evolución histórica de los Andes, y Cactus San Pedro (como el personaje de la fig. 2.13).

Los personajes antropomorfos son desproporcionados. Poseen una gran cabeza en relación al cuerpo, sus extremidades son rollizas, sus manos y pies se presentan con

⁶Probablemente, la mejor reproducción de estas imágenes sea la ofrecida en Lumbreras 1977: figs. 20, 21-27; 2007: figs. 133-138.

garras de rapaz, tienen en su mayoría cinturones de los que cuelgan cuerpos y cabezas de serpientes, algunos también poseen ornamentos cefálicos en forma de peinados con cabellos de serpientes, u otros tocados complejos. Ninguno de ellos puede sexualizarse, ya que parecen estar vestidos, y no son esbozados ni genitales ni caracteres sexuales secundarios; y sin bien, es evidente la desproporción de la cabeza respecto al cuerpo, no se conocen hipótesis tendientes a explorar la posibilidad de representaciones infantiles o de patologías en el desarrollo esquelético.

El rostro de los personajes, comúnmente representado de perfil, no presenta mayor intensidad expresiva, salvo en los casos que muestran bocas con colmillos, cuyos atributos anatómicos básicos⁷ son singulares respecto a los propiamente antropomorfos, con ojos circulares o cuadrangulares de iris excéntrico y narices retrotraídas (fig. 2.15A). Por el contrario, los personajes antropomorfos en cuyos rostros no se aprecia ningún elemento anatómico zoomorfo, poseen todos, ojos elipsoidales de iris centrado, una prominente nariz aguileña con grandes narinas, y bocas retrotraídas sin dientes ni colmillos, pero con los labios bien demarcados (figs. 2.15 A y B). Si bien da la impresión que dicha retracción se debe a que tocan un *pututu*, otros personajes que no lo hacen muestran bocas semejantes.

Finalmente, un mosaico de representaciones y objetos accesorios acompañan a las representaciones antropomorfas. En la cabeza, a veces se agregan orejeras y pectorales, en las muñecas y tobillos brazaletes, mientras que el dorso del cuerpo es representado con objetos alargados en dirección oblicua, aparentando lanzas o atuendos pomposos, cuyas terminaciones generalmente corresponden a cabezas ofidas.

Las lápidas inferiores, referidas como “sillares” por Lumbreras (1977, 1989, 1993, 2007), corresponden en su totalidad a representaciones felinas de perfil. En general, se asume que se trata de jaguares, debido a las extremidades cortas y a las motas del pelaje representadas como círculos o volutas. Al igual que los personajes antropomorfos, los personajes felínicos miran hacia las dos vías de acceso, dando la impresión, junto con las lápidas superiores, de que se buscó una única composición, de manera que si bien cada lápida puede considerarse una pieza con una representación particular, en conjunto, lápidas y sillares, configuran una escenificación. Respecto a la imagen y tipo de piedra de los sillares, algunos parecen presentarse en parejas, es decir, que son casi idénticos cromática, composicional y morfo-figurativamente, mientras que otros son singulares. No parece haber un ritmo evidente en dicha distribución (Lumbreras 2007: 185). A pesar de las singularidades, comparten la definición de la silueta y algunos elementos anatómicos, como cabeza, cuerpo, extremidades, la cola y las patas. Las particularidades, por su parte, son esencialmente elementos geométricos dispuestos en el cuerpo, en la cola y en las patas. Es interesante advertir que entre los personajes antropomorfos o híbridos de las lápidas y los felínicos de los sillares, prácticamente se completa la variabilidad de elementos anatómicos básicos, cuyas diferencias formales han sido empleadas para proponer variaciones estilísticas temporales (Bischof 1984; Bischof 1994; Bischof 2008; Bischof 2009; Campana Delgado 1993; Campana Delgado 1995; Roe 1974; Roe 2008), lo que expresado en un contexto de producción y uso sincrónico parece carecer de validez.

⁷Se entiende por Atributos Anatómicos Básicos, a la tríada de elementos que definen un rostro: ojos, nariz y boca. Véase capítulo 13 y anexo 7.

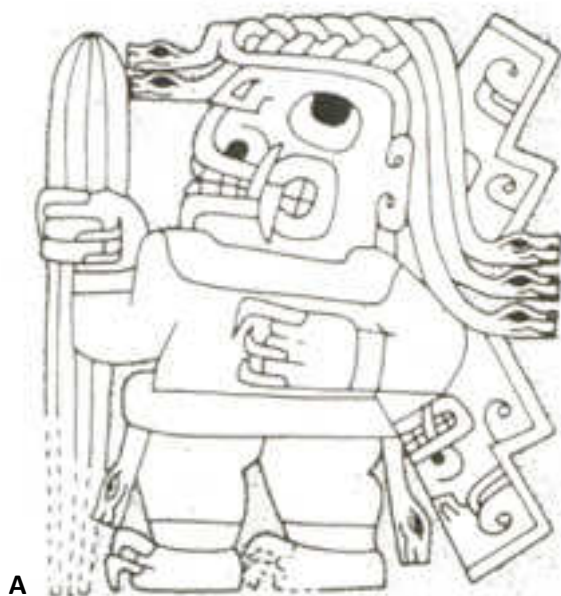


Figura 2.15.

Muestra de personajes de las lápidas de la Plaza Circular. A. personaje portando cactus San Pedro (*Echinopsis pachanoi*), lápida VI-NW12 (Lumbreras 1977: figs. 26-27). B: calco, C: fotografía personaje tocando caracola *Strombus*, lápida VI-NW8 (Lumbreras 1977: figs. 23-24, respectivamente).



b) Fachada y Área Este del Edificio A

A diferencia de la Plaza Circular, la fachada este del edificio A y los sectores que le preceden, reunidos en lo que Kembel denomina Área Este, constituyen una superficie mucho más amplia, cuya complejidad arquitectónica y temporal es notablemente mayor (fig. 1.10). A pesar de ello, lo esencialmente conservado, visible como estructura o ruinas, corresponde, en buena parte, a construcciones de la Etapa Negro y Blanco. De ahí que sea notablemente más problemático aventurar sincronías de producción y uso, ya que muchas litoesculturas pueden haber sido desmanteladas de estructuras más antiguas y vueltas a reutilizar en la última etapa. En cualquier caso, toda reutilización es indicativa de la vigencia de los valores asignados al significado de la representación, independientemente del problema de la sincronía producción/uso.

Este sector ha sido intervenido en variadas ocasiones y con distintos propósitos. Para la recopilación de la variabilidad litoescultórica de este espacio, son especialmente relevantes las intervenciones realizadas por Hernán Amat a principios de los años 70', cuyos resultados aún no se encuentran publicados, y las recientemente divulgadas notas de campo de Marino Gonzáles (Lumbreras 2012). De este último trabajo recopilatorio y póstumo, derivan las principales informaciones respecto a los hallazgos de sectores muy importantes en términos arquitectónicos externos y litoescultóricos, como el Portal Negro y Blanco, o de las Falcónidas, la Plaza Menor y Mayor, entre otros. Casi todos estos hallazgos se deben al intenso trabajo de: (1) desmonte del relleno aluviónico que sepultó gran parte de la terraza de la confluencia de los ríos Wacheqsa y Mosna en la que se emplaza el Núcleo Monumental, en enero de 1945; y (2) al escombramiento⁸ de los depósitos post-Chavinos que cubrían la fachada este del edificio A y el Área Este. Dichos trabajos comenzaron en 1954, siendo su propósito fundamental la recuperación de las piezas líticas arrasadas por el aluvión junto a una capilla sobre el edificio C en la que se hallaban depositadas. Sin embargo, “...sus notas de campo son un buen ejemplo de lo que en su tiempo eran los registros de una excavación que, debido al desarrollo de los procedimientos arqueológicos, no era del tipo que hoy se exigen” (Lumbreras 2012: 23). En otras palabras, si bien las notas de campo de Marino Gonzáles constituyen una “fuente muy importante de conocimientos” (Ibíd.), por una parte, sus informes aún no han sido publicados y, por otra, se careció de metodologías de registro estratigráfico, de modo que las procedencias y contextos concretos se desconocen. Una descripción pormenorizada de los hallazgos realizados durante las labores de escombramiento, puede consultarse en Lumbreras 2012. Para hacer comprensible los principales contextos arquitectónico-litoescultóricos, a continuación se describen siguiendo su dirección E-W, comenzando en la fachada este del edificio A (fig. 1.10).

- El Portal de las Falcónidas (Portal Negro y Blanco)

Se trata de un conjunto de elementos megalíticos parte de cuya porción descubierta in situ, ha permitido proyectar la posición del resto de las partes halladas abatidas; proyección que no ha estado exenta de críticas, respecto a la fidelidad de su posición originaria. En cualquier caso, se trata sin lugar a dudas de una configuración arquitectónica que podría denominarse “multicomponente”, ya que integra sus diversos elementos megalíticos en una composición bi-cromática, que divide a la fachada este en una porción sur, de piedras graníticas blancas, y una norte, de piedras calcáreas negras, de aspecto marmóreo. La portada se encuentra en el centro de la fachada y es desde ella de donde se genera, simétricamente, al sur y al norte, esta división. Los elementos megalíticos que la conforman son dos jambas trilíticas en los extremos, dos columnas cilíndricas, un dintel y una losa voladiza sobre las columnas y las jambas, además de las escaleras de acceso (fig. 2.16A). De estos elementos, sólo las columnas y la losa voladiza poseen representaciones; mientras que el resto son bloques líticos finamente dimensionados, labrados y pulidos, que pudieron haber llevado representaciones (v.g. textiles, frisos, pinturas murales, etc.), pero no talladas en piedra. Desde el Portal, se accede a dos escaleras que ascienden por la fachada este, hipotéticamente hasta la cima del edificio. Sin embargo, el desprendimiento del enchapado megalítico con la

⁸Se denomina “escombramiento” a la acción de retirar escombros, es decir, al despeje de tierra y piedras de ocupaciones y derrumbes, sin una metodología de registro y control estratigráfico arqueológico (véase los pormenores de dichos trabajos y las recomendaciones realizadas por J. Muelle en 1955 a M. González de realizar registros estratigráficos minuciosos en Lumbreras 2012:51).

consiguiente exposición del relleno de la estructura, han provocado un deterioro que impide asegurar que dichos accesos condujeran efectivamente a algún sitio.

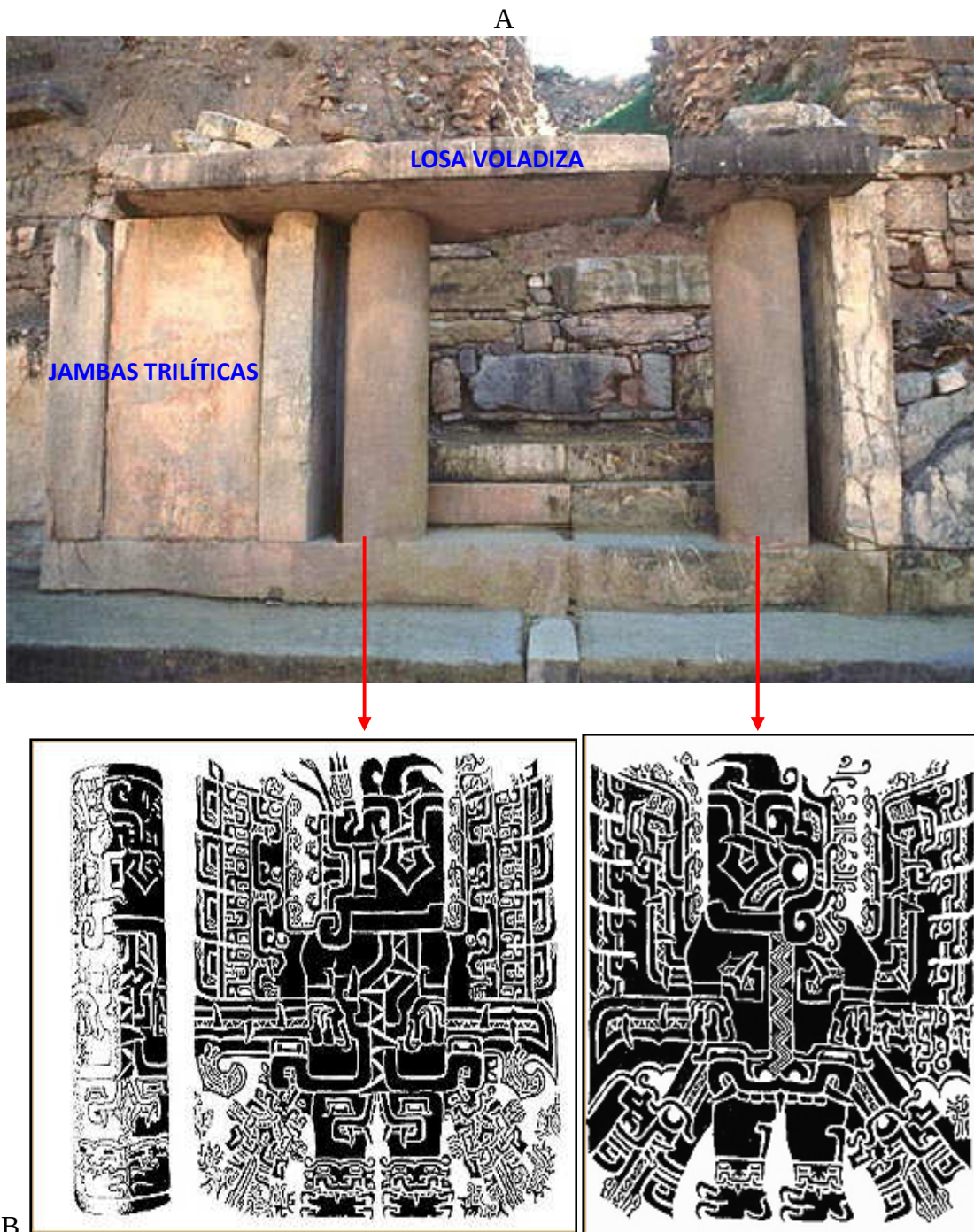


Figura 2.16. Portal Negro y Blanco o de las Falcónidas ubicado en la fachada este del edificio A. Aspecto actual luego de la reconstrucción realizada en la década del 50-70. A: Vista general portal con columnas, jambas trilíticas y losa voladiza. En la reconstrucción no se ha superpuesto el dintel que aparentemente iba bajo o sobre esta última. B: Izquierda imagen desplegada personaje columna sur; derecha, imagen columna norte. Foto: Andrea González R.; Dibujos: Rowe 1967: figs. 8 y 9.

Las columnas del Portal

La figura 2.16B muestra el despliegue de las figuras antro-po-or-ni-to-mor-fas que revisten a las dos columnas. Las figuras no son iguales, tienen la zona púbica marcada por fauces diferentes, razón por la cual se ha instalado la idea que se trata de una pareja,

hembra al sur, macho al norte (González-Ramírez 2003; González-Ramírez 2007; Lyon 1978; Rowe 1967). La verdad es que no poseen atributos sexuales figurativos que permitan afirmar, exclusivamente mediante las imágenes, una sexuación veraz. En otros términos, la dualidad evidente no expresa de manera axiomática dimorfismo sexual; la hipótesis debería ser contrastada, por ejemplo, con contextos funerarios.

Las figuras muestran a dos personajes de aspecto antro-po-or-ni-to-morfo, es decir, con características humanas y de ave. La primera se encuentra exclusivamente justificada por la posición anatómica del postcráneo: tronco, extremidades superiores e inferiores. Al igual que los personajes de la Plaza Circular, la relación de tamaño con la cabeza es desproporcionada, siendo las extremidades notablemente cortas, respecto al tronco y a la cabeza. La posición anatómica varía en los personajes. El del sur está de frente, mientras que el del norte muestra los pies de perfil, pero el cuerpo frontal. Sin embargo, ambos poseen pies con garras de rapaz y tobillos adornados con cabezas de fauces convencionalizadas con un colmillo central; un atributo frecuente en la iconografía Chavín, y que se repite en las fauces públicas de ambos personajes: el del sur, vistas de perfil, y el del norte, de frente. Las manos de ambos personajes portan un objeto alargado, asido en forma horizontal, que muestra una corrida de dientes aserrados y colmillos entrecruzados con terminaciones aguzadas y extremos particularizados con volutas o medios arcos, en el caso del norte, que emanan del propio objeto. Así como los pies, las manos poseen tres dedos con garras, pero en una posición imposible para el frontal: su aspecto sólo podría ser producto del asimiento del objeto en la espalda, lo que se ve reforzado por la posición hacia lateral de los codos.

Ambos troncos están divididos longitudinalmente por bandas. El del sur por una que hace las veces de fauces, con dientes aserrados y colmillos entrecruzados, y el del norte, con una banda de líneas múltiples zigzagueantes. A la altura del pectoral, el personaje del norte muestra el naciente de las alas, caracterizado por un colmillo inferior delimitado por una banda de doble línea que, pasando bajo los brazos, luego sube formando un ángulo recto para integrar la estructura interior de las alas. Si se observa la porción superior interna de las alas de este personaje, se entiende que esta banda de dientes y colmillos entrecruzados es, en realidad, la proyección de la boca de un rostro de perfil. Ninguna de las partes descritas de este atributo, se presenta en el personaje sur. Ambas alas se proyectan desde el objeto que portan en las manos, hacia superior, con atributos particulares para cada personaje y un número de secciones diferente: el del sur posee 4, mientras que el del norte 5. Internamente las alas son simétricas especulares en cada uno de ellos. Desde el encuentro de las alas con la cara exterior de las caderas, se proyectan oblicuamente unos objetos muy parecidos a los que portan en la espalda los personajes de la Plaza Circular, sólo que representados de frente, en las columnas del Portal se aprecia sólo su porción inferior. Parecieran ser objetos parte de algún atuendo que forma una cola o un conjunto de objetos alargados como lanzas, pero convencionalizadas y particularizadas en cada uno de los personajes. Especialmente en la figura de la columna sur, la particularidad de la representación se acompaña de múltiples figuras asociadas como flotando, que dan la impresión de signo o glifo, que robustece la idea de que cada personaje ha sido representado con un significado unívoco, aunque difícilmente perceptible desde un par de metros, debido a la curvatura propia de la columna que no muestra las figuras desplegadas como se ilustran en la fig. 2.16.

Finalmente, ambas cabezas son rostros de aves rapaces de perfil con el pico hacia superior, como si estuvieran mirando al cielo o fueran vistas en vuelo desde el suelo. Las alas desplegadas refuerzan esta impresión (Lumbreras 2007, 2012: pp. varias). Así como en otros atributos, cada personaje posee características distintivas en sus cabezas, lo que sugiere que su presencia en otros rostros podría entenderse como la representación un mismo personaje o variantes relacionadas con un mismo tema. Así por ejemplo, el ojo del personaje de la columna sur es cuadrangular, mientras que el del norte está redondeado y una banda surge desde su porción inferior a la mejilla. Variaciones importantes se observan también en la coronilla, en lo que podría identificarse como una cresta o tocado, con un complejo diseño de cuerpos y cabezas de serpiente en la columna sur, y de motivos intrincados de volutas en la norte. Las bocas, sin embargo, son idénticas, con labios de comisuras romboidales definidas por bandas bilineales que se abren sobre la nariz y el mentón para dar paso al pico, con dientes aserrados y colmillos laterales entrecruzados y uno central. Se trata, por lo tanto, de una composición que integra elementos ajenos a una cabeza propiamente ornitomorfa rapaz. Este recurso de combinación de atributos es muy frecuente en las representaciones chavinistas, y ha sido objeto de las más variadas interpretaciones (*infra*).

El Dintel y la Losa Voladiza

Tanto el dintel como la losa voladiza, son elementos cuya posición original es más dudosa que la de las columnas⁹, salvo por las reconstrucciones de su proceso de derrumbe (p.e. Lumbreras 2012: 65). De ahí que la asociación entre los elementos que conservan representaciones figurativas, sea problemático. No obstante, es indudable que son parte de una misma composición arquitectónica y representacional (fig. 2.17).

El dintel aparentemente estuvo formado por tres losas de piedra que, se supone, iban bajo las dos porciones de la losa voladiza, haciendo las veces de contrapeso entre las jambas trilíticas, las columnas y la propia losa, que de acuerdo a la franja de las representaciones que posee sólo en uno de sus bordes, habría funcionado como cornisa. El dintel, actualmente no se encuentra en la reconstrucción del Portal.

Esta losa que habría funcionado como cornisa, consta de dos piezas líticas. Al igual que el resto del Portal, la del sur es de granito blanco, mientras que la del norte, es de una roca calcárea negra. Sólo se conoce la porción completa de la franja representada de la porción sur, ya que la norte sólo conserva menos de un cuarto. Dada la simetría recurrentemente practicada en la arquitectura Chavín, se piensa que ésta última debe haber contado con las mismas proporciones e igual cantidad de representaciones que las que se conocen en la losa sur. Esta última posee 8 aves de perfil, las 7 primeras de sur a norte, mirando al norte y la última en el margen derecho, es decir, del lado norte mirando al sur (fig. 2.18). La porción que se conserva de la losa norte, o negra, es aparentemente la junta con la del sur, y el ave que se conserva no es especular, sino que hace pareja con la última de la losa blanca mirando al sur. Ello es coherente con la distribución en parejas que presenta la franja de la losa sur, pero no con la organización bipartita del Portal. En total, losa sur y norte, habrían sumado la talla de una franja con 16 aves, de las cuales sólo se conocen a ciencia cierta las de la losa blanca, ya que la negra, es apenas perceptible.

⁹De hecho la ubicación de las columnas se hizo considerando un desgaste circular en la base, a cada uno de los costados interiores de las jambas, aparentemente elaborado ex profeso para la inmovilización de las columnas (Lumbreras 2012: 62).

De las aves representadas en la franja de la losa blanca, se aprecian 8 aves rapaces que se han enumerado de sur a norte. 6 de ellas, es decir, de 2 a 7, forman pares, mientras que las de los extremos son únicas. En consecuencia, la variabilidad del perfil ornitomorfo se restringe en esta pieza, a 5 formas, que pueden corresponder o no a personajes, ideas, identidades, etc. No lo sabemos.

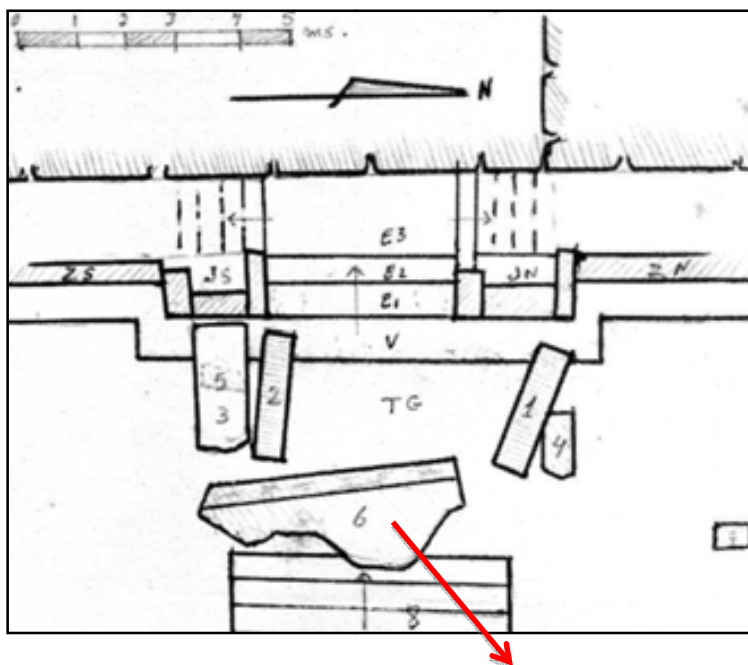


Figura 2.17. Croquis de la distribución del hallazgo de los elementos del Pórtico.

Elaborado por L.G. Lumbreras, según los datos proporcionados por M. Gonzáles (en Lumbreras 2012: 68).

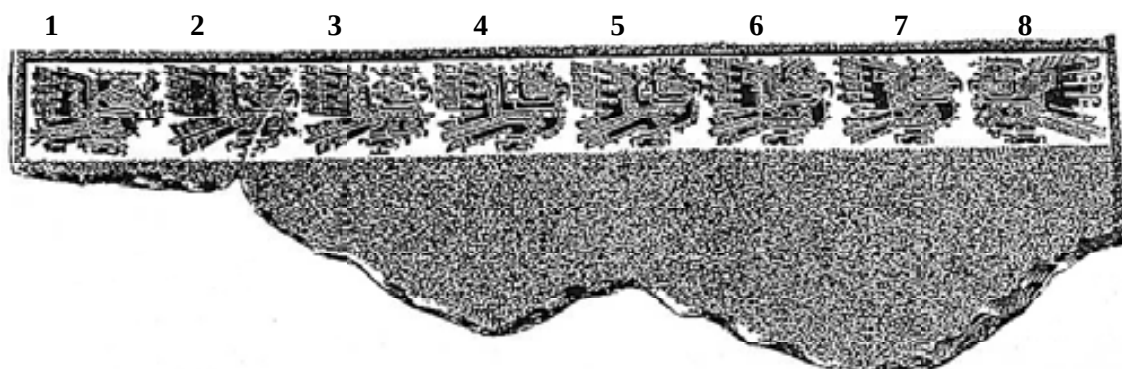


Figura 2.18. Losa Voladiza, Piedra de las aves o de los cóndores. Dibujo: Pablo Carrera 1966. (Tomado y modificado de Kauffmann-Doig and Gonzáles 1993: fig. 15).

Las representaciones comparten la posición anatómica y localización de los atributos, pero la expresión de sus formas y la ocurrencia de elementos de representación singulares, se encuentran particularizados. La figura 2.19 muestra la variabilidad expresada en las figuras únicas y en los pares. Si se observa de inferior a superior, puede apreciarse que las patas son casi todas iguales, excepto en el par 2-3, que muestra una proyección o segunda pata. Aun así, comparte con el resto una pata vista de perfil, figurativamente análoga a la de aves rapaces. El pecho, también de perfil, se encuentra particularizado, por rostros de bocas o fauces agnáticas, siempre con colmillos laterales y centrales, y dientes cuadrangulares o aserrados, variando en su posición frontal o lateral o derecho-invertido, y su proyección hacia las alas. El borde del pecho, también

se encuentra particularizado, aparentemente, indicando la presencia de plumas, esquematizadas en forma de volutas, de cabeza de ave o de ofidio.

Al igual que en los personajes antropomorfos de la Plaza Circular y las columnas del Portal, la cola está compuesta por variadas representaciones que incluyen la esquematización de plumas, bandas de dientes aserrados, con o sin colmillos y aditivos en forma de cuerpos y cabezas de ofidios o volutas. Las alas, por su parte, constituyen una estructura de 4 o 5 secciones. La porción correspondiente a la estructura que soportaría el húmero, siempre es representada con un ojo de cuya base surge una fauces que se proyecta en forma de banda que se quiebra en ángulo cuasi-recto hacia el pecho, con dientes aserrados y colmillos entrecruzados. Las secciones de las alas también son distintas, mostrando plumas esquematizadas, terminaciones en forma de voluta, bastón y/o cuerpo/cabeza de un ofidio, como en el resto de porciones anatómicas. Todas las alas son rematadas en su parte superior con la misma variación de recursos de representación: esto es, volutas y cabezas/cuerpos ofidios.

La distinción entre el cuerpo y la cabeza siempre es destacada con una banda que da la impresión de que se trata de cóndores. A pesar de ello la mayor parte de la investigación las identifica con águilas arpías y halcones (*infra*). Las bocas poseen poca variación. Todas presentan dientes aserrados y colmillos entrecruzados y uno superior central. El labio se encuentra delimitado por una banda que se quiebra sobre la nariz y el mentón para dar paso al pico. Las comisuras son en su mayoría de terminación romboidal, salvo en dos aves que presentan una comisura curva, levemente proyectada hacia superior.

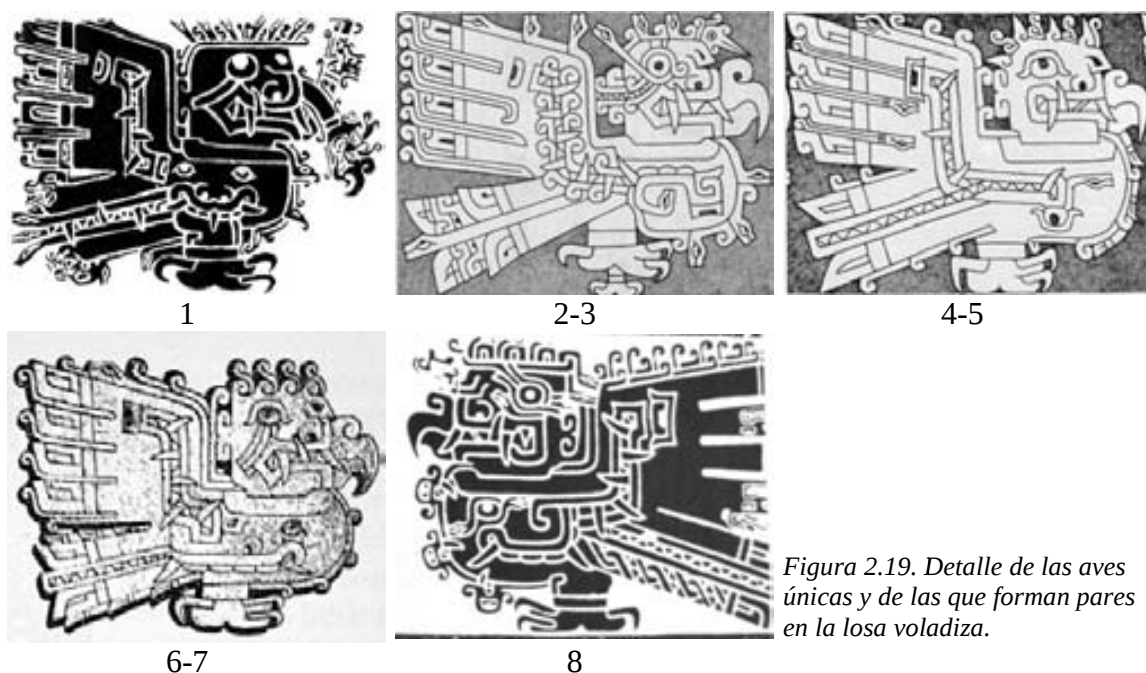


Figura 2.19. Detalle de las aves únicas y de las que forman pares en la losa voladiza.

La nariz es prácticamente la misma en todas las aves representadas: se observa el perfil del cuerpo y una narina gruesa, siempre antropomorfa. Los ojos, en tanto, son quizá los atributos anatómicos básicos que mayor variación muestran. Por ejemplo, el personaje 1, muestra un ojo circular de iris excéntrico, en 2-3 es circular de iris centrado y párpado inferior en forma de cuerpo de ofidio, y superior en forma de banda de voluta; 4-5 y 6-7 lo llevan circular de iris excéntrico y párpados superiores; mientras que el personaje 8 muestra un ojo circular de iris centrado con bandas superior e inferior de cuerpos de

ofidios simulando párpados o cejas. Como en el personaje de la columna norte, 3 clases de aves, 5 representaciones, llevan una banda curva bajo el ojo (véase 1, 2-3, 6-7).

El pico presenta pocas variaciones morfológicas y de tamaño, pero hay pares que muestran más semejanza (p.e. 2-3 con 6-7). Sin embargo, el ave 1 es completamente diferente, y de su boca surgen, en vez de pico, dos bandas cuya terminación es una nueva cabeza de perfil, esta vez con pico. Las orejas, son notablemente homogéneas, caracterizadas por la unión de dos volutas en una sola estructura. Finalmente, la cresta o coronilla se encuentra adornada con volutas, cabezas ofidias u ornitomorfos o por una especie de plumas esquematizadas, reiterando el repertorio visto en las otras porciones del cuerpo, salvo algunos atributos singulares.

- Las lápidas halladas en la Plaza Menor que no son de la Plaza Menor

Durante las labores de limpieza de la terraza en el sector del frontis del Portal de las Falcónidas, MGM¹⁰ recuperó un conjunto de lápidas de tendencia cuadrangular que asoció a lo que en ese entonces se conocía como patio hundido o de las lápidas, hoy Plaza Menor, pero la dirección O-E tanto del evento telúrico que derrumbó los aparejos de los edificios mayores, como el aluvión de 1945 y la pendiente de la terraza fluvial, hace que sea improbable su ubicación en ese contexto arquitectónico. Además, se desconocen las asociaciones específicas del hallazgo, por lo que, en la práctica sólo se puede decir que provienen de algún lugar indeterminado de la fachada este del edificio A. Se han incluido aquí, pues su asociación con el edificio parece incuestionable, y porque presentan una variación iconográfica muy interesante.

Como se ilustra en la figura 2.20, las representaciones comparten atributos secundarios con el repertorio observado en otros contextos arquitectónicos, pero muestran a personajes distintos, debido a la representación a atributos anatómicos singulares. En la figura A, se muestra a un ser con alas y cola seccionada, con patas y garras que agarran una circunferencia, en una posición distinta a la observada en otros personajes rapaces o felínicos. Una banda enroscada surge desde la narina visible, tal y como lo hacen numerosas cabezas clavas. Colmillos y volutas, siguen estando presente en la caracterización de la boca y como apéndices o adornos en el cuerpo, pero se emplea profusamente círculos concéntricos. Para Lumbreras, se trata de la representación de un murciélago (1989, 2012).

La figura B, corresponde a un ave rapaz de alas desplegadas, seccionadas y con el plumaje demarcado por bandas modulares. Las garras de las patas son iguales a las vistas en otras representaciones, pero parecen coger dos cabezas de serpientes. A diferencia de las representaciones comunes de aves rapaces vistas en el Portal de las Falcónidas, ésta no tiene una boca con colmillos, sino que se representa de forma naturalista, con un pico y una cresta sin atributos intermedios. Es interesante, asimismo, la representación de un rostro agnático con colmillo central en la pelvis, idéntico al que muestra el personaje de la columna norte del Portal.

¹⁰Marino Gonzáles Moreno



Figura 2.20. Lápidas halladas en el escombramiento de la terraza de la fachada oriental del edificio A, atribuidas por MGM a la Plaza Menor

La tercera lápida muestra a un animal que puede ser reconocido, sin mayores problemas, como un primate americano, probablemente alguna especie del género *Alouatta*, ya que como éstos, muestra los colmillos al aullar; acción que podría verse reforzada con el objeto que porta en su mano izquierda: posiblemente una caracola *Strombus*, de consabidos usos acústicos. En su mano derecha, lleva un cetro bicéfalo de serpientes, las cuales son nuevamente representadas en la saliente de su hombro izquierdo y bajo la axila del mismo flanco. La posición es bípeda y de perfil, pero la pata izquierda muestra un dedo oponible como el de la familia arborícola *Atelidae* de América del Sur. Con esta misma extremidad parece estar presionando o atrapando el cuerpo plegado de una serpiente más compleja que las otras representadas. Al igual que otros personajes antropomorfos (*infra*), lleva adornos corporales o algún tipo de vestimenta: con tobilleras, taparrabo, un pectoral y sendos aretes, en forma de triángulo invertido. Finalmente, el rostro muestra una boca abierta con colmillos entrecruzados, cuya expresión es remarcada con una arruga en la mejilla. Los ojos son elipsoidales de iris centrados, con una ceja bien demarcada. Su nariz en antropomorfa, de las mismas

características que las vistas en otros personajes: cuerpo voluminoso y narinas grandes. Lleva un tocado o casco que es rematado con un apéndice superior a la altura de la coronilla, muy semejante al apéndice que llevan varios especímenes de cabezas clavadas (consúltese catálogo).

Por último, la lápida D corresponde a una de las imágenes más populares del llamado arte Chavín, ya que muestra semejanzas notables con personajes emblemáticos de la iconografía chaviniense y tardo-formativa andina: el StaffGod o Señor de los Cetros (v.g. Estela Raimondi, varios StaffGod de los textiles Carhua-Callango, entre otros). Si bien no porta cetros al costado de su cuerpo, lleva las dos conchas pacíficas de mayor recurrencia en los depósitos e iconografía del sitio en cada una de sus manos sin garras: la de la izquierda lleva un *muyu* o *Spondylus*, y la de la derecha una caracola *Strombus* o *Pututo*. La posición anatómica del personaje es antropomorfa de frente, y al igual que los personajes antropomorfos de perfil, su cuerpo es rollizo y desproporcionado respecto al tamaño de su cabeza. Ésta última, es uno de los atributos más notables, ya que lleva un peinado trenzado por cabellos representados con serpientes, razón que le ha hecho ser reconocido como “medusa”. La boca es atrigrada de aspecto rugiente con enormes colmillos superiores, pero dientes cuadrangulares. Como las comisuras romboidales de muchas representaciones, éste personaje las muestra frontalmente. Los ojos son cuadrangulares con el iris excéntrico y un entrecejo arrugado que aporta gran expresión gestual a la representación.

- El dintel de los jaguares

“En la base de la escalinata se hallaron dos fragmentos de un monolito que era algo así como un dintel o tal vez un escalón que tenía grabada una escena de un grupo de jaguares” (MGM en Lumbreras 2012: 85)

Lumbreras se refiere a la escalinata, también blanco y negra, que lleva de la Plaza Mayor a la terraza de la Plaza Menor. Se trata de un personaje zoomorfo desdoblado y barroco. En total, serían cuatro “seres” de perfil que comparten una gran banda dentada (fig. 2.21). Por esa razón, algunas personas lo han identificado con un caimán (v.g. Rowe 1967, Roe 2008).

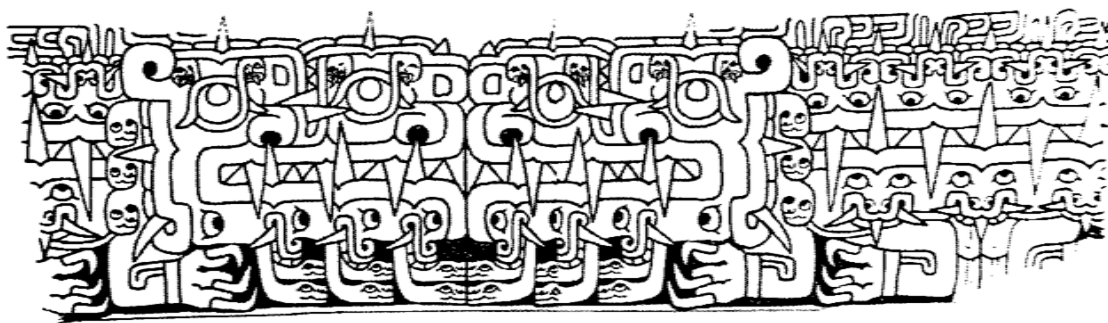


Figura 2.21. Dintel de los Jaguares.

Aparentemente la figura es muy compleja, pero se trata en realidad de la repetición en direcciones opuestas y secuenciales, de un repertorio relativamente limitado de atributos. Entre éstos destacan los cuerpos/cabezas ofidias, las patas con garras, los rostros agnáticos de colmillo central, y fauces, verticales y horizontales, de dientes aserrados y colmillos entrecruzados.

- Las cornisas en la terraza del Edificio A

En todo el escombramiento de la terraza de la fachada este del edificio A, MGM encontró fragmentos de cornisas de características similares a los campos delimitados para la representación de la cornisa de las aves del Portal de las Falcónidas, esto es, losas pulidas canteadas en escuadra en cuyo borde se talló la imagen enmarcada en una franja muy bien delimitada que, entre otras cosas, habría servido de guía para la localización estructural correcta de la cornisa. De ellas, son especialmente relevantes dos fragmentos ubicados a diferentes distancias de una misma pieza, al parecer, no reutilizadas en construcciones posteriores, por lo tanto, no movilizadas del depósito correspondiente al derrumbe de los aparejos del muro, razón por la cual se puede presumir un contexto de uso arquitectónico relativamente confiable. Se trata de una cornisa con aves de alas desplegadas, como si estuvieran en vuelo y fuesen vistas desde abajo (fig. 2.22).



Figura 2.22. Cornisa de los cóndores hallada en la terraza este del edificio A. Imagen inferior tomada de Lumbreras 2012: 147. Arriba, Rowe1967: fig. 12)



El primer fragmento, fue recuperado en 1955, aproximadamente 5 m de la esquina sureste del edificio A (Lumbreras 2012: 146), y el segundo, en el mismo año, 6,35m al oeste de la esquina SE, es decir, a menos de 2 metros de distancia, pero a distintas

profundidades (2,5 y 1,1 m, respectivamente). Varias piezas del mismo tipo ya habían sido encontradas con relativa cercanía por Tello (Tello 1960: esculturas 8, 9 y 10). Todas estas cornisas, se caracterizan por la representación de estas aves con alas desplegadas, variando en los atributos de las alas y el cuerpo. La que se muestra en la figura 2.22 es una pieza que alcanza los 2 m de largo, pero debe haber sido mucho más grande. Se conservan dos aves idénticas.

El cuerpo está dividido en un eje central, que provoca simetría bilateral. A uno y otro costado de la imagen se representa en el torso un rostro dividido longitudinalmente de frente. La simetría es transgredida en la cabeza de perfil, que como se ha señalado, puede ser la manera de representar la cabeza mirando al frente en vuelo. Al igual que en las columnas del Portal, la cabeza está integrada por un rostro bi-compuesto o híbrido: con una boca colmillos entrecruzados y pico superpuesto a ésta. Sin embargo, a diferencia de las cabezas del Portal, la banda labial no se proyecta sobre la nariz y el mentón, sino que sólo llega hasta el borde, las narinas no son antropomorfas, sino que de ellas surge una banda sinuosa que se desdobra en un par de volutas, muy semejantes al efecto que se busca representar en la lápida de la figura 2.20B.

c) Fachada oeste del Edificio A

- Las cornisas de la esquina suroeste del Edificio A

Además de la cornisa de los jaguares, supuestamente in situ en la esquina SW del edificio A (fig. 2.1), en la base de este sector se localizó un fragmento de lo que se supone es una cornisa, igualmente con las imágenes grabadas por el frontis y uno de sus cantos. El otro fragmento, el de la derecha en la figura 2.23, había sido localizado en 1956 por MGM en el escombramiento de la fachada este del mismo edificio. John Rick, luego del hallazgo del fragmento izquierdo en 1998, ubicó al de la derecha en los almacenes del Monumento, notando que eran en realidad parte de una misma pieza.

Por alguna razón no justificada, Lumbreras identifica al personaje de la izquierda como femenino: *la mujer trompetera* (2012:144), que describe a quien toca la caracola *Strombus*, que del mismo modo que algunos personajes de las lápidas de la Plaza Circular, lo hace con la mano izquierda y el perfil del rostro en la misma dirección. Como ya se ha dicho, respecto a la posibilidad de sexuación de las columnas del Portal de las Falcónidas, los personajes de esta cornisa no presentan ningún carácter sexual primario ni secundario explícito. Al parecer, son los pectorales circulares que muestra en el torso el personaje de la izquierda, la base para suponer que es femenino y, que por un binomio heteronormado, el de la derecha es masculino, pero no queda lo suficientemente claro si se trata de parte de la vestimenta, o de la ilustración anatómica de pechos. Aun así, la exclusividad de éstos como un atributo femenino, es una percepción característicamente heterocéntrica que debería ser evitada en arqueología como categoría de análisis a priori de la variabilidad figurativa.

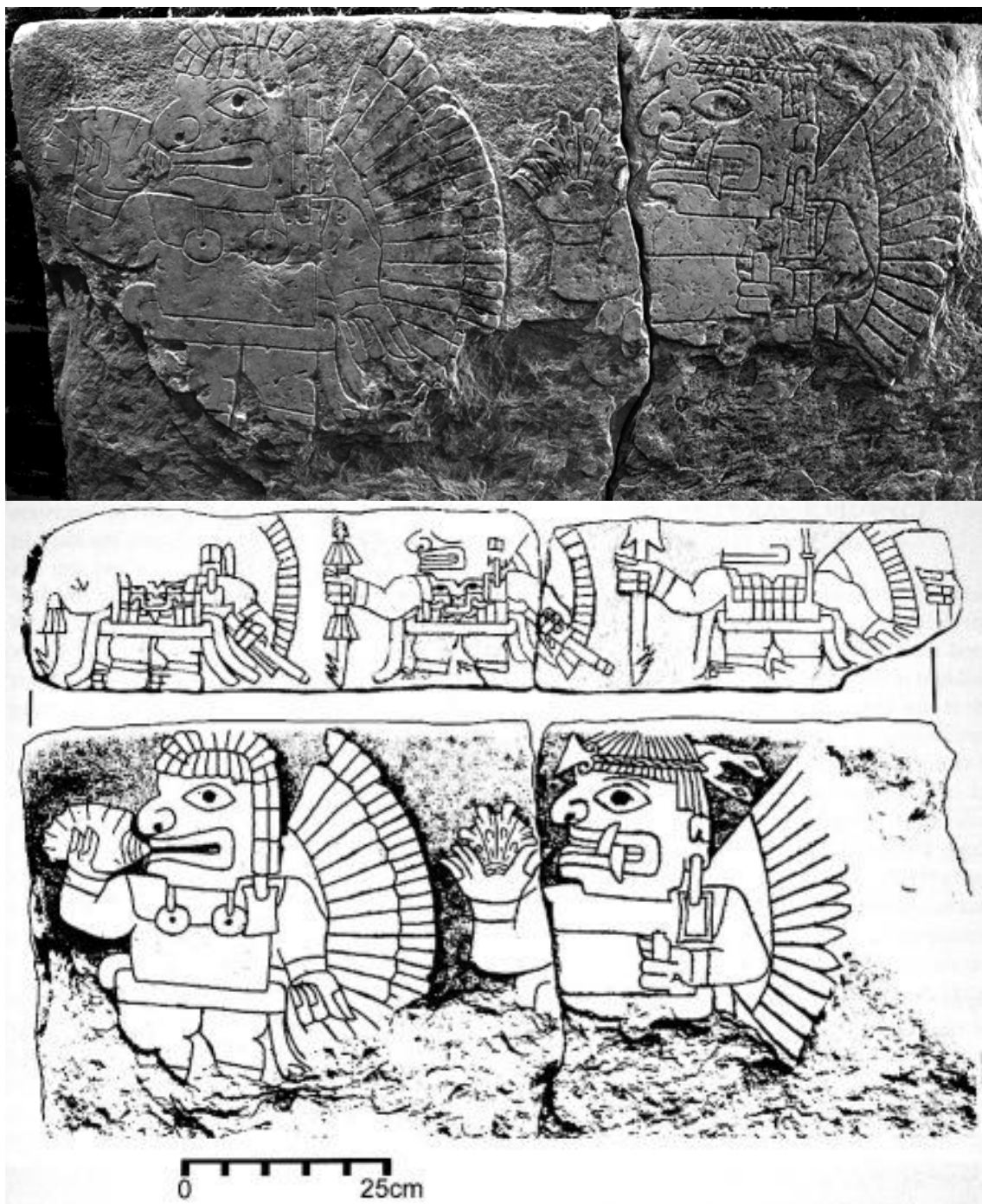


Figura 2.23. Cornisa de la fachada oeste del edificio A. El fragmento izquierdo, corresponde al hallazgo realizado en 1998 por John Rick en la unidad 7a de las excavaciones bajo la esquina SW del edificio A, mientras que el de la derecha, fue descubierto por MGM en los escombramientos de la plataforma de la fachada este. Fotografía superior tomada de la muestra del Rietberg Museum; inferior: Rick 2008: fig. 1.15)

En términos iconográficos, los personajes son muy semejantes a los representados en las lápidas de la Plaza Circular (v.g. fig. 2.15B). También muestran cierta semejanza en atributos y líneas que definen las formas, a la iconografía antropomorfa de Cerro Sechín, en la costa de Casma (Samaniego, et al. 2002). En ese sentido, integran un cuerpo abundante de representaciones exclusivamente antropomorfas, que poseen las siguientes características distintivas:

- a) Portan objetos en las manos: los personajes principales, porque son más grandes o están de frente, suelen llevar trompetas *Strombus*, conchas *Spondylus* y cactus San Pedro. Los secundarios, porque suelen ser más pequeños o están de perfil, llevan lanzas tipo estólicas (muy bien ilustrado por el personaje de la lápida MACH-0565, Lumbreras 2012: 145) o arpones.
- b) Personajes principales y secundarios llevan un atuendo característico: tobilleras, una banda tipo taparrabo de la que prenden sogas figurativas o cuerpos de serpientes, un pectoral sencillo o con representaciones diversas (placas, cabezas agnáticas, etc.), brazaletes, orejeras o pendientes, tocados complejos, que integran peinados y adornos, y una especie de objeto en la espalda que hace las veces de alas.
- c) Un rostro antropomorfo, con bocas retrotraídas con o sin colmillos entrecruzadas, con labios delimitados por una banda, narinas grandes, y ojos elipsoidales de iris centrado.
- d) Manos y pies con garras y tres dedos.

2.2.3. La singularidad de las cabezas clavas (CC)

He subtitulado este apartado empleando el término *singularidad*, para poner de manifiesto el tratamiento técnico y temático que caracteriza a este tipo de litoescultura arquitectónica. A diferencia de la variabilidad técnica de los relieves, las CC son esculturas de bulto, esto es, que pueden ser vistas prácticamente por todos sus flancos, por lo que su potencia de visibilidad es notablemente mayor. A nivel de la representación, se trata siempre de cabezas con rostros antropomorfos, zoomorfos o, como típicamente se observa en la iconografía de Chavín, una combinación de ambos.

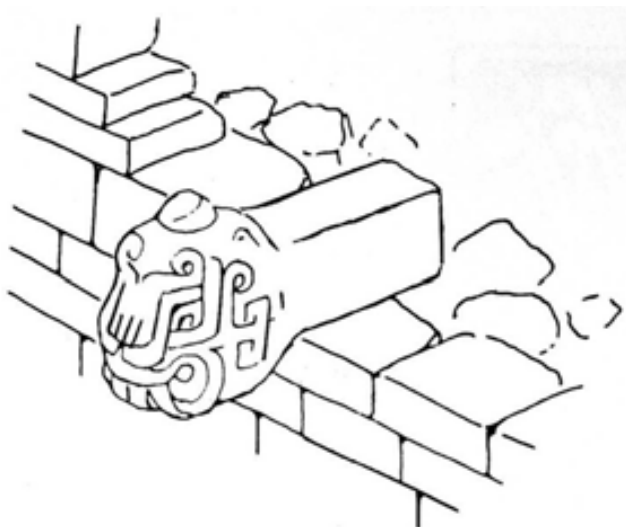


Figura 2.24. Ilustración de la inserción constructiva de una cabeza clava. Tomada de Kauffmann y Gonzáles 1995: fig. 30. Dibujo W. Diessl.

Actualmente, sólo una cabeza clava se encuentra *in situ* en la esquina SO del edificio A, y una segunda al costado de ésta que sólo conserva parte del occipital fracturado debido al aluvión de 1945, pero que a partir de las descripciones de Tello se sabe que corresponde a la escultura 37, hasta entonces *in situ*, además de la escultura 74 en el muro sur del mismo edificio. Actualmente, existe un número total de 143 cabezas clavas conocidas, 106 integradas en un registro sistemático que se llevó a cabo en el sitio en

2004 y 2009 (González-Ramírez 2011; González-Ramírez 2005), que incluye las recuperadas en distintas excavaciones¹¹ y escombramientos.

Por lo tanto, los registros in situ confirman que las cabezas clavas se ubicaron, al menos, en el tercio superior de la pared oeste y sur del edificio A (fig. 2.25). Lumbreras ha ofrecido suficientes evidencias para suponer que hubo cabezas clavas también en los muros del cajón A norte/B este/C sur, que bordeaban el Atrio de la Plaza Circular, ya que se han ubicado cabezas clavas enteras y fracturadas en una capa de depósito que se ha definido como el abandono Chavín de este sector. Además, las oquedades cuadrangulares a espacios equidistantes en los aparejos de los muros sur y oeste del edificio A, confirman que, a lo menos, las cabezas clavas fueron un recurso que se usó en la época de máxima ampliación del sitio (Etapa Negro y Blanco), pero probablemente antes durante la Etapa Expansiva.

Otro conjunto importante de piezas, que integran buena parte de la actual colección Chavín de CC, fue recuperado durante las labores de escombramiento de la gran área oriental al edificio A, dentro del proyecto de despeje ya comentado que realizó casi durante dos décadas MGM. Hallazgos aislados han sido recuperados, también, de diversos lugares en las inmediaciones del sitio. Una revisión pormenorizada de todos los antecedentes de hallazgos de cabezas clavas, ha permitido concluir que existe una alta probabilidad de que hayan sido empleadas en todo el perímetro del complejo de edificios ABC, lo que ha tenido interesantes consecuencias para la estimación del volumen de producción necesario para cada etapa constructiva (v.g. capítulos 9 y 16).



Figura 2.25. Cabezas clavas de la esquina SO del edificio A, antes que el aluvión arrasara con la de la derecha. La cabeza de la izquierda aún se conserva. Fotografía: Archivo Tello MNAHP (También disponible en Mesia 2008: foto 6).

A diferencia de las piezas lapidarias, cuya localización fue más heterogénea, el conjunto conocido de CC y la eventual estandarización en su empleo arquitectónico, hizo que se

¹¹Durante la campaña de 2013, mientras se concluía la redacción de esta tesis, se localizaron 2 cabezas antropomorfas caídas de la fachada norte del edificio C, su inclusión no será posible mientras los informes de excavación aún no sean de dominio público. Agradezco a John Rick la comunicación personal del hallazgo y sus condiciones.

mostrarán como un cuerpo mucho más robusto donde poder estudiar los niveles de especialización técnica y teórica (esquemas de representación) que debieron manejar quienes las realizaron. A pesar de esta condición, no han sido foco de estudios sistemáticos que estén publicados. Sin embargo, curiosamente se ha popularizado y asumido la idea de Burger (1995: 157-159) de que el conjunto de cabezas clavadas representaría la transformación o viaje chamánico, en donde el estado más antropomorfo mostraría los primeros momentos de la experiencia alucinógena, y cada una de las distintas cabezas serían un estado más de conversión hacia un ser con poderes y características sobre-humanas, facilitado gracias al consumo de la mezcalina contenida en el cactus San Pedro (*Trichocereus pachanoi*). Esta propuesta se ha realizado mediante analogías etnográficas con algunas sociedades amazónicas descritas por Roe (1974; 1982), y por la presencia de representaciones figurativas de personajes sosteniendo este tipo de cactus. Si bien ciertos atributos nasales pueden ser propuestos como una evidencia indirecta del consumo de psicoactivos de esta naturaleza, no se han puesto a prueba hipótesis con información empírica que la contraste (para una revisión crítica de esta hipótesis, véase Capítulo 12).

Un problema más radical aún para la suposición de trance de Burger, es que las condiciones de los hallazgos, en el mejor de los casos provenientes de derrumbes, hacen inviable aventurar secuencias de inserción arquitectónica que permitan inferir una asociación entre cada CC. De las conocidas in situ, antes que fueran arrancadas por el aluvión del 45', no se desprende una secuencia coherente con el planteamiento de este investigador. Ello se aplica también, a su vinculación con las fases estilísticas propuestas por Rowe para la asociación de la litoescultura con la arquitectura, ya que dicho ordenamiento se basó, mayoritariamente, en piezas descontextualizadas y en una secuencia de construcción arquitectónica que hoy carece de validez, salvo para la posición temprana del Lanzón.

En suma, en términos descriptivos conviene apuntar que:

- (1) Las CC integran al único conjunto litoescultórico documentado, que trabajado volumétricamente, participó estructuralmente de los edificios.
- (2) Constituyen un conjunto de representación independiente del resto de los esquemas figurativos de piezas trabajadas en piedra.
- (3) A pesar de lo anterior, se repiten en ellas varias de algunas aparentes convenciones de la iconografía Chavín.
- (4) Podemos identificar rasgos antropomorfos y zoomorfos en ellas, en muchas ocasiones combinados.
- (5) La única instancia de representación en la que se hacen figuras de caras humanas naturalistas en Chavín de Huántar, es en un subconjunto de cabezas clavadas.
- (6) Existen evidencias para sugerir su uso en los edificios A, B y C.
- (7) Se utilizaron en espacios exteriores vinculados con áreas de reunión, circulación o trastienda y laterales de edificios principales.

2.3. La variabilidad litoescultórica conocida del AADM¹²

Como la mayoría de las piezas recuperadas en Chavín de Huántar, buena parte de las litoesculturas provenientes del AADM, han sido donaciones derivadas de colecciones privadas, por lo que las procedencias casi siempre se desconocen; en el mejor de los

¹² Área Arqueológica del Drenaje del Mosna, véase justificación del espacio en Capítulo 1.

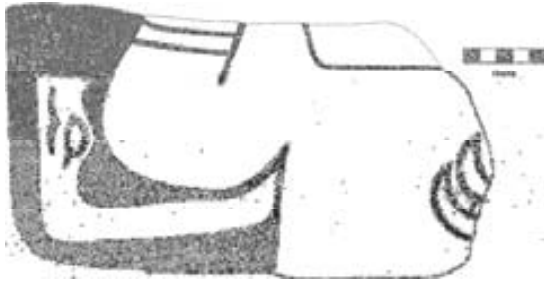
casos se “dice” que provienen de un determinado sector o yacimiento. Es decir, se trata de una información de calidad muy deficiente, que impide contar con nociones acerca de los espacios de uso.

En ese escenario, probablemente sea el sitio de Wamanwaín, excavado por Burger (1982), cuya relevancia se ha descrito en el Capítulo 1, el lugar de la micro-región de Chavín de Huántar que cuenta con la mayor cantidad de litoescultura conocida luego del Núcleo Monumental. Se trata de un total de 8 relieves: el primero (fig. 2.26A) recuperado por Espejo Núñez; cuatro recolectados entre la década del 60’ y 70’ y trasladados al Museo Arqueológico de Ancash, en Huaraz (fig. 2.26B, C, y D); y 3 hallados por Burger (fig. 2.26E-2.27A y B), dos de los cuales deberían encontrarse en los depósitos del monumento. Como se aprecia en las ilustraciones, todos ellos fueron recuperados “en superficie”, es decir, se carece de cualquier referencia contextual de producción y uso. Es posible que hayan sido retirados de derrumbes de las plataformas o muros megalíticos del sitio por parte de poblaciones tardías para ser empleados como materiales constructivos o de molienda, pero ello es sólo una especulación. Lo cierto es que algo o alguien, movilizó estas piezas desde su lugar de inserción arquitectónica o desde su colapso.

En términos técnicos e iconográficos, mantienen una estrecha relación con los relieves observados en Chavín, y las variaciones deberían caer dentro de la misma variabilidad del sitio. Asumiendo que los relieves fueron producidos para ser usados en la arquitectura megalítica de Waman Wain durante el Formativo, no existe evidencia, como plantea Burger, para aventurar hipótesis en torno a si su producción se llevó a cabo en el sitio mismo o en los talleres de Chavín. Lo interesante, es que con la presencia de esta litoescultura en lugares que están a más de 2 km de Chavín, es posible suponer un uso y una eventual producción litoescultórica descentralizada, esto es, Chavín de Huántar dejaría de ser un lugar de prácticas sociales exclusivas; si bien ello no dice nada respecto a la envergadura en las que se ejercitan dichas prácticas. En otras palabras, no sólo el sector monumental pudo haber sostenido en su periferia lugares de producción especializada, sino que éstas se pueden haber desarrollado paralelamente en las inmediaciones de la localidad, en un radio que se correspondería, hipotéticamente, con el propuesto para la AADM.

Al igual que en Waman Wain, la litoescultura que se asigna al sitio formativo de Pojoc (fig. 2.28), es descrita por noticias de hallazgos en superficie realizada por vecinos, es decir, nuevamente ninguna de las piezas atribuidas a este yacimiento se ha recuperado de una excavación controlada. Se trata de dos piezas, una perteneciente a una porción de una lápida o estela (fig. 2.28A), que muestra una pata de un ave rapaz, similar a las de las aves del Portal de las Falcónidas, y otra, en apariencia, una lápida. Burger destaca que el reverso de ésta última, no fue labrado (1982: 9-10), sino que conserva la curvatura de la roca (granito blanco). Ello lleva a pensar que quizás pueda tratarse de una pieza no acabada o defectuosa¹³.

¹³Las lápidas deben ser labradas y regularizadas previamente a la talla del relieve para evitar un colapso durante el proceso de éste último.



A. Fragmento de lápida. Compárese con fig. 26-27 de Lumbreras 1977 (Burger 1982: fig. 62). Encontrada por Espejo Núñez (1951: 14; Tello 1960: fig. 48).



B. Fragmento de lápida. Compárese con las aves del dintel voladizo del Portal de las Falcónidas (fig. 2.16) (Burger 1982: fig. 63).



C. Fragmento de lápida (Burger 1982: fig. 64).



D. Fragmento de relieve. Compárese con Tello 1960: 209 fig. 41 (Burger 1982: fig. 65)

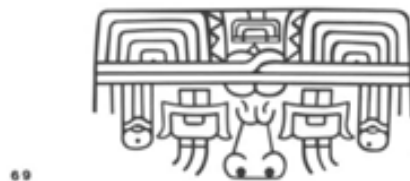


E. Fragmento de relieve. Compárese con las cornisas de la terraza de la fachada este del edificio A (v.g. Rowe 1967: figs. 11-134, fig. 2.22, arriba). Garras cerradas compárese con Estela Yauya (Tello 1960: fig. 34) (Burger 1982: fig. 67).

Figura 2.26. Conjunto de relieves líticos provenientes del yacimiento Waman-wain. A: ubicado en superficie, ubicación actual indeterminada; B y C: localizadas en superficie, Museo Arqueológico de Ancash; D: Waman Wain, superficie; E: Wama Wwain superficie.



A. Posible fragmento de cornisa. Compárese con cornisa de los jaguares de Chavín y con los jaguares de la Plaza Circular (Lumbreras 1977: fig. 45) (tomado de Burger 1982: fig. 66). Junto con la escultura de Runtu, son las únicas representaciones que llevan dos colmillos como la cabeza clava (ID 106), aún in situ en Chavín.



B. Fragmento de lápida o estela. Compárese con Estela Raimondi y personajes frontales de los textiles de algodón pintado de la costa sur Paracas Carhua-Callango (tomada Burger 1982: fig. 68).

Figura 2.27. Fragmentos de relieves provenientes de Wamanwain. A: Wamanwain superficie, Museo Arqueológico de Ancash; B: Wamanwain superficie, Museo Arqueológico de Ancash.



A

Figura 2.28. Relieves provenientes del yacimiento de Pojoc. A: fragmento de relieve indeterminado de pata de rapaz, en 1982 se encontraba en la Municipalidad de Chavín, no se sabe de qué lugar del sitio proviene (Burger 1982: fig. 18); B y C: Lápida de personaje antropomorfo (trompetero?) que “se dice” que provendría de Pojoc, en 1982 era parte de la colección Wilfredo Gambini, de Huaraz (Burger 1982: figs. 19a y 19b).



B



C

Como puede apreciarse en la imagen (2.28B-C), la figura es semejante en atributos a los de la cornisa de personajes antropomorfos de la esquina SO del edificio A (fig. 2.23), a los de la Plaza Circular (2.15), a los ilustrados por Tello, asignados al sitio de Yurac Yacu (fig. 2.29) y, en parte, a algunos personajes representados en los relieves líticos de Cerro Sechín (Samaniego, et al. 2002). Sin embargo, la técnica incisa de grabado es menos precisa que la de los relieves de Chavín, y aun cuando respeta la generación relieve hundido para la definición del contorno, es evidente una manufactura menos fina, probablemente derivada de herramientas y manos menos entrenadas. De ahí que resulte sugerente pensar que se trate de una producción local.

Existen otros dos yacimientos del AADM a los que se les ha atribuido la pertenencia de relieves líticos de aspecto chavinoide. El primero es el sitio de Yurac Yacu (fig. 1.16), del que procederían dos lápidas descritas por Tello. La primera (fig. 2.29A), corresponde, según se dice, a una laja de granito, con la imagen de un personaje antropomorfo anatómicamente de frente, pero con el rostro y las extremidades de perfil. Es decir, como la postura del personaje de la figura 2.28B, de Pojoc, pero en la dirección contraria. De la misma forma que ésta, la factura es poco refinada, con surcos anchos y profundos para la definición de los atributos internos. Lleva un objeto en cada una de las manos de forma alargada, sin un referente figurativo que permita identificar si se trata de un arma o de un artefacto de uso simbólico. Al igual que la lápida de

Pojoc, sus labios son gruesos, bien demarcados, su nariz ancha y antropomorfa, su ojo elipsoidal con el iris centrado, las orejas son alargadas con pendientes y lleva un tocado o peinado sobre la cabeza.

La segunda lápida atribuida a Yurac Yacu (fig. 2.29B), es también de un personaje antropomorfo, pero con múltiples atavíos y una posición anatómica diferente, ya que el perfil se logra ahora en las piernas y levemente en el tronco, que se muestra de escorzo. Ello permite presentar con cierta perspectiva los atributos que expone. En la mano derecha, lleva una cabeza trofeo, eufemismo que describe la práctica de decapitación de enemigos en conflictos bélicos, y su posterior exposición como trofeo de guerra (Arnold and Hastorf 2008). Como en los relieves de Cerro Sechín (Samaniego, et al. 2002), la cabeza decapitada lleva los ojos cerrados y la boca con las comisuras hacia abajo. Por su parte, el/la “decapitador/a” tiene los ojos muy abiertos, circulares y con el iris centrado, una boca también con las comisuras hacia abajo, pero con colmillos entrecruzados, una nariz abultada y sin narinas, del mismo modo que se representa este atributo en los relieves de Sechín. En la cabeza, parece llevar un gorro o casco, y como en los personajes de las cornisas del edificio A (fig. 2.23), lleva unas alas o algo por el estilo en la espalda.

La figura 2.30, ilustra un fragmento de un obelisco que, según Tello (1960: 248), se recuperó de las ruinas del sitio arqueológico de Runtu, cerca de San Marcos (fig. 1.16). La representación que se conserva es muy interesante, porque manifiesta la sincronía en dos maneras de representar la nariz y los ojos, juntos con otros elementos abstractos. En el primer caso, escultura 55a, se observa el rostro de perfil de un personaje de aspecto híbrido, con una boca de labios gruesos delimitados por una banda, como típicamente los muestran los personajes antropomorfos, pero con colmillos dobles, un atributo observado con una baja frecuencia (v.g. fig. 2.27A, cabeza clava in situ ID106). Tanto la nariz como las orejas, son representadas por dos volutas consecutivas. La que forma la narina, es más grande y enroscada, mientras que las que están a la altura del entrecejo y la oreja son sencillas. El ojo es circular con el iris excéntrico, pero hacia medial, como si tuviera estrabismo. No se sabe si la sombra que se ilustra en el dibujo es real, o si es una intensión del/a dibujante. Si fuera real, sería un atributo tratado en sobre relieve, una forma que sólo se observa en la talla de las cuencas oculares de las CC. Delante y arriba de la cabeza se han tallado en un aparente sobre relieve, unas bandas quebradas con terminaciones en volutas. Atrás de la oreja se remata con un elemento compuesto por dos volutas y unas bandas verticales bajo ellas.

Al costado del obelisco, que parece ser de sección rectangular, se aprecia la representación de una especie de “estrella” de 8 puntas y un círculo concéntrico. La otra cara presenta características semejantes, pero con variaciones evidentes que refieren eventualmente a significados distintos. En primer lugar, los labios se proyectan sobre la nariz y, posiblemente, sobre el mentón, tal como lo muestran las imágenes del Portal de las Falcónidas, pero a diferencia de ellas, este personaje no lleva pico. Mantiene la presencia de dos colmillos, como su par, pero la nariz es distinta. Como en la figura de la lápida ilustrada en la figura 2.20A, y como se esculpió en muchas CC, de la narina emerge un cordón, en este caso sinuoso, que se proyecta sobre la cabeza para terminar enroscado. Justo a la misma altura se talló una banda, igual de sinuosa, pero transversal sobre la cabeza, como la de su par del otro lado. Eso sí, a diferencia de éste, esta banda se proyecta detrás de su cabeza, sumándosele una nueva. Sobre las secciones quebradas de ambas bandas se tallaron unas figuras escalonadas, con una boca con colmillo

superior en su porción inferior. Dadas las características de la reproducción del obelisco, no podemos saber si a esa figura le faltó el ojo intencionalmente, o si estaba acabada.



A. Escultura 52 (Tello 1960: fig.80)

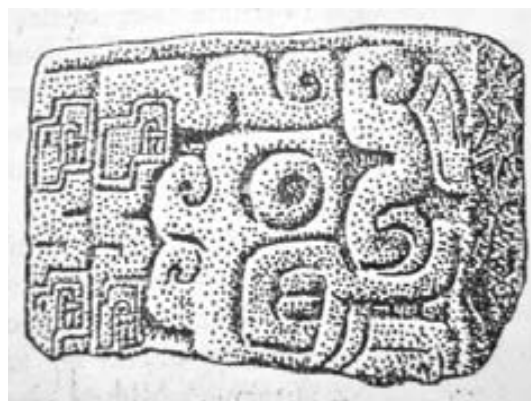


B. Escultura 53 (Tello 1960: fig. 81)

Figura 2.29. Lápidas que se dice que provienen del yacimiento Yurac yacu (fig. 1.16)



Escultura 55a (Tello 1960: fig. 83)



Escultura 55b (Tello 1960: fig. 84)

Figura 2.30. Fragmento de obelisco que se dice que fue recuperado del yacimiento de Runtu, cerca de la localidad de San Marcos (fig. 1.16). Tallado por las cuatro caras verticales.

En el AADM, además de Waman Wain, Pojoc, Yurac Yacu y Runtu, se ha reportado la presencia de relieves ornitomorfos provenientes de los sitios Shikip (fig. 2.31) y Warampu Patac (fig. 2.32), sin considerar los 5 relieves que se perdieron en el aluvión de 1945 provenientes de Gotush (actual La Banda) (fig. 1.16). La mayor parte de los relieves conocidos parecen corresponder a lápidas, con ejemplos de cornisas (2.27A) y obeliscos. De esta manera, así como en Chavín, lo más común son las lápidas, que sirven para revestir muros. Las cornisas son menos frecuentes, ya que participan de

contextos arquitectónicos más acotados, mientras que los obeliscos, que se pueden considerar como litoescultura exenta o “huanca”, particularizan un determinado espacio, siendo mucho menos frecuentes. Ahora bien, la frecuencia observada de relieves actualmente conocidos del AADM, no debería considerarse una muestra representativa, ya que no proviene de excavaciones ni prospecciones sistemáticas. Sin embargo, no se conocen evidencias de CC en ninguno de estos sitios: ¿Por qué una escultura en piedra tan frecuente en Chavín de Huántar, no aparece en las colecciones pertenecientes a los sitios con arquitectura monumental durante el Período Formativo Medio en el AADM? ¿Es que no se han detectado? O ¿es que se trató de una producción de mayor complejidad, es decir, que involucró mayor entrenamiento y tiempo de trabajo? Para responder a estas preguntas de corte comparativo, es necesario caracterizar a cada una de esas producciones. En esta tesis, comenzamos esa tarea pormenorizando las características de la producción de una de ellas, para que nuevas investigaciones puedan contar con información respecto a la variación en los procesos de trabajo como uno de los factores eventualmente explicativos de la diversidad litoescultórica en la micro-región.

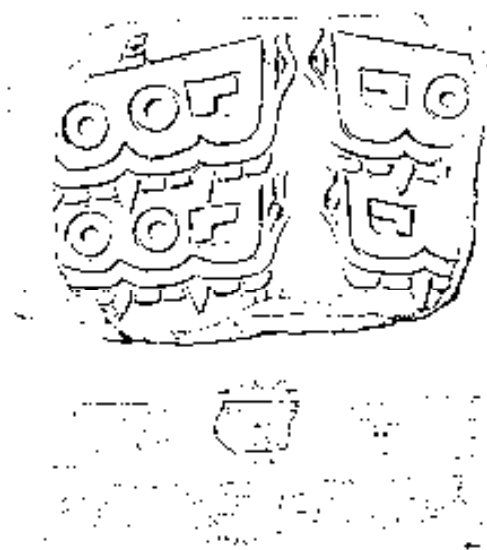


Figura 2.31. Fragmento de cornisa que se dice que podría provenir del yacimiento de Shikip. Encontrado en la parroquia de Huántar (Diessl 2004: 197, fig. Sma5).

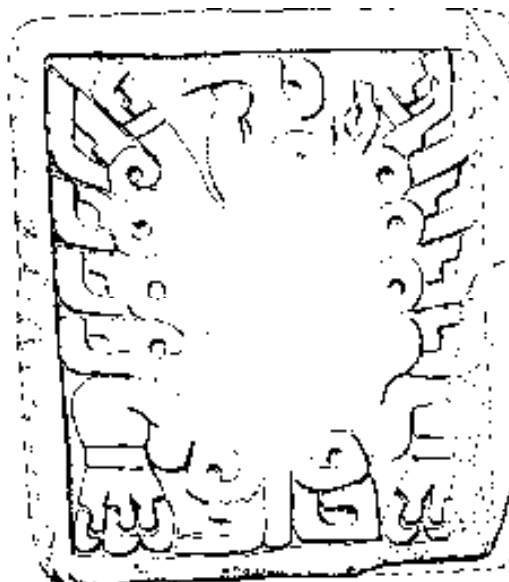


Figura 2.32. Lápida recuperada en 1995 en los faldeos del cerro Warampu Patac, actualmente en los depósitos del monumento (Diessl 2004: 248, fig. Sma 77).

Más allá del AADM, es decir, en lo que hemos venido llamando AAH (véase Capítulo 1), el trabajo de síntesis de Alexander Herrera (Burger 2008; Herrera 2003), muestra evidencias de un conjunto litoescultórico estilísticamente más tardío. Sin embargo, a pesar que el trabajo de Richard Schaedel (1952) constituye, hasta el día de hoy, la única investigación que se ha ocupado de una sistematización de la evidencia litoescultórica de los Andes centrales, medio siglo de investigaciones han transcurrido entre sus resultados y las actuales evidencias disponibles (v.g. Grieder 1978; Lau 2006), haciéndose urgente una integración sistemática con categorías analíticas que superen las limitaciones inherentes a la circularidad del concepto de estilo.

Si aceptamos, tentativamente, el principio de semejanza técnico-representacional como indicador de sincronía, en el área de la cuenca sur del río Yanamayo (fig. 1.18) se han localizado tres fragmentos de una de las piezas más emblemáticas de lo que se denomina arte escultórico Chavín: la Estela Yauya (Burger 2008; Herrera 1998; Tello

1960). Se trata de un monolito de tres metros de largo (*sensu* Burger 2008:169), previamente pulido y tallado, con la representación de uno o varios personajes desdoblados de aspecto figurativo relacionable con un aligátor y un pez. No supera el repertorio de atributos conocidos para Chavín, pero su organización es singular, como casi todas las piezas escultóricas de uso exento (v.g. Obelisco Tello, Estela Raimondi). No viene al caso referirse aquí respecto a las interpretaciones acerca de su significado, ni tampoco en lo relativo a su lugar de producción original, aunque Burger ha aportado suficientes argumentos para aceptar un origen local en manos de una persona especializada, probablemente extranjera. Como sea, en mi opinión se trata de la única pieza que puede ser comparada técnicamente con el tratamiento de superficie que precede al tallado de los grabados vistos en cornisas y estelas de Chavín, y con el ancho y definición de estos mismos, cuyo logro dependería en buena medida, de la especialización de los medios de trabajo, la roca empleada, el tiempo invertido y el entrenamiento suficiente para poner todos esos factores en marcha. Digo ello, porque la litoescultura conocida en sitios, cuya relevancia a nivel de la gestión político-ideológica de una determinada área y/o personas puede compararse absolutamente con Chavín de Huántar, muestran afinidades morfo-figurativas, pero no técnicas; especialmente, respecto a la calidad de la resolución de la imagen que se logra con el tratamiento de superficie pulida previamente al grabado. Dentro de este conjunto incluyo a sitios como Pacopampa (Burger 1989; Morales 2012; Seki, et al. 2012), Kuntur Wasi(Onuki 2008), Congona (Watanabe 2012), o La Pampa (Terada 1979).

2.4. La variabilidad iconográfica

Como he señalado al inicio de este capítulo, intento mostrar desde un punto de vista exclusivamente descriptivo los aspectos que caracterizan al contexto arqueológico y al propio material de estudio. Digo esto para dar cuenta que la iconografía, o descripción de las representaciones, suele mezclarse con lo propiamente interpretativo, siendo difícil distinguir en la literatura especializada lo que es el aporte en materia de evidencias, de lo que se refiere a las explicaciones de ellas. En consecuencia, para abordar de forma ordenada el cuerpo de información disponible, el siguiente capítulo se ha reservado a cuestiones netamente interpretativas, mientras que el presente intenta restringirse a la descripción.

Al contrario de lo que suele aducirse, y después de 10 años de familiaridad con las representaciones Chavín, pienso que el repertorio de representaciones chavinoides es relativamente acotado. Su complejidad deriva más bien de la organización y la carga cuantitativa de atributos en una determinada composición, las que se caracterizan, en general, por la distorsión de la relación figurativa. Dicha distorsión o alteración, si se quiere, no es aleatoria, así al menos se ha podido constatar en nuestros análisis estadísticos multivariados. De esta manera, los atributos figurativos son aislados de su contexto y vueltos a reinsertar en uno nuevo, en una representación cuya composición, ahora sin relación figurativa, respeta normas de inserción poco flexibles y escasamente naturalistas. En arqueología parte de dichas normas, han sido entendidas recurriendo al método iconológico de Panofsky (2001 [1982]), teórica y metodológicamente formulado para las prácticas de investigación de la historia del arte, es decir, para la interpretación de ciertas obras en el contexto de determinadas condiciones histórico-sociales, a partir de la información disponible en fuentes escritas de la época. Su re-adaptación a la arqueología ha sido cuestionada(v.g. Kubler 1970), ya que transgrede el núcleo del método, al reemplazar las fuentes escritas contemporáneas a los estilos iconográficos,

por estudios etnográficos y documentos etnohistóricos, provocando así circularidad argumental y analógica, ya que las fuentes no se emplean como base donde buscar factores explicativos coetáneos, sino como marco de referencia interpretativa, como si el tiempo tuviera una influencia particularmente irrelevante en los Andes. Profundizaré en estas materias más adelante, pero es importante hacer lo suficientemente explícito que las equivalencias y polisemias de determinados términos, frecuentemente empleados en los estudios que se ocupan del problema de las RRFF de la época de Chavín, provienen de problemas epistemológicos instalados en las estrategias teóricas y metodológicas de partida. De ahí que, comúnmente, se suele entender por lo mismo al estilo de arte, a la iconografía de una “cultura” o al estilo religioso/estatal. Por ello, antes de emplear una nomenclatura que designe al cuerpo de representaciones, he optado por restringir el término *iconografía* a su uso etimológico, antes que metodológico, como descripción de los íconos, es decir, del signo: que no es otra cosa que la expresión física de un símbolo, y en consecuencia a lo único que tenemos acceso desde la arqueología prehistórica.

Los criterios para la descripción de un repertorio de la representación suelen variar según la profundidad de la reflexión teórica alcanzada en cada investigación. En esta tesis, se han empleado los más sencillos y generales, que son luego reformulados en el estudio de la representación de las CC, por ser nuestro objeto de estudio. Dichos criterios son: organización, tema (figurativo o no), forma y soporte. Partiré haciendo referencia a la variabilidad de los temas, para señalar, posteriormente, cómo es su organización general. De la forma y soporte, sólo puntualizo ciertos aspectos, porque se requieren observaciones más sistemáticas.

En la iconografía Chavín se representan seres antropomorfos, zoomorfos y fitomorfos, de cuerpo completo o una fracción de él. La tabla 2.3 sintetiza dicha variabilidad. Asumamos, por el momento, que la variabilidad resumida en esa tabla es una representación sustantiva del repertorio de representación, que sólo deja de lado elementos marginales, es decir, con una muy baja frecuencia en la iconografía empleada. Pues bien, es sobre ese repertorio sobre el que se estructura la organización de las composiciones. No hay mucho más: salvo si en algún momento de esos 800 años, nos trasladásemos a la costa, en donde se reemplazan algunos de los seres zoomorfos y fitomorfos de Chavín, por los locales (v.g. arañas, crustáceos, algodón). A modo de hipótesis, se podría decir que las normas de representación, se encuentran estructuradas considerando 3 factores, cuyo porcentaje de explicación de la variabilidad observada debería ser sometido a análisis, estos serían: tema, forma y soporte.

Respecto al tema, resulta sorprendente que tanto los seres como los atributos zoomorfos de cuerpos fragmentados se restrinjan a animales salvajes, la mayor parte de ellos de tierras bajas cálidas (costeras o selváticas), excluyendo prácticamente todo el espectro de animales domésticos de tierras altas, esenciales en la subsistencia andina, como camélidos, cánidos o cuyes. Lo mismo puede decirse respecto al repertorio fitomorfo, restringido casi exclusivamente a plantas de propiedades psicoactivas (Carod-Artal and Vázquez-Cabrera 2006; Carod-Artal and C.B. 2007; Feldman Gracia 2006; Mulvany De Peñaloza 1984). Además de los cuerpos completos y fragmentos de ellos, se emplean una serie de aditivos subsidiarios, convencionalizados como decoración o como particularización comunicativa. No es posible saberlo. Dichos aditivos, tampoco son muchos, restringiéndose, principalmente a los apuntados en la tabla 2.3.

Tabla 2.3. Síntesis del repertorio temático de las RRFF de Chavín de Huántar					
Cuerpos completos					
Tema	Principales características		Posición		
Seres Antropomorfos	<ul style="list-style-type: none">- cuerpo desproporcionado- cabeza al menos 1/3 del cuerpo- cuerpo ancho y rollizo- sin sexuación figurativa		<ul style="list-style-type: none">- Siempre de pie: perfil o frontal- Manos y pies, comúnmente, con garras zoomorfas		
Seres o cosas Zoomorfos	Muy frecuentes	Felinos	De perfil: erguidos		
		Ornitomorfos	De perfil: en vuelo o sedentes		
		Ofidios	De perfil: cuerpo en movimiento		
		Aligátors	De perfil		
		Peces	De Perfil		
		Malacológicos: <i>Spondylus/Strombus</i>	Figurativos: portados por algún personaje antropomorfo.		
	Poco frecuentes	Úrsidos ¹⁴	De pie: frontal (El Lanzón)		
		Monos	De pie: perfil		
		Murciélagos	De perfil: en vuelo		
		Mariposas	De perfil: en vuelo		
Cuerpos Geométricos	Volutas (simples, dobles y compuestas)		Atributos empleados generalmente como aditivos de la composición: rematando o participando de porciones anatómicas		
	Cuerpos estrellados				
	Cuerpos cuadrangulares				
	Cuerpos triangulares				
Cuerpos Fragmentados					
Fracciones Antropomorfas	Cabezas	Característica de la porción representada	Seniles, Silbantes (CC)		
	Rostros		Cabezas decapitadas (de perfil, ojos cerrados y bocas con comisuras hacia inferior: escasas)		
	Post-cráneo		Frontales: erguidos, parte de personajes “híbridos”		
Fracciones Zoomorfas	Cabezas		Característica de la porción representada	Felinos, rapaces, ofidios	
	Rostros			Felinos/cánidos/úrsidos (?): perfil y frontales	
	Fauces con colmillos			Aligátors: perfil	
	Ojos			Cuadrados, redondos, elipsoidales	
	Picos ornitomorfos			Rapaces: perfil	
	Garras			Rapaces, felinos/úrsidos (?)	
	Plumas			Ornitomorfos	
	Escamas			Reptil/ictiomorfo (?)	
	Vértebras			ictiomorfos	
	Fracciones Fitomorfas	- <i>Trichocereus pachanoi</i> (Cactus San Pedro)		cuerpo	Porción representada
- <i>Brugmansia sp.</i> (Floripondio, Borrachero)		flor			
- <i>Anadenanthera colubrina</i> (Cebil)		fruto			
- <i>Canna indica</i> (Achira)		bulbo			
- <i>Arachis hypogaea</i> (Maní)		fruto			

Es interesante resaltar la combinación de los atributos zoomorfos con los antropomorfos. Por ejemplo, no se observan personajes de cuerpo zoomorfo y cabeza antropomorfa, sino que alguna norma indicó que debían representarse sólo cuerpos

¹⁴Véase por ejemplo (Paisley and Saunders 2010).

antropomorfos con cabezas zoomorfas, de uno o más animales en el rostro y en un tocado que podía incluir, a veces, aditivos fitomorfos. Ello produjo que sólo los seres antropomorfos pudieran adquirir características zoomorfas, pero no al revés. Provocando la siguiente fórmula:

Cuerpo	Cabeza
Antropomorfo	antropomorfa
Antropomorfo	zoomorfa
Zoomorfo	zoomorfa

Dicha combinación configura el primer y más evidente nivel de organización temática de las composiciones. De ahí en adelante, la combinación y distribución de los recursos temáticos se complejizan, pero siempre siguiendo ciertos principios o normas. A nivel general, dicha complejización ha sido comúnmente caracterizada bajo el término *horror vacuo*, otro eufemismo que describe el aspecto recargado de las composiciones. Por ello, se habla también de una especie de “barroquismo” en la iconografía Chavín. Distintos estudios han intentado “descubrir” los principios de la organización temática del “arte” Chavín (Campana Delgado 1993; Campana Delgado 1995; Roe 2008; Urton 2008; Vargas Nalvarte 2005), siempre poniendo énfasis en el acceso a un determinado significado, comúnmente de carácter religioso, mediante el supuesto descubrimiento. Sin embargo, la sistematización más sencilla y útil sigue siendo, a mi juicio, la organización propuesta por Rowe, quien propuso básicamente que las composiciones se organizan siguiendo las siguientes “convenciones”: secuencialidad lateral, bandas modulares, simetría bilateral, repetición e inversión especular (Rowe 1967; Rowe 1973), a los que sería importante añadir el principio de anatropía o inversión de la vista de la composición, propuesta por Campana (1993). A juzgar por el propio Rowe (1967: 7), dichos principios se aplican, fundamentalmente, a la mayor parte de composiciones de diseños lineales o planos, es decir, relieves litoescultóricos, textiles pintados y superficies cerámicas. De modo que todos los objetos con representaciones tridimensionales, como las CC, algunos relieves de barro de la costa (véase Capítulo 1), y los morteros litoescultóricos, presentan otras soluciones normativas, las cuales no habían sido abordadas hasta esta tesis.

Respecto a la forma, como se ha dicho, es mucho menos lo que puede ser sistematizado mediante una observación directa. Ello sucede básicamente, porque se requiere una definición conceptual de la forma que permita minimizar la arbitrariedad de la percepción. Un intento de ello, pero en busca de variaciones cronológicas, fue recientemente publicado por Roe (2008), quien esencialmente propone para la representación del águila harpía, una transformación de las formas desde una tendencia curva, pasando por etapas o fases que tienden finalmente a la cuadrilateralidad. (fig. 2.33).

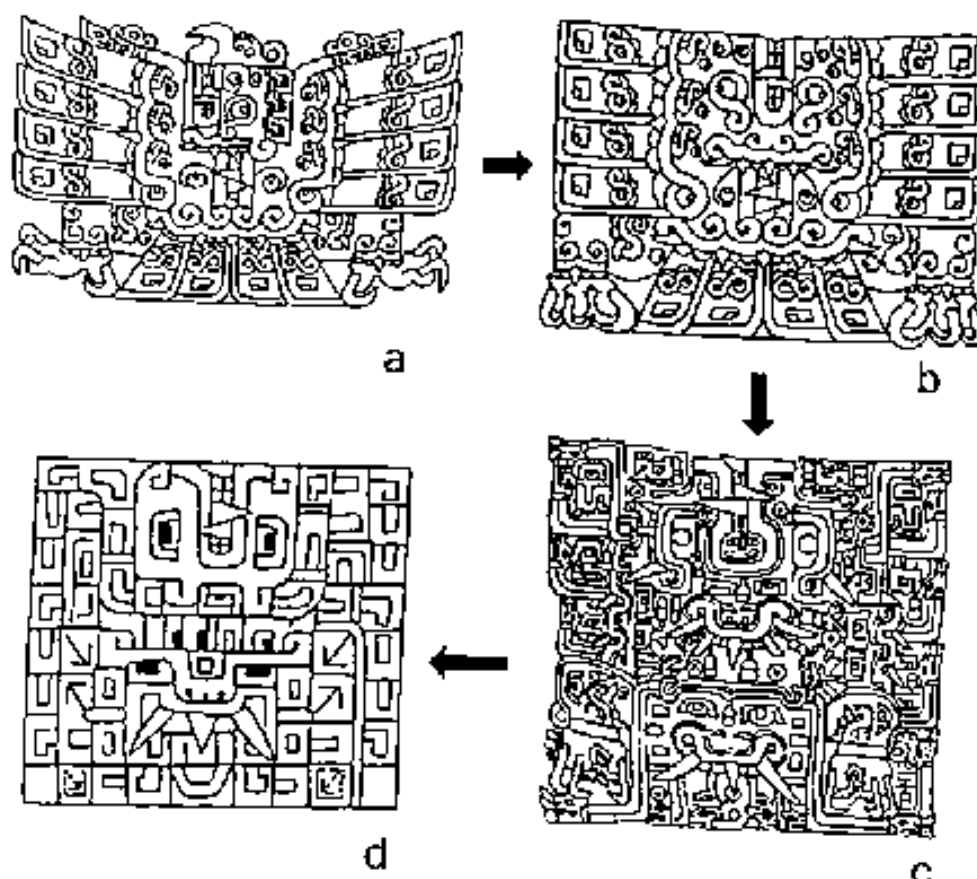


Figura 2.33. Cadena derivacional de la forma de las “águilas harpías guardianas”, sobre la base de una reinterpretación de las fases estilísticas de Rowe. Tomado de Roe 2008: fig. 7.8

En síntesis, en el cuerpo de RRFF se pueden identificar los siguientes aspectos en la variabilidad iconográfica:

- La integración de un repertorio acotado de elementos temáticos para la composición.
- La fragmentación figurativa de las representaciones, reorganizándolas en una nueva configuración.
- Dicha configuración, muestra un evidente convencionalismo: se reiteran los atributos y su localización en diversas composiciones.
- La evidencia de convencionalismo hace suponer una estandarización en los esquemas de representación, esto es, una estructura normada y muy poco flexible de registro y comunicación de ideas y/o ideologías.
- Se observan variaciones temáticas entre las localizaciones de la litoescultura en el yacimiento. Por ejemplo, en la Plaza Circular los animales representados son felinos, mientras que en la fachada este del edificio A son rapaces y en la oeste antropomorfos.
- No se conocen, representaciones vinculadas con escenas de la vida doméstica, ni tampoco de actividades de producción subsistencial, vitales para la reproducción económica alto andina, como el caravaneo de llamas, la limpieza de canales de regadío, actividades agrícolas de siembra o cosecha, la elaboración de artefactos, etc.
- Tampoco se observa la representación de actividades trascendentales para toda comunidad humana, como las de cuidados de sujetos, embarazos, lactancia o

relaciones sexuales. Actividades que sí son representadas profusamente en una siguiente época (v.g. en las representaciones de la sociedad Moche o Recuay).

- Las representaciones destacan los atributos de animales salvajes, muy por sobre los animales domésticos. Lo mismo ocurre respecto a los elementos fitomorfos, los que comúnmente muestran las partes que contienen propiedades psicoactivas; no se representan vegetales relevantes de la dieta chavina como maíz, papa y otros tubérculos.
- No existen representaciones “naturalistas”, salvo en un subconjunto de las CC antropomorfas.
- No se realizaron sexuaciones figurativas en las representaciones, lo que es lo mismo que decir que no se puede descartar la presencia de sexuaciones simbólicas; ello deriva de la fragmentación y reemplazo de las partes del cuerpo por otras fracciones. De ahí que cualquier intento de sexuación sea sumamente problemático.

2.5. Limitaciones y alcances empíricos para el estudio de las CC

A simple vista es evidente que el conjunto de CC es un conglomerado técnica y morfológicamente muy distinto que los relieves y grabados. A pesar de ello, comparte con el resto de la litoescultura una notable pobreza en la calidad y cantidad de los contextos arqueológicos conocidos, lo que dificulta un estudio completo y relativamente directo de las formas de producción. De ahí que la variabilidad de las propiedades de tamaño, forma y figuración de las piezas de la actual colección, sea el punto de arranque para comenzar a analizar el nivel de estandarización como reflejo ponderado de la especialización del trabajo en lo referido al manejo de las técnicas y del conocimiento del repertorio de representaciones que debían ser esculpidas. Insisto en que la ausencia de talleres escultóricos, impide un estudio desde el lugar de la producción, por lo que, mientras no se hallen, el conocimiento de la producción de representaciones figurativas debe basarse, necesariamente, en los objetos terminados, esbozos o defectuosos y sus espacios de uso arquitectónico o descarte.

Por otra parte, la asociación que puede llegar a inferirse para la mayoría de las piezas recuperadas de contextos de derrumbe, hace que el nivel de resolución del conjunto, a nivel por ejemplo de la secuencialidad, sea como mucho la adscripción a un muro, el que puede vincularse, a su vez, con una determinada etapa constructiva. Pero en ningún caso, pueden llegar a determinarse relaciones ordinales a nivel intra-conjunto. Ello justifica que las causas explicativas de la variabilidad deban atender a factores conocidos y medibles, lo que deja un porcentaje de explicación de la variación siempre fuera y sin posibilidad de ponderarse, más que restando el factor explicativo controlado, es decir, sabiendo el porcentaje de la variabilidad que se desconoce.

Otra limitación para el estudio de la producción, es el conocimiento que se posee de la trayectoria histórica de la producción escultórica en la región. El factor de conocimiento acumulado, transmitido y modificado, que llevó al desarrollo, práctica y transmisión de la litoescultura en Chavín, posee unos referentes muy aislados y fragmentarios que no permiten aún comprender cómo y cuándo se llegó de una producción a la otra. Esto supone cuestiones importantes, porque si aceptamos la hipótesis de que su producción fue una manifestación de actividades especializadas, que implicaron un conocimiento histórico acumulado, habremos de aceptar también que en periodos post-Chavín esta práctica fue abandonada, y con ella su conocimiento: hablaremos entonces de una

inflexión o transformación histórica. Si bien existen otras manifestaciones litoescultóricas para periodos que suceden a la etapa Chavín en los Andes Centrales, como las asociadas a lo que se ha denominado cultura Recuay, en el Callejón de Huaylas, éstas están hechas con técnicas completamente distintas. Otras, como las que se hicieron en el altiplano circum-titicaca, primero con Pukara y luego con Tiwanaku, dieron lugar a una considerable producción, pero que no poseen, en ningún caso, las características del manejo volumétrico que se observa en Chavín, salvo algunos ejemplos muy aislados (véase por ejemplo Rowe 1976: Lám. VIII, figs. 13-14).

Como se ha mencionado en el Capítulo 1, es probablemente el trabajo en relieves de barro en contextos de arquitectura monumental, los morteros ceremoniales de piedra y los relieves líticos de sitios como Sechín, los únicos antecedentes contundentes que hacen más coherente un proceso que llevó a un grupo de personas a lograr un nivel de manejo técnico de la abundancia y complejidad manifestada en Chavín de Huántar. Sin embargo, esos referentes tempranos son muy fragmentarios aún como para comprender quiénes, cómo y cuándo lograron contar con el tiempo y disponibilidad de soluciones subsistenciales suficientes para profundizar los conocimientos técnicos e ideológicos de la producción masiva que muestra Chavín.

Por otra parte, la proliferación en la variación de los tipos de soportes destinados a la representación durante el Formativo Medio y Tardío, refuerzan la hipótesis de que hubo una razón política-ideológica que incentivó la profundización de saberes especializados en el trabajo de distintos soportes para la representación. El incremento de la variabilidad cerámica durante la fase janabarroide (Druc 1998a; Druc, et al. 2001; Druc 1998b; Druc 2004), de los huesos tallados, de la metalurgia en oro martillado de Chongoyape (Lothrop 1941) y soldado de Chavín (Burger 1995, 1998), de las caracolas *Strombus* talladas (Rick and Lubman 2002), y al parecer también del arte rupestre (Van Hoek 2013; Van Hoek 2011), así como de los mates pirograbados, los vasos y morteros líticos tallados, y los textiles de algodón pintado de la costa sur (Cordy-Collins 1976; Wallace 1960; Wallace 1991), muestran un interés por abarcar un gran espectro de material que permitiera la reproducción de una determinada acción comunicativa (Habermas 1999 [1981]: 73-76). En consecuencia, si parece evidente que hubo un interés muy potente por dejar en los materiales las ideas o las ideologías de un grupo, una comunidad o una sociedad, es necesario conocer qué tan regularizada era efectivamente la representación de ese cuerpo de ideas.

Al respecto, uno de los grandes problemas del principio de semejanza usado como fundamento de asociación temporo-cultural en algunos conceptos de estilo (v.g. Capítulo 5), es que considera sincrónico y parte de un mismo proceso cultural a todo lo que sea “parecido”, incluso si no procede de contextos arqueológicos estructurados, lo que tiene como consecuencia la exclusión de lo que se asume como sincrónico, de lo que no se parece o no calza con el patrón esperado. Debido a que no se atiende a las representaciones que son distintas o que no responden a los estándares de lo que se considera como parecido, luego no se poseen datos de la variabilidad que pueda distar del parámetro dominante, si es que existe. En otras palabras: estamos descartando todas aquellas representaciones que no son parte de las ideas dominantes, que pueden o no coincidir con lo arqueológicamente más visible, lo que tiene como consecuencia:

- a) Que no se conozcan variaciones iconográficas porque no se han buscado, ya sea porque se han seleccionado sólo las piezas que se ajustan a los parámetros de lo

parecido, o porque escaseen excavaciones sistemáticas. En Chavín se dan ambas situaciones.

- b) El desconocimiento de lo que no se ajusta a lo estilísticamente parecido, impediría el estudio de la dispersión de las normas de representación y con ello:
 - El hallazgo de un ajuste riguroso al cuerpo normativo dominante en contextos funerarios, domésticos, entre otros, que podría dar cuenta de un control hegemónico de la producción ideológica.

CAPITULO 3

LOS MODELOS EXPLICATIVOS DE CHAVÍN

3.1. Entonces ¿De qué se habla cuando se habla de Chavín?

Cuando las arqueólogas y arqueólogos se refieren a Chavín no necesariamente aluden a lo mismo. Después de más casi 100 años de investigaciones en el yacimiento y de su incorporación a las discusiones del origen de la civilización andina, Chavín se refiere simultáneamente a:

- a) Un yacimiento arqueológico de los Andes centrales del Período Formativo, Horizonte Inicial y Temprano.
- b) Un centro ceremonial de los Andes centrales del Período Formativo.
- c) Un Horizonte Estilístico de arte religioso de carácter panandino.
- d) Una cultura con una religión particular que se expandió por una macro-región, y que sería la simiente de las posteriores de culturas andinas.
- e) Un estado teocrático prístino del Período Formativo
- f) La manifestación proto-urbana de una jefatura compleja.
- g) Uno de los lugares donde se gestó el origen de la desigualdad social en los Andes.

A su vez, estas variaciones pueden ser agrupadas entre las que constituyen interpretaciones respecto a la funcionalidad del sitio epónimo, y aquellas que buscan formular modelos explicativos más generales de lo que se entiende como *Chavín fenómeno* (*sensu* Contreras 2007). Estos últimos, básicamente se han estructurado sobre la dispersión macro-regional de algunas cosas parecidas a las que se encuentran en Chavín, ya sea como precedentes o como influencia.

Este capítulo cierra la serie que integra la Parte I de esta tesis, referida a la problemática arqueológica, intentando ofrecer una mirada a los principales modelos explicativos respecto a la funcionalidad del yacimiento en atención a su inserción dentro de la arqueología regional cuando sea posible. Se busca, principalmente, reunir los antecedentes explicativos y su consistencia con la base empírica del momento en los que fueron formulados y su vigencia en relación a los nuevos cuerpos de evidencia.

3.2. Chavín: La Cultura Matriz

Probablemente desde los primeros esfuerzos por entender el origen y rol del yacimiento de Chavín en el contexto regional, ya se mezclaban las interpretaciones de la funcionalidad del sitio con el papel que jugaba como catalizador o receptor de transformaciones históricas y culturales de gran escala. De ahí que sea muy problemático, especialmente para la primera época de investigaciones arqueológicas, segregar lo que se pensaba del sitio mismo, de lo que implicaba para los modelos generales de la prehistoria peruana. Pero, sobre todo, del interés por posicionar la profundidad temporal del yacimiento en las secuencias de cada momento y el tipo de sociedad o cultura que reflejaban los materiales hasta ese momento conocidos.

En la época que Tello llega a excavar a Chavín, existían dos principales investigadores que habían dado forma a lo que se sabía hasta entonces del pasado andino prehispánico. El primero, el alemán Max Uhle, formado en museología y en el *Kulturkreis* alemán, y finalmente vinculado a la Universidad de California, propuso una secuencia de épocas anteriores a la existencia del Imperio Inca, basada en la evidencia costera y en los relatos de algunas crónicas. Uhle suponía que Chavín era una cultura derivada de Nasca

y contemporánea con Tiwanaku. En un intento por buscar cierta ubicuidad de sincronía entre determinados parecidos estilísticos acuñó, por primera vez, el término “horizonte cronológico”, que le serviría como una categoría para organizar el material hallado durante las excavaciones. Entre 1899 y 1900, con el apoyo de la Universidad de California, trabajó en los valles de Ica y Nasca en la costa sur y de Moche, en la costa norte, buscando ratificar su propuesta mediante la localización de los estilos *Proto Nazca* y *Proto Chimú* como precedentes de Tiahuanaco.

Estas ideas tomarían mayor fuerza con Alfred Kroeber, quien se propuso la recopilación de un mayor número de evidencias empíricas para confirmar las hipótesis de Uhle. Sobre la base de un refinamiento de la cronología relativa de Uhle, Kroeber incorporó el concepto de *horizonte estilístico*, que empleó explícitamente como una herramienta metodológica para el ordenamiento del material arqueológico. Tal fue el impacto de su propuesta clasificatoria, que su secuencia de Horizonte Temprano o Chavín, Medio o Tiahuanaco, y Tardío o Incaico, aún conserva cierta vigencia. Este esquema, profundizado en su momento por Willey y Rowe, coloca en un primer orden el recurso a la semejanza estilística.

En este escenario, Tello propuso un origen y un desarrollo completamente distinto a lo dicho hasta ese momento para Chavín. Si bien empleó el concepto *horizonte*, lo hizo en referencia a una *dinámica de la permanencia*, como un referente conceptual para sostener la hipótesis de la *unificación andina*. En otras palabras, Tello concibió a la prehistoria andina como un tiempo y un espacio unificados, disminuyendo la relevancia asignada a los cambios para favorecer la exaltación de las continuidades de principios culturales que pudieran sostener la idea de Chavín como el centro ceremonial fundante de un sistema religioso que habría dominado toda la historia prehispánica de Perú (Kaulicke 2010: 103).

En el marco del XXVII Congreso de Americanistas realizado en 1939 en Lima, Tello sostuvo que Chavín fue la primera gran civilización andina y, por tanto, originaria de todas las formas culturales posteriores. Se trataba de una civilización que se había desarrollado independientemente en la sierra central de Perú, refutando así las propuestas que Uhle había hecho con respecto a un origen mesoamericano de Chavín.

Incluía en su lista de más 50 yacimientos Chavín, sitios tan distintos como Cerro Negro en Ecuador, Pucara en el altiplano peruano e inclusive sitios de la cultura Barreal en el NOA. A pesar de las notables diferencias entre los sitios enumerados, en la reunión afirmó que:

“Es digno de ser notado que este arte Chavín es uniforme y típico en su estilo, en sus múltiples y varias manifestaciones en sitios lejanos de sus centros de mayor desarrollo, manteniendo las características de una producción madura, elaborada en base a normas fijas sin las modificaciones substanciales tan comunes en otras artes que se han propagado lejos de su centro u origen. Consideradas rigurosamente, no hay diferencias fundamentales entre una pieza de cerámica encontrada en Chavín y otra en la costa, a lo largo del Huallaga o en el sur de Ecuador.” (Tello 1943: 149)

La tesis autoctonista ponía en tela de juicio todos los planteamientos contemporáneos que, o concebían a Chavín como un fenómeno derivado de desarrollos sureños, o que lo localizaban como una difusión de los influjos culturales Olmecas. A raíz de la propuesta de Tello, otros investigadores intentaron resolver la discusión de los orígenes de Chavín

mediante una contrastación empírica. Efectivamente, las pruebas de Tello eran insuficientes. Por esta razón, gran parte de la discusión en torno a Chavín estuvo substancialmente relacionada al estilo que se conocía a partir de la litoescultura, rescatada de los escombros del sitio. Debido a esto, el debate sobre las ideas de Tello y sobre Chavín en sí mismo se hizo tremendamente confuso; en primer lugar porque las litoesculturas estaban consideradas como una unidad, sin discriminaciones que permitieran una tipología estilística asociada a una cronología relativa, y en segundo lugar, porque muy pocos ejemplos comparables a nivel de ese soporte material existían en la arqueología peruana, de tal manera que las analogías con otros sitios se hacían sobre la base de atributos muy generales sobre cerámica, textiles o huesos tallados. Esto propició un fácil retorno a la explicación aloctonista de Uhle¹, lo que, no obstante, debido al marco de referencia enormemente general sobre el que se definía el estilo de “arte” Chavín, terminó por derrumbarse por la propia debilidad de los argumentos que quedaron desacreditados hacia mediados de la década de 1950.

La debilidad de los argumentos basados en evidencias superficiales y descontextualizadas, fueron notadas tempranamente. Con el objetivo de recuperar material arqueológico en depósito para la contrastación de la propuesta de Tello, Wendell Bennett realizó las intervenciones que se describen en el Capítulo 1. A partir de los resultados obtenidos, se limitó a confirmar la profundidad temporal de Chavín atribuida por Tello: *“Todo indica que Chavín es definitivamente temprano en función de los períodos andinos conocidos”* (Bennett 1944:95). Asimismo, parece ser la única referencia explícita de la primera época orientada a clarificar, antes que la situación del yacimiento en la escena regional, la funcionalidad del mismo:

“El sitio arqueológico de Chavín no parece representar a un pueblo. Las galerías interiores y habitaciones pequeñas del castillo no habrían servido como viviendas, y se han encontrado cerca muy pocos sitios habitacionales. Asimismo, el sitio arqueológico no es una fortaleza, puesto que ninguno de los edificios se construyó con fines de defensa. En cambio, como muchos arqueólogos han sugerido, Chavín probablemente fue un centro religioso.” (Bennett 1946: 82-83)

Desde entonces, y luego de otros trabajos recopilatorios en la costa norte, Bennett aceptó la existencia de un horizonte cronológico Chavín, sobre la base de la amplia dispersión de lo parecido a los materiales de un sitio cuya función era desde este entonces “indudablemente ceremonial”.

Kroeber, sin embargo, seguía cuestionando las consecuencias de la idea de un horizonte cronológico. Sus cuestionamientos se basaban fundamentalmente en un alegato acerca de la ausencia de las publicaciones del material con el que se estaba comparando Chavín (cerámica que se decía proveniente de Ancón y Supe) y en la idea acerca de que la existencia de una cultura Chavín ya había sido enunciada por Middendorf. A pesar de ello, Kroeber reconocía que el sitio Chavín era susceptible de ser comprendido como una unidad coherente y muy temprana (Kroeber 1944; Kroeber 1945). De ahí que su principal preocupación, fuera el entendimiento de la cultura Chavín a la luz de un acucioso examen del sitio tipo:

¹ Dentro de las explicaciones aloctonistas que revivieron, se cuentan reconstrucciones que veían en el estilo Chavín la influencia Olmeca, concebido éste último como un estado expansionista, y el único capaz de producir tales obras líticas (Coe 1963; Coe 1962).

“Chavín, habiendo llegado a ser bastante proteico, es una etiqueta descriptiva insatisfactoria para cualquier cultura particular y distintiva, excepto en Chavín mismo. Chavín designa propiamente un horizonte o una influencia que se encuentra en varias culturas. Este es, obviamente, el sentido en que Tello, quien desarrolló el concepto, utiliza el término” (Kroeber 1944:43)

Kroeber reunió y examinó gran parte de los antecedentes materiales arqueológicos que se conocían en ese entonces en Perú, incluyendo lo que él denominó un estudio de la *escultura clásica de Chavín*. Debido a que sus objeciones se situaban sobre la supuesta expansión o “área de desarrollo cultural” de Chavín, una parte importante de su trabajo consistió en examinar los estilos que Tello atribuía a ella. De ahí, que la sistematización del estilo de Chavín realizada por Kroeber, sea el primer esfuerzo por estudiar sistemáticamente el material litoescultórico, aun cuando Tello y Bennett habían publicado catálogos con descripciones. A partir de ahí también, abandonó algunas propuestas que había formulado en los años 20’, acerca del origen maya de algunos de los diseños de las esculturas de Chavín. En su nueva propuesta, empleó el concepto de “horizonte estilístico”, que más tarde se convertirá en la herramienta de cronología relativa más usada en la prehistoria peruana.

Desde esta definición Chavín pasó a ocupar un sitio distinto. Sería entendido en adelante como un Horizonte pan-peruano, similar a los definidos Tiwanaku e Inca. Es interesante notar, que aún cuando Tello ya había organizado la historia “antigua del Perú” bajo un esquema muy parecido, sólo se populariza y acepta el término por la comunidad científica internacional, cuando Kroeber, de la Universidad de Berkeley, acuña el concepto.

Pero si para Tello el concepto de Horizonte venía a reflejar una permanencia de los valores y principios andinos, y el testimonio del origen serrano de la civilización en los Andes, para Kroeber el concepto aludía a una cuestión sobre todo cultural, sincrónica y estilística. En apariencia de herramienta metodológica, el término *horizonte estilístico* de Kroeber, vino a reflejar en arqueología los instrumentos conceptuales que la antropología norteamericana proponía entonces. Así, y compartiendo el concepto de área cultural propuesto por Wissler, Kroeber sintetiza para la arqueología las propuestas teóricas antropológicas del particularismo histórico. La hipótesis de área cultural sostenía que las diversidades culturales indígenas (materialidades, lengua y adaptaciones) formaban agrupaciones discretas identificables en un mapa, fueran éstas etnográficas o prehistóricas. Dentro de esa idea, Chavín pasaba a ser parte ya no sólo de un estilo particular, sino del testimonio de valores compartidos en un área territorial definida e identificable gracias a la semejanza en ciertos atributos; lo que suponía, también, la existencia de un *continuum* cultural en el espacio de la dispersión de dichos atributos.

Complementariamente a los planteamientos de Kroeber, se iban añadiendo algunos aportes. Por ejemplo, Rafael Larco Hoyle, ingeniero y terrateniente peruano, fue uno de los pocos contemporáneos de Tello, que llevó a cabo una comparación de un grupo de materiales del estilo que se conocía como “Chavín costeño” con los de Chavín de Huántar. Larco excavó en el cementerio de Barbacoa en el valle de Chicama y ubicó docenas de tumbas; concluyendo que el sitio era más o menos contemporáneo a Chavín. No obstante, sostuvo que este material representaba una cultura local, que denominó “Cupisnique”, y que no constituía una irradiación de Chavín:

“Si analizamos cuidadosamente las diferentes culturas que se supone están incluidas en la llamada civilización Chavín, llegamos a la conclusión de que si en realidad tienen elementos en común, tienen otros en aun mayor cantidad que nos permiten diferenciar una cultura de otra. (...) Las características en común se deben al intercambio que existió de elementos culturales sin significar que los pueblos abandonaran su propio modo cultural.”(Larco-Hoyle 1948: 16)

Así, si Tello sostenía que los rasgos culturales Chavín identificados por todo el Perú eran virtualmente los mismos que los de Chavín de Huántar, con variaciones marginales debidas a adaptaciones locales o a retrasos de tiempo, Larco argumentaba que las culturas locales caracterizaron este periodo de tiempo y que la propagación de unos cuantos rasgos visibles no oscurecía su apreciación. Pero las diferencias se debían a cuestiones de énfasis: ambos estaban de acuerdo en que los rasgos eran comunes en una extensa área y que estos elementos indicaban contemporaneidad (Burger 1989:46).

Con todo, no fue hasta 1951, con el artículo de Willey “El problema de Chavín: examen y critica”, que realizaba una evaluación de todos los argumentos de Tello con miras a delinear la idea ya aceptada de horizonte, cuando se integró definitivamente la noción respecto a que los materiales de Chavín eran de una considerable antigüedad y que justificaban la adición de un tercer horizonte pan-peruano a la secuencia de Uhle. El horizonte estilístico Chavín de Willey, fue sencillamente definido como *idéntico o muy parecido a los diseños de las piedras esculpidas de Chavín de Huántar*. No obstante, la poca evidencia disponible obligaba a Willey recurrentemente a realizar comparaciones con otras clases de objetos, fundamentalmente con el estilo cerámico. Por ello, gran parte de los 50 sitios enumerados por Tello como Chavinos no calificaron dentro de la definición de Willey. A pesar de ello, según el propio Willey, 17 de ellos correspondían a este horizonte, ya que mostraban *una innegable evidencia de estilo Chavín* (1951: 135).

Aun cuando la desigual calidad y confusa distribución de estos casos era evidente, los criterios estilísticos se concibieron desde entonces como suficientes para reafirmar el valor heurístico del concepto de Horizonte Chavín como un marcador cronológico y cultural. Al respecto, Burger sostiene:

“Con Tello, Kroeber, Bennett y Willey de acuerdo se logró un consenso y el concepto de Horizonte Chavín fue incorporado no sólo a la síntesis de la historia de la cultura peruana, sino a los sistemas cronológicos básicos usados para organizar y hablar sobre la prehistoria peruana.” (Burger 1989: 546)

Este primer gran período de la investigación en Chavín de Huántar, cimienta entonces cuestiones conceptuales básicas que perdurarán en buena parte de las investigaciones posteriores. Aún con modificaciones, el esquema básico seguirá siendo incluido dentro de las propuestas clasificatorias siguientes. Esto es muy notorio en las investigaciones que se darán a partir de los años 50’ y 60’, donde la aceptación de un Horizonte Chavín estará implícita en la definición de Rowe de un Horizonte Temprano y en la división tripartita que propuso Lumbreras del Formativo.

En general, se puede caracterizar a este periodo por la existencia de intereses bastante definidos en lo que se refiere al estudio del sitio Chavín que se verán modificados en las investigaciones de las décadas subsecuentes, pero que en lo medular plantearan cuestiones teóricas bastante similares. En efecto, si bien las primeras investigaciones en Chavín estuvieron centradas en caracterizar el sitio y definir sus relaciones estilísticas más significativas, así como sus orígenes, para definir una “cultura” y su situación

cronológica dentro del esquema temporal de la prehistoria andina, las propuestas que les sucederán, estarán interesadas en dar cuenta del fenómeno “sociocultural” que caracteriza la materialidad presente en el sitio. Cuestiones relacionadas con la emergencia de la civilización, el estado y la ciudad, serán los focos de atención más comunes en los/as siguientes investigadores/as que abordarán el problema Chavín, tanto en el sitio mismo, como en su esfera regional de influencia, pero aún siempre en torno a semejanzas estilísticas.

3.3. Chavín: Horizonte estilístico religioso

Con los datos y debates acumulados desde la década del 20' hasta los escritos de Willey en 1951, se logró generar un primer acuerdo en torno a la naturaleza pan-peruana que representaba Chavín definido por el estilo como un marcador temporal relativo. Durante los años 50', los trabajos en Chavín no fueron muy prolíficos en lo que se refiere a la recuperación de nuevos datos que se sumaran a los que ya habían recopilado y publicado Tello y Bennett. Durante esta década, se incrementó la información de los sitios serranos y costeros, lo que permitió establecer una secuencia evolutiva de la ocupación prehistórica en estos lugares. Esto a su vez posibilitó el comienzo de una serie de debates en torno a la definición de la participación regional del sitio y del Horizonte Chavín. Sin embargo, los datos empíricos que apoyaban o rechazaban ciertos planteamientos acerca de la naturaleza del fenómeno Chavín continuaban siendo prácticamente los mismos que los aportados por Tello y Bennett. El impacto del aluvión de enero de 1945, además, había sepultado gran parte de lo que se conocía previamente, de modo que la tarea de esta década, encomendada a MGM, estuvo focalizada en el retiro de los escombros de los sectores enterrados.

Desde entonces comenzó a hacerse cada vez más ambiguo y confuso el problema Chavín. Cultura, Horizonte, Estado e Imperio, serían conceptos la mayor parte de las veces utilizados sin distinción en la referencia al sitio o la inclusión de materiales recuperados en distintas áreas. Si bien el concepto de horizonte estilístico hacía referencia a un bloque temporal dentro del cual se incluían a una gran cantidad de sitios y objetos que eran considerados como “muy similares” a los esculpidos en los bloques líticos del sitio tipo, nada decía acerca de la caracterización social que esa categoría aludía: ¿se trataba de la representación de conceptos religiosos? ¿de valores culturales? ¿de la representación mitológica? Willey (1962) argumentaba, por ejemplo, que el grado de homogeneidad estilística característica del horizonte Chavín se debía a la propagación de un sistema común de creencias entre poblaciones culturalmente diferenciadas.

Esta explicación continuó siendo dominante en las siguientes décadas, lo que derivó en una aceptación generalizada del sitio como el centro ceremonial de una religión compartida en un amplio territorio. A pesar que se desconocían gran parte de los materiales que caracterizaban al sitio en lo referido a las prácticas sociales que en él se llevaban a cabo, la opinión arqueológica consolidó la idea de *centro ceremonial* sin que se explicitara qué era lo que definía a este tipo de lugares. Asimismo, la ausencia, de datos de las actividades económicas y de los asentamientos asociados al supuesto centro ceremonial, lo convertía en una isla de arqueología monumental² que marcaba el ritmo y

²Hasta ese momento los sitios costeros con monumentalidad, hoy reconocidos como pre-cerámicos, eran considerados como post-Chavín, asumiendo como premisa que del sitio Chavín se había generado la influencia hacia la costa.

contenido de los estilos regionales. Si bien se manejaban ciertas nociones de la existencia de cerámicas con apariencia costera y de restos malacológicos en el yacimiento que hacían evidente que mantenía contactos con regiones distantes, esos indicadores, se entendían como soporte para la explicación de Chavín como el centro que producía religión.

En ese escenario de intereses regionalistas, la presencia de John Howland Rowe vino a reformar ciertas consideraciones generales que se tenían del fenómeno Chavín. Además, su formación en arqueología clásica caracterizaría la forma de abordar la problemática: sus principales aportes estarán claramente influenciados por los criterios de seriación sobre variaciones estratigráficas para la definición de cronologías relativas. Para Rowe, un horizonte que se definía por un estilo no era en sí mismo un marcador temporal lo suficientemente preciso para el estudio del “cambio cultural”. Por ello, en su sistema de clasificación el Horizonte Chavín, y los otros dos grandes Horizontes peruanos, se subdividieron en diversas épocas o fases secuenciales en base al cambio del estilo cerámico de acuerdo a las variaciones estratigráficas. Pensaba que esas unidades de tiempo cronológico, más precisas y pequeñas, podían usarse para rastrear el desarrollo, difusión y transformación del estilo propio del horizonte y sus manifestaciones culturales asociadas.

De ahí que el fenómeno Chavín pase a formar parte de un periodo y no de un estadio cultural o evolutivo. La nueva propuesta cronológica planteada por Rowe fue ampliamente aceptada, debido a que más que refutar la anterior, la complementaba con subdivisiones más precisas. La idea de Rowe era que los períodos no aludieran a características culturales, sino que sirvieran como referencia cronológica relativa para organizar el material arqueológico. De esta forma, a su juicio, se podrían realizar distinciones más claras entre estilo y tiempo. Así como lo fue para Chavín, la secuencia general de cronología por periodos reformulada por Rowe, tendría su “secuencia maestra” en el valle de Ica, un sector que mostraba una excelente resolución estratigráfica, susceptible de ser relacionada a otras áreas mediante criterios de contemporaneidad absoluta y relativa. En definitiva, se asumían los rasgos “diagnósticos” de la cerámica de esta zona como una guía para establecer una secuencia referencial para la clasificación del material del área andina en general.

El Horizonte Temprano, entonces, se iniciaba cuando las influencias estilísticas Chavín se percibían en el valle de Ica. De la misma forma, el Horizonte Tardío comenzaba con las primeras evidencias Inca en el mencionado valle y no con la emergencia del estado Inca en su área de origen. Esta periodificación se restringía a lo cronológico, de modo que no incorporaba, necesariamente, la generalización de patrones culturales (como en la definición de Kroeber o Willey), sino sólo contemporaneidad. Más citado que aplicado, desde fines de los sesenta, el esquema de Rowe se convirtió en el armazón de las diversas investigaciones de arqueología peruana (Jofré 2005). El alcance de los cambios producidos por esta perspectiva fue de gran envergadura, debido a que no sólo se trató de modificar la zona de aplicación (del valle del Virú a Ica), sino el concepto de referencia: de una secuencia homotaxial a una secuencia maestra. No fue, en este sentido, únicamente una reformulación teórica del método de clasificación (de la tipología a la seriación), sino de su empleo y contrastación intensiva durante aproximadamente dos décadas. Se buscaba, especialmente, anular todo sesgo evolucionista que interfiriese en el proceso de periodificación y clasificación cultural.

En la aplicación del método de seriación en Chavín, Rowe reemplazó la variación estratigráfica del estilo cerámico por la relación estilística que mantenían las litoesculturas con hitos arquitectónicos (juntas), como marcadores temporales, cuya naturaleza expansiva se caracteriza por ampliaciones horizontales y verticales (véase Capítulo 1).

El método de reemplazo parecía bastante sensato: en un inicio de la secuencia se ubicarían aquellas litoesculturas contextualizadas en fases tempranas de los edificios, mientras que las tardías en las últimas. El estado de conocimiento de las ampliaciones de Chavín de ese momento, planteado por el mismo Rowe, de un Templo Viejo y un Templo Nuevo, marcan los extremos de la secuencia: una primera fase AB, encarnada por el Lanzón, y una última, EF, por la Estela Raimondi. El problema, es que sólo el Lanzón se encontraba in situ, mientras que la mayoría del resto de las piezas estaban descontextualizadas. Aún así se aventuraron dos fases intermedias más, C y D, ésta última caracterizada por las columnas monolíticas del Portal de las Falcónidas, pertenecientes al entonces Templo Nuevo. Cada una de las fases, estaban formadas por una pieza emblemática y por una sumatoria de objetos parecidos, cuya semejanza se identificaba con contemporaneidad. Así, la iconografía era la base para la definición de las variaciones temporales del estilo, constituyendo un marcador de *cultura* que permitía identificar (o situar) los cambios que se producían en el tiempo.

Volveré sobre el particular iconográfico de Rowe más adelante. Respecto al trabajo de este investigador conviene hacer notar dos aspectos importantes. El primero, que es el primer esfuerzo por intentar un ordenamiento sistemático de la litoescultura, teniendo en cuenta las diferencias identificadas en las transformaciones de la arquitectura, es decir, considerando la necesidad de ciertos principios asociativos. El segundo, derivado del anterior, fue que el cambio presumible en la iconografía como demarcadora de transformaciones estilísticas sentó las bases para proponer las fases constructivas del sitio. En otras palabras, la cronología relativa se basó en la relación de la iconografía en relación a su ubicación arquitectónica. La gran dicotomía Templo Viejo y Templo Nuevo cimienta la noción desde entonces de dos grandes proyectos monumentales, y las fechas radiocarbónicas posteriores tratarán de buscar ratificar el modelo.

Probablemente uno de los aportes más destacables de Rowe, más allá de la vigencia de su secuencia crono-arquitectónica, es que Chavín se considerará desde entonces como una sociedad en transformación y no como un único bloque internamente homogéneo. Esto, posibilitará un nuevo influjo en la investigación, más orientado a la búsqueda de explicaciones sociales y culturales a las transformaciones observadas.

En un planteamiento similar al de Donald Lathrap -quien sostuvo que el culto Chavín fue difundido por un Estado autoritario estrechamente integrado que podía demandar y lograr que se reprodujera su arte religioso y estatal en el material más durable posible (Lathrap 1974: 149-150)- Rowe señaló:

“...es difícil imaginar tener tal grado de uniformidad o arte religioso como resultado de una libre expansión de ideas religiosas; además existe también influencia de Chavín en la cerámica secular de estas otras áreas. Una posible interpretación, que concuerda con la información disponible, es que Chavín comenzó como un programa de conquista militar con una religión oficial asociada, pero que el poder efectivo pronto pasó a manos de los sacerdotes.”(Rowe 1977: 10)

Efectivamente el trabajo de Rowe (1962), estimuló en gran medida las preguntas de las investigaciones de las siguientes décadas. Sin embargo, como señala Kaulicke (2010: 379), se trata fundamentalmente de un “ensayo”, que no reemplaza las necesarias investigaciones que contrasten la propuesta.

Sin dejar de considerar la gran cantidad de autores que comenzaron a integrar a Chavín dentro de sus estudios, fundamentalmente en un afán comparativo con la arquitectura monumental asociada a las representaciones figurativas de carácter público (Browman 1975; Cané 1983; Cordy-Collins 1977; Curatola 1991; Lathrap 1974; Roe 1974), lo cierto es que serán dos los principales investigadores que encabezarán las iniciativas que, desde finales de la década de los años 60’ y hasta los 80’, definirán las pautas sobre las que se interpretará y redefinirá el sitio y sus alcances regionales. Primero, con los trabajos de L.G. Lumbreras y la Universidad Mayor Nacional de San Marcos; y luego con los de Richard Burger con la Pontificia Universidad Católica de Perú y la Universidad de California. Esta nueva generación de investigadores realizará excavaciones más extensivas, y desde distintas metodologías, se irán incrementando nuevos datos a las propuestas cronológicas planteadas por Rowe. De esta manera, sin disentir de la secuencia de Rowe, se puede localizar el comienzo de un interés por caracterizar la organización sociopolítica de Chavín a partir de la excavación en el mismo y los asentamientos inmediatos.

3.4. Chavín: Centro Oracular del primer Estado Teocrático Andino

“Cuando se ingresa al templo de Chavín, se tiene la sensación de entrar en un mausoleo lleno de fantasmas feroces. El silencio es total, pues ni siquiera se escucha el ruido del viento exterior, del que uno está separado por gruesas murallas y un solo techo de piedra. Las galerías son angostas, altas, frías; es fácil perderse en ellas; forman un laberinto cruel para el neófito...”(Lumbreras 1977: 63)

Esta es la descripción con la que Lumbreras iniciara el capítulo sexto, “Los dioses de Chavín”, de *Los orígenes de la civilización en Perú*. Un libro de divulgación masiva que tuvo por objeto otorgar al público en general una visión actualizada de lo que los/as arqueólogos/as venían haciendo en el territorio nacional, y presentándose a sí misma como una herramienta contestataria antela imagen “vulgar” y primitiva de la vida precolombina que la historia oficial había instaurado en la instrucción pública.

Conviene traer a colación esta cita pues la evolución del trabajo de Lumbreras en Chavín se encuentra estrechamente relacionada con unas condiciones sociopolíticas particulares que serán la base para el desarrollo teórico de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL). De hecho, sólo unos pocos años más tarde del inicio de las excavaciones en Chavín de Huántar Lumbreras escribiría “La Arqueología como Ciencia Social” (1974), una obra tempranamente convertida en manifiesto, que sintetizaba la necesidad de una práctica arqueológica comprometida y al servicio de transformaciones sociales populares. La propuesta central, inspirada en una arqueología marxista como herramienta teórica para generar crítica sobre la realidad, buscaba aportar en la mejora de las condiciones concretas de existencia a través del conocimiento del pasado (Aguirre-Morales 2005). Esta síntesis era al mismo tiempo fruto de un trabajo colectivo inspirado en el pensamiento marxista e indigenista latinoamericano, que se gestó en diferentes instancias. Por ejemplo, en el mismo año de la sexta campaña de Chavín, Lumbreras fue invitado por Julio Montané a la Universidad

de Concepción, en Chile, para que dictara unos cursos de método, cuyas conferencias fueron la base de la primera parte de *“La Arqueología como Ciencia Social”* (Lorenzo 1976: 65). A su vez, dicha invitación fue producto de los contactos propiciados por Lumbreras en el simposio *Formaciones autóctonas de América*, del XL Congreso Internacional de Americanistas en 1970, que sentó las bases de la discusión y puesta en marcha de los principales lineamientos teóricos de la ASL durante la Reunión de Teotihuacán en 1975 (*Ibíd*: 67).

En ese contexto, Chavín aparecía como una excelente oportunidad donde averiguar el surgimiento de desigualdades sociales en el antiguo Perú, lo que se desprendía básicamente de la monumentalidad y del control de las fuerzas productivas y del trabajo ejercido por una elite que se entendía como la consolidación de una clase dominante. Lumbreras, en este sentido, puede concebirse como quien, por primera vez, logra superar la consideración objetualista del registro arqueológico, propia de los enfoques histórico-culturales predominantes hasta ese momento, precisamente mediante la hipótesis de Chavín de Huántar como una formación social de corte estatal, no precisamente como una tipología social, sino como un resultado de las relaciones sociales de producción. Si bien su trabajo, así como la ASL, ha sido reiteradamente criticado por la incapacidad de formular metodologías propias, nuevas corrientes y desarrollos teóricos y metodológicos de la ASL han retomado la hipótesis de Chavín como la manifestación de un Estado Teocrático, a la luz de las recientes evidencias que ha proporcionado, especialmente, el estudio de la monumentalidad temprana en la costa peruana. Ejemplo de ello es un reciente ensayo publicado por Henry Tantaleán.

Por ello la propuesta de Chavín concebido como una formación estatal puede ser dividida en dos épocas: una primera, encarnada en los planteamientos estimulados por el desarrollo de la ASL de la década del 70', encabezados por los trabajos de Lumbreras; y una segunda que, cuarenta años después, retoma esa hipótesis sobre la base de una sistematización de los indicadores que reforzarían el modelo estatal para Chavín pero con el nuevo cuerpo de evidencias disponibles.

3.4.1. La primera hipótesis de Chavín como Estado Teocrático

Si bien Lumbreras en un primer momento recibe de Emilio Choy la inspiración Childeana en la versión materialista histórica de la *Arqueología como Ciencia Social* de 1946, es también su compromiso con el marxismo latinoamericanista de los años 60' y 70', el que sostiene el interés por elaborar la propuesta del estado teocrático andino.

Un buen punto de partida para entender el origen y la transformación del pensamiento teórico de Lumbreras, es el libro *Arqueología y Sociedad* publicado en 2005, en el que se compilan una serie de escritos teóricos, epistemológicos y metodológicos aplicados al caso andino, y que de alguna manera ilustran la trayectoria de la formulación de un cuerpo explicativo acerca de la formación del estado, las clases y la ciudad. Debido a la carencia de una explicación satisfactoria del origen de la formación del estado en los Andes, a su juicio debido a la aplicación mecanicista del materialismo histórico de los setenta derivada del enfoque basado en el *Modo de producción asiático*, Lumbreras decide iniciar un planteamiento propio (Lumbreras 2005: 264). Este camino le llevará principalmente a explorar las circunstancias, causas o momentos que hacen explicable la aparición del estado, las clases y la ciudad, como manifestaciones de la institucionalización de la desigualdad social. Lo cual le conducirá, a su vez, a dos

cuestiones inevitables: por una parte, al reconocimiento del hecho universal de la institucionalización de la distancia social, es decir, a la constatación de fenómenos semejantes ocurridos en varias partes del mundo, y por otra, a la recopilación de las bases empíricas para dar sustento a un modelo que se venía construyendo desde sus propios trabajos en Chavín y Ayacucho (*Ibíd.*: 262).

Las excavaciones en Chavín, en ese sentido, le sirvieron para contar con un cuerpo de conocimiento empírico de primera mano, aún preliminar, pero lo suficientemente grueso como para reunir criterios comparativos a nivel regional susceptibles de ser empleados en el desarrollo de un modelo local de la formación del estado. Las explicaciones que Lumbreras hace del propio sitio, como de su inserción en la prehistoria regional y su rol en la secuencia temporal de los Andes centrales, debe entenderse a la luz de su interés por sustentar una explicación del estado andino que supliera los vacíos teóricos de la explicación tradicional basada en los casos del Próximo y Lejano Oriente.

Chavín, en el modelo de Lumbreras se localizaría en lo que temporalmente se definió como Período Formativo Tardío, una situación histórica que se caracterizaría por ser la expresión final, es decir, de consolidación, de un largo camino catalizado por la revolución neolítica andina. Esta revolución se habría asentado hacia el tercer milenio a.n.e., seguida hacia el segundo milenio por una óptima explotación de los recursos naturales, la generación de excedentes agrícolas y la destinación de fuerza de trabajo a obras públicas de gran envergadura. El Formativo Tardío sería, entonces, la expresión final del mejoramiento, readaptación y desarrollo de la especialización agronómica y zootécnica de un profundo proceso de acumulación de conocimiento histórico, en donde se dan las condiciones materiales para la aparición del estado *primario* (Lumbreras 2005: 272).

Así, la revolución neolítica sería concebida como la *precondición* material para el surgimiento del estado, de las clases y de la ciudad. Ya que ésta "tendió a avanzar en todas direcciones, desarrollando y creciendo", de modo que "donde la agricultura pudo ser exitosa", se generó un incremento demográfico y en la producción (Lumbreras 2005: 265), se le ha cuestionado por "caer" en el mismo determinismo ambiental que se había rechazado de las teorías de la ecología cultural o de los modelos demográficos de circunscripción poblacional de Carneiro (Gándara 2006: 149).

Efectivamente, sería en las situaciones más adversas al cultivo donde, a juicio de Lumbreras, se tendería al surgimiento de sociedades jerarquizadas. Ello, porque en condiciones de difícil cultivo se requeriría del desarrollo de nuevas tecnologías que demandarían la emergencia de la figura social del/a "especialista". La existencia de una persona o de un colectivo de especialistas que se distancian del proceso de producción directo, propiciaría la configuración de una primera división social del trabajo y, eventualmente, la formación de clases sociales. En este último caso, las personas estarían desvinculadas entre sí por su participación diferencial en el proceso de producción, estableciendo relaciones sociales de producción y consumo desiguales. Todo ello ocurriría:

- a) En condiciones en que no sea posible la dependencia de recursos alternativos como base de la reproducción social (como la caza y la pesca).
- b) En donde se requiera de un aumento en la complejidad de los procesos técnicos de trabajo.

Si ambos escenarios coinciden, la separación social de las actividades productivas por parte de las/os especialistas conducirá a que se demanden instalaciones que se constituirán en el núcleo de futuros centros urbanos, ya que en ellos muchos procesos productivos podrán llevarse a cabo en talleres y no necesariamente en el campo. De ahí que el surgimiento de los “centros ceremoniales” durante el Período Formativo, tanto en la costa como en la sierra, haya presionado a la mayor parte de la población campesina a vivir relacionados con ellos. Sin embargo, el mantenimiento de estos centros:

“...sólo podía estar dado por personas dedicadas a ellos a tiempo completo: los [sic] ‘especialistas’. Éstos, para vivir sin necesidad de participar directamente en la producción campesina, debieron absorber una cantidad dada de excedentes agrícolas, pero al mismo tiempo, partiendo de los supuestos ideológicos vigentes, crear un aparato mágico-religioso suficiente para crear ‘su’ necesidad y reproducir sus funciones ‘prematuramente’. Una religión como la de Chavín, con dioses feroces, de historial amazónico, es un buen aparato represivo y reproductivo de la función ‘sacerdotal’ de estos especialistas.”(Lumbreras 1972: 90)

En este modelo, Chavín sería la manifestación de un proceso de síntesis regional en el que un grupo reducido de personas especializadas(elite) habría concentrado el poder suficiente para realizar importantes obras monumentales para el sostenimiento de un saber especializado, basado en la justificación del manejo del conocimiento religioso. Chavín, en consecuencia, sería el resultado de la emergencia de una clase de especialistas, en este caso, sacerdotal, que se beneficiaría de esta posición social mediante el consumo de la fuerza de trabajo en forma de productos finales y alimentos. Se trataría, entonces, de un estado teocrático que se reproduciría mediante un “modo de producción tributario”, tributo que se realizaría mediante “ofrendas”. En otras palabras, el medio de producción principal de la elite sería el Templo o Centro Religioso-Político que permitiría acumular la fuerza de trabajo materializada en productos finales u ofrendas como alimentos, cerámicas, bloques líticos, etc.”(Tantaleán 2012: 109).

La selección del lugar en el que se emplaza Chavín, sería para Lumbreras y colabs., otro de los indicadores que darían cuenta que su construcción fue un proyecto planificado por un colectivo con características de clase, lo que permitiría formular:

“...la hipótesis [según la cual] el templo de Chavín de Huántar tenía un sistema acústico de origen hidráulico y que la búsqueda de este sistema fue una de las causas por las que el centro ceremonial fue construido en el lugar donde está, aparte de otra causa de origen astrológico-calendárico y otra de carácter estrictamente geográfico-económico.” (Lumbreras, et al. 1976: 4)

Uno de los objetivos de su localización, entonces, sería la potencialidad del terreno para la construcción de un edificio acústico íntimamente ligado a su función “mágico-religiosa y/o política-represiva” (*Ibíd.*: 9). Un edificio tronante, sonoro, es mucho más impresionante para los/as peregrinos/as que un “oráculo” silencioso:

“... además, la causa del sonido, escondido bajo el edificio, sólo conocida por los sacerdotes o los iniciados, es parte del ‘misterio’ necesario para una liturgia con dioses feroces y gruñentes. El ‘dios hablador’ o ‘rugiente’ es un excelente complemento para el éxito religioso (y económico) de ídolos como el ‘Lanzón’ de Chavín. El prestigio del sitio podría estar ligado a la precisión de los ‘oráculos’ (por astronomía) y a la parafernalia litúrgica del templo”.

La emergente clase de especialistas espirituales (sacerdotes) habría fusionado sus conocimientos mágico-religiosos con la habilidad adquirida del artesanato y ambas, en alianza de clase, habrían planificado la edificación monumental en piedra, o las construcciones en barro en la costa, así como la innumerable cantidad de

representaciones en materiales líticos, en hueso o en tela, con dioses severos, feroces y represivos. Precisamente, quienes habitaron permanentemente Chavín habrían sido, para Lumbreras, unos pocos/as sacerdot-es/izas y sus auxiliares de servicio, mientras que la mayor parte de sus usuarios/as eran una suerte de “peregrinos/as” que iban al lugar en busca de “oráculos”, portando ofrendas de diverso tipo (productos finales), pudiendo permanecer en el “centro ceremonial” por periodos largos. Este modelo de centro ceremonial con una función oracular, ha sido planteada por diversos autores con distintos énfasis, pero la mayoría se ha inspirado en las descripciones etnohistóricas del sitio *Pachacamac* durante la época de contacto (Burger 1984b; Burger 1998; Lumbreras 1993: 58).

En cualquier caso, la idea de Lumbreras es que la población de apoyo, es decir, de residencia permanente no debió ser numerosa. Así visto, Chavín no habría sido la capital de un gran estado territorial, ni tampoco un foco civilizador originario; sino el resultado del proceso de neolitización andina, donde convergerían “los logros” tecnológicos, económicos y sociales de la costa, la sierra y la selva. Habría sido antes que todo un “*gran oráculo*”, que tuvo muy probablemente fines astronómicos de aplicación agrícola. Como tal, no habría sido el único, aunque sí el que más prestigio tuvo en su época: su ideología religiosa habría conseguido expandirse por los Andes centrales. El canal de dicha expansión, habría estado posibilitado por la dispersión del un estilo particular como una expresión simbólica del centralismo logrado por una clase de especialistas religiosos.

En síntesis, en palabras de Lumbreras:

“(...) es posible decir que Chavín correspondería a una transición de un modo de producción aldeano-campesino a uno urbano, donde el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas obligó a una generación de un tipo social nuevo, diferente al de los campesinos, que sería punto de partida de una ‘clase urbana’ definible en períodos posteriores. La superestructura, ligada fundamentalmente a la religión Chavín, si bien estructuralmente uniforme, habría adquirido modelos regionales propios, tal como lo expresan los varios ‘estilos’ chavinoides.” (Lumbreras 1972: 91)

Sintetizar esta primera hipótesis de Chavín como un estado teocrático, inevitablemente, simplifica el desarrollo y variaciones que el pensamiento de Lumbreras ha mostrado durante los últimos cuarenta años. Consultando las últimas publicaciones es evidente que, a pesar que la propuesta ha mantenido cierta estabilidad en el tiempo, ha incorporado también nuevas preguntas de acuerdo al cuerpo empírico disponible, y se ha enriquecido de los aportes recientes en materia explicativa (Lumbreras 2007). En ese sentido, el mismo Lumbreras parece ser plenamente consciente de lo que fue la crítica más frecuente a su trabajo: la ausencia de metodologías propias tendientes a relevar información trascendental para el reconocimiento de elementos substanciales para la identificación de una formación estatal, como la constatación de la existencia recurrente y permanente de excedentes que permitieran sostener empíricamente la hipótesis de una transformación en las relaciones sociales de producción.

3.4.2. La reedición de la hipótesis del Estado Teocrático Andino

El resurgimiento de una propuesta acerca del estado teocrático andino ha venido gestándose por parte de quienes han continuado considerando la necesidad de una ASL, pero incluyendo los aportes materialistas de parte de la arqueología prehistórica que se

formula desde la Universitat Autònoma de Barcelona (v.g. Castro Martínez, et al. 1996; Castro Martínez, et al. 1998; Lull and Micó 2007), las nuevas condiciones socio-históricas del tardo capitalismo y el reconocimiento de la necesidad de formular metodologías coherentes a los lineamientos teóricos de una ASL en deuda al respecto (Troncoso, et al. 2012). En lo relativo a Chavín, en un reciente ensayo Henry Tantaleán ha propuesto precisamente una nueva sistematización para los indicadores que permitirían considerar a las evidencias actualmente disponibles en Chavín, como la manifestación material del desarrollo de un estado teocrático de características locales, esto es, andinas. En una visión que es común acerca de las críticas del trabajo de Lumbreras, Tantaleán sostiene:

“...se puede decir que el debate fue más teórico que empírico lo cual se mantuvo también en la misma propuesta de Lumbreras que nunca desarrolló una metodología arqueológica para contrastar dicha propuesta teórica del estado andino y especialmente su origen relacionado a lo que denominó Estado Teocrático.” (Tantaleán 2011: 104)

Si bien Tantaleán tampoco desarrolla una metodología propia para la contrastación de la hipótesis del estado teocrático andino, al menos delimita conceptualmente el interés del estudio arqueológico de la formación del estado, especialmente en Chavín, ofreciendo una clarificación teórica y terminológica de conceptos que frecuentemente son asumidos como lugares comunes. Ello le permite la enumeración de una serie de indicadores empíricos que justificarían la utilidad del empleo de la hipótesis teocrática considerando el incremento de la evidencia empírica disponible desde los primeros planteamientos de Lumbreras:

“Claramente esta propuesta está basada en una perspectiva de los objetos arqueológicos materialista histórica que trata de explicar a Chavín de Huántar no solamente como consecuencia de una evolución general universal de las sociedades sino más bien como producto histórico-social con sus propias condiciones materiales de existencia y relaciones sociales específicas y particularidades históricas donde, en un tiempo determinado en su trayectoria histórica, un grupo de la sociedad halló las condiciones necesarias, aunque generadas por la misma sociedad, para ubicarse ventajosamente con respecto a otros individuos y produjo artefactos e instauró prácticas para sancionar, controlar y/o manipular a otros individuos con el objetivo de reproducir dicha situación ventajosa, mediante tecnologías del poder (Foucault 1976), en este caso las prácticas religiosas coercitivas y sus materializaciones.” (Tantaleán 2011: 102)

Un buen punto de partida es, a juicio de Tantaleán, el reconocimiento de las limitaciones o contradicciones que han impedido la generación de una teoría arqueológica del estado andino, resumidas básicamente en:

- a) La reiterada consideración de principios y manifestaciones universales del estado;
- b) La desatención de las condiciones materiales concretas específicas del mundo andino;
- c) La predominancia de enfoques particularistas históricos, que esencializan el desarrollo socio-histórico de la región bajo el término “lo andino”.

La solución a estas contradicciones estaría posibilitada por la superación dialéctica de a y b en una síntesis que las considere como factores complementarios y no excluyentes para la caracterización de la formación del estado. Un estado que podría ser universalmente definido como la manifestación institucionalizada de la desigualdad socioeconómica y sociopolítica. Dicha desigualdad estaría sustentada en la existencia de

una división entre productores y no productores (lo que no es otra cosa que la división social del trabajo) generándose así una contradicción objetiva entre dos grupos sociales antagónicos. Uno de los grupos controlaría la producción y distribución de materiales, es decir, ejercería explotación sobre el grupo dominado de los productores.

Sintetizando, las principales características de esta definición podrían ser resumidas en los siguientes puntos:

- a) El estado sería la consolidación sancionada y reproducida de una nueva organización de las relaciones de sociales, en las que un grupo minoritario se distancia de la producción básica (alimentos y medios de producción) para manipular, controlar y consumir el trabajo de la población bajo su dominio. Por ello, el estado no es una cuestión cuantitativa, ni de complejización económica.
- b) Una de las formas de manipulación sería la religión.
- c) No es un “estadio”, es decir, no es precondition para una forma estatal secular o laica, ni tampoco el resultado de otras etapas previas. Por lo mismo, puede convivir, como cualquier formación estatal, con otras formas de organización socio-política, que o bien contribuyen de alguna manera al mantenimiento del estado, o bien se mantienen al margen de su influencia.
- d) Existiría un uso/consumo asimétrico de la producción artística.
- e) La ocurrencia de estados temporalmente posteriores, no necesariamente se relaciona causalmente con la existencia de uno previo.
- f) El estado aparece ante ciertas condiciones materiales y sociales. Sin embargo, la presencia de esos factores no es causa mecánica de su aparición: causalidad y casualidad están presentes (Tantaleán Op. cit.: 106).

Adicionalmente, un estado podría considerarse como teocrático cuando las desigualdades sociales, se originan, mantienen, controlan, norman y justifican institucionalmente a través de una práctica “socio-ideológica”, ya sea en forma de religión o mitos dominantes, que se conduce y pone en práctica como un medio para la reproducción de la asimetría social. La religión, absorbería en sus relatos las contradicciones objetivas de las clases sociales, equilibrando y disminuyendo las tensiones sociales derivadas de la explotación. Si bien, podría contar con un cuerpo armado, y aún exclusivo para el ejercicio de la violencia física, este no sería aun un grupo social central ni dominante.

En el estado teocrático, quienes se distancian de la producción son los/as que se especializan en el dominio de un cuerpo de conocimiento y dogma, es decir, expertos en una ortodoxia. Se trataría de un grupo de personas organizadas políticamente y unidas por la actividad religiosa o mítica. A diferencia de la figura del o la chamán (*sensu* Eller 2007: 72), los individuos que ejercen oficios sacerdotales, tenderían a ser agentes conservadores, capaces de reproducir el dogma conteniendo, desplazando a las personas con ideas desviadas o “heréticas”. El centro político religioso (centro ceremonial o templo) sería la principal propiedad de los teócratas, así como su instrumento de producción fundamental. Mediante él recibirían su sustento en alimentos y bienes de consumo básicos. A cambio, y a diferencia del dominio del cuerpo de burócratas planteado, por ejemplo, en Chan Chan (v.g. Topic), los/as teócratas de Chavín no habrían poseído el “control de la información”, sino el de su producción, lo que reforzaría aún más el dominio sobre el cuerpo de ideas religiosas, así como las formas de su reproducción.

Las características locales particulares en que se gestan las condiciones necesarias para el surgimiento y desarrollo de un estado teocrático harían posible, a su vez, singularizar esta forma estatal con el adjetivo “andino”. Dicho adjetivo, describiría las formas de producción originarias dadas unas determinadas relaciones sociales en el territorio andino, con o sin la presencia de estado. Así, el surgimiento de formas estatales de organización social se estructuraría sobre la base de modelos de organización previos, reconfigurando relaciones sociales ya familiarizadas en relaciones de dominación institucionalizada. Un buen ejemplo de ello es el empleo de la unidad organizacional del *ayllu* como base del sistema tributario incaico. En el caso de los primeros estados teocráticos andinos como Chavín, a juicio de Tantaléan, la propiedad de la tierra productiva habría permanecido en manos de las comunidades, fuera del dominio del estado. Sin embargo, sería necesario explorar otras formas de control como, por ejemplo, el de las fuentes de agua, que sería un modo indirecto de intervención en la productividad agrícola. Si ni la propiedad de la tierra, ni tampoco su producto, es propiedad de los teócratas o no están bajo su control ¿dónde se concretaría la institucionalidad de la desigualdad social? Básicamente, como ya había sostenido Lumbreras, en un sistema tributario en el que la fuerza de trabajo está contenida en forma de productos finales especializados: los seres humanos estarían siendo consumidos en la entrega de su trabajo social. Ya que la producción es social, y el consumo individual, el trabajo socialmente invertido no se vería compensado simétricamente en la retribución de servicios sacerdotales ofrecidos por los y/o las teócratas. En otras palabras, los servicios oraculares y/o socio-ideológicos, no alcanzarían a compensar la fuerza de trabajo invertida tanto en los objetos finales transportados a Chavín como en los excedentes agrícolas que sustentaron al colectivo de especialistas.

En síntesis, Chavín de Huántar sería un Centro Político Religioso en el que se focalizaría un Estado Teocrático Andino, debido a los siguientes indicadores arqueológicos:

Tabla 3.1. Principales indicadores arqueológicos para el reconocimiento del Estado Teocrático Andino	
Edificios Principales	1. Ubicación espacial privilegiada del asentamiento
	2. Principal concentración de volúmenes arquitectónicos de la región
	3. Prolongado desarrollo arquitectónico y de ocupación
	4. Utilización en los edificios principales de diseño, estructuras y/o elementos arquitectónicos relacionados con fenómenos celestes y/o naturales
	5. Formas arquitectónicas, elementos arquitectónicos y artefactos pre-existentes en el mismo sitio y tomados de otras áreas cercanas o lejanas
	6. Espacios arquitectónicos abiertos y cerrados en el área de edificios principales
	7. Diferentes soportes de representaciones complejas con rasgos antropomorfos en el área de edificios principales
	8. Evidencia de cuerpos humanos mutilados, asesinados (sacrificios), consumidos y representaciones de actos violentos realizados por entidades antropomorfas, representaciones de armas en los edificios principales.
	9. Espacios de concentración de objetos muy elaborados y estandarizados en los edificios principales y producidos fuera de la región
asociadas a edificios	10. Áreas domésticas o laborales asociadas directamente con los edificios principales del sitio
	11. Artefactos estandarizados producidos en el sitio y en el área inmediata
	12. Estructuras arquitectónicas domésticas de mayor calidad tecnológica y material

	13. Acumulación de artefactos estandarizados producidos localmente
Áreas alejadas	14. Asentamientos monumentales que replican, en diseño y técnicas, los materiales originales de Chavín
	15. Artefactos de igual morfología e iconografía fuera del sitio, especialmente en otros contextos de elite
	16. Asentamientos domésticos alejados pero relacionados directamente con Chavín.

Dichos indicadores constituyen la base para la formulación de metodologías que permitan la contrastación de la hipótesis del Estado Teocrático Andino. Si bien, configuran un cuerpo de evidencias actualmente disponibles, aún el estado de sistematización de teorías de la observación que permitan, por ejemplo, estimar el nivel de estandarización objetiva de la producción de objetos y representaciones es inexistente, excepto para la secuencia arquitectónica y para algunas pruebas de potencial acústico últimamente efectuadas por el equipo de John Rick. Al respecto, los indicadores propuestos por Tantaleán, deben ser considerados en atención al estado de la investigación que es diferencial en cada uno de ellos.

A mi juicio, son especialmente sensibles cuestiones relacionadas con la ya mencionada estandarización, que es más bien supuesta antes que contrastada. En ello esta tesis pretende aportar cuestiones básicas para determinar arqueológicamente si un conjunto de objetos de representación, es un cuerpo material estandarizado, y los factores implicados en su variabilidad. Un segundo cuerpo de indicadores sensibles son los que se refieren a la representatividad de las áreas domésticas y la resolución de sectores de concentración de excedentes (sea en forma de productos o estructuras), no sólo para la constatación de la hipótesis de un Estado Teocrático Andino, sino para la determinación de los niveles de explotación social. Al respecto, la tesis del estado, como institucionalización de la desigualdad social, no asegura la inexistencia de otras formas institucionalizadas anteriores o coexistentes de disimetría y explotación social, por ejemplo, en función del sexo, la edad o la proveniencia étnica o parental.

3.5. Chavín: Manifestación proto-urbana de una Jefatura Compleja

En un carril paralelo, y hasta cierto punto antagónico a los trabajos de Lumbreras, a finales de la década de los 70' Richard Burger inició labores arqueológicas, especialmente en las áreas asociadas a la Zona Monumental, en lo que corresponde al actual pueblo de Chavín de Huántar. Un buen punto de partida para situar la orientación y el desarrollo de su propuesta, es considerando el origen de su interés por la sierra de los Andes centrales fruto, básicamente, de su colaboración en el equipo que lideraba Rowe. Es por eso, que su trabajo inicial se puede definir, como una continuación de las propuestas llevadas a cabo por este autor (1962, 1967) en lo referido a la necesidad de elaborar una secuencia cerámica que reforzara la secuencia formulada sobre la base de la iconografía litoescultórica y las ampliaciones arquitectónicas, para con ello, finalmente, determinar la historia cultural de Chavín y su posición durante el Período Inicial y el Horizonte Temprano (Kaulicke 2010: 322).

Burger, entonces, se concentró en la elaboración de una seriación cerámica capaz de segregar fases temporales que estilísticamente definieran distintos momentos ocupacionales del asentamiento “antiguo” asociado a las construcciones monumentales. Esta tarea se encontraba ya justificada en los objetivos que tenía Rowe: el identificar el asentamiento que acompañaba al “centro ceremonial” como espacio donde reconocer

una secuencia cerámica que pudiera integrarse con las fases definidas para la escultura lítica y la arquitectura.

De ahí, que el trabajo de Burger fuera pionero en la realización de excavaciones más allá del área monumental, haciéndose cargo de la urgente necesidad arqueológica por contar con datos que hicieran visible a la población y la naturaleza de su ocupación vinculada directamente con sector monumental. Hasta ese entonces las excavaciones habían estado restringidas sólo a ciertas porciones del área de los edificios visibles, y sobre la base de esas intervenciones se habían formulado las explicaciones del sitio. Ello llevaba a un punto ciego: un sitio arqueológico monumental sin habitantes; un centro ceremonial vacío (1998). A pesar que parecía existir cierta unanimidad entre quienes habían investigado en Chavín, respecto a que los sectores residenciales debían encontrarse en alguna parte cercana o por debajo el poblado actual (Bennett 1944; Bennett 1946; Lumbreras 1993; Lumbreras 1989; Lumbreras and Amat Olazábal 1969; Rowe 1967; Rowe 1962; Tello 1943; Tello 1960), nadie había intentado iniciar trabajos orientados a la constatación de la ocupación Chavín en ese sector.

Con la realización de las excavaciones en diferentes puntos del pueblo moderno, Burger pudo contar con un cuerpo de información estratigráfica preliminar para la formulación de una secuencia cerámica que, en cuanto criterio de clasificación temporal, constituye hasta hoy una referencia confirmada en múltiples excavaciones, pero exclusivamente en lo que se refiere a los extremos de la secuencia, esto es, lo más temprano y lo más tardío, o la diada urabarriu/janabarriu³. De hecho, hasta hace poco los debates en torno a la validez del método o la capacidad explicativa de la producción y cronológica de la secuencia de Burger, no se habían cuestionado. Las discusiones simplemente se ceñían a cuestiones estrictamente formales de estilo. Una de éstas, quizá la más relevante, fue el debate con la secuencia cerámica definida por Lumbreras (Lumbreras y Amat 1969, Lumbreras 1989, 1993) a partir de los materiales recuperados en la Galería de Las Ofrendas.

De lo anterior se desprende una tercer cuestión de relevancia en las propuestas de Burger: la prioridad por contar con fechados radiométricos para reforzar la secuencia cerámica. Es Burger quien, inicialmente, destacó la necesidad de apoyarse en fechados de ¹⁴C para sostener la seriación estilística (Burger 1981). Indudablemente, Burger utilizó sus fechados radiocarbónicos como un fuerte refuerzo empírico para considerar como una realidad cronológica la propuesta diacrónica en la variación los asentamientos propuestos. De ahí que su enfoque continuaba ajustándose a los supuestos histórico-culturales de Rowe, ya que era la secuencia maestra de seriación cerámica la que define las realidades temporales. Sin embargo, como el mismo Burger reconoció, la seriación propuesta se basó en la superposición de la fase Janabarriu sobre la cerámica Urabarriu, pero no se pudo establecer con claridad las relaciones entre las fases Urabarriu y la supuestamente siguiente Chakinani (Burger 1984: 17).

En suma, excavaciones en el área extra-monumental, la elaboración de una secuencia cerámica y la prioridad por contar con fechados radiométricos, permiten delimitar empíricamente el cuerpo de información desde donde emana el modelo explicativo de Chavín de Burger.

³Para una completa crítica de la secuencia de Burger véase Rick et al. 2009.

3.5.1. El tamaño y variabilidad del asentamiento antiguo de Chavín como indicador de organización social

El planteamiento del tamaño y variabilidad funcional del asentamiento antiguo de Chavín, es el cuerpo de evidencias sobre el que descansa la propuesta Burger. Estimulado por la hipótesis de urbanismo temprano de Rowe, diseñó la realización de excavaciones y reconocimientos de superficie a pequeña escala en las inmediaciones de la Zona Monumental, en algunos sectores del pueblo moderno y en otros poblados circundantes. Frente a la ausencia de un esquema cronológico preciso que le permitiera posicionar las ocupaciones detectadas en las excavaciones, la propuesta de las tres fases cerámicas (tabla 1.3) estableció todos los criterios de ordenamiento temporal, asumiendo que las unidades estratigráficas que definían en algunos sectores a la entidad cerámica expresada por el estilo (iconografía/formas/técnicas), era reflejo de un cambio cronológico. A juicio de Burger, la definición de esta propuesta de variación temporal permitió contar con un enfoque diacrónico para el estudio del asentamiento, ya que posibilitaba observar los cambios en su tamaño y composición. Posteriormente, el análisis del asentamiento antiguo se basó en: a) los resultados de las excavaciones⁴; b) datos de otras investigaciones; c) materiales arqueológicos recuperados en una supervisión de los trabajos de obras públicas realizados por su equipo; d) información que personas le facilitaban; y e) colecciones y observaciones de exploraciones de superficie (Burger 1998:208). La tabla 3.2 sintetiza los principales hallazgos detectados en las zonas excavadas y las atribuciones funcionales realizadas.

El primer asentamiento, caracterizado por la fase cerámica *Urabarriu*, muestra evidencia de una economía basada en la caza y el pastoreo. Se habrían utilizado herramientas fabricadas con materias primas locales, pero existe evidencia para sostener que hubo contacto con comunidades de tierras altas y la costa, ya que se encuentran cerámicas procedentes de Huánuco, Casma, Chicama y Pacopampa, así como conchas y vértebras de pescado del Pacífico (Burger 2008: 695-696). A *Urabarriu*, le seguiría la fase representada por el estilo *Chakinani*, caracterizada por el abandono de las dos zonas de actividad más al norte de *Urabarriu*, y la concentración de las residencias el rededor del templo mismo y una conservación del uso de la ribera norte del Wacheqsa. Declina para esta fase la caza de animales, convirtiéndose las llamas domésticas en la principal ingesta proteica (Miller and Burger 1995). Se incrementa, asimismo, el intercambio de larga distancia con la costa Pacífica y se diversifica la cerámica exótica incluyendo piezas Cajamarqueñas (Burger 1984a).

Sin embargo, no es hasta la siguiente fase, asociada al estilo cerámico *Janabarriu*, cuando ocurre una explosión poblacional que utilizará la ribera oeste del Mosna, y el sur y norte del Núcleo Monumental. Esta sería la ocupación que permitiría plantear la existencia de un patrón de proto-urbanismo sin precedentes para la Sierra de Ancash. En este nuevo contexto, la población asociada al centro ceremonial experimentaría un incremento en las prácticas de especialización y diferenciación social. Las aldeas de tierras altas proveerían de carne de llama posiblemente en forma de carne seca (*charqui*) a las personas que viven alrededor del templo, restos que se distribuyen de manera diferencial de acuerdo a su cercanía con la zona monumental. Así, la zona al oeste de éste (el actual Campo Oeste) mostraría evidencia de materiales de alto prestigio, mientras que la zona ubicada al norte del Wacheqsa, carecería de riqueza o la poseería

⁴62 m² excavados en total (Burger 1998: fig. 1).

en cantidades inferiores que las localizadas inmediatamente al oeste del centro monumental. La zona definida como de “alto estatus” (Burger 2008: 696), mostraría presencia de fina joyería en oro, cinabrio, así como cerámica y comidas exóticas, además de restos esqueléticos de animales juveniles, aspectos que contrastarían con el sector definido como “zona de bajo estatus” al norte del Wacheqsa, con ausencia o más bajas densidades de este tipo de materiales.

Durante la fase *Janabarriu*, se diversifica e intensifica la producción cerámica local (Druc 2004), proponiéndose como contemporánea con la construcción del Templo Nuevo, el Portal Negro y Blanco y la Plaza Cuadrangular (Burger 1984b; Burger 1995), así como con la fase D para la litoescultura.

Considerando que la comunidad de Chavín de Huántar contaba, según el censo de 1972, con una población de 4100 habitantes repartida en un área de 43 hectáreas, para la fase *Janabarriu* podría estimarse una población aproximada de 2800 personas repartidas entre las 5 hectáreas que ocupaba la zona de edificios monumentales, y las 12 hectáreas de las áreas circundantes. A partir de la misma relación área/persona, *Janabarriu* sería casi cuatro veces más grande que la fase *Urabarriu*, y tres más que la *Chakinani* siendo, a juicio de Burger, “uno de los centros más grandes del Nuevo Mundo en su momento”⁵.

En las publicaciones consultadas hasta 1998, Burger seguía sosteniendo que esta densidad poblacional en el área calculada de ocupación para *Janabarriu*, permitiría considerar a Chavín como una ciudad grande. Sin embargo, en una publicación reciente la considera una pequeña ciudad-estado (Burger 2008: 697). Como sea, Chavín habría incrementado su población de manera exponencial en su historia de uso, especialmente en la última etapa. Desde los 100 habitantes estimados para la fase *Urabarriu*, su tamaño se habría acrecentado en espacio y cantidad durante la fase *Chakinani*, alcanzando un área de 15 hectáreas con una población que no habría superado las mil personas. En consecuencia, sólo durante la fase *Janabarriu*, Chavín podría considerarse como un asentamiento “proto-urbano”.

Con todo, para Burger la población residente en Chavín de Huántar nunca habría sido lo suficientemente grande como para contar con el potencial humano necesario para edificar el “Templo” y mantener a los especialistas que tuvieron que ver con él (Burger 1998). Por ello, piensa que una parte del excedente agrícola y laboral requerido debió conseguirse de aldeas y pueblos contemporáneos de la región más cercana a Chavín. Los estudios preliminares en Pojoc, WamanWain y Alajpuquio, así como otros yacimientos formativos del drenaje del Mosna, que sugieren una extensión de ocupación máxima de 3 a 4 hectáreas, configurarían en el modelo funcional de Burger, un sistema interdependiente con el “centro ceremonial”:

*“... the settlement pattern suggests a **small city-state or complex chiefdom** with Chavín de Huántar at its center. The cohesion of these different settlements is, in part, suggested by the presence of stone sculptures carved in the characteristic Chavín style representing the same supernatural figures that are shown so prominently at the center. My excavations at Pojoc, one of the small villages above Chavín de Huántar, uncovered additional evidence of Chavín ceremonial activities at these high altitude sites (Burger 1983). Similarly, the presence of exotic shell and stone in these small sites, as well the results of the faunal analysis (Miller and Burger*

⁵Vincula esta consideración a las apreciaciones establecidas para el Formativo Mesoamericano realizado por Joyce Marcus (1976. En Burger 1998:219).

1995), suggest a strong interdependency between Chavín de Huántar and the smaller sites surrounding it within the Mosna drainage.” (Burger 2008: 697. El destacado es nuestro)

En consecuencia, el modelo de Burger sostiene que Chavín de Huántar fue un asentamiento nucleado modesto que fue incrementando su extensión y densidad poblacional en el tiempo, alcanzando a establecerse durante su etapa de mayor apogeo como una especie de ciudad-estado o jefatura compleja vinculada de manera interdependiente con las aldeas vecinas, quienes le habrían proveído de excedentes alimentarios y mano de obra a cambio de servicios especializados y reconocimiento religioso. Aplicando el neologismo de Rowe, centro *sincorítico*⁶, es decir una ciudad nucleada que unificaría en ciertos momentos a una población dispersa pero asociada, con un aparato sacerdotal y burocrático establecido permanentemente en el centro ceremonial (Makowski 2003), Burger sostuvo:

“Chavín de Huántar fue un gran centro dentro de su propio contexto histórico. Fue sustancialmente más grande que cualquier otro sitio conocido y contemporáneo de la sierra central, y pudo haber sido en su época uno de los sitios más grandes del Perú. La evolución de un gran asentamiento sincorítico en Chavín durante el Horizonte Temprano es un evento muy importante en la historia de la cultura de la sierra. La transformación del sitio entre las fases Urabarriu y Janabarriu, implica que su desarrollo fue un fenómeno local en vez de uno introducido o impuesto desde algún otro lugar. (...) el asentamiento Janabarriupproto-urbano en Chavín de Huántar no logró transformarse en un centro urbano completamente desarrollado.” (Burger 1998:230-231)

Más allá de la interpretación tipológica y funcional del asentamiento, Burger no ha sido lo suficientemente claro en explicar la relación que observa entre dicha tipología, en este caso el proto-urbanismo de janabarriu, y las formas de organización social que él deriva. Tampoco ofrece claridad respecto a cuáles serían los indicadores diagnósticos o esenciales que permitirían considerar una u otra forma. A pesar de ello, la interpretación funcional de Chavín de Huántar le ha permitido ilustrar consideraciones regionales de la variación temporal en la jerarquización o estratificación social que, a su juicio, se consolidaría hacia el Período Inicial. Efectivamente, para Burger la apariencia de que en el Período Precerámico⁷ no se dio una larga transición entre el inicio de la vida sedentaria con cultivos y la construcción de grandes obras públicas basadas en la labor cooperativa, no es otra cosa que la manifestación de una ideología comunitaria compartida con sanciones religiosas y sociales que habrían evitado la dependencia a autoridades coercitivas. Dicha ideología comunitaria, si bien podría haber estado basada en una autoridad teocrática, ésta no habría superado la influencia local, ya que se encontraba destinada a resolver necesidades religiosas y sociales comunitarias antes que la inmortalización de individuos o de familias.

Al contrario, algo ocurre en el Período Inicial que aparecen sistemas sociales de alto nivel de integración regional, incluyendo a una multitud de centros cultural y políticamente autónomos. Esta época sería la que ilustraría de mejor manera las relaciones sociales en las que habría estado inmerso el asentamiento Urabarriu:

⁶Burger al utilizar este concepto asume los criterios de urbanismo definidos inicialmente por Rowe quien no le otorga mayor relevancia a los principios formales, demográficos y de organización espacial para la definición de ciudad (como en su momento sí lo habían hecho Collier y Schaedel). Según él, la distribución nuclear (cuando un asentamiento extenso está rodeado por otros de tamaño mucho menor) no es por sí sola diagnóstica para los sistemas urbanos, puesto que se conocen tipos de organización *acorítica* (con asentamientos grandes y distanciados entre sí) y *sincorítica* (nuclear) en zonas mayormente rurales durante la antigüedad clásica.

⁷Relativamente contemporáneo con el Arcaico Tardío empleado en esta tesis, cfr. Capítulo 1.

“Most day-to-day interaction was probably limited to members of a single center; this constituted the local system. Economic interdependency between nearby communities in different habitats linked them at an intermediate level. Face-to-face contact with people of different centers within the same regional system was more restricted, but may have included occasional exchange of handicrafts, marriage ties, and attendance at large public events (...). Naturally, these amorphous social systems were not closed, and some overlapping and contact existed with adjacent regions.”(Burger 1995: 60)

Esta situación de interacción regional no estratificada, parece verse transformada hacia el 400 a.n.e., cuando los antiguos sistemas sociales “amorfos” comienzan a exhibir producción especializada en metalurgia, textilera y cerámica, así como el dominio de sistemas de irrigación y drenaje alcanzando así lo que Burger denomina “el nivel de civilización”. Se trataría de una transición, estilísticamente encarnada en Chavín u Horizonte Temprano, que sería la antesala para los desarrollos que se consolidarían en el Período Intermedio Temprano. Se trataría, por lo tanto, de una transición que sentaría las bases de la formación de clases, especialmente de una clase militarista, la emergencia de un estado coercitivo y el desarrollo de una esfera económica pan-regional de interacción y dependencia (Burger 1989: 556-557).

El asentamiento Janabarriu, por una parte, y la iconografía y envergadura de crecimiento arquitectónico del antiguo Templo Nuevo, por otra, serían para Burger algo así como la fuente de inspiración donde rastrear las bases del horizonte estilístico Chavín, es decir, ese momento de síntesis que caracteriza al Horizonte Temprano como antesala de los desarrollos descritos posteriormente observados en el Intermedio Temprano: en las imágenes de la fase D/EF, introducidas de diferentes regiones de Perú, se pueden identificar aún aspectos de la fase local AB del Templo Viejo, inspirada en la Costa central y sur, lo que para Burger provoca una sensación de *déjàvu*, al introducir antiguos elementos costeros, pero en un estado transformado (Burger 1995).

En suma, si bien Burger parece decantarse por la hipótesis de una sociedad estratificada “unificada” por una ideología religiosa y focalizada en un centro ceremonial ubicado en un asentamiento de características proto-urbanas, no es explícito en manifestar indicadores específicos que expliquen el proceso que llevó a la consolidación de disimetrías sociales evidentemente manifestadas en variaciones espaciales y materiales de acceso al producto de la especialización económica. A pesar que sus excavaciones dan cuenta de estas variaciones, y que él mismo reconoce las implicancias para la adquisición de estatus social, en reiteradas ocasiones se refiere a Chavín, sitio o fenómeno, como una entidad indistinta, aparentemente referida a cuestiones de sistemas de creencias: un sistema orgánico sin contradicciones. De echo, aún considerando como motor de la transformación de la organización social a la especialización tecn-económica y su manifestación en las relaciones sociales de interacción interregional, parece ser únicamente la distribución y variación del asentamiento el único indicador que sostiene al núcleo de la ideología religiosa.

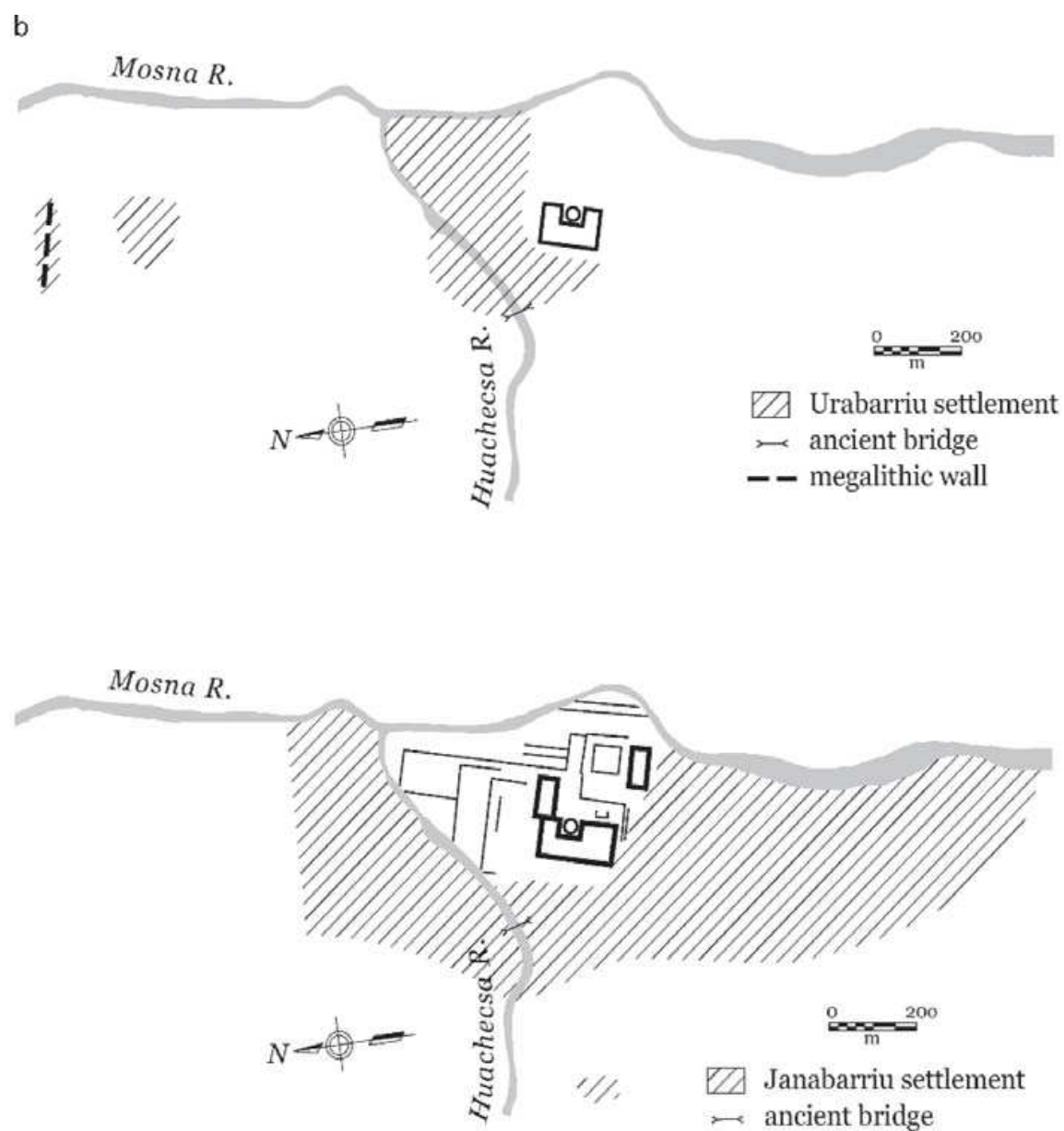


Figura 3.1. Crecimiento del asentamiento antiguo de Chavín de Huántar. Tomado de (Makowski 2008) Fig. 32.2, redibujado por Steven J. Holland a partir de Burger 1992: figs. 156 y 167.

Tabla3.2.Caracterización material de la variación temporal del asentamiento antiguo de Chavín de Huántar						
FASES	Sector	Estructuras asociadas	Materiales o técnicas constructivas	Principales materiales recuperados	Principales actividades propuestas	Explicación asociada
Urabarriu Asentamiento más antiguo. Sin fase previa	Ambos márgenes del Wacheqsa	Puente de piedra (Tello)	Lajas de piedra, cortadas pulidas (7x3m)	Material constructivo CC	Control de acceso y circulación al área monumental.	Poder político y económico
	Barrio Superior (sur) a. Área del Templo Antiguo b. Ribera N del Wacheqsa	Sin correlación de estructuras	Galerías, templos, plazas	Cerámica Raku	Ceremonial, ritual	Centro ceremonial
		Deposición 1ª y 2ª	basural	Cerámica Urabarriu, desperdicios	Uso esporádico, mantenimiento o construcción de estructuras.	Familias encargadas de mantenimiento del puente y su control
	Barrio Inferior (norte) a. Estructuras domésticas b. Muro megalítico o N con dirección E-O	Plataforma baja c/estructuras	Pircado, relleno	Cerámica, vegetales, huesos, lítico, etc.	Domésticas/productivas (talleres de trabajo en hueso)	Vida diaria asociada a actividades especializadas
		Recinto tipo galería de S-N	Cantos rodados locales de 2,1 x 1,3 x 1,3 m. relleno de mortero de tierra y <i>pachilla</i>	Tiestos Urabarriu y Kotosh-Kotosh, punta de proyectil (35 cm debajo del muro)	Restricción/regulación acceso, control/tributo, almacenamiento peregrinos/viajeros. Pertrechos/armas	Urbanismo incipiente, control del valle
Chakinani	Riberas del Wacheqsa	Ala sur del templo Antiguo	Monumental posiblemente residencial (?)	Cerámica Chakinani e importada	Nucleamiento alrededor del templo (?). Organización centralizada	Centralización del poder
Janabarriu	Sector A (Ribera sur y norte del Wacheqsa)	Estructuras rústicas	Cimientos de viviendas en piedra canteada. Piedras locales escasamente trabajadas de tamaño medio a menor Pisos escasamente compactados	-Restos líticos (chert fino, obsidiana, cuarcita, sílex, entre otros) -Variada colección cerámica, muchas formas (aptas para cocinar, servir/almacenar) -Artefactos de adorno personal (espejos, orejeras y cuentas	Talla lítica/procesamiento pieles Actividades de la vida doméstica	Población residente artesana ⁸ .
	Sector D (laderas adyacentes al Templo Nuevo) Más cerca que el anterior de la zona monumental	Estructuras domésticas mejor acabadas, aun cuando no con la técnica del área monumental al Muros y terraplenes	Piedras locales de piedra canteada de tamaño medio Pisos de arcilla compacta piedras dos veces más grandes que las domésticas	- Artefactos de <i>Spondylus</i> sp. terminados y sus desechos. -Alimentos importados (pescado seco?), -Joyas (Oro martillado) -Artículos esotéricos (fósiles malacológicos/amonites)	Artesanía especializada (bienes exóticos y suntuarios) Elevación del terreno, para diferenciar actividades distintas	Población especializada de elite Diversificación y estratificación social creciente.

⁸Para Burger la producción de objetos en las viviendas o en lugares cercanos a éstas, en vez de talleres especializados, constituye una norma ampliamente extendida en sociedades pre/no-industriales.

3.6. Chavín: Escenario de la evolución del poder y la autoridad

La propuesta de Chavín como un escenario en el que se puede estudiar el proceso que lleva a la transformación de los mecanismos de poder a través de la manipulación social, es el núcleo de lo que ha venido desarrollando el Proyecto de la Universidad de Stanford, bajo la dirección de John Rick. Dicho interés, casi exclusivamente concentrado en el sector Monumental, se encuentra justificado tanto por la historia de la investigación y los vacíos de evidencia que existían cuando este equipo llegó a trabajar en Chavín, como por algunas materias que habían sido abordadas tangencialmente por Lumbreras, respecto a la intensión manipulativa que se observaba en la construcción y manejo de la arquitectura y localización del “Templo” (Lumbreras, et al. 1976).

Respecto a lo primero, habían dos cuestiones que resolver: primero una planimetría pormenorizada y completa, al menos del sector monumental; planimetría externa que fue iniciada en 1998(Rick 2008; Rick, et al. 1998), y concluida con la tesis doctoral de Kembel(Kembel 2008; Kembel 2001), que integra la arquitectura interna y externa; segundo, una depuración cronológica: *“el único hecho claro que se conoce sobre la cronología absoluta de la construcción de Chavín de Huántar como centro ceremonial es que no existe evidencia confiable para tal cronología”* (Rick et al. 1998: 208). En consecuencia, los objetivos centrales orientados a la clarificación de las relaciones entre arquitectura, funcionalidad de los espacios externos e internos y su transformación en el tiempo, ya sea mediante su interpretación en secuencias o la datación absoluta(Feathers, et al. 2008; Haas and Kembel 2005; Kembel 2008; Rick, et al. 2009), han contribuido a un conocimiento con una resolución nunca antes lograda en Chavín. Ello vino a confirmar cuestiones relevantes respecto al yacimiento: que, incluso considerando todas las adiciones verticales y horizontales, Chavín de Huántar fue un proyecto arquitectónico orientado a la manipulación de la percepción. Distintos mecanismos para la generación de efectos acústicos y visuales, sumados a objetos comúnmente empleados en estados alterados de conciencia en las representaciones figurativas, estimulaban la hipótesis de que no sólo se trataba de un centro ceremonial al cual iban peregrinos y peregrinas en busca de oráculos para sus cosechas, sino de un verdadero lugar para la performance. Una performance cuyo conocimiento era restringido a un pequeño grupo de especialistas: una mentira para la manipulación social.

Si los planteamientos previos acerca del tipo de organización sociopolítica de Chavín estuvieron basados en el resultado observable de la conjunción monumentalidad/arte lítico/dispersión del estilo, la propuesta de Rick persigue el estudio del *proceso* que lleva a la consolidación de la desigualdad social, desde lo que empíricamente ofrece el propio yacimiento monumental. Con una secuencia arquitectónica a todas luces más detalladamente definida que en todas las etapas previas de la historia de la investigación de Chavín, Rick contó con un cuerpo de información que hacía imprescindible interrogarse acerca de cómo se fueron gestando los procesos que llevaron al establecimiento de un complejo sistema ideológico que sostenía las bases para el ejercicio del poder político. Con su planteamiento se da un cambio notable en los puntos de inflexión gravitantes en torno al fenómeno mismo de la transformación que da cuenta el sitio.

Si bien ya Burger había iniciado una perspectiva que incidía en aspectos procesuales, al proponer la existencia de una transformación en las características demográficas y organizativas del asentamiento antiguo, Rick inaugura un giro metodológico al documentar arqueológicamente el *proceso* mediante la transformación y crecimiento del sitio como totalidad. Este giro está en buena parte posibilitado por la inclusión de algunos conceptos de

teoría social del poder y de la autoridad, si bien restringidos, pero que permiten sostener algunas hipótesis y metodologías teóricamente justificadas.

Entonces, para comprender el planteamiento de Rick es necesario reconocer que su propuesta se basa en la caracterización de la variación monumental, considerando los espacios, las representaciones y parte de algunos contextos internos y externos. A nivel metodológico ello se traduce en la documentación tridimensional de la arquitectura, la excavación en extensión de sectores significativos, la aplicación de técnicas de cuantificación acústica y la relación con lo que se ha venido diciendo de las representaciones líticas.

El núcleo teórico de la propuesta de Rick, está basado casi exclusivamente en una lectura arqueológica de la teoría radical del poder de Steven Lukes (Lukes 1988 [1978]) y algunas interpretaciones, aparentemente no filtradas, de Weber y Durkheim. Digo “lectura”, porque en la obra en la que Rick se basa, *Poder y Autoridad*, Lukes proporciona una revisión historiográfica respecto a los enfoques teóricos en sociología que han abordado el fenómeno del poder, distinguiendo básicamente dos orientaciones: aquellos que lo ven como un fenómeno de “asimetría”, cuando poder es la habilidad de un subconjunto de un grupo de llevar a cabo su voluntad, a menudo para su propio beneficio, sobre los intereses de otros; o como “colectivo”, en que el poder es la suma de habilidades del grupo total para llevar adelante sus acciones. Si bien la condición revisionista del trabajo de Lukes resulta evidente, Rick parece recurrir a ella como categoría de observación:

“In the present case, either someone or some group had asymmetric power to command that such buildings be brought into being, or some overall group could sum its resources and cooperatively produce the structures. Clearly, the actual process may combine both types of power, and the assessment of how much of either type of power is a difficult but critical archaeological endeavor.”
(Rick 2005:75)

Rick considera que la “tendencia weberiana” que caracteriza a la arqueología andina que investiga los centros políticos, basada en el concepto de “poder-sobre”, es insuficiente, ya que no logra captar el proceso mediante el cual dicho concepto de poder se consolida, esto es, su evolución. Al contrario, considera que una ampliación de la noción weberiana, debería incluir categorías conceptuales que permitan describir las transformaciones documentadas arqueológicamente. En Chavín, particularmente, parece que ese poder asimétrico no surge espontáneamente, sino que es el momento culmine o de apogeo de una transición que se inició en una organización social basada en su antagónico, esto es, en un poder colectivo. Un poder colectivo concebido bajo la idea o, mejor la imagen, de sociedades igualitarias. Dicha transición, estaría caracterizada por la usurpación del poder colectivo por parte de un grupo de individuos, lo que no es otra cosa que la manifestación del incremento de la desigualdad social.

¿Cómo es posible dar cuenta de esa transformación? ¿Cómo se cristalizan las desigualdades? A juicio de Rick, este tipo de preguntas puede responderse a través del concepto de autoridad. Nuevamente sobre la formulación de Lukes, la autoridad se definiría como aquella situación en la que el mando y la toma de decisiones están sistemáticamente adscritos a ciertos individuos y en la que el juicio acerca de la obediencia a ese mando está basado en la posición percibida de quien toma las decisiones, antes que sobre la razón. La autoridad sería investida y legitimada en individuos y/o grupos que de este modo mantienen el poder. Este poder tiende a ser asimétrico en su naturaleza ya que los juicios pasan a ser incuestionables y legitimados por autoridad (Rick 2005: 76). Dicha legitimación, puede asegurarse de diversas formas. Para Rick, en Chavín operaría mediante un *modelo manipulativo*. Desde este punto de vista se

adscribe, si bien no explícitamente, a una visión que se podría considerar como complementaria a las propuestas que ven a Chavín como estado teocrático, porque se interroga más acerca de los procesos mediante los cuales dicho poder religioso llega a institucionalizarse, que por la definición de un tipo social (Rick 2005: 77).

Un grupo de evidencias conformaría para Rick la base para sostener que el sistema devocional observado en Chavín, es muy poco probable que se haya basado en un culto de adoración: oscuridad, imágenes feroces, fuertes sonidos, arquitectura encerrada y efectos luminosos, son elementos que habrían sido manipulados conscientemente para la generación de un ambiente irreal. Otro grupo de evidencias, apoyarían, por su parte la idea de Chavín como un *sanctasanctórum* (santuario interior). Espacios integrados por la Plaza Circular y las galerías, indican que no se incluyeron muchos/as individuos en los eventos allí realizados, lo que excluye la posibilidad que estas características hubieran servido como un medio para fomentar una base devocional de amplio apoyo. Estos dispositivos arquitectónicos y performáticos parecen haber sido diseñados para convencer a quienes visitaban Chavín o se iniciaban en el culto de la veracidad del sistema de creencias y su gran poder (Rick 2008). Finalmente, un tercer conjunto de evidencias, estaría integrado por las imágenes de personajes en posiciones de perfil, que Rick interpreta como representaciones de procesiones (fig. 2.23). Estos personajes antropomorfos habrían sido cargados con las características de la fiera animal (colmillos y garras), incorporando el poder natural dentro de la capacidad humana, naturalizando, de esa forma, la idea de una diferencia intrínseca entre los humanos y el mayor o menor acceso de la autoridad a lo sobrenatural.

El crecimiento horizontal y vertical del sitio a través del tiempo, junto con la implementación de sistemas de convencimiento desarrollados desde el mismo diseño de los edificios, plantea la instalación y/o manipulación de un sistema de creencias, posiblemente ya existente, como base para la legitimación de la autoridad y el reconocimiento y naturalización del poder por parte de quienes construyeron el sitio. Este sistema de creencias, habría estado basado en tradiciones antiguas, lo que se atestigua en el uso de recursos arquitectónicos de larga data en la sierra, como las de tradición Mito o la implementación de elementos de tradición costera en la última etapa de construcción monumental. La incorporación de antiguas tradiciones habría soportado la inclusión de modificaciones intencionales encaminadas a fortalecer el poder asimétrico. Exaltando el vínculo con esas tradiciones de origen chamánico, se habría configurado un sistema de creencias en que la legitimidad es otorgada por la creencia en la *conexión* divina, presumiblemente bastante extendida y especialmente afectando a aquellos/as en posiciones claves para sostener al pretendido liderazgo conectado divinamente.

Entonces, desde la construcción monumental temprana, en el antiguo NEA (*cfr.* Capítulo 1), hacia el 1200 a.n.e, se habría invertido una notable cantidad de energía y trabajo en implementar un espacio para el culto, no únicamente como mecanismo devocional, sino más bien para incrementar el poder asimétrico. Este trabajo y energía, se traduciría en la materialización de un conocimiento especializado observable en la producción de edificios monumentales con medidas notablemente exactas y de formas simétricas, pero especialmente, en la consolidación de un sistema de galerías sin precedentes regionales. La diferencia entre arquitectura interna y externa, además, habría permitido la manipulación del “ambiente” mediante el manejo acústico, de la circulación de personas y de la iluminación de los espacios. Todo ello haría suponer que el sistema manipulativo observado en Chavín puede ser considerado bajo el concepto de *perversión* de Flannery (Rick 2005, 2008), en el que ciertos elementos ampliamente aceptados de un sistema temprano son alterados por uno posterior, generalmente con fines egoístas. De ahí que se vea al chamanismo como una plataforma

natural para los argumentos que intentan vincularse ancestralmente con él. No es que en Chavín existieran prácticas chamánicas, o que éstas fueran la base para el ejercicio del poder asimétrico, sino que la memoria de ellas habrían sido empleadas como recurso a la conexión/representación divina ancestral⁹.

En suma, para Rick Chavín fue inicialmente un proyecto substancial derivado de varias tradiciones locales previas de fuerte liderazgo sociopolítico. El sitio reflejaría una “tradición de convencimiento”, que hizo posible legitimar el poder, pero sobre todo la autoridad de aquellos/as líderes locales sobre una amplia población, mediante el manejo y modificación de los sistemas de creencias. Habría sido el manejo/convencimiento el mecanismo mediante el cual se justificaría una especie de poder emergente que fue incrementando su influencia a medida que implementaba más y eficaces mecanismos de persuasión.

Finalmente, conviene aclarar la posición de Rick frente a dos cuestiones que son importantes en el panorama de los modelos explicativos del sitio. El primero se refiere al concepto de teocracia. En la definición weberiana tradicionalmente empleada en la arqueología andina, se integran a aquellos “régimenes políticos que reclaman ser la representación de una divinidad en la tierra de manera directa e inmediata” (Weber 1988:732). Es diferente entonces, al planteamiento materialista propuesto por Lumbreras y Tantaleán, relativo a la modificación en las relaciones sociales (*supra*), en la que la legitimidad de una clase teócrata está basada en la conexión que se infiere entre el/la líder y el recurso divino de su autoridad, generalmente tomando la forma de un/a sacerdot-e/iza; un recurso de características ideológicas. En Chavín, el liderazgo en la visión de Rick, evoluciona hacia formas cada vez más institucionalizadas. Aún cuando pueden existir indicadores de violencia, la ausencia de evidentes sistemas militares en la instauración de la autoridad: como sistemas de defensa, hallazgo de armas, conflicto en las representaciones, hacen suponer, según este investigador, que la coerción no jugó un rol principal en el establecimiento de la autoridad. Parecen ser estas razones las que llevan a que sea muy cuidadoso en el empleo de conceptos como Estado o Teocracia, y da la impresión que su interés en el proceso es precisamente una manera de volver las miradas a la evidencia en cómo se consolidan en el tiempo una eventual teocracia, más que aventurar una sentencia a partir del resultado observable de la monumentalidad. Esto le otorga un gran valor a su trabajo, ya que comúnmente la investigación arqueológica ha tendido a equiparar, en fórmulas tendientes al mecanicismo, la asociación de estado-monumentalidad-ciudad.

El segundo, muy relacionado con el anterior, es que al referirse a sistemas de creencias rehúye de dos conceptos esenciales. Por una parte, el más utilizado que es el de religión, y por otra, el de ideología. El primero, parece ser escurridizo por una cuestión de definición, y no es hasta una reciente publicación que aventura una enunciación en la que la práctica ritual y el culto del sistema de creencias podrían ser considerados como religiosos:

“If religion is the means by which people communicate, act out, and reproduce fundamental beliefs about the way the human-centered world should work, then probably the activities at Chavín can be seen as religious”
(Rick 2008: 34)

Sin embargo, respecto a la ideología, resulta sorprende la ausencia de su mención y, por supuesto de una discusión. No es posible comprometer aquí razones evidentes acerca de por qué rehúye del concepto de ideología, que a todas luces ha sido el concepto que en la investigación sociológica ha permitido rastrear la legitimación no sólo de la autoridad, sino de

⁹Ejemplo de ello sería la conservación de la localización del Lanzón ubicado en tiempos tempranos en el Edificio B y mantenido durante las siguientes etapas.

otros mecanismos institucionales de producción y reproducción de las relaciones de dominación.

En suma, la mirada de “larga duración” que introduce Rick en los procesos de consolidación de formas particulares del ejercicio del poder en Chavín, proporciona un enfoque que, a mi juicio, lejos de ser excluyente con otros modelos explicativos de Chavín (v.g. Lumbreras, Tantaleán), ofrece evidencia justificada para resolver materias vinculadas a las intencionalidades que pueden derivarse de los conjuntos arqueológicamente estructurados, en este caso, reunidos en la monumentalidad y los espacios de uso social que ésta genera. La transformación documentada en el diseño y ampliación del proyecto arquitectónico y los dispositivos de representación que en ésta se relacionan, son un buen punto de partida donde situar acciones conscientes de manipulación colectiva por parte de un reducido grupo de personas especialistas. Si bien Rick se concentra en los mecanismos que permiten concretar el ejercicio del poder, el reconocimiento de que la población se habría movilizado por una práctica que utilizó el engaño como herramienta de su legitimación, es un excelente punto de partida para el estudio arqueológico de la concreción material de prácticas ideológicas, en el sentido de ocultamiento de la realidad, por una parte, y de las condiciones previas, vigentes y posteriores que permiten la emergencia, el sostenimiento y decaimiento de dichas prácticas. De ahí que el estudio no arbitrario de la producción simbólica, resulte central para el entendimiento de los mecanismos de ocultamiento para la gestión político-ideológica de un sistema institucionalizado de asimetría social.

3.7. Chavín: entre el estilo y el significado

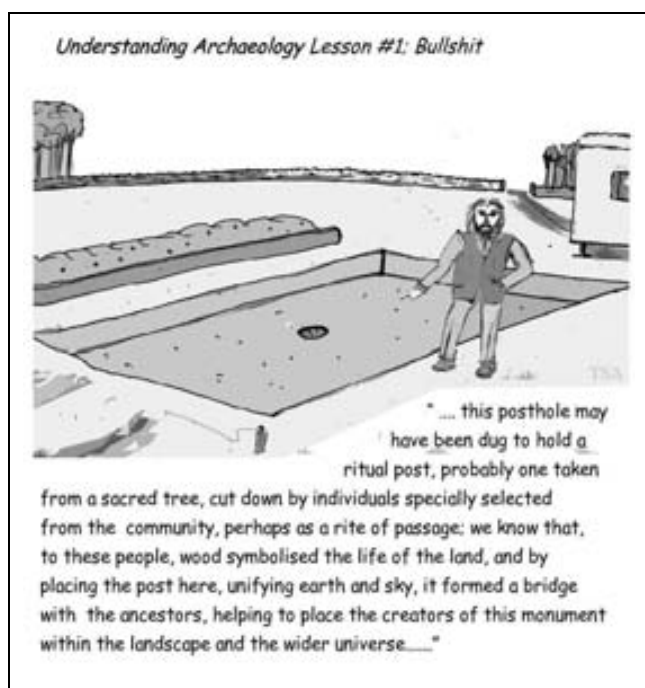


Figura 3.2. Entendiendo a la arqueología lección #1: tonterías. Disquisiciones que surgen de sentencias como la que sigue, referida a Chavín: "...square represents the horizontal extent of this world with its four cardinal directions and orifice in the membrane between the upper and lower halves of the universe through which the flux of supernatural power flows (Lathrap 1985: 251)

He dejado un lugar especial para tratar los estudios propiamente iconográficos por dos razones. Primero, porque en general, salvo el trabajo de Rowe, no forman parte de investigaciones orgánicas, esto es, no han sido realizados en el marco de una investigación empírica en Chavín. Ello explica la segunda razón. La proliferación de escritos, estudios, ideas, ensayos, etc., que se han interesado por el problema iconográfico o bien no se ajustan a los modelos explicativos descritos o, si lo hacen, la misma ausencia de integración orgánica, impide situarlos plenamente en un modelo explicativo concreto. La insuficiencia de sistematicidad en este tipo de trabajos se ve reflejada a su vez en: a) la baja integración que poseen en los modelos explicativos de Chavín, siendo empleados comúnmente como evidencia secundaria, poco reflexionada y acomodaticia a las ideas planteadas en esos modelos; b) un volumen de producción escrita notablemente poco productiva, en relación a su uso; c) el permanente desajuste conceptual, metodológico y cronológico con las evidencias de su momento; y d) la ausencia de justificaciones teóricas para la aplicación de categorías clasificatorias.

Por todo lo anterior, he iniciado este apartado con una caricatura que sintetiza una fórmula muy común de emplear a las representaciones como excusa para decir lo que sea. En esa fórmula común, hay dos conceptos que en general no se discuten: estilo y significado; ambos conceptos medulares en el estudio de la representación (*cfr.* Capítulo 5). Quizá sea debido a ello que la secuencia estilística mejormente reflexionada en la historia de la investigación es la que aun se emplea, aún cuando sus fases no son coherentes con la secuencia arquitectónica, ni con la evidencia temporal vigente.

Ahora bien, hay dos razones de justicia que deben apuntarse para explicar la proliferación de escritos de iconografía Chavín: primero, la cantidad de representaciones hechas sobre piedra en el propio yacimiento; segundo, la dispersión de representaciones semejantes en un gran espacio geográfico, durante un momento relativamente acotado y sobre una gran diversidad de materiales. En general, se asume que es desde Chavín donde surge todo el resto de materiales con imágenes semejantes que se observan diseminadas a lo largo del Periodo Inicial Tardío y

Horizonte Temprano o Formativo Medio y Tardío (Cordy-Collins 1976; Lumbreras 1989; Tello 1960), pero que sintetizan (Ravines 1984) o incorporan (Bischof 1984; Bischof 2008) elementos que ya estaban presentes en el Precerámico Tardío, especialmente de la costa y la sierra Norcentral.

Por otra parte, en las distintas versiones del problema iconográfico chavinoide se pueden localizar modestas variaciones teóricas, cuyos debates se han referido más a cuestiones de opinión que de validez teórica. En cualquier caso, y considerando la variabilidad en la calidad metodológica y teórica de los diferentes escritos, éstos podrían ser alineados en dos objetivos fundamentales-que son los tópicos no cuestionados arriba señalados: (a) dar con el significado de las representaciones, o (b) utilizarlas como marcadores diagnósticos de estilo, es decir, como fósiles directores de tiempo/cultura/espacio.

Para sistematizar una presentación crítica de este tipo de estudios, he organizado la información disponible en grupos en los que se pueden localizar afinidades conceptuales y/o temporales.

En un primer grupo, sería conveniente integrar aquellos estudios de la primera época de investigación arqueológica en Chavín que inauguraron el uso del concepto de *horizonte estilístico*, en principio, presentado como una herramienta metodológica de clasificación. Con las diferencias de cada caso, tanto Tello, como Kroeber, Willey y Bennett, se sirvieron de criterios tipológicos y funcionales para organizar a las representaciones del sitio dentro de un esquema regional que daba cuenta de un *área cultural* que suponía la integración de códigos cosmológicos unificados en un tiempo relativo y en un gran espacio. Bajo esta lógica, las representaciones de Chavín fueron concebidas como la expresión de las ideas que enunciaban una religión compartida: con un centro promotor de su difusión (el sitio tipo) en un *área cultural* que reproducía los códigos *compartidos* por este núcleo ceremonial. El tratamiento metodológico común fue la formulación de tipologías que sirvieron de base para la definición de un *estilo de arte*, que se suponía representativo de los *ideales religiosos*, muy parecido al enfoque propuesto por Sedlmayr (1929) o Wiedlé (1962. En Hadjinicolaou 1983: 91) (cfr. Capítulo 5). Sin embargo, también se integraba en cierta medida la noción de Wölfflin (2004 [1915]) en torno al *estilo* en la escala de su manifestación “nacional”, es decir, de un territorio propio de una *cultura*. En cuanto a la conceptualización de la religión, se pueden encontrar principios de corte funcionalista, afines a la idea cohesiva de Durkheim. Así, las ideas expresadas en un *Horizonte Estilístico* definían a una *Cultura* que compartía códigos religiosos que permitían integrar un gran *Área Cultural*.

Sin hacer distinciones formales internas, más allá de ciertas identificaciones de diferencias entre ciertos soportes materiales de representación, puede considerarse a esta forma de tratamiento de las imágenes constituyentes de estilo, como una tendencia pre-iconográfica, es decir, que no aborda el problema del significado de las “obras”, sino que describe el contenido temático natural o primario que caracteriza el ajuste mayor o menor al estilo definido en el sitio tipo. En una línea compatible con el concepto de *fósil director*, utilizado en los enfoques histórico-culturales de la prehistoria europea, el estilo identificable en los denominados *materiales diagnósticos*, fue la clave de la interpretación arqueológica que, aun cuando tuvo explícitamente un objetivo puramente clasificatorio, hizo de él un bloque relativamente homogéneo en el que se integraron numerosas representaciones, sentando las bases para la definición de una *realidad arqueológica* con existencia propia: el Horizonte.

Un segundo grupo lo constituye un numeroso cuerpo de investigadores/as encabezados por Rowe como promotor de una *secuencia cronológica estilística* asociada a la arquitectura, que

ya he descrito. Reservo para este apartado las consideraciones específicamente referidas a las representaciones figurativas de Rowe, porque así como su propuesta de fases constructivas de los principales edificios de Chavín conformó una transformación en la manera de concebir al sitio y su historia, los aportes hechos en materia de estudio de dichas representaciones, lo sitúa como un precedente de la primera sistematización formal de los diseños de la litoescultura. Podría, en consecuencia, decirse que con Rowe se inauguran los estudios propiamente iconográficos –de la forma en que lo propuso Panofsky¹⁰–, aún cuando la clasificación de las representaciones se basa en el método por seriación.

El valor del estudio de Rowe es que por primera vez se trabaja con las representaciones de manera sistemática, intentando dar cuenta tanto de la configuración particular del esquema representativo, como de su vinculación con sus contextos materiales y espaciales concretos. En primer lugar, Rowe reconoció que la iconografía chavinense era particularmente figurativa, es decir, que las representaciones se pueden identificar con figuras reconocibles en la naturaleza (Rowe 1967; Rowe 1973), entre éstas las de felinos, falcónidas y ofidios en Chavín, serían, a su juicio, las más recurrentes. Sin embargo, a pesar de ser una iconografía expresamente figurativa, las representaciones se articulan con tal complejidad que se configuran convenciones que hacen que la identificación figurativa con animales, personas o plantas no sea suficiente para analizar a las representaciones en su totalidad. Es lo que denominó los *kennings* de Chavín, una noción recogida de los análisis literarios de la poesía nórdica definida como una acción metafórica poética en donde la comparación por sustitución se funda en una convención arbitraria y compleja que juega un rol de primer orden en la transmisión oral de conocimiento a cargo de los poetas. Estas metáforas no funcionan comparativamente mediante una analogía entre dos términos disímiles a los que se atribuye algún rasgo semántico común, sino que sustituyen al signo a través de una suerte de perífrasis determinada por un contexto de referencia muy específico: los relatos míticos. Rowe propone entender como *kinning* los motivos iconográficos que, a su juicio, funcionan en las imágenes de Chavín por sustitución: por ejemplo, el uso de las bocas felinas en lugar de la boca de cualquier tipo de personaje. Sostiene que la explicación del significado de estas imágenes muy probablemente estuvo en la tradición mítica oral, a la cual evidentemente no tenemos acceso. Debido a ello, propuso considerar a los escritos etnohistóricos como forma de acercamiento formal, pero en ningún caso como la fuente de explicación en sí misma; un aspecto que la mayoría de sus sucesores/as parecen no haber considerado.

La tabla 3.3 resume las principales convenciones que identificó Rowe en la iconografía Chavín. Curiosamente, estas convenciones posteriormente han sido discutidas más en relación al animal que representan, que a su operatividad como herramienta de análisis de la representación ensayada por Rowe.

Efectivamente, la identificación de convenciones en la iconografía Chavín permitió a varios/as investigadores/as contar con un ancla clasificatoria especialmente para el análisis de las litoesculturas (Cané 1983; Curatola 1991; Lathrap 1973; Lathrap 1974; Vargas Nalvarte 2005), pero también de otros materiales en donde la estructura iconográfica se consideraba semejante, como el caso de los textiles Paracas, especialmente Karwa-Callango de la costa sur peruana (Cordy-Collins 1976; Cordy-Collins 1977; Cordy-Collins 1999; Wallace 1960; Wallace 1991).

¹⁰Reemplazando la fuente escrita de la iconología por fuentes etnohistóricas.

Tabla 3.3. Convenciones de la Iconografía Chavín según Rowe (1967)				
Convención	Característica principal	Resultado en la imagen	Apreciaciones particulares	Piezas o imágenes representativas
simetría bilateral	Divide cuerpos o campos de composición en un eje vertical	Simetría bilateral	Simetría con componentes diferenciales, particularizando dos representaciones	Obelisco Tello
repetición	Reiteración de ciertos íconos en ciertas posiciones	Arbitrariedad en las representaciones	Apariencia de mascarar	-Cabezas/fauces felino -Serpientes -Garras de felino -Ojos excéntricos. -Vegetales -Cetros -Colmillos
bandas modulares	Simetría bilateral	Barroquismo		-Diseños geométricos -Líneas rectas o curvas (Fase EF)
reducción de las figuras	Abstracción de rasgos de un animal	Permite evocar en una composición	-espirales -colmillos como triángulos o aserramientos.	-Motas de jaguar -Colmillos de caimán

Los estudios basados en la secuencia de Rowe produjeron una importante cantidad de escritos que asumían la contemporaneidad sobre la base de semejanzas estilísticas. Entre ellos, destaca el trabajo ya citado de Allana Cordy-Collins realizado con los textiles pintados Karwa-Callango. Estos textiles funerarios fueron en su mayoría recuperados de sitios disturbados por huaqueos permanentes (es decir, sin contexto arqueológico más que la procedencia relativa). Dada la presencia de una iconografía muy parecida a la de las litoesculturas, se supuso que su procedencia no local estaba vinculada con la que Rowe había identificado como la fase D, correspondiente al Portal Negro y Blanco. En el trabajo de Cordy Collins el 25% de los textiles son adscritos a la iconografía Chavín, pero formando parte de una producción local. Sostuvo que la existencia de este porcentaje de textiles de representaciones chavinienes dentro del conjunto de representaciones locales habría sido el resultado de una suerte de “catequismo” que un grupo de personas que se estaban contactando con el *centro oracular*, intentaba introducir en las tradiciones locales de la costa sur. Por su parte, el interés de Chavín por tomar contacto con poblaciones sureñas habría estado motivado por razones económico/religiosas, debido a la alta calidad y productividad del algodón y prendas asociadas al cultivo de dicha planta. Así, para Cordy Collins los sacerdotes de Chavín se habrían interesado en la potencialidad de uso de la tela como soporte para comunicar el discurso de su ideología religiosa, ya que el textil, a diferencia de la piedra, es liviano y no se rompe (Cordy Collins 1976, 1999).

Otro conjunto de trabajos que dieron por hecho la realidad cronológica de la secuencia de Rowe, tuvieron como objetivo dar una “lectura” a ciertas piezas consideradas de relevancia en Chavín, basándose en cierta medida en la distinción propuesta por Rowe acerca del uso que tendrían las piezas exentas (*huancas*) y las que se encuentran asociadas a la arquitectura. Para Rowe las figuras que aparecen en las columnas del Portal Negro y Blanco, en las cornisas, las losas y las CC mismas, carecen de una razón para el culto en cuanto categoría de representación; aún cuando pudieron haber representado a divinidades, no fueron consideradas como la encarnación de divinidades en sí mismas, como si debió haber ocurrido con las representaciones escultóricas exentas como el Obelisco Tello, la Estela Raimondi o El Lanzón que, a juicio de Rowe, representaron directamente a la divinidad, por lo que

probablemente estuvieron implicadas directamente en el culto y el ritual (Rowe 1967). Así, todas las figuras de la primera categoría serían *evocativas*, mientras que las segundas serían la manifestación en piedra de alguna deidad. Es probable que Rowe haya realizado esta distinción debido a su familiaridad con la etnohistoria incaica, en la que se muestra a las *huancas* como encarnación de la divinidad misma.

La práctica de analogía etnohistórica y etnográfica se consolidaría en los siguientes trabajos de iconografía chavinoide. Las interpretaciones buscarían determinar el significado de las imágenes. Un cuerpo importante de trabajos, por ejemplo, se dedicó al análisis del Obelisco Tello, llegando a inusitadas discusiones acerca de si la pata era de caimán o de felino, o si la planta representada era Achira o *Brumasia*, o si el maní (*Arachis hypogaea*) que presentaba el denominado personaje B en el mapa del Obelisco de Rowe, era un pene o una voluta. Se trataba de asignar un significado a la representación zoomorfa o fitomorfa a partir de los antecedentes etnohistóricos o etnográficos de relatos míticos; de ahí que la discusión en torno al animal o planta representada fuera tan intensa: una cola de pez contaría con una atribución de significado completamente diferente a una cola de ave considerando tal o cual relato. En *El Dios de los Grandes Colmillos* de Curatola (1991), por ejemplo, se interpreta al Obelisco Tello mediante un mito etnográfico registrado en un valle cercano a Chavín, sosteniéndose que esta pieza es el testimonio de la larga data de dicho mito (que es igual al de Hansel y Gretel). Intentos semejantes fueron los trabajos de Lathrap (1974) y Peter Roe (Roe 1974; Roe 1982), que menciono juntos porque han sido quienes desde la arqueología y la antropología, en el segundo caso, se empeñaron en demostrar el origen amazónico de la iconografía Chavín a través de analogías estilísticas y explicaciones míticas del registro etnográfico. Sin extenderme en estas apreciaciones de la iconografía Chavín, lo cierto es que han formado parte de la médula de los principales debates en torno a los orígenes del pensamiento andino o a los antecedentes y evolución del estilo chavinoide.

En suma, los trabajos de Rowe basados en el uso del concepto de estilo, que se podría considerar como transicional entre los enfoques histórico-culturales y los procesuales, sentaron las bases de la primera secuencia que propuso un ordenamiento temporal relativo para la evolución de las representaciones en Chavín. Probablemente, su familiaridad con la historia del arte le permitió hacer más explícita la utilidad del empleo de ciertas categorías analíticas para el ordenamiento de la variabilidad artefactual. Aún así, los trabajos posteriores de iconografía asumieron como válida la realidad de la secuencia de transformación y establecieron contemporaneidad sobre la base de anclajes empíricos notablemente ambiguos e inestables como el propio estilo iconográfico, pero además sobre materialidades sin una realidad arqueológica conocida. El criterio por semejanza fue también el que se utilizó en la otra variante de trabajos que persiguieron dar una lectura al significado de las representaciones, asumiendo que los relatos míticos y las crónicas etnohistóricas podían servir como indicadores directos e inmutables del pensamiento de un mismo espacio a través de todo su desarrollo histórico¹¹.

Ha sido Bischof (Bischof 1984; Bischof 1994) quien, basado en la secuencia de Rowe, ha formulado una trayectoria temporal de los estilos en términos regionales. Para este investigador, Punkurí sería el estilo predecesor más antiguo de Chavín, cuya aparición puede identificarse hacia mediados del tercer milenio a.n.e, con una distribución delimitable entre Chiclayo y la costa norcentral. Alrededor del segundo milenio a.n.e. aparecería, lo que Bischof denomina *estilo Sechín* con relaciones entre Jequetepeque y Kotosh. Durante ese

¹¹(para una crítica al uso del método iconográfico en la América precolonial, véase Kubler 1993 [1962])

mismo lapso de tiempo, en algún lugar de la costa, aparecería el llamado *estilo Chavín A*, caracterizado por el arte mural de la costa central y Pampa de las Llamas. Algunas de las piezas cerámicas de Chavín Urbarriu, sugerirían para Bischof que el yacimiento ya habría estado participando en los desarrollos regionales de este “arte”. De ahí que su secuencia se oponga a un origen serrano para el estilo de Chavín. Por su parte, la arquitectura de Chavín tendría antecedentes costeros y septentrionales, mientras que la escultura lítica se desarrollaría a partir de las influencias de sitios como Montegrande, Pacompampa, Cerro Sechín y otros yacimientos cercanos a Chavín.

A juicio de Bischof (Bischof 2008), el estilo Chavín configuraría un *arte visual*, cuyos criterios más relevantes serían su estructura espacial y volumétrica, sus proporciones, el manejo de las líneas, de los colores y de la reproducción del motivo en el medio elegido. Podría ser definido como un *estilo*, en la medida que conforma un agregado de valores estéticos e iconográficos, compartidos por un grupo humano, a pesar de las variaciones derivadas de las idiosincrasias individuales. Siguiendo esa definición, el estilo Chavín representaría para Bischof un largo proceso de comunicación e intercambio no sólo de bienes materiales, sino también de propuestas ideológicas y normas estéticas. Ello sería así porque a pesar de las modificaciones formales y de contenido en el tiempo y en el espacio, el estilo no pierde *identidad*. La arbitrariedad metodológica, ocurriría para este investigador, cuando se realizan intentos que reducen dicho proceso a uno de sus segmentos. Al contrario, Tellenbach ha sostenido que “*si se quiere fechar y adscribir culturalmente templos y edificios sobre la base de sus relieves y esculturas, evitando de [sic] caer en argumentaciones tipo circulus viciosus, las subdivisiones espacio-temporales de las culturas correspondientes no deben estar basadas en los mismos relieves y esculturas*” (Tellenbach 1998: 11).

En el último tiempo las fases estilísticas de la secuencia de Rowe en muchos sentidos sigue siendo válida, tanto para la asociación con la arquitectura (Kembel 2001, 2008), para las prácticas de ocultamiento del propio sitio (Rick 2005, 2008), como para su integración dentro de los antecedentes que se instalan en el origen del estilo Chavín A o Temprano (Bischof 1984; Bischof 2008). Sin embargo, es oportuno mencionar que en el actual debate de la cronología del sitio, la secuencia relativa propuesta por Rowe también ha sido cuestionada. Se ha dicho, por ejemplo, que de existir diferencias cronológicas en la iconografía, éstas deberían ser revisadas a la luz de la secuencia arquitectónica propuesta por Kembel (2001). Tal como señala Rick et al. (2009: 96), Kembel (2008) y Bischof (2008) han reconocido varios problemas en esta secuencia, y en alguna medida la han actualizado mediante varias variables no consideradas en la formulación original:

“Phillips [2002, trabajo inédito] cuestionó seriamente la evidencia para una secuencia de arte lítico dentro del sitio de Chavín, y encontró que la variabilidad, supuestamente temporal y estilística, se puede atribuir de manera más eficaz a la entidad representada, la que puede variar entre contextos arquitectónicos que son contemporáneos o sin orden en el tiempo. Se ha determinado, además, que mucho del arte lítico con contexto conocido pertenece a una sola fase constructiva, si es que no fue removido en diversas oportunidades durante la ocupación de Chavín. Si hubo una reutilización extensa del arte dentro de la secuencia constructiva de Chavín, el problema de darle un orden cronológico es mucho más complejo, y hasta ahora se carece de un tratamiento lo suficientemente profundo como para establecer si existe una secuencia de arte lítico dentro de Chavín, y, mucho menos, para determinar cuáles fueron los cambios que sufrió.” (Rick et.al. 2009: 96)

Sin embargo, Peter Roe, un continuador del trabajo de seriación estilística de Rowe, en un reciente trabajo ha mantenido las propuestas formuladas a la luz de la evidencia de los 70’ (Roe 2008). En su trabajo original, se propuso ampliar el material empleado integrando las evidencias de Pacompampa, Kotosh, Kuntur Wasi, Lambayeque, Alto de la Guitarra, Monte

Calvario Ica, Huaura, Casma, Ancón, Nepeña y Huaylas. Mediante un listado de 148 rasgos identificados en la litoescultura de Chavín, elaboró una matriz de seriación que se tradujo en una definición más robusta de las fases AB, C, Transición C-D, D y EF ya enunciadas por Rowe (Rowe 1974: 11-17). Gran parte de los resultados, incluyeron sitios con fases tardías, como D o EF, que parecen incongruentes con los resultados radiométricos o cronológicos establecidos mediante otras metodologías que los muestran mucho más tempranos. Como señala Kaulicke (2010: 345), el enfoque de Rowe alcanza los “extremos evitados por Rowe”, porque la primacía cronológica del arte Chavín se emplea para situar al resto de las representaciones extra-sitio: una tautología metodológica en la que la distancia estilística se transforma en “disolución cronológica”. A mi juicio, la falla metodológica se basa no sólo en la proyección de intuiciones en recurrencias poco establecidas, sino también en que las recurrencias observadas o intuitas no encuentran sustento en asociaciones arqueológicas significativas que permitan superar la prioridad estilística como guía de las transformaciones históricas.

Finalmente, un tercer cuerpo de trabajos se encuentran directamente vinculados a la historia del arte. Han sido expresamente críticos de los objetivos teóricos y metodológicos de la arqueología para abordar el estudio del material “artístico”, reclamando un espacio en lo que han denominado como el estudio del *arte precolombino*. Dentro de este conjunto se pueden localizar los escritos de Campana (1993; 1995), que basado en el principio estructuralista según el cual es posible acceder a la estructura del pensamiento mítico, propuso una serie de hipótesis acerca del significado de las representaciones mediante un análisis estructural de las formas representadas. A su juicio, no sería correcto interpretar las representaciones de personajes antropomorfos, zoomorfos o combinaciones de éstos según el concepto de deidad cristiano-occidental, sino que la iconografía andina debe “leerse” como grafemas de la estructura mítica registrada etnohistóricamente (Campana 1993: 115). Siguiendo la descripción de Rostworowski (1988) acerca de los registros pre-toledanos de *Huaca*¹² y *Pacarina*¹³, el cuerpo de representaciones chavinoides sería la manifestación de *grafemas ideográficos*, donde el valor simbólico reside en significados diferentes de las formas naturales u orgánicas que les dieron origen (Campana *op. cit.*: 117). Estos significados serían siempre míticos, mágicos o religiosos, siendo convencionalizados mediante imágenes anatómicas, anamórficas o anastomósicas: “...el objetivo del artista no es crear un águila con cabeza de jaguar, sino comunicar gráficamente, tal vez, que esa águila con algunos rasgos de jaguar, participa dentro de sus atributos del discurso mítico” (Campana 1993: 118). Lo que perseguían entonces los artistas chavinoides, a juicio de Campana, era lograr “operaciones gráficas”, por lo tanto, de la imagería chavinense sería necesario diferenciar dos cosas: “Lo artístico y lo iconográfico. A lo primero habría que estudiar con categorías que la Estética y la Historia del Arte reconocen y, a lo iconográfico, estudiar en cuanto a signo, significado o significativo y con los métodos y principios de la Semiología y la Teoría de la Información” (*ibíd.*).

Una continuación de ese último objetivopuede desprenderse del trabajo de Pedro Vargas quien se propone demostrar que los signos gráficos del Obelisco Tello pueden ser descifrados mediante el tratamiento de la iconografía de Chavín como un sistema de escritura (Vargas Nalvarte 2005; Vargas Nalvarte 2011; Vargas Nalvarte 2012). A pesar de lo sugerente que se

¹²A diferencia del concepto cristiano-occidental de “dios” creador primigenio, “se refiere a un ser animador del entorno humano, no primigenio y venido después del hombre para darle alimentos, salud y mejores técnicas para su subsistencia en comunión con la naturaleza.” (Campana 1993:115)

¹³“Para el hombre andino cada pueblo ‘venía’ de una “PACARINA”, la cual podía ser laguna, cueva o la oscuridad de un cerro.” (*Ibíd.*)

muestra la idea de Campana, respecto a un tratamiento semiológico sistemático de la iconografía Chavín, la formulación semiótica de Vargas es modesta y no logra superar las tradicionales categorías arbitrarias de clasificación.

Para finalizar, he incluido una propuesta, que sin ser parte de los trabajos tradicionalmente recogidos por la literatura de Chavín, ofrece una integración reciente de la propuesta de Rick, pero con un enfoque que proviene de la teoría del arte. Me refiero al ensayo de la historiadora del arte argentina María Alba Bovisio, “El Poder del Ocultamiento: eficacia simbólica en las imágenes religiosas prehispánicas”, en el que hace suyo el reclamo de un lugar para la historia del arte en el estudio de las representaciones andinas, con el objetivo de construir un campo de estudio con marcos teórico-metodológicos y problemáticas independientes (Bovisio 2004; véase también Victorio Cánovas 2010). No se trata en consecuencia, de buscar soluciones interdisciplinarias a un problema material y social común, sino de contar con una voz autorizada.

En busca de esa “autorización”, Bovisio recoge algunos antecedentes antropológicos y arqueológicos para engordar su propuesta. Por ejemplo, del manual para estudiantes de Renfrew y Bahn (1993: 379) recoge la idea de que el estudio de la iconografía de cualquier sistema religioso maduro constituye una tarea especializada en sí misma. De ahí que le resulten sugerentes las ideas de la arqueología cognitiva respecto a que debería integrarse a los/as especialistas vinculados con la historia del arte. Aún así, para esta investigadora, el problema de los puntos de vista derivados de la antropología y la arqueología es que han dejado a la producción plástica fuera de lo que la concierne: *el lenguaje visual* (Bovisio 2004: 1). Lo que no parece entender Bovisio, es que los lenguajes visuales están históricamente situados, a no ser que asumamos la existencia de metalenguajes universales e inmutables. ¿Alguien podría defender esta idea, fuera de los/as creacionistas? Pues para Bovisio, parecería estar manifestado en lo que, parafraseando a Francastel, denomina *el pensamiento plástico*.

A su juicio, una manera de superar la tensión entre arqueología v/s historia del arte, es introduciendo en el estudio del campo de la imagen prehispánica la cuestión de “*la eficacia simbólica de las imágenes del arte religioso*”. Sin extenderme en la desconsideración de lecturas esenciales de la arqueología por parte de Bovisio, hay que reconocer una explicitación respecto a un tópico desatendido en los estudios iconográficos de Chavín: la función ideológica de lo que ella, sin embargo, asume sin cuestionamientos como imagen sagrada. Esta función ideológica sería un mecanismo de explicación del mundo natural y supra-natural y una legitimación de la organización social. Se trata básicamente de una aplicación del concepto de ideología formulado por Godelier (1989), en el que las imágenes pertenecen al campo de las *realidades ideales*, las cuales, además de contar con una imagen mental, se materializan en diversas prácticas de producción.

Para Bovisio, estas *realidades ideales* de Godelier, funcionarían en el lenguaje plástico mediante dos mecanismos: a) simulacro o *imitación realista*, y b) ocultamiento o *criptosimbolismo*. En este último, las imágenes mostrarían y ocultarían su significado simbólico, es decir, que una convención específica, que no está ligada a lo que denotan los iconos, implica una comprensión posibilitada por una iniciación concreta. Con estos elementos de base, en la tradición prehispánica podrían documentarse estos dos tipos de *lenguaje plástico*: en la sociedad Mochica se darían fundamentalmente las primeras (*realista*), mientras que en el grueso de la producción plástica de otras sociedades la segunda (*criptosimbolismo*) sería la característica.

Algunas definiciones relevantes para Bovisio. La *iconografía* sería lo que parece representado con una frecuencia tal que evidencia la presencia de ciertos temas o motivos que responden a algún tipo de convención. La *materialidad* de la imagen, como a la imagen como una entidad material misma; no sería correcto, entonces referirse a la imagen de los textiles, sino que a *imágenes textiles, líticas o cerámicas*. El *contexto de circulación*, referido al emplazamiento de las imágenes en relación a sus características plástico-formales (¿quiénes las veían? ¿dónde? ¿Cómo?). La integración de estos tres aspectos (*iconografía, materialidad y contexto de circulación*), constituyen por alguna razón no explicitada, la *sacralidad* de las imágenes, ya que su capacidad connotativa, denotativa y simbólica no radica sólo en el registro iconográfico sino en el “texto icónico”, esto es, en un *objeto figurativo*: producido a partir de ciertos materiales, mediante ciertas técnicas, que lleva y que constituye él mismo una imagen, y al que le corresponde un determinado contexto ¿No podría traducirse esto como el principio básico de asociación de cualquier material en arqueología? Pues, a mi juicio sí. El problema, que probablemente también identificó Bovisio, es que este principio básico es transgredido en los estudios de las representaciones en Chavín.

Bovisio considera a Chavín como un sistema político basado en la teocracia, en el sentido de Godelier, donde las relaciones religiosas operan como relaciones de producción; así, la dinámica de ocultamiento/restricción de la imagen religiosa se articularía con los mecanismos ideológicos de consolidación y reproducción social. En este sentido, la práctica de ocultamiento/restricción se vería en Chavín en la presencia de imágenes públicas (monolitos, esculturas de bulto en los muros, plazas, etc.) vinculadas pero no iguales, iconográfica y materialmente a las que se ocultan; de esta manera se establece una circulación desigual de los mensajes religiosos, coherente con una organización sociopolítica jerarquizada y elitista. Así, la eficacia de estos *textos icónicos* ocultos no radicaría en la interpelación directa, sino en su presencia (el saber/que se diga, que están ahí).

Los motivos Chavín serían, además de metafóricos, metonímicos ya que cada uno de los motivos representados está, a su juicio, representando a un animal y funcionando como una “metonimia” de la parte por el todo. La particularidad en el carácter metonímico de las imágenes de Chavín, es que se integran a una metáfora, de manera que la parte *alude* a lo animal o a lo humano, los que al mismo tiempo, estarían funcionando como representación simbólica de una determinada cualidad, rol o valor que se le atribuye “significativamente”. Este atributo, siguiendo a Rowe, tendría su origen en el discurso mítico-religioso, ya que el contexto de producción y circulación de la iconografía Chavín es “claramente” ceremonial en el sentido de un centro político-religioso.

Bovisio sostiene –en base a la doble dimensión que tendría el texto icónico (cognitiva e ideológica)- que estos textos debían ser comprendidos y aprehendidos por el grupo social de manera diferencial y en distintos niveles. Cree que las operaciones analógicas (cognitivas) responden a formas de pensamiento comunes a toda la comunidad Chavín; sin embargo, la “de-codificación” del sentido generado mediante las imágenes metafóricas variarían de acuerdo al conocimiento de los contenidos mítico-religiosos. Según esto, las imágenes religiosas de Chavín funcionarían como una herramienta de poder y control, al mismo tiempo que de consolidación de una cosmovisión compartida. El alto grado de convencionalismo y formalización de los términos metafóricos y metonímicos evidencian que este discurso estaba rígidamente pautado y controlado por unos/as pocos/as. Asimismo, la circulación de las imágenes no sólo se restringiría por su carácter (lítico, monumental, ofrendas), sino por su emplazamiento específico en el centro ceremonial, es decir, por la dinámica de ocultamiento/restricción.

3.8. Chavín: hacia el entendimiento de las formas de producción y reproducción social

En este Capítulo se ha intentado ofrecer una síntesis de aquellos trabajos que han propuesto modelos explicativos para Chavín, los cuales se han referido a uno o varios de los siguientes aspectos:

- Chavín yacimiento, esto es, su funcionalidad.
- Chavín fenómeno: organización social e influencia regional.
- Chavín ideología: cuerpo de pensamiento institucionalizado (religioso, creencias, mitos, etc.)

Siguiendo esos ejes de interés, a lo largo de este Capítulo se han apuntado algunos problemas particulares que ahora conviene sistematizar y discutir brevemente dada su aparición recurrente. Asimismo, considerando el estado actual de la investigación y la vigencia de los modelos descritos, se pueden llegar a sintetizar algunos acuerdos básicos, cuya validez se sustenta en un importante cuerpo de datos que pueden funcionar como la base para avanzar hacia la búsqueda de soluciones a problemas no resueltos. Finalmente, se aportan consideraciones personales en torno a los vacíos de información empírica como resultado de la ausencia de preguntas arqueológicas específicas y su relación con esta tesis.

3.8.1. Problemas comunes a los modelos explicativos de Chavín

a) Funcionalidad exclusiva:

En el Capítulo 1 he comentado cómo la diáda monumental/representaciones ha sido la base empírica para sostener que Chavín, y otros yacimientos de semejantes características, constituyen centros ceremoniales. Es decir, lugares en los que se reúnen personas para la práctica litúrgica basada en algún cuerpo metafísico de ideas. Sin ser esto necesariamente incorrecto, puede considerarse que la mayor parte de los modelos explicativos incurren en un problema de circularidad argumental al asumir como realidad lo que en principio debería ser formulado como una hipótesis, cayendo en falacias como las que siguen: i) que la diáda monumental/representaciones contiene en sí misma la función religiosa; ii) que dicha función es especializada, es decir, de actividades exclusivas; iii) que en los espacios exteriores se realizaron actividades de tipo “público”; iv) que, al contrario, en los espacios interiores se realizaron actividades de tipo privado y, por lo tanto, restringido; v) que un espacio “limpio” indica un lugar para el rito; vi) que siendo centro ceremonial, lugar para el rito a partir del mito o la religión, con espacios públicos, esto es, para toda la población, y privados, sólo para algunos, necesariamente debió contar con un grupo elitista en forma de líderes espirituales, es decir, sacerdotes, que sancionaron y gestionaron el devenir social en el marco del funcionamiento del sitio.

Frente a estos “tópicos comunes” sería conveniente formular los siguientes interrogantes:

- i) ¿Qué define un centro ceremonial?
- ii) Un lugar con construcciones monumentales, como un aeropuerto, ¿es siempre un centro ceremonial?
- iii) Son los espacios abiertos, como un campo de golf o un taller cerámico al aire libre, ¿siempre lugares de acceso público?
- iv) Son los espacios cerrados o interiores, como un ascensor, ¿siempre espacios privados, es decir, excluyentes?
- v) Un espacio abierto y limpio, como un campo de juego, ¿es en todos los casos un lugar para el rito?
- vi) Un espacio para el intercambio económico, un mercado, por ejemplo, ¿en todos los casos es un lugar sucio?

vii) Es un centro de ceremonias, como el registro civil o el aula magna de una universidad ¿siempre un lugar para prácticas religiosas?

Este tópico frecuente de la arqueología, ya ha sido cuestionado en otras ocasiones para el caso andino. Kaulicke, por ejemplo (2009: 377-380), atribuye estos “sentidos comunes” al empleo de la palabra quechua “huaca”¹⁴, la que en su acepción de adoratorio, se convierte en topónimo vernáculo de sitios arqueológicos con arquitectura monumental, adoptándose en el lenguaje arqueológico de manera irreflexiva: “...cualquier arquitectura monumental adquiere el significado de ‘templo o santuario’, por lo que el adjetivo ‘ceremonial’ sólo señala una especie de sinónimo de ‘huaca’.” (Kaulicke 2009: 377). Esta es una buena explicación al problema local. Sin embargo, la identificación de arquitectura monumental con centro ceremonial no es un fenómeno exclusivo de la arqueología andina.

Castro y Escoriza (2009: 41), por ejemplo, han acuñado el neologismo *Arqueoteologías* para referirse a la tendencia de la arqueología prehistórica en general de focalizar su interés en la dimensión presuntamente trascendente que liga arte y religión. Centro ceremonial y religión se encontrarían íntimamente ligados mediante dos manifestaciones materiales: arquitectura monumental y representaciones figurativas. A la primera le corresponde su identificación natural como centro de ceremonias religiosas, a las segundas les concierne su estatus ideológico que refuerza la función esencial de la primera:

“De esta forma, se asume una supuesta preocupación religiosa en todo hecho humano, como algo universal prácticamente desde los orígenes de la humanidad, por lo que muchas prácticas político-ideológicas y los objetos en relación con las mismas, son invocados desde esta mirada, sin dar cabida a explicaciones vinculadas con la reproducción social.” (Castro Martínez & Escoriza Mateu 2009:41)

b) Representación como práctica artístico-religiosa:

Si bien existen algunos intentos por distinguir lo iconográfico de lo sensible y lo cognitivo, existe una continua confusión respecto a: i) la validez de la aplicación del concepto de “arte” y las categorías del análisis estético en arqueología; ii) la exclusividad del cuerpo de representación respecto a su fundamento y función religiosa; iii) la consideración del cuerpo de representación como reflejo de un tiempo y una cultura; iv) la consideración del cuerpo de representación como manifestación funcional y unívoca del “pensamiento” de un pueblo.

En trabajos recientes sobre iconografía andina pueden todavía localizarse propuestas que sugieren que a través de su estudio podemos “...entender mejor la cosmología que daba fundamento a las actividades ceremoniales en el templo y a las de la vida cotidiana del pueblo... [y así] descifrar el significado del mito...” (Onuki 2008: 203).

Si se sintetizan las referencias críticas a la idea “religiosista” tras la identificación de la arquitectura monumental con centro ceremonial y representaciones como el arte de una religión, habría que decir que: como *huaca* etnohistórica o etnográfica, los signos asociados a la arquitectura monumental son sustituidos por los significantes extraídos de fuentes distantes más de 2000 años de la realidad histórica de Chavín. Por lo que se incurre en analogías mecanicistas que deben asumir necesariamente que: i) los signos poseen significados universales, lo que desatiende el proceso de socialización en la formación cognitiva y perceptual humana; ii) se accede a un significado “esencial”, lo que trasgrede el principio

¹⁴Que significa, según el jesuita González Holguín (1952 [1608]: 162. En Kaulicke 2009: 377), “lugar de ydolos, figurillas de hombres y animales, que trayan consigo; persona o animal manso doméstico, sujeto; **Huacca Muchhana**. Lugar de Ydolos, adoratorio; **Huacca collque**. El tesoro; **huacca muchay** Ydolatría; **Huacca runa**. Carnero o cualquier bestia monstruosa que tiene mas, o menos miembros, o fealdad natural”.

semiótico de aleatoriedad, y en cualquier caso el reconocimiento lógico de que el significado del signo en un contexto histórico depende del lugar sexual, de clase, etario, étnico, etc. desde el cual se acceda, lea y/o interprete el signo, además de los significados intencionales y convencionales que emanan del cuerpo de representación como texto, como discurso y como práctica social; iii) en la clasificación del cuerpo de representación mediante la categoría de análisis de estilo, lo parecido es contemporáneo y lo distinto no, lo que desatiende buena parte de la tradición moderna y tardomoderna del estudio del poder, según el cual donde hay sistemas de dominación existirán formas de resistencia que buscarán cuerpos de representación alternativos a los hegemónicos.

c) La dispersión regional de un estilo religioso:

Como se comentó en el Capítulo 1, una de las consecuencias del énfasis en la diada arquitectura-representaciones ha sido la práctica de lo que he denominado como *arqueología de la aristocracia andina*. Si bien en Chavín se ha superado el problema de la sobreestimación de los espacios monumentales en relación a los domésticos y de producción subsistencial, todavía las explicaciones se formulan desde la monumentalidad, antes que en la comunidad que la hizo posible. Como la monumentalidad sigue siendo lo más relevante, aún es el grupo de elite que la controla quien es el agregado social de mayor interés en gran parte de los modelos. De esta forma, y en general, los panoramas de interacción regional se suelen comparar de centro a centro, lo que si bien pone de relieve que las relaciones de intercambio aparentemente se generaron entre grupos de elite, desatiende las condiciones de vida del resto de las comunidades, tanto en la ponderación a su integración a esos circuitos de interacción, como a la exclusión de los mismos, es decir, al ciclo de producción y reproducción social en su conjunto. Por último, la desatención a las comunidades hace imposible que puedan llegar a observarse disimetrías sociales más allá de las que ejercen los centros políticos, lo que imposibilita, a su vez, la comparación de formas de refuerzo de las disimetrías intra e inter-comunitarias en los propios centros políticos.

3.8.2. Acuerdos entre los modelos explicativos

a) Funcional:

Independientemente de los debates cronológicos y de la resolución empírica que han logrado los proyectos de investigación que han realizado excavaciones sistemáticas en el sector monumental o en sus inmediaciones, existen acuerdos generalizados respecto a algunos aspectos funcionales del yacimiento: i) que habría una relación positiva entre el incremento del volumen arquitectónico monumental y la cantidad de fuerza de trabajo, la que temporalmente de menos a más superaría los esfuerzos de una comunidad doméstica (*sensu* Meillassoux 1993 [1975]); ii) lo anterior junto con la diversificación horizontal y vertical de los depósitos, así como la diferenciación espacial de estructuras con mayor “riqueza”, indicarían un crecimiento poblacional, así como un aumento de las desigualdades en el acceso a la dieta y a la calidad y cantidad de objetos singulares obtenidos por intercambio; iii) que el incremento de la desigualdad social estaría acompañado de la concentración del poder político-ideológico en un grupo reducido de personas que se habrían desvinculado de la producción subsistencial mediante el control de un cuerpo de conocimientos; iv) que las evidencias de concentración de productos singulares en forma de “ofrendas” y la ausencia de concentración de excedentes subsistenciales, dan cuenta de un consumo desigual de la fuerza de trabajo sobre esos bienes, de modo que aún el control de la producción subsistencial, estaría en manos de las comunidades, si bien no por ello debieran descartarse otras formas de control de la producción y productividad alimentaria: básicamente sobre algunos medios de

producción, pero no sobre la fuerza de trabajo, salvo el trabajo concretado en los bienes de intercambio, que no es lo mismo.

b) Regional:

A nivel regional Chavín hoy aparece como una síntesis socio-histórica que aprovecha mecanismos materiales e ideológicos previamente exitosos y populares. Materiales, como un sistema de intercambio interregional de saberes y bienes, consolidado social y económicamente; ideológico, como un aparato regionalmente diversificado de saberes e ideas ya institucionalizadas a nivel de centros políticos locales, tanto de la sierra como de la costa. Chavín, en consecuencia, no puede ser defendido como un lugar de origen, es decir, como el más antiguo, el más monumental y el más complejo, pero sí el que durante algún tiempo de su vigencia logró controlar rutas de bienes, personas e ideas, aparentemente, de forma hegemónica, lo que no es idéntico a exclusividad.

c) Dispositivos de representación:

En lo referido al voluminoso cuerpo de representaciones, especialmente visibles en la escultura lítica, pero reproducido en todos los soportes materiales existentes en forma de objetos singulares especialmente destinados al intercambio, se ha reconocido el aporte de este tipo de materialidad como una evidencia más, aunque aún accesoria, de la forma de organización social, al menos, en Chavín de Huántar. Existe unanimidad respecto al valor normativo y homogeneizado de los discursos que se quieren socializar por parte de quienes formularon, gestionaron y reprodujeron el cuerpo de representación observado de Chavín, como una forma de ocultamiento del funcionamiento del sistema de producción y reproducción social.

3.8.3. Hacia el estudio de la producción y la reproducción social en Chavín

Considerando los problemas y los acuerdos planteados, se pueden asumir puntos de partida esenciales para nuestro problema de investigación. Estos puntos de partida, son la base de las preguntas, pero también el ancla de evidencias empíricas desde donde interpretar los resultados obtenidos en esta tesis.

En primer lugar, la tautología funcional religiosa o inclusive, ideológica, carece de interés arqueológico, si por arqueológico entendemos análisis social. Ninguna sociedad es pura religión o ideología, como tampoco pura economía. Aunque parezca elemental, es relevante considerar aquellas prácticas que convivieron, estimularon, posibilitaron y finalmente eclipsaron el funcionamiento del yacimiento. Para ello, deben atenderse las prácticas sociales en su totalidad: económicas, de mantenimiento y político-ideológicas. Ante la pregunta: ¿fue Chavín de Huántar un centro político-ideológico?, deberíamos formular antes esta otra: ¿Qué prácticas económicas, de mantenimiento y político-ideológicas sustentaron a Chavín de Huántar? Sólo entonces podremos ponderar qué prácticas son las dominantes y porqué.

A nivel de las prácticas económicas las isócronas propuestas en el Capítulo 1 indican que el soporte subsistencial pudo derivarse del trabajo de la comunidad existente en el propio drenaje del Mosna. Los datos existentes indican diferencias en el repertorio material entre los sitios de fondo de valle, media ladera y de cima, lo que permite formular la hipótesis de un uso disimétrico del espacio relacionado con la productividad del suelo agrícola. Así, quienes vivieron en el fondo del valle tuvieron acceso a mejores suelos, generalmente comieron las porciones animales de mayor volumen cárnico y de mejor calidad, y es el lugar donde se ha detectado la producción especializada de algunos bienes. Ahora bien, en el mismo fondo del valle hubo diferencias internas. No fueron de la misma calidad los desechos alimenticios

ubicados en los sectores domésticos cercanos al área monumental, respecto a los que están alejados, y más aún en relación a los restos de banquetes ubicados en la propia área monumental.

En relación a las prácticas realizadas en el mismo yacimiento parecen indudables las de carácter político: se realizaron actividades al aire libre, en los espacios interiores, y entre los primeros hubo también diferencias en la capacidad de carga de personas que habrían entrado a esos lugares. La Plaza Circular tolera menos personas que la Cuadrangular, pero en un ciclo de tránsito, todas las personas que caben en la Plaza Cuadrangular podrían haber “conocido” la Circular. Lo mismo con los espacios interiores: la variación está en que se requiere de una gestión del tránsito para hacer los espacios menores más inclusivos que los mayores. En cualquier caso, independientemente de cómo se gestionaron los espacios abiertos, existieron otros espacios, para otras actividades. En lugares como la Galería de Las Ofrendas o de Las Caracolas, se concentraron y finalmente amortizaron conjuntos de objetos singulares, es decir, fueron sacados de circulación y cancelados en su valor de uso. No existen trabajos que sistematicen la variabilidad del resto de materiales o fragmentos de ellos en un mapa de acuerdo al sector monumental. Sin embargo, todas las excavaciones documentan, especialmente en los sectores de plataformas, un sinnúmero de objetos y desechos de ellos en el depósito de uso Chavín, lo que da cuenta o de actividades de producción de objetos o de actividades que los implican. De ahí que pueda pensarse que referirse a Chavín como un lugar exclusivamente de prácticas religiosas, sea reducir la variabilidad de prácticas que muestran los restos materiales documentados. Instrumental lítico como hachas de piedra agotadas, sobadores/pulidores, artefactos en hueso, batanes, restos minerales, fragmentería cerámica de todo tipo, desechos óseos animales y humanos, entre muchos otros, son evidencia de actividades de producción o de mantenimiento. Además, la pequeña fracción excavada de la totalidad estimada de ocupación, hace aún más problemático aventurar exclusividad en la funcionalidad de toda el área monumental.

Las prácticas de carácter político-ideológicas son incuestionables en el área monumental: espacios singularizados en forma y contenido temático, técnicas especializadas de construcción monumental, espacios interiores laberínticos, orientación astronómica de recintos, son sólo algunos de los dispositivos que son evidentes y propios de Chavín. Sin embargo, su uso no fue exclusivo del área monumental. En las aldeas adyacentes, como Waman Wain y Pojoc, y en el propio asentamiento antiguo como en las aldeas vecinas del fondo del valle del drenaje del Mosna, existen también plataformas, muros megalíticos y relieves líticos. La variación se refiere, a una cuestión de envergadura y de funcionalidad que aún no resulta clara. Si entonces tampoco Chavín de Huántar fue el único lugar donde se desarrollaron actividades político-ideológicas ¿qué lo particulariza?

Existen cuatro factores que permitirían una particularización de las actividades que se llevaron a cabo en Chavín:

a) Envergadura de las construcciones

No existen evidencias de manifestaciones arquitectónicas sincrónicas en cientos de kilómetros a la redonda comparables con el volumen constructivo que presenta Chavín. En cada una de las nuevas etapas de construcción monumental se deben haber puesto en marcha un mínimo de acciones que necesitaron de medios y fuerza de trabajo (física e intelectual) como para hacer posible: localización y movilización de material constructivo, preparación del material para la construcción (canteo de piedras y preparación de morteros) y edificación.

b) Tecnología de las producciones arquitectónicas y escultóricas

Junto con la energía necesaria, la gestión del proceso de trabajo arquitectónico debió contar con una jerarquía de especialización que hiciera viable el proyecto en lo arquitectónico y en lo escultórico. En el primero: diseño, cálculo y técnicas constructivas. En el segundo: diseño, técnicas de talla, entrenamiento en el cuerpo normativo de representación y comunicación con el colectivo encargado de las edificaciones. Todo ello refiere a un sistema de saberes que, necesariamente, debe haber sido ensayado, practicado, transmitido y, finalmente, abandonado/reprimido y olvidado/ocultado. Sistema de saberes y de fuerza de trabajo que requiere un sostenimiento económico, que no se encuentra mayormente en Chavín monumental, sino en Chavín asentamiento y su área circundante.

c) *Singularización y diversificación espacial de trabajos y prácticas en el área Chavín Monumental y Chavín Asentamiento.*

Si levantáramos en su totalidad las capas sobre la que se asienta el pueblo actual de Chavín de Huántar, hasta llegar a la capa de ocupación janabarriu, existiría una alta probabilidad de ver los vestigios de una ocupación continua: desde las estructuras domésticas de mejor calidad y cantidad de riquezas en objetos no productivos (*sensu* Meillassoux) en las inmediaciones de la zona monumental, pasando por algunos talleres, pequeñas chacras y habitaciones de menor calidad hacia la periferia. Desde ese punto de vista, si bien sería aventurado referirse a la existencia de barrios, al menos una tendencia a la urbanización podría desprenderse. A diferencia de las aldeas formativas menores relacionables con la idea de comunidad doméstica, en donde la diversificación de la exclusividad de la producción, en el sentido de talleres, o de prácticas en la forma de sectores singulares, como las plataformas, las estructuras Mito y la zona monumental, aparece si bien no indistinta, al menos espacialmente integrada: en Chavín de Huántar da la impresión que hubo un ordenamiento de quiénes, cómo y con qué se realizaban las prácticas sociales en los distintos espacios de ocupación.

d) *Sistemas de manipulación de la percepción en Chavín monumental.*

Las edificaciones monumentales muestran una manifiesta intencionalidad en la manipulación de las experiencias sensoriales y eventualmente otras experiencias no necesariamente visibles materialmente. En lo que concierne al registro arqueológico, las evidencias son claras en mostrar la existencia de un cuerpo de conocimientos y prácticas orientadas a que las personas se impresionaran o tuvieran sensaciones ajenas a lo perceptivamente mundano. Se puede considerar como manipulación u ocultamiento porque, salvo algunas representaciones que parecieran ser escenas, la mayor proporción de iconografía corresponde una combinación de atributos antropomorfos y zoomorfos que configura personajes con cualidades de animales salvajes/carnívoros, como felinos, falcónidas, ofidios y aligátores. No se han documentado representaciones de animales domésticos ni actividades de mantenimiento o de producción subsistencial, lo que pone en evidencia, si no su desconsideración o intención de ocultamiento, al menos la poca relevancia que revistió representar la realidad de la vida social en su diversidad. Si se suma a ello los dispositivos arquitectónicos orientados a la generación de sonidos, de manejo lumínico, de delimitación de los lugares de tránsito, de espacios interiores laberínticos y de la propia volumetría monumental y megalítica de los edificios, tenemos entonces un repertorio amplio de mecanismos que parecen haberse orientado al logro de un mismo fin. De esta manera, el grado de ocultamiento, o *criptosimbolismo*, cobra sentido no en referencia a las imágenes en sí mismas, sino en torno a la realidad que oculta. Asimismo, el nivel de acceso al entendimiento o “lectura” de los cuerpos de representación, y la exclusión social que ello pudo comportar, no refiere únicamente a la institución que la gestiona, sino al colectivo que queda excluido.

PARTE II
HACIA UNA TEORIA ARQUEOLÓGICA DE LAS
REPRESENTACIONES FIGURATIVAS

CAPÍTULO 4.

BASES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO ARQUEOLÓGICO DE LA MATERIALIDAD SOCIAL

4.1. Introducción

“Aún cuando el oro, los vestidos, los marfiles, las argollas, el metal, el ganado, sean seductores, incluso aunque adquieran las apariencias de tesoros, no son aptos para producir y reproducir las riquezas sino reconvirtiéndose en instrumentos de vida.”
(Meillassoux 1993 [1975]: 106)

Con el presente Capítulo se inicia la parte II de esta tesis referida a materias exclusivamente teóricas, las cuales se han seccionado en tres capítulos jerárquicos. En el actual, se abordan cuestiones de teoría arqueológica general vinculada con la teoría social que explica la razón de ser de la arqueología y el fundamento de toda materialidad social. Refiere, por lo tanto, a la condición que nuestro material de estudio comparte con toda materia humanizada, condición que, analíticamente, antecede a su particularización funcional que es la que se aborda en el Capítulo 5. Precisamente, en el siguiente Capítulo, se busca avanzar en una teoría arqueológica de las representaciones, que toma como punto de partida el planteamiento cobertor de la teoría general planteada aquí como base para el entendimiento y justificación arqueológica del estudio de la representación. El último capítulo de teoría, por su parte, se refiere a las particularidades de la observación que impone el registro y descripción de la representación, ofreciendo algunas delimitaciones conceptuales para enfrentar las metodológicamente.

Este trabajo no ha perseguido ser un aporte de teoría arqueológica, sino más bien la aplicación de un cuerpo teórico explícito ya desarrollado anteriormente. De modo que lo que plantearé a continuación no es nada nuevo y pueden encontrarse mejores explicaciones en los trabajos originales. Sin embargo, constituye el cuerpo de principios que permiten, primero justificar lo que en la presentación de esta tesis se ha definido como “el problema arqueológico” y, segundo, contar con algunas derivaciones lógicas y epistemológicas para el enriquecimiento de la teoría arqueológica mediadora que se presenta en el siguiente capítulo.

En términos generales esta investigación se ha desarrollado considerando algunos planteamientos de la Arqueología Social iberoamericana, especialmente en torno a la necesidad de incluir en ella al feminismo materialista (Delphy 1982; Escoriza Mateu 2004; Guillaumin 1978; Mathieu 1989; Sanahuja Yll 1995; Tabet 1979; Vargas 2004)¹. Como se trata de cuerpos teóricos que surgen de una necesidad de transformación social, su elaboración y su puesta en práctica no pueden considerarse como un proceso acabado, ni como un bloque de preceptos monolíticos, por lo que tanto la arqueología social iberoamericana como el feminismo materialista deben concebirse como unas perspectivas diversas, internamente dinámicas y en constante debate.

A nivel más específico, se han seleccionado algunos planteamientos de la *Teoría de la Producción de la Vida Social* (TPVS) (Castro Martínez, et al. 1998) que ofrece las bases para una teoría cobertora, ya que maneja conceptos sociológicos arqueológicamente próximos a la explicación histórica (Castro Martínez, et al. 2002; Castro Martínez, et al. 1998). Por lo mismo, establece los delineamientos teórico-ontológicos que explican el objeto de estudio arqueológico a partir de una teorización del ser social. Ésta se integra, a su vez, con la *Teoría de las Prácticas Sociales* (TPS), que aborda la expresión

¹ Una traducción al castellano de los trabajos citados de Guillaumin, Tabet y Mathieu pueden encontrarse en (Curiel and Falquet 2005)

fenoménica en que se despliega la acción humana al proponer ámbitos de relación empíricos con potencial sentido social entre agrupaciones de objetos arqueológicos (Castro Martínez, et al. 1999).

4.2. El objeto de estudio arqueológico y la materialidad social

En arqueología trabajamos con materiales que son la expresión física modificada de acciones humanas, sean éstas intencionales o no. Ni el tiempo que ha transcurrido, ni la categoría del material definen, por lo tanto, el objetivo de nuestra práctica. La investigación en arqueología consiste básicamente en distinguir en dicha expresión física y sus relaciones, las modificaciones que distintos factores han provocado, para llegar a responder preguntas de orden sociológico. No es nada nuevo reiterar que el objeto de estudio de la arqueología es el conocimiento de la vida social, mediante el registro arqueológico: no lo es el registro arqueológico mismo, pues incluso éste depende de las preguntas de investigación, y bastante se ha insistido en que, por ello, no es un registro neutro ni inocente. Nos interesa, en consecuencia, conocer aspectos de esa vida social y responder preguntas que están motivadas teóricamente, y ya que toda teoría surge desde una ontología, tiene como consecuencia, directa o indirectamente, una agenda para la acción política en nuestro propio presente.

Dicho esto, sabemos entonces que importa el material que distinguimos arqueológico, en cuanto a lo social que contiene, pero estrictamente ¿cómo se distingue lo que es social de lo que no lo es? Uno de los aportes más atractivos que a mi juicio se han desarrollado en las tres últimas décadas en la sociología marxista desde la arqueología, ha sido la revalorización del trabajo humano como único agente de la producción de la vida social. Único agente, debe entenderse en un sentido restringido, donde agente refiere a la acción efectiva para la transformación humana de la materia. Esta revalorización es el asiento donde descansa la definición del material empírico que emplea la arqueología y, a su vez, establece las condiciones para el desarrollo de los planteamientos de una sociología arqueológica. En consecuencia, lo que distingue una materia social de la que no lo es, es el trabajo humano. Cualquier producción que se considere humana se encuentra posibilitada por el trabajo, de manera que ni la cultura, ni el lenguaje, ni tampoco los aparatos políticos, pueden desplegarse si el trabajo no sucede. En ese entendido, la materialidad social la constituyen todos aquellos objetos que dan cuenta de la materia socialmente transformada, lo que tiene como consecuencia un amplio espectro de cosas que distinguimos como objetos. La base empírica de la arqueología, entonces, es la materia socialmente transformada: los objetos, los sujetos (mujeres y hombres) y los restos de actividad humana observable.

Este es el punto de inflexión que define que nuestro material de estudio, las cabezas clavadas (en adelante CC), sea antes que cualquier otra cosa, producto del trabajo humano. De ahí que importa su estudio en cuanto a la cantidad y cualidad de trabajo destinado a este tipo de producción y el vínculo para las relaciones sociales que de ello pueda inferirse.

Ahora bien ¿Qué quiere decir, en términos arqueológicos, que lo que define a toda materialidad social sea el trabajo? Básicamente, que la transformación material se debe a un desplazamiento de energía intencionado, lo que constituye a su vez el atributo necesario para poder identificar un objeto arqueológico. El trabajo así considerado, a diferencia de conceptos como el de cultura, por ejemplo, pone de manifiesto la

participación activa y transformadora del/a sujeto de su realidad material, y se entiende como cualquier práctica que genere valor social y que restituya la continuidad de la vida de la comunidad. Es motor de la transformación porque es el primer agente de acción en la reproducción social. De ahí que en esta tesis se hable de materialidad social, y no de cultura material.

Es importante advertir que el significado de los objetos, es decir, porqué se hace lo que se hace, no se desprende automáticamente del trabajo, pero sin éste los objetos sólo existirían en potencia. Del trabajo se desprende la existencia física de la materia transformada socialmente, pero su uso y los significados sociales de un objeto trascienden el ámbito productivo original (Risch 2002) para participar en otras prácticas sociales (Castro Martínez, et al. 1996a).

4.3. El trabajo como condición para la producción de la vida social

Si el trabajo es el origen de lo que llamamos materialidad social, entonces ante un objeto o restos de actividades humanas, es posible suponer su existencia previa. A pesar de ello en arqueología no podemos observarlo directamente, de modo que hay un salto inferencial al asumirlo. Sin que se haya reconocido necesariamente la primacía de la agencia del trabajo, puede decirse que la paradoja arqueológica ha solido resolverse mediante dos vías: una contextual, en la que un objeto no se encuentra en su dominio biológico o ambiental, y otra de tipo material, que entiende que el objeto ha modificado su forma o composición natural, convirtiéndose en un artefacto. La práctica arqueológica se ha dividido especialmente siguiendo una de estas dos vías. La primera, puesta en marcha a partir del procesualismo, ha perseguido el desarrollo de metodologías orientadas por teorías de rango medio, que buscan explicar a las sociedades humanas en sus adaptaciones culturales al ambiente, mediante técnicas ajenas al análisis histórico. La segunda, ha sido encarnada por la arqueología histórico-cultural, anclada en el concepto de cultura material con su propio método de clasificación: la tipología. Ambas perspectivas, suelen colarse en los objetivos del análisis del material arqueológico, aún incluso en las versiones arqueológicas de orientación postmoderna.

La restitución del lugar que ocupa el trabajo como fuente del movimiento de la materia social, es crítico, puesto que ni el pensamiento, ni el lenguaje, ni la propiedad pueden engendrar cuerpos ni objetos, sin contar con la movilización energética del trabajo. Toda vez que el lenguaje moviliza materia, lo hace porque se han generado vínculos materiales entre sujetos, trabajando relaciones de comunicación, enseñanza o transmisión de experiencias, reflexiones, recuerdos, etc. (Castro Martínez, et al. 2002). Sin embargo, estos aspectos no forman parte de la realidad material del registro arqueológico. Una definición correcta de trabajo incluye cualquier actividad que conlleve gasto de tiempo y de energía en el desarrollo de cualquiera acción (práctica social) dirigida a algún objetivo social (relacional). De esta manera se podrá concebir al trabajo como toda actividad social realizada por las mujeres y los hombres (Castro Martínez, et al.: *ibid.*).

Nada de lo dicho hasta el momento difiere del pensamiento liberal occidental ilustrado, presente tanto en las corrientes racionalistas liberales como en el propio Marx. Ahora bien, la distinción introducida por Marx respecto a la diferencia entre fuerza de trabajo y el trabajo mismo (Marx 1946 [1867]: 130), donde éste último es el uso de la FT, es decir, la acción, permitió superar la tautología que generaba la consideración del trabajo

como mercancía mediante la noción de valor-trabajo, es decir, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía, en el caso de las sociedades capitalistas, o de un bien, cualquiera sea el carácter de éste, en toda sociedad humana (Marx 2000 [1949]). De aquí que en arqueología busquemos estudiar en primera instancia lo que Marx denominó trabajo en un sentido concreto, esto es, la expresión material de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, el estudio de esta misma abarca un nivel analítico mayor, ya que incorpora las condiciones materiales que posibilitan la producción y reproducción social de la fuerza de trabajo. En consecuencia, lo que constatamos en arqueología es la concreción del trabajo, la acción, la energía movilizada por seres humanos concretos; el estudio de la FT es de una jerarquía analítica y empírica superior.

Pero como ha reconocido Meillasoux (1993 [1975]: 78-79), lo que fue identificado como Fuerza de Trabajo (FT) para la sociedad capitalista, refiere a la parte de la energía humana que posee un valor de cambio al ser directamente vendida a un empleador/a, o en su incorporación en un objeto comercializado. Por el contrario, la *energía humana* incluye la totalidad de la potencia energética producida por el efecto metabólico de las sustancias alimenticias sobre el organismo humano (*Ibíd.*). En ese entendido, y en contextos de sociedades pre o a-capitalistas, o bien se amplía la noción de FT a toda la energía que tiene valor de uso, o bien se restringe a la propuesta de Meillassoux.

En general, la resolución a este respecto no ha sido explícita en Arqueología Social, y tampoco parece problemático, toda vez que se explicita el sentido de uno u otro empleo. En esta investigación, se ha preferido conservar la denominación de FT marxiana en el sentido amplio del valor de uso de la *energía humana* planteada por Meillassoux, ya que de esa forma es posible incorporar todas aquellas actividades que posibilitan la reproducción social en sociedades donde, si bien pueden existir valores de cambio atribuidos a ciertos productos, las relaciones sociales de producción aún no se encuentran todas determinadas por ellos.

En consecuencia, cuando se habla de trabajo, se señala la concreción o uso de la energía humana en la transformación de la materia que es posible mediante la FT, que podría ser descrita como una *potencia acumulada*. En general, resulta operativo distinguir ámbitos en los que se despliega el trabajo, ya que no todo uso de energía humana supone un aporte para la reproducción material. Por una parte, los que están vinculados a una o más de las producciones de la vida social (producción de sujetos u objetos) y los que se realizan únicamente en prácticas de carácter político-ideológico. Cualquiera sea el ámbito en el que se desarrolle el trabajo, estarán orientados a la reproducción social, buscando mantener o transformar las relaciones sociales existentes.

Estos dos grandes ámbitos se concretan, por lo tanto, en prácticas de tipo económicas y político-ideológicas. Si bien en la realidad social muchas veces su manifestación o experimentación subjetiva parece indistinta, es conveniente analíticamente reconocer las diferencias que supone su concreción para la reproducción social.

Una forma de ilustrar la participación del trabajo en la movilización de la producción de la vida social, es un esquema que considere cómo éste es en definitiva el factor decisivo que genera vida social en la materia, convirtiéndose en estricto rigor, en el único agente de la producción (Castro Martínez, et al. 2002). Ello resulta relevante, pues en varias partes ya se ha reconocido el sobredimensionamiento de la producción de objetos del

pensamiento económico occidental, que desconoce otras producciones esenciales para la reproducción social como la producción de cuerpos (Federici 2011; Meillassoux 1993 [1975]; Sanahuja Yll 1995; Sanahuja Yll 2002), o la desatención a la variación en los medios de trabajo que naturalizan la división sexual de las actividades (Tabet 1979).

Precisamente, el *Esquema de las Producciones de la Vida Social y de la Posición del Trabajo en las Prácticas Sociales*, intentó buscar una alternativa que explicitara cómo el trabajo (T) de mujeres y hombres era el único agente que moviliza las distintas producciones de la vida social en relación a las prácticas sociales con las que se expresan fenomenológicamente.

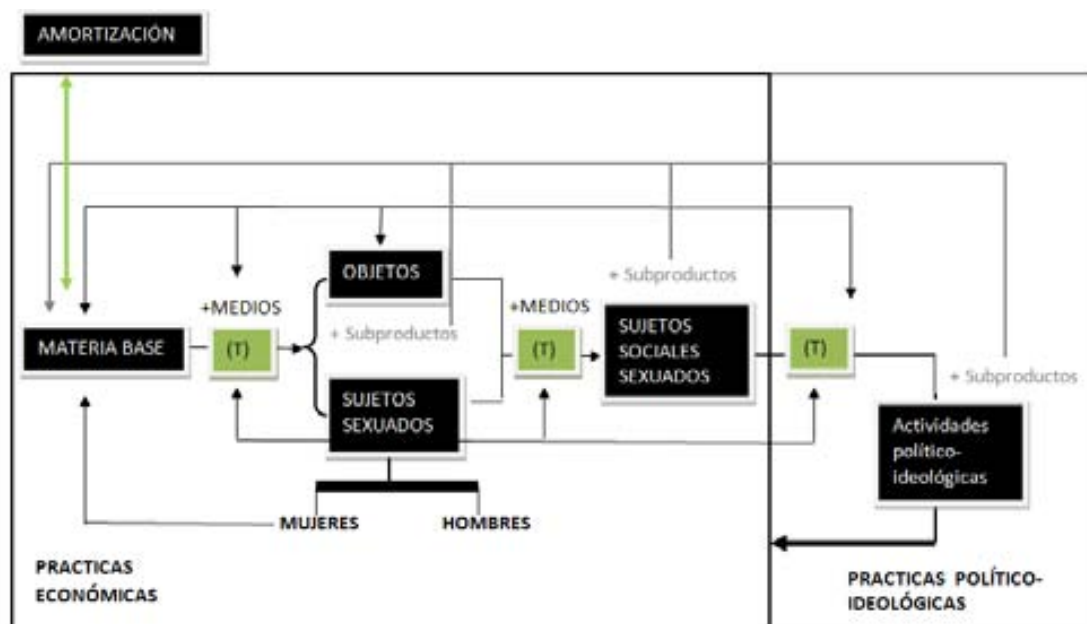


Figura 4.1. Esquema de las Producciones de la Vida Social y de la Posición del Trabajo (T) en las prácticas sociales (Castro Martínez, et al. 2002: Figura 1)

El esquema propuesto busca posicionar al trabajo (T) en la totalidad de la realidad social de la producción. Muestra que es el agente que actúa sobre la materia base, usando circunstancialmente ciertos *medios*. En un principio el resultado serán los *productos sociales* (objetos y sujetos sexuados), además de los *subproductos*. Sin embargo, aquellos productos pueden requerir trabajo, específicamente de *mantenimiento* (y también circunstancialmente de otros medios), con el fin de obtener los objetivos sociales para los cuales fueron producidos. Los objetivos pueden ser muy diversos, de tal manera que los mismos productos lo son también, estableciéndose distintos circuitos productivos (Castro Martínez et al. 2002:4). Por su parte, los productos pueden estar destinados al ámbito de las producciones o a un uso/consumo/disfrute final de los mismos. Cuando están destinados al ámbito de las producciones, constituyen objetos que se usan en los procesos de trabajo para la transformación de la materia, ya sea como *materia base* (objeto de trabajo) o como *medios* (herramientas o instalaciones). En el segundo caso, serían *productos finales*, cuyo destino sería un uso social o un consumo/disfrute individual. En el caso que nos convoca, es interesante notar que los productos finales destinados a prácticas político-ideológicas se consideran aquí como *objetos singulares*, en la medida que no están relacionados a otros en la producción de objetos y/o sujetos.

El esquema de la producción de la vida social, además, asume que toda sociedad exige para su reproducción la *producción de cuerpos*, la de *objetos* (comida, medios y objetos singulares) y la de *mantenimiento* de los sujetos y objetos. Estas tres producciones de la vida social se manifiestan en distintas esferas de prácticas económicas o político-ideológicas, que pueden materializarse en lugares domésticos y/o extra-domésticos. Estos lugares son los que estructuran la realidad concreta de las prácticas sociales (Castro, Escoriza y Sanahuja 2002:5). En este sentido, el espacio social, podría dar cuenta de las actividades que en él se desarrollan, las que serían el resultado de las relaciones en las que los sujetos del colectivo que lo ocupa están implicados. Para nuestros propósitos, resulta importante poner de manifiesto que aquí la naturaleza del lugar donde hombres y/o mujeres desarrollan prácticas sociales, es distinta según el grado de especialización de ciertas actividades o de la recurrencia-singularidad de las mismas.

Finalmente, el *esquema de la producción de la vida social*, permite poner de manifiesto que el *producto* no es unifacético, sino que se encuentra en diversos circuitos productivos (Castro Martínez, et al. 2002; Castro Martínez, et al. 2003b):

- Los productos son los sujetos sexuados.
- Son materia base, cuando entran en un nuevo proceso productivo.
- Son medios de producción usados en prácticas económicas.
- Son objetos singulares, correspondiente a los objetos utilizados en prácticas políticas-ideológicas.
- Son objetos destinados al consumo-uso por parte de los sujetos sociales.

4.4. Las producciones de la vida social

Si bien el trabajo es el agente de la materialidad social, no la define ni la significa. En arqueología y antropología se ha solido considerar la acción de hombres y mujeres, concebidos comúnmente como individuos complementariamente cooperativos (Tabet 1979), exclusivamente como agentes productores de objetos. Esta visión ha obviado que los sujetos sociales son también productos, ya que son gestados/as y formados/os a partir de una vida social preexistente, que a su vez abarcó otros objetos, mujeres y hombres (Federici 2011; Meillassoux 1993 [1975]; Sanahuja Yll 2002). Esta relocalización del lugar que ocupan los sujetos sociales en la producción de la vida social, ha permitido proponer distinciones al modelo de la producción global marxista, que constituyó un modelo que también enfatizaba la producción de objetos. Las razones de la marginación de otros planos de la producción social por las investigaciones históricas y por la teoría social, escapan los límites de este trabajo, pero simplemente conviene recordar que el patriarcado como sistema de dominación, impuso una visión androcéntrica de la producción que, dentro de otras cosas, ocultó el papel del propio cuerpo de la mujer en la reproducción social desconociendo el trabajo involucrado en la gestación y, por el contrario, presentándolo como natural.

En toda sociedad es posible reconocer tres formas de producción que aseguran las garantías mínimas para la reproducción social de una comunidad. Sin alguna de ellas la vida social no sería posible: la producción de los cuerpos, la de los objetos y las producciones de mantenimiento de objetos y sujetos.

La producción de básica o de cuerpos, se refiere a la producción de nuevas mujeres y hombres, que serán la futura FT. Entendida la reproducción biológica como un proceso de trabajo específico se evita su naturalización y, en consecuencia, la eventual desconsideración de relaciones de explotación a este nivel, comúnmente invisibilizadas por las relaciones de parentesco (Meillassoux 1993 [1975]; Tabet 1979). A diferencia de otras producciones, la obtención del plusproducto no depende de mejoras en los medios de producción o de la introducción de sistemas de reparto de tareas que aumenten la productividad². Únicamente el sobretrabajo de las mujeres permite un aumento de la producción de sujetos sociales (Castro Martínez, et al. *ibid.*: 9). La producción de cuerpos configura, de esta forma, la primera división del trabajo, lo que pone de manifiesto una especialización en las tareas basadas en un principio universal: la reproducción biológica. Al ser un trabajo socialmente necesario en toda sociedad humana, la desigualdad de la prerrogativa femenina requiere de un reequilibrio para evitar su explotación (Castro Martínez and Escoriza Mateu 2006: 13).

La producción de objetos refiere a la obtención y procesado de los alimentos y a todo los implementos para el consumo o el uso. Este ámbito de la producción de objetos incluye todos los procesos de trabajo que llevan a que estén disponibles para su consumo, desde la producción inicial de material natural orientada a la reposición energética de hombres y mujeres, hasta el procesado de la comida. Se incluyen también en la producción de objetos, todos los procesos de trabajo encaminados a la obtención de medios de producción y artefactos de consumo. Los primeros están destinados a ser parte de otros procesos de trabajo, mientras que los artefactos “*son aquellos objetos destinados directamente a su utilización y amortización. Tienen, en consecuencia, un carácter consuntivo final*” (Castro Martínez, et al. 1998: 9).

Finalmente, la *producción de mantenimiento* incluye a las actividades que se desarrollan para conservar operativos a objetos y sujetos sociales (Escoriza Mateu 2004: 15). La producción de mantenimiento permite aumentar el valor social de los productos sin necesidad de cambiar su valor de uso. Esto se puede conseguir aumentándolo artificialmente o bien mediante la inversión de trabajo en un mejoramiento de sus propiedades composicionales, afectivas o estéticas. La reactivación del filo de una herramienta, la limpieza de un espacio o las tareas de cuidado, son todas actividades de producción de mantenimiento. En este tipo de producción no se generan nuevos productos, sino que el producto final, es el mismo que formaba parte del objeto del trabajo inicial. Es quizá por este motivo que el trabajo involucrado en el mantenimiento se ha considerado de bajo valor social. Sin embargo, esta noción esconde que, dada la ausencia de la producción de mantenimiento, la gran parte de los productos sociales no podrían incorporarse al consumo social.

4.5. Las prácticas sociales

Los tres ámbitos de la producción de la vida social incorporan esferas de trabajo que desde la arqueología han sido relegadas al plano de lo biológico, como la producción de cuerpos, o al plano de lo doméstico: la producción objetos y de mantenimiento al interior de las unidades básicas de reproducción social (Meillassoux 1993 [1975]). Ambos desplazamientos tienen múltiples consecuencias en cómo se ponderan los factores que intervienen en la organización social y en definitiva en cómo se representa

²Mejoras en la alimentación o en los saberes y medios vinculados con la reproducción biológica sólo refuerzan el sobre trabajo femenino.

la realidad histórica que se intenta conocer. Los fundamentos de dicho desplazamiento encuentran razón en un trasvase acrítico de la economía política liberal, por una parte, y del pensamiento patriarcal por otra, por lo que su reconocimiento es imprescindible si se busca avanzar en el conocimiento de la realidad histórica de las mujeres y hombres que produjeron, usaron o padecieron objetos y sujetos.

Hemos reconocido estos tres ámbitos de la producción de la vida social; pues bien, la relación entre estos ámbitos y su expresión histórica concreta se manifiesta a través de ciertas prácticas sociales (Giddens 1979), es decir, aquellas actividades que movilizan y ponen en acción la relación de los sujetos en cualquier producción, y que a su vez posibilitan la reproducción social. Dicho de otra manera, los acontecimientos que ponen en relación las tres condiciones objetivas de la vida social (mujeres, hombres y objetos) dándole un sentido concreto a la combinatoria potencialmente ilimitada entre las condiciones objetivas (Castro Martínez, et al. 1996a: 1). Por lo tanto, las prácticas sociales pueden ser entendidas como la concreción de la realidad social, ya que es en esa realidad en donde se despliegan los acontecimientos materiales entre hombres, mujeres y objetos. Ahí, por lo tanto, donde se pueden localizar las disimetrías sociales, es decir, la existencia de relaciones de explotación o reciprocidad, lo que libera a las producciones sociales del determinismo característico de la explicación de las causas de la distancia social. En arqueología esta distinción supone la posibilidad empírica de acceder al conocimiento histórico de la presencia de relaciones de simetría o explotación.

Las *prácticas socio-parentales* reúnen las actividades orientadas a la gestación, la lactancia, la realización de tareas vinculadas con el mantenimiento de la fuerza de trabajo de una comunidad (especialmente atención a los sujetos que no pueden valerse por sí mismos temporal o permanentemente, como personas enfermas, heridas o niñas/os) y las labores relacionadas con la socialización de la infancia (futura fuerza de trabajo). Es importante que estas actividades las lleven a cabo personas vinculadas por lazos de consanguinidad o afinidad, ya que de lo contrario entraríamos a la esfera de prácticas político-ideológicas. Es relevante destacar que la producción de los medios naturales o sociales involucrados en las prácticas socio-parentales, pertenecen a la esfera de las prácticas económicas. De modo que no se debe confundir, por ejemplo, la obtención o procesamiento del alimento con su administración a una criatura: es distinta si se hace por una madre o padre, que si se lleva a cabo en la escuela (Castro Martínez, et al. ibid: 4). Las prácticas socio-parentales no producen condiciones materiales, sino agentes sociales que eventualmente adquirirán identidad social luego de la mediación de prácticas socio-políticas.

Las *prácticas socio-económicas* las integran todas aquellas actividades encaminadas a la obtención, procesamiento y/o conservación de alimentos, a la producción y mantenimientos de artefactos orientados a la satisfacción de los requerimientos básicos de la vida social: alimento y cobijo para los agentes sociales. Las prácticas socio-económicas se establecen entre hombres y/o mujeres y son reconocidos por la arqueología en su calidad de objetos arqueológicos, todos los cuales pueden referir a distintos órdenes. De esta manera, las prácticas socio-económicas incluyen la elaboración y mantenimiento de las condiciones materiales producidas y en algunas ocasiones las operaciones necesarias para su descarte. Es importante advertir que las actividades productivas y de mantenimiento pueden localizarse en distintos espacios, los que no definen de antemano su carácter económico. Lavar la ropa, cocinar o afilar un cuchillo son todas prácticas

económicas que sirven para el sostenimiento global de la vida social: no hay actividades de primer y segundo orden. El caso de Chavín es muy ilustrativo a este respecto, porque la tendencia macroeconómica o de la economía política, ha influido enormemente en el análisis arqueológico: como ya se ha comentado el énfasis en la monumentalidad ha equiparado el espacio con la concreción material de las acciones sociales, haciendo de las prácticas político-ideológicas una derivada exclusiva del fenómeno percibido, obviando y desplazando a un segundo plano al conjunto de las actividades económicas necesarias para sostener al interior de la producción de la vida social un proyecto monumental.

Finalmente, las *prácticas político-ideológicas* son aquellas que a través de imposiciones o acuerdos están orientadas a instaurar las formas de cooperación o distancia social tanto en la reproducción de los agentes sociales, como en las condiciones materiales de la vida social. Como toda práctica social, las prácticas político-ideológicas pueden utilizar objetos otorgando un sentido específico a la producción económica, que trascienden a los productos y a los productores/as.

“Las relaciones sociales de producción se expresan en las prácticas socio-políticas, tanto si son globales, como si se muestran particulares, bien por la aparición de contextos de producción específicos derivados del reparto de tareas, bien por su configuración diferenciada en el caso de que la división social del trabajo haya engendrado excedente, propiedad y explotación.” (Castro Martínez, et al. 1998: 20)

Son las prácticas político-ideológicas las actividades que permiten gestionar las relaciones sociales de producción, legitimando el orden de esas relaciones. Son este tipo de prácticas sociales las que colonizan las prácticas socio-parentales y económicas, pudiendo llegar a enajenar la condición de los agentes sociales que participan en ella. Aquí se encuentra la raíz de las ideologías alienadoras que resitúan el lugar de los sujetos sociales: *“las condiciones objetivas materiales de la producción engendraron sujetos sociales, pero las prácticas político-ideológicas actuaron en el sentido de profundizar u mantener disimetrías y relaciones de explotación sustentadas en la usurpación del excedente”* (Castro Martínez, et al. 1996b: 21). Ahora bien, es necesario apuntar que no todas las prácticas políticas son ideológicas, en el sentido de ocultar la realidad y legitimar su gestión, y en ello la transformación histórica del concepto de ideología en la teoría social occidental puede ser ilustrativa al respecto (*cfr.* Capítulo 5).

Al localizar las disimetrías sociales en las prácticas, se entiende que las primeras son explicadas por las relaciones sociales y no por las condiciones materiales. Dado que el plano de los artefactos presupone, como se ha señalado, la existencia de materia transformada artificialmente y convertida en medio instrumental de las sociedades, su investigación permite la obtención de información de los procesos “táctico-técnicos” que posibilitaron su producción. Pero debido a que todo producto, tiene significado social en la medida que desempeña una función, el estudio de la esfera de las prácticas sociales, debería avanzar hacia el acceso al sentido de esa producción original y la posición en la que eventualmente están los sujetos sociales en ella.

Ahora bien, los agentes sociales, mujeres y hombres, que participan de las prácticas sociales, lo hacen desde posiciones muy distintas que difícilmente podrían ser calificadas de igualdad. Por el contrario, parece más realista referirse a la distancia social que puede expresarse en relaciones sociales de producción, simétricas o de explotación. Es de interés el lugar que ocupan los sujetos sociales en las prácticas

sociales, porque ni todas las personas realizan un aporte homogéneo a la producción de la vida social, ni se benefician simétricamente según el aporte efectuado. Para la arqueología en particular, y para la ciencia social en general, resulta especialmente sensible la dilucidación de aquellas disimetrías que reiteradamente se desatienden por ser consideradas naturales, o simplemente, porque no se cuestiona que el lugar desde el cual los sujetos sociales intervienen en las prácticas de la vida social, es determinante para el estudio de las relaciones sociales y las formas de su organización.

Para llegar a contar con elementos teóricos acerca de esas disimetrías sociales, se requiere contar con indicadores que den cuenta de ellas, es decir, de características que permitan visualizar el lugar de los sujetos sociales, la razón de ese lugar y las consecuencias del mismo. Dicho de otra forma ante la pregunta ¿porqué las personas participan desde posiciones distintas en las prácticas sociales? Cabría preguntarse cuáles son los factores involucrados para que esa disimetría locacional ocurra, permanezca y/o se transforme.

4.6. El circuito producción/consumo-uso

En la *Introducción a la crítica de la economía política*, Marx puso de manifiesto la existencia de una relación dialéctica entre producción y consumo/uso, que posteriormente se ha popularizado como el enfoque de la “reproducción social” (Marx 2004 [1857]). Esta identificación logró captar que el proceso de producción implica al mismo tiempo al proceso de consumo o uso, es decir, que todo objeto social es el resultado de un proceso de producción y condición para un proceso de consumo distinto. A nivel de la investigación arqueológica este principio tiene como consecuencia que toda materialidad social puede ser abordada como mínimo desde dos ámbitos distintos, pero que se encuentran relacionados en la realidad social de manera dialéctica: primero, como materia trabajada y, segundo, como producto consumido/usado. El reconocimiento del doble valor social (valor de producción y valor de uso) en los objetos arqueológicos, constituye una de las bases de orientación metodológica que permite recuperar el valor del trabajo en la producción y de las prácticas sociales en el uso.

Efectivamente, un tópico frecuente en las propuestas liberales de análisis paleoeconómico lo constituye la separación de los ámbitos de producción y consumo. En la arqueología procesual, por ejemplo, el énfasis en la producción ha dado paso a la concepción de que el consumo determina la relación entre ambos, inclusive la propia configuración de la producción, de ahí la importancia de los estudios morfo-funcionales basados en tipologías (Gassiot Ballbè 2002: 33).

Desde el punto de vista analítico del trabajo, el circuito productivo culmina en el acto de consumo del producto (Gassiot Ballbè 2001: 320; 2002: 33). El cierre del ciclo se establece en un acto que es el inicio para un nuevo ciclo productivo; de modo que la separación entre producción y consumo es exclusivamente válida desde un punto de vista analítico, ya que en lo concreto el trabajo se encuentra presente en el movimiento de todo el proceso de producción-consumo. Asimismo, en el ciclo productivo el consumo establece el proceso mediante el cual los productos ceden su valor, de modo que mediante su estudio es posible describir la circulación de los mismos. Los productos pueden ser materia prima, medios de trabajo o fuerza de trabajo, siendo la realización de su valor de uso, la desaparición en uno o en varios ciclos productivos nuevos. La

consideración de la producción y el consumo como unidad no equivale a identidad, debido a que los momentos de ambos se hallan diferidos en el tiempo y en el espacio, y se encuentran mediatizados, además, por la distribución. Esta distribución en todo caso, no es únicamente de los productos, sino que se encuentra involucrada en el reparto de los instrumentos de producción (Tabet 1979) y en la movilización de los miembros de la sociedad entre diferentes tipos de producción (Marx 1970 [1859]).

En síntesis el consumo participa del ciclo productivo como una instancia constitutiva de éste, ya que la transmisión del valor de un factor de la producción a un producto implica, a su vez, un acontecimiento de consumo. Ahora bien, como transmisión de valor, el consumo puede manifestarse básicamente de tres maneras:

- Como el desgaste de las personas en la producción, resultado del consumo de la energía humana, las que se reponen en lo inmediato con alimento, descanso y otras actividades de mantenimiento, y a largo plazo con la producción de nuevos sujetos sociales (mediante la producción de cuerpos).
- Como el desgaste de medios e instrumentos de trabajo en la producción. Los que se reponen en actividades de mantenimiento (p.e. reactivado de filos).
- Como consumo de los medios de vida (desde alimentos, hasta vestuarios y objetos socio-simbólicos).

El principio de la síntesis producción-consumo explica que el estudio de las representaciones figurativas deba ser redimensionado al contexto social, donde “contexto” refiere no sólo a los materiales asociados crono-espacialmente, sino al lugar relacional que éstas ocupan en los circuitos de producción y consumo-uso. No obstante, la necesidad del estudio conjunto de la producción/uso de la materialidad social lleva a otro problema: el de la distribución social del trabajo y del producto implicado en el circuito de la producción. Debido a que la apropiación y el uso social o individual de la materialidad social (producto social) resultante de las tres producciones (de cuerpos, de objetos y de mantenimiento) puede adoptar formas muy distintas, el análisis y la explicación histórica de la participación de los sujetos y objetos sociales en las producciones y en el uso de los productos en diferentes sociedades, es en definitiva uno de los objetivos que nos conduciría a caracterizar los factores de la disimetría social. En consecuencia, preguntarse por el ciclo de producción/uso de las CC en el desarrollo histórico de la sociedad Chavín, supone preguntarse también cómo fue posible sustentarla, es decir, si algún colectivo se benefició de ella, y cómo se ejerció el reparto de tareas subsistenciales necesarias para la producción de bienes que se amortizan en el uso, debido o durante las prácticas político-ideológicas.

4.7. Explotación y reciprocidad social

De la apropiación social del producto, es decir, de cómo se distribuye el producto social en una sociedad cualquiera, y del equilibrio que esa apropiación establece con el trabajo invertido por los sujetos sociales, se desprenden las *relaciones sociales de producción*. Estas relaciones se fijarán mediante sanciones/justificaciones político-ideológicas, que son las que a fin de cuentas modelan la distancia social y hacen posible el mantenimiento de las condiciones que justifican la reproducción social en situaciones de explotación o reciprocidad social.

Como lo relevante no es únicamente el estudio de las producciones sociales -que define únicamente la realidad económica de la misma- sino que mediante su caracterización es posible llegar a determinar el impacto que dichas producciones tuvieron para la organización social, el paso del estudio de las formas de producción, al de las relaciones de producción y de propiedad del producto, resulta un camino necesario para no perder de vista que lo que está en cuestión es el conocimiento de las condiciones de vida de mujeres y hombres en una determinada realidad social³. A nivel arqueológico, esto debería llevar a preguntarnos si el trabajo invertido tuvo compensaciones satisfactorias, es decir, si la sociedad estableció relaciones de reciprocidad o, por el contrario, si se practicaron relaciones de enajenación de la participación en el uso/consumo en relación al trabajo invertido.

En una porción importante de la investigación arqueológica se ha asumido el principio proveniente de la economía neoclásica o marginalista según el cual las necesidades son ilimitadas y los recursos escasos. En ese entendido las economías de todo momento histórico son concebidas como unos dispositivos que, mediante el incremento de la producción de bienes, responden a la creciente (y siempre infinita) demanda, producida a su vez por el éxito adaptativo manifestado en el aumento demográfico. De esta manera, se mide el éxito de una sociedad en la acumulación del producto global como medida de la 'riqueza'. Nada más cercano a esta cuantificación que el actual ingreso *per cápita*. Sin embargo, si es que se logra, esta cuantificación no dice nada más que lo que ella indica, y no es una comprobación causal de los principios de necesidades ilimitadas y recursos escasos. Por el contrario, estos principios ni son universales, ni son absolutos, aún en el marco de la sociedad capitalista para los que fueron planteados. Bastante se ha insistido en que mientras los recursos naturales y los productos sociales están disponibles en unas cantidades finitas, la escasez es siempre relativa y social, ya que depende de la producción y el consumo (Polanyi 2009 [1977]; Risch 2002). Por otra parte, la separación del crecimiento demográfico, es decir, el problema de la población, no puede ser examinado al margen de las relaciones de producción dominantes en un determinado momento histórico (Marx 1970 [1859]; Meillassoux 1993 [1975]: 8).

Pero en arqueología el problema de la aplicación de las categorías de escasez y necesidad resulta aún más crítico. Ya que mediante los restos arqueológicos es posible afirmar que una sociedad o colectivo tenía poco o mucho de un determinado producto, carece de toda lógica proponer que éste era percibido como escaso o deseable (Risch *ibid*: 22). Las categorías de escasez o riqueza no son axiomáticas, y si la primera depende en estricto rigor de la implementación de dispositivos de percepción social por las prácticas político-ideológicas, la segunda es sólo parcial, ya que la consideración del producto global y la mejora en los medios de producción si bien pueden aumentar la productividad, no asegura que su consumo/uso sea simétrico. Por ello, la investigación arqueológica no debería considerarse completa si no se propone la examinar el acceso de los miembros de una comunidad a la riqueza material, es decir, al reparto del producto social. Conociendo qué se produce (las producciones de la vida social), cómo se hace y la carga de trabajo de los y las sujetos sociales en las producciones (cuánto se produce), es posible acceder al conocimiento del trabajo invertido, y de la riqueza

³ Cuando se habla de mujeres y hombres se señalan sujetos sociales, constituidos orgánicamente, es decir, como formas indisolubles de la estructura social. Por lo tanto, no se refiere al individualismo metodológico o al individuo atomista de la filosofía neoclásica liberal. Al respecto véase (Levins and Lewontin 1985).

material: al producto social global, pero será necesario saber cómo dicho trabajo invertido se compensa en la **distribución** del producto social.

Existe una situación transitiva entre la producción y la distribución de los productos para su consumo/uso que consiste básicamente en la cantidad de energía disponible que supera aquella aplicada a la producción de las subsistencias necesarias para la reproducción básica de la comunidad (Meillassoux 1993 [1975]: 86). Es lo que Marx denominó *mehrwert*, o plusvalía en castellano, que para la sociedad capitalista representa aquella parte de la producción que no revierte de ninguna manera en el grupo o individuo que la ha producido ya que es apropiada como excedente monetario de forma gratuita por el capitalista (Marx 1946 [1867]). En las sociedades de clase precapitalistas o en las comunidades domésticas agrícolas, esta sobre-energía se ha denominado renta de la tierra o *plustrabajo*, respectivamente, y mientras no exista apropiación de un colectivo privilegiado de ésta, es decir, sobre el excedente⁴, no estaremos frente a prácticas de explotación basadas en esa sobre-energía.

En la definición original de Marx la explotación capitalista es diferente de las formas de explotación precapitalistas, concretándose en la apropiación de la plusvalía, toda vez que previamente existan los elementos básicos que *presuponen* las relaciones de propiedad capitalista, esto es: a) la venta del derecho de la propiedad sobre la FT por la persona que no posee medios de producción; y b) la compra de este derecho de propiedad por un propietario de medios de producción cuya meta es la valorización (Marx 1946 [1867]: 130 y ss). En este escenario los derechos de propiedad del producto del trabajo pertenecen, al mismo tiempo, a quien es poseedor de los medios de producción, es decir, al comprador de los derechos de propiedad de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, la explotación se ejerce gracias a la apropiación del excedente monetario de la producción, y mediante ella al/la trabajador/a, quien previamente ha vendido su fuerza de trabajo (la potencia del trabajo). De ahí que el trabajador/a esté explotado en la medida que su trabajo no es compensado, no porque se le robe el trabajo, sino por la apropiación, es decir, la propiedad que ejerce el capitalista sobre la plusvalía, que desplaza el acceso de los trabajadores a la producción, ya que es el capital quien ha tomado posesión de ella.

Cuando Marx examina algunas formas de explotación precapitalistas, como la *usura*, característica de los modos de producción dominados por alguna forma de intercambio (Marx 1974 [1857]: 853-860), observa que el *capital formal*, esto es, la posesión de los medios de producción, aun se encuentra absorbido materialmente por los/as trabajadores y sus familias, de modo que la explotación ocurre directamente sobre el trabajo, y no sobre la producción. La ampliación del factor de explotación a la distribución desigual de las propiedades (básicamente de los medios de producción) a todos los modos de producción, y no únicamente a las sociedades precapitalistas de clase, es decir, también al capitalismo, llevó a Roemer (1982) a la formulación del teorema del isomorfismo, donde la función de producción estuvo basada en la diferente propiedad de los medios de producción, las “preferencias” y la tecnología: de ahí que, a su juicio, la clase y la explotación se expliquen como una consecuencia de las relaciones de propiedad iniciales, y no de las relaciones laborales.

Dos problemas fundamentales se han reclamado a la formulación de explotación de Roemer: primero, una de orden lógico, donde se han invertido las relaciones de

⁴ Es necesario recordar que no existe una equivalencia entre excedente y almacenaje, uno implica explotación, y el otro sólo previsión.

producción por las de propiedad, es decir, en lugar de considerar las relaciones de propiedad como el producto de las relaciones de producción, Roemer sostiene que la propiedad diferente de los *activos productivos* necesariamente genera relaciones de explotación y clase (Lebowitz 1990: 17). De esta manera, se atribuyen causas inmanentes a la desigualdad de la distribución de la propiedad, que en Marx aparece resuelta en la acumulación originaria como factor explicativo de circunscripción histórica; y segundo de orden histórico, derivado del anterior, que se refiere a las formas en que las relaciones de producción concretan la existencia de apropiación de alguna parte del circuito productivo.

Desde un punto de vista arqueológico, donde los peligros universalización de las causas de la disimetría social son aún más radicales, un concepto de explotación y a la vez de reciprocidad social, debería incorporar no sólo la apropiación de los medios de producción y el producto sobre la producción de objetos, sino también de sujetos, así como a su uso/consumo, es decir, al circuito completo, que como ya se ha mencionado, se encuentra sintetizado en la distribución. En primer término, y de manera universal, en la producción de cuerpos, mujeres y hombres deben ser considerados como dos condiciones independientes (Castro Martínez and Escoriza Mateu 2006; Castro Martínez, et al. 2003b). De ahí que la prerrogativa femenina determine la base misma de la reproducción social, no sólo por lo que parecería más evidente: la reproducción biológica, si no porque mediante ella se logra replicar el estado previo de cosas (Gassiot Ballbè 2001) y a su vez, se generan productos nuevos que serán los y las sujetos sociales. Esta inicial y universal diferencia social, provoca el primer espacio para la explotación o la reciprocidad. El trabajo de producción de cuerpos, se realiza porque su producción tiene algún interés, es decir, porque posee valor social. Siendo así, las mujeres deberían ser compensadas por el trabajo realizado por el resto del grupo al que le interesa que ese trabajo haya ocurrido. La ausencia de compensación o una compensación insuficiente, la apropiación del cuerpo de las mujeres (como medio de producción) puede ser entonces considerada como explotación.

De ahí que la explotación no sólo puede operar a nivel de la producción de objetos, sino también en la producción de cuerpos, lo que comúnmente afectará a los espacios domésticos, que generalmente albergan a las células de reproducción social. En consecuencia habrá explotación ahí donde el consumo, uso, disfrute o beneficio de lo producido sea apropiado por agentes ajenos, en todo o en parte, a quienes se encargaron de la producción y/o mantenimiento, sin ofrecer contrapartidas (Castro Martínez and Escoriza Mateu 2006; Castro Martínez, et al. 2003b; Castro Martínez, et al. 2005; Castro Martínez, et al. 1998). Ello no quiere decir que quien explota no trabaje, y segundo, que mediante la práctica de la explotación se usurpe todo. Si bien esto puede ser así, desconoce la mayor parte de situaciones en las que se puede aplicar la definición antes indicada.

Por lo anterior, se ha propuesto la distinción de escalas teóricas que permiten, básicamente, ordenar la diversidad de fenómenos en los que ocurre y pueden observarse prácticas de explotación (Castro Martínez, et al. 2003b):

- Una primera correspondería a lo que se ha denominado *la explotación relativa*, en la que dada una inversión de tiempo de trabajo distinta, el consumo del producto es repartido equitativamente. Un grupo que trabaja cierta cantidad de horas, y otro la mitad, pero que reparten el consumo, uso o disfrute de manera

equitativa se muestra como una aparente situación de simetría, cuando, en realidad, ocurre que uno de los grupos (el que trabajó en doble) no ve compensada, globalmente, su participación en el trabajo, debido a que el valor de lo que recibe es menor al valor de su trabajo.

- La segunda escala, la *explotación parcial*, implica más tiempo de trabajo y menor consumo de parte de uno o varios sectores de la población frente a otros. A diferencia de la *explotación relativa*, el reparto del consumo no es equitativo, sino que, además de trabajar el doble el primer grupo, consume menos. Existe, en consecuencia una relación inversa entre el tiempo invertido en el trabajo y el acceso a la distribución del producto global. Supone que quien más participa en el trabajo, menos se ve compensado/a, mientras que otro sector se beneficia, aportando menor cantidad de trabajo social.
- Por último, se puede identificar la presencia de una *explotación extendida*, que se ha planteado más bien como una variante de la *explotación parcial*. La diferencia radica en la necesidad de reconocer las situaciones en las que el beneficio obtenido por quienes se apropian del excedente es cuantitativamente mayor, por lo tanto, la correspondencia entre el valor del trabajo efectuado y el valor del producto obtenido otorga un índice muy elevado. En general, esto ocurre cuando la porción de la población que se apropia del excedente es muy reducida en relación a la porción que ve expropiada parte de su trabajo. Es en este tipo de situaciones, cuando la gran cantidad de excedente permite que surjan grupos sociales que, aunque en menor medida, también se benefician de la explotación. Tal es el caso de la burocracia en el desarrollo de los estados. Estos grupos sociales resultan necesarios para establecer las alianzas que hagan posible la permanencia de explotación.

La situación antagónica de la explotación la constituye las relaciones sociales de reciprocidad, definidas como la inexistencia de explotación, en donde los distintos sujetos sociales participan de manera similar con su trabajo (pero en función de sus diferencias) en las actividades sociales (económicas y político-ideológicas). Esto supone que el tiempo e intensidad de las actividades que se llevan a cabo, se encuentran en equilibrio a sus diferentes capacidades. Por lo tanto, la reciprocidad supone distinguir que la distancia social ocurre en las relaciones objetivas de la vida social y no, como ha insistido muchas veces la arqueología, en formas de estructuración política como la redistribución o el intercambio, las cuales, en todo caso, pueden reforzar la reciprocidad, o simplemente reproducir o incrementar las situaciones de explotación.

Se puede alegar que, en teoría, este tipo de explotaciones puede tener aplicación, o que la reciprocidad es el resultado del antagonismo retórico de la primera y que, por lo tanto, su utilidad operativa a preguntas históricas en arqueología resultan muy difíciles de ser rastreadas ya que, objetivamente, lo que se observan son sólo materiales y, en el mejor de los casos, sus asociaciones espaciales. Por ello es preciso considerar aquellos indicadores empíricos que permitirían constatar materialmente la presencia de dichas categorías de distancia social, o dicho de otro modo, cómo es posible distinguir un acceso diferencial a lo producido en relación a lo trabajado.

En primer término, resulta imprescindible recordar que debe considerarse que al plantear un análisis de las relaciones sociales vistas desde la reciprocidad o la

explotación, se hace partiendo del trabajo realizado por los sujetos (sexuados y sociales), de los productos y de su reparto, por lo que resulta imprescindible un criterio de *valoración* de los objetos y atenciones, pero también del trabajo realizado, de forma que se puedan establecer instancias comparativas entre el valor de lo consumido/usado y el valor de lo trabajado. Para ello es ineludible medir el trabajo socialmente necesario (Castro Martínez, et al. 2003b; Marx 1976 [1865]: 21) o la cantidad de trabajo invertido que permita distinguir entre el valor real u objetivo y el subjetivo o de uso de los productos (Barceló, et al. 2006). La medida de diferencia entre ambos debería conducir a una cuantificación del grado de explotación.

En relación al problema empírico e histórico que aborda esta tesis, es evidente que exclusivamente mediante el estudio de la producción y uso de las CC, no es posible llegar a inferir las relaciones sociales de producción en la sociedad Chavín, ni tampoco la posibilidad de constatar la existencia de relaciones de reciprocidad o explotación social. Sin embargo, el estudio de la producción y uso de este cuerpo litoescultórico, junto con las investigaciones de otras porciones materiales, se podrá avanzar hacia la determinación del *valor objetivo*, es decir, la cantidad de trabajo invertido mediante el estudio arqueológico de bienes, desechos y residuos, con el objetivo de llegar a evaluar el desarrollo cuantitativo y cualitativo de las fuerzas productivas en la sociedad Chavín.

Ahora bien, como se ha señalado en otra oportunidad (Barceló et al. *Op. cit.*: 193-192), el mayor desafío arqueológico consiste en acercarse a la determinación del *valor subjetivo*, que obviamente no se encuentra contenido en las evidencias materiales. Una de las vías más empleadas para llegar a la formulación de instrumentos conceptuales del valor subjetivo de la producción, es el registro etnográfico y su examen crítico. Sin embargo, para sociedades de clase como Chavín, este examen resulta aún problemático, pues deberían ensayarse mecanismos para filtrar disrupciones mecanicistas dada la distanciatemporal existente entre los restos de materialidad observada y los registros etnohistóricos más tempranos.

Pero, considerando que la negación dialéctica de la producción es el consumo, las variaciones existentes entre ellas, es decir, quien produce v/s quien consume, puede aportar aspectos centrales para la consideración del beneficio y sobre-carga de trabajo y/o explotación que, en principio, la producción y uso de las CC puede haber comportado a distintos colectivos sociales, ello es posible únicamente mediante la contextualización con el ciclo de la producción a partir de la evidencia existe y los espacios de uso social involucrados en el uso de estas representaciones a nivel comparativo con el resto de los espacios conocidos.

Dicho todo lo anterior conviene volver a algunas cuestiones teóricas que se desprenden de lo anteriormente expuesto. En primer término, es necesario profundizar en algunos conceptos operativos para la caracterización del trabajo invertido en estudio de la producción escultórica, y su relación con la organización social del trabajo en términos generales. Luego sobre esa base se particularizan su concreción en actividades cuya motivación es el refuerzo y legitimación del orden social, para la minimización de las contradicciones y la reproducción social, que son las materias que se abordan en el siguiente capítulo.

4.8. Organización social del trabajo y especialización

He insistido que el trabajo genera vida social en la materia y que esa vida social no es indistinta sino que se desarrolla en diferentes ámbitos de la producción. A su vez, se ha mostrado cómo a través de esas producciones, las condiciones materiales de la vida social se concretan en prácticas sociales, que se llevan a cabo en distintos planos sociales. Pues bien, es necesario distinguir aspectos que suelen confundirse en la investigación histórica. Es común, por ejemplo en arqueología, que la identificación de estandarización de determinados objetos se considere en una relación positiva con la especialización del trabajo (Risch 2002), cuando en realidad lo único que indica la estandarización de los productos, es una especialización de las técnicas de trabajo, especialmente de los medios (*infra*). Referirse, a la especialización de éste, requiere del reconocimiento de los dispositivos sociales que hacen posible su concreción material, la que supera la sola estandarización de los productos.

Para referirse a la producción de unos objetos singulares como las CC, es necesario diferenciar a qué tipo de producción corresponden, cuál es el nivel de exclusividad respecto a otros trabajos necesarios para la reproducción social, qué nivel de especialización técnica del trabajo se precisa, en definitiva, cómo se vincula su producción con la división social del trabajo, si es que existe, en la sociedad que llamamos Chavín.

Se ha señalado que producción y consumo comportan trabajo, que configuran el ciclo de la producción y que la distancia social de los sujetos sociales se localiza en el acceso a lo producido respecto al tiempo e intensidad de trabajo invertido. A partir de ahí se ha destacado la necesidad de abordar conjuntamente la producción y el consumo-uso como partes indisolubles del mismo proceso. De lo dicho, habría que resaltar que la producción es un proceso determinado por tres estadios dialécticamente interrelacionados: la producción misma, la distribución y/o intercambio y el consumo. Esto implica que, debido a que la producción es social y el consumo es individual, la distribución y/o intercambio actúan como factores transitivos entre ambos. Aquí es donde se establecen lo que se ha descrito más arriba como relaciones sociales de producción, ya que dichas relaciones pueden alejar al/la individuo de la producción y hurtarle parte del consumo que le correspondería. Desde el punto de vista de la organización social del trabajo, por lo tanto, especialización y división social, no se encuentran en un plano de identidad, es decir, el primero no refiere necesariamente al segundo.

Efectivamente, uno de los aspectos fundamentales por los que se ha preocupado la economía clásica, ha sido el de cómo afecta la división social del trabajo a las relaciones sociales de producción, entendiendo que constituye uno de los mecanismos fundamentales de la obtención e incremento de la riqueza y/o plusvalía. A menudo, se ha considerado que existe una relación directa entre especialización y obtención de excedentes (plusvalía) como un indicador, a su vez, de aumento de la productividad, pero como he señalado esta relación de identidad es problemática, debido a que la existencia de plusvalía está asociada a la explotación social, y el de productividad con el plusproducto, que depende mayormente de los medios que de la fuerza de trabajo, y en todo caso un aumento de la productividad no conduce necesariamente a la generación de excedentes. Risch ilustra bien este punto:

“Cuando, por ejemplo, un artesano o artesana a tiempo parcial comienza a dedicarse de forma exclusiva a la producción secundaria, el resto de la comunidad debe compensar su ausencia de la producción subsistencial con más fuerza de trabajo. Los productos del o de la especialista, y por tanto la riqueza social aumentan, pero en ninguna de las producciones, ni en la producción global, ha tenido lugar un aumento de la productividad. Si el reparto de la riqueza se mantiene igual tampoco puede hablarse de plusvalía o explotación social. Un escenario alternativo sería qué mejoras de los medios de producción agrícolas o de la fertilidad de la tierra permitiesen al artesano o artesana una dedicación completa, sin implicar un sobretrabajo al resto de la población. En tal caso, se habrá aumentado la productividad del sector primario, pero no la del [la] ‘especialista’, y tampoco cabe suponer la generación de plusvalía.” (Risch 2002: 25)

La *división de tareas* en una sociedad ocurre cuando se requiere de un aumento socialmente necesario de la productividad. Por *productividad* se entiende un aumento de la producción social o una reducción del tiempo de trabajo, en otras palabras, un plusproducto o un menor trabajo. Dicha necesidad social se encuentra en el ámbito de la producción y, en consecuencia, no posee una injerencia unívoca en cómo se distribuye el producto, es decir, en cómo se establece el acceso de los sujetos sociales al consumo.

Para la obtención de un plusproducto se podrán establecer distintos mecanismos que lleven a un aumento de la producción, desde el sobretrabajo hasta la mejora en los medios de producción y/o un reparto de tareas que incremente la eficacia productiva. Esta última alternativa, supone la ubicación de los individuos en diferentes lugares del proceso de trabajo, que deberá asegurar que el entrenamiento (aprendizaje y experiencia) emanado del dominio del segmento de la producción, tenga implicancias en un incremento en la eficacia del tiempo de trabajo invertido. Sin embargo, esta relocalización de los y las sujetos sociales en el proceso de trabajo, no implica necesariamente la ocurrencia de explotación social, toda vez que las relaciones sociales de producción mantengan unos vínculos integradores que aseguren la cohesión de la vida social, en el entendido que la producción se amortiza en el consumo. Lo mismo puede decirse de la implementación de los otros mecanismos que pueden resolver la necesidad social de un aumento de la productividad. En ese escenario, las esferas económicas, sociales y político-ideológicas se conservarán indiferenciadas, y no se manifestarán disimetrías sociales producto de los mecanismos de distribución-intercambio.

Aquí es necesario clarificar que el aumento de la productividad catalizada por una necesidad social, no determina que ella emane inevitablemente ni de una potencial elite, ni de la formación o desarrollo de ciertos sistemas políticos (p.e. como los modelos políticos propuestos por Brumfiel and Earle 1987). En general, en arqueología se ha tendido a situar el motor de la especialización del trabajo, generalmente equiparado con la división de tareas, en relaciones causales de tipo adaptativo (Flannery 1968; Service 1962; Service 1975; Wittfogel 1957) o político (Brumfiel and Earle 1987; D'Altroy and Earle 1985; Renfrew 1975), o bien como producto de un aumento de la demanda. Sin embargo, si a un aumento de la producción no corresponden necesariamente la existencia de generación de excedentes, tampoco a la especialización del trabajo, como mecanismo para la implementación de plusproducto, corresponde unas determinadas relaciones de producción. Distintos escenarios históricos, políticos y/o económicos pueden explicar la necesidad social de un aumento en la productividad, de modo que de su existencia no se desprenden necesariamente ni la especialización del trabajo, ni un control centralizado de ella, ni tampoco estructuras políticas que la requieran.

No obstante, la necesidad social de un aumento de la productividad y su resolución mediante la implementación de división técnica del trabajo mediante el reparto de tareas, abre la posibilidad para que se genere una nueva condición para la desintegración de la vida social en contextos relacionales particulares (Castro Martínez, et al. 1998). Efectivamente, la sectorización de los procesos de trabajo, puede establecer una nueva dialéctica entre los sujetos sociales, ya que ahora se ubican en nuevos lugares de la producción, expresándose nuevas relaciones sociales que serán de un orden diferente a las que había previamente a la sectorización. Los sujetos sociales, integrados previamente en la producción, con la división técnica del trabajo pasan a ocupar contextos particulares que fragmentan al anterior sujeto global en sujetos que dependerán del lugar que ocupan en la producción total, y la producción social misma dependerá ahora de cada una de esas parcelas. Estas nuevas condiciones, generan entonces un nuevo contexto de relaciones; contexto que será la condición objetiva para que los sujetos sociales puedan desplegar percepciones subjetivas diferenciadas de acuerdo al lugar que ocupan en la producción. Si esto ocurre, el reparto de tareas pasa de ser técnico a ser social, ya que se generan un tipo de relaciones sociales específicas en cada una de las etapas del proceso de producción, de manera que los sujetos sociales se reconocerán socialmente dada su participación en los trabajos concretos que realizan.

Ahora bien, sólo existe división social del trabajo, si la segmentación de tareas conlleva una disimetría de las/los trabajadoras/es en el acceso al consumo de lo producido socialmente. Si la simiente de la división social del trabajo se encuentra en la aparición de contextos de relaciones derivados del reparto de tareas, éstos se consolidan si no se establece la apropiación por un segmento de la sociedad de parte de los factores de producción (FT, MT u OT), de su distribución-intercambio y/o de la distribución del producto. De esta manera, el plusproducto deviene en excedente, cuando es apropiado (aparece la propiedad) para un consumo disimétrico, esto es, cuando la división técnica del trabajo se convierte en división social del trabajo. En otras palabras, la división social del trabajo ocurre en contextos en que ha ocurrido una división social de la producción, la que puede definirse como la *“dislocación entre los lugares de producción, los lugares de distribución y los lugares de uso y consumo en una sociedad”* (Lull and Micó 2007: 243).

De esta manera, la especialización del trabajo no es en sí misma un indicador suficiente de división social del trabajo, por lo que tampoco implica naturalmente la existencia de relaciones sociales de explotación, ni disimetría social. De aquí que la existencia de especialistas no asegure o indique centralismo político. Cualquiera sea la división técnica del trabajo, si no hay disimetrías entre el producto social y el consumo individual, no es posible hablar de explotación. Puestas así las cosas, ahora se hace comprensible que no existe división social del trabajo sin explotación, y que no es lo mismo una especialización técnica del trabajo, que un reparto social de éste.

4.9. La especialización del trabajo y los alcances de su reconocimiento para la explicación histórica

Dado lo anteriormente dicho, es evidente lo necesario que resulta plantearse las consecuencias sociales de la especialización del trabajo como problema histórico en arqueología, ya que de su existencia no se pueden suponer de manera mecánica tipos de relaciones sociales de producción, como tampoco puede explicarse por razones exclusivamente políticas (p.e. aparición del estado o producto de la complejización).

Entonces ¿de qué informa el reconocimiento de especialización del trabajo en ciertos productos? ¿Cómo se identifica?Y ¿qué alcances tiene para la explicación histórica dentro de una situación concreta?Dicho en otros términos, se requiere de una definición de qué es y qué no es la especialización del trabajo, cuáles son los indicadores arqueológicos necesarios para identificarla y los alcances de su reconocimiento para la explicación histórica, es decir, qué se puede y qué no se puede llegar a decir con su identificación.

El problema de la especialización del trabajo ha sido un eje central en los debates arqueológicos especialmente en lo que se refiere a la explicación de los fenómenos sociales vinculados con los orígenes de la civilización, el surgimiento del estado y los mecanismos que conducen a la complejización social. En general puede notarse una marcada unificación teórica respecto a la influencia que la economía liberal ha provocado en los modelos que abordan el problema de la especialización y su rol dentro de determinados procesos sociales (Patterson 2005). Esta unificación, se observa en el inexistente o marginal interés en el estudio del trabajo y de la distribución del producto social. Para la arqueología procesual esta desatención puede ser, en parte, explicada por el interés en la clasificación social, mientras que en “las arqueologías postprocesuales” deriva del predominio de la acción política como catalizadora de todo fenómeno de transformación social (Lull and Micó 2007).

Bastante se ha escrito en torno a la importancia que V.G. Childe otorgó al estudio del origen de la formación del estado y al rol central en ese proceso del control centralizado de la especialización de la producción de tiempo completo, tanto agrícola como artesanal(Manzanilla 1988; Wailes 1996a). La superación de los enfoques histórico-culturales por el propio Childe (Lull 2007; Trigger 1988)y, posteriormente, por la crítica procesualista respecto a la visión humanista empática de la arqueología tradicional, trajo consigo el interés por caracterizar a las sociedades humanas de acuerdo a los umbrales de la complejización (Flannery 1975). Los distintos matices respecto a indicadores que permitirían su caracterización, produjo durante un buen tiempo importantes debates en torno a lo que no dejaban de ser tipologías de sociedades⁵. En esta práctica clasificatoria la especialización jugó un papel definitorio como uno de los indicadores que permitían ponderar el grado de complejización de una sociedad.

Desde la concepción childeana se planteó que la especialización artesanal surge en el contexto de la *revolución urbana*, toda vez que la producción excedentaria de alimentos permitiría el desarrollo de centros urbanos, elites sociales y un artesanado especializado en productos no subsistenciales. En la definición de Childe (1950), se puede advertir una imagen de la especialización artesanal al modo de los *gremios medievales*⁶, o más precisamente, como una preocupación en torno al surgimiento de “los oficios”; esa era la imagen que estaba en juego, porque lo que realmente importaba era determinar cómo se había organizado la producción luego que un ingente número de personas dejaran de ser productoras de alimentos o, al revés, cómo la intensificación de la producción agrícola había permitido la generación de excedentes, su apropiación centralizada con la aparición del estado y la posibilidad de sostenimiento económico de especialistas de

⁵ Introducidas siempre desde la antropología como el salvajismo, barbarie y civilización de Morgan o las bandas, tribus, jefaturas u estados de Service, o a las sociedades igualitarias, jerarquizadas, estratificadas y estatales de Fried.

⁶ De hecho sus planteamientos de la especialización artesanal se basaron en la imagen de los especialistas metalúrgicos itinerantes (Wailes 1996b: 5).

tiempo completo y dependientes para su mantenimiento de las elites. Sin ser culpa de Childe, de aquí derivará, también, el adjetivo “artesanal” que se usa indiscriminadamente para designar indistintamente aquellas producciones preindustriales que están separadas de la producción de bienes subsistenciales, o más precisamente, de la producción agropecuaria. Coincide, por tanto, con la imagen de la ciudad idealista/liberal, que valora o destaca la producción realizada por los/as artesanos calificados/as (cosas que importan o que tienen un alto valor) y subestima el trabajo rural, que coincide con el esquema ilustrado del campo como antagónico a la ciudad (propio de lo civilizado) como bruto, pobre y sin relevancia (Castro Martínez, et al. 2003a; Patterson 2005). Volveré sobre el problema a la adjetivación “artesanal” de la especialización.

Las definiciones post-Childe evidentemente han matizado la primera noción del tardomarxista australiano. A partir de Evans (1978), intentó operatizar una definición de especialización. Rice, por ejemplo, definió especialización como “*la regularización del comportamiento y la variedad de material en las actividades extractivas y productivas*”; Tosi como “*la variabilidad de la producción per cápita de un producto dado en una población determinada*”; Costin usó en algún momento la definición de especialización como “*el suministro regular y repetido de un producto o servicio a cambio de algún otro*” (Rice, et al. 1981: 220. ; Tosi 1984: 23. En Costin 1991: 3. La traducción es mía) pero puntualizó, posteriormente, que la especialización es un sistema regular y permanente de producción en donde los productores dependen de relaciones de intercambio supradomésticas, por lo menos para el desarrollo de parte de sus actividades subsistenciales y los consumidores necesitan adquirir los bienes que no producen (Costin 1991; Costin 2001). Costin, define especialización en consecuencia como una forma de organización de la producción. Como tal, no es posible definirla como ausente o presente en una determinada sociedad, sino en relación a su grado y a sus tipos.

Si bien la definición de Costin superó la propuesta planteada por Childe, al incluir a la unidad doméstica como categoría de análisis, es criticada (e.g. Clark 1995; Menon 2008) por considerarse demasiado restrictiva, debido a que excluye toda especialización que no comporte dependencia entre productoras/es y consumidores/as. Por su parte, las definiciones basadas en el proceso de trabajo como las de Tosi, Blackman y Stein (Blackman, et al. 1993; Stein 1996; Tosi 1984) fueron cuestionadas, al revés, por no incluir a la unidad doméstica como categorías de análisis (Aranda Jiménez 2010).

Además de los problemas planteados, todas estas definiciones se concentran exclusivamente en la producción de objetos, desatendiendo el resto de producciones que posibilitan la vida social (producción de cuerpos y mantenimientos) y, segundo, porque de ellas se desprende una relación económica universal regulatoria de la producción (parcial porque es sólo de productos) regida por la oferta y la demanda: personas que requieren objetos, y personas que los hacen, personas que hacen objetos y que dejan de producir alimentos, son vistos no en relación a la realidad histórica concreta de cada colectivo y en las consecuencias de esa organización en el acceso al producto social, sino como antecedidas por una condición natural que regula, especialmente desde el plano político, el incremento de la especialización.

De manera que para operacionalizar el valor de realidad del concepto de especialización como indicador de una diferenciación en el proceso de producción, es necesario,

extraerlo como rasgo o factor índice de complejización y restituir su situación en la división de tareas, ya que es en esta esfera en donde se genera la concreción del trabajo especializado. Ya he insistido que no existe una relación mecánica entre la especialización del trabajo, la división técnica de éste y la fragmentación social que ocurre en la división social de la producción.

Para que ocurra una especialización en el trabajo, es decir, en la producción de objetos, de sujetos o de mantenimiento, debe existir una división de tareas, que no es otra cosa que la división técnica del trabajo. Existe una división de tareas universal que se basa en la diferencia sexual para la generación de sujetos sociales: ahí ocurre la primera especialización, realizada por un único colectivo dentro de toda comunidad, siendo su consumo supra-individual y/o supra-parental (Meillassoux 1993 [1975]). De esta manera, se entiende por especialización del trabajo a cualquiera *actividad exclusiva en un espacio y un tiempo que se expresa en una multiplicación de espacios de producción exclusivos, y resulta en un volumen de producción superior a las necesidades de consumo del individuo o del grupo socio-parental según se trate de una división sexual y/o social del trabajo en el seno de los grupos parentales o de la comunidad* (Risch 2002: 26). Dicho en otros términos, la especialización del trabajo ocurre cuando un aumento de la productividad conlleva una división técnica y/o espacial de los procesos de trabajo y/o si los instrumentos y la materia base empleada se hacen más eficaces: varios caminos pueden comportar, en consecuencia, una especialización de las tareas previamente divididas técnica o socialmente, de modo que su concretización puede variar enormemente de sociedad en sociedad. Sea en la producción de objetos (bienes), en la gestación de cuerpos, en la producción subsistencial y dentro o fuera de la unidad doméstica, un aumento en la productividad requerirá que se genere un aumento en la carga de trabajo o una mejora en los medios. Así la primera consecuencia física de esta división del trabajo, es decir, de la especialización, será una reducción de la variabilidad en todos o algunos de los factores productivos dentro de cada tipo de producción (homogeneización de los movimientos del trabajo, los espacios de producción, los instrumentos y los recursos materiales y energéticos empleados) (Risch 2002).

Ahora bien, en este punto resulta relevante distinguir entre *especialidad* y *especialización*. La práctica de la primera, no conlleva el abandono de las actividades subsistenciales básicas, como las labores agrícolas. Por el contrario, la especialización es practicada por una unidad de producción autónoma, que requiere de la transferencia permanente de subsistencia. Aún así lo que se ha especializado es la producción, no el consumo. Así, el grupo especializado está en una posición de *cliente* en relación con una o varias comunidades que produzcan subsistencias (agrícolas, ganaderas, pesqueras, etc.). A juicio de Meillassoux, esta forma constituye uno de los mecanismos para evitar los efectos inmediatos de la división social del trabajo, como la explotación: “*lo que define el nivel de las fuerzas productivas no es por lo tanto sólo la práctica de una técnica, sino los efectos socialmente aceptados de su aplicación*” (Meillassoux 1993 [1975]: 60-61).

Por otra parte es evidente que el grado de especialización no debe entenderse como dependiente de la relación que se establezca entre productores/as y consumidores/as, sino que debe identificarse de manera independiente en *la simplificación del trabajo, la exclusividad de los espacios de producción y la estandarización de los medios de producción*. Esto es así, porque los grados de especialización son variables en cada uno de estos ejes, es decir, no están necesariamente correlacionados entre sí y, por lo tanto,

pueden estar organizados de innumerables formas en distintas sociedades. Si establecemos que el grado de especialización se encuentra mediatizado invariablemente por la relación existente entre quienes producen y quienes consumen, estaremos aceptando que la oferta y la demanda, como reguladora espontánea de la producción, ocurre de manera universal.

Considerando que el grado de especialización del trabajo puede calificarse por separado en cada uno de los ejes propuestos, y que la correlación de especialización entre los ejes puede o no ocurrir, el concepto de especialización supera los límites de tiempo, intensidad y escala como mecanismos exclusivos para medir el grado de la especialización. Los parámetros cualitativos de *simplificación del trabajo*, *exclusividad de los espacios de producción* y *estandarización de los medios de producción* junto con el cuantitativo *volumen de la producción*, son los que en definitiva permiten definir la variabilidad de las expresiones históricas de la especialización del trabajo y su relevancia para el desarrollo económico de las sociedades y en la producción o no de plusvalía.

En síntesis, el único prerrequisito que requiere la ocurrencia de actividades especializadas es la existencia de una división de tareas, situación que es aparentemente consubstancial a la especie humana (no todos hacen de todo). Su materialización podrá ser identificada cuando la división de éstas devenga en división técnica: sólo entonces las actividades realizadas de manera exclusiva en un espacio y un tiempo, resultarán en un volumen de producción superior a las necesidades de consumo del individuo o del grupo socio-parental. En último término, la especialidad en una actividad ocurre a nivel del trabajo, no del consumo. De ahí que en su definición no sea correcto incluir a los requerimientos justificados o no de quienes consumen, ya que además, esos requerimientos pueden estar mediatizados fuertemente, por quienes controlan la distribución del resultado de la producción; control que ocurre en las relaciones sociales de producción y que no se desprende de la producción misma.

La justificación del estudio de la especialización del trabajo se entiende porque puede tener implicancias relevantes para la organización económica de una sociedad, y de su gestión y de las relaciones de producción que se establezcan, podrán derivarse o no relaciones de explotación o reciprocidad. Sin embargo, la especialización no es, como hemos visto, un factor “explicativo”, precisamente porque no se localiza en una ecuación económica (ni menos política) que abarque determinados fenómenos sociales, debido a que los factores que tradicionalmente se han puesto en esa ecuación no son constantes. De manera que, en definitiva, de la especialización no podemos desprender automáticamente la existencia de un control centralizado de la producción, ni mucho menos de relaciones coercitivas, ni de dominio. La especialización lo único que nos dice es que ha ocurrido una división técnica en los términos propuestos. Pero si bien el reconocimiento de especialización del trabajo no refiere de manera axiomática a consecuencias sociales, si lo es en cambio como paso necesario en el estudio de las relaciones sociales de producción. La identificación de especialización del trabajo en determinados bienes o servicios y su grado observado en la *simplificación del trabajo*, en la *exclusividad de los espacios de producción*, en la *estandarización de los medios de producción* y en el *volumen de la producción*, integrados al reconocimiento de los mecanismos de distribución y consumo, serán los que podrán completar una representación histórica consistente. De modo que del estudio de la especialización del

trabajo no podremos desprender explotación o reciprocidad, pero estaremos en buen camino para llegar a reconocerlas.

4.10. La especialización del trabajo y los indicadores arqueológicos para su reconocimiento

Hasta ahora me he referido teóricamente al fenómeno social de la especialización del trabajo en un abstracto que resulta ineludible. Pues bien ¿cómo es posible aterrizar los parámetros propuestos como indicadores físicos de la especialización del trabajo, a la realidad de los materiales arqueológicos? Para iniciar la respuesta es conveniente brevemente volver al problema de la adjetivación artesanal en arqueología, ya que aquí puede establecerse un puente a los argumentos que seguidamente voy a esgrimir como indicadores materiales de la especialización del trabajo en Chavín.

Al intentar averiguar por qué arqueólogos y arqueólogas usan el término *artesanal*, no queda más que suponer sus intenciones. La RAE (23ª edición), en su primera acepción señala al artesano/a como “*persona que ejercita un arte u oficio meramente mecánico*”, la segunda referida al uso señala: “*modernamente para referirse a quien hace por su cuenta objetos de uso doméstico imprimiéndoles un sello personal, a diferencia del obrero fabril*”. En el Oxford Dictionaries, *craft*, se define como: “*an activity involving skill in making things by hand*”, es decir, “una actividad que implica la habilidad para hacer las cosas a mano”. *Craft*, del inglés antiguo “fuerza, habilidad”, es de origen germánico, y se encuentra relacionado con el de fuerza en holandés, *kracht*, en alemán, *kraft*, y en sueco, *kraft*. La introducción del sentido *habilidad*, sólo ocurre en el inglés. Un segundo sentido como sustantivo, es el que se observa en la expresión ‘small craft’, que opone la habilidad de manejar pequeñas embarcaciones con el entrenamiento necesario para hacerlo en grandes barcos.

De las anteriores definiciones es posible desprender tres significados fundamentales:

- Artesanal como acción mecánica.
- Artesanal como producción ajena a la fábrica.
- Artesanal como habilidad manual.

Varias cuestiones relevantes se desprenden de estos significados. Primero que las definiciones, especialmente para el castellano, se hacen en relación a las actuales divisiones sociales del trabajo. La descripción de las acciones como meramente mecánicas, alude a la separación que estableció la academia entre las cosas hechas a mano: las que se realizaban en el marco de instituciones especializadas en la belleza, tomaron el estatus de *arte*, mientras que el resto de las cosas que hacía la gente común fueron consideradas *artesanías*. Las primeras serían conceptualizadas a partir de su elevado sentido estético (de ahí las academias de bellas artes), y las segundas como la expresión vulgar de la manufactura de las cosas de lo mundano, especialmente articuladas en torno a los oficios (de ahí las escuelas de los oficios).

La segunda definición división de *artesanal* como opuesto a lo *fabril*, puede entenderse en el marco del pensamiento occidental liberal que impuso la visión del trabajo en la era de la máquina como opuesto al trabajo manual, una división que si bien era real al nivel de la especialización de los medios de producción, ocultaba las relaciones de explotación que se establecían entre los/as obreros de la fábrica y el capitalista, entre el capitalista y los bienes que compraba del/a artesano/a y entre el/la artesano/a y sus

dependientes, ya que escondía la realidad del trabajo en cuanto a su intensidad, dependencia y compensación, el cual no depende mecánicamente de la especialización de los instrumentos o medios de producción.

Por último la laxitud de *Craft*, como habilidad manual, deja en amplia ventaja al concepto de *Craft Specialization*, en relación a la castellanización de *Especialización Artesanal*, ya que en las producciones que requieren habilidad manual caben un sinnúmero de trabajos. Podría traducirse más correctamente entonces como especialización de la habilidad manual. Sin embargo, la literatura arqueológica, en general, da a entender intertextualmente que el término *artesanal* o *craft*, se refiere a la producción de bienes no subsistenciales. Si así fuera podría afirmarse que todo lo que no esté dentro del marco subsistencial sería producción artesanal.

Debido a que como se ha señalado más arriba, la división de tareas de las que provienen la especialidad y la especialización, no recaen sobre el tipo de actividad sino en cómo éstas se organizan socialmente, resulta que la división entre actividades subsistenciales y otras aparece como una arbitrariedad. Por ello y por la relevancia del trabajo como agente transversal a toda producción, es que parece oportuno restringir el concepto a especialización del trabajo, en cuanto proceso, y a trabajo especializado, en cuanto a cualidad de una determinada tarea.

Lo anterior tiene como consecuencia que cada ámbito de especialización deberá ser puntualizado para cada problemática histórica, ya que de la definición no se desprenden tipos de producción. De manera que si bien lo que se aborda en esta investigación son objetos singulares no subsistenciales, su naturaleza no compromete al concepto mismo de especialización ni a la división técnica de las tareas, sino que la explicación de su singularización y necesidad social de ser producidos se encuentra en causas que no se desprenden mecánicamente de la especialización del trabajo. Dicho en otros términos, la especialización del trabajo puede ser reconocida, pero eso no admite que pueda explicarse a sí misma; por el contrario, su relevancia reside en el reconocimiento de qué deja de hacer una persona al involucrarse en un trabajo especializado, y quiénes deben suplir las cosas que dejó de hacer.

Vuelvo a la pregunta realizada al inicio de este apartado: ¿cómo es posible aterrizar los parámetros propuestos como indicadores físicos de la especialización del trabajo, a la realidad de los materiales arqueológicos? Anteriormente había indicado que los parámetros *simplificación del trabajo*, *exclusividad de los espacios de producción*, *estandarización de los medios de producción* y *volumen de la producción*, son las expresiones físicas en las que se puede reconocer que ha ocurrido especialización del trabajo, ya que ha acontecido una división técnica de tareas. Sin embargo, en arqueología por una parte no es frecuente dar con los espacios de producción, y por otra, la dilucidación de la simplificación del trabajo, la identificación de un medio de trabajo como tal y la estimación del volumen producción, suelen ser problemáticas ya que requieren de una serie de información empírica que sabemos se presenta de manera fragmentaria.

Es posiblemente por ello, que se haya consolidado la creencia arqueológica en la existencia de una relación positiva entre estandarización de los productos finales (de consumo) y la especialización de su producción. La cristalización de esta creencia, es probable que se deba en parte a la hegemonía de la arqueología centrada en el estudio

del objeto (desconociendo las implicancias de la relación entre producción, distribución y consumo), pero esto se ha visto reforzado por la búsqueda de indicadores o pautas universales de la producción en el registro etnográfico, especialmente para el estudio de la organización de la producción cerámica, que ha sido la que ha recibido mayor atención.

Un punto de partida en el análisis de la organización de la producción a través de la estandarización ha sido asumir una relación causal entre determinados cambios en el grado de estandarización y las formas de producción y especialización: *“implícitamente se asume que las características formales y físicas de los productos están determinadas exclusivamente por los procesos técnicos y carecen de cualquier otro significado social”* (Risch 2002: 26). Un alto grado de homogeneidad en un determinado conjunto de objetos se relacionará con unidades limitadas de producción y una regulación explícita del proceso de manufactura. En el lado opuesto, la ausencia de especialización supondría la producción y consumo en el interior de cada unidad doméstica, y, en consecuencia, un incremento de la variabilidad de los objetos, ya que en su producción se combinarían un mayor número de productores/as, la utilización de diferentes materias primas, menores habilidades, ausencia de rutinas de producción, escaso control sobre la variabilidad de los atributos morfométricos, etc. (Aranda Jiménez 2010: 79). Sin embargo, ya se ha señalado que dicha relación, vista como causal, no puede plantearse como universal.

Si bien podría aceptarse una fuerte asociación entre la estandarización de los instrumentos de trabajo y la especialización del trabajo⁷, ya que ellos actúan como artefactos mediadores entre la habilidad y el producto final, -debido a que están destinados a realizar transformaciones materiales más o menos específicas-, no ocurre la misma asociación entre especialización del trabajo y estandarización de los objetos como productos finales (destinados al consumo). Esto es así, porque el resultado estandarizado (esperado o no) de los productos finales no depende sólo del trabajo, sino también de otros factores sociales. Aspectos normativos, derivados de prácticas político-ideológicas pueden ser un fuerte condicionante para la estandarización de los objetos; así como la disponibilidad de recursos o las características del medio físico, pueden estimular o restringir la variabilidad ciertos artefactos. En el caso de las CC su estandarización podría en parte aludir a un trabajo especializado, pero es muy probable que la naturaleza homogeneizada de sus propiedades morfométricas refieran más al esquema o pautas normativas de su producción iconográfica.

Para Risch, este problema podría resolverse desplazando la especialización al artefacto, entendiendo un artefacto especializado como aquel que realiza la misma tarea. Sin embargo, no todas las producciones están destinadas a realizar funciones en tareas específicas y, el uso puede estar mediatizado simplemente por su exposición. Este es el caso de innumerables soportes con representaciones figurativas. Por otra parte, el desplazamiento de la especialización del trabajo al del artefacto, desatiende todas las producciones especializadas que no derivan en producto. Aún asumiendo estas limitaciones, es posible establecer una relación de transitividad si se involucran variables diferenciadas de estandarización en la especialización técnica del trabajo. Así, habría que distinguir entre:

⁷Aún así, no existe una relación de dependencia entre especialización y estandarización en los instrumentos de trabajo, ya que no existe una única tecnología posible para obtener la mayoría de los productos.

- a) *Estandarización funcional*: que es el resultado del uso del objeto, y que se expresa en la estandarización de las superficies activas.
- b) *Estandarización composicional*: fruto de la apropiación de la materia base y expresada en las propiedades físico-químicas de los objetos.
- c) *Estandarización morfométrica*: producto de la selección de la materia base y del propio proceso de producción.

Para el caso de las representaciones figurativas debería incluirse una *estandarización morfo-figurativa*, toda vez que la recurrencia de su homogeneidad pueda establecerse en relación a dispositivos especializados en el control y/o dominio de los contenidos de la producción ideológica.

La relevancia de los niveles de estandarización propuestos por Risch, es proporcional al grado de especialización del artefacto (Roux 2003)⁸. Así a mayor regularidad de la acción de trabajo mayor estandarización de la superficie activa. La mejora en la regularización de la materia base, comportará una mayor productividad, aún cuando pueden existir varias alternativas composicionales para satisfacer una misma necesidad. Finalmente, la regularidad del trabajo provocará que la regularidad de la forma, tamaño y peso del producto estén normalizados. Sin embargo, como ya he indicado, la probabilidad de que en esta última etapa intervengan factores extraeconómicos es bastante mayor.

En definitiva, la estandarización de objetos puede o no ser indicadora de especialización del trabajo. Un grupo de trabajo muy especializado (con alta o total dedicación a una determinada tarea o tareas de un proceso de trabajo productivo) puede producir objetos más o menos estandarizados. De hecho, los talleres "artesanales" (en sentido "medieval" de gremio) pueden producir objetos poco estandarizados. Y, por contra, pueden fabricarse objetos sometidos a normas muy estrictas en contextos de trabajo con bajo grado de especialización-dedicación (por ejemplo, se pueden encontrar vasijas de cocina o machacadores de piedra muy estandarizados, pero fabricados en contextos domésticos a cargo de individuos o grupos con bajo nivel de dedicación exclusiva a una tarea).

Por lo tanto, la especialización-dedicación a un tipo de tareas deberá abordarse localizando los espacios sociales donde se realizaban los trabajos correspondientes, para ver si se trata de espacios especializados o no. Por otra parte, otro indicador debería incorporar a las exigencias técnicas del trabajo, en la medida en que una determinada tarea requiera más o menos tiempo de aprendizaje y más o menos tiempo de experiencia para obtener ciertos resultados. El ejemplo clásico es la metalurgia del acero: sin especialistas "herrereros/as" con mucho aprendizaje y experiencia, o sea con alto grado de dedicación-especialización, lo más probable es que no se consiga obtener acero ni por casualidad (*com. pers.* Pedro Castro Martínez 2012).

En suma, para la estandarización de los objetos, como indicador de especialización, hay que pensar más bien en las exigencias de reproducir unas características con mayor o menor tolerancia a la heterogeneidad, de acuerdo con el uso social-función que vayan a tener. Por ejemplo, si pensamos en bolas de rodamientos para cojinetes, la variabilidad de un milímetro del estándar puede comportar su inutilidad. Pero si pensamos en objetos que sirven de soportes simbólicos (p.e. las litoesculturas), la tolerancia morfométrica

⁸ El grado de especialización del artefacto, podría ser equivalente al propuesto por Roux en relación al grado de estandarización.

podría, eventualmente, ser muy amplia, toda vez que se respeten los signos que sustentan la función simbólica, sin embargo, se requerirá de un mínimo de estandarización morfométrica que permita su inserción en los muros megalíticos. En esta tesis se aborda, por lo tanto, si esos requerimientos simbólicos y arquitectónicos demandan objetos estandarizados y si la producción de dicha estandarización, si la hubiere, requiere de especialización técnica del trabajo.

Pues bien, he dedicado una atención especial al problema de la relación estandarización del objeto v/s especialización del trabajo, pues es un tópico ambiguo pero frecuente en arqueología y porque en esta misma investigación ha resultado ser uno de los únicos indicadores empíricos manejados por metodologías propias diseñadas para la problemática histórica aquí planteada. Profundizaré en ello en el capítulo de metodologías, pero es necesario detenerse aquí porque es preciso particularizar su posición como indicador de especialización del trabajo en el marco general de indicadores que pueden facilitar su caracterización.

La estandarización de los objetos, entonces, sólo es un indicador *posible* de especialización del trabajo, y su correlación dependerá de qué es exactamente lo que se mide y cómo se realiza, esto es, de la variedad de atributos potencialmente medibles cuáles son los que en cada caso registran mejor la variabilidad de la producción del objeto (Aranda Jiménez 2010: 80). En general, y en cada caso, habrá de ser ponderado el aporte de las variables morfométricas, tecnológicas, morfo-figurativas y composicionales, entre otras, y su variabilidad-homogeneidad, pero en relación a los indicadores de especialización que puedan contrastar si la estandarización observada, se refiere a especialización del trabajo o a otras causas sociales.

Dicho lo anterior es necesario detenerse en los otros indicadores que permitirán identificar la existencia de especialización del trabajo. Debido a que la especialización del trabajo requiere de una división técnica de tareas, hay que buscar su presencia en los espacios en los que éstas se llevan a cabo, ya que en ellos ocurren las prácticas sociales necesarias para suplir los trabajos que se dejan de hacer cuando se especializa determinada producción. El llamado “lugar de la producción” (Costin 2001) como respuesta crítica a la polisemia del concepto de “taller” en arqueología, sin embargo, es impreciso, ya que no logra captar qué ocurre a nivel especial cuando acontece una especialización del trabajo. Como alternativa, aquí se ha preferido el uso de *singularización de los espacios de trabajo*, cuando se restrinja la cantidad de tareas que se desarrollen en un área de producción. De esta manera, el grado de especialización del trabajo está directamente relacionado con la existencia de lugares exclusivos de prácticas económicas (Castro-Martínez, et al. 2003: 26). La identificación de la exclusividad de producción en un espacio, dependerá del contexto arqueológico particular, pero en todos los casos, será posible caracterizarlo como exclusivo, toda vez que se conserven los restos de los medios de producción especializados en la producción de determinados objetos y restos de los mismos en sus distintas etapas de producción. La ocurrencia de objetos no terminados o defectuosos de una misma clase artefactual, así como medios e instrumentos de trabajo, serán indicadores empíricos de una exclusividad del espacio, y en consecuencia de una especialización del trabajo allí realizado.

A diferencia de la dicotomía planteada por Meillassoux entre especialidad y especialización, un trabajo especializado no conlleva necesariamente a exclusividad de

dedicación. Es decir, puede ocurrir especialización aún cuando las personas dediquen tiempo a otras actividades. El grado de especialización del trabajo, en relación al tiempo de trabajo invertido para la producción de determinados objetos, sujetos o mantenimiento, aumentará de manera directamente proporcional a la *intensidad* de la dedicación otorgada a producciones que superen las necesidades individuales o socio-parentales. El grado de dependencia o autonomía de los y las especialistas no obedece directamente a la forma política implicada en la organización de la producción, sino al modo en que las relaciones sociales gestionen el acceso de dichos especialistas al consumo del producto social global, la distribución de los productos especializados, su compensación por el trabajo realizado y además, del acceso al consumo del producto social global de quienes sostienen la vida económica en general. En otras palabras, no sólo es relevante la situación de simetría que mantiene la persona especialista en relación a la compensación de su trabajo, sino de todo el colectivo que sostiene la producción especializada.

Es posible que la cuantificación de la intensidad necesaria de trabajo, es decir, de la *dedicación* a un trabajo especializado para determinados objetos, sea una de las problemáticas más difícilmente sorteables desde la arqueología, por una parte, porque la cuantificación del volumen de la producción puede estar distorsionada por las restricciones selectivas, antrópicas o postdeposicionales a las que están sometidos los conjuntos arqueológicos, y por otra, por el nivel de conocimiento arqueológico de los procesos tecnológicos involucrados. Existen numerosos esfuerzos que se han encaminado en la dilucidación de esta cuestión; desde la arqueología experimental para la medición del tiempo de trabajo y técnicas empleadas en la producción de determinados artefactos, hasta los análisis funcionales que buscan conocer las *huellas de producción*⁹. Como sea, la cuantificación de la intensidad de trabajo, así como el volumen de lo producido, requiere de un conocimiento pormenorizado de todos los parámetros físicos que participan en la especialización del trabajo. Su consideración conjunta resulta imprescindible para calificar el carácter exclusivo o no de ésta.

En general, a medida que aumenta la simplificación del trabajo y la exclusividad de los espacios de producción, se debería esperar un aumento en el volumen de la producción. Asimismo, un incremento de ambos factores estaría facilitado por un aumento en la estandarización de los medios de producción, el que permitirá el sobreproducto gracias a un incremento en la productividad. En el capítulo de metodologías (*crf.* Capítulo 8) se abordan los requerimientos mínimos que se necesitarían para una evaluación de la intensidad de trabajo invertida en la producción de las CC, y los parámetros particulares que se requieren, tanto de acuerdo al orden artefactual al que refieren, así como a la realidad arqueológica de la que participan.

Por último, junto a los indicadores de especialización antes mencionados, habría que añadir el intento por reconocer si los productos proceden o no de una o de varias unidades de trabajo. Aquí, más que la estandarización de objetos pueden ser rastreadas las variabilidades secundarias. O sea que una clase estandarizada de objetos puede mostrar variabilidades que discriminan atributos no de factores de estandarización, sino que informativos sobre particularismos de las *unidades de trabajo*. Por tales se entienden a un grupo de personas que participan con mucha o poca dedicación en la

⁹Se incluyen en las *huellas de producción*, las huellas de fabricación, mantenimiento, uso y desgaste, entendidas como toda transformación física o química acaecida durante la circulación de cualquier objeto o sujeto en sociedad (Risch 2002: 27)

producción de un producto. En tal caso, podrán existir especialistas que guíen el trabajo en sus distintas etapas y personas no especializadas pero que pueden adquirir experiencia (aprendizaje de habilidades). Las *unidades-grupos de trabajo*, por lo tanto, pueden ser una, algunas o muchas, pero también pueden involucrar a gente con un trabajo mucho o poco especializado (con mucha o poca dedicación-aprendizaje-experiencia). La existencia de *unidades de trabajo*, a su vez, puede ser estable y permanente, o circunstancial al sobreproducto requerido socialmente. Las actividades constructivas o de mantenimiento de un edificio o de una obra pública, por ejemplo, pueden requerir que circunstancialmente se formen *unidades de trabajo* que se encuentren guiadas por especialistas, pero de la que participan personas que no necesariamente se dediquen todo el tiempo a dichas producciones. En el otro extremo, la división técnica del trabajo (en una diversificación productiva) puede llevar a que la producción de un determinado objeto requiera de distintas etapas que necesite en cada una de ellas de personas que adquieren conocimientos y habilidades mediante el ejercicio de trabajos no especializados, pero que están insertos en un proceso de trabajo guiado por especialistas. Tal caso puede aplicarse a la producción de objetos ocurrida en talleres, donde en el proceso de trabajo participan distintos/as individuos con diferentes grados de especialización.

En suma, la identificación de la especialización del trabajo de una determinada producción debe basarse en indicadores arqueológicos que cumplan con los requisitos que la hacen posible. Tal identificación deriva de las situaciones concretas de división técnica del trabajo, y no de una relación causal con la estandarización de los objetos. La estandarización de un objeto puede o no conducir a la identificación de especialización del trabajo, pero en ella se encuentran involucrados otros factores que no necesariamente provienen del hecho de la especialización. En todo caso, el nivel de estandarización debe circunscribirse, como se ha manifestado a las propiedades diferenciales de funcionalidad, composición y morfometría del conjunto artefactual, pero a ello deberán sumarse consideraciones que refuercen la posibilidad de que esa estandarización se deba, efectivamente, a un proceso de trabajo especializado. Esas consideraciones no se limitan al objeto, sino a los lugares donde se despliega el trabajo especializado, el que, en último término, está posibilitado por la exclusividad de tareas que ocurren en un espacio y por la estandarización de los medios de producción que harán, en definitiva, que la dedicación-experiencia se materialice en la transformación especializada de un segmento de la naturaleza. De esta manera, la posibilidad de llegar a plantear arqueológicamente que un tipo de trabajo es especializado, dependerá del reconocimiento empírico de los parámetros necesarios para que éste ocurra (*cfr.* Capítulo 6).

En el caso de la producción litoescultórica de bulto redondo o semi-redondo, como veremos más adelante, la elaboración volumétrica y el grado de desarrollo de los detalles escultóricos, requiere de un incremento en el dominio de la técnica para llevar adelante un proyecto que, en lo relativo a su diseño morfo-figurativo, se encuentra establecido por la normalización político-ideológica de los contenidos de la representación y un necesario manejo técnico y cognitivo para materializarlo. La covariación entre la estandarización morfo-tecnológica y la homogeneidad morfo-figurativa, así como las particularidades derivadas que promuevan la identificación de *unidades de trabajo*, son las que permiten el reconocimiento un trabajo especializado y, a partir de ahí, las consecuencias sociales que se pueden derivar en el estado actual de conocimiento de la realidad histórica en base a la información empírica disponible. Con

todo, el grado de la especialización del trabajo litoescultórico susceptible de ser reconocido con la base empírica actual, deberá ser contrastado con futuras investigaciones que aborden el problema del reconocimiento espacial de los lugares de producción y de los medios e instrumentos de trabajo involucrados en este tipo de objetos. Sólo sobre esa base será posible someter a prueba las hipótesis que en esta investigación se puedan derivar sobre el estudio exclusivo de los objetos finales y sus lugares de uso.

4.11. Recapitulación

El presente capítulo ha intentado abordar las bases teóricas generales sobre las que se asienta la presente investigación, buscando caracterizar el lugar del estudio de un tipo de objetos singulares en el marco general del conocimiento arqueológico de la materialidad social. He querido hacer hincapié en que esta investigación, aún cuando aborda un tipo de producción de objetos de un orden particular de las prácticas sociales, comparte con el resto de la materialidad arqueológica un lugar que es informativo sólo en el entendido del conocimiento de su producción y uso, ya que sólo en ellos se encuentran las claves del trabajo humano que le dio existencia.

El sentido del estudio arqueológico de la producción, en consecuencia, no sólo se encuentra en la descripción de los procesos técnicos de producción de objetos¹⁰, sino que abarca la producción de la vida social en su multidimensionalidad, entendida como todas las producciones que hacen posible la reproducción social; dentro de ella, la producción de objetos es sólo una más de las producciones socialmente necesarias, restituyendo a las actividades de gestación de sujetos y mantenimiento de sujetos la relevancia central en la reproducción social, especialmente de la fuerza de trabajo. Sobre esa base se destacó que, dada la naturaleza dialéctica de la producción -entendida como producción/distribución/consumo-, su estudio debe incluir los contextos de uso/consumo/disfrute/padecimiento de la materialidad social. De esta manera, será posible acceder al conocimiento de las bases de la distancia social y cuando sea factible identificar la retribución en el consumo/beneficio del trabajo invertido en la producción. A propósito, se destacó que la división de tareas, es decir, que la división técnica del trabajo deriva de la necesidad social de un sobre-producto, el que puede darse incrementando el trabajo o aumentando la productividad. De dicha división, no se desprenden relaciones sociales de explotación si no ha existido previamente una apropiación del sobreproducto que derive en excedente. En este contexto, se ha enfatizado en la relevancia del estudio de la especialización del trabajo, como un paso necesario para el conocimiento de la distancia social, pero no como explicación mecánica de ella, sino como las bases materiales donde cobran realidad las relaciones sociales.

Con estas consideraciones sobre la mesa, en el siguiente capítulo se abordará el problema teórico de las representaciones figurativas, atendiendo a su condición primera de materialidad social, para avanzar sobre el orden de prácticas sociales al que refieren y que moviliza su producción.

¹⁰Sensu «*le chaîne opératoire*» (Leroi-Gourhan, 1964).

CAPÍTULO 5

HACIA UNA TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES FIGURATIVAS

5.1. Introducción

“En...[el] nivel jurídico-ideológico de la organización social, los ‘valores’ pueden aparecer efectivamente como explicativos, y los ideólogos de la antropología se afirman en ellos gustosamente. Al hacer esto ignoran las condiciones económicas e históricas que están en el origen de la ideología y del derecho cuyas manifestaciones observan.”
(Meillassoux 1993 [1975]: 127)

En el anterior capítulo se ha señalado que las condiciones objetivas de la vida social poseen un claro contenido material que facilita su constatación empírica. En términos arqueológicos ello permite contar con un denominador común para los materiales o las porciones de materialidad que estudiamos: el trabajo humano. Este reconocimiento, sitúa a las manifestaciones materiales con representaciones en un plano de identidad respecto al origen de su concreción con el resto de materialidad social. De ahí que, como toda porción material humanizada, puedan ser estudiadas con las categorías que permiten valorar el trabajo contenido en la producción como un mecanismo indispensable para el estudio de la organización social de ésta.

La consideración de una teoría general introductoria para una teoría arqueológica de las representaciones figurativas (TARRFF) posee, en ese sentido, tres propósitos fundamentales:

- a) Restituir el factor primario que explica la existencia de toda materialidad social.
- b) Contar con categorías generales para el estudio de la materialidad social.
- c) Situar la teoría particular de las representaciones figurativas en arqueología, en el marco de una teoría social que sea explicativa de las relaciones sociales en las que intervienen las prácticas responsables del sentido social de su producción y uso.

Si bien la restitución puede parecer redundante, no lo es tanto cuando el tratamiento de las RRFF en arqueología ha tendido a obviar dicha condición originaria. Como se intentará mostrar en parte en este capítulo, uno de los problemas centrales del estudio arqueológico de la representación ha sido el alto sesgo con el que se ha abordado comúnmente este tipo de materialidad: primero, por la tendencia a concebir las imágenes como informativas en sí mismas, es decir, desconociendo los principios asociativos más elementales; segundo, por la arbitrariedad de las categorías de la observación habitualmente empleadas; y tercero por la tendencia a buscar significados subyacentes.

Debido a que el estudio de las RRFF ha sido incorporado “por la puerta de atrás”, es común localizar problemas conceptuales que derivan de la carencia de una teoría social general. De ahí que retomar aspectos como la organización social, del trabajo y del ciclo de la producción, sea de interés para contar con categorías transversales de estudio, que propicien primero criterios comparativos (p.e. en qué se trabaja más) y, luego, indicadores que permitan ponderar el nivel de correspondencia entre la representación y las condiciones materiales objetivas de las que derivan.

Dicho esto, en este capítulo se busca precisamente caracterizar aquello único o específico a lo que nos puede llevar el estudio de la representación en arqueología, ante lo cual convendría puntualizar:

- a) La porción de la realidad social a la que pueden llegar a referir las RRFF.
- b) Las prácticas sociales de las que derivan y a las que se orientan.
- c) La caracterización teórica del funcionamiento de esas prácticas.
- d) Los indicadores arqueológicos para su reconocimiento.

Entonces, si en el anterior capítulo se intentó clarificar la importancia de su estudio como materialidad social en general, en el presente se ofrece una teorización en torno a su singularidad como expresión de una práctica social concreta, incidiendo en los potenciales y los límites de su consideración científica. Para ello esta sección se ha organizado de la siguiente manera: para comenzar, se presentan de modo sintético los principales problemas teóricos y conceptuales del estudio de esta categoría material en arqueología; sobre ese reconocimiento se recogen algunos planteos de teoría social de relevancia respecto a las prácticas de representación humana; posteriormente, se intenta ofrecer la formulación de los principales aspectos teóricos que es necesario considerar para una TARRFF, la cual recoge aportes previos y algunas consideraciones originales; finalmente, se intenta sistematizar algunos principios que permiten avanzar en la formulación de una metodología que recoge los indicadores necesarios para llegar a contrastar los conceptos planteados y su aplicación a este caso de estudio.

5.2. Problemas del estudio arqueológico de las RRFF

Para avanzar hacia la formulación de una teoría de las RRFF es necesario reconocer qué se ha hecho y qué se ha dicho respecto a los sistemas de representación en la prehistoria. Para ello no realizaré una recopilación del estado de la cuestión ni una discusión bibliográfica detallada, sino que buscaré establecer los principales argumentos que de forma transversal o antagónica, caractericen ciertas teorías fundamentales.

Se ha indicado que la producción de materialidad social en una determinada situación histórica, o bien reproduce las condiciones existentes o bien las transforma en alguna de sus características. Dentro de esa producción, las personas no sólo producen objetos para su uso en nuevas producciones, sino que también realizan representaciones de su realidad, ya sea en su versión concreta o imaginada: lo que piensan, desean, rechazan, sienten etc., acerca de ella. Una definición concreta se ha adelantado en la presentación de esta tesis. Pues bien, esas representaciones llegan a ser visibles en el registro arqueológico porque reconocemos su presencia física, generalmente en imágenes que podemos identificar con alguna forma de la naturaleza percibida: es esa presencia física la única porción de la representación a la que tenemos acceso desde la arqueología¹. Ese es el hecho universal: seres humanos que realizan representaciones de su realidad (real o imaginaria), ya sea de forma individual o colectiva. Todo lo que se diga a posteriori son elaboraciones teóricas que requieren una evaluación para ponderar su utilidad como medios analíticos para la aprehensión arqueológica de lo que actualmente percibimos representado.

¹Sirva esta acotación para hacer referencia a que la representación que hacen las personas de su realidad, concreta o imaginada, no es exclusivamente en imágenes, sino que puede ser expresada en diversas manifestaciones simbólicas o no, que no necesariamente se traducen en materialidad: la escenificación, la música, la danza, el relato oral, incluso el deporte, etc., son representaciones a las que no tendremos nunca acceso desde la arqueología de manera activa, sino sólo si es que podemos constatar los medios de producción que las hacen posible (los instrumentos musicales, son un buen ejemplo).

Para nuestros propósitos este punto de partida es gravitante, pues permite observar con mejor resolución las trayectorias ontológicas que han orientado las formulaciones o adaptaciones teóricas para el estudio arqueológico de lo que aquí se entiende por RRFF, pero cuya porción física, ha sido denominada según sea la forma de caracterizar teóricamente qué son y para qué sirven.

Entonces a *grosso modo*, es posible identificar dos principales tendencias ontológicas en arqueología que bien pueden relacionarse con los grandes bloques modernos en teoría social: una primera, idealista, que sostiene tácita o explícitamente, que existe una “unidad psíquica” humana, por lo que es posible acceder al pensamiento de quienes realizaron y/o usaron la representación, y en consecuencia que desde la arqueología se pueden llegar a “descifrar” los sistemas simbólicos, es decir, que es posible acceder al contenido del símbolo, exclusivamente a través del signo, toda vez que medie una metodología capaz de leerlos. Otra, empirista, que no cree que la representación tenga un lugar determinante en la reproducción social, sino que opera como un residuo de los sistemas normativos, mediante los cuales los grupos humanos logran adaptarse al entorno del cual les tocó ser parte. Bajo esta óptica, la voluntad es vista con un valor marginal y, en consecuencia, los sistemas de representación y los sujetos que los gestionan, no poseen un papel activo en la transformación de su propia realidad. A partir de aquí, es posible desprender las principales líneas de investigación que, dada la hegemonía de la arqueología anglófona, se han instalado como las versiones autorizadas de las alternativas teóricas existentes para el estudio de las representaciones.

5.2.1. Las arqueologías y el estudio de las RRFF

La noción de “arte primitivo” parece ser una de las expresiones iniciales donde rastrear la consolidación del interés por el análisis de los sistemas simbólicos en la prehistoria, incluso cuando la práctica arqueológica era aún fruto de actividades coleccionistas sin mayores pretensiones científicas. En el andar, y movilizadas por los dos bloques ontológicos arriba propuestos, las formas explicativas de abordar dicho “arte” tomaron cursos sinuosos, a veces bien ajustados a las ontologías de partida, y otras, interferidos por las condiciones particulares de la *normalidad* disciplinaria. Desde formas singulares de expresión de la realidad, hasta medios de comunicación que participan de sistemas de información para la determinación de los límites de las identidades sociales, los recursos conceptuales para abordar teórica y metodológicamente este tipo de manifestaciones se pueden entender por la mayor o menor influencia conceptual y metodológica de la historia del arte o de la antropología. Dichas diferencias, pueden encontrar entre sus factores explicativos variaciones nacional/territoriales (Europa y EEUU), idiomáticas/nacionalistas (borde mediterráneo y norte europeo) y político/ideológicas.

La influencia de la historia del arte en Europa, especialmente, entre los países del borde mediterráneo, no sólo concierne al curso que tomaron los estudios de la representación, sino que es el fundamento mismo de la gestación de disciplinas como la arqueología clásica y prehistórica. En general, el estudio del arte primitivo/prehistórico se encontraba justificado porque permitía la constatación del humanismo contenido en la sensibilidad propia de la evolución del *Homo sapiens*, idea que se iría poco a poco reforzando por su

vinculación con las posibilidades evolutivas propiciadas por el desarrollo del lenguaje, pero sin superar el humanismo empático inicial.

En las primeras décadas del siglo XX el despliegue metodológico no superó el formalismo característico de las aproximaciones dominantes en historia del arte durante el siglo anterior, especialmente en uno de los primeros usos de la categoría de *estilo*, entendido entonces bajo la definición de Wölfflin (2004 [1915]), esto es, como conjuntos de maneras que describen formas y temas, expresión de un lugar, un tiempo y una personalidad. Las representaciones importaban como expresión de lo definido por las categorías de la *estética*, en el sentido aun restringido del estudio de lo sensible que contendría la experiencia humana (Baumgarten 1750); aunque el propio Baumgarten no estuvo particularmente interesado en el “arte primitivo”. No es necesario inquirir demasiado para advertir que las principales críticas se han referido a los problemas a-históricos e idealistas a los que lleva esta perspectiva (Hadjinicolaou 1983). Si bien dichas categorías han tomado un curso de definiciones propias en arqueología, es desde ese lugar a partir del cual se puede dar cuenta de lo que podría considerarse como una cierta insistencia en el uso de herramientas conceptuales tremendamente polisémicas que contribuyen a confundir las categorías analíticas con la realidad objeto de estudio.

Si la historia del arte se interesó en los objetos arqueológicos decorados por el valor estético que se les atribuía, la antropología intentó entender el papel que jugaban los sistemas simbólicos en la cultura. Franz Boas (1947), por ejemplo, se interesó en el arte no sólo atendiendo a su contenido estético o de habilidad, sino especialmente por su capacidad de transmitir y concentrar símbolos de significado múltiple compartidos por todo el grupo social. De esta manera, se consideró que las formas artísticas de los grupos primitivos estarían condicionadas por su configuración social, por el medio ambiente, por la disponibilidad de recursos, por el nivel tecnológico del grupo y por su funcionalidad. Desde Taylor y Morgan, en mayor o menor medida, la antropología y la etnología en su versión francesa, ha entendido la relevancia de considerar el rol que los sistemas simbólicos poseen en la cultura. Ese entendimiento deriva, obviamente, de la observación de sociedades vivas, por lo que la mayor cantidad de formulación teórica deriva de material etnográfico. Sin embargo, el uso reiteradamente acrítico de formulaciones basadas en las evidencias etnográficas, ha supuesto una constante carga en arqueología.

He seleccionado las dos mayores influencias disciplinarias en arqueología para el estudio de la representación, porque parecen dar explicación a dos problemas recurrentes en la práctica de la investigación: por una parte, la valoración de la imagen en sí misma derivada de la historia del arte, especialmente a través del concepto de estilo (*infra*), ha conducido a explicaciones que tienden a la descontextualización histórica y social de la materialidad social que contiene representación; y por otra, el uso de categorías teóricas derivadas de la observación etnográfica en antropología, tiende a la universalización de las prácticas humanas. Ni lo uno, ni lo otro son problemas propios de la historia del arte o de la antropología, pero sí del tratamiento que habitualmente ha hecho la arqueología de ellas.

En síntesis, podría decirse que la arqueología tiende, por las razones antes descritas, a un tratamiento esencialista y ahistórico de las manifestaciones materiales que contienen RRFF. Para puntualizar dicho tratamiento, en lo que sigue intentaré abordar brevemente algunos

conceptos centrales desarrollados al amparo de ambas influencias disciplinarias, para posteriormente detenerme en una revisión crítica de la categoría mayormente empleada para la sistematización de la variabilidad de las imágenes en arqueología, el *estilo*.

5.2.2. Arqueología e historia del arte

Si la idea del “arte² primitivo” fue el lugar de arranque de la influencia que tuvo la historia del arte en arqueología, posteriormente ésta se fue desdibujando hacia ejercicios metodológicos aplicados sobre materiales arqueológicos desde la historia del arte o desde la arqueología. Si hay algo que le debemos a la historia del arte en arqueología, es la incorporación de categorías especialmente empleadas en algunas de las versiones más conservadoras de ésta. “Arte primitivo” o rupestre, estilo artístico (o decorativo) así como las metodologías ensayadas para su estudio, no son otra cosa que la manifestación de la academización en las bellas artes del estudio del espíritu sensible como uno de los ejes centrales que definen lo propiamente humano: la noción del arte primitivo como “origen”, a mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, es el reflejo de la idea lineal, evolucionista y teleológica del humanismo empático característico de la racionalidad ilustrada. Ello sirve, por una parte, como testimonio de la profundidad temporal acerca de la idea de lo bello de la experiencia sensible como constitutiva de la experiencia antropocéntrica, pero por otra, como elemento para reconocer “lo humano” en los pueblos primitivos modernos. Este es el mismo argumento, que sustenta numerosos trabajos contemporáneos en la defensa de una estética precolombina, no sólo como reconocimiento de lo necesariamente civilizado, sino como esencia histórica.

Ahora bien, este razonamiento, no parece haber sido reflexivamente incorporado, pero inevitablemente se asume al emplear metodologías que derivan de él. El método iconológico, especialmente en su versión más ortodoxa, ha sido el más profusamente empleado. En la propuesta original de Panofsky (2001 [1982]) la interpretación iconológica puede definirse como el medio para alcanzar el contenido del tema de la obra el que revelaría la actitud de fondo de un pueblo, de un periodo o de una clase. Los pasos de su propuesta metodológica (descripción pre-iconográfica, análisis iconográfico e interpretación iconológica) permitirían, entonces, llegar a comprender los significados, toda vez que el conocimiento tipológico pormenorizado pueda ser contextualizado con la mentalidad de la época mediante fuentes escritas. Si bien desde la propia sociología del arte, y otras corrientes críticas, se ha desacreditado el enfoque inocente de Panofsky, por considerar que las fuentes escritas son un testimonio neutro y completo de la realidad social histórica, los fundamentos críticos de su método para el estudio de las representaciones figurativas pre-coloniales, en el caso latinoamericano, se han hecho en otra dirección.

Para ilustrar su influencia, he tomado los alegatos realizados desde la propia investigación andina en sus dos frentes: arqueología e historia del arte. Desde la arqueología, Makowski, por ejemplo, sin invalidar la metodología de Panofsky, recuerda que las informaciones etnohistóricas más tempranas datan de la conquista, las cuales se refieren por lo común al

² No profundizaré en los problemas etnocéntricos y reduccionistas del empleo del término “arte” en arqueología. Algunas reflexiones interesantes, aunque aún reduccionistas, pueden consultarse en (Bermejo Barrera and Linares García 2006).

ámbito serrano (1987,1989. En Victorio 2010: 56); sin embargo, las fuentes iconográficas más *claras y completas* provienen de la costa, durante los denominados períodos Intermedio Temprano y Horizonte Medio. Considerando esta limitación temporal y la incongruencia espacial, a su juicio, el uso de las fuentes etnohistóricas como herramientas de interpretación del contenido de la representación carece de rigurosidad.

En una línea muy semejante, ahora desde la historia del arte, Bovisio sostiene:

“El modelo de análisis que Panofsky construye se basa en los materiales con los que trabaja el arte occidental fundamentalmente tardomedieval, renacentista y barroco, de modo que su aplicación a la producción plástica prehispánica presentan varias dificultades: la fundamental es la ausencia de fuentes escritas coetáneas o, en el caso de algunas culturas mesoamericanas, la existencia de un sistema de escritura limitado y articulado con el icónico, lo que implica la ausencia de fuentes acerca de “la historia del estilo”, y de fuentes iconográficas, tornándose imposible el análisis en los tres niveles, preiconográfico, iconográfico e iconológico.” (Bovisio 2004: 16)

Por lo tanto, tanto en arqueología, como en historia del arte, lo que se pone en entredicho es la operatividad del método ante la ausencia de datos, no el método en sí mismo. De ahí que Makowski sugiera la necesidad de buscar “soluciones metodológicas” para el desarrollo de una iconografía rigurosa. A los tres niveles analíticos propuestos originalmente por Panofsky, añade una nueva nomenclatura: a) nivel de figuras autónomas (nivel preiconográfico), b) nivel de las escenas (nivel iconográfico), y c) nivel de los temas (iconológico) (Makowski 1989, Prefacio. En Victorio Op. cit.: 57). No obstante su confianza en la utilidad de este método, Makowski considera que la mayoría de la investigación arqueológica ha utilizado “*la iconografía de modo directo y poco crítico como ilustración de sus hipótesis*” (Makowski 2000: XII), sin tener presente que al desconocer el pensamiento de la sociedad a la que pertenece el motivo iconográfico se ignora el significado real, pues éste depende del contexto y de los fines y usos para los cuales fue creado.

En el capítulo 3 se ha mostrado cómo esta crítica se encuentra ampliamente justificada. Efectivamente, en las analogías realizadas con fuentes etnográficas/etnohistóricas diversos autores (Curatola 1991; Lathrap 1973; Lathrap 1974; Roe 1974; Roe 1982; Roe 2008)³, recurrieron a las convenciones propuestas por Rowe como un marco de realidad sobre el que justificar la profundidad temporal del pensamiento andino. Sin considerar el error de situar en un plano de identidad el Perú antiguo con un territorio que no se condice con la actualidad de los límites de los modernos estados nacionales, es correcto lo que señala Victorio, cuando plantea que:

“Se debe recordar que se desconocen los códigos de expresión del Perú antiguo, así como sus mentalidades, es decir, el modo cómo conocieron, expresaron y representaron la realidad. Por lo tanto, no se puede saber si las imágenes que se están analizando a la luz de los estudios iconográficos son representaciones de la realidad, alegorías, caracterización de mitos o escenas rituales; tampoco si se trata de un mismo personaje que puede ser presentado con distintos atributos...” (Victorio 2010: 59)

³ Por ejemplo, véase la interpretación del Obelisco Tello: <http://udel.edu/~roe/chavin.html#tello>

Ahora bien, si desde la historia del arte se reconoce el problema del método iconográfico para acceder al significado de las representaciones, éste se basa no en la razón de la inexistencia de puentes entre nosotros/as y el pensamiento humano pasado, es decir de un problema lógico, sino en que el “tema” no es el elemento básico de la obra, sino sólo uno de sus componentes (*Ibíd.*). De ahí surge uno de los principales problemas de los estudios de la historia del arte de las representaciones prehistóricas: la consideración de la experiencia sensible como un fenómeno que ocurre según un patrón universal, aun cuando no se evalúe su calidad estética. Esto es sintomático, por ejemplo, cuando se concibe a la representación figurativa arqueológica como “obra de arte”: *“El significado de la obra de arte no se establece actualmente solo por la temática de la imagen, sino también por la estructura de la composición que conjuga sus diferentes elementos”* (*Ibíd.*). Es decir, se le otorga a las categorías de análisis empleadas en el arte contemporáneo, un valor de aplicabilidad universal.

“...se debe tener en cuenta que la fuente de estudio para la historia del arte son las propias obras; esto implica que para el estudio del arte del Perú antiguo se requiere aprender a ver los objetos del pasado, desarrollando el sentido para captar su propio juego formal como si se tratara de un nuevo lenguaje. Para esto se hace necesario aprender a entender su vocabulario, gramática y sintaxis.” (Victorio 2010: 60. El destacado es mío).

O en palabras de Bovisio:

“...la arqueología ha impuesto ciertos puntos de vista que, en el caso de la producción plástica, dejan de lado todo lo que concierne a la problemática específica del lenguaje: las “obras” se usan como meras fuentes de información, reflejo de la realidad socio-política y se olvida que son realidades expresivas, es decir, comunicativas, con lógica propia. Realidades a través de las cuales, tal como plantea Francastel (1970), las sociedades materializan para sí mismas y para el exterior los principios que orientan sus acciones en el mundo, a partir de un modo específico de lenguaje fundado en un modo específico de pensamiento: el pensamiento plástico.” (Bovisio 2004: 1)

Dos comentarios. Si bien puede aceptarse el tratamiento de la representación como un sistema de lenguaje, debe hacerse en atención a las posibilidades que ofrece el material: un estudio lingüístico sin lengua, es como una entrevista sin entrevistado. ¿Qué aspectos entonces se pueden llegar a conocer de ese sistema de comunicación? Pues como reconocía Makowski, al menos ninguno de sus significados; a lo que habría que agregar, ni el de los/as emisores, ni el de las/os receptores. Todos los cuales pueden a su vez ser polisémicos. Y aun así, si aceptásemos que los sistemas de representación, en cuanto sistemas comunicativos, pueden ser estudiados con las herramientas que ofrece la lingüística, habría que reconocer que su lógica propia, el sentido, no puede entenderse “fuera” de una realidad socio-histórica concreta.

Segundo, si es cierto lo que señala Bovisio, respecto a la lógica propia de las realidades comunicativas que manifiesta el pensamiento plástico, cabría preguntarse: ¿tenemos acceso al pensamiento de las personas exclusivamente mediante el resultado material de sus acciones? Si es así, ¿cómo? Es decir, qué metodologías nos llevarían a identificar uno, dos o varios pensamientos. Si por lenguaje plástico se entiende que como medios comunicativos de ideas poseen un sentido social diferente del de artefactos involucrados en objetos de producción o consumo económico, estaremos desatendiendo la porción abstracta, e incluso simbólica que todo material puede involucrar: cualquier objeto puede

portar una o varias ideas, y no son necesarias las imágenes para ello. Se trata de un círculo argumental que inevitablemente nos lleva a esencializar y atomizar las prácticas humanas de la comunicación.

5.2.3. Representación y simbolismo en arqueología

Si la influencia de la historia del arte marca de buena manera la tendencia esteticista propia del humanismo empático de los enfoques histórico-culturales en arqueología, existe toda una tradición de influencia antropológica que se asienta especialmente desde la ecología cultural, la teoría de sistemas, el funcionalismo y el neoevolucionismo de los años 50 y 60 del siglo pasado en arqueología, que cambia la hoja de ruta en la práctica disciplinaria en general, y la forma de entender y atender a las RRFF en particular. Aun cuando nunca se ha abandonado la noción de “arte” con cualquiera de sus adjetivos étnicos/exóticos y la categoría de estilo como herramienta clasificatoria, ambas vestigio de la herencia de la historia del arte, la mayor influencia de la antropología angloamericana primero, y de la etnología francesa después, cambian el eje del estudio de la representación en arqueología.

Si bien me referiré básicamente a lo ocurrido después de la Nueva Arqueología, aún la arqueología *normal* suele seguir integrando en su práctica conceptos cercanos al humanismo empático derivado de los enfoques histórico-culturales, a pesar que ninguna de las aportaciones teóricas desde entonces defiende ideas esteticistas o procedimientos puramente descriptivos que se fundamenten en la idea de un espíritu humano histórica y universalmente compartido. Por otra parte, es posible que la insistencia en el estudio del arte primitivo o de los horizontes estilísticos de la historia cultural, haya estimulado una desatención por parte del procesualismo de los materiales con representaciones o, en último término, su desplazamiento a los márgenes de los sistemas adaptativos. Y es que llevaban razón en algunos aspectos. La continua asistematicidad, el extremo descriptivismo así como la ausencia de cuerpos teóricos explícitos que generaran preguntas de investigación, dejaban al estudio del arte primitivo como un mero anecdotario de cosas viejas con decoración.

Si bien tanto Clarke como Binford integraron nociones para la definición de las RRFF dentro de los subsistemas de creencias o los sistemas simbólicos, no se preocuparon demasiado de una sistematización de su estudio y, en general, continuaron replicando los tópicos comunes para la interpretación del arte prehistórico que había instalado la historia cultural. A nivel explicativo se intentó su integración mediante las herramientas que ofrecía la ecología cultural y el neoevolucionismo, cuyo formalismo impidió la elaboración de una propuesta para la arqueología, reflexionada con las herramientas de la teoría social crítica, que a esas alturas eran robustas en la materia. Por la misma razón, el privilegio otorgado al estudio de los sistemas de subsistencia, como mecanismos centrales de la adaptación extra-somática que permitía la cultura, hizo que las RRFF y los sistemas simbólicos en su conjunto se vieran como epifenómenos de la adaptación (Trigger 1989). El razonamiento podría ser resumido como el que sigue: los grupos humanos generan dispositivos culturales para la adaptación ambiental. Uno de esos dispositivos es el subsistema simbólico, que le otorga sentido al resto de los dispositivos materiales, que son los “propriadamente” adaptativos, exitosos o no. De ahí que las creencias y el mundo de las ideas sirva para

reforzar al resto de los mecanismos materiales asegurando condiciones suficientes para la cohesión o continuidad social.

En consecuencia, el interés por el estudio de las RRFF en arqueología retorna como respuesta a la desatención que esta materialidad había padecido en la Nueva Arqueología. No es nada nuevo recordar que uno de los principales alegatos del postprocesualismo a la anterior escuela, fue el protagonismo otorgado a la base económica, al cientificismo metodológico y a la inocencia política. Ello llevó rápidamente a la incorporación de conceptos fraguados al fragor del entusiasmo postmoderno en sus distintas versiones antropológicas. La antropología simbólica y post-estructuralista, influenciadas a su vez por el giro lingüístico en ciencias sociales ocurrido durante las últimas dos décadas previas a los años 80', colocaban precisamente a los sistemas simbólicos, a la comunicación o a los discursos y a la acción política como los factores determinantes del cambio sociocultural y, en última instancia, como ámbitos con una lógica propia, es decir, no mecánicamente determinados por las formas económicas.

En un momento transitorio, es decir, cuando la Nueva Arqueología comenzó a recibir las primeras pedradas, autoras como Washburn (1983), por ejemplo, señalaron respecto a los estudios cerámicos, que la forma que presenta un objeto debe ser considerada como una variable relevante, pero que la decoración debe adoptar el estatus de una variable independiente y prioritaria. O, Wobst que llamó la atención respecto a que el estilo decorativo era una variable que necesariamente debía ser incorporada al resto del sistema social como una categoría analítica de los sistemas sociales, en cuanto intercambio de información (Wobst 1977). Se trataba de tiempos agitados, claro está. Pero a partir de aquí pueden trazarse básicamente dos grandes caminos que caracterizarán a la práctica disciplinaria dominante durante los siguientes veinte años, dentro de los cuales, el eje central pasa a ser el rol que se le asigna a los materiales con RRFF, ya no sólo en el conjunto definido por el registro arqueológico, sino en la experiencia humana misma, con lo cual, en ambos caminos, se invierte el sentido epifenoménico otorgado por el procesualismo a los sistemas de representación.

5.2.3.1. Arqueología Cognitiva

El primero de estos caminos es el desarrollado por una arqueología que quiere continuar siendo procesual, es decir, científica y objetiva: la Arqueología Cognitiva, que pese a no ser consecuencia del ambiente postprocesual, comparte la crítica a la desatención de la Nueva Arqueología a las representaciones o al simbolismo como fuente material para el estudio de la evolución de las capacidades cognitivas en el proceso de hominización y en la cultura. Esa crítica compartida debe entenderse en el contexto de estímulos previos y desarrollos posteriores que provienen y conducen a lugares diametralmente opuestos, de ahí que la metáfora de los caminos no sea sólo retórica. En cuanto a los estímulos, la crítica de la arqueología postprocesual deriva, como se sabe, del incentivo provocado por las corrientes postmodernas en filosofía y ciencias sociales, mientras que la de la arqueología cognitiva deriva de la psicología del desarrollo (v.g. Piaget), las neurociencias, la antropología simbólica (v.g. Geertz), la inteligencia artificial, la lingüística semiótica y en general, del influjo que supuso la crítica al conductismo en los años 40' en relación al estudio del pensamiento, los procesos de cognición y la ontogenia mental del individuo. En ese

escenario, a partir de los años 70' lo que se denominó intra-disciplinariamente como *Arqueología Cognitiva*, fue el efecto de la incorporación interdisciplinaria de los restos arqueológicos como fuentes empíricas complementarias para el estudio del desarrollo cognitivo como elemento central en el proceso de hominización. Dichas fuentes fueron, fundamentalmente, las herramientas líticas y el arte rupestre, entendidas como las manifestaciones materiales donde rastrear la transformación de conductas que permitieran inferir cambios en las capacidades cognitivas, con el propósito de caracterizar el proceso que había conducido a la configuración de las capacidades cognitivas modernas.

A nivel intra-disciplinario, desde sus primeras formulaciones a fines de los años 70, la *Cognitive Archaeology* se presentó como una necesaria complementación al estudio de los mecanismos adaptativos que buscaba averiguar el procesualismo (Flannery and Marcus 1993), pero en un ámbito de la conducta que éste había desestimado: la evolución de la mente y los procesos de cognición asociados que, al revés de la subsistencia, serían el verdadero motor del comportamiento propiamente humano (Renfrew 1975; Renfrew 1982). Si bien la arqueología cognitiva ha insistido en considerarse una arqueología procesual, debido a que su interés último es la objetividad científica, la inversión de la acción en idea la coloca en una posición antagónica al empirismo procesualista. De ahí, la crítica que Binford hizo al programa cognitivo, al recordar que el registro arqueológico conserva acciones, no pensamientos (Binford 1965).

Para Flannery y Marcus, por ejemplo, la Arqueología Cognitiva debería ocuparse de todos aquellos aspectos de la cultura antigua que son producto de la mente humana (Flannery and Marcus 1996: 350-355), integrados básicamente por los siguientes ámbitos:

- *Cosmología*: percepción, descripción y clasificación del universo.
- *Religión*: la naturaleza de lo sobrenatural.
- *Ideología*: principios, filosofías, éticas y valores que permiten la gobernanza de las sociedades.
- *Iconografía*: las maneras en que el mundo, lo sobrenatural o los valores humanos son manifestados en el arte.
- Otras formas del comportamiento humano que sobreviven en el registro arqueológico.

Una forma común de razonamiento en las secciones introductorias de arqueología cognitiva puede ilustrarse en la construcción de sentencias como la que sigue: “*el registro arqueológico se refiere de forma directa al comportamiento y, por tanto, a la mente de las especies estudiadas*”, es decir, una identidad entre materia (el registro arqueológico), comportamiento (sentido de las acciones), e idea (mente). Ahora bien, esta sentencia cobra relevancia crítica de manera diferencial según se trate del enfoque empleado: el evolutivo o el procesual cognitivo.

El primero se ha ocupado del estudio de la evolución de la mente, las capacidades cognitivas, motrices y lingüísticas, ya sea como factores causales, o como manifestaciones empíricas donde rastrear las transformaciones que llevaron a la configuración de la mente moderna de *Homo sapiens* (v.g. Bednarik 2008; Donald 1991; Lewis-Williams 2005; Marshach 1990; Mellars 2005; Mithen 1998; Wynn 1985). Debido a que el objetivo central del enfoque evolutivo ha sido el estudio del rol de las capacidades cognitivas en la evolución de la mente moderna, las variaciones teóricas y metodológicas han transitado en

la mayor o menor atención al estudio del proceso formativo de dichas capacidades, o bien a la definición del escenario en el que tuvieron lugar (Wynn and Coolidge 2011). Cualquiera sea la atención a uno o ambos objetivos, los principales debates han orbitado en torno a la relevancia otorgada o al lenguaje, o bien al simbolismo como motores evolutivos. Metodológicamente, ello se refleja en la atención prestada a las fuentes fósiles y sus características discretas y morfométricas, o a la caracterización de los útiles líticos y al surgimiento de las primeras manifestaciones simbólicas en el arte rupestre paleolítico. Las primeras encuentran mayores afinidades con la paleoantropología, mientras que las segundas con la psicología evolutiva.

Sin embargo, últimamente se puede hablar de una tercera alternativa, que más afín a los estudios basados en neurociencia, ha llamado la atención respecto a que las capacidades cognitivas superan a lo que tradicionalmente se ha considerado como constitutivo de ellas, el lenguaje y el simbolismo, los cuales serían aislables de las capacidades de planificación y resolución o *Working Memory Model* (Wynn and Coolidge 2011). En otras palabras, la evolución de lo que incluso difícilmente hoy día es posible delimitar como “características cognitivas exclusivas” de *Homo* moderno/a, no se resume en las capacidades o habilidades lingüísticas o simbólicas, sino en una serie de herramientas cognitivas que hacen posible la planificación de estrategias y la solución de problemas ante nuevos escenarios. Por su puesto que la comunicación simbólica y lingüística juega un rol importante en ello, pero considerarlas exclusivas desestimaría un sin fin de relaciones complejas a nivel neuronal que, necesariamente, deben ser entendidas en las relaciones sociales y situacionales en las que se despliegan.

Otro problema asignado al enfoque evolutivo es de mayor alcance ya que involucra un procedimiento que ha caracterizado a los estudios de biología evolutiva en general: la comparación entre ontogenia y filogenia. Efectivamente, uno de los recursos para observar empíricamente cómo pudo haberse dado la transformación en la adquisición de habilidades cognitivas en el proceso de hominización, ha sido la observación de dichas habilidades en el desarrollo infantil (v.g. psicología evolutiva de Piaget). En biología este razonamiento fue practicado durante el siglo XIX en lo que se conoce como *Teoría de la Recapitulación*, que suponía una *ley biogenética* (ley de Haeckel), en la que la ontogenia (el desarrollo del organismo) conserva (recapitula) los estadios adultos de la filogenia (desarrollo de la especie), ya sea por *condensación* o por *adición terminal*. Con el auge de la embriología experimental a principios del siglo XX la idea recapitulacionista entró en descrédito y, salvo algunos intentos por buscar una vía alternativa que reemplazara el aceleramiento de la recapitulación por el enlentecimiento de la *pedomorfosis* (aparición de rasgos juveniles ancestrales en los descendientes adultos), la relación entre ontogenia y filogenia se entiende en la actualidad en biología evolutiva exclusivamente en referencia a la evolución de las estrategias biológicas y la biología de la regulación. De ahí que el empleo de “*paralelismos*” entre el pensamiento en los/as niños/as y la evolución de la conciencia de la especie, iniciada por Piaget, sea para autores como Gould una confusión, ya que el psicólogo niega que se trate del uso de una teoría de la recapitulación en términos haeckelianos pero su procedimiento y sus resultado es como si lo fuera (Gould 2010 [1977]: 16).

De la literatura consultada el uso del paralelismo ontogenia/filogenia, sin un

cuestionamiento actualizado, parece común. Ante ello, cabría una crítica similar al problema central de las derivaciones de la ley biogenética, esto es, una idea teleológica y universal de los mecanismos de la evolución. Por el contrario, como insiste Gould: “... *todas las direcciones de cambio en la secuencia temporal son igualmente admisibles*” (Ibíd.: 12). A partir de aquí, también, pueden desprenderse otros dos problemas que emanan de la arqueología cognitiva en su versión evolutiva: el primero, respecto al individualismo y al determinismo biológico al que conduce la idea del desarrollo de unas estructuras innatas en la escala del individuo, es decir, naturalizado como unidad orgánica (Lewontin, et al. 2009 [1984]; Lindly and Clark 1990); y el segundo, respecto al mecanicismo en el que deriva el axioma según el cual los artefactos arqueológicos constituyen resultados o componentes directos o explícitos de la cognición (Jordan 2008; Noble and Davidson 1996; Wynn and Coolidge 2011).

Sin que sea necesario entrar en las minucias del debate interno respecto a las críticas arriba apuntadas, es conveniente retenerlas pues una de las médulas precisamente más criticadas del enfoque evolutivo es la que sirve de base epistemológica para el segundo enfoque, el procesual cognitivo. Efectivamente, para el padre de la Arqueología Cognitiva procesual, Colin Renfrew, el principio que rige el sentido de toda arqueología cognitiva puede ser definido como la idea de que las formas de pensamiento del pasado pueden ser estudiadas a partir de los restos materiales que documentamos en el presente (Renfrew 1994; Renfrew 1998), esto es, que existiría una especie de transcendencia entre idea y materia, ya que la primera puede ser expresada directamente en la segunda. Para ello necesariamente deben asumirse puentes o estructuras compartidas que nos permitan, desde el presente, extraer el pensamiento contenido o manifestado en los restos materiales. Esto ya lo había propuesto para la etnología, el estructuralismo, y este es precisamente una de las anclas teóricas que priorizan que ante capacidades cognitivas compartidas existe la posibilidad de acceder a las mentes de los productores materiales de signos, y mediante ese acceso al símbolo. Pero no es precisamente eso a lo que apuntaba Renfrew.

A diferencia del enfoque evolutivo que busca dar cuenta de potenciales o capacidades cognitivas, es decir, donde se despliega el mundo de las posibilidades, el enfoque procesual, explora en los restos materiales de las sociedades post-paleolíticas, cómo los símbolos movilizan al cambio cultural o caracterizan su “ethos”. Para ello, tanto Renfrew (Renfrew 1994; Renfrew 1998) como otros/as investigadores/as (Doran 1996; Flannery and Marcus 1993; Rappaport 1971) se han concentrado en destacar el rol de la religión o de los sistemas de creencias como cuerpos normativos, es decir, instituciones, en la emergencia de la complejidad como un reflejo de una capacidad cognitiva diferente a la racionalidad mítica característica del paleolítico superior (Donald 1991) y, en general, de las sociedades cazadoras recolectoras etnográficas. Esta capacidad, que Donald llamó la *cultura teórica* estaría posibilitada por el desarrollo de dispositivos de *almacenamiento simbólico externo* concretado específicamente en los sistemas de escritura. Sin embargo, para Renfrew “... *in Donald’s evolutionary sequence a missing phase*” (Renfrew 1998: 3), que sería aquella donde el rol de los artefactos como símbolos incrementa significativamente. Este incremento podría ser adscrito a aquellas sociedades neolíticas o etnográficas que no poseen escritura ni ciudades, y en donde los artefactos simbólicos o los símbolos materiales son los responsables de almacenar la memoria como después lo hará la escritura; es lo que Renfrew denomina *Cultura del material simbólico*.

Esta última idea encuentra explícitas afinidades con el rol significativo de la cultura material de Hodder (Hodder and Hutson 2003 [1982]), no sólo como reflejo de relaciones sociales y categorías cognitivas, sino como constitutivo de ellas. La diferencia radica en la creencia de Renfrew acerca de que los símbolos tienen existencia física, ya que sin ella no podrían tener un significado (1998: 3), mientras que para Hodder el significado, como veremos, no es exclusivo de los símbolos sino que forma parte constitutiva de toda cultura material y espiritual, es decir, antes que medular como lo es en Renfrew, en el sentido del ethos cultural, lo es de manera totalizante, tal como la idea de poder en Foucault, ya que media en cada una de las relaciones sociales.

La localización ambigua de Renfrew entre la búsqueda de la objetividad procesual y el estudio del pensamiento mediante la cultura material simbólica, le lleva a inconsistencias lógicas y epistemológicas. Respecto a la primera, como alega Hodder, a veces se ha mostrado firmemente convencido en la defensa de una posición positivista, al definir el registro arqueológico como aquellos restos reales que pueden ser declarados como libre de valores y sesgos de quien observa (Renfrew 1989: 39. En Hodder and Hutson 2003 [1982]: 37), mientras que en otras, como en el estudio de la religión, las definiciones de la investigación anteceden a los datos, toda vez que se buscan correlatos universales (Renfrew 1994), algo así como el estudio objetivo de la subjetividad extinta.

Pero, ¿cómo es posible el estudio de la mente mediante la cultura material, si según él mismo toda cultura posee una “hélice de interacción”, es decir, una trayectoria histórica particular en la que el desarrollo de las ideas será diferente en cada contexto? Como señala Hodder existe una contradicción interna al proponer que tanto “nosotros”, en el presente, como los “otros”, en el pasado, contamos con dispositivos de percepción determinados culturalmente, y al mismo tiempo pretender la posibilidad de una teoría coherente y universal acerca del pensamiento de “los otros”.

No obstante, a diferencia de cómo quiere hacer ver Hodder, la inconsistencia de Renfrew no radica en un materialismo no logrado, sino por el contrario en un idealismo determinista que, básicamente, deriva de puntos de partida ideológicos (Lull, et al. 2007). En efecto, la referida localización ambigua en la que se sitúa Renfrew lleva al segundo problema, el de que de la cultura material se puede inferir el pensamiento. La determinación del funcionamiento de los símbolos, necesariamente lleva a suponer significados. Nada más explícito hay en esa intención que considerar al símbolo como una manifestación del pensamiento con existencia física. Ya he mencionado que al suponer que los objetos son símbolos en sí mismos, se asume que el significado se conserva en la porción física a la que accedemos desde la arqueología, la cultura material, y que para ello, necesariamente se precisan estructuras de pensamiento compartidas. Si ello es así, entonces ¿cómo pueden ser entendidas las variaciones de significados que distintos sujetos sociales le pueden asignar a un mismo objeto? O ¿cómo es posible averiguar los diferentes colectivos que intervienen en la emisión y recepción de cuerpos normativos de comunicación? En la propuesta de Renfrew ello no es posible, primero porque el signo, lo que para él es el símbolo, es unívoco; y segundo, porque lo que denomina cultura, aparece como un agregado de humanos con iguales capacidades cognitivas, es decir que son movilizadores y movilizan de igual manera la producción simbólica.

5.2.3.2. Arqueología contextual

El segundo camino, es el desarrollado por la crítica post-procesual. Como reflejo de la declaración de la muerte de los meta-relatos, de la sospecha metodológica de la neutralidad valorativa positivista, y con ello a la capacidad de llegar a explicar la realidad con el método científico, y de la relevancia otorgada al lenguaje por el post-estructuralismo como la única condición social real, el post-procesualismo se instala desde un comienzo reclamando un lugar de primacía para el estudio los sistemas simbólicos en la prehistoria. No se trataba sólo de una crítica a la Nueva Arqueología, sino de una inversión del sentido de lo social.

La contraparte a la capacidad explicativa de las causas y la objetividad de quien observa, fue para el post-procesualismo temprano la convicción de que las diferentes interpretaciones, siempre ilimitadas y distintas, vendrán mediatizadas por el/la sujeto que las realice, quien estará inevitablemente condicionado/a por su situación presente, individual y particular, de modo que la ciencia, y con ello la arqueología, no puede ser otra cosa que un discurso con visiones múltiples y variopintas. La anti-epistemología post-estructuralista (Hindess 1977; Hindess and Hirst 1977) reclamaba, precisamente, que dado que no hay solo una representación correcta de la realidad, los discursos deben ser evaluados en términos de su propia consistencia interna.

Como lo que mueve la realidad social es el lenguaje, y ese lenguaje puede ser multisignificante, el estudio de las RRFF adquirirían un doble protagonismo: primero porque la ciencia, como modo de conocimiento, es sólo un discurso más, internamente multivocal; segundo, porque los procesos de simbolización a los que lleva el lenguaje deben ser considerados lo más relevante de la investigación social. Aquí la primera paradoja del proyecto post-procesual: si bien el lenguaje y la simbolización son el motor de la organización social, nuestra propia condición social nos impide dar cuenta de esa realidad. La salida, como en otras paradojas postmodernas, fue el relativismo dogmático del “todo vale” mientras la consistencia interna lo permitiera (Larraín 2010).

Con todo, ya se ha insistido suficiente en que la crítica post-procesual a la Nueva Arqueología, en las arqueologías contextuales, radicales o interpretativas, no se puede considerar ni un pensamiento unificado, ni menos un paradigma orgánico. En definitiva, es la fragmentación de los meta-relatos proclamada en los enfoques postmodernos, lo que caracteriza su propia práctica. Es por ello, que aún compartiendo puntos de referencia comunes respecto al retorno a la consideración de los sistemas simbólicos, las soluciones teóricas y metodológicas fueron muy variadas y, por lo mismo, no es posible hablar de un cuerpo de pensamiento integrado, ni menos de unos dispositivos metodológicos generalizados. Aún así, es posible trazar algunos ejes sobre los que se articulan algunos planteamientos esenciales que guían desde la década de los años ochenta el curso o, mejor dicho, “la espiral” de los estudios post-procesuales; aunque ese trazado peque de reduccionista respecto a las notables variaciones de pensamiento que han expuesto los/as principales investigadores/as a través del tiempo.

Para el Hodder de los años ochenta, el de *Symbols in action*, por ejemplo, la interpretación arqueológica de la mente era posible dentro de un concepto diferente de ciencia. El

reconocimiento de que la cultura está constituida significativamente, a juicio de Hodder, precisamente permite la toma de conciencia de las limitaciones de los enfoques existentes, lo que a su vez debería dar lugar a nuevos tipos de análisis e interpretaciones arqueológicas (Hodder 1982).

Al igual que Binford, la transformación del pensamiento de Hodder, visible entre la publicación de *Análisis espacial en arqueología* y *Symbols in action*, fue estimulada por el trabajo etnográfico. Efectivamente, el potencial etnoarqueológico, soslayando el problema de las analogías directas, es un interesante mecanismo para la formulación de hipótesis. Pero para Binford y Hodder fue, al revés, la base donde constatar que los conceptos vigentes en su momento eran incapaces de dar cuenta de la complejidad real de la conducta humana. En consecuencia, si para la Nueva Arqueología esa complejidad se veía en las relaciones sociales provocadas por los mecanismos adaptativos de la subsistencia, para el post-procesualismo hodderiano dicha complejidad residía en los significados implicados en los sistemas de creencias como determinantes para la acción social:

“Yet the links between society are much more complex than has been allowed because principles of symbolic meaning intervene. The archaeologist is unable to interpret information on settlement, burial, refuse, pottery decoration and so on without considering the role of the structure of beliefs and concepts in social action.” (Hodder 1982: 211)

Si el centro de atención se trasladaba de la base económica a los sistemas de simbolización o creencias (que suelen no distinguirse en una definición operativa) hacía falta entonces una metodología capaz de estudiarlos. Dicha metodología se orientó según la integración de conceptos clave como el de ideología, poder y *agency* (Dornan 2002), amparados en la hermenéutica como método de interpretación (Ricoeur 1974; Thompson 1981), y en las versiones post-estructuralistas para su definición. Es decir, en herramientas teóricas desarrolladas por la teoría social, especialmente relativas a la acción individual como potenciadora de transformaciones y a la interpretación subjetiva como mecanismo de conocimiento. Esto llevó a Hodder a optar⁴ por la consideración de la arqueología como una narrativa, y al registro arqueológico como un texto que debe ser antes que explicado, leído. Una lectura, que subjetiva e imaginativa, es propiciada desde la propia experiencia de quien observa (lee) y luego interpreta (narra). No se trataba de “leer” inocentemente, sino que, asumiendo a la propia disciplina como un “campo de acción ideológica”, el registro arqueológico conformaría un espacio en el que los distintos grupos sociales habrían desarrollado y actualizado sus estrategias de poder, empleando a la representación simbólica como un medio de negociación de la política siempre en disputa. En otro texto dice lo mismo pero respecto a la significación:

“Todos los aspectos de la producción cultural, desde la utilización del espacio (...) hasta los estilos de las vasijas y objetos metálicos, desempeñan un rol importante en la negociación y ‘fijación’ del significado por parte de los individuos y grupos de interés en la sociedad (...) En su esfuerzo por producir entidades delimitadas, los arqueólogos, más que presuponer normas y sistemas, utilizan su material para analizar el continuo proceso de interpretación y reinterpretación en relación con el interés, en sí mismo una interpretación de los hechos” (Hodder 1994b: 171)

⁴Digo “optar”, porque del planteamiento de Giddens y Thompson no se desprende, necesariamente, la textualidad ni de los hechos sociales, ni de los discursos científicos. Ésta es más bien una derivación radical del post-estructuralismo de Derrida.

Entonces, la fijación de significado en la representación simbólica serviría como medio de negociación del poder, tanto en las sociedades pasadas, como entre quienes practican la arqueología. Las diferencias estarían en cómo esa fijación ocurre según sea el grupo de interés implicado. Como en las sociedades pasadas y en la nuestra existen grupos de interés, los significados siempre serán múltiples: la multivocalidad entonces se encuentra desdoblada, por eso aunque no nos interese referirnos a la naturaleza del discurso arqueológico (Bunge 1989 [1983]), en el pensamiento de Hodder, y posteriormente de Shanks y Tilley, se encuentra siempre interconectado texto y significado, es decir, un fragmento o faceta de la producción del trabajo producto de la investigación científica, el conocimiento, y un pre-supuesto acerca del funcionamiento social, el significado. Eso es coherente con la idea de que la realidad depende del sujeto que la observa, pero lleva, evidentemente, a que no nos podamos referir a ella más allá de su existencia en el texto. En parte de aquí arranca también la defensa de Hodder por un idealismo histórico, en la medida que aún cuando la realidad es independiente de quien observa, la práctica de la observación al estar mediada por la percepción, la imaginación, los intereses y la condición social, impide cualquier propósito de objetividad. Por eso es que se trata de una *realidad subjetiva*.

El mismo Hodder intentó aclarar la inmediata crítica que suscitó la alternativa a la Nueva Arqueología, por idealista:

"(...) he discutido (...) un amplio número de dicotomías incluyendo la oposición entre materialismo e idealismo, proceso y estructura, sociedad e individuo, tendencias objetivas y subjetivas, explicaciones generales y particulares y entre Antropología e Historia. (...) A menudo la gente piensa que solamente creo en una de ellas —que soy un idealista que sólo cree en un relativismo subjetivo y en la imposibilidad de generalización. De hecho, sin embargo, lo que he denominado arqueología post-procesual (Hodder:1988) tiene como objetivo romper con todas esas dicotomías y estudiar las relaciones entre ambas partes —cómo funcionan las dos piernas juntas." (Hodder 1987: 22)

Pero las aclaraciones evidenciaron primero, fisuras teóricas y prácticas en el planteamiento de Hodder, no sólo por su inconsistencia sino por errores como el de la cita, donde establece una dicotomía entre contradicciones que no son necesariamente antagónicas (Velandia 2002: 7 de 13), sino dialécticas (véase, por ejemplo, la la relación necesariamente mutua entre acción y estructura de Giddens 1984); segundo, que no es posible reparar una de las médulas del planteamiento, presentándola a su vez como uno de los mecanismos para romper con esas dicotomías cuando el fundamento de la acción interpretativa se ha sustentado en la idea de Collingwood según la cual la imagen histórica es producto de la "imaginación del historiador" (2004 [1945]: 237), es decir, cuando la representación histórica se resuelve en uno de los elementos (quien observa) y no en la superación de la relación.

Algún efecto no explícitamente asumido deben haber provocado las críticas a las derivaciones extremadamente relativistas e idealistas del Hodder de principios de los 80' (especialmente el de *Symbols in action* y *Reading the Past*), para que el mismo reconociera que:

“...el mundo material se organiza de una forma pragmática. No hay razón alguna por la que ideas y aspectos materiales deban coincidir necesariamente. Se produce así una dialéctica que puede ser la causa de importantes transformaciones. Cualquier enfoque que defienda un idealismo o un materialismo estrictos pasa por alto la relación dialéctica entre lo ideal y lo material.” (Hodder 1990a: 381)

El problema de Hodder, en consecuencia, no sólo radica en su “extremo idealismo” sino también, como ya lo destacó Preucel, en que el procedimiento “empático” se justifica sobre la base de una continuidad entre pasado y presente, de tal manera que cada evento, aún único, posee un significado que puede ser comprendido por todas las personas en todo momento (Preucel 1991: 22-23). ¿Cómo es posible romper con la supuesta dicotomía materialismo/idealismo, entonces, si el método de entender y reproducir las narrativas son radicalmente idealistas? O, como puede desprenderse de la última cita, ¿Cómo pueden asumirse continuidades significantes, si no existe una determinación de la idea sobre la materia? Para el Hodder de *Reading de Past* (Hodder and Hutson 2003 [1982]), asumiendo que la porción material, la cultura material, puede ser leída de manera análoga a la lectura de los textos literarios. No se trata de una lectura “directa”, ya que el texto mismo, la cultura material, es un lenguaje menos lógico y siempre ambiguo: el acto de lectura del pasado involucra un diálogo continuo que se mueve entre el significado y el referente. Esta lectura involucra la transferencia de significado desde un contexto a otro a través de un ejercicio interpretativo en el cual cada actor individual puede decidir la significación más apropiada. Pero ¿Cómo es posible que diferentes lectores lleguen al mismo o similares significados? (Preucel 1991). A juicio de Hodder, primero, porque dada la ambigüedad siempre existente, el significado de un objeto nunca es fijo, de modo que es siempre sujeto de reinterpretación; segundo, el contexto, definido como experiencia organizada ejercida sobre un evento, determina el nivel con que se pueda decir que una misma cosa posee el mismo significado desde varios lectores (Hodder 1990a).

La arqueología contextual, ahora *relacional*, pre-supone en consecuencia que contextos arqueológicos bien organizados, ofrecerán la posibilidad a distintos/as observadores/as de llegar a conclusiones más o menos similares respecto al significado. Pero, lo que realmente importa no es si podemos acceder o no al significado de la cultura material, sino la definición de un significado consistente. El objetivo último de la arqueología sería, precisamente, el de llegar a la proposición de un significado satisfactorio para la interpretación de la acción social.

Ahora bien, un punto importante a tener en cuenta, es que para Hodder no se trata de una vuelta o de un interés especial por los materiales que poseen representaciones, sino que toda producción material, lo que él denomina la “cultura material” es la expresión de la “cultura espiritual”, es decir, que toda acción social, incluida la producción material, que es el referente al que tenemos acceso desde el presente, está constituida significativamente, que posee significado; y es ese significado el que moviliza las acciones sociales. En palabras del mismo Hodder, al interpretar los significados y el simbolismo del pasado, no se trata de entrar en las mentes de los “protagonistas prehistóricos”, sino la alusión a un simbolismo social y colectivo (Hodder 1990a).

Sin embargo, la selección de un conjunto de pasajes publicados en un texto no muy lejano de su publicación original al anteriormente citado, puede ser ilustrativa para dar cuenta de un

planteamiento en donde señala todo lo contrario:

“Comprender la acción es comprender los significados subjetivos, el interior de los conocimientos. Existe, por tanto, un estrecho vínculo entre historia e idealismo. Por idealismo no entiendo que el mundo material no exista; el término por el contrario (...) indica que el mundo material es tal como aparece. Debe ser percibido antes de poder actuar sobre él. El idealismo histórico es, pues, el estudio del modo como estos significados subjetivos surgen en contextos históricos; pero dado que la historia misma viene definida en términos de comprender la acción (...) y el interior de los acontecimientos, el término idealismo resulta excesivamente redundante en el presente contexto.” (Hodder 1994b: 105)

“Solamente cuando planteamos hipótesis acerca de los significados subjetivos presentes en la mente de una comunidad humana del pasado podemos empezar a hacer arqueología. Todos los enfoques presentados en este libro [estructuralismo, procesualismo, neo marxismo] han evitado enfrentarse directamente a esta triste situación. Los arqueólogos han preferido eludir el problema, aferrándose a la comodidad de la ciencia empírica, que no es más que una fachada agrietada y rota. Ahora tenemos que enfrentar directamente la subjetividad del significado.” (Ibíd.: 171)

“...se acepta la existencia de un ‘lenguaje’ universal de los significados de la cultura material que ayuda a ‘leer’ los ‘textos’ del pasado. (...) También he afirmado que, a pesar de las hipotéticas características universales del lenguaje de la cultura material y de la manera en que la cultura material está constituida de forma significativa mediante semejanzas y diferencias, la propia percepción de las semejanzas y diferencias depende de las formas creativas de percibirlas, que son, en parte, subjetiva e históricamente dependientes.” (Ibíd.: 174)

“...puedo decir que toda reconstrucción cultural depende de la atribución de significados subjetivos a los contextos históricos concretos (...) Pero al analizar el propósito, la intención que puede derivarse de un contexto histórico-cultural concreto, articulado dentro de un marco de acción social, no implica simplemente describir los datos de forma distinta y nueva sino que supone la adquisición de información adicional.” (Ibíd.: 117)

Pero ¿qué entiende Hodder por significado? Me he detenido en algunas ambigüedades que se desprenden de las ideas de Hodder, precisamente porque para el estudio de las RRFF es prioritaria la consideración de si es posible acceder a él. Es difícil recuperar una única definición consistente de qué es precisamente lo que Hodder está entendiendo por significado. Como queda en evidencia en el último cuerpo de citas, lo que parece ser un objetivo central de la arqueología contextual, es la recuperación de los significados subjetivos, lo que se encuentra justificado por la relevancia dada a la acción individual al incorporar la teoría de la agencia. Sin embargo, en la cita precedente declara que lo que realmente relevante es el acceso al simbolismo colectivo. Da la impresión, por lo tanto, que Hodder considera como equivalente en lo subjetivo, tanto a la expresión del simbolismo colectivo, como a la concreción de la acción individual. Ello se encuentra articulado, aparentemente, por la supuesta superación que persigue respecto a las mentadas dicotomías tradicionales, especialmente, a las de sujeto-objeto y las de individuo-estructura/sociedad.

Pero lo anterior es simplemente una interpretación, porque entre uno y otro texto, y entre un pasaje y otro en un mismo escrito, pasa de acentuar la prioridad del significado colectivo al individual sin solución de continuidad. Tengo la impresión, sin embargo, que un recuento dejaría en evidencia una frecuencia notablemente más alta respecto a la declaración de relevancia de la acción individual sobre la colectiva, y la superación de ambas en una solución que permita captar la mentada relación dialéctica, parece ser simplemente una declaración de buenas intenciones, ya que en definitiva...*meaning is agent-centred* (Hodder

and Hutson 2003 [1982]: 157).

La dificultad de asignar una definición única o al menos la evolución de la articulación de definiciones centrales en el pensamiento de Hodder es problemática, porque hay contradicciones que no se resuelven. Sin embargo, el ordenamiento de su pensamiento en algunos ejes temáticos basados en el fundamento de la crítica a la arqueología tradicional o procesual y que, en principio, podrían ser interpretadas como el medio de su superación en la arqueología contextual, quizá sirvan para extraer lo substancial de la propuesta hoddariana.

- a) *La acción*: para Hodder el interés de la arqueología por el estudio del pasado debería centrarse en la capacidad de los actores sociales, individuales y colectivos, en crear, actualizar y transformar su realidad. Se trata de una aplicación de la teoría de la agencia de Bourdieu y Giddens a la arqueología. El principio de la incorporación de esta teoría, parece localizarse en la forma pasiva en la que aparecían los sujetos en la Nueva Arqueología, derivada del adaptacionismo de la ecología cultural fruto de un pensamiento liberal y formalista que universalizaba lo social.
- b) *El significado*: Si lo realmente relevante es la acción, que puede ser encontrada en los escritos de Hodder siendo sinónimo de conducta, comportamiento, relación social e interacción, entonces el núcleo de las preguntas arqueológicas debería ser la motivación, razón o intencionalidad de la acción. Aquí parece residir la definición más sensata de lo que Hodder entiende por significado. Efectivamente, en *Interpretación en Arqueología*, señala que el significado histórico se declara como el propósito, es decir, como voluntad. Sin embargo, como muestran el último cuerpo de citas, y en la mayor parte de sus escritos, se trata de acceder al significado subjetivo contenido en la cultura material. Sin evaluar aún este principio, lo que Hodder aparentemente intenta es superar la pregunta acerca del cómo y cuándo la gente hace las cosas, para llegar a responder la pregunta acerca de por qué las hace, desde una consideración que recuerda la idea de voluntad de Schopenhauer como la representación del mundo subjetivo.
- c) *Contexto*: es probable que la mejor definición a la tradicional metáfora del contexto como un “texto”, es la que se encuentra publicada en *The contextual analysis of symbolic meanings* (Hodder 1994a), donde señala que el contexto es la estructura de significado en la cual los objetos toman lugar en orden a ser interpretados. En consecuencia, la referencia a la “lectura” del “texto” del registro arqueológico se basa en el principio arqueológico común que considera que la mayoría de los objetos arqueológicos están, por definición, situados en un lugar y en un tiempo en relación a otros objetos. Esta red de relaciones puede ser leída, por análisis cuidadosos y autocríticos. De ahí que un significado es particular según su “contexto”, y su semejanza o diferencia con otros contextos, debe ser probada antes que supuesta. Uno de los objetivos centrales que pueden inferirse de la insistencia de Hodder por el contexto, tanto como para proclamar una *arqueología contextual*, es la vuelta al particularismo, como respuesta a la búsqueda por la formulación de leyes universales, y a lo que podría homologarse con un énfasis a “la corta duración” como respuesta, a lo que según él es característico de los enfoques procesuales y marxistas, la tendencia

a destacar la “larga duración”, o en sus palabras las *largas escalas* temporales.

d)*Estructura*: debido a que el contexto es una estructura de significado, resulta prioritario comprender qué es lo que Hodder entiende por el marco donde se ubica el mismo. En términos generales, refiere a cualquier esquema de organización subyacente. Puede referirse a los sistemas tecnológicos, de relaciones de producción y de parentesco, pero en el caso de del orden simbólico, alude a un conjunto organizado de semejanzas y diferencias. Debido a que la estructura sólo define restos de un código abstracto, el estudio de las semejanzas y diferencias es insuficiente, de modo que deben ser discutidas las ideas que incorporan los signos en la estructura particular (Hodder 1994a).

e)*Símbolo*: es un signo con un significante arbitrario que comparte una propiedad con el significado. Cualquier signo puede ser al mismo tiempo una señal, un icono o un símbolo. Lo interesante en la definición de Hodder, es que signo, ícono y símbolo, no se refieren necesariamente a distintos objetos sino a diferentes formas de representación.

Lamentablemente, las definiciones ofrecidas por Hodder no se encuentran integradas en una teoría de la representación, de modo que aún reconociendo que todos los términos implicados en el estudio de los significados simbólicos corresponden a diferentes formas de representación, no sabemos qué es lo que la define más allá de lo evidente en su forma semántica de “volver a presentar”.

En síntesis, para Hodder el significado en términos históricos y culturales, puede ser entendido básicamente como propósito, sentido de las acciones. En un sentido simbólico, se refiere a la arbitrariedad del significante para referir al propósito, es decir, al significado. Ahora bien, la solución del acceso arqueológico al significado, inevitablemente debe asumir dos supuestos:

- Que la cultura material, los objetos en contexto, “contiene” o “conserva” el significado.
- Que podemos leer o interpretar el significado, toda vez que como “humanos” compartimos unos “esquemas subyacentes comunes”.

Evidentemente para Hodder resulta mucho más atractivo el estudio del contenido del significado simbólico que pueden ofrecer todos aquellos objetos implicados en contextos rituales y que pueden ser adscritos a un estilo, de ahí la relevancia otorgada al arte y a los estilos decorativos. Ellos, a diferencia de otros objetos cotidianos que también poseen significado simbólico para la acción social e individual, cuentan con atributos que tanto en el pasado como en el presente pueden ser reconocidos por una “arbitrariedad” significativa, esto es, aquella propiedad única descrita para el símbolo. Es por eso también que sirven para reconocer aspectos de la organización social como la relación entre símbolo y poder, precisamente porque mediante su arbitrariedad “fijan” contenidos propios de grupos de interés.

A partir de la distinción de estos ejes temáticos en la arqueología contextual, es posible entonces situar la diversificación de una serie de propuestas teóricas y metodológicas para

el estudio de casos que incorporan como objetivo fundamental el acceso a los significados de la cultura material. Por relevancia y justificación he seleccionado dos principales corrientes. Una primera, de orden teórico-metodológico, se refiere a un ámbito que el mismo Hodder, problematizó, esto es, la posibilidad de emprender un estudio semiótico de la cultura material, aunque manifestó serias sospechas a la aplicación de un modelo semiótico sausseriano o postsausseriano, tal y como se conocían en lingüística:

“It seems, then, that while in both spoken language and material cultural the symbol is the most common form of sign, material culture more frequently involves other types, particularly simpler types, of sign. It is for this reason at least, that archaeology, as a discipline particularly devoted to the ‘reading’ of material culture, needs to be involved in the debate about semiotic analyses.”
(Hodder 1994a: 3)

Una segunda, exclusivamente teórica, se suma a una importante trayectoria de ideas propiciadas por la antropología política y la sociología crítica, de donde arranca una gran diversidad de estudios arqueológicos orientados al entendimiento de la relación entre símbolo y poder, históricamente antecedida por los debates en torno a la capacidad transformadora, informativa y operativa del concepto de ideología.

Tanto en los estudios semióticos como en los de poder e ideología, la atención al estudio prioritario de las RRFF, ha sido más bien un resultado de la relevancia otorgada al eventual significado que porta la cultura material en su conjunto, cualquiera sea el objeto en cuestión. De modo que cuando se alude a signo, símbolo o ideología, no se hace sólo en referencia al estudio del arte o la iconografía, sino a ciertas relaciones contextuales entre objetos o conjuntos de propiedades de ellos. En lo sucesivo se intenta ubicar algunos principios teóricos centrales en ambos desarrollos.

5.2.3.3.Arqueología Pragmática

La arqueología semiótica o pragmática, es una perspectiva aún restringida, cuya aplicación fundamentalmente se ha empleado en estudios de arte rupestre y arqueología del paisaje, sin perjuicio de algunas aplicaciones a otras producciones materiales (Eriksen, et al. 2000; Nash 1997; Nash and Children 2008). Quien mayormente se ha dedicado a la formulación de una teoría semiótica arqueológica es Robert Preucel (Preucel 2006; Preucel and Bauer 2001), para quien las aproximaciones semióticas sausserianas y post-sausserianas que se han empleado en los análisis post-procesuales, resultan incompletas. En efecto, como ya he comentado, el interés por el estudio del significado es el resultado del *giro lingüístico* incorporado inicialmente en teoría social. Desde ese lugar, post-estructuralistas como Foucault, Derrida, y Bourdieu, fueron críticos de los modelos sausserianos al recordar, respectivamente, que todo pensamiento científico es producto de su tiempo, que los signos, aunque arbitrarios, participan de juegos de significado, y que se había privilegiado la estructura de los signos a expensas de sus funciones prácticas (Preucel and Bauer 2001: 86).

Efectivamente, para el Hodder de *Reading de Past*, por ejemplo, la semiología sausseriana no se podría aplicar a la arqueología porque las relaciones entre el significante y el significado en el lenguaje es convencional, mientras que en la cultura material pueden ser

menos arbitrarias. Los significados de la cultura material son a menudo no-discursivos y subconscientes, ya que son más prácticos y menos abstractos. Además, a diferencia del lenguaje, se caracterizan por la polivalencia, la polisemia y la ambigüedad, contando con una mayor durabilidad, a diferencia de la naturaleza efímera de la palabra hablada. Estas ideas derivan, fundamentalmente, de las críticas de Ricoeur al estructuralismo, lo que fundamenta el uso del texto, en cuanto discurso, antes que el lenguaje, básicamente porque el discurso: a) es temporal y presente, mientras que el lenguaje es general y está fuera del tiempo; b) proviene de un hablante, mientras que el lenguaje deriva de un sistema; c) hace referencia a una práctica, mientras que el lenguaje alude a un conjunto estructurado de diferencias que son generadas por la práctica; y d) comunica a alguien, mientras que el lenguaje es una condición para la comunicación (Hodder and Hutson 2003 [1982]: 204). Debido a estas diferencias, los significados de la cultura material son más fáciles de identificar arqueológicamente que los lingüísticos. Sin embargo, esta caracterización de las diferencias entre texto/discurso (en este caso los objetos) y el lenguaje, se basan en el modelo semiótico estándar, es decir, en la idea del signo diádico de Saussure. De ahí que Preucel y Bauer, reclamen que el rechazo del postprocesualismo por la aplicación de la semiótica en arqueología se basa en una incapacidad por reconocer que el problema no es su aplicación, sino el modelo del signo empleado. Entonces, si la incapacidad de la aplicación de la semiótica a la arqueología es el modelo aplicado, debe recurrirse a un modelo que no sea binominal, sino triádico, como el que desarrolló la antropología semiótica sobre la base de las formulaciones originales de Pierce. A diferencia de la teoría semiológica de Saussure, que es una teoría de la comunicación, la teoría del signo de Pierce busca el desarrollo de una teoría del conocimiento. La siguiente tabla puede ser ilustrativa de las diferencias entre ambas:

	Semiología/Saussure	Semiótica/Pierce
Tema de estudio	Lenguaje natural, literatura, leyendas y mitos	Lógica, matemática y ciencias
Teoría del signo	Relación diádica Significante-significado	Relación triádica Signo-Objeto-Interpretante
Caracterización del signo	Arbitrario y necesario para los hablantes de una lengua	Además de arbitrario, puede incluir íconos e índices (signos sin relaciones arbitrarias con su referente)
Existencia del objeto	Determinado por la relación lingüística	La presencia de los signos presupone su existencia previa
Existencia del sujeto	Se asume, pero no se incluye	Parte integrante del proceso de semiosis

Tabla 5.1. Comparación entre la semiología de Saussure y la semiótica de Pierce. Basada en Preucel y Bauer 2001: Fig. 2.

En efecto, a diferencia de la consecuencia post-sausseriana que acabó por considerar que toda práctica social puede ser interpretada como lenguaje, es decir, como significación (Barthes 1993 [1967]; Greimas 1987 [1966]), la incorporación de la idea triádica del signo en antropología supone que es posible considerar un análisis semiótico de las relaciones extra-lingüísticas; es lo que se denomina la antropología pragmática (Singer 1978: 223-224. En Preucel and Bauer 2001: 89). El principio que se encuentra detrás de este argumento, es que al ser el signo no sólo convencional como en el lenguaje, sino también un referente índice o icónico, es decir, que mantiene alguna relación de contigüidad entre el significante, el referente (el objeto) y el interpretante, su significado puede ser identificado no sólo a

nivel discursivo, sino también en el uso de los objetos.

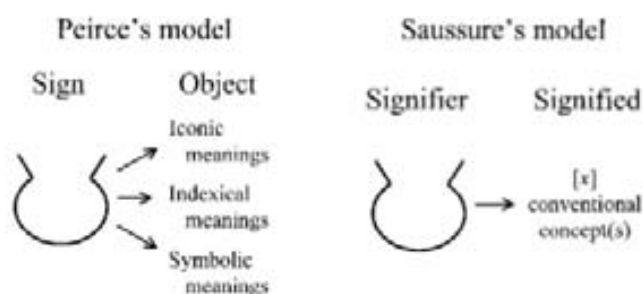


Figura 5.1. Relaciones entre el objeto y el signo en los modelos de Pierce y Saussure. Tomado de Preucel & Bauer 2001: fig. 4, referido a los análisis cerámicos de Parmentier (1997).

En el sistema de signos de Pierce el correlato primario es la relación entre signo y objeto (fig. 5.1). Dicha relación puede ser interpretada como un significado icónico, índice o simbólico, en atención a una jerarquía de arbitrariedad de significados entre ambos. Así, cuando se posiciona al artefacto (o estructura) en el lugar del signo, pueden identificarse diferentes significados o diferentes fenómenos tras el objeto. Para ilustrar la aplicación de esta idea, Preucel y Bauer analizan las hachas pulidas de jade comúnmente encontradas en los entierros de la estepa de Eurasia (tabla 5.2).

Ahora bien, Preucel y Bauer consideran que, debido a que el modelo de Pierce incorpora un tercer elemento en el proceso semiótico de significación, el intérprete o interpretante, ahí también reside la posibilidad de llegar a comprender cómo se construyen las interpretaciones en arqueología, es decir, el interpretante sería el/la arqueólogo/a, pero también, la/el interpretante desaparecido/a. En estricto rigor, el *interpretante* puede ser definido como “... *being the sign created by the observer of the Sign–Objectrelation*” (Preucel and Bauer 2001: 91). El interpretante estaría, entonces, en disposición de caracterizar la relación signo-objeto de tres maneras: como un *rhema* (añadiendo información adicional), como *dicente* (referencia donde el signo posee una relación real con su objeto) y como *argumento* (referencia del interpretante al signo como símbolo, es decir, asumiendo la ley o norma de arbitrariedad que media entre el signo y el objeto o referente al que refiere). Además, la caracterización que realiza el interpretante de la relación existente entre signo-objeto, depende de su propia naturaleza, lo que influye en la participación activa de los signos como agentes de comunicación y como parte de cadenas de significación: como *intérpretes emocionales*, en relación a los sentimientos o emotividad que predispone a la interpretación; como *intérpretes energéticos*, cuando ocurre una reacción habitual o inmediata para la interpretación; o como *intérpretes lógicos*, cuando la respuesta o acción interpretativa se basa en la inferencia.

A juicio de Preucel y Bauer, esta “tricotomía” podría ser considerada en arqueología de dos formas no excluyentes: a) desde una postura crítica, como “arqueólogos-intérpretes” en el presente, conscientes de cómo los objetos-signos guían y limitan las interpretaciones; y b) desde una posición interpretativa, intentando mostrar la sensibilidad *multimodal* de los signos que operan en la cultura pasada, o sea, cómo la gente del pasado creó y experimentó

el signo-artefacto en el contexto de las prácticas del orden social. Así, por ejemplo, los intérpretes *emocionales* y *energéticos*, podrían ser investigados a través de estudios “*experienciales*” como la fenomenología y la arqueología experimental, mientras que los intérpretes *lógicos* pueden ser estudiados en los cambios sociales de gran escala. En definitiva, el objetivo último es la inferencia de la acción social como resultado de la presencia de cadenas de significación en el pasado.

Tabla 5.2. Significados de las hachas de jade de los entierros de la estepa de Eurasia		
Significado	Forma	Caracterización
Iconico	Sinsigno (signo único) de las hachas utilitarias. Es una réplica o un ejemplo único de un “tipo” de hacha (leginsigno)	Se reconoce como hacha por el parecido (iconicidad) con otras hachas del área cultural
Índice	Contexto espacio-temporal	Relacionado con la persona y con los objetos enterrados con ella.
	Material	El jade transportado desde el este de Asia Central. Comercio o interacción a través de un área geográfica.
Simbólico	Legisigno. Signo convencional, sustentado por una norma arbitraria. Es un tipo general reconocido como significativo.	Representación de poder. Cómo es convencionalizado culturalmente para representar el poder de tal manera.

La *arqueología pragmática* o semiótica, por lo tanto, es para sus autores, antes que una metodología de interpretación, un marco de ordenamiento necesario ante el hiper-relativismo al que habría conducido el uso indiscriminado de términos escasamente definidos como agencia, identidad y experiencia en la arqueología postprocesual. De esta manera, para el análisis semiótico, no es relevante si es posible o no el acceso al significado de los signos, que no es cuestionado, sino la forma en que los signos median en la relación entre la teoría y los datos. Así, un argumento arqueológicamente riguroso sería aquel que se basa en múltiples tipos de signos para una interpretación contundente.

Tal como la cultura material se concebía como un recurso complementario para el entendimiento de la evolución de las capacidades cognitivas humanas en la arqueología cognitiva de enfoque evolutivo, la arqueología pragmática busca contribuir a los discursos contemporáneos sobre pragmática cultural. Si bien la orientación predominante ha tenido lugar en el campo de la antropología lingüística, para Preucel el supuesto de que la cultura material está estrechamente entrelazada con el lenguaje, hace que comparta con él una serie de propiedades semióticas (Preucel 2006). En ese entendido, la condición perdurable de la cultura material así como su capacidad para transformar o mantener su significado en el tiempo dependiendo de su contexto, hace de la arqueología una disciplina única, ya que al incorporar un enfoque de largo plazo puede estudiar el desarrollo histórico de la cadena semiótica.

En suma, como en la arqueología contextual, la arqueología pragmática de Preucel y Bauer no pone en cuestión que el objetivo central de la arqueología sea la interpretación de los significados de la cultura material, ya que ella misma está constituida significativamente. Sin embargo, a diferencia de lo que reclamó Preucel respecto a la semiología sausseriana y post-sausseriana, donde los signos eran vistos tal y como funcionan en el lenguaje, es decir, restringido a la fenomenología lingüística, la semiótica Pierciana aplicada a la arqueología resulta una teoría totalizante del signo, una epistemología que enmarca toda manifestación

física de origen social a través de una lectura significativa. Todo objeto humano es un signo, toda interpretación se basa en la interpretación de sus niveles y en la predisposición subjetiva del tercer elemento triádico, el interpretante, una generalización de la idea del individuo moderno a toda sociedad e historia humana. De esta manera, toda materialidad es “leída” en cuanto al significado atribuido por quien interpreta, considerando al significado, antes que un resultado de la investigación, como un supuesto de las relaciones sociales. Esto se relaciona, con el potencial para interpretar la variabilidad pasada que pudo haber tenido el significado del objeto en su contexto: el recurso a la fenomenología, no ofrece una alternativa distinta a la propuesta anteriormente por Tilley, ya que finalmente la posibilidad de referirnos a dichos significados recae en la capacidad subjetiva más o menos acertada de quien investiga e interpreta.

5.2.3.4. Símbolo, poder e ideología

Pero, si la apuesta de Preucel por una arqueología semiótica es presentada como una teoría del conocimiento, un marco de acción epistemológica, la orientación ideológica-simbólica se presentó como una alternativa teórica, frente a un ámbito que parecía desatendido en arqueología: la preocupación en torno a cómo los símbolos fijan significados que son propios de intereses socialmente seccionales, ocultando las desigualdades. De ahí que la aplicación de un concepto crítico de ideología, resultara prioritario para investigadores como Shanks y Tilley. Sin embargo, antes que una preocupación por las desigualdades o disimetrías sociales, el núcleo del interés para ellos, aparecía en referencia a los conflictos sociales derivados de las relaciones poder.

Se trata, evidentemente, de una influencia propiciada por el pensamiento post-estructural de Foucault, en lo referido a la teoría del poder, y por las corrientes post-marxistas y la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, respecto al debate del concepto de ideología como herramienta que oculta las relaciones de dominación, pero que opera a nivel de las prácticas sociales. Efectivamente, el alegato fundacional de Shanks y Tilley en obras sintéticas como *Social Theory and Archaeology*, es que las *arqueologías sociales* (anglófonas por cierto) eran reduccionistas y esencialistas, ya que sometían lo particular a una lógica abstracta de lo social mediante categorías apriorísticas para la definición y búsqueda de características esenciales de la sociedad y la historia (Shanks and Tilley 1987: 59). Sobre la base de los argumentos postmarxistas de Laclau y Mouffe (Laclau and Mouffe 1983), Shanks y Tilley consideran que hay dos presupuestos que se ocultan en la mayor parte de la *arqueología social*:

- a) Que lo social constituye una totalidad inteligible, conceptualmente explicable y definible;
- b) Que la historia de la sociedad tiene un substrato racional.

“Key elements of 'society' or the social totality are defined in the abstract and related by some form of social logic: descriptive, cybernetic, economic, functionalist etc. These elements become the meta subject of History. The concrete, the particular is subsumed beneath the abstract categories; the mass of data is brought to order, classified, reduced to its essentials.” (Shanks and Tilley: 54)

No resulta del todo claro que esta crítica sea la misma que la que hace Lyotard respecto a la muerte de los meta-relatos porque, después de todo, la propiedad “totalizante” también

podría ser atribuible al pensamiento acerca de lo social en los distintos postprocesualismos. Como sea, se trata fundamentalmente de una crítica, primero al positivismo, y luego al racionalismo de la ciencia moderna, antes que al realismo. De ahí que los alegatos antimarxistas resulten, según sea el caso, insustanciales.

La recurrencia en el uso de estos presupuestos puede ser atribuida según los autores, a que, independientemente del incremento teórico de principios de los años ochenta, que buscaba quebrar la hegemonía teórica positivista y funcionalista, la arqueología continuaba siendo en la práctica una disciplina profundamente empirista y anti-teórica. A su juicio, la única forma de superar este “aislamiento” explicativo en el que se encontraba el pasado respecto al presente, era mediante el desarrollo de instrumentos conceptuales y estructuras teóricas, que debían buscarse fuera de la disciplina. Sólo cuando la arqueología se incorporara en los debates de la teoría social, podría entonces auto-situar su rol en la relación pasado-presente (Shanks and Tilley 1987: vii).

Esa relación pasado-presente, en consecuencia, debía ser teorizada, antes que todo, a la luz de las prácticas sociales históricas conocidas, sobre la base de referentes. Para ellos, no es posible entender cómo funcionan las prácticas sociales y sus significados, y el rol de la cultura material en ellas, si no se cuenta con puntos de partida para la interpretación del significado. Con la teoría social crítica, del poder y del conflicto, así como con recursos conceptuales como el de ideología, sería posible interpretar los referentes conocidos y a partir de ahí ubicar soluciones posibles a los contextos arqueológicos particulares. Este “requerimiento de entendimiento anticipado” en el que la cultura operaría como símbolo, código o estructura, sólo es posible mediante lo que se tiene a la mano: la teoría social y la etnografía. En consecuencia para Shanks y Tilley, la búsqueda de los significados tampoco se cuestiona, pero no viene dada exclusivamente por la imaginación e intuición de quien investiga, sino que cobra sentido cuando es posible ubicar al dato arqueológico en un contexto o grupo de ellos, toda vez que la variabilidad intrínseca de su organización permita un examen de las estructuras de significado posibles (Shanks and Tilley 1992: 104). Esos significados posibles, no son otra cosa que la potencia de interpretación de los referentes que la teoría social admite. No se trata de si la interpretación análoga es correcta o incorrecta, si sigue un método preconcebido o no, sino de su ajuste a la configuración del contexto. Cualquier entendimiento depende del contexto y está limitado por él. Esto busca resaltar lo particular y descartar cualquier intento de controlar técnicamente el pasado mediante leyes o generalizaciones, ya que al no depender del contexto, son impuestas a él.

Ahora bien, si el mecanismo de ida y vuelta en la interpretación del pasado desde el presente y viceversa es posible dentro de un marco de referencias previas, esto es, mediante analogías etnográficas interpretadas, entonces, la posibilidad de acceder a los significados del símbolo existe en los marcos de posibilidad aludidos. En otras palabras, no hay mecanismo alguno para la contrastación, porque no hay nada que contrastar. Si bien en los escritos de los años 80, esta posibilidad parece ser concreta, es decir, son referencias a una realidad social objetiva, en los de los años 90, estos sólo residen en el texto, y en consecuencia su plano de realidad se ubica en la subjetividad de quien interpreta y luego reinterpreta la lectura del texto. De esta manera, si en artículos como *Ideology, symbolic power and ritual communication* (Shanks and Tilley 1982), o *Social formation, social structures and social change* (Tilley 1982) se consideraba que el problema central era la

legitimación ideológica del orden social mediante la configuración de las relaciones colectivas entre grupos, lo que identificaban como formación social; en escritos posteriores se privilegia a la agencia y a la actividad individual (Shanks and Tilley 1992; Tilley 1991). La ideología ya no es más considerada en su función concreta como práctica social, sino en referencia a la idea lacaniana de configuración del “yo”: es en definitiva, la ideología la que mediante su funcionamiento sitúa y forma al individuo como sujeto íntimamente vinculado a un significado prefijado.

En los escritos tempranos se considera a la ideología como un ámbito del poder, como un modo de intervención en las relaciones sociales, cuya práctica asegura la reproducción antes que sutransformación. A diferencia de la idea althusseriana en torno a la omnipresencia histórica, la totalización y la oposición negativa de la ideología a la ciencia, Shanks y Tilley se aproximan a la versión también temprana de la crítica marxista de Larraín al resultado de la orientación estructural-marxista de Althusser, cuando sostiene que: *"el idealismo epistemológico de la falsa conciencia ha sido sustituido por el idealismo trascendental de la ideología eterna"* (Larraín 1979: 164. Traducción nuestra). En consecuencia, la ideología y sus representaciones, son practicadas en relaciones sociales reales que lo que ocultan son los elementos de la conciencia social. Pero en cuanto representaciones, necesariamente deben servirse de la arbitrariedad del simbolismo, de modo que, eventualmente, las formas ideológicas y simbólicas pueden estar íntimamente ligadas. Así, para los jóvenes Shanks y Tilley, el análisis de los aspectos ideológicos de los órdenes simbólicos investiga la manera en la que las estructuras de significación son empleadas para la legitimación de la posición de grupos específicos. El símbolo, tal como lo concebía Saussure, es arbitrario en su estructuración, pero no en su uso (Tilley 1982). Su uso es precisamente relacional. De ahí que pueda ser posible deducir el significado del símbolo en su posición relacional, antes que como un código subjetivo aislado. Ello porque la relación particular, arbitraria entre significante y significado, se encuentra dominado por su estructuración en arenas de acción social, es decir, en las prácticas sociales. Ello no es otra cosa que la incorporación de la propuesta de Marx y Engels acerca de que las ideas de las clases dominantes son, en cada época, las ideas dominantes (Marx and Engels 1988 [1845-1846. 1932]), lo que, siguiendo a Bourdieu, sólo es posible mediante mecanismos comunicacionales de clase, es decir, a través de una de las formas en la que opera la ideología.

El giro lingüístico, puede verse claramente en los escritos posteriores, especialmente a partir de *Re-constructing archaeology: theory and practice* (Shanks and Tilley 1992), sin perjuicio de que en *Social Theory and Archaeology*, ya se vislumbren algunos aspectos subjetivistas, cuando se plantea, por ejemplo, respecto a la disciplina que *"Archaeology is a discursive event; it spractices a mediation of archaeological subject and object, present and past"* (Shanks and Tilley 1987: 59), o cuando se refieren a la interpretación como: *"Artefacts signify. Signification requires reading, interpretation, not an application of 'method' which produces its object in advance (...) Interpretation is associated with a strategic knowledge (...), not abstracted from its social conditions of production, but polemically responding to specific conditions, attending to historical and political circumstances, a knowledge rooted in contemporary structures of power"* (Shanks and Tilley 1987: 60). Pero debido a que el poder define o modela tanto lo que interesa del estudio del pasado, como las interpretaciones que hacemos de él desde el presente, la

ideología pierde la fuerza interpretativa con la que aparecía en los primeros escritos, ya que nuestros textos, así como la lectura que se hace de ellos son siempre subjetivos, y en consecuencia, se encuentran cargados de intereses ideológicos.

En apariencia, podría pensarse que la ideología retorna a la visión althusseriana en lo relativo a la modelización del individuo y a su omni-presencia histórica. Sin embargo, no es otra cosa que el rebote de la crítica post-estructuralista (Hindess and Hirst 1977) a la operatividad del concepto de ideología entendido como una herramienta de la que se sirven los grupos de poder para enmascarar las relaciones de dominación, ya que ésta no sólo sería una característica de los grupos dominantes si no de toda sección social: el interés que mueve cualquier sección social, lleva a la configuración de relaciones de poder y, consecuentemente, al despliegue de estrategias que las ocultan. Por tanto, si todo grupo social moviliza sus intereses seccionales mediante una ideología particular, entonces, no es posible dar cuenta de ella, porque su aprehensión estará siempre mediada por los propios intereses seccionales del presente. Pero no es eso, precisamente, lo que admite Shanks y Tilley. Por el contrario, su cercanía a los efectos del giro lingüístico, especialmente derivado del postmarxismo de Laclau y Mouffe, por una parte, y la conservación de la idea althusseriana de la constitución del individuo como sujeto por la ideología, antes que como situación o “posición histórica” que ocupa el individuo en Foucault, por otra, les sitúan en una posición cuyas bases críticas de teoría social les llevan a un relativismo inevitable: la ideología, como constitutiva de la subjetividad, que luego significa en las prácticas sociales y en la cultura material, es una característica de toda relación social, es decir, con un filtro ideológico intentamos dar cuenta del significado de los símbolos prefijados, previamente, por la ideología. Entonces, ¿de qué es lo que damos cuenta? ¿Del filtro mismo o de la ideología filtrada?

Debido a que los escritos de los años 90 (p.e. Shanks and Tilley 1992) parecen inspirarse en una obra de Laclau y Mouffe, donde el discurso no se define de manera distinta a su sentido lingüístico exclusivo (Laclau and Mouffe 1983), podría decirse que en la idea de la existencia del objeto exclusivamente en el texto que proponen Shanks y Tilley “*no existe una objetividad pre-discursiva o realidad, que los objetos no pensados, hablados o escritos no existen*” (Geras 1987: 66. En Larraín 2010: 145), de manera que “*...se niega nuestra capacidad de conocer esos objetos. Porque un tal conocimiento implicaría un modo de acceso confiable a ese objeto, pero tal acceso supone un contacto directo, no mediatizado con la realidad, más allá del juego de significantes*” (Callinicos 1989: 76. *Ibíd.*). Sin embargo, Laclau y Mouffe en un artículo posterior, aclaran que el concepto de discurso que están empleando es un concepto especial que, lejos de caracterizar al discurso como una práctica exclusivamente lingüística, se define por ser una totalidad de elementos lingüísticos y extra-lingüísticos (Laclau and Mouffe 1987: 82). De ahí que un discurso pueda dar sentidos distintos a una misma cosa. El mundo físico, es comprensible, es decir, tiene sentido, solo dentro de un discurso. En consecuencia, los objetos nunca nos son dados como puras entidades existenciales, sino participando de configuraciones discursivas, por lo que no tienen significados en sí mismos (*Ibíd.*: 85).

Sin embargo, como las prácticas materiales se sitúan al interior del discurso, no es posible evaluar la correspondencia objetiva entre pensamiento y condiciones materiales. Por eso es que la idea de la existencia del objeto exclusivamente en su plano textual, tenga para

Shanks y Tilley un correlato con el concepto de contexto. Efectivamente, el contexto es entendido como ese plano de articulación donde reside el significado. Pero, a diferencia del estructuralismo y del post-estructuralismo, ese significado es abierto, contingente, de modo que las identidades son siempre circunstanciales. Ello justifica que, a nivel arqueológico, la interpretación del significado de la cultura material no pueda ser otra cosa que la lectura de quien escribe, la/el arqueóloga/o, o de quien lee en un momento específico.

Es curioso que los escritos de los 90 aún siendo tan influenciados por el postmarxismo de Laclau y Mouffe, sigan considerando a la ideología como un concepto analíticamente válido. Ello, porque los escritos que recogen se asocian, precisamente, con un abandono de la ideología y su reemplazo por el discurso, como una consecuencia del fin de la creencia en la existencia de un punto de vista ‘verdadero’ o ‘extra-ideológico’ (Larraín 2010: 150). Al parecer, resulta que Shanks y Tilley siguen confiando en que el concepto de ideología es la única herramienta conceptual que permitiría el estudio de la producción simbólica, ya que en definitiva, la fijación de significados, aún temporales, abiertos y contingentes, son posibles sólo mediante la determinación ideológica de la consciencia del sujeto, es decir, una vuelta a su propia crítica del anti-humanismo radical de Althusser.

En otro lugar, ya se ha apuntado que la ideología no se puede representar desde el análisis de la ideología por sí misma (Tantaleán 2010: 21). Efectivamente, lo mismo que es válido respecto al formalismo y abstracción de la discusión de Laclau y Mouffe, puede decirse de la idea acerca de lo social en Shanks y Tilley, en la que la realidad se reduce a conflictos derivados de antagonismos de poder y resistencia al poder, que son situados mediante generalizaciones derivadas de interpretaciones basadas en la teoría social para demarcar los contextos y sus correspondientes significados en sociedades etnográficas. La contingencia y la apertura de la fijación de significados, se diluye, y los símbolos aparecen como cristalizados por un propósito predeterminado.

Recapitulación

Conviene hacer un breve recuento para retener los principales ejes temáticos a los que nos conduce esta revisión del tratamiento teórico en el que se ha integrado el estudio de las RREF en arqueología.

1. Es posible ubicar dos ontologías: una empirista, la Nueva Arqueología, y otra idealista, correspondiente a los diversos post-procesualismos. La primera considera a la representación, y en general a los sistemas de creencias, que supuestamente son los responsables de ella, como epifenómenos de la adaptación y, en consecuencia, no comportarían información de mayor interés a la arqueología. La segunda, considera lo contrario, esto es, que los sistemas simbólicos, o las prácticas sociales, no son otra cosa que la fijación o apertura de significados. Fruto de ello, resulta ser que la cultura materiales la materialización misma del significado. De ahí que suceda una inversión respecto a la idea empirista previa; no sólo lo simbólico y su representación debe ser el centro de atención de la arqueología. Saber porqué la gente hace lo que hace, es posible mediante la consideración de todo resto de materialidad humana, ya que la cultura material toda constituye siempre el residuo de uno o varios significados.

2. Además de estas dos ontologías es posible localizar, también, dos potentes influencias disciplinarias, la historia del arte y la antropología. La primera, determinó el empleo de una serie de presupuestos y términos, rara vez definidos o discutidos, como el de arte y estilo, pero además propició el uso de metodologías con una notable carga humanista empática, propia de los desarrollos históricos culturales, que pueden verse hasta hoy en el intento por aplicar continuamente al método iconológico como mecanismo para acceder al *significado* de la obra. De la segunda, por su parte, derivan una serie de relaciones de influencia, cooperación y rechazo mutuo, que caracterizan una buena parte de los desarrollos teóricos no sólo acerca el rol de los símbolos y la cultura, sino de herramientas de anclaje interpretativo, como las analogías etnográficas, para poder leer, inspirarse o imaginar el pasado arqueológico.
3. En las últimas dos décadas del siglo pasado, a las anteriores dos influencias, debe sumarse el impacto que supuso en arqueología el influjo del giro lingüístico en ciencias sociales, la crítica postmoderna a la ciencia y la declaración de muerte de los meta-relatos, es decir, la crisis del sujeto del proyecto moderno y la disolución, con ello, de los objetivos de la ciencia y de la posibilidad de acceder al conocimiento verdadero del objeto. Es en ese contexto, donde debe entenderse la vuelta al interés especial por la representación, aunque en pocas ocasiones se ha hablado del problema de la representación en arqueología, propiamente tal. La representación se entiende menos arbitraria, cuando el signo significa de forma más abierta, cuando se parece más a lo que indica. De ahí que, para autores como Hodder, resulte tener muchísimo sentido una preocupación especial por la iconografía y el simbolismo, especialmente en contextos rituales. Si bien para Shanks y Tilley dichos contextos probablemente parecían los más relevantes, en un comienzo lo eran porque veían que ahí podía investigarse cómo se fijaban los significados simbólicos de los que se servía la ideología de los grupos dominantes pero, posteriormente, cuando vino la caída de los muros de la “certeza”, parece que todo se vuelve menos posible, y tanto la ideología como lo que seleccionamos investigar de ella en el pasado, la realidad del objeto, sólo residirá en el texto.

5.2.4. *Un último problema: la categoría de estilo en arqueología*

Es probable que un cuestionamiento a la categoría de estilo quedase mejor integrada en el capítulo siguiente, que se refiere a los aspectos teóricos de la observación arqueológica de la representación figurativa. He decidido, no obstante incluirla dentro de los problemas generales del estudio arqueológico de la representación y el simbolismo en arqueología, porque como herramienta clasificatoria y analítica se condice con problemas que derivan de los puntos teóricos de partida, o bien con carencias en las definiciones de tópicos comunes, que a menudo por ser tales, no son cuestionados ni en su aplicación, ni en los resultados, ni en el aporte a la generación de conocimiento. Ahora bien, tal parece ser la heurística de esta categoría, que distintas posiciones teóricas en arqueología han desarrollado su propia definición de estilo y su propia crítica de todas las críticas de las otras definiciones.

Efectivamente, la categoría de estilo es una de los términos más empleados en arqueología para la clasificación de los materiales, y generalmente hace alusión a que un grupo de objetos o atributos de objetos parecidos, remiten a unos factores comunes respecto al

tiempo, al espacio y al pensamiento. De ahí que, como criterio que define la razón de agrupar lo parecido, haya configurado un tópico común que, primero, es de difícil evaluación en cuanto a su operatividad de referir a una realidad específica, es decir, de su potencial descriptivo y, segundo, su profusión y escaso cuestionamiento tiende a caracterizar su definición de una forma polisémica que facilita la confusión y la ambigüedad. Ello es especialmente sensible, respecto a los estudios iconográficos y simbólicos, ya que su empleo comúnmente ha servido como ancla de tiempo y espacio, siendo el tópico donde posicionar cronologías relativas, es decir, tradiciones culturales y sus transformaciones.

Debido a nuestra sospecha inicial en torno a su ambigüedad en los dos sentidos arriba señalados y a su operatividad como herramienta descriptiva o clasificatoria para el estudio de la representación, se decidió llevar a cabo una revisión crítica de su definición y uso, así como de su origen en arqueología. En efecto, salvo contadas excepciones que entienden la necesidad de un reconocimiento de la trayectoria histórica del término en arqueología (Conkey 2006; Conkey and Hastorf 1993), es decir, que hacen consciente su uso, resulta recurrente la desatención de la proveniencia de su empleo que se hace en los escritos de historiografía de este concepto. Comúnmente, toda revisión del concepto de estilo comienza con una definición de su uso por los/las autoras del enfoque histórico-cultural y de su consecuencia para la construcción de tipologías y cronologías relativas, luego se hace referencia a algunos microdebates acaecidos en los enfoques procesuales y su crítica al descriptivismo del enfoque histórico-cultural, y posteriormente se relata su rol dentro del texto en los enfoques postprocesuales dominantes. Algunas aluden a la crisis de su uso y a la declaración de su defunción, pero en general se suelen retomar los argumentos que defienden su vigencia como categoría de análisis o como propiedad de la realidad.

Me interesa destacar el sentido inicial del uso de la categoría de estilo, ya que su ingreso a los estudios arqueológicos pose un compás muy potente en la influencia de las versiones más conservadoras⁵ de la historia del arte⁶. Es interesante advertir que no fue cualquier concepto el que se trasvasó a la arqueología, sino el más circunspecto a la tradición del arte como práctica sublime del espíritu, tras el cual subyacen, fundamentalmente, tres sentidos:

En el primero encontramos lo que Hadjinicolau denominaría la concepción del estilo como una *“organización determinada de la forma”* (Hadjinicolau 1983: 90), encarnada especialmente en los trabajos de Wölfflin. En esta organización, habría una especie de eterno recommienzo, es decir, una autogénesis en donde la *“nueva forma está ya contenida en la antigua, de manera que el germen del follaje nuevo se encuentra ya al lado del follaje que se está marchitando”* (Wölfflin 2004 [1915]: 11). Esta autogénesis permanente sería una propiedad intrínseca a los estilos, y no impediría la existencia de los estilos de época, de país o individuales: *“Con los (...) tres ejemplos de estilo, individual, nacional y de*

⁵ Para una profundización en torno a la visión reaccionaria y misógina en la Historia del arte véase (Wolff 1998). Acerca de la configuración de clase de la historia del arte véase (García Canclini 2006 [1979]) Para una versión ejemplificadora pero actual de la vigencia de las visiones conservadoras véase (Moralejo 2004)

⁶ Hadjinicolau sostiene que *“la historia del arte actual es uno de los últimos avances del pensamiento reaccionario”* (1983: pág. 4)

época, hemos aclarado los fines o propósitos de una historia del arte que enfoca en primera línea el estilo como expresión: como expresión de una época y de una sentimentalidad nacional como expresión de un temperamento personal. (...) El temperamento (...) constituye lo que puede llamarse la parte material del estilo” (Wölfflin 2004 [1915]: 4. Destacado nuestro).

El segundo sentido profundiza la noción de “voluntad artística”, definida como una fuerza espiritual que supera a la forma que obra en la historia, la cual se encuentra en el fondo y no en la superficie y, por tanto, es inaprehensible por la historia del arte. Dos representantes de esta noción como Sedlmayr (1929) y Wiedlé (1962. En Hadjinicolau 1983: 91), insistieron en que la fuerza espiritual es necesariamente teológica, de modo que los estilos son los lenguajes pictóricos de las religiones, o bien variantes ideológicas en el interior de una misma religión. Así, el cambio de voluntad artística, o sea de estilo, corresponde a la transformación de los “ideales” del grupo portador del estilo en cuestión.

En el tercer sentido la noción de estilo se corresponde con una historia de las sociedades. Weisbach, por ejemplo, (1957. En Hadjinicolau 92) en el “*El barroco como fenómeno estilístico*”, sostuvo que a un análisis de la forma debe sumarse un análisis de la problemática de expresión que encuentra sus raíces en datos culturales, religiosos y sociológicos. Hautecoeur (1968), piensa que los estilos complejos, sus causas y sus modos de realización son variados. Para él un estilo es un conjunto de elementos temas o motivos, formas y técnicas, ligados armoniosamente por un espíritu al cual se someten estas partes y que está más o menos orientado hacia lo real o lo imaginario. Los temas constituyen el contenido del estilo, las formas aluden a necesidades estructurales. Temas y formas se combinan a modo de espíritu, el cual cambia con las condiciones sociales. Así, explica Hautecoeur, dos estilos pueden coexistir porque tienen clientelas (demandas) diferentes.

Claramente, la primera noción de estilo fue la más difundida en la historia del arte hegemónica, cristalizando una “historia de las formas” que encuentra notable sintonía con los planteamientos histórico-culturales (v.g. Ford 1949). La característica deshistorizada de esta noción, hizo que se reaccionara al excesivo formalismo en el que había sucumbido la historia del arte a partir de Wölfflin; a propósito, Hadjinicolau sostiene: “*Es inútil insistir sobre su carácter de clase: al no considerar los estilos más que en sus relaciones mutuas, se llega a hacer desaparecer las relaciones que mantienen con las clases sociales que los soportan*” (Hadjinicolau 1983: 91).

En lo que concierne al estilo como “fuerza espiritual” en la “voluntad artística”, se intenta superar el formalismo de Wölfflin pero prácticamente como una rama de la teología. Aquí podríamos establecer una relación con los conceptos de estilo desarrollados por lo que se ha planteado como *arqueoteologías* (Castro Martínez and Escoriza Mateu 2009), que atribuyen a las religiones y a sus sistemas rituales, ser el motor de las sociedades.

El tercero es para Hadjinicolau el punto límite al que puede llegar la historia del arte liberal, al concebir las condiciones sociales como necesarias para el despliegue del “estilo”, pero negando u omitiendo los antagonismos materiales e ideológicos que se desprenden de la disimetría social. Como Historia de la Forma (formalismo), Historia de la Idea (la voluntad suprema) o Historia de la Sociedad (socio o psicologismo), el estilo adquiere una existencia

propia, pierde cualquier propiedad de categoría analítica y, en consecuencia, su posibilidad de anclaje empírico. La polisemia idealista estaba servida mucho antes que la arqueología defendiera su uso.

Frente a estas tres formas, fundamentalmente, idealistas de concebir el estudio de la historia del arte, se desarrollaron numerosas líneas críticas que insistieron en la necesidad de avanzar hacia una sociología del arte que fuera capaz de superar la visión formalista, para dar paso a su estudio dentro de la realidad social y con ello considerar al poder simbólico desde su producción, distribución y consumo (Adorno 2004; Benjamin 1997; Bourdieu 1989; García Canclini 2006 [1979]; Habermas 1992 [1981]; Hadjinicolau 1983; Hauser 1985; Lukács 1969; Pinto and Pereyra 2011; Rorty 1983; Wolff 1998).

Si volvemos la mirada a la historiografía retratada del concepto de estilo en arqueología, es posible advertir no sólo la omisión de su origen estético, sino la creencia de que su aparición nace exclusivamente para hacer frente al estudio de la variabilidad artefactual. En afirmaciones como la de Hegmon: *"In reviewing the literature, however, I found that despite different labels, archaeologists generally agree on what is meant by style and are able to launch profitable discussions of stylistic variation or of particular styles without lengthy preamble"* (Hegmon 1992: 517), se reconoce efectivamente un acuerdo tácito, un contrato de silencio en el que subyacen dos principales miradas acerca del concepto de estilo: primero como una *manera* de "hacer algo" (Hodder 1990b; Sackett 1982; Wiessner 1990), y segundo, como una *elección* entre varias alternativas posibles (David, et al. 1988). En efecto, gran parte de los estudios que se centran en el concepto de estilo se orientan a definir cuál es la función del estilo dentro del "tejido" socio-cultural de los grupos humanos, por lo que su existencia no está en juego en los debates: las diferencias residen en cómo se concibe que opera, y por qué la gente los sigue o los practica (Troncoso Meléndez 2002: 135). De manera que de ser una categoría analítica, el concepto de estilo pasó, en algún momento, a ser una propiedad de las prácticas sociales.

En un comienzo el estilo fue estudiado como un código diagnóstico de uso interpretativo (Shapiro 1953: 287), y efectivamente se lo veía como una herramienta ordenadora de la variabilidad artefactual, por lo que aún mantenía su condición de categoría analítica. Desde enfoques basados en la teoría de sistemas, el estilo se mantuvo en su naturaleza categorial, concibiéndoselo como un *sistematizador espacio-temporal*. Para investigadores como Sackett (1982: 63), por ejemplo, el estilo involucra una elección entre alternativas funcionalmente equivalentes, de manera que: *"un estilo es una manera muy específica y característica de hacer algo, que, por su naturaleza, es propio de un determinado tiempo y lugar"*. El estilo se definió como un componente de la cultura material, correspondiente a la variación formal no determinada por restricciones tecnológicas (Binford 1972: 25; Sackett 1973: 321). La distribución del estilo o la "variabilidad estilística" fue analizada para definir espacio-tiempos sistemáticos y para obtener información acerca de los grupos sociales prehistóricos. A pesar del esfuerzo de clarificar el uso y el alcance de las categorías de análisis, esta aproximación fue criticada por tratar al estilo como un fenómeno pasivo. Se decía que cuando el estilo es definido como un componente de la cultura material, se mantiene una estrecha relación analítica entre el objeto de estudio (p.e. patrones de variación formal) y el sujeto (p.e. estilo).

Las críticas vinieron de voces que, desde la teoría de la información, veían al estilo en su *función comunicativa*: ya no era posible, sostenían, dejar al estilo como un pasivo categorial, sino como una propiedad de la variación artefactual, variación que se debía a la función de los sistemas comunicativos. Wiessner, por ejemplo, definió al “*estilo [como] una forma de comunicación mediante la cual se traspasa información sobre la identidad relativa*” (Wiessner 1990: 107). Así el estilo se entendería como la variabilidad artefactual que se explica por ser una forma de intercambio de información y con un significado funcional y adaptativo (Wobst 1977: 321). Esta definición aludía a lo que se considera una necesidad urgente: generar una teoría del estilo y de las RRFF como algo propio y particular (Escoriza Mateu 2002). Estilo siempre entendido como un medio de comunicación no verbal que transmite información sobre lo que se definió como *identidad personal y social*. De ahí que se proponga la necesidad de buscar lo que se denomina *universal human cognitive processes* como una guía hábil y útil para la interpretación a desarrollar (Wiessner 1984). Este debate generó una amplia investigación que se centraría en el análisis de los llamados “estilos decorativos” y en los símbolos en general, en su variabilidad y posible función social.

Para Hegmon (1992: 520) esta visión de ver al estilo como una propiedad activa fue trascendental en los debates posteriores, al menos en la arqueología angloamericana, poniendo término a la era que trataba al estilo de manera pasiva característica de la Nueva Arqueología. Sin embargo, ella misma reconoce la amplitud del concepto de información, de manera que lo que hay contenida de ésta en el estilo puede ser interpretada tanto como un simbolismo prehistórico o como un indicador cronológico. Pero es Hantman (1982) quien advierte uno de los problemas centrales del modelo de “intercambio de información”: la facilidad de convertirse en una explicación *post hoc* aplicable a todo patrón que se diga estilístico. En lo sucesivo, el mismo Wobst intentó refinar el modelo uniendo el funcionalismo con la teoría de sistemas, destacando el valor de eficiencia del estilo como mecanismo de los sistemas de información para comunicar, especialmente, poder y estatus.

Con la crítica de las posturas postprocesuales en los años 80, el estilo pasará a ser visto por su capacidad de demarcar los significados simbólicos de la cultura material, por lo que contiene de aprendizaje e interacción, por las distinciones sociales que permite al establecer “las fronteras” de la identidad grupal o personal y como un instrumento de exposición de las relaciones de poder (Earle 1990). A propósito, Conkey (Conkey 2006; Conkey and Hastorf 1993) ha planteado que desde ese momento se comenzó a valorar que los estudios estilísticos permitirían no solo la identificación de los grupos sociales, sino que además aportarían información en relación a los contextos en los que aparecen. Sin embargo, a esas alturas los adjetivos de estilo, desde el *iconológico/isocrático* (sensu Sackett 1982), el *asertivo/emblemático* (Wiessner 1990), el *panache/protocolar* (Macdonald 1990) o el *estocástico* (Franklin 1986), unido a los problemas de forma, función y tecnología (Lemonnier 1992), habían hecho del concepto un contenedor de tal polisemia, que cada nuevo autor/a podía seguir definiendo su uso y proporcionando una definición alternativa.

En ese escenario, Hodder considerará al estilo como parte de los *procesos cognitivos*: “*el estilo es una manera de hacer, donde hacer incluye las actividades de pensar, sentir, ser*” (1990b: 45). Junto con Tilley (1991), al introducir la metáfora de la cultura material como un texto que debe ser leído y descifrado, el estilo se convierte en el idioma que debería

aproximarnos a la intencionalidad del/a autor como a la del/la lector. Esta es quizá una de las reediciones que se encuentran en los pocos/as autores/as que se han ocupado de este problema en nuestra área de estudio durante las últimas décadas. Según Herrera, por ejemplo, en arqueología “*intentamos comprender la variabilidad regional y temporal en la distribución espacial de los diferentes estilos existentes como similar a las trayectorias de diferentes idiomas*” (2003: 107), donde estilo se define como “[el grupo] *de piezas cuyas técnicas y motivos o características de representación, son internamente consistentes*” (Ibíd.: 109). En otras palabras, el estilo es al mundo material extra-lingüístico lo que la sintaxis y la gramática es a la lengua.

Para Conkey (2006), precisamente, la interpretación del estilo como texto a leer implicaría asumir que las variaciones estilísticas pueden ser consideradas lenguaje, que ciertos aspectos de la cultura material son tratados como productos de un sistema cultural extinguido antes que como participantes activos producidos y usados por actores humanos, y como tales, solamente serían un reflejo de fenómenos socioculturales y, en consecuencia, no podrían ser considerados como elementos constitutivos activos de la práctica social.

Las voces críticas del uso indiscriminado y la polisemia extrema del estilo como acción comunicativa o como texto, comenzaron a gestarse a mediados de los 90'. Dietler y Herbich (1998) consideraron que la interpretación del estilo se basa en una confusión generalizada entre comunicación y significación, además de que desatiende los contextos sociales de manufactura, concentrándose la mayoría de las investigaciones en el análisis de los contextos de uso. Con todo, a pesar de las múltiples definiciones, el estilo especialmente el decorativo aplicado a los estudios de arte rupestre, siguieron basándose en la idea del uso del estilo como una categoría de análisis para estudiar la variación formal y temática mediante el cual era posible construir una datación relativa. Tal como indica Argüello García (2008), el problema de esta noción no radica precisamente en la posición pasiva del estilo como fuente de transformación “socio-cultural”, sino más bien en una concepción normativa de la cultura aplicada al análisis de los materiales arqueológicos, que tiene como consecuencia una proposición de estilo como un reflejo de las normas culturales. Según este investigador, en la mayoría de los casos no se pretende entender el contexto social donde se produce el estilo; sino que se acude a él para dar orden a un conjunto o conjuntos de representaciones, convirtiendo al análisis estilístico en un asunto tipológico. Siguiendo a Cosens (2006a: 81. En Argüello 2008) sostiene que la construcción de unidades, como las estilísticas, parecen responder más a criterios *ad hoc* originados en juicios arbitrarios impuestos sin mayor fundamento por los/as investigadores/as⁷, generándose, de esta forma unidades taxonómicas, con constantes reevaluaciones y redefiniciones que no parecen llevar a ninguna parte. El problema además de la amplitud o restricción de las identificaciones estilísticas reside en que el diseño metodológico de dichas identificaciones, no parece encaminarse a la resolución de preguntas antropológicas o arqueológicas, sino a la formulación estilística en sí misma. De esta forma, el análisis estilístico se convierte en el fin de la investigación y no en un medio para la comprensión de los grupos humanos que elaboraron las representaciones.

⁷Es lo que Cosens ha denominado *egofactos*, creaciones personales e idiosincráticas que no pueden ser reconocidas o usadas por otro/a investigador/a diferente que quien formula y que, por lo tanto, tienen poca utilidad científica.

Uno de los principales críticos del concepto de estilo, destaca el escaso desarrollo teórico e indica que mucho se habla, pero poco se comprende y nada se define. Plantea que al tratarse de un concepto contemporáneo es únicamente aplicable a la sociedad de consumo en la que fue concebido, pero no puede ser extrapolado al estudio de las sociedades pasadas (Boast 1997: 191). Por otra parte, el abandono del estilo como una categoría analítica ha llevado a plantearlo en torno a su uso social como “una forma de hacer las cosas”, definición que, como señala Troncoso (2002: 138), se presenta tan genérica y tan libre de implicaciones teóricas, que impide una correcta comprensión del concepto como unidad analítica.

A pesar de la continua redefinición y de la dicotomía de su uso como categoría de análisis o como componente de la acción humana, se sigue haciendo una defensa del uso del concepto de estilo como definidor especialmente de las representaciones en sociedades ágrafas. Es notable observar afirmaciones que luego de reconocer la polisemia derivada de la incesante redefinición, siguen aferrándose a la utilidad del término mediante planteamientos en los que subyace una ausencia de justificación para la defensa de su conservación como herramienta descriptiva, ordenadora o explicativa. Así por ejemplo, Llamazares y Slavutsky 1990, sostienen que *“sigue teniendo vigencia el campo estilístico como problema científico, y justamente por ello se hace necesario organizar la reflexión en torno a él. No diremos que el ‘estilo’ como herramienta de trabajo, no sirve y por tanto, hay que buscar un nuevo concepto. Más bien creemos que es un término caro a los arqueólogos y útil para nuestro trabajo, siempre que su contenido quede operativamente explicitado, ya que tanto se ha usado, con fines y sentidos tan variados; que su multivocidad requiere a estas alturas, un esclarecimiento”* (Llamazares and Slavutsky 1990: 21). Pero es que no parece tan evidente que esa vigencia se deba a que efectivamente el concepto define problemas científicos o más bien a la imposición de conservadurismos en los propios *habitus* de las prácticas arqueológicas. ¿Es efectivamente el problema estilístico un problema científico o es una discusión de coherencia retórica? ¿Cuál es la correspondencia que mantiene el concepto de estilo con la base empírica de la variabilidad de la llamada cultura material? ¿Es que en realidad sirve para captar esa porción de variabilidad? En definitiva ¿se trata de un problema epistemológico (categoría de clasificación) o de un problema ontológico (propiedad de la realidad)? ¿Se resuelve el problema con un reemplazo terminológico o simplemente con una explicitación de su definición?

Para Domingo Sanz la justificación seguiría basándose en su capacidad ordenadora, es decir, por su naturaleza clasificatoria: *“Por el momento, la imposibilidad de efectuar un número suficiente de dataciones que permita fijar la duración de las diversas convenciones y técnicas artísticas, las diferentes fases de un yacimiento o la relación entre los motivos de diversos conjuntos o diversas regiones (...) y el hecho de que no todos los pigmentos conserven materia orgánica, impone el uso del estilo como principal herramienta para la secuenciación del arte rupestre”* (Domingo Sanz 2005: 27); mientras, para Troncoso su uso es pertinente pues comporta la posibilidad de acceder a los discursos de las sociedades en que se producen las representaciones: *“Entendiendo al estilo como una formación discursiva, es posible plantear que los estilos son ‘dominios prácticos limitados por sus fronteras, sus reglas de formación, sus condiciones de existencia’ reglas de formación que*

se ordenan por medio del juego de una identidad que tendría la forma de la repetición y de lo mismo” (Troncoso Meléndez 2002: 138).

Ambas defensas ilustran muy bien la bipolaridad de la vigencia del concepto en arqueología. La insistencia en su uso, sea para ordenar, sea para explicar ámbitos de la existencia humana, nos lleva inevitablemente a reconocer que lo que se ha instalado como realidad es el concepto mismo. Su presencia no se pone en duda y, desde esa seguridad compartida, los debates giran sólo en torno a contener la multidimensionalidad en la que deviene, por lo tanto, se puede decir que lo que ha sucedido es que la idea ha reemplazado el lugar del objeto (Lull 2005: 65).

Efectivamente, tras el debate del concepto de estilo subyacen dos problemas fundamentales: el primero de orden clasificatorio, en el que estilo operaría como un ordenador de cosas, juntando objetos, o las partes de ellos que se parecen, y separando las cosas que no lo son tanto. El criterio de semejanza, formal, funcional o composicional (o “temática” en arte rupestre) es el que rige las ordenaciones. No es necesariamente un proceder erróneo. La razón necesita de criterios formales para ordenar la realidad. El problema es que esos criterios deberían antecederse por preguntas previas, demarcadas por una teoría explícita que haga inteligible el proceso de investigación, lo que permitiría romper con la inconmensurabilidad que conduce a incesantes redefiniciones. En efecto, en ausencia de preguntas formalizadas y de principios de observación explícitos, puede considerarse que dicha clasificación es arbitraria, ya que su justificación se encuentra fuera de los objetivos de la investigación. Es precisamente lo que ocurre con el estilo: su justificación es transdisciplinaria, ya que se localiza en argumentos de proceder metodológico. Además, a su evidente tendencia tipológica cabría hacerle la misma observación, esto es, que ante la necesidad de clasificar se privilegien criterios que por arbitrarios impiden la replicabilidad. ¿Dónde se encuentra la definición de los límites de un estilo? ¿En los dibujos que se parecen? ¿Cómo se mide la semejanza? ¿Cómo se cuantifica cronológicamente esa semejanza? Pero finalmente ¿qué es lo que refleja la dispersión espacial y temporal de un estilo? ¿Un estilo tiene un límite claro o existen territorios inter-estilo en el que se mezclan las unidades sociales? La respuesta a estos interrogantes se encuentra imposibilitada porque el estilo en su capacidad de ordenamiento viene definida desde una posición que desatiende las condiciones en las que se realizan, distribuyen y usan las representaciones y con ello se diluye, si la hubiera, su operatividad descriptiva y analítica. En otras palabras, el estilo como categoría nos permite quizá ordenar cosas parecidas, pero la posibilidad de secuenciarlas o de establecer los límites de esos parecidos en el espacio como indicador de unidades sociales, se encuentra absolutamente descontextualizado. Esto ocurre cuando son los conceptos los que imponen el ordenamiento de la realidad, donde luego sólo basta ubicar los artefactos de acuerdo a lo indicado en el manual.

No obstante, puede reconocerse que esta versión del estilo se encuentra superada, y pese a que aún se sigue empleando como formas clasificatorias, resulta muy difícil defenderlas teóricamente. El problema del estilo, el más grave a mi juicio, es el resultado de lo que podría denominarse la segunda ola del concepto de estilo en arqueología; la que criticó la versión tipologista del estilo, no para desecharlo, sino para destacar su naturaleza activa: el estilo, como expresión de significado, estaba vivo. O, en último término, sólo residía en el

texto. Frente a la pasividad que se veía en el normativismo culturalista, la segunda ola arremetió con una inyección de idealismo y el estilo adquirió por fin vida propia. Y es que desde las versiones de la teoría de la información, que veían en el estilo una forma de comunicación de las identidades sociales, hasta la versión derridiana utilizada en el estilo como discurso, éste subyace como un dato de la realidad. Realidad subjetiva, pero realidad al fin. Una manifestación no sólo de la capacidad cognitiva sino de su potencia, que expresa el pensamiento y las identidades. El peligro del estilo, se instala cuando es el compás de la creencia en el acceso al contenido de las mentalidades, al pensamiento, o la relatividad de su interpretación. Cuando ya está constituido como una propiedad de la realidad, se reifica como idea materializada.

En suma, la categoría de estilo en arqueología ha sido un término útil como herramienta de ordenamiento de la variabilidad. Su principal problema radica en que, respecto a lo clasificatorio, se deben asumir uno varios argumentos universales que justifiquen su funcionamiento, que como universal es arbitrario en los factores causales, de modo que su aplicabilidad es circular: se buscan estilos porque se supone que refiere a X propiedades de la realidad social, cultural o histórica, y se constata, luego, con un listado de las mismas propiedades, es decir, no se ha conseguido conocimiento, sólo se ha confirmado una conjetura, no una hipótesis (Bunge 1989 [1983]). Un segundo problema, es de orden observacional, ya que los mecanismos para formalizar la variabilidad, son apriorísticos, es decir, lo parecido se mide a menudo según criterios de autoridad. Finalmente, un tercer problema, aparece cuando se lo considera una propiedad de la realidad, lo que es un contrasentido categorial, ya que se confunde el término para denominar un fenómeno como un elemento que lo constituye en su totalidad.

5.3. Hacia una teoría arqueológica de las RRFF

*La teoría no es otra cosa que la representación de la realidad
en el nivel de la conciencia y están tan asociadas
que su prueba de verdad no es otra que la práctica o realidad.
Del mismo modo, la realidad -en el nivel de la conciencia-
es apreciada siempre desde la forma como
ha sido organizada su representación
(Argelés, et al. 1995: 504)*

Evidentemente, los cuerpos teóricos que hemos revisado hasta aquí resultan insuficientes para interrogarse respecto a cómo sirven las RRFF a la producción y reproducción social, es decir, cómo y mediante qué mecanismos contribuyen a la conservación o transformación de las relaciones sociales existentes en una determinada situación histórica. Se ha destacado que esa insuficiencia reside en que se confía en que es posible el acceso o bien al pensamiento, como resultado de propiedades cognitivas, o bien como expresión significativa. Incluso, si no es posible, se ha declarado que aún resulta necesario, porque algo más hay que decir, además de describir, de modo que no es tan importante lo que se diga, sino que se avance “imaginativamente” en dar un paso más allá de la descripción.

No es posible estar en desacuerdo en que “hay que dar pasos más allá de la descripción”, pero dichos pasos deben estar formalizados en preguntas de partida y en una teoría capaz de no reproducir explicaciones que se conviertan en neocolonizaciones. Y aquí una teoría de la representación para la arqueología es necesaria en un doble sentido. Primero, como teoría del conocimiento que permita superar el etno y crono-centrismo de querer ser los/as representantes del pensamiento de personas que ya no existen, y segundo, como mecanismo teórico para dar cuenta de propiedades de una realidad social que ha desaparecido. Ello supone asumir los límites del conocimiento arqueológico, y potenciar las posibilidades, es decir, delimitarlo.

Si el material al que tenemos acceso desde la arqueología es el residuo o fragmento de procesos que han deformado una materia humanizada y sus relaciones con otras materias, humanizadas o no, la particularidad de aquella materialidad social en la que constatamos físicamente la presencia de representación reside, no precisamente en el significado contenido en ella sino en cómo el contexto de producción y uso social nos informa acerca de su exclusividad funcional, esto es, que no ingresen a nuevos ciclos de producción, sino que su razón causal primordial resida en su disposición a ser “percibidas”: ello incluye lo sensible, lo emotivo y lo racional, sin ser aprehensiones del mundo necesariamente antagónicas, ni claramente delimitadas. La pregunta entonces es el *para qué* de la representación, no el *porqué*, el cual puede ser distinto de su cercanía figurativa.

De entrada, entonces, consideramos que una TARRFF debe descartar, por ilógica, la búsqueda del significado de la representación (sea desde el símbolo o el signo) y del sujeto volitivo (o intención subjetiva), en el sentido de “individuo” finito y autodeterminado que ha incorporado desde el liberalismo ilustrado, buena parte de la arqueología postprocesual. La explicación a ello puede ser enunciada de acuerdo a dos criterios:

1º El signo es la parte del símbolo perceptible por los sentidos (Wittgenstein 2009 [1921]:

3.32). Lo cual quiere decir que indica, no que significa.

2º No existe una voluntad subjetiva pura, salvo si aceptásemos la idea de representación subjetiva del mundo del idealismo kantiano o shopenahueriano, donde el mundo es la representación que tengo de él. Por el contrario, el problema no es el mundo, sino las limitaciones sensoriales y sociales que sujetos individuales y colectivos tienen para aprehenderlo y, luego, representarlo.

Debido a que en arqueología por definición constatamos la presencia física de la materia humanizada, suponer lo contrario a lo 1º y a lo 2º comportaría la imposibilidad de transformación colectiva de la realidad. La pretensión de acceder no sólo al pensamiento de las personas en el pasado (sin la mediación de ninguna forma de comunicación gestual o verbal), sino que también a sus propósitos subjetivos, mediante una interpretación que es presentada como una posición válida más, -cuando esa misma posición proviene de una situación de privilegio-, constituye la apertura a la posibilidad de presentar como naturales las actuales disimetrías sociales.

La TARRFF que intentamos defender aquí es que la representación es una práctica humana universal, cuya función y forma⁸(*para qué y cómo*) puede ser particular a cada colectivo social, sexual e/o histórico.

5.3.1. Representación y Figura

"De lo que no se puede hablar hay que callar"
(Wittgenstein 2009 [1921]; prop. 7. 132)

El término *representación* es empleado en filosofía, estética y teoría del conocimiento en múltiples sentidos. Aquí se restringe su uso partiendo de la etimología *volver a presentar*, como un *modelo*. Si bien la representación puede tener como función *comunicar*, es decir, transmitir información a receptores/as, la misma no la define. Como modelo, el intento de volver a presentar puede tener como propósito no sólo la comunicación de información, sino también la interpelación, la sensibilización o la conmoción. El arte, el lenguaje, la matemática o la escritura, en tanto prácticas, son modelos de representación del mundo o lo que se piensa de él, o lo que se piensa que se piensa de él, o lo que se siente de él, etc. Intentan, mediante un modelo, transmitir algo (ideas, sensaciones, sentimientos).

Así como mediante la transmisión de algo exteriorizamos una representación de ello, también interiorizamos el mundo mediante representaciones mentales de él. Sin embargo, en lo que compete a la arqueología, sólo podemos concentrarnos en la porción material de la representación como exteriorización. Pretender abordar la representación como interiorización sensorial o cognitiva del mundo, como buscan las arqueologías basadas en la percepción de quien investiga, supone universalizar su modo singular y contingente, autoproclamándonos representantes de la representación de "otros/as", cuyas únicas manifestaciones son la porción física de su exteriorización, y no al revés.

⁸ Esta singularidad en el uso fue a lo que Wittgenstein llamó *juego de lenguaje*, un modo particular de representación del lenguaje ordinario (Wittgenstein 1999 [1958]: 27).

Aquí se localiza otro de los argumentos para descartar la búsqueda de los significados: ellos son representaciones mentales del mundo, posibles mediante la percepción sensorial y ciertos dispositivos intelectuales, y a nivel de la conciencia individual dichos medios son entrenados socialmente, no existen en estado puro o innato más allá de su potencia. La práctica es la concreción de la potencia socializada, que no descarta la conciencia de su proceso y, por lo tanto, la posibilidad de su transformación (su agencia). Pero lo que nos interesa es la historia social, la colectiva, no el caudillismo. De modo que la transformación social real es aquella de la conciencia colectiva de las condiciones de la socialización y de las posibilidades colectivas de su transformación.

En arqueología, por lo tanto, una teoría de la representación supone abordar aquella porción física de la práctica de su exteriorización en su función colectiva. Representación, como puede desprenderse, es una expresión genérica de la transmisión de algo, mediante un numeroso cuerpo de posibilidades concretas. Piénsese en este mismo escrito, en el habla, en las artes escénicas, en la pintura, en la música, en el lenguaje de señas, la lógica o la matemática, etc. Son todas formas de representación que poseen un cuerpo de signos que, o bien se conocen previamente, o no se conocen y buscan provocar antes que significar. Esto es importante. Es común en ciencias sociales, establecer una relación de identidad entre lo social y el lenguaje. Tal fue el efecto del giro lingüístico. Ello resulta mucho más sensible en arqueología donde trabajamos con retazos de acciones sociales, no con sujetos vivos, ni menos con sus intenciones discursivas. De ahí que una aplicación acrítica del estudio de la representación desde los criterios ofrecidos exclusivamente para el lenguaje y proyectados desde ahí a todo el resto, como si fuera indistinto, lo llamado “extra-lingüístico”, resulte no sólo insuficiente, sino que también arbitrario.

No existe lo lingüístico y todo lo demás. Sino que lo lingüístico es parte de todo lo demás. Donde todo lo demás son modos de representación. Cada una con particularidades funcionales y modales definidas social, sexual o históricamente. De ahí que no “todo lo demás” sea un cuerpo homogéneo de normas de representación. El reconocimiento de la condición de heterogeneidad en la que se articulan y concretan los modos de representación, debería llevarnos a un objetivo mucho más modesto que el intento de una semiótica de la materialidad, la cual necesariamente debe asumir que toda forma de representación posee las mismas reglas de funcionamiento: diádico en Saussure y triádico en Pierce. Al contrario, se trata de identificar, en su particularidad, sus relaciones y estructura: cómo las personas producen y usan sus representaciones y en qué condiciones.

Si bien la teoría de la *representación social* ha hecho un notable aporte al conceptualizar cómo operan los saberes colectivos, lo han hecho respecto a las imágenes sociales ancladas en el sujeto moderno, lo cual nos impide una aplicación directa a la teorización arqueológica general (p.e. Jodelet, et al. 2000; Moscovici and Duveen 2000). Sin embargo, hay cuestiones relevantes que es importante incorporar. Por ejemplo, respecto a la idea de espejo mental del mundo exterior que comúnmente se le suele atribuir a la representación:

“Aquí y allá existe una tendencia a considerar que las representaciones sociales son reflejo interior de algo exterior, la capa superficial y efímera de algo más profundo y permanente. Mientras que todo apunta a ver en ellas un factor constitutivo de la realidad social, al igual que las partículas y los campos invisibles son un factor constitutivo de la realidad física.” (Moscovici and Hewstone 1986: 710)

Es importante señalar la no especularidad de la representación respecto a la realidad, pues ahí reside su complejidad y su modo particular⁹. Sin embargo, a diferencia de la noción de representación social empleada en psicología social, la nuestra debe ser necesariamente más amplia que la idea de conocimiento social que emplea Jodelet, ya que incluye la posibilidad de representaciones sociales antagónicas, no racionales y disfuncionales que pueden comportar, entonces, ya no la viabilidad o refuerzo, sino el quiebre de la reproducción social.

Siendo definida la representación como un modelo no necesariamente especular de la realidad, sino complejo, determinado social e históricamente, lo que incluye por cierto formas culturales e ideológicas, es necesario delimitar la porción a la que tenemos acceso desde la arqueología, especialmente en el contexto de sociedades ágrafas. Es precisamente ahí donde la figura adquiere su mayor connotación. Entendemos por *figurativo* aquel modelo de representación que emplea formas, estados o imágenes que podemos reconocer en alguna porción de la naturaleza percibida por nuestros sentidos. Dicho de otra forma, una representación es figurativa cuando mantiene *cierto* isomorfismo con un objeto de la realidad. El término “cierto” no es casual, pues advierte la relación no-especular aludida, haciendo hincapié en que se trata sólo de la indicación a un referente, no de su significado. Este punto es gravitante y se suma a la imposibilidad que supone el acceso al significado desde la arqueología¹⁰. Tanto Baudrillard, cuando señala que la denotación del significado del signo es sólo una apariencia debido al ocultamiento ideológico (Baudrillard 1979 [1972]), como Barthes cuando en S/Z dice que la denotación no es el primero de los significados, pero pretende serlo (Barthes 1980 [1974]), se refieren a lo que ya se había planteado en lógica previamente (*cf.* Frege, Saussure y Wittgenstein), respecto a que el signo indica algo para alguien o para un colectivo siempre a través de mediaciones. No existe el signo puro, auto-significativo, sino personas que lo interpretan: personas socializadas y en situaciones específicas.

Ahora bien, el concepto de signo, empleado especialmente en lingüística como las unidades mínimas significantes que le otorgan sentido a una proposición, es también problemático: ¿cuál es límite de un signo en una representación? Las mismas, ¿se componen de signos como en una proposición, o se trata de expresiones distintas? En nuestro caso de investigación, por ejemplo, ¿cuál es el signo? ¿La cabeza completa? O ¿cada uno de sus elementos que configuran la proposición “cabeza”? Y es que efectivamente, la mayor cantidad de teoría respecto al signo se ha hecho desde la lingüística. La alternativa estética, tampoco ha resuelto el problema y el concepto de estilo se ha mostrado como insuficiente y arbitrario. En consecuencia ¿es posible aplicar el concepto de “signo” en la representación figurativa arqueológica, si a priori no podemos distinguirlo? A mi juicio, es necesario alcanzar una mejor resolución teórica, con más aplicaciones metodológicas a casos de estudios como el que aquí se presenta, para resolver si resulta útil o no el nivel de la

⁹ Algo muy similar advierte Mario Bunge en torno a lo que denomina epistemología ingenua del reflejo y doctrina del isomorfismo entre lenguaje y realidad presente en el primer Wittgenstein, algunos materialismos, el hegelianismo y Russell (Bunge 1989 [1983]: 724).

¹⁰ Es importante señalar que una teoría arqueológica de las sociedades capitalistas, como la arqueología industrial o de la represión, no encontraría las mismas restricciones, ya que las fuentes suplementarias de información son variadas.

categoría “signo” como herramienta analítica en arqueología. En principio, parecería más adecuado mantener al signo como un resultado de la investigación, antes que como un supuesto.

Volviendo a la figuración y asumiendo que es posible identificar categorías en la representación figurativa arqueológica que a posteriori puedan ser concebidas como signos, es necesario resaltar que debido a que las representaciones no significan sino sólo indican mediante el signo u otra unidad de sentido, la cualidad figurativa no supone menor arbitrariedad en la significación mental. Esto quiere decir, que lo abstracto y lo figurativo no se encuentran en un plano jerárquico respecto a la significación, donde lo abstracto sea más arbitrario y de mayor dificultad significante y lo figurativo sea más especular con la realidad y, por lo tanto, más abiertamente significante. Aquí subyace otra confusión en arqueología: que podamos identificar una figura o no en el presente desde nuestras propias disposiciones perceptuales, no quiere decir que haya operado en el mismo sentido para los/as productores/usuarios/as de representaciones en el pasado. Para ejemplificar. Un círculo con un punto al centro es una representación más bien abstracta, sólo reconocemos un círculo con un punto al centro. La arqueología a menudo asumiría que su significado es arbitrario. Pero una representación antropomorfa la reconocemos como un ser humano, eventualmente sexuado. Entonces la arqueología comúnmente dirá de la figuración es “menos” arbitraria, y que el significado era precisamente un/a humano/a. Pero las categorías sociales y mentales tras la representación del círculo y el punto, no aseguran que la representación antropomorfa no se refiera a otra cosa. Si bien, efectivamente, ello puede ocurrir, lo es en la práctica, por lo que debe detectarse, no asumirse. La recurrencia de cabezas escultóricas en Chavín de Huántar, por ejemplo, nos dice que existió un interés, una intencionalidad, por representar cabezas de ciertos seres, pero dicha recurrencia no nos dice nada de lo que se pensaba, es decir, lo que significaban esos seres.

En consecuencia, la única particularidad de la representación en un modelo *figurativo*, es que podemos percibir una correspondencia de la representación con el mundo físico. El estudio de su variabilidad, de su organización y del propósito de su función social, debería basarse en la relación que establece con su contexto de producción y uso, es decir, en los planos de participación que comparte con el resto de materialidad social y fuera del cual carece de cualquier interés arqueológico. Si bien el postmarxismo lacaniano de *Tel Quel* ofreció una alternativa interesante para el estudio de la producción del signo y su proceso de producción, destacando que la estructura, es decir, su organización no asegura el acceso al significado (Kristeva 1978 [1969]) lo hizo respecto a la estructuración del discurso en el texto, y ya he argumentado que la proyección del funcionamiento del discurso a toda representación resulta arbitraria. No obstante, es interesante destacar la idea de producción y proceso en la elaboración, distribución y uso social de la representación, pues es en ese circuito únicamente donde el sentido de la investigación arqueológica de la representación puede lograr, a su vez, una representación coherente del *para qué* y el *cómo* de la misma.

5.3.2. Acerca de la ideología

He señalado que la representación puede ser definida como una expresión de algo, cuya singularidad es específica a los colectivos sociales que la producen y usan. Ahora bien, debido a que las representaciones, incluso en su modelo figurativo, pueden adoptar infinitas

organizaciones y propósitos, es necesario recurrir a categorías explicativas que caractericen ciertas formas en las que opera la recurrencia de una determinada representación. Para ello es oportuno recordar los tres principios básicos y genéricos en los que se basa la arqueología para la observación y organización de la materialidad social: asociación, superposición y recurrencia. Cuando cualquier objeto se localiza en una situación asociativa con otros objetos, se infiere coetaneidad, siendo la recurrencia de la relación de asociatividad y de sus propiedades físicas, la base para suponer que existió algún tipo de intencionalidad que debe ser explicada por una teoría previa. El caso de las RRFF no es distinto al de otra materialidad, ya que constatamos su presencia física. El estudio de sus propiedades, en consecuencia, permite el estudio de la recurrencia o no de su variabilidad. Pero ¿es lo mismo la recurrencia en la forma y composición de un útil lítico que la de una representación? Aquí es precisamente donde es necesario contar con conceptos que formalicen la concreción social de una materialidad social u otra.

En términos generales, desde una posición inspirada en el feminismo materialista, nos interesa, entre otras cosas, el estudio de la disimetría social (*cfr.* Cap.4). Ello nos lleva a preguntar acerca de si la disimetría o reciprocidad social constatada arqueológicamente se manifiesta en las representaciones que hace la sociedad o una porción de ella de sí misma. Un colectivo social puede tener un cuerpo de ideas o sentimientos respecto de sí o de otros, y no necesariamente hará referencia a las diferencias sociales en lo relativo a prácticas de explotación. Ahora bien, cuando un colectivo emplea a las representaciones como mecanismo que encubre o distorsiona las condiciones objetivas de explotación de una manera recurrente, podemos hablar de un uso ideológico de las mismas. En esa situación, el uso de la representación como cuerpo estandarizado de expresión de algo que oculta, distorsiona o naturaliza las situaciones de disimetrías sociales puede decirse que ha adoptado una forma ideológica. Ello supone asumir dos cosas: primero, una posición en el debate respecto a la operatividad del concepto de ideología en ciencias sociales, y segundo, el descarte de que la ideología sea un fenómeno exclusivo de las sociedades clasistas, pero asimismo, que sea constitutivo de la representación.

Respecto del primero, ha servido como un término con una carga crítica, es decir, como algo que en nuestra sociedad debiera combatirse o, al menos evidenciarse, lo que ha llevado a la conjunción entre política y ciencia. Su profundidad teórica y la presencia en prácticamente todos los debates de las posturas críticas ya sea defendiendo su empleo, o descartándolo, es substancial y supera lo que podamos sintetizar operativamente en una investigación como la nuestra. En los párrafos que siguen he intentado sintetizar muy apretadamente una caracterización de este debate para justificar el sentido de su uso en una TARRFF como la que aquí se propone.

El debate en torno al concepto de ideología puede esquemáticamente ser ilustrado como una discusión que ha transitado en torno a su operatividad como categoría crítica para el estudio de los dispositivos de dominación social. Desde Marx, precedido por Destutt de Tracy en el siglo XVIII, se buscó comprender los fenómenos que evidenciaban la legitimación intelectual de la dominación social y otras formas de distorsión mental en el conocimiento de la realidad (Larraín 2007: 9). En el origen de esta preocupación conceptual se encuentra un estrecho vínculo entre el desarrollo de la ciencia y la práctica política, esto es, se persigue el estudio de aquello que oculta lo que pasa en la realidad: en principio un

interés de origen burgués que buscaba el desarrollo de un estado laico y racional, en oposición a una monarquía absolutista. A partir de Marx, el interés por superar las contradicciones de los antagonismos clase, fomentará el estudio de los mecanismos con los que opera ya no sólo la religión, sino también el Estado y las instituciones que sostienen a la sociedad capitalista. Con ello, sería posible desenmascarar los intereses que están detrás de los dispositivos ideológicos, hacer visible las contradicciones y transformarlas. Esta versión básica fue reeditada, robustecida, criticada o transformada, según sea el caso, con las variantes estructuralistas y marxistas de pre y post 2ª guerra (v.g. Althusser 1989; Barthes 1993 [1967]; Barthes 1999; Godelier 1974; Godelier 1989; Gramsci 1977; Levi-Strauss 1979; Levi-Strauss 1997 [1962]).

Posteriormente, especialmente con el llamado *giro lingüístico* en las ciencias sociales, la preocupación se desplazó al orden de su manifestación en el plano del discurso, lo que en su versión más radical consideró que, como discurso de toda práctica social, la ciencia posee dispositivos ideológicos, que o bien ocultan la realidad de las cosas, o bien se apropian de una versión de ella, instalándola como “la verdad”. La imposibilidad de deshacerse de la existencia de aparatos ideológicos en toda práctica social, sea ésta del tipo que fuere, hizo que autores como Hindness y Hirst (1977), por ejemplo, anunciaran el fin de la epistemología, esto es, la ciencia como forma privilegiada de discurso no puede ser probada, por lo que es inherentemente arbitraria y dogmática e incapaz de dar cuenta de mecanismos de ocultamiento de la realidad, ya que ella misma lo es (Mouffe 1985). El relativismo dogmático al que condujo esta corriente, en que los discursos se “hacen incommensurables”, ya que todo es ideología o nada es ideología (Larraín 2010: 79), ha sido superado en las últimas reediciones del concepto. Parafraseando a Habermas, la crítica ideológica de las posturas postmodernas es totalizada, ya que como en Nietzsche “acaba destruyéndose a sí misma” (Habermas 2008: 114).

Los dos últimos párrafos configuran, en buena parte, los dos extremos en los que ha transitado la ciencia social respecto a la posibilidad del estudio científico de las prácticas de representación, ya sea instalando la necesidad de acceder a la realidad de las relaciones sociales tras los velos impuestos por los sistemas de dominación, o bien renunciando a toda posibilidad de su estudio científico como mecanismo de emancipación, porque toda práctica humana o es un discurso inherentemente ideológico, o conforma en sí misma un aparato de disciplina del cuerpo. La primera visión es propia de las corrientes postmodernas que consideran que el estudio social debe ser el estudio del lenguaje, mientras que la segunda deriva de la crítica postestructural encarnada especialmente en los aportes de Foucault. Ambas, no obstante, a pesar de toda la diversidad y tensiones de corrientes que no configuran cuerpos de pensamiento estructurados en “escuelas” teóricas, coinciden sin reconocerlo, en el principio esencial de la crítica que propició el desarrollo del concepto de ideología, esto es, el reconocimiento de que quien posee el poder de la producción material, poseerá también el de la producción simbólica o intelectual, desarrollando y estableciendo mecanismos de ocultamiento de esa dominación, y presentándola como natural o necesaria. Los sujetos sociales serían domesticados en la socialización, mediante el lenguaje y otras prácticas de comunicación, lo que permitiría reproducir de alguna manera las condiciones sociales de la dominación. Algún tipo de filtro, fisura o anomalía permitiría a su vez, la conciencia de la dominación, la resistencia a ella o la emergencia de nuevos dispositivos

ideológicos que serían la base para la transformación de las condiciones previas, lo que no necesariamente asegura la emancipación de la dominación de unos colectivos sobre otros.

En suma, como sostiene Larraín (2010), dejando de lado que la crítica postestructural y postmoderna al concepto de ideología es en sí misma una crítica ideológica, toda la tradición de pensamiento crítico moderno y tardo-moderno ha considerado que existen mecanismos de enmascaramiento de la dominación, del poder o de la explotación. Las diferencias radican en: a) si podemos dar cuenta de esos mecanismos; b) si se puede acceder a la realidad que enmascaran; c) si emanan de las condiciones o relaciones de producción o del discurso, es decir, si es un fenómeno material o ideal; d) si opera a nivel de los sujetos o las estructuras en las que se desenvuelven; y e) si es un fenómeno particular de la sociedad de clases o independiente de ella. Los cinco primeros puntos han sido suficientemente contestados, incluso en arqueología, cuando se ha señalado, por ejemplo, que uno de los problemas fundamentales de la postura idealista respecto al concepto de ideología es la desatención de un hecho crucial: la distancia entre lo que se piensa y lo que se hace (Lull, et al. 2007: 11).

En esta tesis, por lo tanto, queremos conservar el fundamento operativo de la *Ideología Alemana*, pero ampliado, primero, a un reconocimiento no objetualista de la producción material, es decir, incorporando el aporte feminista materialista respecto a la reproducción de la fuerza de trabajo (Federici 2010), como parte indisociable de la producción en general; y, segundo, a la consideración de algunas distinciones en el funcionamiento y expresión de la ideología, que o bien son insuficientes en Marx y Engels, o desde las ciencias sociales se han pensado para sociedades históricas occidentales, por lo que su aplicación en arqueología debe evaluarse críticamente.

A diferencia de la idea de *falsa conciencia* comúnmente atribuida a la noción de ideología ofrecida por Marx, recogemos la noción de *inversión hegeliana* que el mismo emplea, pero en un sentido específico, que antes que referirse a ilusiones, espejismos o especulaciones vacías, surgen de inversiones reales previamente existentes en la sociedad: la inversión reside en la realidad, está en las contradicciones reales, la ideología sólo buscaría justificarlas y reproducirlas. Efectivamente, para Marx y Engels el papel de estas inversiones cognitivas, es encontrar una solución al nivel de la conciencia de la inversión al nivel de la realidad social. Así “*la religión proyecta una recompensa en el cielo por los sufrimientos reales de esta tierra, mientras la concepción idealista del Estado resuelve en la pura teoría la separación entre sociedad civil y sociedad política que el capitalismo intensifica*” (Larraín 2007: 45). En efecto, si se toman metáforas de la *Ideología Alemana*, que en sí mismo es un texto de difícil interpretación, como “cámara oscura”, “inversiones de la retina” o “fantasmas del cerebro”, da la impresión que la distorsión ideológica es una ilusión vacía. Al contrario, si se entiende el aporte seminal de la misma, puede advertirse que, en contra del idealismo, se buscaba destacar que la conciencia no es independiente de las condiciones materiales, y al contrario del materialismo mecanicista, que la conciencia no es un reflejo pasivo de la realidad externa (Larraín Op. cit.: 55). De ahí que sea crucial la idea de praxis como superación de ambas, ya que es en ella donde se despliega la ideología como un resultado, y no como causa de las contradicciones sociales.

Hablar de ideología es hablar del estudio de las ideas y al hacerlo Marx y Engels buscaban poner de manifiesto el carácter concreto de su influencia tanto en la reproducción como en la transformación social. Es en ese sentido que la idea de praxis que ofrece Wittgenstein respecto al uso del significado en los juegos de lenguaje (Wittgenstein 1999 [1958]) y nosotr@s en relación a los contextos de uso de las RRFF, sea tan relevante, pues evita la consideración de las ideas, los sujetos y los objetos como entidades predeterminadas y, por lo tanto, autoexplicativas. Toda vida social es, en esencia, práctica (Marx and Engels 2004 [1888]: tesis 8), lo que no es otra cosa que la acción consciente y sensible mediante la cual los y las seres humanos producimos nuestra existencia material y las relaciones sociales dentro de las cuales vivimos, transformando, con ello, la naturaleza, la sociedad y a nosotr@smism@s. Sin embargo, la paradoja de la actividad humana es que se concreta en instituciones y relaciones sociales, que si bien son producidas por nosotras y nosotros mismos, escapan a nuestro control, de modo que una de las dimensiones de la praxis es la reproducción de las relaciones sociales, en tanto son ajenas a individuos (división social). Asimismo, la praxis también puede contar con una dimensión capaz de transformar las relaciones sociales mediante el control consciente de los individuos. Ahora bien, si hay algo que caracterice a las prácticas ideológicas, es precisamente su dimensión conservadora, es decir, la instalación de mecanismos para la reproducción social, nunca para su transformación.

En consecuencia, en la concepción marxista la ideología no es un equivalente a “idea”, sino que es un caso particular de ellas. En esto no hay debate que no sea idealista. Efectivamente, cuando se quiere mostrar a toda ciencia como otra forma ideológica más, se confunde ciencia con conciencia (Lull, et al. 2007: 13), lo que no elude a que efectivamente en la praxis, es decir, en el uso operen influencias o consecuencias ideológicas del **producto del trabajo** científico que es el conocimiento. Volviendo al punto. Si la ideología no es un equivalente a idea, esto quiere decir que no toda idea es ideológica. Esto es precisamente a lo que se refirió la metáfora de *Dieciocho de Brumario* respecto a la distinción entre estructura económica, como la suma total de las relaciones de producción, y superestructura política y legal a la cual corresponden las formas definidas de conciencia social. Aquí superestructura, en cuanto a conciencia social, se refiere a las ideas en general, y no a una forma particular de ellas, aún cuando pueda formar parte de ellas. De forma que igualar superestructura con ideología, tampoco es correcto. Lo interesante de que no toda idea sea ideológica, reside en que la ideología es una característica peculiar de una forma de pensamiento, de modo que su constatación arqueológica es aún más restringida.

Aquí conviene hacer uso de la cita de Marx y Engels comúnmente empleada cuando se refieren a que las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de su tiempo, en especial atención a dos conceptos sensibles para una teoría arqueológica de la representación ideológica, el de idea y el de clase:

*“Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder **material** dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder **espiritual** dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes*

concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época.” (Marx and Engels 1988 [1845-1846. 1932]: 58. El destacado es original)

Respecto al primero, se está hablando de ideas en general, no de ideología. Esto quiere decir que las ideas de las clases dominadas, al no contar ni con el dominio de la producción material, ni la intelectual, están sometidas a las ideas de la clase dominante, no sólo a su ideología. Ello también implica que no siempre la relación entre ideas y los intereses de la clase dominante asegura que esas ideas hayan sido producidas por la clase dominante: es lo que necesita la clase dominante para que pueda dominar. Es por ello que el concepto crítico de ideología apunta, comúnmente, a que la clase dominante debe presentar sus intereses seccionales como los intereses de toda la sociedad (Giddens 1979: 188; Larraín 2007: 69). Y aquí reside otra particularidad que define a la ideología: sólo sirve a los intereses de la clase dominante. En efecto, una ideología puede ser producida por cualquier clase, lo que es una consecuencia de la universalidad del “modo limitado de actividad material”, es decir, es el resultado objetivo de que la negación u ocultamiento de las contradicciones es gravitante en la reproducción de esas mismas contradicciones, siendo únicamente mediante la reproducción de las contradicciones la manera en que la clase dominante puede reproducirse a sí misma; de ahí que la reproducción de las contradicciones, solo sirva a la porción dominante. Ahora bien, un punto importante a tener en cuenta, es que el reconocimiento de la existencia de aparatos ideológicos, no supone la evaluación moral de los mismos, como sí lo hace por definición la ideología. Esto quiere decir que la distorsión que implica la ideología, desde el punto de vista de quien la produce como desde quien se beneficia de ella, no es una conspiración de la clase dominante para engañar necesariamente a las clases dominadas: *la ideología no surge como una invención gratuita de la conciencia que intencionalmente distorsiona la realidad* (Larraín 2007: 76).

Esto nos conduce al segundo problema, que se deriva del pensamiento de Marx y Engels, pero que ha sido reproducido ideológicamente por el marxismo objetualista: que la ideología sea un fenómeno exclusivo de la sociedad de clases. El error deriva de la conservación de la idea objetualista de la producción propia del liberalismo y del marxismo androcéntricos, al insistir en una definición sesgada de ideología basada en el dominio respecto a la producción material y espiritual de la clase dominante formulada por Marx y Engels en la *Ideología Alemana* (*supra*).

Efectivamente, tanto en Marx y Engels como en las versiones que mantienen al resguardo a la ideología como fenómeno exclusivo de la sociedad clasista (v.g. Larraín 2007; Lull, et al. 2007; Tantaleán 2010), subyace el ocultamiento del dominio de la producción de cuerpos como parte de la producción material de una sociedad (*cfr.* Cap.4). En otras palabras, identificar los mecanismos encaminados a la reproducción de las condiciones materiales que ejerce la ideología, como una práctica social exclusiva de la sociedad clasista, es decir, aquella en la que existe excedente económico y división social del trabajo, supone asumir que no existen otras formas de explotación. Debido a que la producción de cuerpos es

fundamental en la reproducción de la fuerza de trabajo, hemos señalado que su desconsideración supone invisibilizar el trabajo del cuerpo de las mujeres respecto a su participación exclusiva en la gestación y parto, y a menudo en los trabajos de cuidados de los sujetos sociales. Por ello, ahí donde existan relaciones de dominio de la producción material, deberán existir mecanismos para reproducirla y ocultarla, y dado que la producción material no es exclusivamente de objetos, sino también de sujetos, pueden darse también en sociedades no necesariamente clasistas.

En síntesis, la ideología puede entenderse como un conjunto de ideas que sirven a las clases o grupos dominantes de una sociedad o comunidad, para conservar su situación de privilegio, mediante prácticas que ocultan las contradicciones de las que emanan. Para ello se sirven de una serie de formas, que si bien se pueden encontrar cierta regularidad en lo que se conoce de la historia humana, no tienen porqué ser universales. Ahora bien, como conjunto de ideas que ocultan las contradicciones, para identificarque estamos ante la presencia de prácticas ideológicas hacen falta una serie de requisitos:

- a) Que se hayan constatado materialmente contradicciones sociales, es decir, que exista explotación de un colectivo sobre otro.
- b) Que el cuerpo de manifestaciones que se suponen como ideológicas sean recurrentes y normadas.
- c) Que el contenido de las ideas ideológicas no se refiera a la realidad material o lo haga de un modo distorsionado, ocultando aspectos y sublimando otros.
- d) Que toda la comunidad o sociedad haya sido socializada o adoctrinada de alguna manera en los contenidos ideológicos, de modo que se vean como naturales o inevitables.
- e) Que la mayoría de los sujetos sociales consideren que las condiciones de existencia son permanentes e invariables, es decir, que sientan que siempre ha sido así, aunque no cuenten con mecanismos racionales para justificarlo.
- f) Que los contenidos de las ideas ideológicas orienten conductas, es decir, no sólo que sean sociales, sino además se expresen en acciones concretas.
- g) Que su manifestación, concreción y socialización se dé en una duración lo suficientemente larga para permitir la reproducción de las contradicciones y su naturalización en varias generaciones.

Esta serie de requisitos, sin embargo, deben ser aterrizados a nivel arqueológico. Si unimos lo que hemos definido como representación con lo que se ha dicho que es ideológico, habría que decir que una representación es ideológica sólo ante determinadas circunstancias, siendo su constatación un resultado y no un supuesto de indicadores que deben ser “extra-ideológicos”, es decir, no puede identificarse la existencia de aparatos ideológicos en un determinado contexto arqueológico desde los mismos aparatos. Esto quiere decir que la ideología no se constata con la presencia de ella misma, lo que además de ser un contrasentido, es circular, y por lo tanto, no ofrece nuevo conocimiento. Por el contrario, los indicadores para identificar que una serie de datos del registro arqueológico están operando de forma ideológica o en el marco de mecanismos ideológicos de dominaciones, deben buscarse en niveles de análisis superiores, tanto al nivel del conjunto de la materialidad social que se supone ideológica, como en atención a la situación material

de la que derivan y a la que refieren. Respecto a la representación debería tenerse en cuenta lo siguiente:

- a) Una constatación o indicadores materiales de disimetría social: ya sea en forma de variaciones bioantropológicas, excedentes de producción, o amortización de concentración de objetos singulares, dominio exclusivo sobre bienes o materias primas, entre otras.
- b) Una regularidad en los contenidos de la representación, las propiedades físicas de la materia y/o de las técnicas empleadas en objetos destinados a la representación.
- c) Una concentración de espacios exclusivos para la producción de objetos destinados a la representación, o reiteración de los mismos espacios.
- d) Recurrencia de los espacios de ostentación de representación.
- e) Variaciones, distorsiones u ocultamientos estadísticamente significativos del contenido de la representación respecto a las condiciones materiales de existencia de los colectivos sociales.
- f) Apropiación de contenidos de representación antiguos en nuevas organizaciones temáticas.
- g) Permanencia en el tiempo de los mismos esquemas de representación.

5.3.3. Aspectos centrales para una TARRFF

Quiero acabar este capítulo reivindicando la idea acerca de que el registro arqueológico conserva acciones, no pensamientos. Cosas que se hicieron. Las cosas que se hicieron obviamente debieron ser pensadas, pero sin duda hubo pensamientos que no se llegaron a transformar en acciones con un efecto material, incluso pueden no haberse convertido nunca en acciones. Desde ese punto de vista la representación como manifestación, expresión de algo, que no supone necesariamente una esencia racional, sirve al estudio arqueológico de la materialidad social como un ancla donde sistematizar el estudio de la expresión mediatizada y ambigua del pensamiento, lo que significa que lo que estudiamos es la expresión, no su origen subjetivo. Ello alerta en contra de pretender acceder al significado simbólico de la representación, no sólo por la imposibilidad lógica que supone, sino por la peligrosidad política que conlleva. Es lo que Trinidad Escoriza Mateu ha llamado el problema de la *falacia simbólica* (Escoriza Mateu 2002).

En ese entendido, una teoría de las RRFF en arqueología es una teoría de la práctica de lo que se hizo, no de lo que se pensó y no se hizo. De ahí que lo que importe sea la concreción de la producción y el uso de la representación como una forma manifestada a nivel práctico. Ello nos conecta con una de las manifestaciones o modos particulares en los que puede ser empleada la representación. La ideología como puesta en marcha, es decir, como praxis de un cuerpo de ideas específicas referidas y orientadas a la conservación de las contradicciones sociales, puede ser vista en las representaciones arqueológicas, toda vez que se cumpla una serie de requisitos empíricos. En ausencia de ellos, estaremos frente a cuerpos de representación que, bien no tienen la suficiente base material para ser planteados como ideológicos, o bien la base material indica que no están sirviendo para beneficio de un colectivo particular en detrimento de otros, sino que se trata de una práctica de representación colectiva que sirve a otros propósitos. En consecuencia, lo que arqueológicamente nos importa de la representación, sea ideológica o no, es su concreción

colectiva, su uso social. Para tal efecto, es necesario reconocer la realidad material de la que derivan y su función para la producción, reproducción o transformación de la vida social a la que se orienta. Ello es posible toda vez que se supere una consideración de la representación como autoinformativa y se avance en un reconocimiento de los planos de relación con otros órdenes de materialidad social.

Para ello conviene sistematizar algunas cuestiones fundamentales que se han ido argumentado a lo largo de este trabajo.

1. El sentido del estudio de las representaciones figurativas radica en que constituyen materialidad social, la cual nos informa del trabajo invertido en ellas. Esta característica la comparte con toda materialidad social.
2. Su particularidad radica en que son la expresión de ideas o sentimientos orientadas a su intervención en prácticas extraeconómicas, aún cuando ello no supone que no provengan ni influyeran en ellas.
3. Constituyen físicamente, como toda materialidad social, residuos de las acciones de sujetos sociales muertos. Lo cual nos impide acceder directamente a los contenidos de su pensamiento y, por lo tanto, al significado de las representaciones.
4. Podemos llegar a constatar la presencia de física del signo en las representaciones como un resultado de una investigación, y no como supuesto o premisa, a no ser que se presente en forma de hipótesis.
5. La presencia de signos sólo nos conduce a lo que éste indica, no a la significación, que es un proceso mental individual.
6. Debido a que el símbolo requiere del significado, ante la ausencia de vectores para interpretarlo, la arqueología debe asumir su abandono. Además, un signo puede ser multi-simbólico o un símbolo puede ser multi-sígnico. No existen reglas universales del significado.
7. De ahí que su estudio deba enfrentar el *paraqué* y el *cómo* de la representación, no el *porqué*.
8. La universalidad de las prácticas de representación reside en su concreción, no en su función ni su organización.
9. Una de las formas en que pueden ser empleadas las representaciones, es como mecanismos de manifestación de una ideología. En ese caso, operarán como expresiones encubridoras, naturalizadoras, justificadoras y universalizantes de las contradicciones sociales.
10. Para la definición de RRFF ideológicas deben cumplirse ciertos requisitos. No toda representación social es ideológica. De ahí que un cuerpo de representación figurativa, cuando es ideológica puede convivir con otras formas de representación ideológicas o no. Incluso una misma ideología puede servirse o adoptar expresiones distintas.
11. Por lo anterior, el estudio de la ideología en arqueología debe restringirse a lo que en su expresión material es posible inferir.
12. Si un cuerpo de representación es ideológico es a la vez político. Sin embargo, un cuerpo de representaciones figurativas con un propósito político, no necesariamente es ideológico si éstas no benefician a los grupos dominantes.
13. Por lo mismo, los cuerpos de representación pueden ser variados, antagónicos, políticamente contestatarios o ideológicos. Únicamente tienen en común ser la manifestación colectiva de un cuerpo de ideas o sentimientos.

14. Así, un sistema de creencias no es necesariamente ideológico si no cumple con los principios que definen su empleo como mecanismo de reproducción de las contradicciones sociales.
15. Al revés, una ideología religiosa, una ideología política o identitaria, exaltando diferentes aspectos del orden social, buscan lo mismo: la reproducción del *statu quo*.
16. Formas transgresoras a la ideología dominante pueden ser también ideológicas.

Es importante reiterar que las RRFF no necesariamente son manifestaciones de un simbolismo colectivamente compartido. En efecto, como lo ha manifestado Escoriza Mateu las RRFF, eventualmente, pudieron constituir sistemas conceptuales abstractos que no necesariamente respondían ni a un ideario ni a una experiencia común. En estricto rigor, esto reconoce la posibilidad de existencia de categorías ontológicas diferentes acerca de lo representado (Escoriza Mateu 2002; Escoriza Mateu 2008; Escoriza Mateu and Sanahuja Yll 2002).

Por último, el potencial comparativo, sincrónico y la delimitación espacial del uso de los esquemas de representación, deberá siempre buscarse en los contextos específicos, no acudiendo a una categoría conceptual apriorística como la de estilo, sino que estableciendo las relaciones materiales reales delimitadas en un tiempo y un espacio concreto. La función de las RRFF puede ser distinta dependiendo de los espacios sociales de uso, y un mismo sistema de representación puede tener connotaciones político-ideológicas antagónicas para distintos colectivos en una misma sociedad. Esto advierte que ante una representación semejante, e incluso ante una organización de representaciones semejantes no es posible suponer unos usos similares. Dicha suposición debe constatararse en los espacios reales de los que deriva la representación, ya que como he insistido, no hay materiales, ni menos representaciones explicativas en sí mismas.

En consecuencia, una TARRFF como la propuesta propicia un conjunto determinado de preguntas y sugiere algunos aspectos observacionales para llegar a recuperar la información empírica que permita responderlas. Saber qué se produce, quién lo produce, quién tiene acceso a lo producido y cómo se refleja todo ello en las representaciones que las propias sociedades hacen de sí o de otras, es un aspecto fundamental para saber si un cuerpo determinado de representación responde a un propósito colectivo generalizado o si es la manifestación conservadora o transgresora de intereses seccionales. Para ello será imprescindible considerar el tipo de prácticas sociales con las que se relacionan y los lugares en los que efectivamente se pueden derivar los usos de este tipo de materialidad. Por ejemplo, ¿qué parte de su tiempo emplean las personas de un grupo en realizar representaciones de lo que piensan, creen, ven o sienten? ¿Las representaciones dicen algo de las condiciones materiales sobre las que se desenvuelve su vida o se refieren todas a otras cosas? ¿Se sobre representa más a un colectivo social que a otro? ¿Quiénes pueden o deben realizar las representaciones? ¿Quiénes suplen, en las actividades de mantenimiento y de producción subsistencial, a quienes realizan representaciones? ¿Es posible afirmar que las representaciones responden a dispositivos ideológicos?

En el siguiente capítulo se ofrecen los puntos de partida donde las observaciones del material de estudio pueden ser sistematizadas bajo criterios formalizados derivados de la

teoría cobertora y de la presentada en este capítulo. Con ello se busca, básicamente, reducir la arbitrariedad que comúnmente afecta el estudio arqueológico de este tipo de materiales, estableciendo los puentes que median entre la teoría general, la de la observación y los propios materiales.

CAPÍTULO 6

TEORÍA DE LA OBSERVACIÓN ARQUEOLÓGICA DE REPRESENTACIONES FIGURATIVAS

6.1. Introducción

“Para calibrar la naturaleza de los datos arqueológicos es esencial analizar las cualidades de las ‘observaciones’, ‘hechos observados’, o ‘información percibida’ y la importancia de los atributos de los artefactos. (...) es esencial darse cuenta de que los hechos observados o atributos son necesariamente seleccionados de entre una extensa gama de hechos y atributos presente en cada artefacto.”
(Clarke 1984: 11-12)

En el anterior capítulo se ha insistido en que a lo que tenemos acceso desde la arqueología es la concreción física de una representación. Esa afirmación es el punto de partida para la formulación de una teoría de la observación que oriente significativamente tanto el proceso de captación del hecho, como su transformación en dato mediante determinados procedimientos observacionales (Bunge 1989 [1983]). Orientación significativa quiere decir aquí la acción justificada de seleccionar, de las infinitas propiedades existentes en toda materialidad, sólo aquellas que se consideren informativas para el estudio arqueológico de la representación. De ahí que la necesidad de la formulación de una teoría de la observación para las RRFF deba entenderse atendiendo a los siguientes argumentos:

1. Que no existen registros arqueológicos neutros o predeterminados, es decir, que cualquier consideración de un hecho y el descarte de otro, así como de sus propiedades tanto en la observación como en el análisis suponen, explícita o implícitamente, una selección. Dicha selección siempre se encuentra movilizadora por una teoría subyacente que explica o sugiere que la selección del conjunto de observaciones pueda llegar a informarnos de aspectos de la realidad que no vemos o percibimos directamente en la observación, para lo cual formulamos hipótesis.
2. Una de las razones de la frecuente arbitrariedad en el estudio de la representación en arqueología deriva no sólo de la ausencia de teorías generales, sino también de formas operativas para justificar la selección de los atributos o propiedades que se consideran informativos del fenómeno o proceso social, histórico y/o cultural del cual deriva o es explicativa la representación percibida por el/la investigador/a. El resultado de ello es la tendencia a la construcción de sentencias, afirmaciones y/o explicaciones cargadas de altos sesgos o conjeturas previas, impidiendo o bien la replicación de las observaciones, o bien la contrastación de las explicaciones. En efecto, es frecuente que los trabajos interesados en el estudio de las representaciones figurativas no expliciten los criterios que se han empleado en la selección de las propiedades observadas y en la definición de las alternativas técnicas para describirlas, ya que parece acudir a una suerte de “sentido común” de lo que es relevante observar o no. Así, por ejemplo, en el estudio de las pinturas rupestres a menudo se asume que la figura percibida es suficiente para la descripción de la forma.
3. No todas ni todos observamos de la misma manera, aun cuando a nivel básico, esto es, desde un punto de vista neurofisiológico, la representación de nuestra percepción visual (en lo que se ha denominado *the primal sketch*. Véase Marr 1980: 203) opere de forma homóloga. En los niveles más complejos, como en la identificación de relieves y figuras tridimensionales, se requieren conocimientos previos para convertir la observación en descripción. Si ello es cierto para la observación ordinaria, lo es aún más para la observación científica, que se caracteriza por tender al empleo de una percepción *intencionada* (se realiza con un objetivo) e *ilustrada* (es posible por el

entrenamiento en un cuerpo de conocimiento previo) (Bunge 1989 [1983]: 727). De ahí que las variaciones inter-observador/a deban ser minimizadas mediante criterios formalizados e instrumentos analíticos que reduzcan la intervención de criterios de autoridad o arbitrariedad en el proceso de selección de las propiedades a ser observadas. Es importante insistir en este punto, ya que lo que se busca con la formalización de una teoría de la observación, es la justificación teórica y epistemológica de la selección de ciertas propiedades y no otras, porque se espera que esas propiedades sean informativas de algo previamente teorizado. Eso quiere decir que lo que se intenta dejar fuera no es ni la subjetividad, ni la carga socio-perceptiva, ni las intenciones políticas de quien investiga, sino hacerlas explícitas con el objeto de que las conclusiones a las que lleven los análisis de los datos procedentes de las observaciones iniciales, no se encuentren pobladas por observaciones cargadas de prejuicios y conjeturas apriorísticas. En parte, ello debería permitir evitar toda conclusión impuesta por criterios de autoridad o aceptada por arbitrariedad. Por lo mismo, el objetivo de una selección justificada de observaciones busca asegurar tanto la posibilidad de replicación de las mismas, como el cuestionamiento a la observación y/o a la capacidad informativa de la selección empleada.

En suma, una teoría de la observación transparenta los procedimientos por los cuales se llegan a obtener los datos que serán la fuente de la contrastación de las hipótesis, asignándole relevancia hipotéticamente causal a las propiedades observadas del fenómeno que se busca estudiar. Un pasaje de Argelés et al., sintetiza correctamente este objetivo:

“La aproximación a los fenómenos requiere de la mediación de una teoría de la observación, que sirva de puente entre los fenómenos que corresponden al campo de lo sensible y contingente, y las relaciones internas y esenciales que les dan origen, que no son perceptibles sensorialmente. Esta teoría de la observación debe ser construida de acuerdo con la singularidad del campo fenoménico que estudia cada disciplina. Si bien debe tender a contener principios y procedimientos de valor universal, sus formulaciones de base se sustentan en la teoría sustantiva a la que sirven, formulando las categorías analíticas y los enunciados empíricos que son relevantes a sus procesos gnoseológicos.” (Argelés, et al. 1995: 505)

6.2. Lo aparente y lo oculto del hecho: la metáfora del iceberg

Una manera pedagógica de ilustrar los procedimientos observacionales y la sustentación de la selección de las propiedades relevantes para la contrastación de nuestras hipótesis, es muy sencillamente graficada por Bunge (1989: 723). Se trata de la imagen de un iceberg donde lo que vemos, lo que observamos, a lo que tenemos acceso empíricamente, es su punta. Su punta, el hecho empírico, en forma de acontecimiento, proceso o sistema (sea objeto concreto o ideal), es perceptualmente parcial y limitada, ya que nuestros recursos de percepción no la captan ni en su totalidad, ni en su complejidad: un sistema, es decir, cualquier entidad que posea una estructura, hasta la más mínima, es inabarcable por nuestros sentidos. Aquí entra en juego lo que no vemos del iceberg. Y es que la metáfora de lo oculto, no hace referencia a una metafísica, sino todo lo contrario, a lo que queremos llegar a explicar con la punta del iceberg. Suponemos que lo *dado*, la punta del hecho, lo observable, informa o indica procesos más complejos, lo no visible del hecho. En consecuencia, la porción sumergida del hecho tiene que instalarse hipotéticamente, y toda hipótesis es posible gracias a una teoría sustantiva previa que establece las relaciones posibles entre lo observado y lo inobservado, relaciones *“por las cuales lo observado pueda considerarse como evidencia,*

a favor o en contra de lo hipotético y no visto, de modo que lo no-visto pueda explicar lo que vemos” (Ibíd.).

Recordemos que las dos hipótesis de partida de esta investigación apuestan a relacionar lo observado con el resto de evidencia disponible; lo primero, lo dado, son las 106 piezas y fragmentos de cabezas escultóricas en piedra, mientras que lo segundo, recoge los datos, es decir, propiedades de hechos seleccionados en otras investigaciones previamente, y vueltos a seleccionar según los intereses de esta investigación. Ello supone dos niveles de análisis que deben apuntar a dos cuerpos de propiedades de objetos que se esperan informativas para la contrastación de las hipótesis planteadas. Recordemos las hipótesis formuladas en la presentación de esta tesis:

H1: Respecto al problema empírico

El conjunto de cabezas clavos constituye la manifestación de una producción especializada, derivada del entrenamiento técnico en la talla de la piedra y teórico en los contenidos de un sistema de comunicación basado en el dominio de la producción intelectual por un colectivo particular, que empleó a la representación, entre otras cosas, como un dispositivo ideológico para la reproducción social de las contradicciones sociales reales durante aproximadamente 800 años.

H2: Respecto al problema arqueológico

La producción especializada en litoescultura, junto con la diversificación de otras producciones especializadas, fueron mecanismos para incrementar y a la larga consolidar el control económico, político e ideológico, sobre el beneficio de un sistema tributario basado en servicios intelectuales a una amplia región, sostenida directamente en el trabajo subsistencial de la población asentada en el drenaje del río Mosna, e indirectamente en el trabajo contenido en forma de productos finales tributados.

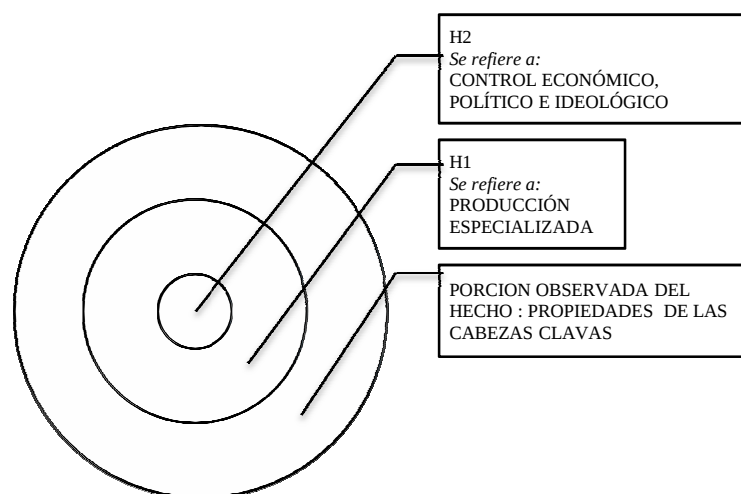


Figura 6.1. Esquema hipótesis-hecho. Relaciones de lo observable con lo in-observable.

El esquema pone de manifiesto una relación de jerarquía entre lo in-observable y lo observable. Tal como la punta del iceberg, la capa exterior es lo observable, que no es la cabeza clava como entidad material en su totalidad, sino las propiedades físicas percibidas, y de ellas, las que seleccionemos y convirtamos en datos. Efectivamente, no podemos observar la estructura atómica de la piedra, podemos llegar a observarla mediante un determinado instrumento o a inferirla mediante una fórmula matemática, pero puede ser que tampoco nos interese. En consecuencia, la porción observada, las propiedades de las cabezas clavos, serán sólo aquellas que nos interese ver según las hipótesis subyacentes. La hipótesis subyacente mediadora, la que vincula al análisis de

los datos derivados de las propiedades observadas, dice que debemos buscar aquellos aspectos físicos que sean informativos de una producción especializada, es decir, una estandarización en el proceso de producción (técnicos, *cfr.* Caps. 4 y 5) y recurrencias en los contenidos representados (especialización teórica Cap. *cfr.* 5). De esta manera, lo que nos interesa de la representación son *indicadores*, que se definen como aquellas propiedades y sus elementos físicos observables directa o indirectamente y que refieren o describen cierta porción del fenómeno de interés; en este caso, la práctica de la especialización del trabajo en un tipo de productos singulares no productivos, tanto en lo relativo a su técnica como a lo teórico del contenido de la representación. Todo indicador es una propiedad física del objeto o una relación de los elementos de una propiedad entre objetos, pero no toda propiedad es un indicador. Lo anterior deriva de la condición selectiva de nuestras observaciones. Por ejemplo, es evidente que el peso atómico de los minerales mayoritarios de la roca de la escultura, por el momento, no nos parece informativo; lo que no descarta que en el futuro una teoría cuente con el conocimiento que justifique considerarlo como un *indicador* de especialización.

Desarrollemos brevemente cómo las hipótesis contienen sentencias derivadas de la teoría arqueológica de las representaciones figurativas (TARRFF) y de la teoría cobertora. La H1 dice que la producción especializada deriva de un entrenamiento técnico y teórico. Es decir, sería el resultado práctico de un proceso de enseñanza-aprendizaje. Sentencia, además, que ese proceso tiene como finalidad la comunicación de un cuerpo normado de ideas, que es el resultado, a su vez, del dominio de la producción intelectual por parte de un grupo de la sociedad. Los fenómenos subyacentes en H1 son: especialización y dominio de la producción intelectual. Lo cual permitiría sintetizar que las Cabezas Clavas son una de las manifestaciones materiales de la especialización derivada del dominio de la producción intelectual. Como es propuesto en las teorías de partida, ello no descarta que se trate de símbolos religiosos, sino que enfatiza ser el efecto de ciertas prácticas sociales con consecuencias concretas para el reforzamiento de la producción y reproducción de la vida social. Por lo tanto, son las prácticas sociales las *causas* de los efectos físicos observados, no al revés, es decir, los efectos físicos observados no pueden ser entendidos nunca en sí mismos.

Por su parte la H2 supone una confirmación al menos parcial de H1. Obviamente, se encuentra sustentada por las evidencias disponibles presentadas en el Capítulo 1, las que deberían verse robustecidas por los resultados a favor o en contra de H1 ofrecidos en el segundo volumen de esta tesis. Si H1 busca dar cuenta de las prácticas sociales inmediatas que explican la existencia de los objetos percibidos, H2 persigue integrar dichas prácticas en el contexto de la producción y reproducción de la vida social de la sociedad Chavín. Producción y reproducción que dependen de las relaciones sociales que se desprendan de la organización social y que, por lo tanto, se explican por una cantidad de factores mucho mayor que los que se puedan derivar del estudio de un conjunto de objetos específicos. El objetivo, es dar cabida a las prácticas sociales causantes de ese conjunto de objetos específicos al menos en términos generales dentro de la vida social. Ello evidentemente busca restituir la capacidad informativa de las representaciones figurativas arqueológicas, más allá de sus propiedades estéticas o estilísticas.

6.3. Observación selectiva: objetivación

En arqueología es particularmente relevante entender las diferencias entre *observación directa e indirecta*. Llamamos a la primera de tal manera porque cumple con la

condición de que el objeto tiene que ser perceptible, a diferencia de los choques moleculares o los sentimientos de las personas vivas que son parte de *observaciones indirectas*, las cuales requieren de hipótesis inferenciales para vincular de alguna manera el efecto observado con una causa no observable (Bunge 1989 [1983]: 727). Este es un argumento más para desechar, por inviable, los intentos por dar con los contenidos mentales tras las representaciones, ya que ellas son efectos de comportamientos, que son asu vez porciones manifestadas del pensamiento:

*Pensamiento [idea/sentimiento]-pérdida de información-
>>comportamiento[acción] -pérdida de información->> representación –
pérdida de información [deformación tafonómica]- >> objeto arqueológico
>>percepción [de alguien] -selección de información- >>observación directa
[alguien experimenta sobre la base de su bagaje socio-intelectual: selectivo e
interpretativo]*

Sin embargo, sería un error confiar en que la arqueología es una ciencia que se define por la pura observación directa, ya que los fenómenos que nos interesan no son los objetos en sí mismos, tal como se confunde a menudo al registro arqueológico, sino los hechos sociales subyacentes. Para observar dichos hechos contamos indirectamente con su manifestación en relaciones de objetos, mediatizados por un sin fin de factores que deforman el acceso al hecho causal subyacente. La única forma de estudiar los hechos sociales pasados, es mediante los restos materiales de su existencia que llegan modificados hasta nuestra percepción. Se trata de una sociología basada en relaciones de materia humanizada. De ahí que en la observación directa de las relaciones de objetos debamos buscar aquellas propiedades observables que digan algo respecto al hecho social.

“...la observación, en especial, la científica, está lejos de ser una relación puramente física entre dos sistemas, el objeto y el sistema observador: la observación es un proceso en el cual desempeñan un papel decisivo los hábitos, las expectativas, las habilidades, prácticas y el conocimiento científico de que disponga el observador, si no durante el registro efectivo de las impresiones, que puede automatizarse, sí durante el planteamiento de la observación y durante la interpretación de su producto.” (Bunge 1989 [1983]: 732)

Obviamente, la observación no termina con el objeto percibido, que sería la relación puramente física entre dos sistemas. Para que exista observación científica de las propiedades de la representación, como entidad física, es necesario distinguir el *proceso de la observación*, que podría resumirse básicamente como: **w** *observa* **p(x)** *bajo y con la ayuda de* **para responder** **u**; donde **w** es el sistema observador, **p(x)** las propiedades del objeto, **y** las circunstancias o condiciones de observación, **z** los instrumentos de observación: medios de observación (sentidos, instrumentos, procedimientos) + cuerpo de conocimiento; y **u** las hipótesis que se quieren contrastar (*Ibíd.*: 729, excepto **p** y **u**).

Ya he mencionado que **w**, es selectivo e ilustrado, lo que no niega ni la subjetividad ni los intereses: todo lo contrario los pone de manifiesto, ya que quien observa lo hace intencionada e interesadamente, sólo que a diferencia de la hermenéutica, donde cualquier interpretación es válida, realiza sus observaciones interesadas mediante un procedimiento que se expone de forma sistemática a la evaluación pública; **p(x)** son las propiedades que se piensa pueden ser informativas de **u**, las hipótesis justificadas por la teoría TARRF (Cap.5) y TPVS (Cap.4); y, las condiciones de las observaciones, como **z** son tratadas en el capítulo de metodologías y técnicas de observación, descripción y análisis (Cap. 8), ya que es necesario ofrecer, previamente, un apartado que ilustre cómo

se llegó a determinar la *observabilidad* de las representaciones singulares que aborda esta tesis: la escultura en piedra, para lo cual se recurre tanto a los antecedentes de su estudio, como al entrenamiento del sistema observador para el aprendizaje de aspectos básicos de cómo interpretar la apariencia de lo que se considera significativo observar.

Dicho esto, en lo que sigue de este capítulo se buscará concretar la función $p(x)$, es decir, aquellas propiedades del objeto, que en las RRFF en general, y en las CC en particular, pueden llegar a ser informativas de su condición de materialidad social, esto es, del trabajo humano implicado, y de su orden singular, es decir, las prácticas intencionadas tras su producción, o sea, la función social de la representación que suponemos distinta de otras producciones.

Ya he mencionado que a las propiedades informativas del fenómeno subyacente que explican o son causa del objeto observado, se les denominará *indicadores*. Los indicadores de las representaciones, en general, son todas aquellas propiedades físicas que puedan dar cuenta de la intencionalidad de la producción y de su uso efectivo por determinadas prácticas sociales. Ni la intencionalidad, ni el uso son fenómenos universales. De modo que deben estudiarse caso a caso, ya que de ahí deriva el interés de su estudio arqueológico: el conocimiento de la variabilidad de sus condiciones de producción y su participación dentro de la conservación o transformación de las mismas. En consecuencia ¿es posible establecer la presencia de indicadores universales de la representación? Si bien eso es objeto de discusión, la arqueología ha avanzado lo suficiente como para aceptar como *tendencia*, es decir, que se da en la mayoría de los casos, el *principio de recurrencia* según el cual la regularidad, frecuencia y dispersión estadísticamente significativa en el continuo espacio-tiempo de ciertas propiedades y/o relaciones entre elementos o estados de las propiedades de los objetos, refieren a intencionalidades colectivas, es decir, indican la alta probabilidad que se deba a la acción intencionada de un grupo humano, cuyos factores causales¹ deben ser estudiados, obviamente, caso a caso (Argelés, et al. 1995). Sin embargo, la intencionalidad, sólo excluye que la recurrencia se deba al azar, de modo que las motivaciones o consecuencias sociales específicas deben hipotetizarse.

El hecho de la atribución vinculante entre la propiedad *indicador* y lo oculto que da cuenta la teoría y que formula la hipótesis, es una acción previa al proceso de observación y se le ha convenido en llamar *objetivación* (Bunge 1989 [1983]: 736-739). Es previa, evidentemente, porque es necesario delimitar de forma conceptual lo que se va a observar y cómo. Ahora bien, debido a que los objetos arqueológicos no son explicativos en sí mismos, sino que requieren de la consideración de relaciones complejas entre indicadores o elementos de ellos, es necesario distinguir aquellos indicadores que son propios de los objetos con RRFF y los que pertenecen a otras producciones en el contexto de su situación espacio-temporal. Por ejemplo, si bien parte del proceso de trabajo de un conjunto de objetos como las CC, puede ser abordado a partir de indicadores de los propios objetos, se requerirán de indicadores adicionales que podrán ser observados en otros contextos materiales, como espacios de producción, medios de producción, lugares de extracción de materia prima, etc.: todos estos indicadores pueden ser considerados como *evidencia directa*, toda vez que se refieren directamente al hecho in-observable hipotetizado, es decir, la especialización del trabajo. No obstante, otros indicadores como elementos discretos de estrés ocupacional

¹Causal no quiere decir unívoco, más bien establece algún tipo de influencia: directa (determinante) o indirecta (condicionante).

en contextos bioantropológicos, variaciones en el consumo de recursos subsistenciales entre distintas unidades domésticas, diferentes accesos a tierras cultivables o espacios de pastoreo, o variabilidad de los taxones animales de la dieta, pueden ser considerados como *evidencia indirecta* en relación a la consistencia o unidad del contenido de la representación, con la producción de la vida social y sus contradicciones. En otras palabras, los indicadores que refieren a los datos que apoyan o rechazan las teorías iniciales, es decir, las evidencias, deben superar el objetualismo, incorporando ambos tipos de evidencia. En nuestro caso, si las hipótesis no refieren a inobservables que sean contrastables por evidencia indirecta, las RRFF, a lo mucho podrán ser descritas como procesos de trabajo, pero no podrá responderse la pregunta más relevante que refiere al *para qué* fueron hechas. Esto no invalida la valoración de la necesidad del estudio de los procesos de trabajo, todo lo contrario, es un requisito para llegar a conocer el motivo o función del trabajo invertido y sus consecuencias sociales. Pero, para valorar el uso y las motivaciones colectivas para la puesta en acción de dichos procesos de trabajo se requiere de *evidencia indirecta* que permita caracterizar, siempre parcial y limitadamente, las condiciones materiales de la vida social que posibilita su realización y las relaciones sociales que la requieren.

6.4. Indicadores significativos para la observación arqueológica de RRFF

Pues bien, los *indicadores* que refieren o que son informativos de lo in-observable, se encuentran enunciados por las hipótesis. Eso quiere decir que éstas señalan lo que se quiere contrastar, pero no informan de la relación entre la propiedad observada y su relación explicativa con el hecho que se quiere conocer. En otras palabras, la hipótesis coloca los requisitos pero no nos dice qué observar. Para saber qué observar es necesario establecer distintos indicadores físicos observables en los objetos que sean producto, intencionado o no, de lo que señala la hipótesis. En nuestro caso, nos interesa particularmente:

- Aquellas propiedades de los objetos que sean indicadores del proceso de trabajo;
- Aquellas propiedades físicas que sean indicadores del contenido de la representación;
- Aquellas relaciones entre los elementos de las propiedades del proceso de trabajo que permitan contrastar la presencia de especialización;
- Aquellas relaciones entre los elementos de las propiedades del contenido de la representación que permitan contrastar la presencia de un sistema normado de representación.

Todas las anteriores pueden considerarse *evidencia directa*, las dos primeras constituyen *datos brutos*, mientras que las dos segundas son *datos refinados*, es decir, datos brutos que han sido sistematizados y resumidos mediante algún procedimiento estadístico. Por lo tanto, lo que es sometido a observación directa, son exclusivamente las dos primeras clases de indicadores. Las dos segundas son un resultado de las relaciones de las primeras, mientras que el resto de indicadores, son datos recopilados de otras investigaciones, y se refieren a información del contexto de producción de la vida social Chavín. Pero para poder hacer entendible a qué se refieren los indicadores que serán sometidos a observación, es necesario clarificar el concepto de *propiedad*, ya que como se ha indicado, todo indicador es al mismo tiempo una propiedad, pero no toda propiedad será considerada como indicador: este último es siempre particular a la investigación.

Una forma muy sencilla de ilustrar el sentido genérico de *propiedad* en arqueología, es

reconociendo lo más básico: que los bienes producidos, en cualquiera de sus finalidades, no son otra cosa que elementos naturales, materia, alterados por el trabajo humano. Si lo que el trabajo humano transforma es la materia, es posible entonces emplear dichas modificaciones observables para inferir las acciones (colectivas) que las han realizado. Pero ¿las modificaciones son generales o particulares a cada proceso de trabajo? ¿Cómo distinguir qué modificación corresponde a una causa tafonómica, y cuál a la acción originaria? Precisamente el concepto de *propiedad* es el que condensa de mejor manera el procedimiento de *ingeniería inversa* que realiza la investigación arqueológica. Lo que el trabajo modifica no es la materia en su totalidad, sino aspectos de ésta: sus propiedades, que son, por lo tanto, constitutivas a la materialidad. Y lo que esperamos es dar con esas propiedades que son efecto de lo que el trabajo modificó. Esperamos, en consecuencia, observar el efecto físico conservado del trabajo. Esto pone de manifiesto que no existen las propiedades en sí mismas, sino objetos, materia, cuyas propiedades pueden ser semejantes o distintas, de modo que no hay objetos desprovistos de propiedades (Bunge 1989 [1983]). Hasta aquí puede desprenderse fácilmente que hablamos de *propiedades físicas*, y en ese entendido se reconocen 5 propiedades básicas: tamaño, forma, composición, textura y localización temporo-espacial (*Ibíd.*).

ACCIONES DE

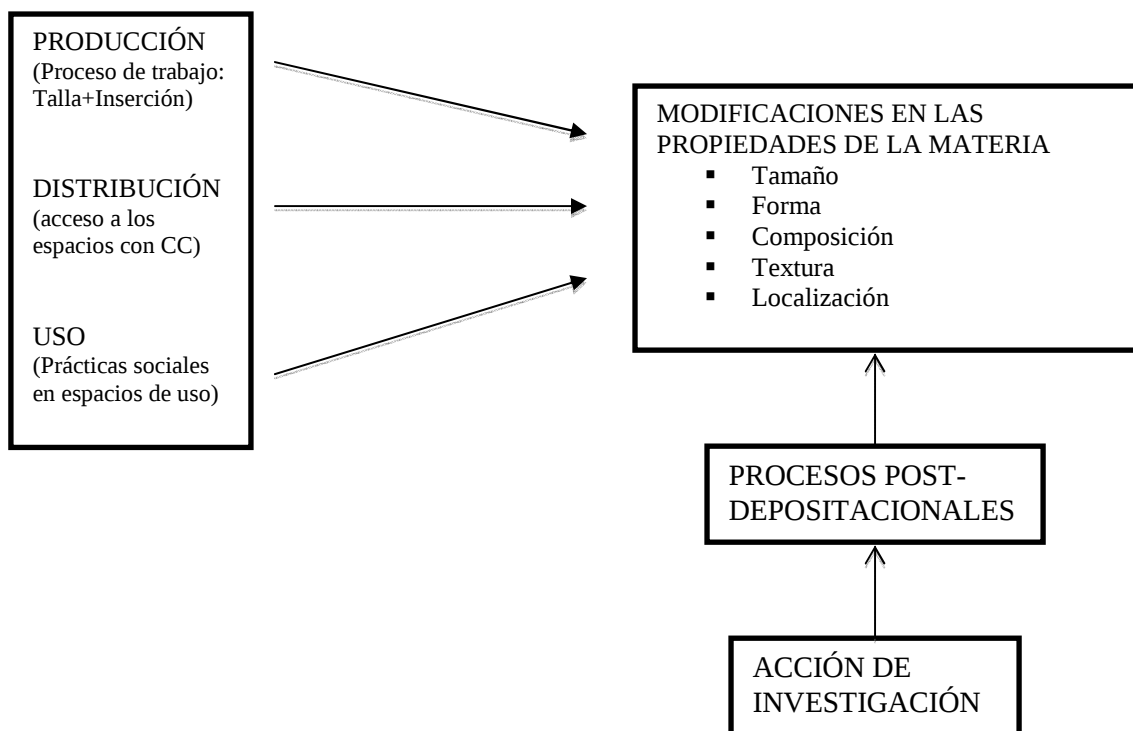


Figura 6.2. Cuadro de relaciones causales entre acciones sociales y efectos observados en los materiales arqueológicos. Tomado y modificado de Barceló 2007: 9.

Debido a que el continuo espacio-temporal posee una estructura dinámica definida por relaciones materiales, lo que podamos llegar a observar, aún con la mejor resolución instrumental, se encuentra mediatizado por los efectos posteriores al circuito de producción (producción-distribución-consumo). Lo que se conoce comúnmente como contexto arqueológico, no es como se presume muchas veces un “estado” estanco, sino una sumatoria de idas y venidas plagadas de factores que modifican lo que había

modificado la acción humana previamente. De manera que lo primero que debe considerar una teoría de la observación de las RRFF, es la identificación de lo que media entre nosotros y el tiempo que ha transcurrido desde que el objeto *con o de* representación dejó de ser usado. De ahí se derivan procedimientos que deberían incorporar un orden lógico: antes de cualquier análisis, debe segregarse lo que corresponde a modificaciones tafonómicas. Dichas modificaciones, pueden alterar de tal manera al objeto original, que el residuo de conservación de modificaciones originarias llegue a ser mínimo. En cualquier caso, una identificación del conjunto de los objetos, supone la caracterización particular y general de pérdida de información debido a factores tafonómicos.

PROCESO DE INVESTIGACIÓN					
OBJETO ARQUEOLÓGICO (CC) PERCIBIDO	Sistema observador + Medios de Observación Propiedades observables de las CC	Datos Brutos > Sistematización > Análisis > Datos refinados > Resultados > Contrastación			
		Procesos post-depositacionales	Uso		Producción
			Espacio Social	Inserción Arquitectónica	Proceso de trabajo CC
	Tamaño	Pérdida de partes por exposición o traslado	Impactos, deterioro: durante funcionamiento del sitio	Ajustes (tallas) en proceso de inserción	Extracción bloque, definición tamaño
	Forma	Deformación de partes por exposición o traslado	Deformación por exposición	Deformación por reciclaje	Definición de la forma
	Composición	Alteración de componentes minerales	Alteración de componentes por exposición	-----	Elección de la piedra
	Textura	Alteraciones de superficie (naturales/antrópicas)	Alteraciones de superficie por exposición	-----	Propiedades originales de la roca; talla, acabados de superficie
	Localización	Traslado: vertical/horizontal (antrópica/natural)	Eventuales derrumbes en contexto sistémico	Localización original, localización secundaria por reciclaje	En espacio (s) de trabajo
	ROCA EN ESTADO NATURAL: CARACTERÍSTICAS LITOLÓGICAS				

Tabla 6.1. Proceso de ingeniería inversa de la observación y la descripción de datos a partir de las propiedades observables de las CC.

Tabla 6.1. Proceso de ingeniería inversa de la observación y la descripción de datos a partir de las propiedades observables de las CC.

La tabla 6.1 condensa el proceso de investigación orientado a lo que se denomina *ingeniería inversa*, esto es, observaciones que mediante descriptores de las mismas, permitan inferir las causas originarias de las propiedades observadas. La flecha dederecha a izquierda explicita el orden en el que se provocaron las modificaciones a la materia original, inversa a las inferencias a la que lleva la observación del proceso de investigación. Ésta, se inicia con el acto de percibir al objeto arqueológico, y de seleccionar de él, intencional e ilustradamente, aquellos aspectos de las propiedades físicas del objeto percibido que se consideran informativas de algunas de las etapas del ciclo de producción. Se hipotetiza en torno a los factores causales, diversos, con la que

cada una de las etapas del ciclo de producción y del proceso de modificación post-depositacional, podría haber contribuido, formulando alternativas empíricas en cada una de las propiedades básicas susceptibles de ser sometidas a observación sistemática. En otras palabras, la observación de cada una de las propiedades, supone que ellas son el efecto acumulado de una serie de acciones o eventos previos. Estas hipótesis fueron, luego, sometidas a prueba sobre la base de los antecedentes de la investigación de la escultura en piedra (Cap. 7) respecto al proceso de trabajo y al entrenamiento del sistema observador para distinguir la apariencia y cualidades de los indicadores en las propiedades básicas (ídem). Posteriormente, dichos antecedentes sirvieron para la planificación metodológica de esta investigación, tomando en consideración las limitaciones instrumentales para la medición y descripción de dichas observaciones (Cap. 8).

Respecto a las etapas que pudieron haber contribuido a la apariencia de cada una de las propiedades susceptibles de ser sometidas a observación, como indica el inicio de la flecha en dirección derecha-izquierda, comienza con la selección en intervención en la materia base por el proceso de trabajo. Como tal se entiende al *conjunto de etapas o fases, necesarias e imprescindibles, para la obtención de los objetos buscados* (Barceló, et al. 2006b: 195). Uno de los aspectos que debieron ser clarificados, en consecuencia, fueron aquellos antecedentes del estudio de la escultura lítica, que permitieran contar con una noción de los momentos clave, secuenciales en términos de pre-requisitos, para la etapa siguiente del proceso de trabajo. Ello incluye desde la localización y selección de la materia base y su conversión en materia prima, hasta la definición del producto final. Supusimos, a nivel de hipótesis, que esta secuencia modificaría a lo menos, las propiedades de forma, tamaño, textura y localización. Como se definirá más adelante, la composición es una propiedad difícil de ser modificada en materiales pétreos escultóricos, pero la elección de su tipo, puede estar influenciada por el comportamiento de su estructura debido a su composición. De ahí que la elección del tipo de roca no sea una cuestión menor.

Con la culminación de la pieza escultórica se puede hablar de un producto final, que será empleado en un nuevo proceso de trabajo, la arquitectura. En un comienzo, se pensó hablar de un único proceso de trabajo, donde el producto final real es la arquitectura. Sin embargo, dicha distinción oscurecía las variaciones entre uso y función. La primera referida al empleo concreto de la litoescultura, y la segunda a las prácticas sociales involucradas en los espacios propiciados por la arquitectura contenedora de CC, de otros elementos de composición arquitectónica y de representación figurativa. La incorporación a este nuevo proceso de trabajo, se denomina *inserción arquitectónica*, y hace referencia a la acción concreta, a un momento, en el que se alza la escultura y se “clava” en una porción acondicionada para tal efecto en el muro. Acción que debe contemplar una serie de medios de trabajo e insumos para la estabilización definitiva de la escultura en él (morteros, cuñas, palancas, cuerdas, andamios, etc.). Debido a que dicho momento puede haber ocurrido en varias ocasiones durante las fases de ampliaciones que tuvieron que dismantelar construcciones previas, se ha propuesto que de los dismantelamientos debieron ser extraídas CC, y vueltas a utilizar. Por eso se habla de *reciclaje*. Como acción de trabajo, es decir, de modificación de la materia, la *inserción arquitectónica* debe haber buscado la menor alteración posible de las propiedades previamente modificadas por el proceso de trabajo de talla. Por ello, modificaciones en la forma o el tamaño deben haber sido producto, o bien de acomodados, o bien de errores que pueden haber dañado a la escultura. Debido a las características específicas de la talla escultórica en piedra y a la

gran altura de la inserción, no se ha considerado la posibilidad de que alguna de las etapas finales de la talla haya tenido lugar una vez empotrada la escultura, salvo modificaciones cromáticas con pinturas que no han sido detectadas con seguridad en las piezas de la muestra. Por ello, se consideran algunas modificaciones menores en tamaño y forma, eventualmente en la textura (acabados de superficie) y, por supuesto, en la localización. Esto último pone de manifiesto que el uso de la escultura finalizada, se refiere precisamente a la definición de una *localización*. De ahí que esta propiedad sea fundamental en el análisis del uso y función social. Efectivamente, la decisión de dónde debía ir empotrada la escultura tenía consecuencias muy relevantes si es que se detectaba alguna recurrencia en el empleo de ciertas representaciones en sectores específicos, ya que de alguna manera facilitaba el planteamiento de una posible particularización temática y, en consecuencia, de una función comunicativa singular en cada sector que, eventualmente, propiciara o, llegado el caso, determinara la concreción de ciertas actividades sociales.

Clarificada la cuestión de las modificaciones hipotéticas que pudieron haber provocado el proceso de trabajo y la *inserción arquitectónica*, la escultura quedaba durante un prolongado tiempo expuesta, es decir, a la intemperie. Estimar si durante el transcurso del tiempo de las distintas etapas de construcción monumental y uso del yacimiento podían llegar a ser observables deterioros por exposición al aire libre debido al tipo de roca y su interacción con los agentes de intemperización, suponía la posibilidad de formular hipótesis relativas al conocimiento acumulado del comportamiento de la escultura en el exterior, y la intervención en dicha interacción en las nuevas etapas, mediante mecanismos de reducción de las afecciones de deterioro, implementando soluciones arquitectónicas para su resguardo. Tanto la exposición como el colapso de las esculturas por eventos violentos (terremotos, aluviones) puede haberse producido durante su función en los espacios de uso social, como durante el abandono y uso del espacio en una nueva situación histórica post 500/400 a.n.e. Su distinción resulta prácticamente imposible, en las actuales posibilidades que ofrecen los instrumentos de observación y análisis. Es por eso que se ha delimitado cada una de las etapas, función en el espacio social y procesos post-depositacionales, mediante una línea segmentada que deja abierta la duda respecto a la caracterización general de las modificaciones producidas durante uno u otro momento. En cualquier caso, nuestras observaciones se realizan sobre el resultado de modificaciones que, al menos, comenzaron a producirse durante su fase de exposición en los espacios sociales.

Debido a la variabilidad de los hallazgos de cabezas clavadas (en estratigrafía, en lechos de ríos, in situ, en muros arqueológicos post Chavín, en casas sub-actuales, etc.) la caracterización de las modificaciones que provocaron los procesos post-depositacionales, resultó esencial. Llegar a dar con indicadores de los procesos de trabajo, supuso avanzar hacia una segregación correcta de lo que corresponde a lo uno y a lo otro, especialmente porque los agentes a los que estuvieron expuestas las cabezas clavadas en su vida post-uso Chavín, fueron de diverso tipo, origen e intensidad. Efectivamente, la altura de su inserción hizo no sólo que la intemperización jugara un rol activo en modificar su textura y forma, sino también, que cualquier colapso del cuerpo escultórico provocara modificaciones en el tamaño, ya fuera por fatiga de material o por derrumbe del sistema arquitectónico de sostén. A ello debe sumársele arrastres naturales por desplazamiento masivo de tierra, traslados intencionales humanos y modificaciones antrópicas post-Chavín, todo lo cual pudo haber modificado su textura, forma, tamaño y localización.

En suma, la observación y registro de las propiedades que se consideran indicadores de las hipótesis planteadas, tanto en las RRFF como en la materialidad social en general, supone la definición vínculos entre lo que se quiere conocer, lo no observable, y algunas propiedades físicas de lo observable. Dichas propiedades físicas, los indicadores, pueden tener diversos orígenes, de modo que, por ejemplo, no es igual la modificación que provoca el propio proceso de trabajo, que el que genera el deterioro por intemperización en la superficie de un determinado tipo de roca. Para distinguir qué corresponde a qué, fue necesario considerar tres cuestiones fundamentales que se interrelacionan: a) una definición sistemática de cada propiedad; b) una caracterización del tipo de datos que podía registrarse en cada propiedad; y c) una recopilación de antecedentes que sirviera para distinguir la apariencia de los factores causales de las modificaciones observadas. Las dos primeras cuestiones, refieren a materias generales de la observación y se tratan a continuación. La última sin embargo, se vincula con características propias del material pétreo y de la producción escultórica, por lo que el modo de su tratamiento se especifica en la parte III de esta tesis.

6.5. Definición de las propiedades y tipo de datos

Uno de los sentidos de definir las propiedades físicas básicas de la materia que podemos observar y registrar arqueológicamente, ya sea midiéndolas o describiéndolas, es porque suponemos que una parte o todas ellas son efectos de acciones humanas. Estudiando su recurrencia y relación, llegamos a establecer que refieren a determinados hechos o fenómenos sociales. En ese entendido, el sentido de la definición de las propiedades, supone la búsqueda de la reducción de la arbitrariedad en la tendencia arqueológica de referirse por palabras a las cosas; palabras cargadas de imprecisiones, y que en el caso del estudio de las RRFF suele ser prolífico el recurso a la descripción asistemática, porque se supone una suerte de imposibilidad en la formalización de las características de la representación. Sin embargo, como ya he insistido, un objeto con representación o de representación, comparte ser materia modificada, y ante eso, no puede desconocerse la posibilidad de su estudio de manera sistemática. Ahora bien, el problema de la descripción o cuantificación de las RRFF, resulta aparentemente dificultoso por la gran cantidad de atributos que parecen presentarse en forma de cualidad, e imposibles de ser “simplificados” a cantidad. Eso es una falacia. Si lo que nos interesa es el conocimiento de la recurrencia de la representación, es decir, la normatividad tras la variabilidad, entonces, es necesario buscar mecanismos que superen esa aparente imposibilidad. En lo que sigue, la definición de las propiedades y el tipo de datos que pueden extraerse, dadas las condiciones materiales de esta investigación, se clarifican.

6.5.1. Tamaño

En general, puede ser definido como “*una magnitud causada por el incremento de las variables métricas al aumentar sus dimensiones*” (Barceló 2010: 102). El tamaño de las cosas es lo que en arqueología suele medirse. Medidas de distancias lineales como longitud, anchura, altura, etc., son prácticamente las únicas medidas que se consideran informativas de *tamaño*, pero sólo corresponden a una manera particular de medirlo, ya que el tamaño puede referir también al peso. En los objetos tridimensionales, como la mayoría que estudia la arqueología, el tamaño corresponde al *volumen*, es decir, al lugar que el cuerpo ocupa en el espacio, de modo que el estudio comparado del tamaño en las CC debería ser ese. Aún así, puede considerarse que existan medidas particulares que no refieren a volumen, sino a porciones bidimensionales (superficies) o lineales (rectas),

que requieran observarse con mejor resolución, como longitudes o anchos determinados. De ahí que el volumen de las CC sea un mecanismo indirecto para medir su peso y su visibilidad. Aspectos que pueden ser relevantes a la hora del transporte y de la exposición de la escultura en el muro, respectivamente. En esta investigación, la comparación del tamaño del cuerpo escultórico corresponde a la diferencia de magnitud entre las variables métricas de distancias lineales conceptualizadas previamente, es decir, que son homólogas en todos los especímenes y se suponen informativas, en sí mismas o en conjunto, de un factor de producción subyacente (técnica de talla o teoría de la representación). En nuestro caso, todos los datos referidos al tamaño son medidas lineales, porque podemos asignar números que permiten conocer la intensidad de la propiedad en el objeto de acuerdo a una regla estándar (instrumento de medir + escala).

6.5.2. *Forma*

Si en arqueología el tamaño parecer ser sensatamente una propiedad cuantificable, la forma no. Suelen emplearse términos como “lanceolada”, “ojival”, “sub-redondeada”, “sub-cuadrangular”, etc. que como descripción de la forma tienden a la arbitrariedad, a la precaria posibilidad de replicación y a la in-completitud. A pesar de ello, hace tiempo se viene entendiendo que es necesario cuantificar la forma y para ello existen múltiples alternativas que permiten registrarla y medirla ya sea bi(Cardillo 2010; Cardillo 2005; Gero and Mazzullo 1984) o tridimensionalmente (Barceló and de Almeida 2012).

El estudio de la forma en términos cuantitativos en los objetos con representación, pero particularmente en los objetos *de* representación, como los escultóricos, donde la forma *es* la representación, supone un notorio avance respecto a su descripción verbal tradicional. Debido a ello, esta investigación ha propuesto análisis comparados de la forma sobre distintos aspectos de ésta, razón por la cual una breve caracterización de sus implicancias observacionales, de registro y representación requiere detenerse en la discusión de su variabilidad conceptual.

6.5.2.1. Aspectos conceptuales para el registro y cuantificación de la forma:

La forma puede definirse como “*aquella característica del espacio físico que está determinada por su discontinuidad*” (Barceló et al. 2006). Es lo que determina que la forma de un objeto físico situado en un espacio pueda ser percibido como algo distinto de otra cosa, lo que facilita la descripción geométrica de la parte del espacio ocupado por el objeto sin tener en cuenta su ubicación y orientación en el mismo, el tamaño y otras propiedades como el color, el contenido y la composición del materia.

Conviene distinguir la diferencia utilizada aquí entre *forma* y *morfología*. La primera es el límite espacial de los objetos, mientras que la segunda es el estudio de sus variaciones. La forma es independiente, en consecuencia, de la observación y corresponde a la morfología su representación. Por su parte la *morfometría*, puede ser definida como la descripción cuantitativa de la forma y su covariación con otras variables (Bookstein 1997 [1991]; Kendall 1989, Bookstein comments). En arqueología los enfoques morfométricos corresponden a una adaptación de los utilizados en morfometría biológica, desarrollados fundamentalmente en biología evolutiva, que tempranamente incorporaron parte de las propuestas generadas desde la morfología matemática (Thompson 1942).

En morfología matemática la *forma* se resume como todas las propiedades de una configuración de puntos que no están alterados por los efectos del tamaño, la posición y la orientación o, en otras palabras, por la escala, traslación o rotación (Kendall 1977; Kendall et al. 1999; Bookstein 1991; Small 1996; Palmer 1999; Dryden and Mardia 1998. En Barceló 2010; Kendall 1989). Si bien esta definición logra capturar una propiedad relevante de ciertas características visuales según la percepción humana, o sea, las diferentes apariencias de un mismo objeto desde distintas perspectivas, no especifican finalmente lo que es una forma (Barceló, et al. 2006a). El problema de la definición del concepto de forma es anterior, ya que depende de la información sensorial que nuestros sentidos captan, que luego es transformada en un nivel intermedio de representación en la individualidad del objeto percibido. Así, lo que “vemos”, son *superficies*, que pueden ser definidas como el límite de separación entre dos fases, en donde *fase* es una sustancia de masa homogénea sólida, líquida o gaseosa que posee unos límites claramente definidos, de tal manera que cuando dos fases se encuentran en mutuo contacto, sucede una *interfase*. La *forma*, junto con la *textura*, es una de las propiedades principales de la *superficie*, y puede ser caracterizada como la percepción en sí misma de los límites o discontinuidades interfaciales. Por eso, es que la *forma* sería mejormente definida como “*aquella característica del espacio físico que está determinada por su discontinuidad*”.

6.5.2.2. Observación de la forma:

Tanto en el estudio de la forma, como en el de la textura, la geometría se ha utilizado como un *lenguaje visual* para representar un modelo teórico del patrón de contraste y luminosidad, que es el equivalente de los modelos de percepción de estímulos sensoriales en el cerebro humano. De hecho, las formas son conceptos que corresponden a abstracciones geométricas que, en estricto rigor, nunca podrán ser perfectamente representadas en el mundo real. La geometría construida de un artefacto arqueológico refiere a la forma idealizada representada por las partes del artefacto que se han modificado deliberadamente como parte de la producción de éste desde la materia prima. En arqueología, esto implica considerar la variación percibida en el límite interfacial de un artefacto, como las “*modificaciones sucesivas ejercidas por el [o la] artesano [/a] de manera secuencial, en un proceso conceptual que transita desde una idea inicial abstracta hasta la geometría final del conjunto de superficies que definen al artefacto terminado*” (Van der Leeuw 2000. En Barceló 2010: 96). La morfología específica de los límites puede ser determinada por las limitaciones que actúan de manera subyacente en los procesos de formación.

De acuerdo a las propiedades de la materia prima y las características de la acción social, muchos objetos tienen una forma “construida”, como herramientas, contenedores cerámicos o estructuras arquitectónicas. Sin embargo, la relación precisa entre la forma y los procesos de de-formación no siempre es directa y fácil de explicar. Por ejemplo, la forma arqueológica que llegamos a ver de un artefacto lítico reiteradamente reactivado, no necesariamente fue una forma “conocida” por quienes elaboraron la herramienta. Lo mismo puede ser planteado para la percepción de los límites interfaciales de la actual geometría, los que pueden ser perfectamente un efecto de la modificación ejercida por procesos tafonómicos y no por un proceso de trabajo. Sin embargo, la relación entre la forma y los posteriores procesos de de-formación que llegan hasta que percibimos sus límites actuales, pueden y deben ser analizados para entender la forma específica.

En general, si los límites (o bordes) son entendidos como discontinuidades percibidas o asimetrías generadas a través del tiempo (Leyton 1992), deberíamos ser capaces de recuperar la historia de lo percibido de las entidades arqueológicas desde la percepción del cambio. En muchas categorías de evidencia arqueológica, los procesos de formación y transformación del contorno resultan determinantes para la correcta definición de las propiedades de tamaño, masa y forma, ya que han sido éstos los que fundamentalmente han sido cambiados y reducidos con eventos sucesivos de *de-formación*. Cuando se trata con objetos característicamente desiguales y asimétricos, como las herramientas líticas o las estructuras arquitectónicas, el concepto en sí mismo de la regularidad de la forma adquiere otra dimensión, porque la manera particular de un contorno irregular puede ser el resultado de una secuencia de eventos en la que cada uno de ellos modifica la forma previa. De modo que lo central en este concepto es la manera en la que las irregularidades de la forma de las evidencias arqueológicas fueron diseñadas, reducidas, re-formadas, recicladas y descartadas en su vida de uso.

En el caso de las CC, el capítulo 8 pormenoriza las estrategias para el estudio comparado de la forma de cada uno de los especímenes de la muestra, tanto en lo referido al contorno general, como a las relaciones entre sectores y atributos figurativos.

6.5.2.3. Tipo de datos en el registro de la forma:

Cuando se registran las medidas lineales de un objeto, lo que se está haciendo es el registro del tamaño y la forma. Este fue un problema que durante mucho tiempo afectó los resultados del estudio de la forma, por ejemplo, en biología, ya que ésta se encontraba alterada por los efectos del tamaño. Una manera de superar esta dificultad es mediante la estandarización de las medidas brutas, y otra mediante la superposición de hitos homólogos en el contorno de las formas percibidas que se pretenden estudiar. En ambos casos se trata de formas numéricas de medir el contorno, lo que quiere decir que la forma se puede expresar geoméricamente; así, sus valores permiten comparar series de atributos y conocer la presencia de grupos naturales entre los objetos, esto es, conglomerados que sean resultado de análisis cuantitativos y no sólo de observaciones previas. Ahora bien, el estudio de la representación figurativa, por su complejidad interfacial, se encuentra, muchas veces, dificultado de cuantificar todos los límites existentes. Debido a ello, una porción debe describirse de manera cualitativa. Sin embargo, aún esos datos cualitativos pueden ser tratados estadísticamente, toda vez que su justificación posea sustentos de un bajo nivel de arbitrariedad.

6.5.3. *Composición*

La composición es una propiedad de la materia que hace referencia a la proporción de distintos componentes en una entidad: estudios químico-mineralógicos, isotópicos, radiocarbónicos, elementos traza, etc. son usuales en arqueología. En la presente investigación, y debido a la escasa intervención que tienen los procesos de trabajo de talla escultórica en la composición de la roca (Cap. 7), resultan de vital importancia para determinar la fuente de abastecimiento y la fuerza de trabajo involucrada en su selección, acceso, extracción y transporte. De ahí, que sólo una muestra en mano no sea suficiente. Un mismo tipo de roca puede tener fuentes de origen diferentes, y si no se cuenta con datos químico-composicionales, y no sólo ópticos-cualitativos, es imposible determinar su proveniencia exacta². Por otra parte, la composición condiciona dos aspectos relevantes más: las propiedades de la roca para la talla y la respuesta de la

²Los estudios petrológicos no fueron permitidos por el Ministerio de Cultura de Perú, se adjunta el proyecto de extracción de muestras en anexos.

escultura a la exposición a la intemperie. Ambos aspectos son gravitantes para la posibilidad de dar forma a un bloque de piedra y para su conservación como escultura ornamental.

6.5.4. Textura

Se refiere a todas las propiedades perceptibles de la superficie de los objetos. Más precisamente se trata “... de los atributos de la superficie que tengan una variedad visual o actual y que describen la apariencia de la superficie. Cualquier superficie tiene variaciones en sus propiedades locales como las de color y albedo, la uniformidad, la densidad, la rugosidad, la regularidad, la linealidad, direccionalidad, frecuencia, dureza, brillo, especularidad, reflectividad y transparencia” (Barceló 2010: 96). Existen muy pocas experiencias en arqueología respecto a un estudio cuantificado de la textura. Aún cuando ésta es una propiedad completamente cuantificable, éstas se han referido fundamentalmente a la cuantificación de la textura dejada por las huellas de uso en útiles líticos (Pijoan-López 2007). Lo anterior es razón suficiente para saber: 1º que es posible un estudio cuantificado de la textura de las huellas de trabajo en los objetos con o de RRFF y de sus afecciones post-depositacionales; y 2º que ante la ausencia de trabajos previos, las observaciones en esta investigación den como resultado datos cualitativos.

6.5.5. Localización

La localización puede definirse como la ubicación dimensional en el continuo espacio temporal. En una grilla cartesiana esto puede ser representado por las coordenadas tridimensionales x , y , z , más el tiempo t . Lo anterior pone de manifiesto que la localización se refiere al tiempo y al espacio. Si se cuenta con la información y el instrumental suficiente, todas esas coordenadas pueden ser fácilmente cuantificadas y procesadas mediante análisis estadísticos que permitan conocer la aleatoriedad o intencionalidad de la acción social subyacente según las hipótesis de partida. En nuestra investigación, todos los datos de localización provienen de investigaciones previas e indirectas. Ello condujo a que la mayor parte de ellos sean de orden cualitativo y baja resolución, tales como: sector X o fase Z.

6.6. Mecanismos de la Observación: conceptos, medición y descripción

El reconocimiento de las propiedades físicas de la materia, supone que todas ellas son susceptibles de ser cuantificadas. Y la cuantificación es, por lejos, el mecanismo más preciso de observación. Existen ciertas mitologías difundidas en ciencias sociales, respecto a que la cuantificación reduce riqueza y complejidad descriptiva a la realidad. Ello es cierto, pero no en el sentido negativo que se le atribuye. La cuantificación es simplemente un mecanismo de registro de nuestras observaciones. Si están bien hechas pueden ser replicables, por ello son más precisas que las palabras. Esto es cierto respecto al registro de las observaciones de la realidad, que hemos dicho que es una selección de las propiedades de la misma. Lo que busca toda investigación científica, es la reducción de la complejidad de la realidad para llegar a explicar o entender una porción muy parcial y limitada de ella. Dicha característica no es exclusiva de los mecanismos de cuantificación, también lo son en la cualificación. De modo que la riqueza, imaginación, creatividad y complejidad deben localizarse a nivel de las teorías, no en el registro de las observaciones. Ninguna medida es explicativa en sí misma, como tampoco lo es la más rica de las descripciones narrativas. En términos científicos, claro está.

La imposibilidad de autoexplicación de la medición y la descripción radica, simplemente, en que son *representaciones* parciales e interesadas de nuestras observaciones de la realidad. Nos interesan por algo que se encuentra motivado por una teoría y sustentado por una hipótesis. En el estudio de las RRFF arqueológicas aquí radica un tercer problema (1º ausencia de teoría arqueológica, 2º ausencia de teoría de la observación, 3º ausencia de conceptualización de los datos de la observación): el de la *conceptualización* de lo que se quiere registrar de la propiedad física de la materia que se supone indicativa (*indicador*) del hecho social subyacente.

Si la ciencia social, y la arqueología en particular, replica una tendencia hacia el predominio de la descripción cualitativa de las observaciones, los estudios de iconografía son, por definición, pura cualidad. Es evidente el peso de la historia del arte en ello, pero sería justo atribuir cierta desidia desde la propia disciplina en intentar experimentar con alternativas instrumentales y conceptuales para el registro cuantitativo de las propiedades físicas de la representación que tenga por objeto, nada más y nada menos, que la reducción de selvas de descripciones livianas y antojadizas, que tan poco han contribuido al estudio de la acción social tras de la representación; y en ello el caso Chavín, como hemos visto, es un ejemplo enciclopédico.

6.6.1. *Formulación de conceptos*

Pues bien, si a los dos problemas comunes en el estudio de las RRFF se le suma el de la conceptualización, se entiende la dificultad de incorporar el estudio de las acciones humanas que se orientan a representar la vida o la imaginación dentro de una sociología arqueológica, dando la impresión que sólo sirven para crear ilusiones de *descifrar* cosmologías, religiones y artes desde una contemplación maravillada de las *capacidades* humanas, como si recién nos enterásemos que las mismas no eran exclusivas de un solo tiempo y un solo un espacio. Y es que si se ha destacado que lo que observamos de los objetos arqueológicos es una selección de sus propiedades, necesitamos saber también qué registrar de esa selección, y más precisamente, qué es lo que estamos registrando de la propiedad. A ello lo llamamos *concepto* en teoría de la observación.

En términos estrictos, nos referimos a los *conceptos no-formales*, es decir, todos aquellos que no se *refieren* a números, que son los conceptos expresados en *símbolos formales* (Bunge 1989 [1983]: 76). Al contrario, nos interesan aquellos conceptos que permitan establecer una *referencia* con una entidad física o porción de ella (propiedad), por eso se denominan *conceptos factuales o concretos*. A su vez, es posible distinguir entre ellos varios modos según la naturaleza de la entidad física a la que refieren, la tabla 6.2 resume dicha clasificación.

La relevancia de la clasificación radica en la diferencia de su fuerza lógica: partiendo de conceptos cuantitativos pueden llegar a obtenerse conceptos relacionales, y sobre la base de éstos, a conceptos de clases, y con ellos a conceptos individuales; el proceso inverso, siempre requiere de añadidos, lo que quiere decir que los conceptos de clase y los individuales son más débiles o pobres que los relacionales y cuantitativos, lo que no quiere decir que deba prescindirse de ellos porque las relaciones se dan entre individuos y entre clases, o entre individuos o clases (Bunge 1989 [1983]: 81).

Concepto	Entidad física				Datos	
					Naturaleza	Numeración
Individuales	Individuos específicos o indeterminados (genéricos). P.e.: cabeza clava (específico); una RRFF (genérico)				Cualitativos	Convencional 1
De clase	Conjunto o subconjunto de individuos P.e. (Cabezas Clavas) zoomorfas					Dicotómicos (presencia/a usencia)
						Cardinalidad
						Relacionales
Operador	nuevo miembro entre dos objetos. P.e.: ‘&’, ‘+’					
Comparativos	>, < o =: permiten ordenar conjuntos o jerarquizar los elementos de uno		Cuantitativos	Convencional (Débiles) Conceptos cuantitativos previos (Fuertes)		
Cuantitativos	Magnitud de la propiedad en una entidad física				Cuantitativos	Magnitud
Tabla 6.2. Clase de conceptos no-formales. Basado y adaptado de (Bunae 1989 [1983]: 2.6)						

Tabla 6.2. Clase de conceptos no-formales. Basado y adaptado de (Bunge 1989 [1983]: 2.6)

En consecuencia, la conceptualización es necesaria para delimitar la fuerza de las variables creadas o seleccionadas de las propiedades que buscamos observar sobre la base de la naturaleza de los datos que es posible registrar de ellas. Por ejemplo, respecto al tamaño, variables como longitud, ancho, volumen etc. son conceptos cuantitativos previamente definidos. Sin embargo, su especificidad respecto al objeto de observación en cada investigación o en un ámbito de estudio es particular. No es lo mismo la longitud de un astil de arpón que el de una cabeza clava, ya que mide porciones lineales de entidades físicamente diferentes. Aun cuando refiere al mismo concepto cuantitativo, su concreción, es decir, la referencia a una entidad física, es singular a cada investigación o ámbito de estudio. Así, en craneometría, por poner otro caso, se han *convencionalizado* determinadas distancias entre puntos anatómicos análogos que se consideran informativos del desarrollo o el dimorfismo sexual. De modo que su cuantificación se basa en un concepto cuantitativo, la distancia, aplicada a una clase de objetos físicos (cráneos humanos). Algo semejante es lo que debe buscarse a la hora de la adaptación o creación de conceptos para el registro de las observaciones en objetos arqueológicos. En nuestro caso se detallan las estrategias de su selección y nomenclatura en el Capítulo 8.

Finalmente, lo que concreta la adaptación o creación de un concepto para el registro de las observaciones es lo que se denomina comúnmente como *variable*, que no quiere decir otra cosa que *el aspecto que cambia del objeto*. Cuando los indicadores son concretados en observaciones, son sinónimos de *variable*. Son los aspectos de los objetos de los cuales buscamos conocer su variabilidad. De ahí, que desde un punto de vista práctico, sean en definitiva las *variables* las que poseen una naturaleza cualitativa, ordinal o cuantitativa. Es *cualitativa*, cuando sólo disponemos de dos categorías en cada variable: presencia o ausencia; *ordinal*, cuando sólo disponemos de datos respecto a quién va primero y quien después; y *cuantitativa* (o magnitudes) en las que conocemos la distancia entre dos posiciones cualesquiera (Barceló 2007: 19). En consecuencia, atendiendo a la idea de *variable*, la *variabilidad* es la característica fundamental que

posee la cantidad o cualidad de una cierta propiedad en un conjunto de individuos. Ahora bien, para saber cómo la variabilidad registrada puede llegar a contrastar las hipótesis planteadas, en nuestro caso especialización y estandarización teórica (esquema de representación), es necesario contar con expectativas respecto a cómo debería expresarse aquello en términos cuantitativos y cualitativos.

6.6.2. Medir y describir:

La diferencia es muy sencilla, a pesar de lo cual suelen haber permanentes confusiones en arqueología. El acto (operación empírica) de una observación cuantitativa es la *medición*; mientras que el de una cualitativa, es la *descripción*. En otras palabras, al practicar la “*cuantificación (...) no sustituimos cosas por números, sino que asociamos números a conceptos que representan propiedades de cosas*”(Bunge 1989 [1983]: 765), mientras que en la observación cualitativa asociamos etiquetas (palabras o números) que representan la presencia o ausencia de la propiedad cualitativa a la que se hace referencia. El siguiente cuadro, sintetiza lo dicho hasta ahora:

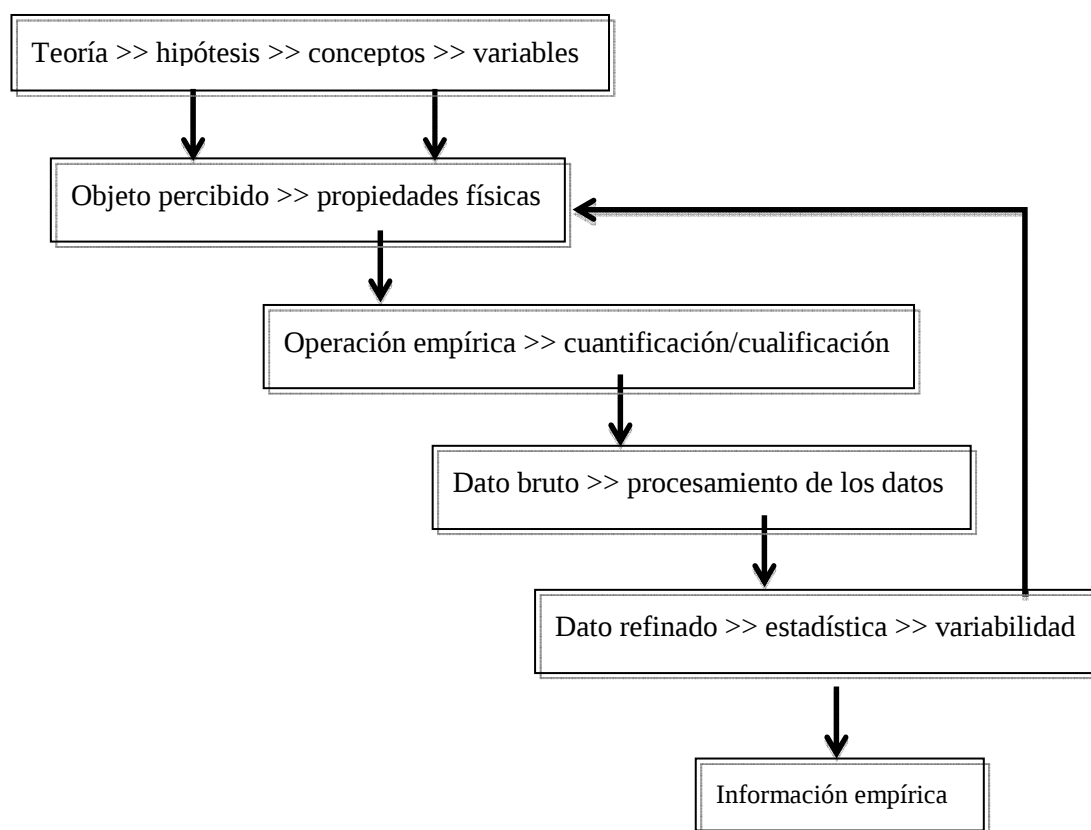


Figura 6.3. Cuadro ciclo del proceso de observación, registro y generación de información

6.6.3. Cantidad y Calidad en las RRFF

Llegado este punto sólo resta puntualizar algunos aspectos singulares para la sistematización del proceso de observación y registro de datos de los objetos *con o de* RRFF. Se ha señalado que las personas hacen representaciones de sus ideas. El estudio de la representación en arqueología es, en la práctica, una doble representación, ya que la ciencia no es otra cosa que una representación formalizada de la realidad. Entonces representamos lo representado previamente. No nos interesa cualquier cosa de esa

representación, ni su completitud, ni su significado. Ya se ha explicado por qué. Sino el *cómo* (el proceso de trabajo) y el *para qué* (el esquema de la representación). Para acceder a ellos contamos con su manifestación física. En tal sentido, podemos cuantificar, en la medida que contemos con los medios de observación suficientes, sus propiedades, específicamente, aquellas que pensamos son indicadores del *cómo* y el *para qué*. Sin embargo, la cuantificación no siempre es posible. Es decir, no todas las veces es posible llegar a una observación precisa. Ello puede darse por tres factores:

- Porque no poseamos las condiciones materiales, los instrumentos o los medios para hacerlo.
- Porque no se hayan desarrollado los mecanismos instrumentales
- Porque no se cuente con el conocimiento previo para vincular la apariencia de una propiedad con una acción.

En esta investigación, contamos con la presencia de los tres factores, que afectan de manera diferencial la capacidad de cuantificar distintas propiedades.

Por ejemplo, si contáramos con un scanner portátil, podríamos haber resuelto algunos problemas relativos a la cuantificación de algunas variables de textura, como huellas de trabajo y alteraciones post-depositacionales, pero, fundamentalmente, podríamos haber contado con una captación de los contornos de la pieza y de sus principales atributos figurativos, así como de sus respectivos tamaños. Lo mismo puede decirse de los análisis composicionales respecto a la extracción de muestras. Debido que ni lo uno ni lo otro fue posible, forma y tamaño hubo de cuantificarse mediante morfometría lineal y morfometría geométrica 2D. Mientras que el análisis composicional hubo de hacerse de manera cualitativa mediante observación directa con muestras de referencias de identificaciones también de observaciones directas previas, por lo que el alcance de sus resultados es muy débil, y no superan la formulación de hipótesis.

A nivel de la textura, el registro de las observaciones fueron todas de carácter cualitativo. Ello, como se ha indicado, deriva de la ausencia de modelos para la identificación de la apariencia de los indicadores de huellas de trabajo en la escultura lítica sin herramientas de metal, lo que redundaba en la carencia de instrumentos o modelos para la cuantificación de las variaciones de dicha apariencia. Alteraciones de superficie e identificación de huellas de trabajo, hubo de suplirse mediante referencias indirectas provenientes del campo de la diagnosis de las alteraciones pétreas en conservación y edificación, mientras que las huellas de trabajo se identificaron mediante la hipotetización de relaciones entre ciertos aspectos de la superficie y acciones sobre las propiedades de la materia en el material lítico.

Respecto al estudio de la variabilidad de la representación, se consideraron tres alternativas: contornos, estado y localización de atributos universales y atributos discretos. Contornos básicos y localización fueron cuantificados mediante la captación de hitos de morfocoordenadas a través de morfometría geométrica bidimensional. Mientras que formas genéricas de contornos y variables de estado fueron conceptos creados para la formulación de variables dicotómicas (presencia/ausencia) de carácter cualitativo. En atención a extraer información de carácter empírico, más allá de los datos brutos débiles de la descripción cualitativa, se aplicaron herramientas estadísticas de síntesis de la variabilidad cualitativa, adaptadas a esta investigación desde sus formulaciones originales para el estudio de datos cualitativos multivariados en sociología.

Todas las herramientas analíticas así como los procedimientos metodológicos en su completitud y estrategia, se describen pormenorizadamente en el Capítulo 8. Sólo nos interesa apuntar, para concluir la serie teórica de la observación, algunas cuestiones que son propias de las acciones de representar lo representado, y que por las razones mencionadas no pueden superar, en esta investigación, la producción de datos cualitativos. Para ello deberíamos centrarnos en la observación directa a la que tenemos acceso (sin olvidar que lo que se busca es observar su causa en acciones sociales específicas, previamente hipotetizadas), que son un conjunto de cabezas escultóricas, con propiedades físicas, y con atributos singulares dado el orden específico al que como materialidad refieren. Nos concentraremos, entonces, en caracterizar la variabilidad de la *cualidad* de la representación.

Cuando abordamos el estudio de las propiedades físicas exclusivamente de la representación, nos enfrentamos al estudio de la variabilidad del signo o de un conjunto de ellos: si la representación es lo suficientemente explícita, existirán referentes en el mundo físico que nos permitirán otorgarle una cualidad de acuerdo al referente identificado, una cualidad que no tiene más valor que *indicar* lo representado. Esta es una propiedad que posee el signo como referente y, por lo tanto, no es posible considerar que se ha logrado dar con el significado del contenido de lo representado; ya he insistido en que el signo indica, no significa. Por ejemplo, físicamente no es posible poner en cuestión que se trata de cabezas, y nadie podría desconocer ese hecho más allá de las diferencias perceptuales o intersubjetivas. Pero el referente ‘cabezas’ es del todo insuficiente, porque no logra formalizar la variabilidad de los *contenidos* que pueden llegar a configurar un rostro que, figurativos o no, pueden ser muchos: representaciones de cabezas hay por todas partes y en la arqueología andina abundan toda clase de hipótesis basadas en especulaciones que prometen una supuesta continuidad histórica del significado asociado a la representación cefálica (Arnold and Hastorf 2008).

Por otra parte, nos enfrentamos al *esquema de representación*, que en este caso puede definirse como *la recurrencia del contenido representado*. No hay un esquema de representación, si no se dan recurrencias, es decir, *reiteración* en el uso de los atributos que definen el contenido de la representación. Y esa *reiteración*, lo único que muestra es que existen aspectos normativos de cómo debe ser o cómo no debe ser la representación en ese marco de ideas, ideológicas o no; no nos dice nada acerca de su significado.

Entonces, si la *reiteración del contenido de lo representado* refiere a un *esquema de representación*, que inferimos como la expresión de una práctica social de orden intelectual sancionada mediante normas, desde un punto de vista observacional, el desafío consiste en que los atributos de la representación que integran lo que hemos denominado como *contenido de la representación* refieran a entidades figurativas fácilmente discernibles perceptualmente, es decir, que lo que sea un ojo lo sea en su forma y estado, o sea, cualidades de figuración perceptualmente universales. Atención aquí que sólo se trata de una referencia a una entidad física, por ejemplo, *ojo*, no su significado cultural ni social. Nosotras arqueólogas y arqueólogos vemos que son ojos, escultores y escultoras en el pasado hicieron un ojo, y cualquier persona puede estar de acuerdo en que, efectivamente, parece un ojo.

La tarea se encuentra facilitada en el caso de las RRFF en Chavín, y particularmente en

las CC, porque son representaciones que poseen una referencia en el mundo material. Sin embargo, el estudio del contenido de la representación a nivel interno, se encuentra plagado de atributos de representación que no nos dice nada, más allá de su comparación imprecisa con alguna figura geométrica. Para enfrentar esta dificultad, se jerarquizó el contenido de los atributos de la representación entre aquellos que corresponden a órdenes figurativos explícitos y aquellos que no. Los que a su vez fueron agrupados en atención a la representación genérica a la que refieren, en nuestro caso cabezas con un rostro. Los rostros de los cordados (mundo natural) se definen por la presencia, a lo menos, de ojos, nariz y boca, lo que denominamos *atributos anatómicos universales*. La presencia de cejas, arrugas, colmillos y cualquier aditivo anatómico de la representación universal, se consideró en un segundo nivel como *atributos anatómicos generales*, mientras que los atributos no figurativos fueron jerarquizados en un tercer nivel denominado *atributos aditivos cráneo-faciales*. En lo posible su cualificación se hizo siguiendo el siguiente orden lógico de conceptualización (*supra*):

- forma (geométrica, p.e. circular, elipsoidal, cuadrangular)
- forma (clase, p.e. antropomorfa, zoomorfa)
- forma (individual, p.e. arruga, colmillo)
- estado (anatómico, p.e. abierta/cerrada, extendida/contraída)
- región topográfica del rostro (nasal, bucal, ocular, frontal, etc.)
- puntos craneométricos

El registro de los datos brutos y su procesamiento de estandarización convencional (o depuración de la muestra), así como el análisis estadístico multivariado exploratorio y confirmatorio, buscó que arrojarapor sí mismo aquellas variables espurias o redundantes, y las que poseían mayor peso explicativo. Esto fue fundamental para contar con agrupaciones o clases naturales, es decir, no apriorísticas (no-tipológicas), que fueran empleables posteriormente como variables independientes para los análisis del resto de las propiedades físicas y su integración en el conocimiento de la estandarización de los procesos de trabajo tendientes a la identificación de especialización y a su correlación con los hallazgos estadísticos de esquemas de representación.

En suma, los mecanismos de la observación de CC se concentran en una sistematización de las observaciones mediante la consideración de una teoría sustantiva previa que lleva a la formulación de hipótesis. Esto quiere decir que las observaciones se encuentran previamente orientadas, es decir, que no se trata de una observación espontánea, sino intencionada y selectiva. De esa selección, se busca la elaboración de conceptos que nos permitan tender vínculos entre los factores que esperamos sean explicativos de la apariencia que medimos o describimos, de sus relaciones internas y de su reiteración en el tiempo. En definitiva, la teoría de la observación permite hacer entendible porqué se vincula una propiedad con un factor desencadenante previo, de modo que las clasificaciones sean un resultado de la realidad en las que se expresan dichas propiedades, y no el efecto arbitrario de intenciones y selecciones no sinceradas.

Respecto a las imágenes interpretadas como “procesiones”, es sugerente el parecido que muestran las posiciones y formas con las escenas de decapitación y mutilación representadas en los relieves de Cerro Sechín. Si bien en Chavín no se presentan mutilaciones, personajes ataviados con armas son otra forma de presentar el dominio de la fuerza física y, yendo más lejos, la memoria de la matanza epopéyica graficada en Sechín. Al respecto, resulta interesante recordar que el uso reiterado de la ostentación de la violencia por los grupos dominantes, señala más la necesidad de reforzar la imagen de poder mediante el control y, por la tanto, la posibilidad de perderlo, que la consolidación del sistema político y del grupo privilegiado que lo gestiona. En consecuencia, el sistema manipulativo propuesto por Rick podría ser visto como un poder sostenido mediante una autoridad “inestable” que requiere de la ostentación de la violencia, el miedo y la coerción ideológica para reproducir los beneficios que extrae de la producción social. Ello puede ser sintomático también del tipo de dominio sobre las fuerzas productivas que controla: no parece haber una gestión directa de ninguna producción comunitaria ni de su reproducción, salvo la que se da en el propio Chavín monumental, que no es autosuficiente, sino una presión indirecta mediante amenazas político-ideológicas implícitas de convencimiento.

Ahora bien, he insistido en que uno de los problemas de los modelos explicativos de Chavín, es la concentración en Chavín monumental y la desconsideración de la comunidad que lo sostuvo, disfrutándolo o padeciéndolo. Para ello, uno de los objetivos de esta tesis ha sido la recuperación del estudio del trabajo implicado en la producción y mantenimiento de una porción de la realidad material de Chavín monumental, mediante el estudio de un conjunto de objetos litoescultóricos de apariencia estandarizada, que supuso la hipótesis de una producción especializada en lo referido al manejo de las técnicas y el cuerpo de saberes de la representación, lo que refiere a la expresión de un cuerpo normado de comunicación institucional. He insistido también, en un cuestionamiento a la categoría de estilo, no sólo por su ambigüedad conceptual, sino porque se basa en un principio asistemático para la definición de la semejanza. Por último, he querido llamar la atención respecto al objetivo de buscar los significados en las representaciones, porque ellas mismas no contienen como materialidad la variabilidad significativa ni de la intencionalidad discursiva, como tampoco de la diversidad receptora (*cfr.* Cap. 5).

En consecuencia, en las siguientes secciones de este trabajo se abordan teórica y metodológicamente los fundamentos de la necesidad del estudio del trabajo implicado en la producción de determinados objetos, cuáles son las limitaciones que ha mostrado la arqueología al respecto, y cómo se ha intentado resolver en esta investigación mediante la formulación de una teoría de las representaciones y una metodología que reduzca la arbitrariedad del estudio de la semejanza como base para la contrastación de las hipótesis planteadas.